

85⁰⁰
MANUEL MORENO-MORA

PROFESOR DE ESTETICA Y FILOSOFIA DEL ARTE DESIGNADO
AD HONOREM DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA.

EL AZUAY LITERARIO

PROSAS ESCOGIDAS

Acompañadas de noticias biográficas y de
un ensayo de bibliografía

TOMO SEGUNDO

CUENCA-ECUADOR

MCMXXXII

1932

Seule est infinie, perpétuellement changeante la variété de formes, parce qu'elle répond à la diversité prodigieuse des caractères et des talents.

FRÉDÉRIC LOLIÉE

NOTA

He aquí el tomo segundo de *El Azuay Literario* concerniente a los prosadores de las generaciones pasadas. A este volumen seguirá el tercero, en que se publicarán prosas de los literatos de las nuevas generaciones y un apéndice consagrado a los poetas cuya obra literaria fué imposible conseguir para el primero. En la selección de material me ha prestado generosamente su concurso don Remigio Crespo Toral, a quien le presento por ello mi agradecimiento.

INDICE

ELOCUENCIA RELIGIOSA

+ Vicente Solano: Bolívar	11
+ José María Aguirre: Oración fúnebre sobre García Moreno	84
+ Ceslao María Moreno: Oración fúnebre sobre García Moreno	255

EXEGESIS

Pedro Berroeta: El Paraíso	273
Pedro Berroeta: El Anticristo	276
Julio Matovelle: Objeto del Apocalipsis	62

MORAL

Tomás Rendón: Mis horas	204
Joaquín Martínez Tamariz: Fortaleza	238
Ramón Borrero: La instrucción religiosa	311
+ Luis Cordero Dávila: El día de la Madre	330

HISTORIA POLITICA

Benigno Malo Valdivieso: El general Flores	20
Alberto María Torres: El Padre Valverde	157
Manuel J. Calle: El negro Pío	184
+ Miguel Cordero Dávila: Discurso sobre Sucre	319
Alfonso María Jerves: Observaciones crítico-históricas	384
+ Alfonso María Borrero: Batalla de Pichincha	399
+ Ezequiel Márquez: Simón Bolívar	407

HISTORIA LITERARIA

+ Antonio Borrero Cortázar: Biografía de Vicente Solano	32
Rafael María Arízaga: La portuguesa	116
Nicanor Aguilar: Eneas	197
Alberto Muñoz Vernaza: ¿Coincidencia?	215
Jesús Arriaga: San Jerónimo	347

CRITICA

+ Remigio Crespo Toral: Nacionalización de la literatura	136
Manuel J. Calle: El sabor de la tierra	189

VII

EL AZUAY LITERARIO

Francisco Febres Cordero: Influencia del cristianismo sobre las ciencias, las artes y las letras	207
--	-----

DOCENCIA LITERARIA

Luis Cordero: Consejos de amigo	53
+ Cornelio Crespo Toral: La Literatura	121
Octavio Cordero Palacios: La poesía de la ciencia	378

CUENTOS Y LEYENDAS

Miguel Moreno: Leticia	100
+ Honorato Vázquez: Al mío fijo	109
Ernesto López: Caballero de la Paz	169
Juan Iñiguez Vintimilla: Guayanay	280

FOLKLORISMO

+ Remigio Romero León: El 10 de agosto de 1909	247
Gonzalo Cordero Dávila: Los santos pasos	343

CORRESPONDENCIA EPISTOLAR

Vicente Cuesta: Cartas de la Tierra Santa	43
---	----

VIAJES Y DESCRIPCIONES

Manuel Nicolás Arízaga: Mount Vernon	222
Nicanor Merchán: Panamá la vieja	283

LITERATURA LIGERA

Federico Proaño: Horas perdidas	74
Federico Proaño: Tres plumas	77
Juan María Cuesta: El libro	230

PROSA LIRICA

Honorato Vázquez: Bienvenida	103
Gonzalo Cordero Dávila: El árbol de mis padres	341
+ Manuel María Borrero: En la muerte de mi esposa	400
José Peralta: El Progreso	419

VICENTE SOLANO

1796—1865

Nació en Cuenca (1) por el año 1796 (2). A la edad de nueve años entró en el convento de San Francisco, de esta ciudad, donde hizo sus primeros estudios de humanidades. Pasó a Quito, a la Recoleta de San Diego, donde hizo sus estudios de Teología. Concluidos éstos, obtuvo por oposición la cátedra de Filosofía, en este mismo convento, cuya enseñanza desempeñó durante tres años. Habiendo recibido las órdenes religiosas, solicitó el título de misionero, para ir a evangelizar a los infieles de las regiones orientales; pero, debido a la situación política, no lo obtuvo.

Vuelto a Cuenca, se dedicó al estudio con fervor de benedictino. Corto tiempo estuvo en el Perú, por visitar a un hermano suyo. Toda su vida pasó en Cuenca, con breves interrupciones, en que, por descanso, iba a Loja, a la célebre hacienda de La Papaya. En 1826 fué nombrado Guardián del conven-

(1) Hasta ahora no se sabe a punto cierto el lugar de la provincia del Azuay en donde nació Solano; no obstante, mediante algunos datos suministrados por él mismo se puede asegurar que fué en Cuenca. En su artículo *Defensa de Cuenca* dice: “¿Y por qué nos llama *mortacos* el Sr. Caldas?” Y más adelante: “los cuencanos, (son llamados) *mortacos*”.

(2) Se ignora asimismo la fecha precisa de su nacimiento. El artículo citado puede servir de base para establecerla aproximadamente. Si hubiese nacido Solano en 1791 o 1792, como supone Borrero, habría tenido once o doce años cuando Caldas estuvo en Cuenca y hubiera contado algo de su conocimiento personal. Refiriéndose al canónigo Córdova, elogiado por Caldas, dice: “Como yo no hubiese llegado todavía a mi pubertad en aquellos tiempos, apenas veía la cara de aquel canónigo; y por tanto, nada puedo decir acerca de su sabiduría, tan elogiada por el Sr. Caldas”. Tómese en cuenta que Solano pasó a Quito el año 1809, según Borrero, y que el canónigo Córdova fue a Lima, habiendo renunciado su silla de arcediano en la Catedral de Cuenca. Averiguada la fecha de esta renuncia se puede precisar la del nacimiento. Si ella es posterior a 1809, Solano de nacer en uno de los años supuestos por Borrero, habría tenido diecisiete o dieciocho años, edad de pubertad.

Su obra sobre la predestinación fué escrita en 1828, y cuando se dirige al Papa, acatando la prohibición de ella, dice: “Era muy joven en aquella época, y ciertamente, esta circunstancia pudo conducirme a algún error....”

to de esta ciudad, cargo que aceptó sólo por poco tiempo, pues era fraile humilde y modesto, no obstante su talento raro y su saber enciclopédico. Propuesto para Obispo auxiliar de esta diócesis no aceptó esta dignidad, como tampoco los nombramientos repetidos de Provincial de su orden, porque sentía dejar su método de vida, consagrada al estudio. El amor al saber prevalecía en él sobre todo. "El amor a las ciencias, dice, es incompatible con los negocios, tanto temporales como espirituales, cuando son impuestos por obligación".

Su obra puede clasificarse en los siguientes ramos del saber humano: Literatura y Oratoria Sagrada, Crítica literaria, Gramática, Traducciones, Física, Ciencias Naturales, Política, Moral, Derecho Eclesiástico, Apologética, Exégesis bíblica y Teología.

Su estilo, claro, sencillo y severo cobra distintos tonos según las materias que trata: pero siempre es preciso, nervioso y lleno de ideas.

De estatura pequeña, de temperamento nervioso, de mirada viva y escudriñadora, de frente espaciosa, de rostro pálido y descarnado, revelaba en toda su persona la poderosa vida de su espíritu. El amor al estudio, de Solano, es asombroso. La biblioteca del convento era su lugar predilecto; aun en las horas de comer no dejaba el libro.

Es el primer pensador de Cuenca, pensador original y profundo. Es también el primer periodista de Cuenca: el 13 de enero de 1828 fundó *El Eco del Azuay*, primer periódico que ha tenido esta ciudad; a éste siguieron otros, fundados por él mismo, en los cuales publicó sus artículos científicos, literarios, políticos, etc. y sus polémicas cáusticas con que dejaba mal parados a sus adversarios.

A fines de 1860 los achaques de la vejez le privaron de la salud. Sin poder dedicarse a la lectura, la pasión de su vida, se cuenta que en su biblioteca exclamaba: "¡Qué suplicio! ¡Qué situación la mía! Bien puedo compararme con el Tántalo de la fábula: tengo cerca de mí aguas deliciosas y frutas que provocan; pero no puedo gustar de ellas". O bien: "Un padre de familia siente por sus hijos el momento de su muerte; yo, en vísperas de dejar el mundo, siento separarme de estos maestros y amigos, que han hecho los placeres de mi vida. Voy a dejarlos en manos de quienes no sabrán aprovecharse de ellos".

La naturaleza fué otra de las grandes pasiones de su vida; en los últimos años solía pasear por las orillas del Tomebamba, entregado a meditaciones y reflexiones. Alma de poeta, espíritu de sabio, le gustaba repetir, entonces, algunas poesías que expresen el sentimiento de la naturaleza. "Los ríos, se

cuenta que decía, tienen para mí encantos indecibles; ellos me han hecho delirar desde mi juventud. En el cristal de sus ondas y en sus murmullos hay para mí un no sé qué de divino que siento y no puedo expresar. Rousseau quería morir viendo el sol, y Aristipo, la verdura del campo; yo quisiera morir al borde de este río, arrullado por las olas".

En sus últimos días su pensamiento estaba fijo en la idea de Dios; no hablaba sino de El. Murió en esta ciudad el 2 de abril de 1865.

Bibliografía:

LAS OBRAS.—Obras de Fray Vicente Solano de la Orden de Menores en la República del Ecuador. T. I, en 8º, 489 págs. Barcelona, 1.892. Id. t. II, en 8º, 515 págs. Barcelona, 1.893. Id. t. III, en 8º, 607 págs. Barcelona, 1.894. Id. t. IV, en 8º, 418 págs. Barcelona, 1.895. **La Predestinación y reprobación de los hombres, según el sentido genuino de las Escrituras y la razón**, (opúsculo), Cuenca, 1.828.

A CONSULTAR.—Alberto Muñoz V.: *Fray Vicente Solano*, Revista científica y literaria de la corporación universitaria del Azuay, Núm. 3º, mayo 1890. Cuenca.—Antonio Borrero C.: *Biografía del R. P. Fray Vicente Solano* (publicada en el t. I, de las obras de Solano).—Isaac J. Barrera: *Literatura ecuatoriana*, Revista de la Sociedad Jurídico-literaria, nueva serie, t. XXIX, núm. 123. Quito.

BOLIVAR

Nombrar a Bolívar es recordar no sólo las glorias de Colombia, sino de toda la América meridional. Si Colón descubrió nuestro continente y abrió un paso franco a Europa, las relaciones fueron en pequeña escala; Bolívar ha puesto a disposición de todos los pueblos todas las ricas producciones de nuestros vastos territorios, con sólo haber roto el lazo que unía a la antigua metrópoli. Un nuevo mundo político y comercial ha dado Bolívar a la patria de Colón. En fin, la fama de Bolívar se transmitirá a la posteridad como la de todos los grandes hombres que han servido al género humano, con sus virtudes, con sus talentos o con su valor.

Así que son más dignos de compasión que de censura ciertos hombres que se han hecho cargo de desacreditar a Bolívar

por algunas faltas verdaderas o supuestas. Estas pobres gentes no saben que los héroes son como esos mosaicos, cuyo conjunto causa una vista tan agradable, mientras que sus partes, separadamente tomadas, tal vez no sirven de nada. No saben que Rousseau ha dicho que los héroes no son tales porque sus virtudes son sin mancha, sino porque tienen vicios y virtudes brillantes. No saben que si se tratase de disminuir las glorias de Washington o de Guillermo Tell, no dejarían de encontrarse faltas notables. No saben que Horacio dice que nadie nace sin vicios, y que aquel es mejor que menos los tiene: *optimus est ille qui minimis urgetur*. ... Todos aquellos que andan buscando defectos en los héroes, pensando ridiculizarlos, son como el gramático Zoilo, que criticaba la *Iliada*, creyendo hacerse superior al inmortal Homero.

Dejemos a estos, y veamos el carácter eminente de Bolívar en sus hechos y en sus pensamientos. En una oración fúnebre, inédita, se leen los siguientes pensamientos que dan a conocer con bastante fidelidad al ilustre caracasano.

BOLIVAR COMO MILITAR

Es preciso haber nacido con el dón de hacer la guerra, o más bien, haber recibido del cielo este dón de conducir las campañas dudosas a la victoria con éxito feliz. "Bendito seas, Dios mío, decía el Salmista, que me has enseñado a pelear y vencer". No se triunfa leyendo los comentarios de César y algunos tratados de estrategia. El arte de la guerra, para conseguir una brillante jornada, es como la retórica respecto de la elocuencia.... ¿Y quién al menos entre nosotros, ha poseído este dón en más alto grado que Bolívar? Su genio creador le suministraba recursos que los espíritus subalternos miraban como imposibles. Este golpe de vista tan necesario a un general, le presentaba los tiempos, las circunstancias, los movimientos, la táctica, la fuerza, el carácter del enemigo, en una palabra, cuanto era menester para combinar y trazar planes, capaces de producir un fenómeno tan rápido como el que se observa con la sombra a presencia de la luz.

Ni el cielo de los Andes, ni lo escarpado y rígido de las serranías de Colombia, ni el calor de los valles del Perú, ni los sitios poco ventajosos para el triunfo, pudieron ser obstáculo a su genio emprendedor y marcial. Combatir y vencer eran voces sinónimas de aquella táctica que llevaba escrita en el gran libro de su corazón. El ha peleado contra los cielos,

los hombres y la tierra: ha triunfado de todos ellos. Napoleón atribuía su detención en Santa Elena a la oposición que encontró en los elementos, cuando invadió la Rusia. A Bolívar toda la naturaleza le franqueó sus tesoros, como a su hijo predilecto. No atribuyamos esta desigualdad entre el vencedor de Boyacá y el de Marengo a un contraste de la fortuna, según el lenguaje del vulgo, que jamás medita sobre los grandes acontecimientos. Lo que se llama *fortuna* es una voz vaga e insignificante: ella no es un agente. Tomada la fortuna por la felicidad, está más bien sujeta a nuestra disposición, que nosotros a la de ella. El hombre es el alumno de su espíritu y de su corazón: su prosperidad y su ruina son efectos de la desobediencia a estos preceptores que raras veces se engañan. Por esto dice el célebre Bacon "que cada uno es el principal y primer artesano de su fortuna....; que si se busca ésta con una vista perspicaz y atenta se la hallará fácilmente; porque si ella es ciega, no es invisible.... Una fortuna rápida e inesperada hace a los hombres turbulentos y temerarios; una fortuna lenta y adquirida los hace al mismo tiempo prudentes y valerosos".

Napoleón era un militar formado en la revolución, y por consiguiente, inconstante y poco previsor. Una fortuna rápida le colocó sobre el trono: su brillantez le deslumbró, y fué como un ciego a estrellarse en Moscou. Al contrario, Bolívar meditó, combinó, ejecutó una gran revolución; es decir, obró con una fortuna lenta y adquirida a costa de mil sacrificios; necesariamente debió ser un militar prudente y valeroso, según el pensamiento del filósofo ya citado. No nos admiremos, pues, que el uno hubiese muerto desterrado y prisionero en medio del Océano, y el otro en su patria, entre los brazos del genio que presidió a la última campaña, libertadora de Sur América. ¡Oh Ayacucho, tú eres muy semejante a York-Town, cuya rendición fijó para siempre la suerte venturosa de Norte América! ¡Oh Bolívar, oh Washington! Vosotros sois justamente puestos en paralelo: vosotros sólo podéis llamaros grandes generales en todo el rigor de la palabra. La naturaleza les hizo guerreros, y no la suerte, y por consiguiente les coronó hasta el fin. Esta semejanza entre estos dos héroes obligó a conjeturar al general Lafayette, que si hubiese vivido Washington, habría preferido a Bolívar, para hacer el regalo de su retrato....

No obstante, es menester confesar que al ilustre norteamericano le faltó una propiedad tan recomendable como necesaria a un gran general: la elocuencia militar. Su aire frío y poco interesante, su imaginación desprovista de ideas brillantes,

le hacen muy inferior a Bolívar, cuya elocuencia sublime, tanto en el gesto como en los pensamientos, arrebató los corazones, penetraba de fuego al soldado, y fijaba el punto preciso de la victoria. Tenemos todavía en nuestras manos sus discursos y proclamas, que pasarán a la posteridad como obras maestras de elocuencia y de buen gusto. Si yo fuese capaz de trazar un cuadro perfecto de este hombre singular, diría que la naturaleza se había complacido en formarle tan grande como Washington y tan elocuente como César.

Mas lo que pone un sello a la gloria militar de Bolívar, es haber combatido contra un pueblo acostumbrado a vencer, contra una nación, que para sojuzgarla, necesitó la orgullosa Roma de mucha circunspección y paciencia, según la expresión del autor del libro I de los Macabeos, contra unos enemigos, en fin, que acababan de arrojar de la península los ejércitos vencedores de Austerlitz, Jena y Marengo. Tales eran las tropas del General Morillo; y las de La Serna en el Perú habían sostenido catorce años un choque siempre ventajoso para ellas, hasta burlar todas las providencias que tomó el general San Martín para arrollarlas. Hagamos justicia; seamos imparciales: La independencia de Sur América jamás se habría verificado sin el LIBERTADOR. Esta no es una proposición a la ventura, sino una consecuencia legítima del dicho de un sabio que recorrió la América, haciendo profundas observaciones. Cuando Bolívar viajaba en Europa se encontró con el barón de Humboldt, a quien le abrió su corazón sobre el proyecto de emancipar este continente: "Yo creo, le respondió aquel sabio, que su país ya está maduro, mas no veo al hombre que pueda realizarlo". En efecto, Bolívar sólo era capaz de ejecutar tamaña empresa; porque ninguno había tenido esta constancia impertérrita para chocar con hombres acostumbrados a la preocupación y al hábito de obedecer. La América, para ser regenerada, necesitaba de un hombre valeroso, activo, constante, insensible a las injurias del tiempo y de los hombres, como Scipión al frente de Numancia. ¡Campos de Araure, de Victoria, de Boyacá, de Carabobo, de Junín, y otros innumerables! Vosotros seréis para siempre el foco donde se reunirán todas las circunstancias de la brillante carrera del LIBERTADOR ¡Desgraciado el que os mire con indiferencia, y mucho más desgraciado si al contemplarlos no adora los consejos del Eterno sobre la suerte de las naciones!

.....
¡Soldados! ¿Donde está vuestro jefe, ese guerrero ilustre que os condujo con tanto denuedo a la victoria? ¿Qué se ha

hecho ese ídolo de vuestros corazones, a quien sacrificabais todo vuestro afecto con expresiones las más tiernas? ¡Ah! el genio de la inmortalidad nos ha privado de su vista, para que la envidia y los celos no manchasen su gloria!

¡Ingleses, vuestro grande amigo ya no existe! El héroe que ha muerto en Santa Marta en nada se parece al que falleció en Santa Elena. Este dijo en su testamento: "Lego el oprobio de mi muerte a la nación inglesa". Aquel, en su última voluntad, os declara amigos en las personas del general Wilson y de su hijo Belford Wilson. Llorad, pues, al contemplar su túmulo, y guardad este vasto silencio que se observó en Roma cuando los restos de Germánico fueron transportados de la Siria al sepulcro de los Césares.

¡Naciones enemigas de la independencia de América, el LIBERTADOR ha muerto! Nosotros no rehusamos daros esta noticia, porque él es muy grande para que ignoréis su fin. No nos hallamos en la posición de David, que quería ocultar a los filisteos la muerte de los ilustres defensores de Israel, Saúl y Jonatás.... Antes bien, recibid esta noticia para que digáis lo que Montecuculi cuando supo la infausta suerte de su competidor, el mariscal de Turéna: "¡Ha muerto, dijo, un hombre que hacía honor al hombre!". Sí: el LIBERTADOR ha honrado la humanidad no sólo con sus virtudes y talentos militares, sino también con sus ideas políticas

II

BOLIVAR COMO POLITICO

.....
Apenas había tomado la espada para romper los lazos que nos unían a la metrópoli, cuando pensó darnos una constitución que fuese la obra de la reflexión y de la experiencia, como aquellos israelitas que, vueltos del cautiverio de Babilonia, edificaban la ciudad santa, teniendo en una mano la espada y en la otra la escuadra y el nivel. Leed el proyecto de constitución que presentó al segundo Congreso general de Venezuela, reunido en Angostura; leed también el elocuente discurso que pronunció en aquella ocasión, y veréis establecidos los principios más luminosos que no se encuentran en la mayor parte de los publicistas. Razona sobre toda clase de gobierno, analiza todas nuestras necesidades, nuestra educación, nuestras relaciones de una manera que hace honor a los sentimientos de que se hallaba penetrado.

¡Que no pueda yo presentaros todos sus pensamientos! Sin embargo, escuchad algunos rasgos. "La libertad, dice, es un alimento suculento, pero de difícil digestión (1). Nuestros débiles conciudadanos tendrán que rosbutece su espíritu mucho antes que logren el saludable nutritivo de la libertad. Entumecidos sus miembros por las cadenas, debilitada su vista en las sombras de las mazmorras y aniquilados por las pestilencias serviles, serán capaces de marchar con pasos firmes hacia el augusto templo de la libertad? ¿Serán capaces de admirar de cerca sus espléndidos rayos y respirar sin opresión el éter puro que allí reina?... Muchas naciones antiguas y modernas han sacudido la opresión, mas son rarísimas las que han sabido gozar de algunos preciosos momentos de libertad; muy luego han recaído en sus antiguos vicios políticos, porque son los pueblos, más bien que los gobiernos, los que arrastran la tiranía.... No aspiremos a lo imposible, no sea que por elevarnos sobre la región de la libertad, descendamos a la región de la tiranía. De la libertad absoluta se desciende siempre al poder absoluto, y el medio entre estos dos términos es la suprema libertad social. Teorías abstractas son las que producen la perniciosa idea de una libertad ilimitada"....

Su máxima fundamental era que el sistema de gobierno es perfecto cuando produce mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política [2]. Aplicadas estas sumas a

(1) Las primeras palabras del Libertador son tomadas de Rousseau. Véase todo el pensamiento de este filósofo: La libertad es como estos alimentos sólidos y suculentos, o estos vinos generosos, propios a nutrir y fortificar los temperamentos robustos, acostumbrados a ellos; pero que oprimen, arruinan y embriagan a los débiles y delicados, que no están hechos a su uso.... Si acaso intentan sacudir su yugo, se extravían tanto más de la libertad, cuanto que tomando por ella una licencia desordenada, que le es enteramente opuesto, sus revoluciones los abandonan casi siempre a seductores que no hacen sino agravar sus cadenas. El mismo pueblo romano, este modelo de todos los pueblos libres, no estuvo en estado de gobernarse por sí, al salir de la opresión de los Tarquinos. Envilecido por la esclavitud y los trabajos ignominiosos que ellos le habían impuesto, al principio no fué más que un estúpido populacho, a quien era preciso gobernar con la mayor prudencia, para que, acostumbrándose poco a poco a respirar el aire saludable de la libertad, estas almas enervadas adquiriesen por grados esta severidad de costumbres y este valor constante que, en fin, hicieron de ellas el más respetable de todos los pueblos.

(2) Después de Bolívar, Balmes ha hecho consistir la perfección social en un triple punto hacia el cual debe tender la sociedad. Cuando, dice, la más grande suma de inteligencia posible, cuando la mayor suma de moralidad posible, cuando la más grande suma de bienestar posible, sea procurada al mayor número posible. *El poder público, pues, no debe hacer otra cosa que fomentar y proteger esta marcha. De aquí se infiere que cuando el individuo se somete al poder, es por un precepto que le impone su propio interés.*

las necesidades de América, resultaba, según su cálculo, un *déficit*, incapaz de ser cubierto por los gobiernos proclamados en aquella época. En fin, "los códigos, dice, los sistemas, los estatutos, por sabios que sean, son obras muertas que poco influyen sobre las sociedades: ¡hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados constituyen las repúblicas!" ¿Podéis imaginar política más sana, ni más ilustrada? ¡Oh libertad indefinida! Tú fuiste la caja de Pandora en Francia durante la época del terrorismo, y Robespierre hizo de ti el instrumento de sus asesinatos. Cromwell invocó tu terrible nombre para degollar a Carlos I y ejercer sobre sus conciudadanos un despotismo asiático. Bolívar se ha horrorizado al contemplarte: ha querido proscribirte como filósofo, como legislador y como guerrero. Nada más prueban sus dichos y hechos. ¿Y esto se llama aspirar a la tiranía?

No es menos digno de observación un hecho que realza demasiado el talento político de nuestro héroe: este es su empeño por la reunión del Congreso de Panamá. Nada era más interesante para la paz y estabilidad de nuestro continente que esta dieta célebre. A la verdad, si por nuestra desgracia no se hubiese frustrado, ahora respiraríamos en la dulce atmósfera de la tranquilidad, en medio de goces que aún esperamos, y quizá jamás llegaremos a poseerlos.

¡Oh LIBERTADOR! Yo bien sé que todas vuestras ideas se han desechado, no sólo como quiméricas, sino como perniciosas. Empero, ¿merecía la pena de que se le tratase tan cruelmente? ¿Por qué atribuir a miras siniestras todas las expresiones que emitía con esa franqueza de ánimo, propia de un hombre libre? ¿Por qué a Wáshington no le calumniaron sus compatriotas por haberse opuesto fuertemente al federalismo? ¡Ah! lo único que resulta es que Wáshington vivió en un país lleno de virtudes sociales; en un país de luces que tenía en su seno a los Fráncin, a los Jéfferson, los Adams; en un país, en fin, donde la libertad cuenta muchos lustros, y donde se emiten las opiniones sin que los sarcasmos de los envidiosos puedan ofender a los héroes; y que Bolívar no pudo tener esta dicha. La mayor prueba de que él no aspiraba a la tiranía es haber perdonado generosamente a los traidores que asestaron su vida el 25 de Setiembre del año 1828. Estos *setembristas* (así llamaban en Francia a los asesinos del aciago 2 de Setiembre del año 92), estos *setembristas*, digo, fueron convencidos de su delito: el LIBERTADOR podía haberlos hecho decapitar, bajo la égida verdadera o aparente de las leyes; y

sin embargo, prefirió vivir más bien en una continua alarma, que adoptar una política sanguinaria. Tan digno de elogio se manifestó en esta ocasión, que se le podían aplicar las palabras de San Ambrosio sobre la clemencia del emperador Valentino: *Immemor imperii, memor tantum germanitatis*. Se olvidó de su grandeza al ver que sus enemigos eran sus ciudadanos, y muchos de ellos amigos y confidentes.....

.....
Pero nada pudo hacerle vacilar: él sufrió con una grandeza de alma todos los sarcasmos hasta el último momento de su vida....

"He sido víctima, dice en su última alocución, he sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo les perdono". Napoleón, disponiéndose para morir, respiraba cólera y venganza contra la coalición que le destronó. Bolívar perdona a sus perseguidores que han querido arrebatarle la vida y la fama, bienes estos más preciosos que todas las coronas del mundo.....

BENIGNO MALO VALDIVIESO

1807—1876

Nació en Cuenca, el año 1807. Hizo los primeros estudios en el Colegio Seminario de esta ciudad y los continuó en el de San Luis de Quito, hasta recibirse de abogado el año 1829. Vuelto a Cuenca, desempeñó el profesorado de Filosofía en el Colegio Seminario, por los años 1830 y 1831.

Malo estaba en Loja cuando estalló la revolución contra el general Flores, encabezada por Rocafuerte; fué uno de los que suscribieron el acta en que se desconocía el gobierno de este presidente y también uno de los comisionados para entregarla al gobierno provisional. Asistió a la Convención de 1834, como representante de Loja. En este año se inicia su fama de orador parlamentario y su "carrera de triunfos con que marcó su vida política y literaria", según frase de Pedro Moncayo.

Adicto, en principio, al civilismo, al gobierno de los mejores, al puro republicanism, trabajó, como publicista, por implantar la democracia en la nación y rechazar el militarismo extranjero; pero, en la práctica, como político, sea por pragmatismo o por veleidades de carácter, propugnó por el triunfo del militarismo.

En 1835, cuando triunfa Flores en Miñarica, tuvo Malo que huir a Nueva Granada y pasar luego al Perú, en donde residió varios años. Algunos políticos, movidos de despecho por la derrota, pensaron en incorporar el Ecuador a la Nueva Granada; Malo fué uno de los pocos que dejaron oír su voz impugnando aquella descabellada idea. En Pasto, en unión de otros escritores emigrados, fundó **La Voz del Ecuador**, de índole política, para combatir a Rocafuerte.

Después de cuatro años de destierro volvió a Cuenca, en donde ejerció el cargo de Ministro Juez de la Corte Superior. Fundó, en compañía del P. Solano, el periódico **La Razón**,

destinado a censurar la labor del gobierno. Flores, quien supo apreciar el talento del publicista, le llamó a Quito y le dió el empleo de oficial mayor del Ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores. En 1845 parte al Perú, en calidad de Encargado de Negocios. Caido Flores, por el triunfo del general Elizalde, Rocafuerte, Roca, Olmedo y Noboa, se halló Malo destituido de su misión diplomática y nuevamente proscrito. Cayeron, entonces, sobre él las censuras y vindictas de la prensa y de Rocafuerte mismo, sarcásticas y fogosas.

En 1848 y 1849 concurre a los congresos nacionales, como senador por el Azuay. En la vicepresidencia de Ascásubi desempeñó el cargo de Ministro de lo Interior y de Relaciones Exteriores, hasta 1.850, en que cae el Gobierno. "Cuando llegó al poder, dice Remigio Crespo Toral, cuando pudo influir en que arraigara el civilismo, planta aún exótica en el Ecuador, no pensó con Ascásubi sino en un caudillo militar, aunque más blando". El General Elizalde fué el candidato del gobierno para la Presidencia, candidato que no triunfó por debilidad de éste.

En 1.859 fue al Perú, enviado por el gobierno de Robles, en misión diplomática.

En 1.866 el gobierno le nombró Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario para que se celebrase un tratado de alianza entre las Repúblicas del Pacífico.

En 1868 fué nombrado Rector de la Universidad de Cuenca.

Falleció el 2 de abril de 1870, en su ciudad natal.

Antes que literato fué periodista netamente político. En donde descuella es en su labor de estadista.

EL GENERAL FLORES

¡Acaba de morir! Delante de su tumba la verdad recobra todo su imperio; se cierra sobre él la losa del sepulcro, y se abren las puertas de la historia y de la posteridad! ...

Cuarenta años ha que suena este nombre al oído de los ecuatorianos. Llegó al Sur de Colombia, allá por los años de 24 o 25, en el Estado Mayor del ejército libertador. Se hacía notar por su juventud, realzada por el brillo de su reputación militar, y su talento ávido de instrucción y de lanzarse hacia las regiones superiores de la política. Su enlace con una señora de distinción de Quito, vino a completar los elementos de su futura elevación.

Enviado por el Gobierno de Colombia a sofocar la insurrección realista de Pasto no desmintió su nombradía, por el

valor a veces temerario; luchó con tenacidad y constancia, unas veces vencido y casi siempre vencedor; logró crearse a favor de la suavidad de su carácter, un partido colombiano en medio de esa región vendeana (Pasto) y regresó al Sur, coronado de laureles.

Con su genio estratégico y sin derramar una gota de sangre, desbarató la invasión de la Tercera División colombiana, que regresaba del Perú, con mira de atentarse contra el poder del Libertador.

Abrióse la campaña de Tarqui, para la que había creado un ejército considerable. El Perú invadió con una fuerza doblemente numérica. Bolívar estaba detenido en las breñas de Pasto, por la revolución de Obando, y Flores retrocedía delante del enemigo, a pesar de su indisputable bravura, no atreviéndose a librar una batalla: no se sentía con el genio de los grandes capitanes. Sucre apareció en la escena y todo cambió. Flores como hombre de ejecución, hizo prodigios de valor en el combate de Tarqui. Este triunfo se debió a la cabeza de Sucre y al corazón de Flores, que fué creado General de División sobre el campo de batalla.

Colombia a la sazón se encontraba dividida en dos grandes partidos: el centralista con tendencias semimonárquicas, adherido al Libertador; y el federalista o republicano, conducido por Santander. Flores era partidario del primero, y apoyó las ideas políticas de la constitución boliviana.

Comenzaron entonces a fermentar, en el seno de Colombia, los más contrarios elementos de disolución y discordia. La corriente de las ideas políticas se dirigía hacia los dos polos opuestos y extremos del radicalismo democrático y de la reacción monárquica: los escándalos del empréstito habían irritado todos los ánimos, el ejército coronado de gloria inmarcesible y habituado a las riquezas y goces del Perú se encontraba pobre y despreciado; las regiones del Norte habían sido sacrificadas a la centralización administrativa y las del Sur a los procónsules mandados de Bogotá. Así que en Venezuela se aborrecía el centralismo de Bolívar, en el Ecuador se odiaba a los empleados de Santander. Todo esto preparó el desplome del mundo colombiano, y ocasionó la ruina de la gran república. ... Páez independizó a Venezuela, y Flores, que se encontraba de Jefe superior del Sur, al frente del ejército que acababa de vencer en Tarqui, proclamó la autonomía del Ecuador. Este país no estaba maduro para la independencia, pero se despertó en él su deseo, con el ejemplo de Venezuela. Flores, con todo su poder, favorecía ese

movimiento separatista, y la razón para ello era obvia. Si el Sur hubiese quedado formando un solo cuerpo de nación con el centro de Colombia, habría sido una entidad política en la que Flores venía a transformarse en extranjero, puesto que él era de origen venezolano. Habría tenido, además, que medirse en ella con la gran masa de hombres eminentes en guerra y política que se había formado en la escuela colombiana; al paso que independizando al Ecuador, Flores marchaba solo y sin ningún rival que le hiciese sombra. No había más que un gran nombre que le inquietaba: Sucre. Pero el crimen *democrático* de Obando y la buena suerte de Flores vinieron a libértarlo de ese competidor. Sucesos posteriores han hecho ver que la mano del General Flores no estuvo en Berruecos. Lo decimos ahora que él ya no existe; ni su carácter decentemente humanitario y enemigo de actos atroces, ni las revelaciones que después ha traído el tiempo, inducen a creer que el General Flores fuera cómplice de ese crimen detestable; crimen que sin embargo vino a servir a su ambición. Este es el momento de tributar justicia a su memoria; la sangre de Berruecos no queda sino sobre la cabeza del fanatismo demagógico de la escuela ultra-santanderina.

Al independizarse el Ecuador, entró la vida del General Flores en una nueva faz: la político-administrativa. Salido de los campamentos y cuarteles, sin educación literaria y con sólo un corto caudal de ideas, que su aventajado talento había podido cazar como al vuelo, en medio de la brillante sociedad que le rodeaba, no podía esperarse que poseyese un fondo de ciencia gubernativa, que sus antecedentes le negaban. Por desgracia, el Sur de Colombia no tenía hombres públicos de ningún género. En la rápida campaña de Pichincha, no pudieron formarse militares. Durante cinco años de régimen colombiano, ni un solo representante regresó de Bogotá iniciado en los principios de la gran escuela abierta a los destinos de la sociedad nueva. Todos los diputados del Sur eran hombres del foro, jurisconsultos y nada más, que habían vuelto sin ideas económicas ni sociales, sin hábitos de asociación, sin gusto para la libertad de la prensa, sin elemento electoral, y sin ninguna de las condiciones que constituyen a los hombres del poder y de la oposición.

Tan deplorable inexperiencia política acarreó naturalmente las dolorosas consecuencias que eran de esperar. El Presidente Flores, tanto por simpatía hacia sus paisanos y compañeros de armas, cuanto por la incapacidad de los nacionales, comenzó a rodearse de los extranjeros, bajo cuya dominación

se comprendían los granadinos y venezolanos. Esto dió principio al descontento que fué fermentando cada día más.

La insurrección de los dos hermosos batallones *Vargas y Flores*, acompañada de escenas atroces, exacerbó los ánimos y dió pábulo al descontento naciente. Esos infelices soldados se sublevaron, en parte por el deseo de regresar al seno de sus familias. El Presidente, que no se ocupaba absolutamente de arreglos fiscales, ni de indagar la suerte del soldado, lo dejaba expuesto a las mayores penurias.

Y, como por otro lado, creía que el principal apoyo de su poder consistía en la fuerza armada compuesta de veteranos, se oponía a que se licenciasen los cuerpos. Estos desastres daban a la administración del General Flores un tinte siniestro.

Aumentóse el descontento por la pérdida del Cauca y de Pasto, que se habían unido al Ecuador en los primeros días de su independencia. Si Sucre hubiese vivido, talvez el Cauca hubiera continuado siendo parte del Ecuador; pero, en cuanto a Pasto, no cabe duda que ese gran capitán hubiero sabido conservarlo, tanto por sus talentos militares, cuanto porque la inmensa mayoría de ese pueblo nos era adicta. Obando y López, que anexaron el Cauca a Nueva Granada, no eran hombres de medirse con Sucre. Compuesto así el Ecuador con los cuatro departamentos del Sur, habrían quedado perfectamente equilibrados los tres estados colombianos; no habría sufrido el Ecuador la presión de la fuerza con que, durante treinta años, lo ha oprimido la Nueva Granada, y habría sido una de las naciones americanas mejor gobernadas por la influencia de los hombres sensatos de Popayán.

Por entonces, comenzó a despertarse el espíritu público de la juventud y se redactaron los periódicos *El Quiteño Libre* y *Las Facultades Extraordinarias*. Aquel, de forma seria y característico por la censura; pero tan mesurado, que hoy pasaría por periódico incoloro, y aun moderado; el segundo de dimensiones diminutas, sarcástico, pero velado en veces con las formas del apólogo. Flores poco acostumbrado a la censura y a la polémica, y rodeado de su círculo de hombres incapaces de defender el poder con la pluma, se exasperó con aquellas producciones, y las hizo acallar, mediante la proscripción de sus autores.

Tantas causas, reunidas a las constantes instigaciones del Gobierno granadino, que a fuerza de anarquizar al Ecuador, creía volver a anexarlo a su nacionalidad, hicieron estallar la revolución del 34, que ya había sido precedida de otros conatos sangrientamente reprimidos. Esa larga campaña de un

año, en la que el valor y constancia de Flores no se desmintieron ni un día, terminó por la jornada de Miñarica, en que el genio militar triunfó del número y del entusiasmo. Flores no abusó de su triunfo y éste fué el más notable de su carrera militar.

Cúpole la fortuna de tomar prisionero a Rocafuerte, y tuvo la feliz inspiración de elevarlo a la presidencia, dando así satisfacción a las pasiones que se le oponían. Retirado al claroscuro de una vida en apariencia privada y literaria, pero de verdadera influencia en el fondo, dió el hermoso ejemplo de sostener lealmente la administración. No cometió más que una falta: la de alentar con su nombre la conjuración parlamentaria de los agiotistas de Guayaquil, para echar abajo los patrióticos decretos de febrero y al probo ministro que los había redactado, D. Francisco E. Tamariz.

Flores, desde su retiro, había observado, con cierta sorpresa y con una noble envidia, el poderoso movimiento administrativo que había desarrollado Rocafuerte. Este cuadro tan nuevo para él, del que no tenía ni idea, y que contrastaba tan fuertemente con el vacío de su administración, encendió en su alma el deseo de aspirar a esa gloria cívica. Trabajó por su candidatura, y sin dificultad se elevó al poder, por mano del mismo Rocafuerte, y por la de sus antiguos enemigos, cuyos resentimientos había calmado a fuerza de beneficios.

No bien había llegado Flores a su segunda presidencia, quiso eclipsar a Rocafuerte, en el progreso que éste había comunicado al país, y comenzó a ocuparse con ardor en todos los ramos de la administración. Rocafuerte, con su genio de fuego, desempeñando la gobernación de Guayaquil, mantenía vivo ese ardor patriótico, y servía de estímulo a las lentitudes del ministerio. Esta pequeña época es la más bella página cívica de Flores, como hombre de gobierno.

Pero ella duró muy poco tiempo. Encendida una larga y desastrosa guerra civil en la Nueva Granada, uno de los partidos buscó el apoyo del gobierno ecuatoriano. El General Flores, por su genio más bien guerrero que administrativo, y todo el Ecuador, seducido por la esperanza de recuperar Pasto, se lanzaron a la campaña, que terminó en Huilquipamba. En ella, apenas se recogió escasa gloria militar, que sólo sirvió para perturbar el movimiento de progreso que en aquel período se había iniciado; y para abrir la puerta a especulaciones financieras sobre la deuda granadina, que fué la remota y verdadera causa de la caída posterior del general Flores.

El Gobierno granadino reconoció la deuda que había contraído, por servicios militares, en dicha campaña. En lugar de hacer venir esos fondos a las tesorerías ecuatorianas, que tantos sacrificios le habían proporcionado, se abrieron sobre aquellos las más escandalosas y ocultas negociaciones. Nueva Granada pagó religiosamente: las cajas del Ecuador, que habían proporcionado esas sumas, no las reembolsaron ni en un céntimo, y se evaporaron en negocios clandestinos, y entre especuladores desconocidos.

Desde entonces ya, en ese período, se volvió al caos y a la inacción administrativa, que caracterizan el gobierno del general Flores. Ocupado únicamente en halagar a sus enemigos y en tratar con esmerada atención a toda clase de personas, su política era una política personalista.

Al descontento vago del país vinieron a unirse incidentes políticos de gravedad. Los vicios de la ley electoral dejaron a una provincia sin representación, y el Congreso de 41 no se reunió. Este acontecimiento fué explotado por el general Flores, de una manera que pareció favorable a su ambición, pero que más tarde ocasionó su ruina.

Con el pretexto de haberse violado una ley secundaria, consideró violada y destruída la constitución. Convocó una convención que lo rehabilitaba para una nueva elección presidencial, y contraponiendo ambiciones rivales, hizo surgir su candidatura propia, imponiendo silencio a las otras. Una de las causas que más influyeron en el ánimo del general Flores para aceptar la reelección, fué el temor de que le sucediese un orden de cosas capaz para residenciar su conducta financiera, en las especulaciones de las deudas granadina y española. Esta tuvo también sus escándalos: el negocio yanqui, más bien indelicado que ilegal, vino a arrojar combustible al incendio. Así que su tercera presidencia, conducida con tales antecedentes, fué la falta más grave que cometió el general Flores en su vida pública.

Esta presidencia de seis años, que venía sin solución de continuidad después de otra de cuatro, esa administración vacía de patriotismo y de progreso social, despertaron entre los republicanos las más serias alarmas sobre las intenciones de perpetuidad en el mando y de abolición del principio alternativo. Preocupado el país con esta idea no veía nada plausible la conducta del general Flores; las mejores intenciones eran mal interpretadas, los actos más patrióticos recibidos con abierta hostilidad. Todo gobierno resultaba imposible, y estalló luego la revolución del 6 de Marzo.

Como siempre, Flores se mostró en aquella campaña, constante y valeroso, pero todo tenía que rendirse ante el movimiento cívico irresistible, que arrastró al país con notable uniformidad. No quedaba al lado del general Presidente más que la mayor parte de sus viejos compañeros de armas que le fueron leales hasta morir en los campos de batalla, en las persecuciones sucesivas y en el largo destierro que les sobrevino.

Capituló Flores en la Virginia y marchó a Europa. El Gobierno provisorio que le sucedió influyó en la convención, para que desaprobara la capitulación. Este fué un gran desacuerdo en política y en moral: era presentar a la nación faltando a su fe, mancillando su honor, violando la santidad de los juramentos, por temor de que un hombre volviera al seno de ese pueblo que le había expulsado con fuerzas tan gigantesas. Esa resolución, lejos de cerrar las puertas a su regreso, no hizo más que tentarle a adoptar represalias de naturaleza extremada e inmoral. La mano osada y enérgica de Roca, que presentía su futura presidencia, se deja ver en la audacia de esta medida. Si Rocafuerte hubiese subido al poder o hubiese dispuesto de él por órgano de Olmedo, habría alejado a Flores con legaciones diplomáticas, en algunas cortes distantes del Ecuador. El carácter viril de Roca le retraía de esa prudencia política, y le inclinaba más bien a desafiar el peligro.

Flores burlado se creyó plenamente autorizado para seguir los consejos de la venganza: se engañaba. Un crimen no se lava con otro. En vez de imitar a Camilo, siguió el ejemplo de Coroliano. Creyó ennoblecer su venganza, cubriéndola con la protección del potentado y revistiéndola con planes de transformación de regio aparato. La empresa encontró su escollo en la misma magnitud del pensamiento: era demasiado grande para ser practicable.

Al anuncio de la expedición, la América retrembló de furor; Inglaterra se alarmó por su comercio, intervino, embargó los buques y todo desapareció como una sombra. En el fondo de aquel episodio, no se veía de positivo más que el talento de seducción que poseía Flores y la ignorancia profunda que hay en Europa sobre la verdadera situación de América. El caso amargó, sin embargo, toda su existencia, y fué una túnica de Deyanira, que envenenaba todos sus actos, y talvez aceleró el término de su vida. El silencio que guardaba, a este respecto, era una larga expiación.

Disipada la tentativa de invasión, regresó Flores a Amé-

rica, y fué perfectamente recibido en Costa Rica, Chile y el Perú mismo, al que había vencido en 1829. Su notable talento, su perfecta urbanidad, el brillo de su gloria militar y hasta de sus colosales, aunque aventuradas empresas, la cultura de su interesante familia, y después de todo, su caída, su desgracia y su pobreza misma, le crearon gran favor en la sociedad, y le abrieron las puertas de todo lo que había de notable en los países de su refugio. Logró Flores por segunda vez seducir a los capitalistas y mandatarios del Perú, para emprender otra cruzada sobre el Ecuador: nueva falta aunque no tan grave como la primera; pues ésta se presentaba como una guerra europea contra la América, y una guerra del principio monárquico contra el republicano, al paso que la invasión procedente de Lima tomaba sólo las formas de una guerra civil. Le faltaron fondos pecuniarios para sostenerse algunos meses con la escuadra que traía; sus auxiliares le retiraron el apoyo, tan luego como le vieron empeñado en la lid, y Flores no tuvo otro recurso que comenzar a disponer como empréstito forzoso, de los cacaos de Machala. Esta medida que, por falta de probabilidades de buen éxito, no ofrecía garantías, se presentó a los ojos de los habitantes de Machala, como una verdadera expoliación. Encendió naturalmente la cólera de los propietarios despojados, y convirtió a Machala en un pueblo de enemigos. En país de montaña, propio para las sorpresas, no le bastaron a Flores ni su talento, ni su valor nunca desmentido, para dominar a aquella insurrección general y formidable. Fué hostilizado de un modo terrible, y entre tanto los aventureros que se hallaban a bordo de sus buques, parte, porque no estaban puntualmente pagados, parte por venderse más caro a las autoridades ecuatorianas, se sublevaron y se entregaron a éstas.

Este contraste vino a arrojar un gran desprestigio sobre el renombre militar del General Flores: ¡comenzaba a ser vencido! El desastre, es verdad, no era de carácter militar, sino más bien procedía de causas económicas; pero eso mismo deponía contra el Jefe, que no supo asegurarse del resultado, previendo las dificultades accesorias.

Derrotado, pero no desalentado, volvió a su asilo, para estar en acecho de alguna otra oportunidad que le abriese las puertas a la intervención en los asuntos políticos del Ecuador: no tardó en sobrevenir. La desatentada tiranía del gobierno de Urvina, que se prolongaba en su sucesor (Robles) y amenazando volver con aquel en el período siguiente, alarmó a todos los espíritus y preparó la revolución en todos los ánimos.

Si el general Robles hubiese inaugurado una política independiente y propia, era imposible el cambio que, a poco tiempo, sobrevino.

Todo el mundo sentía el horrible malestar del país; todos deseaban y aun tenían un vago pensamiento de cambio; pero nadie veía al hombre que debía realizarlo. La revolución no tenía cabeza, no se personificaba. Cuando de repente se presentó sobre la escena un hombre nuevo, y estalló como una granada en medio de la sociedad sorprendida. Un estudiante de Química en París se anunció como el reformador o trastornador del orden de cosas cimentado largo tiempo y con una prudencia consumada, sobre fundamentos que parecían indestructibles. Urvina había apoyado su poder en un ejército adicto, pero desproporcionado a las necesidades del país; en la libertad de los negros, costada con gusto por la generosidad humanitaria de la nación, pero atribuida a la filantropía de él; en la tolerancia culpable de los excesos del soldado y de las depredaciones de los jefes; en la lisonja a las pretensiones provincialistas de Guayaquil; en las especulaciones lucrativas del agio, que derramaba la abundancia entre sus adictos; en la falta, en fin, de un hombre que representase el descontento público. Sin embargo, éste apareció: era García Moreno. Censuró, tronó, acusó, conspiró e hizo brotar la revolución, dándole corporeidad en pocos días: vino a servirle por lo pronto la defección de Franco, que consumó la caída de la administración constitucional; pero este auxilio, que en su origen pareció favorable a la causa de la revolución, se trocó en un peligro mayor que el que se acababa de destruir. Franco aparecía apoyado en el poder del Perú. Durante esta lucha fué cuando volvió a aparecer el nombre de Flores. Se dice que Franco le ofreció su salvoconducto y le invitó a que volviera a mandar su ejército. Flores, sea porque siempre había gustado pertenecer a las causas que proclamaban principios conservadores, y las que figuraban nombres de alta significación social, como sucedía con el gobierno provisorio; sea que los enlaces de familia le acercaban más a este partido, lo cierto es que rehusó las halagüeñas ofertas que, dicen, le hizo el general Franco y ofreció más bien su espada al Sr. García Moreno.

Fué aceptada, y Flores regresó al Ecuador, al cabo de quince años de proscripción. ¡Cuán cambiado lo encontró! No era ni una sombra del Ecuador que él había dejado en 45! Su partido había desaparecido completamente, sea por la muerte y la proscripción de sus amigos, sea por los nuevos compromisos que habían contraído con las diversas administraciones que se ha-

bían sucedido en el poder, sea, en fin, por las nuevas ideas difundidas en aquel período bastante fecundo en progreso intelectual y político.

Sin embargo, los hombres serios que ansiaban la estabilidad y el orden y los militares jóvenes que buscaban una escuela y simpatizaban con las glorias marciales, corrieron a rodear al viejo veterano, que era conservador en política.

Abrióse la campaña de Guayaquil bajo brillantes auspicios. A la voz fascinadora de García Moreno se había electrizado Quito, y entusiasmada se lanzaba su juventud a la carrera de las armas. Vencida al principio, alcanzó después triunfos notables sobre los *Tauras*, que hasta entonces se consideraban invulnerables. Al marchar sobre Guayaquil, se le incorporó el general Flores y tomó el mando en jefe del ejército. Las brillantes cargas de caballería en Bodegas, el segundo paso del Salado y la ocupación de Guayaquil con tropas inexpertas de la sierra, vinieron a realzar ese brillo militar de Flores, eclipsado en sus anteriores desaciertos. Su edad y sus infortunios no habían disminuido en nada su valor, siempre apurado y a veces temerario.

Terminada aquella campaña con gloria, quiso el general Flores aparecer también y brillar en la arena parlamentaria. Solicitó y obtuvo con facilidad ser nombrado para la próxima Convención, que debía reorganizar el país, en la que fué nombrado su Presidente. Dominó algo a ese cuerpo, más bien por medio del partido que supo crearse, que por el poder de las ideas y el imperio de la palabra. Tenía una elocuencia fácil y fluída y un estilo cortés y amenerado, propio de los salones, pero carecía del acento apasionado, de la frase de fuego, de movimiento oratorio, que, a veces, brusco, desbordado y aun incorrecto, arrebatará y dominará a las masas parlamentarias; tenía alguna instrucción, pero no la necesaria para luchar con ventaja contra esos adversarios principistas de colegio, tan rebosantes de doctrina: tenía talento, pero no era el talento impetuoso del orador, sino el talento frío y acompasado del estadista. El general Flores, pues, se vió algo mortificado en la asamblea, y no pudo sostenerse a la altura de su posición. Todos esperaban que con sus largos viajes en Europa y América, con la afición que tenía a la lectura, con el trato de los hombres prominentes con quienes se había rozado, hubiese atesorado una suma de ideas prácticas, capaces de promover reformas en los diversos ramos de la administración pública del Ecuador; pero se notó con dolor que no había en él ninguna iniciativa en las reformas, ningún plan de progreso, ningún sistema precon-

cibido y madurado para el adelantamiento social y económico del país, teatro de su vida pública.

Pero si carecía de estas dotes, poseía otras de gran estima para los tiempos que atravesamos. Una lealtad a toda prueba para con los gobiernos a quienes ofrecía su franco y decidido apoyo; una fidelidad nunca desmentida para con las instituciones que se fundaron con su concurso; una adhesión sincera y noble hacia las personas que componían el gobierno y un apego instintivo a las doctrinas sanas y conservadoras de la sociedad. Pudo algunas veces, en el interés de su ambición, enarbolar el pabellón radical y constituirse en jefe de alguna facción demagógica que le habría recibido en triunfo; pudo, otras, romper con los hombres del poder que contrariaban su influencia política, y levantar bandera propia en el campo de su partido personal; pero jamás cometió estas faltas tan comunes en nuestros días, y siempre se le vió ahogando sus resentimientos, imponiendo silencio a sus pretensiones y a su ambición y marchando del lado del deber y por el honor.

En esta tarea cívica de hacer la guardia al gobierno y a las instituciones, han pasado los cuatro años de su vida. Entre tanto, sobrevino la incalificable invasión granadina, cuya corta campaña terminó en Guaspud. Este fué el Waterló del General Flores. Ora porque su tropas eran colecticias y las de su rival muy aguerridas; ora porque no estudió el terreno, ni escogió el que le conviniese para el combate, sea porque, en lugar de una batalla dispuesta, fué más bien un encuentro casual, en el que no peleó más que una parte del ejército ecuatoriano contra todo el del enemigo, lo cierto es que fuimos vencidos, y debimos serlo. No se ganan batallas contra todas las leyes de la guerra. Napoleón decía que todo el arte de ella consistía en acumular el mayor número de gente posible en un punto dado; regla a la que se faltó en Guaspud por parte del general ecuatoriano. Ochocientos soberbios caballos no entraron en combate, por lo impropio del terreno, cuando ellos podían haber decidido la victoria a nuestro favor, luchando en Cumbal o Carlosama, llanuras próximas a Guaspud. En esta función de armas, todo lo que hubo honroso para el General Flores, fué su arrojo habitual, su valor personal nunca desmentido: peleó con la bravura de un cadete, más bien que con el valor prudente y oportuno del general en jefe. Vencido en Guaspud, apareció vencedor en Pínsaquí: este tratado de paz, tan honroso para el Ecuador, se debe a la influencia personal y al talento del General Flores.

Un año después, estalló la insurrección de Machala, y, para sofocarla, preparó con actividad los elementos necesarios, marchó personalmente contra ella, a pesar de los consejos de los facultativos, que le pronosticaban una muerte cierta; y víctima de su honor y de sus deberes militares, ha expirado, al siguiente día del triunfo, lejos de los suyos, en los brazos de un edecán, a bordo de un buque que lo traía a Guayaquil, y sin otro sudario que el del pabellón del orden y la legalidad, que ha envuelto su cuerpo de héroe: ¡nobilísima y envidiable muerte!....

Este era el general Juan José Flores. Hemos intentado hacer su retrato, a grandes pinceladas, y despreciando detalles que a nada conducen, hemos procurado verle a la luz de los intereses nacionales y pintarle siempre con el colorido de la cosa pública. Así es como son escuela digna de estudio los hombres que han marchado paralelos con un pueblo, y se han identificado con su buena o mala fortuna.

¡Que nuestros jóvenes guerreros contemplen este modelo, para imitar sus virtudes, sus nobles cualidades y sus altos hechos, y para huír de sus faltas, algunas graves en verdad! Faltas... ¿quién no las ha cometido en una larga vida? Seamos indulgentes con ellas. Así, aunque condenemos la tentativa de la invasión con elementos europeos, que todavía proyecta su fatídica sombra sobre el Ecuador de hoy, honremos su espada, siempre al servicio de sus juramentos, y esperemos que ella será conservada en el museo nacional como un monumento de gloria imperecedera.

Al terminar estas líneas fugitivas, consagradas a la memoria del amigo siempre bueno, siempre consecuente, que nos ha dicho su adiós supremo, sólo nos resta rogaros, a Vos, Señor Omnipotente, que perdonéis al que tanto perdonó en este mundo, y derramáis los tesoros de vuestra misericordia sobre el alma del que no tuvo sino benevolencia hasta para sus enemigos

ANTONIO BORRERO CORTAZAR

1821—1914

Nació en Cuenca. Hizo todos sus estudios en centros docentes de esta ciudad, hasta recibirse de abogado. Como político fué uno de los que hicieron labor de oposición a García Moreno, fundados en principios de libertad. El 27 de Octubre de 1875 fué elevado a la presidencia de la República, en cuyo cargo, por falta de sentido político y de aptitudes de estadista, no se definió como conservador ni como liberal, descontentando a unos y otros. Cayó del solio presidencial el 8 de setiembre de 1876.

Además de su obra periodística, quedan de él una refutación a la obra sobre García Moreno del P. Berthe y la biografía de Solano. Retirado de la vida social y política vivió sus últimos años en el campo, en donde murió.

BIOGRAFIA DEL R. P. FRAY VICENTE SOLANO

Hace muchos años que veíamos andar, de cuando en cuando, por las calles de esta ciudad, a un religioso de pequeña estatura, vestido con el burdo sayal de San Francisco. Su fisonomía estaba marcada con el sello de la inteligencia y de la virtud: revelábase la primera en la mirada viva y penetrante, en la espaciosa frente, en la nariz larga y fina; y se dejaba entrever la segunda en los rasgos de santa austeridad que se notaban en su semblante pálido y descarnado. Todo el mundo fijaba en él sus miradas, con ademán atento y respetuoso, como en el objeto de la veneración popular. Su vida no fué la de los zánganos de la sociedad: fué la de un sabio y la de un santo. La práctica de la virtud, el cultivo de las ciencias y el estudio de la naturaleza, constituyeron su pre-

ciosa existencia, e hicieron de él un grande orador, un pensador profundo y un hábil escritor. ¿Cuál de los hijos del Azuay no ha saboreado las dulzuras de su elocuente palabra, no ha admirado la novedad de sus profundos pensamientos, no se ha entusiasmado con las bellezas de sus luminosos escritos? ¿En cuál de los más apartados lugares de la República del Ecuador no ha resonado el simpático y popular nombre del sabio Fr. Vicente Solano?

En el largo espacio de trescientos años que hemos vivido a la sombra de la Cruz, hablando la hermosa lengua de Castilla y recibiendo las visitas de hombres como La Condamine y Jussieu, Humboldt y Bompland, Caldas y Boussingault, no hemos tenido, de entre nosotros, un escritor que nos diera a conocer la naturaleza de nuestro suelo, la variedad y riqueza de nuestras plantas y flores, y estructura de nuestras inmensas cordilleras, la calidad del agua que bebemos y del aire que respiramos, etc. Sólo el P. Solano se había dedicado a ese importante estudio, sin descuidar por eso las altas cuestiones teológicas, sociales y políticas, ni la enseñanza de la pura moral del Evangelio. El nos ha dejado curiosas investigaciones sobre los reinos animal, vegetal y mineral; sobre la constitución geológica del terreno que pisamos; sobre el curso de nuestros ríos y la naturaleza de sus aguas; sobre las condiciones atmosféricas en que vivimos, etc.; en una palabra, él nos ha enseñado, con su ejemplo y con sus escritos, la verdadera civilización.

Cuenca, que le vio nacer, fué el teatro donde el P. Solano hizo brillar sus altas dotes intelectuales. Católico y patriota, defendió nuestra religión, sin tregua ni descanso, por más de treinta años, con el celo y ciencia de un Padre de la Iglesia, y vindicó el buen nombre del Ecuador con sus numerosos y sólidos escritos.

Como hijos de este país, y, por lo mismo, vivamente interesados en cuanto tenga relación con la honra y gloria de la patria, vamos a dar a conocer al P. Solano en su verdadero punto de vista, y a presentarlo a los demás pueblos de la América española como un escritor digno de figurar, en primera línea, sobre los más acreditados. El P. Solano es menos conocido que unos cuantos escritores que no han tenido la ciencia, ni el talento que él tuvo; y de ninguno puede decirse, con más razón, lo que el Sr. Torres Caicedo ha dicho, hablando del afanado sabio y literato D. Andrés Bello.—“Es preciso que las Repúblicas Sud-americanas comprendan la imperiosa necesidad en que están de hacerse conocer más entre sí mismas: hasta hoy las

unas ignoran casi absolutamente los adelantos que las otras hacen; y es muy común en ellas estar más al corriente de lo que pasa en Europa, que lo que acaece en los países vecinos y hermanos. Por consiguiente, las obras de los más célebres escritores sud-americanos son conocidos de pocos, y a veces no pasa este conocimiento de los límites de la República en donde se publica la obra".

Tal es el motivo que nos ha movido a escribir sobre la vida del P. Solano y sobre sus numerosos escritos; trabajo que emprendemos sin pretensiones de ningún género, y sin el talento y luces suficientes para hacer un juicio crítico de las numerosas producciones del eminente ecuatoriano.

II

Fr. Vicente Solano nació en esta provincia, por los años de 1791 a 92. Fué hijo legítimo de D. Tomás Solano y de D^a María Vargas Machuca, ambos de origen español. Después de aprender de su padre las primeras nociones de Gramática, entró, a la edad de nueve años, en el noviciado que entonces había en el convento de San Francisco de esta ciudad, donde estudió Gramática y Filosofía bajo la dirección de los PP. Calis y Segura. Tuvo por maestro de novicios al R. P. Fr. Mariano Váscos, y por discípulos, entre otros, a los célebres PP. Pazmiños, hijos de este lugar, uno de los cuales, Fr. Manuel, hizo en Lima una lucida oposición a la cátedra de Filosofía del Convento máximo de aquella ciudad, del cual al de ésta, en donde murió a tiempo que dictaba un excelente curso de Lógica en el Colegio Seminario.

La aplicación del P. Solano era tal que no dejaba el libro de la mano, ni a las horas de comer: nunca se le veía en el claustro, ni fuera de él, porque todo el día lo pasaba en la Biblioteca del convento. Profesó en esta ciudad, después de concluido su curso de Filosofía; pasó, en 1809, a la Recoleta de San Diego de Quito, donde estudió Teología bajo la dirección de los RR. PP. Terrera y Sanz; y, concluido ese estudio, se opuso a la cátedra de Filosofía, cuya enseñanza tuvo a su cargo, durante tres años, en el mismo convento de San Diego.

La vida que llevó en Quito fué semejante en todo a la que llevó en Cuenca. El estudio, la oración, el cumplimiento de sus deberes religiosos, eran su única ocupación, y no tenía más entretenimiento que pasear, de cuando en cuando, por los alrededores de Quito, dando muestras, desde entonces, de un espíritu sagaz y observador. Enemigo de la super-

ficialidad, nada estudió por compendios, sino por obras que arrojasen suficiente luz sobre las materias que se proponía conocer a fondo.

Concluido el curso de Filosofía, le ordenó de Presbítero en 1814 o 15, el Ilmo. Sr. Dr. Dn. José Cuero y Caicedo, y poco después regresó a su ciudad natal, sin poder satisfacer el vehemente deseo que tenía de ir a emplearse, cual otro religioso de su mismo nombre e instituto, San Francisco Solano, en la conversión de los infieles. El P. Solano pidió con instancia, tanto a la autoridad eclesiástica como a la civil, que le expidieran el título de misionero, porque el instituto que había abrazado y su misma vocación le llamaban a desempeñar el sublime ministerio del apostolado; pero los acontecimientos políticos de aquella época le impidieron llevar la luz del Evangelio a las remotas regiones del Oriente, donde hubiera prestado inmensos servicios a la religión, la patria y la ciencia.

No pudiendo ser misionero en Oriente, vino a serlo en Cuenca. Aquí pasó la mayor parte de su vida predicando con el celo y la unción de un Apóstol, y escribiendo con el nervio y la erudición de un distinguido apologista de la Religión. Sólo de tiempo en tiempo se retiraba a la hacienda *La Papaya*, situada en la provincia de Loja, provincia muy querida por el P. Solano, porque era el teatro de sus correrías científicas. Visitó también, a poco de haber llegado de Quito, la histórica Cajamarca, de donde era cura un hermano suyo, el Dr. Miguel Solano.

Pobre, obediente y casto; desinteresado, caritativo y abnegado, el P. Solano fué el verdadero discípulo del Serafín de Asís. Enemigo de los honores, de los empleos y de las dignidades, no aceptó, sino por poco tiempo en 1826, el cargo de Guardián del convento de esta ciudad. Posteriormente fué nombrado varias veces Provincial de su Orden, y últimamente Obispo auxiliar del Ilmo. Sr. Plaza; pero nunca se resolvió a admitir esos destinos, porque, si él tenía ambición, no era de honores ni de mando, sino de ser útil a la religión y a la patria, consagrándose al estudio de las ciencias sagradas y profanas.

La intriga, la doblez, la falsía, eran incompatibles con el carácter grave y austero del sabio franciscano, enemigo de la lisonja, de la adulación y de la mentira; vicios propios de esos seres miserables que no conocen el valor de la dignidad humana, ni la importancia de la santa libertad cristiana.

Accesible a toda clase de personas, el rico y el pobre,

el sabio y el ignorante, el noble y el plebeyo, hallaban en él cuanto buscaban: luz para su inteligencia, paz para su corazón, tranquilidad para su conciencia. La conversación del P. Solano era variada, amena e instructiva, como sus escritos. Sencillo y natural, nunca hacía alarde de su saber; el hombre instruido, lo mismo que el rústico campesino, podían acercársele con la seguridad de no verse humillados por el orgullo y vanidad que suelen tener los sabios, cuando su ciencia no está apoyada en el santo temor de Dios.

Causa admiración que un religioso Franciscano, que había pasado casi toda su vida en un país donde, hasta 1818, no se enseñaba más que latín y algo de Teología moral, y donde, por lo mismo, era muy difícil instruirse, se hubiese proporcionado obras que le suministrasen profundos y variados conocimientos en los más importantes ramos del saber; conocimientos que ninguno, a lo menos que nosotros sepamos, ha tenido en el Ecuador.

El conocía la lengua y literatura latinas, lo mismo que la lengua y literatura castellanas, como conocía también la francesa e italiana; escribía en el idioma de Cicerón con la misma precisión y propiedad que en el de Cervantes; había hecho un estudio detenido y concienzudo de la historia natural; el derecho público, en sus diversos ramos, no le era desconocido; y en cuanto a las ciencias eclesiásticas, sus conocimientos eran tan profundos, que bien podríamos llamarle el teólogo del Ecuador.

No es de extrañar que, con estudios tan varios, con talento claro y penetrante, temperamento fogoso, imaginación viva y ardiente, el P. Solano fué un rival temible en las luchas literarias. Infatigable para la polémica, pronto en la réplica, fecundo en la argumentación, invencible por su lógica severa, conciso y claro en su estilo, satírico y picante a veces, el autor en quien nos ocupamos, era considerado, generalmente, como un formidable atleta en el palenque literario. Midió sus fuerzas con los primeros escritores de su patria y con escritores extranjeros tan afamados como D. Antonio José Irrisari; y nunca fué vencido por ellos.

Todos los que conocieron el distinguido mérito del P. Solano le tributaron el honor que los pueblos cultos y los hombres ilustrados ofrecen siempre a la virtud y al saber. Monseñor Cayetano, conde Baluffi, primer Delegado Apostólico en Nueva-Granada, y posteriormente Cardenal, sostuvo una larga correspondencia con el P. Solano, cuyo talento reconocía y

admiraba. El Sr. Luna Pizarro, arzobispo de Lima, tan célebre en la historia política y eclesiástica de la república del Perú, le invitó para que se trasladara a aquella ciudad, a fin de ocuparle en la defensa de la religión y en la predicación, ofreciéndole una cuantiosa renta; pero el humilde franciscano prefirió la obscuridad de su celda al brillo y esplendor de una Corte como Lima. Otro eclesiástico, aun más distinguido, el Sr. Doctor José Ignacio Moreno, sabio autor de las *Cartas Peruanas*, Arcediano de la misma Catedral, tuvo una alta idea del P. Solano, a quien reputaba una de las glorias del sacerdocio americano.

Pero no sólo los teólogos y canonistas reconocían el saber de nuestro teólogo y canonista: también los literatos tributaban homenaje al claro mérito de nuestro literato. Los Sres. Juan María Gutiérrez y Rufino Cuervo, argentino el primero y colombiano el segundo, muy conocidos ambos en la república literaria, fueron por algún tiempo corresponsales del P. Solano, y en su correspondencia, que sentimos no poder reproducir, se encuentran rasgos que honran sobre manera al literato del Azuay. El Sr. Dr. José María Torres Caicedo, antiguo redactor de *El Correo de Ultramar*, escritor muy popular, tanto en Europa como en América, llamó al P. Solano "hombre eminente por su talento, ilustración y virtudes". Igual elogio le han hecho en Chile, donde han reproducido algunos de sus escritos; y el poeta ecuatoriano, Sr. D. Juan León Mera, le dedicó una de sus más hermosas poesías.

III

De cuantos escritores ha producido el Ecuador en el presente siglo, ninguno puede colocarse, por su fecundidad y erudición, a la altura del P. Solano. Él ha dado a luz opúsculos, folletos, innumerables hojas sueltas, que reunidas pudieran formar algunos volúmenes. Larga tarea sería analizar todos esos escritos; y así, hablaremos sólo de los más importantes y de los que, en nuestro humilde juicio, merezcan ser leídos por los que en algo estimen las glorias literarias de su patria.

En 1828 fundó en esta ciudad el primer periódico que ha tenido Cuenca, bajo el título de *El Eco del Azuay*. El general colombiano Ignacio Torres, Intendente, por aquella época, del antiguo Departamento del Azuay, había comprado, por indicación y empeño del P. Solano, la primera imprenta que

vino al Ecuador; la cual, puesta a disposición del hombre más instruido que teníamos, empezó a difundir buenos principios, sanas ideas y doctrinas luminosas.

Si *El Eco del Azuay*, cuyas columnas agradaron mucho al Libertador, quien tenía un alto concepto del P. Solano, no es una publicación tan importante como *El Semanario* del ilustre Caldas, es, a lo menos, un periódico que proporciona útil y amena lectura. Hemos encontrado en él una serie de instructivos y bien escritos artículos sobre Agricultura y Geología, ciencias sobre las cuales hasta hace poco nadie había escrito en el Ecuador; pero que, sin embargo, no le eran desconocidas al eminente franciscano.

La Escoba, lo hemos dicho ya, es una preciosa colección de artículos científicos, literarios, biográficos, políticos, etc. En las columnas de esta ilustrada publicación, la más importante de cuantas publicaciones periódicas han dado a luz las prensas del Ecuador, brillan la profundidad del sabio, la severidad y rigidez del filósofo cristiano, la erudición del controversista, el buen gusto y la elegancia de estilo del literato, la previsión y el patriotismo del escritor político.

Las opiniones políticas sobre libertad de imprenta, libertad de elecciones, etc., del ilustrado escritor que honró nuestra tierra con sus virtudes y talentos, opiniones que ya conocen nuestros lectores; no son sólo la de todos los escritores independientes y de conciencia: son también las de los mismos PP. de la Iglesia, desde san Pablo hasta el P. Ventura; todos los cuales, siguiendo el ejemplo y las lecciones del Divino Maestro, han defendido siempre la libertad y la justicia. San Pablo enseña: "que donde está el espíritu de Dios, allí está la libertad; de manera, que no puede encontrarse el espíritu de Dios donde hay opresión y tiranía". El P. Ventura nos ha dejado en sus brillantes Conferencias sobre el *poder político* cristiano en su *Ensayo sobre el poder público*, una elocuente protesta contra la inculpación que el protestantismo ha hecho a la Iglesia católica de ser sostenedora y favorecedora de la tiranía de los gobiernos. Estos según la doctrina del P. Ventura, no tienen nada de común con la enseñanza católica, cuando su origen y su apoyo son la fuerza y su violencia.

Creemos, pues, que nadie se habrá atrevido a tachar de *demagogo* y *anarquista* al P. Solano por sus opiniones en materia de libertades públicas: primero, porque la doctrina del político ecuatoriano es la misma de la Iglesia católica, de la cual fué digno ministro; y segundo, porque él, austero y peni-

tente, exento de toda ambición, nunca fomentó las disensiones civiles, ni vió en las revoluciones un segundo medio de subir y engrandecerse.

En 1856 se escribía en Bogotá *El Neo-Granadino*. Su redactor, el muy conocido y hábil escritor D. José María Samper, sostenía entre otras cosas contrarias al buen sentido, que el clero católico no había hecho nada por la civilización del mundo, y que el de Colombia en particular tampoco había hecho nada por la independencia de su patria. Varias fueron las plumas que refutaron victoriosamente al Sr. Samper, y una de las que mejor lo hicieron fué la del P. Solano. Bajo el título: *El Clero Ultramontano*, título que había adoptado en sus artículos el escritor granadino para atacar a esa respetable corporación, nuestro apologistas de la religión y de la verdad, escribió en *La Escoba*, una serie de artículos defendiendo al clero católico de las tremendas inculpaciones que le hacía el Sr. Samper.

El P. Solano, probó, pues, con la historia de la civilización del mundo, que ésta era debida, principalmente, al clero católico, cuyas luces y virtudes habían salvado a la Europa de esa espantosa catástrofe que se llama *irrucción de los bárbaros*.

En 1860 y 61 se redactaba en esta ciudad, por el señor Rafael Borja y por el que escribe estas líneas, el periódico intitulado *La República*, periódico en el cual colaboraban los Sres. Tamariz, Malo, Cueva y Ramón Borrero. El padre Solano, que en esta época se hallaba ya postrado de las fuerzas del cuerpo, pero no de las del entendimiento, envió a la redacción de *La República* algunas producciones suyas, que fueron las últimas que nos dejó escritas su brillante pluma. Tales fueron un artículo científico sobre el cultivo del algodón, algunas fábulas en prosa y algunas máximas, sentencias y pensamientos religiosos, morales y políticos. Tanto la fábulas como las máximas, sentencias, etcétera, son resultado de un profundo estudio, de largas meditaciones y de un perfecto conocimiento de las cosas y de los hombres.

Cada uno de esos pensamientos contiene, como dice el P. Solano, un discurso completo; y, por lo que hace a la forma en que están concebidos, ella es tan culta y elegante como la que han dado a los suyos Bossuet, Massillon, Balmes, Donoso Cortés y otros hombres tan eminentes como éstos.

A fines del año 1860 enfermó gravemente el P. Solano, y desde entonces se sumergió en una profunda melancolía, tan-

to por sus padecimientos físicos, cuanto porque se veía privado de la lectura, ocupación que había sido el entretenimiento y las delicias de toda su vida.

Continuamente se acercaba a la librería y exclamaba: "¡Qué suplicio! Qué situación la mía! Bien puedo compararme con el Tántalo de la fábula; tengo cerca de mí aguas deliciosas y frutas que provocan, pero no puedo gustar de ellas". Otras veces decía: "Un padre de familia siente por sus hijos en el momento de su muerte; yo, en vísperas de dejar el mundo, siento separarme de estos maestros y amigos que han hecho los placeres de mi vida. Voy a dejarlos en manos de quienes no sabrán aprovecharse de ellos".

El vaticinio del P. Solano se ha cumplido al pie de la letra: su selecta librería, cuyos restos vimos hace algún tiempo en casa de D. N. Landín, síndico de San Francisco, ha desaparecido. Esa librería debió ser comprada por el Colegio Seminario o por el Nacional; pero nadie pensó en tal cosa. Entre nosotros, muy poco nos cuidamos de honrar a los muertos, por ilustres que sean; de lo que nos cuidamos es de honrar a los vivos, aunque estos sean como D. Ignacio Vintimilla, cuyo nombre lleva un puente levantado sobre el riachuelo de *Milchchig*. Mientras tanto nada se ha hecho [1] para honrar, como es debido, la memoria del P. Solano, del más ilustre de los hijos del Azuay, de quien no tenemos otro recuerdo que el nombre de la calle que pasa por San Francisco, calle a la que, recientemente, se le ha puesto el nombre de *Solano*.

Dos años antes de su muerte, acostumbraba pasearse por las orillas del río *Tomebamba*, y se entregaba a diversas reflexiones. Unas veces repetía aquellos versos de Rioja: [?]

Como los ríos que en veloz corrida
se llevan a la mar, tal soy llevado
al último suspiro de mi vida.

"Los ríos, decía otras veces, tienen para mí encantos indescubiertos: ellos me han hecho delirar desde mi juventud. En el cristal de sus olas y en sus diversos murmullos hay para mí un no sé qué de divino que siento y no puedo expresar. Juan Jacobo Rousseau quería morir viendo el sol, y el filósofo Aristipo la verdura del campo. Yo quisiera morir al borde de

(1) Téngase presente que esta biografía se escribió el año de 1883.

este río, arrullado por sus olas".

Pocos meses antes de su muerte tomaba con frecuencia las *Cartas burlescas* del abate Guenee contra Voltaire, y los libros poéticos de la Biblia, traducidos por D. Tomás González Carvajal, y decía: "He aquí las obras que más he leído en mi vida;" luego añadía chanceándose con un individuo de su familia: "Los incas se enterraban con sus tesoros; verás tú si puedes enterrarme con estas dos ollas de oro, que deseo llevarlas hasta el sepulcro".

A medida que crecían sus dolencias, suspiraba de vez en cuando y decía: "La Religión no se destruirá en el Ecuador por los incrédulos; los que la han de destruir son los clérigos aspirantes en política. El odio a éstos pasará a odio de la Religión, y he ahí un semillero de calamidades para la Iglesia".

Faltando muy poco para su muerte, la que tuvo lugar el 2 de Abril de 1865, no quiso ya hablar de otra cosa sino de Dios. Gustaba mucho de que se le leyeran algunos fragmentos de obras espirituales; recitaba continuamente las oraciones de la Iglesia, y el Salmo que dice: *Unum petii a Domino, hanc requiram, ut inhabitamini domo Domini omnibus diebus vite mee*; y días antes de su fallecimiento, compuso el siguiente epitafio, el mismo que se lee sobre la losa que cubre los restos mortales del sabio franciscano:

Hic jacet
Frater Vincentius Solano
Ex Ordine Minorum,
Qui satis vixit, cogitavit et scripsit.
Utinam bene!
Et in pulverem reversus
A transcendentibus
Veniam et non laudem petit.
Obiit anno....

VICENTE CUESTA

1830—1883

Nació en Cuenca el 19 de marzo de 1830. Todos sus estudios hizo en centros docentes de esta ciudad, hasta recibir las órdenes sacerdotales y después el título de abogado. Concurrió a la convención nacional, el año de 1861, como representante del Azuay. En ella, dice Juan León Mera, se distinguió "por la rectitud de su conciencia, firmeza en sus opiniones, y claridad de comprensión y expresión". En 1869 fué nuevamente electo diputado para la convención nacional. En 1875 perteneció al congreso nacional como representante de su provincia natal.

En 1869 viajó por Europa y Oriente. Durante este viaje escribió el **Viaje a la Tierra Santa**. Son cartas en que anota sus impresiones de viaje, entrelazados con recuerdos históricos y legendarios. Aladas y vivas tienen la gracia de la crónica.

Fué también escritor político; a consecuencia de esto fué desterrado por el gobierno del general Veintemilla; el 5 de Agosto de 1877 partió de su patria y se dirigió a Chile a residir en Santiago. En abril de 1881 estuvo de regreso en Cuenca. Hombre de gran acción social, ya solo, ya en cooperación de otros, fundó sociedades de beneficencia. Nombrado profesor en el Seminario Conciliar de Cuenca influyó en la formación de un clero ilustrado. El Seminario Conciliar de Riobamba, en donde algunos años estuvo de Deán de la Catedral, se estableció debido en gran parte a su cooperación. En 1883 emprendió viaje a Chile; en el Perú fué atacado de fiebre amarilla y murió en Lima el 21 de enero de 1883.

Bibliografía

LAS OBRAS.—**Viaje a Tierra Santa**, Valparaíso, 1879. (Estas cartas se publicaron por primera vez en **El Porvenir**, se-

manario de Cuenca; el mismo año Juan León Mera las reprodujo en otro periódico, **El Nacional**; en 1872 aparecieron en libro, editado en Popayán; en 1873 se reeditaron en Quito con el aumento de una carta y con la introducción escrita por don Juan León Mera.

A CONSULTAR.—Juan León Mera: **El Doctor D. Vicente Cuesta (Recuerdos de un amigo)**, segunda edición, Quito, 1884.

CARTA VI

Port Said, Febrero 7 de 1870.

El 5 por la madrugada, montados en asnos recorríamos a galope las tortuosas y estrechas calles del inmenso Cairo ¡Qué población tan compacta, diré así, y tan variada! Sin la mansedumbre y ligereza de nuestra humilde cabalgadura, habría sido imposible romper esas corrientes espesas de gente que circulan por los brazos y mercados. Un cuarto de hora de observación en uno de estos lugares de gran concurso, basta para conocer las diversas razas que forman la población del Cairo. Los *fellahs* o árabes del campo; el beduino, que vive en el desierto y que mira con altivo desdén al árabe de las ciudades; el copto, descendiente de los antiguos egipcios; el judío, de mirada triste y concentrada; el griego, despierto y activo, llevando con gracia sus largas borlas, etc.—La calle de Mouski es la más concurrida y tiene almacenes de europeos a uno y otro lado. Los judíos cambiadores de moneda ocupan las aceras, principalmente a la salida de esta calle en la plaza Reumeileh, que es la más elegante de las plazas del Cairo. Aquí se eleva la mezquita del Sultán Hassan, una de las mas suntuosas y ricas que posee el mahometismo.

Desde esta plaza principia el plano inclinado para subir a la gran ciudadela, fabricada por Saladino en las faldas de la pequeña montaña de arena, El-Mokattam. Es un inmenso edificio circundado de altas murallas, con dos elevados torreones a los lados. El interior se compone de tres grandes cuarteles, cada uno de ellos rodeado de una muralla inferior. Es un laberinto de patios, galerías, puertas que conducen a diversos departamentos y a los fuertes cubiertos de cañones. Parece una pequeña ciudad. Aquí están las oficinas públicas, los ministerios, la administración de justicia, etc. Visto el Cairo desde uno de los torreones muestra toda su extensión y riqueza. Tiene tres kilómetros de largo y cerca de dos de ancho; trescientas veintisiete mezquitas, treinta iglesias de cristianos de

diversas comuniones, diez sinagogas, setenta baños públicos, trescientas fuentes y mil trescientos depósitos de mercaderías para las carabanas que llegan de la Arabia, del alto Egipto, de Argel, Trípoli, etc. La población, sin embargo de la espantosa mortandad en la peste de 1845, es de doscientos ochenta mil mulsumares, veinte mil coptos (cristianos), nueve mil franceses (los europeos), cinco mil judíos y cinco mil entre griegos, armenios y drusos. Los orientales conservan los cementerios en el interior de las poblaciones, y estas necrópolis son tupidos bosques de altos cipreses. Así el Cairo visto de la ciudadela parece erizado de alminares, de arboledas, de brillantes cúpulas y de los altos edificios públicos; todo lo cual hace que esta ciudad sea, después de Constantinopla, la más bella y la más rica del Oriente.

En uno de los patios de la ciudadela, que tiene una estrecha salida a la plaza Reumeileh, tuvo lugar un drama terrible y sangriento. Era el 1º de marzo de 1811; Mehemet-Alí, con pretexto de una fiesta, reunió a los jefes de los mamelucos; todos acudieron a la cita fatal, y, cuando ya estuvieron juntos, el cruel y enérgico Pachá dió la orden del degüello. Emim-Bey, el más hermoso joven de todos, tomó su yegua por la brida y la hizo olfatear una grieta de la muralla. "El inteligente animal comprendió, dice la leyenda, que tenía que salvar al gallardo mancebo, para que Fátima, la de los ojos negros, no muriese de dolor. Entonces el temerario mameluco, monta de un salto, invoca a Aláh, aguija al torgoso cuadrúpedo y, como si estuviese sobre Borak, la divina yegua del Profeta, traspone la elevada muralla y huye al desierto". Fué el único que salvó de la matanza: todavía se enseña al viajero el lugar por donde saltó el atrevido mameluco.

En otro patio de la ciudadela se observa un pozo de noventa y cinco metros de profundidad; los árabes dicen que fué abierto por Joseph, hijo del patriarca Jacob, y lleva su nombre [Bir el Jousef: la fuente de Joseph]. A las diez del día estábamos de vuelta en el hotel pasando por delante de la imponente y gradiosa mezquita de Toulon, toda de los mármoles más ricos, traídos de las ruinas de Alejandría, de Memphis y de Thebas. En esta mezquita se hace los viernes la oración oficial.

A las once estábamos en el tren despidiéndonos de la gran metrópoli del Egipto. Medía hora hacía que habíamos salido, cuando a lo lejos distinguimos las ruinas de Heliópolis. Un sentido y tierno afecto dirigimos desde el fondo del corazón a esas ruinas veneradas. Heliópolis fué la ciudad hospitalaria que

recibió a Jesús, María y José cuando huyendo de la persecución de Herodes vinieron al Egipto. Todavía existe el añojo sicomoro plantado por José, regado por la Virgen y que daba sombra al niño Jesús. El antiguo canal que refrigeraba con sus aguas a los divinos huéspedes se conserva también. La viva imaginación oriental ha realzado con bello colorido las tiernas y graciosas leyendas que tienen relación con la sagrada familia. Se dice que Jesús salía con los niños de su edad a las márgenes del río, y que los peces, para festejarle saltaban en la superficie de las aguas; que tomaba en sus delicadas manecitas el limo de las orillas, formaba con él pajarillos, y éstos, tomando vida entre los dedos del Divino *ceramista*, volaban alegres a las ramas a entonar cantos de dulce melodía en alabanza de su Hacedor. Cuando María buscaba por aquellas orillas a su querido Jesús fácilmente daba con él; pues los árboles que a su paso se sacudían para saludarle, dejaban caer hojas y flores para entapizar el suelo, y siguiendo la Virgen este rastro seguro llegaba al objeto buscado. El secular sicomoro y el campo que le rodea, donde estaba la habitación de la santa familia, es ahora propiedad de la emperatriz Eugenia: Ismael-Pachá se los ha regalado.

En el pueblo de Caliud el tren toma la línea del Oriente, y se camina a vista del Delta y por entre campiñas de sin igual hermosura. A la una de la tarde llegamos a Zagga-zig, ciudad de ingleses; posee multitud de depósitos para las mercancías que pasan por el istmo, grandes fábricas de fundición de hierro, inmensos almacenes para guardar las cosechas de algodón que las compran casi íntegras a los egipcios; un gran hotel bien servido, todo dirigido por ingleses. Zagga-zig es la única ciudad del lado oriental del Delta; desde allí hasta Ismaelía el ferrocarril va por plano desierto. Hacía una hora que atravesábamos estos espantosos arenales, cuando oímos un ruido terrible, y sentimos que algo pasaba en el tren. Todos saltamos a tierra, y los vagones en un instante quedaron vacíos: la caldera de la locomotora acababa de averiarse. Pasamos tres penosas horas, sin tener qué hacer de nosotros. No podíamos estar dentro de los vagones, de temor de que el tren inglés, que debía venir, tropezara con el nuestro, ni era posible estar en la arena, pues la menor brisa nos cubría de polvo. Asomó el tren felizmente por el oeste y dimos gritos, hicimos señas con banderas hasta que paró; y, después de mil protestas contra nuestro maquinista, que también era inglés, nos empujaron hasta Ismaelía, donde llegamos a las nueve de la noche.

Ayer domingo, 6 de febrero, conocimos la improvisada ciudad, fundada ahora nueve años a la margen occidental del lago Timsah. Izmaelía está en la mitad del trayecto del canal, y tiene otro de agua dulce que viene desde el Nilo y sirve para el comercio de Suez con el interior del Egipto. Nueve años atrás apenas vagarían por estos sitios los leones, las panteras o algún beduino extraviado; ahora hay dos templos católicos, dos mezquitas, palacios, alumbrado de gas y ocho mil habitantes. El lago Timsah, de cuatro a cinco leguas de extensión, era famoso por la multitud de cocodrilos; había tal abundancia que las carabanas huían de sus inmediaciones ahora han desaparecido, porque el lago ya no es de agua dulce. En este lago se juntaron las aguas del mediterráneo y del mar rojo. Un poeta árabe recitó una oda sobre la apertura del canal, en presencia de la emperatriz de los franceses, y una estrofa decía: "El mar de las perlas y el mar del coral han extendido los brazos por entre las dunas del desierto y se han estrechado las manos en la fuente de los cocodrilos." El miércoles 17 de noviembre del año pasado (1869) fué un día de fiesta para Izmaelía, Suez y Port-Said; ese día fué la inauguración del canal. *L' Aigle*, vapor francés, con la emperatriz a bordo, fué el primero que, en treinta horas, pasó del Mediterráneo al Mar Rojo, y en seguida una armada entera de vapores, representantes de la marina de todas las naciones. Esa multitud de navíos, todos empavesados como en triunfo, se reunieron en el lago Timsah. Izmael-Pachá hizo los honores de la recepción en la ciudad de Izmaelía; en el banquete, el plato principal era una sopa de sesos de avestruz: ese plato costaba una cantidad fabulosa y la vida de muchos beduinos que habían perecido en el desierto, en la caza de los avestruces. Concurrían a la inauguración la emperatriz de Francia, el emperador de Austria, el príncipe heredero de Prusia y multitud de príncipes soberanos o representantes de las casas reales de Europa; asistían muchos sabios, marinos, hombres de Estado, corresponsales de diarios e innumerables curiosos que habían venido de todo el mundo. La hermosa plaza *Champollion*, en forma de estrella, era el centro de la fiesta; allí se encontraban cafés cantantes, salones de refresco y grandes mesas cubiertas de exquisitos manjares, todo costado por el Pachá.

Ayer al mediodía salimos de Izmaelía en el vapor correo, y llegamos a Port-Said a las ocho de la noche, navegando dicho canal, que es la obra más grande de este siglo. El canal principia en Suez, puerto del Mar Rojo, atraviesa los gran-

des lagos de *aguas amargas*, y llega al lago Timsah; sigue a Kantara y desde allí viene hasta Port-Said, puerto del Mediterráneo, por medio del inmenso lago Menzaléh. Dos diques de arena a uno y otro lado del canal impiden que las aguas dulces de Menzaléh se mezclen con la salada del canal. La distancia de Suez a Port-Said es de ciento sesenta y dos kilómetros, la anchura del canal de cien metros y su profundidad media de siete metros. A cada dos kilómetros se encuentran hermosos casinos, que sirven de *restaurantes*, rodeados de jardines y arboledas. La higuera (palma-christi) como la del Ecuador, es planta espontánea en estas orillas.

A las márgenes del canal y con las arenas que de él se han extraído se ha formado un monte, y en su cima está el palacio de Mr. Fernando Lesseps, director de la obra, casado con una joven árabe, sin embargo de su avanzada edad. Este matrimonio, como todas las leyendas del Oriente, tiene su faz poética e interesante. Cierta día del año suelen las jóvenes árabes regalar una rosa a los caballeros que las visitan, y a las circunstancias de este obsequio prestan suma consideración, porque de ellas infieren el augurio de su ventura matrimonial. Así, cuando la rosa tiene la corola bien abierta, es presagio de felicidad, y de desdicha en el caso contrario. Al recibir su rosa el caballero Lesseps, galantemente hizo notar a la joven que la corola no estaba muy bien abierta: "lo he visto y por eso estoy triste", contestó la sensible árabe, lanzando a la vez a su interlocutor una elocuente mirada de ternura, poderosa para conmovir el noble corazón del soberano del canal, quien a pocos días del suceso, y a pesar de su larga edad, era esposo de aquella candorosa hija del desierto.

Port-Said tiene de notable el ser edificada en donde ahora diez años estaban las aguas del mar. Con las arenas extraídas del canal han formado el suelo de la ciudad, retirando las aguas; tiene un faro de luz blanca que se distingue a doce millas de distancia y dos diques de enormes piedras, el uno de dos mil quinientos metros y el otro de mil novecientos metros, que penetran en el mar e impiden que las corrientes llenen de arena la boca del canal.

CARTA XXX.

Constantinopla, Marzo 12 de 1870.

No he salido de mi habitación y sin embargo creo haber

hecho hoy un largo viaje, en el que se han interesado mi corazón, mi memoria, mi alma entera. El Padre Collado, que ejerce la hospitalidad con la fina atención y la ingeniosa delicadeza que le son características, nos ha proporcionado, para que nada nos falte, cuantos libros en español ha podido. Juzgue Ud. de mi sorpresa al hallar entre ellos uno que tiene por título: LA VICTORIA DE JUNIN, CANTO A BOLIVAR por J. J. Olmedo. Si me hubiese encontrado con un amigo de la infancia o con un hermano no habría sentido quizá la plena satisfacción que me ha causado este pequeño libro. Lo he leído desde la primera hasta la última página, repitiendo algunos trozos y saboreando verso por verso como se saborea gota a gota el precioso vino de Chipre o del Tokai. Era el canto de la patria con todas sus melodías, con todos los recuerdos de nuestras glorias. Leía en voz alta para tener la satisfacción de oírme y hacer que resonase en lo más sensible del corazón la cadencia, la armonía de aquel sabroso y sublime poema: las vibrantes notas del poeta ecuatoriano estremecían mi alma! ¡Hallar "El canto a Bolívar" en la ciudad de Constantinopla, donde quizá no hay diez personas que sepan que Bolívar y Olmedo han existido en el mundo!

Ah, amigo mío! Ud. está en Roma en medio de la grandeza cristiana, viendo diariamente esos ochocientos arzobispos, obispos y prelados, la aristocracia, la flor y nata de la sociedad contemporánea, que rodean como una corona al venerable anciano heredero del poder que Cristo dió a Pedro; y yo también he visto desfilar a mis ojos las grandes capitales de las famosas naciones antiguas; las costas, islas y mares, cuna de la mitología y de la historia. Ahora mismo me encuentro en la ciudad más hermosa del mundo y que por largos siglos, ha hecho temblar a las potencias de Occidente; y si he de juzgar de las penas del corazón de Ud. por los tormentos del mío, le diré que, a pesar de hallarnos rodeados de objetos tan nuevos y variados, a entrambos nos devora y consume la nostalgia.

La patria! Amigo mío, la patria! ¿En qué latitud de la tierra, en cuál zona del globo se podrá hallar país más delicioso que aquél donde hemos nacido? Los ecos del épico acento que anunciaban al mundo la independencia y libertad de nuestro continente han venido a despertar en el fondo de mi alma sentimientos que me han hecho vivir, siquiera hoy, en medio de la amada patria.

GUAYAQUIL, donde el divino bardo vió la luz del día, es la que primero se dibuja en la mente y los versos del poeta:

Yo volveré a mi flauta conocida
Libre vagando por el bosque umbrío
De naranjos y opacos tamarindos,
O entre el rosal pintado y oloroso
Que matiza la margen de mi río,
O entre risueños campos do en pomposo
Trono piramidal y alta corona
La piña ostenta el cetro de Pomona.

Guayaquil, situada a orillas del más pintoresco y caudaloso río de los tributarios del Pacífico, y más ancho que el Bósforo, que veo desde mis ventanas, bordado de bosques; bosques en cuya comparación los ponderados del Serrallo, de Scutari y de Belgrado son manojos de raquíticos arbustos; Guayaquil tiene también su *Cuenca de oro*, un canal que va desde el mar hasta la Sabana: *el Salado*, como si el Océano cariñoso extendiera su brazo para halagar blandamente a la graciosa ninfa de sus costas. Y también el Guayas retrata en sus límpidos cristales a odaliscas tan bellas, si no más, que las que gimen en estos dorados alcázares. Pero las últimas ¡ay! son criaturas compradas en el mercado, como muebles de lujo, para degradación de la mujer... Las nuestras, vírgenes cristianas, ángeles del hogar, no tienen más prisión que el propio decoro, ni más celosías y velos que los del pudor y de la modestia, anidando en su delicado corazón los más dulces sentimientos de caridad, de ternura y de compasión!...

Y luego si en ligera caua, más rápida y graciosa que el lujoso kaique de estos mares, surcamos aquellas orillas sombreadas de *naranjos y opacos tamarindos*, oh! entonces ¡qué grandiosidad la de esas inmensas florestas! ¡Qué extraña armonía la del incesante ruido de aquella pomposa y vívida naturaleza! ¡Qué lujo de vegetación! ¡qué feracidad la de esas extensas playas, donde *en trono piramidal y alta corona, la piña ostenta el cetro de Pomona!*

Y, si dejando la riqueza de los bosques y de las costas, escalamos aquellos

"... sublimes montes, cuya frente
A la región etérea se levanta,
Que ven las tempestades a su planta
Brillar, rugir, romperse, disiparse;
Los Andes... las enormes, estupendas
Moles sentadas sobre bases de oro,
La tierra con su peso equilibrando..."

¡Qué son los Alpes y los Apeninos y las otras cordilleras de Europa, al lado de la enorme cadena que enlaza las naciones de nuestro continente? El Tabor y el Olimpo, el Pindo y el Hermon, apenas son bajas colinas delante del Chimborazo, del Antizana y del Cayambe; el Vesubio, el Etna y Lémnos, las antiguas fraguas de Vulcano, no serían sino diminutas hornillas del fuego atronador del Cotopaxi y del tremendo e incesante arder del Sangay.

Y en aquellas alturas se extienden inmensas planicies, mares de verdura, donde están situadas nuestras poblaciones. Allí, dominando esas espaciosas y floridas sabanas, se ostenta Quito, la más alta ciudad del mundo! Las águilas del monte Athos y del Líbano no se encumbran en su atrevido vuelo hasta la altura en que descansa la amena capital del Ecuador; solo el cóndor rompe con sus alas el puro éter que circunda nuestras cimas. El *Viejo* Pichincha ha tendido su manto de verdura y de flores para que sobre él repose la reina de los Andes. Algunas veces el gigante se estremece; ciudades y pueblos se hunden en el polvo, pero Quito se levanta más linda y más cristiana de entre sus ruinas. Desde aquí la veo, amigo mío, con sus altas torres, con sus hermosas casas abiertas a la hospitalidad y a la proverbial franqueza; desde aquí saludo el cordial cariño de sus piadosas matronas y la culta amabilidad de sus habitantes.

Y Cuenca también, nuestra florida tierra natal, ostenta sus galas, en aquellas elevadas regiones.

Cuando a principios del siglo el ilustre Caldas visitaba nuestras comarcas, vió, desde una pequeña altura, la extensa y hermosa *concha* formada por los ramales de la gran cordillera. El sabio granadino espaciaba su mirada por aquel encantador horizonte, donde bulliciosos serpean los cristalinos ríos que descienden de los montes occidentales. Percibía el suave aroma de las campiñas cubiertas de vegetación, y dilataba su alma en presencia de aquel cuadro de frescura y de belleza: "¿Quién ha plantado, exclamó, estos ricos y extensos jardines?"... Dios! le contestó sencilla y cristianamente un sacerdote que le acompañaba (1). El inteligente y sensible viajero descendía a los valles de nuestra patria y no cabía de admiración al ver que los caminos bordados de retamales, estaban alfombrados con amarillas y fragantes flores. La brisa le traía la

(1) El presbítero señor José Tomás Arredondo, que vivió un siglo.

más regalada fragancia de la rosa y del lirio, del azahar y del floripondio, que espontáneos brotan en aquel paraíso. Las aves con alegres trinos recreaban su oído y el tibio y delicioso ambiente embriagaba sus sentidos y le llenaba de inexplicable bienestar. En el centro de aquel dilatado pensil le aguardaba Cuenca, perdida entre la arboleda con sus torres, sus rojas techumbres y calles tiradas a cordel.

En esa ciudad, amigo mío, nuestros ojos han visto la luz primera, y Ud. y yo conocemos aquellos campos. ¿Se acuerda Ud. de los primeros años de la vida pasados entre aquellas arboledas a orillas de esos ríos? Hemos triscado juntos en esas alegres praderas, hemos trepado a aquellos frondosos árboles, y nos hemos sumergido en infantil retozo en las linfas del Machángara, del Tomebamba, del Yanuncay y del Tarquí.

Sueños de la nostalgia, amigo mío! Ud. está en Roma y yo en Constantinopla! Miles de leguas nos separan de la patria. El mismo Océano con sus tempestades y peligros se extiende entre nosotros y el hogar. Pues que, a lo menos el pensamiento vuele hasta donde nos aguardan los nuestros, para preguntarnos si el cielo de Grecia es tan transparente y tan azul como nuestro hermoso cielo; si los bosques de Turquía son más grandiosos y sombríos que las intrincadas florestas de nuestros climas, y si los jardines de Italia, plantados por la mano del hombre, son más amenos que aquel fresco canastillo de flores y de verdura que Dios ha colocado en medio de la zona tórrida entre las cumbres de la cordillera de los Andes.

Por la tarde tuve la visita de mi hospitalario religioso, quien extrañaba el que no hubiera ido a recorrer la ciudad y sus alrededores. Por toda explicación puse en sus manos el libro que me había conmovido hasta impedirme el ir a disipar mis recuerdos con la vista de extraños objetos. Le dije que era el canto de un poeta de mi patria a la independencia de Colombia y el Perú. Muy poco conocía mi bondadoso interlocutor los acontecimientos de nuestros lejanos países. El Padre, que ha pasado más de cuarenta años en Oriente, y que fué el único franciscano que escapó de la mantanza de cristianos que hace algún tiempo tuvo lugar en Damasco, conoce mejor la historia de estas regiones que a las nuestras. Pero es literato y me ha ofrecido leer con interés la sublime producción de nuestro poeta, que, con igual maestría, emboca la trompa épica de Ercilla, maneja la armoniosa lira de Herrera y de Fray Luis de León, y arranca dulces sonidos de la flauta de Garcilaso. Me ha preguntado, sin embargo, muchas cosas acerca de nuestra situación política y religiosa, y, hablando fran-

camente, he hallado dificultad en dar solución a algunas de sus preguntas. "En España, me decía, la Constitución, el sufragio universal, las frecuentes intrigas electorales han desmoralizado el Gobierno y los pueblos. Desde que están en boga *los derechos del hombre*, y se han echado en olvido *los deberes del cristiano*, hemos perdido nuestra nobleza nacional, nuestro carácter severo y generoso y nos hemos hecho más frívolos y desgraciados; es lo mismo en América?".... Responda Ud., amigo mío.

LUIS CORDERO

1833—1912

Bibliografía

Enumeración botánica de las principales plantas, así útiles como nocivas, indígenas o aclimatadas, que se dan en las provincias del Azuay y Cañar de la República del Ecuador. Cuenca, 1911.—**La plenipotencia especial del Ecuador en el primer centenario de la independencia de Chile.** Cuenca, 1910.—**Cultivo de las quinas** (opúsculo), Cuenca, 1877.—**Observaciones sobre las principales poesías de don Julio Zaldumbide** (opúsculo), Cuenca, 1880.—**Plantas medicinales del Azuay y Cañar**, (opúsculo), Cuenca, 1890.

CONSEJOS DE AMIGO

No pretendo, mis jóvenes amigos, entusiasmaros con elocuente discurso, aplaudiendo, como lo merece, el afán con que habéis emprendido la noble labor de educar vuestro gusto, mediante el estudio voluntario y especial de la amena Literatura.

Aunque quisiese, no lo podría; porque de un corazón tan recargado de penas como el mío es imposible que arranquen vuelos oratorios adecuados a tan noble asunto....

Apagada permanecía una luz, por el aciago soplo de civil tempestad. Vosotros acabáis de encenderla nuevamente, con el calor de vuestras juveniles almas.

En la silenciosa tumba del antiguo LICEO, se ha levantado, de improviso, éste, que lo reemplaza y perpetúa.

Yo, que tan de veras amaba el ya célebre anterior, ¿cómo no he de saludar con íntima complacencia al que nace,

para ser igualmente célebre?

Demos hoy por suprimido el entreacto de tinieblas que ha mediado entre los dos, y felicitémonos por la subsistencia de un instituto que honra a la distinguida juventud de mi país y ha de seguir floreciendo y fructificando en pro de las letras ecuatorianas.

Una rama de un árbol muerto había quedado viva. La habéis plantado ya, para que resucite ese árbol.

Recibid mi parabién, modesto pero cordial, y oid, con la natural benevolencia de que está dotada la juventud, los pocos y sencillos consejos que voy a daros, abusando de la preeminencia que me concede la edad y del derecho que generosamente me habéis otorgado, al nombrarme Director vuestro, en asocio del notable literato que en esta solemnidad me acompaña. [*]

Lo primero que necesariamente debo advertiros, ya que estáis animados del laudable propósito de incorporaros en el lucido grupo de los escritores y poetas de la Patria, es que pongáis el mayor empeño en estudiar a fondo las complejas leyes de nuestro majestuoso, rotundo, sonoro y abundante idioma castellano, ya que, por dicha, tenemos como vehículo de nuestros pensamientos el más pomposo de los lenguajes de Europa. Si deseáis que en vuestros escritos luzcan sin mancha los conceptos de vuestra mente, evitad con el más grande esmero toda dicción bárbara o impropia, toda discordancia, todo régimen erróneo, todo defecto ortográfico, toda puntuación que no divida la cláusula en las mismas partes en que la divide la Lógica.

Esta ciencia del lenguaje llegará a seros habitual, con el constante estudio de la Gramática, la frecuente lectura de los mejores modelos y el manejo diario de la pluma, aunque no sea más que en la formación de bocetos literarios, que rompáis en seguida.

En cuanto a los buenos modelos, tan abundantes en la rica literatura castellana, debo deciros, con Horacio: *Nocturna versate manu, versate diurna*. Aconsejaba él a sus compatriotas que consultasen día y noche las obras maestras de la culta Grecia. Yo os aconsejo, a mi vez, que día y noche leáis, con interesada atención, las producciones de los clásicos españoles e hispano-americanos, antiguos y modernos, sin excluir

las debidas a magistrales plumas del Ecuador, que, felizmente, las tiene muy dignas del rico tesoro castellano.

Como nuestra galana lengua es una de las hijas que más han heredado a la sabia y opulenta latina, procurad perfeccionaros cuanto os fuere posible en el conocimiento de ésta, que en ningún caso debe ser desdeñada por quien, con algún fundamento, aspire al envidiable título de literato. Allá declame la ignorancia cuanto a bien tuviere contra el admirable idioma de los antiguos señores del mundo, idioma que hasta hoy es lujosa trama del castellano, del portugués, del francés, del italiano y de otras varias lenguas vivas y cultas. Yo me limitaré a deciros que será muy raro, rarísimo, el escritor que sepa traer al caso la palabra más oportuna, si ignora la etimología de ella y no conoce, por tanto, el sentido propio y exacto de la misma. Deséchase el latín, por difícil; pero no se repara en el brillo que difunde la dificultad vencida. "Nada bueno se hace sin mucho trabajo", dijo el benemérito Balmes, y esta máxima es muy especialmente aplicable a las creaciones del ingenio; pues no pueden ellas dimanar sino de una mente enriquecida y una fantasía estimulada por un tesoro de conocimientos previa y laboriosamente acumulados.

Sea que tratéis de componer en prosa, sea que en verso, bosquejad, ante todo, en la memoria o en el papel, un concreto y determinado plan de la obra cuyo proyecto habéis concebido; aun cuando, a tiempo de escribirla, alteréis parte del diseño, suprimáis o agreguéis algo, según llegue a pareceros conveniente. Nada más desagradable, para un lector de clara inteligencia y juicio sano, que aquellas producciones inconexas, compuestas de partes sin enlace, de pensamientos desatados, de cláusulas sin ilación ni dependencia, que vienen a formar un conjunto vago, heterogéneo y deforme, bueno sólo para llenar, por compromiso, algunas cuartillas de papel, en cuadernos de ensayos pueriles. De estas composiciones desprovistas de correcto plan y de ejecución arreglada a él, habló el citado Horacio, cuando dijo: *Amphora capit institui; currente rota, cur urceus exit?*, palabras que yo me atrevería a simplificar de este modo: "Anfora debió ser; salió puchero". Ya el maestro había comparado antes producciones como éstas a una dama de bello rostro, cuyo cuerpo terminase por ser cola de negro y deforme pez.

Aquí solicito vuestra indulgente venia, para referirme, en nuevas citas, al mayor entre los legisladores del buen gusto; porque, en mi humilde esfera literaria, tengo por Horacio la

[*] El Señor Doctor Don Honorato Vázquez.

misma predilección que el más fecundo de los actuales ingenios de España, Don Marcelino Menéndez Pelayo

Y va todavía de digresión, para deciros que, con interés algo menor ciertamente, pero siempre grande, leo y acato la doctrina de otros maestros, llámense ellos Boileau, La Harpe, Martínez de la Rosa, Hermosilla, o Gil y Zárate, sin tacharlos de nimios o rigoristas, sobre todo en cuanto a las reglas principales de la Retórica y la Poesía; porque bien comprendo que aún en aquellas nimiedades suyas, que otros tildan de exageradas, está encarnado el ideal a que debemos aspirar, aunque nunca, en la práctica, podamos llegar a la meta.

Hay, por otra parte, cánones literarios que por fuerza han de ser los mismos en toda nación y en toda lengua, mientras subsista la identidad del linaje humano, a pesar de la diferencia de razas y civilizaciones. Lo prueban la *Ilíada* y la *Odisea*, expuestas a la veneración de pueblos y de siglos, en la cumbre de la literatura pagana. Lo prueba, aún más cumplidamente, aquel *Libro* por excelencia, cuyos sublimes versículos se han encumbrado a resplandecer como celestes constelaciones, derramando raudales de luz sobre la humanidad que va pasando por la tierra...

Pero volveré a la sencillez de mis amigables consejos.

Nunca discurráis sobre materias en que os falte instrucción suficiente. Vulgar ha llegado a ser, por incontrovertible, esta sentencia del Maestro: *Sapere est et principium et fons recte scribendi*. Mal puede enseñar el que poco sabe; menos aún el que lo ignora todo; pero estamos en un tiempo en que la máxima del Venusino pudiera sustituirse por esta otra: La ignorancia y la osadía son el principio y la fuente de la literatura moderna, y así no confundiré a los escritores doctos con los empíricos de las letras.

Expresad vuestros conceptos con toda claridad, huyendo de las anfibologías, que oscurecen los pensamientos, dándoles diferentes sentidos. Procurad valeros siempre de palabras que sin dificultad alguna puedan ser entendidas por un lector medianamente ilustrado, el cual no se vea en la fastidiosa necesidad de irros traduciendo penosamente, con el vocabulario en la mano.

Empeñaos en que la naturalidad y la fluidez comuniquen a vuestro estilo, hasta donde fuere dable, aquella difícil facilidad de que, a muy buen título, se gloriaba el ilustre Don Leandro Fernández Moratín, uno de los clásicos modelos que os propongo.

Cuando no halléis expresiones apropiadas a la satisfactoria declaración de vuestro pensamiento, desistid del empeño inútil, aceptando juiciosamente la insinuación del preceptista a quien de preferencia cito: *Et quae desperat tractata nitescere posse relinquit*.

Haced sin repugnancia las enmiendas que os indique la amistad desinteresada y docta. Borrard por consiguiente, *transverso calamo*, cualquier pasaje que a ella le parezca defectuoso. Así conseguiréis que el defecto no desluzca vuestro trabajo, y a veces lograréis sustituir el concepto o la frase suprimidos, con otros que contribuyan al lucimiento de la obra.

No déis atropelladamente a la estampa producciones cuya edición no sea de reconocida urgencia. Las puramente literarias no lo son, por lo común, y Horacio aconseja que se guarden durante nueve años, para que el autor pueda ir haciendo en ellas las correcciones que, con ánimo sereno y en reiteradas lecturas, llegue a tener por convenientes. Otras son, por cierto, las circunstancias de nuestra época, en la cual todo tiende a marchar con la celeridad de los navíos en los mares, o, más bien, con la de la palabra en el alambre eléctrico; pero, aunque sea difícil dejar en reposo una obra inédita, hasta que cierto grado de antigüedad le haya dado el grato sabor del cécubo o del falerno, nada obsta para que se postergue la impresión de ella por días, semanas o meses, a fin de que su autor la lea y relea, sin el entusiasmo con que la compuso (que es lo que suele llamarse *inspiración*) y conozca el dictamen favorable o adverso de confidentes ingenuos y sensatos, que la juzguen sin lisonjearle.

Si por especial favor del Cielo, habéis nacido con el portentoso dón de embellecer hasta lo terrible y de cautivar oyentes con lenguaje transformado en melodía, sed poetas en hora buena; pero no consagréis todo el vigor de vuestro numen a frivolidades eróticas. Son flores que, de puro manoseadas, han perdido color y perfume, y que ya no excitan el deseo de nadie, salvo que acierte a devolverles fragancia y hermosura alguno de los pocos que merecen el dictado de insignes jardineros. Bien sabéis cuánto se ha dicho en género tan agotado, desde *El dulce lamentar de dos pastores*, hasta el viaje de las *oscuras golondrinas*; desde el canto a la *Vaquera de la Fínoja*, hasta el *Nocturno a Rosario*. ¿Con qué producción que no sea eminentemente artística y de embelesadora novedad, puede acrecentarse hoy el archivo castellano de Eros?... Si no tenéis, pues, algo muy original, tierno y encantador que revelarnos, en esta pudibunda y delicada materia, os aconsejo

que calléis vuestras guitas y entonéis cantos que interesen a quien los escuche y le suministren algún provecho, en la dozada copa del agrado.

Hay literatos que pregonan la teoría de "el arte por el arte", llamando "arte desinteresado" al que no tiene en mira otro fin que el lucimiento de sus propias galas, sin trascendencia de ninguna especie. Para los que profesan tal doctrina, viene a ser el arte un nuevo Narciso, enamorado de su propia belleza y condenado a morir al margen de la fuente misma en que la está contemplando, como el infeliz hijo de Liriope. No es mi intento censurar a los que tal opinan; pero tengo por más humana y filosófica la fórmula de "el arte por el progreso, el arte por la civilización, el arte por la moral". En suma, al arte como fin, prefiero el arte como medio, rechazando, eso sí, la mezquina y vil tendencia de "el arte por el lucro", lema, a lo menos implícito, de los que hoy inundan a la Europa contemporánea en las aguas cenagosas de la literatura indecente. En verso se les dictaban leyes a los pueblos de la remota antigüedad. Cuéntase que con la lira atraía las rocas Anfión y las obligaba a colocarse de suyo en las nacientes murallas de Tebas.

Fijaos en los grandes poemas, antiguos y modernos, y en ninguno notaréis la falta de alguna enseñanza profunda.—El padre de la epopeya canta, en su *Iliada*, los estragos que, en el ejército griego, causó el rencor de Aquiles, y en su *Odissea*, los deplorables resultados de la ausencia del monarca Itacece, al mismo tiempo que la admirable lealtad de su amorosa consorte. El épico de Mantua, digno rival de aquél, inmortaliza al pueblo romano, ensalzando su claro origen y el indomable valor de muchos de sus héroes, desde Eneas hasta Marcelo. El infortunado Cisne de Sorrento celebra el costoso rescate del venerando sepulcro de Cristo. Milton deplora la caída del humano linaje, por la prevaricación de sus progenitores. Klopstock canta la rehabilitación de este mismo linaje caído, que se levantó de su mortal abatimiento, merced al holocausto divino del Calvario....

Nada diré de otros poemas menores, infinitos en número, copiosos en admirables enseñanzas, directas o simbólicas; nada del arte dramático, que, en la tragedia, se conduce de las humanas vicisitudes, que postran en la desdicha a los más encumbrados personajes, y en la comedia se mofa de vulgares ridiculeces (*corrigit ridendo mores*); nada de la sátira, que censura vicios y defectos con mayor vehemencia y, a veces, con acrimonia; nada de la poesía didáctica, cuyo preciso objeto es

enseñar; nada, en fin, de las epístolas, de los apólogos y fábulas y de otras pequeñas composiciones; porque basta leer algunas, para convencerse de que no se escribieron sin el deliberado propósito de influir en la reforma del hombre social.

Citaré, en corroboración de lo expuesto, este otro pasaje del docto autor de la Epístola a los Pisones:

*Omne tuit punctum qui miscuit utile dulci,
Lectorem delectando pariterque monendo;*

que yo traduciría de este modo:

"De todo punto acierta
El que, juntando a lo útil lo agradable,
Instruye, al mismo tiempo que deleita".

Conviene, pues, mis jóvenes amigos, que vuestras composiciones literarias no ostenten sólo el follaje y las flores de un bonito rosal, sino que conviden también con delicado fruto, como las peregrinas especies tan bizarramente celebradas por el eximio cantor de la Agricultura de la zona tórrida.

Los que, por dicha especial, nacisteis poetas, emplead este dón de lo Alto en educar a vuestros semejantes, ilustrándoles la mente y mejorándoles el corazón. En la patria tenéis un insigne modelo que imitar. Ved cómo canta Olmedo las grandes batallas de nuestra independencia, enseñándonos a estimar en mucho una libertad comprada a precio de sangre y a pagar con eterna gratitud a los homéricos adalides que nos la conquistaron.

Elegid, según vuestra inclinación y fuerzas individuales, el asunto que más os convenga. *Non omnia possumus omnes* dijo Virgilio; no todos hemos nacido aptos para componer con éxito igual sobre temas diferentes. La naturaleza nos hizo diversos, para que de la misma desigualdad proviniese la armonía. Los repetidos ensayos que hagáis de vuestro ingenio, a manera de aves que prueban a volar, os designarán en breve el rumbo especial que cada uno de vosotros ha de seguir, para alzarse a la gloria.

No hay especie alguna de producción literaria que no pueda granjearos honra y nombradía, si acertáis en el desempeño. *Tous les genres sont bons*, ha dicho Boileau, *hors le genre ennuyeux*. Efectivamente, el único género malo es el que fastidia.

Quiero preveniros también contra una preocupación bastante difundida, entre personas que se atreven a opinar, sin haber meditado lo suficiente. "No tenemos poesía nacional"

dicen ellas, y se lamentan y declaman, echando de menos esta poesía. Yo no sé lo que, en concepto de tales críticos, signifique poesía nacional. ¿Querrán decir, por ventura, que el asunto de la composición ha de ser americano y el lenguaje de que se use, americano también? Nos veríamos entonces en el peregrino caso de renunciar el idioma español, para tener poesía nacional. ¿Qué sólo el asunto ha de ser americano, aunque el lenguaje sea de nuestra gloriosa España? Si a esto se reduce la exigencia de los críticos, poesía nacional es el canto a Bolívar, poesía nacional la Virgen del Sol, poesía nacional el conjunto de muchas celebradas producciones de otros vates ecuatorianos, a quienes me abstengo de mencionar, por amigos o por presentes. Nuestra poesía nacional no puede sino ser canto español, sobre cosas de América. Cultivésmola como vigoroso vástago de la exuberante poesía de los Garcilasos, Calderones, Argensolas, Esproncedas, Quintanas, Zorrillas, Campoamores y Núñez de Arces, o repudiemos de una vez la rica herencia peninsular, y pongámonos a escribir exclusivamente en el idioma de los Zipas, de los Zhiris, de los Araucanos o de los Charrúas, a riesgo de que no se nos entienda sino en los reducidos límites de la nativa aldea. No, Señores, el habla de la vieja Iberia ha de continuar siendo el principal vehículo de nuestras ideas americanas; y tanto ha de ser así, que, aún en el supuesto de un enfado tardío con nuestra noble madre y antigua enemiga, tenemos de incurrir en el original anatema de uno de sus vates:

Al maldecir el nombre de Castilla,
Tendrán que maldecir en castellano.

Debo concluir, Señores; porque el tiempo es corto, aunque la materia quede casi intacta. Otros literatos más competentes que yo os darán lecciones más oportunas y sabias. Entre vosotros mismos descollarán, para honra de este Liceo, jóvenes que os instruyan con lo que aprendan, y os estimulen con el ejemplo de su persistente laboriosidad.

Pero me falta algo en este discurso, escrito al volar de la pluma, por especiales circunstancias más. Añadiré, pues, unas pocas palabras, para concluirlo.

Los que no os sintáis con vocación de poetas, contentaos con ser escritores correctos, que bien podáis lucir vuestro pulido lenguaje en el periodismo, en la cátedra, en el foro, y aún en la simple conversación con personas ilustradas. Dichosos, si esa envidiable prenda de distinguidos escritores os habilita para el docto magisterio de la historia, o si, en-

galanando atinadamente el lenguaje llano y correcto, os eleváis, con él, a la tribuna sagrada o política, para dirigir a vuestros compatriotas por la ruta del honor o por el escabroso sendero de la verdadera dicha.

Os haré, por fin, una recomendación muy útil. Amad la música y aplaudid a sus profesores. Todas las bellas artes son hermanas; pero entre la música y la poesía hay fraternidad más estrecha. Por eso se llaman *cantos* las manifestaciones de la inspiración que anima a los vates; por eso también ha quedado la lira como emblema de esos cantos. El lenguaje métrico es, para mí, la música de la poesía; así como la música no es otra cosa, que la poesía del sonido. Con íntima complacencia he visto siempre unidas, en bello consorcio, las dos excelsas artes, en el seno de las agrupaciones literarias de este nuestro querido Azuay. Ojalá que nunca dejen de trabajar juntas para que el poeta vuele a mundos ideales, embriagado por deliciosas molodías, y el músico sienta resonar en las cuerdas de su laúd las embelesadoras canciones del poeta.

JULIO MATOVELLE

1852—1929

OBJETO DEL APOCALIPSIS

Jesucristo, Rey, Señor, Salvador y Dios amantísimo nuestro, ha sido, es y será el deseado de los collados eternos y de todos los pueblos y naciones de la tierra. La obra maestra de la omnipotencia, sabiduría y bondad divinas es la Encarnación del Verbo; misterio admirable, del cual hace San Pablo este sublime elogio: "Y es ciertamente grande a todas luces el misterio de la piedad o amor divino, en que el Hijo de Dios se ha manifestado en carne mortal, ha sido justificado por el Espíritu Santo, ha sido visto de los ángeles, predicado a los Gentiles, creído en el mundo, elevado a la gloria" (1). Este es el misterio de la revelación de Dios a los hombres, de la redención del linaje humano, perdido por la culpa de Adán, y de la reconciliación de la tierra con el cielo; porque en Jesucristo, como enseña el mismo Doctor de las Gentes, Dios era el que reconciliaba consigo el mundo: *Quoniam quidem Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi* (2ª Corinth., V. 19). Y toda esta serie de hermosos y altísimos misterios quedó consumada en el brevísimo espacio de treinta y tres años, a contar desde la Encarnación del Verbo en el seno purísimo de la siempre Virgen María, hasta la Asunción de N. Señor Jesucristo a los cielos, realizada en la cima del monte Olivete. Los frutos dulces y preciosos de la Redención los está saboreando la humanidad entera, desde hace dos mil años, y continuarán sien-

(1) Et manifeste magnum est pietatis sacramentum, quod manifestatum est in carne, iustificatum est in spiritu, apparuit angelis, praedicatum est Gentibus, creditum est in mundo, assumptum est in gloria (1a. Tim., III, 16).

do las delicias y la salvación del mundo, hasta la consumación de los siglos. Pero ¡ay! es muy verdadero, con todo, que son poquísimos los que han tenido la dicha de contemplar al Verbo humanado, en carne mortal, escuchar el timbre armonioso de su voz, y gozar de su conversación y trato suavísimos. Y sin embargo, la Iglesia canta de Cristo: "Nuestro rey pacífico ha sido engrandecido sobremanera, y contemplar su rostro es el deseo de toda la tierra": *Rex pacificus magnificatus est, cuius cultus desiderat universa terra* (1). ¿Cómo se compadece, pues, la expectación universal de las naciones de contemplar al Salvador, con la vida oscura y humilde de este divino Señor, en un rincón de Judea?

Esta dificultad está resuelta por nuestros Libros santos, que han profetizado no sólo una, sino dos venidas del Mesías; la primera en el dolor y la humillación, la segunda en gloria y majestad: en la primera su rostro estuvo como velado y escondido: *Quasi absconditus vultus eius et despectus* (ISAL. XLIV, 13); en la segunda, el rostro del Señor resplandecerá más que todos los luceros y soles, y de él aguardarán pendientes la sentencia eterna todos los príncipes y poderosos: *Vultum tuum deprecabuntur omnes divites plebis* (Ps. XLIV, 13). El Evangelio es la historia de la venida primera; el Apocalipsis, la profecía de la segunda.

No solamente los pueblos y naciones gentiles, ni aún los propios descendientes de Abrahám, si no en un reducido número de privilegiados, lograron la incomparable dicha de ver y hablar al Verbo Encarnado; y de los mismos que gozaron de este favor, ¿cuántos le reconocieron y confesaron por el verdadero Hijo de Dios? Y los que así lo hicieron, como los Apóstoles y los Discípulos, ¿por cuántos días disfrutaron del trato y conversación dulcísimos del Verbo de vida? Apenas le contemplaron, cuando ya le perdieron. Y luego, ¿qué era de aquel reino para fundar el cual entre los hombres había de relizarse la primera venida del Mesías, según el vaticinio unánime de todos los profetas? Momentos antes que el Salvador subiese a los cielos, preguntábanle afanosos los Apóstoles: *Domine, si in tempore hoc restitues regnum Israel?* Señor, ¿si será este el tiempo en que has de restituir el reino a Israel? (Act. I, 6). Jesucristo eludió, a primera vista, satisfacer esta curiosidad de los Apóstoles; pero, en el fondo, lo que dijo es precisamente la respuesta más acomodada

(1) Offic. Nativ. Dom. 1a. antiph. in Vesp.

a aquella pregunta. Enseñóles, pues, lo que ellos por entonces no podían aún comprender, que ese reinado divino y espiritual iba ya a comenzar inmediatamente después de la Ascensión, por una abundantísima efusión de gracias y dones del Espíritu Santo sobre la tierra, y que los mismos Apóstoles y Discípulos serían los principales propagadores de este reino de amor en el mundo. "No os corresponde a vosotros, les dijo el Señor, el saber los tiempos y momentos que tiene el Padre reservados a su poder: recibiréis, sí, la virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, y me serviréis de testigos en Jerusalén, y en toda la Judea, y Samaria, y hasta el cabo del mundo. Dicho esto se fue elevando a vista de ellos por los aires": *Et cum haec dixisset, videntibus illis, elevatus est* (Ib., 7, 8 y 9).

Sin embargo, no se contentó el Salvador con esto, sino que se ha dignado dar otra contestación más admirable aún, más clara y terminante, concebida en estos términos: "Revelación de Jesucristo, la cual como hombre ha recibido de Dios su Padre para descubrir a sus siervos cosas que deben suceder presto: y la ha manifestado por medio de su Angel enviado a Juan siervo suyo": *Apocalypsis Iesu Christi, quem dedit illi Deus palam facere servis suis, quae oportet fieri cito*. En esta revelación se responde a la pregunta relativa al tiempo del reinado del Mesías, y se descubren los secretos más sublimes y trascendentales de este imperio divino sobre las almas, adoctrinándonos acerca de la naturaleza propia de él y las victorias que alcanzará sobre ellos; todo en preparación al segundo advenimiento del Señor, que se verificará en gloria y majestad sobre la tierra. He aquí el grande asunto de que se ocupa el Apocalipsis.

Este libro sagrado era en gran manera necesario a la Iglesia, porque la más alta e importante ocupación de ella es prepararse a la segunda venida del Mesías. "La palabra *parusia*, del griego *παρουσία* (según la Vulgata, *adventus*), es la expresión ordinariamente empleada por los escritores del Nuevo Testamento, para designar el segundo advenimiento de Jesucristo, su manifestación gloriosa al fin de los tiempos. Este advenimiento prometido muchas veces por el Salvador a sus discípulos, durante su vida terrestre, es el supremo consuelo que les dejó al subir al cielo. Pues cuando, según refiere San Lucas (Act. I, 9 y sgts.), una nube encubrió al Señor a los ojos de los Discípulos, que estaban "atentos a mirar cómo iba subiéndose al cielo, he aquí que aparecieron cerca de ellos dos personajes con vestiduras blancas, los cuales les dijeron:

Varones de Galilea ¿por qué estáis ahí pasmados mirando al cielo? este Jesús, que separándose de vosotros ha subido al cielo, vendrá de la misma suerte que le acabáis de ver subir allá" ... El Mesías había venido a la tierra; había sentado los fundamentos del reino de Dios; por su muerte y resurrección había alcanzado una triple victoria sobre el mundo, el demonio y el pecado. Pero con esto ¿no faltaba ya nada a su obra, y todos los antiguos oráculos estaban ya plenamente cumplidos? Evidentemente que nó. Lo que el mundo sabía de él, es que había expirado en una cruz, entre los dolores del más ignominioso suplicio. Sus discípulos que eran muy pocos aún, no tenían otra herencia que desprecio, pobreza y persecuciones. La obra mesiánica no había recibido aún su coronamiento. Los primeros fieles lo sabían muy bien; por lo cual ¿con qué fe tan viva y santa impaciencia no esperaban el retorno triunfante de Cristo! ... Los primeros cristianos esperaban pues la *parusia*; hay más: la creían generalmente próxima; esperaban ver, antes de morir, la vuelta del Maestro" (1). Esta preocupación llegó a alarmar en tan alto grado a los fieles de Tesalónica, que San Pablo juzgó necesario escribirles una segunda epístola, para tranquilizarles a este respecto. "Entre tanto, hermanos, les dice en ella, os suplicamos por el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo, y de nuestra reunión al mismo, que no abandonéis ligeramente vuestros primeros sentimientos, ni os alarméis con supuestas revelaciones, con ciertos discursos, o con cartas que se supongan enviadas por nosotros, como si el día del Señor estuviera ya muy cercano. No os dejéis seducir de nadie en ninguna manera: porque no vendrá este día sin que primero haya acontecido la apostasía casi general de los fieles, y aparecido el hombre de pecado, el hijo de la perdición" (II, 1, 2 y 3).

Los Judíos confundían la primera venida del Señor con la segunda; el gran error de ellos estuvo precisamente en desechar al Mesías pobre y humilde, por cuanto no lo esperaban así, sino glorioso y triunfante. A su vez, varios fieles de la Iglesia apostólica, y aún algunos doctores ilustres, abrazaron las ilusiones del Milenarismo, por suponer que la ruina del mundo era ya inminente, y que no quedaba ya tiempo para el reino de Cristo sobre la tierra, si no era admitiendo aquel reino magnífico y deslumbrador, ideado por los *chiliastas*. El libro

(1) CRAMPON, en la obra citada, artículo 4º.

sagrado del Apocalipsis desvanece todas estas falsas hipótesis, revelándonos los grandes y trascendentales sucesos que se verificarán en el seno de la Iglesia, durante el tiempo que debe mediar entre las dos venidas del Señor.

Ciertamente, como lo suponían los primeros fieles, la segunda venida habría debido acontecer inmediatamente después de la primera, si la misión de Cristo se hubiese limitado a salvar únicamente a los pocos cristianos convertidos por los Apóstoles en la Judea; entonces la ruina de Jerusalén habría sido la destrucción del mundo entero, y, mientras humeaban los escombros de la ciudad santa, habríase rasgado el cielo, y descendido ya Jesucristo en gloria y majestad, para residenciar a los hombres en el terrible día del Juicio. Pero en los planes de la misericordia infinita, el beneficio insigne de la Redención era no para un reducido número de privilegiados, sino para todo el linaje humano, perdido por la culpa de Adán. Este es el misterio de la benignidad divina, que los obstinados Judíos rechazaban tenazmente admitir; y el cuál con tanta insistencia enseñaba a los cristianos el Doctor de las Gentes. A mí ha sido manifestado este misterio de un modo especial, dice el Apóstol, *secundum revelationem notum mihi factum est sacramentum*; "misterio que en otras edades no fué conocido de los hijos de los hombres, en la manera que ahora ha sido revelado a sus santos Apóstoles y Profetas, por el Espíritu Santo". ¿Y qué misterio es éste tan alto y recóndito a los hombres? Pues, no otro sino "que los gentiles son llamados a la misma herencia que los Judíos, miembros de un mismo cuerpo o Iglesia, y partícipes de la promesa divina en Jesucristo mediante el Evangelio": *gentes esse coheredes, et concorporales, et participes promissionis eius in Christo Jesu per Evangelium* (Ephes., III, 3, 5 6). Más todavía: "No quiero hermanos míos, dice el Apóstol, que ignoréis este (otro) misterio; y es, que una parte de Israel ha caído en la obcecación, hasta tanto que la plenitud de las Naciones haya entrado en la Iglesia": *Caecitas ex parte contigit in Israël, donec plenitudo Gentium intraret* (Rom., XI, 25). Este mismo misterio fué revelado a San Juan en Patmos, cuando vió "una gran muchedumbre, que nadie podía contar, de todas naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas: que estaban ante el trono, y delante del Cordero, revestidos de un ropaje blanco, con palmas en sus manos: *Vidi turbam magnam, quam dinumerare nemo poterat, ex omnibus gentibus, et populis, et linguis: stantes ante thronum, et in conspectu Agni, amicti stolis albis, et palmae in manibus eorum* [VII, 9].

Los sucesos colosales que dominan la vida de la humanidad, y encuadran toda la historia como en un marco, son los dos advenimientos del Señor, ante ellos los demás acontecimientos son como si no existiesen. Cuando un viajero recorre por vez primera nuestras planicies interanliras, y tiene delante de sí la enorme mole del Chimborazo, cree va a encontrarse con ella tras cada collado y cada curva del camino que transita, siendo así que le apartan del nevado leguas de leguas aún; a este modo, los hagiógrafos del Nuevo Testamento nos hablan del día del Juicio, cual si estuviese ya a las puertas: *Ecce Iudex ante ianuam assistit* (JACOB V, 9), y cual si los que en la actualidad viven sobre este mundo, no hubiesen de morir sin contemplar antes al supremo Juez viniendo sobre las nubes a residenciar a los hombres: *Nos qui vivimus, qui relinquimur, simul rapiemur cum illis* (qui dormierunt) *in nubibus obviam Christo in aëra* [1ª Thess., IV, 9]. Si un historiador cualquiera se propusiese referir las grandes victorias de César o Napoleón, pondrá su atención principal en descubrirnos esas célebres batallas, no deteniéndose sino lo preciso en hablar de los movimientos previos de las tropas; así han procedido los autores inspirados: hablanos de las dos grandes batallas trabadas por Cristo, en su primero y segundo advenimiento, contra el infierno, pero dejan en la sombra lo restante de la historia de la humanidad, que se reduce a un largo y sucesivo desfile de todos los pueblos y naciones ante el trono del Cordero; cada uno de ellos a su turno, sumérgese en la sangre divina del Redentor, para lavar en ella las vestiduras, y luego presentarse en el día del triunfo con palmas en las manos. *Hi qui amicti sunt stolis albis, qui sunt? et unde venerunt?.... Hi sunt, qui venerunt de tribulatione magna, et laverunt stolas suas, et dealbaverunt eas in sanguine Agni* [Apoc. VII, 13 y 14]. He aquí, pues, según el Apocalipsis, el único resumen de la larga y trabajosa peregrinación de la humanidad sobre este mundo.

Hechas estas consideraciones, compréndese sin mayor dificultad el sentido de esta expresión del Profeta de Patmos: "Revelación de Jesucristo, la cual ha recibido de Dios para descubrir a sus siervos cosas, que deben suceder presto": *Dedit Deus palam facere quae oportet fieri cito*. ¿Cuáles son esas cosas que deben suceder presto? Los grandes y más trascendentales acontecimientos religiosos, que han de mediar entre la primera y segunda venida del Mesías. Dícese de estas cosas que se han de verificar muy pronto: 1º porque ante la eternidad de Dios, mil años son como el día de ayer que ya pa-

só: *Quonian mille anni ante oculos tuos, tamquam dies hesternae quae praeteriit* [Ps. LXXXIX, 4]; y 2º porque tratándose de sucesos de importancia secundaria, una vez principiados se dan por acabados, mucho más si juntados ellos no forman sino un solo todo, como el de los tiempos que han de preceder al Juicio, a los cuales llama la Escritura, *segunda o tercera vela* de una misma noche: *Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit* (S. Luc. XII, 38). Los tiempos en que vivimos forman, pues, la hora última del mundo: *Noxissima hora est* (1ª Ioan. II, 18).

“La parusía (1), el retorno glorioso de Jesús, tal es, pues, el pensamiento fundamental del Apocalipsis. Esto aparece ya desde el prólogo: *Mirad se dice en él, cómo viene sentado sobre las nubes del cielo, y verle han todos los ojos, y los mismos verdugos que le traspasaron* (I, 7). Todas las promesas y amenazas dirigidas a las siete Iglesias del Asia, expresan o presuponen el mismo pensamiento: *Vendré a ti presto*, dice el Salvador al ángel de Pérgamo (II, 16); y al de Filadelfia: *Mira que vengo luego: Ecce venio cito* (III, II), etc. . . . El epílogo, sobre todo, no deja duda alguna a este respecto (cap. XXII). Cuando todas las escenas precedentes, terribles o consoladoras, hanse ya desarrollado a las miradas del vidente, antes que el telón cubra todo de improviso, algunas pablaras se hacen oír todavía, ecos de los sentimientos que se atropellan en el alma: ¿y cuáles son estos? Por tres veces la voz de Jesús repite: *Ecce venio velociter* (vers. 7); *Ecce venio cito* (vers. 12); *Etiam venio cito* (vers. 20); a lo que el Espíritu y la Esposa contestan: *Veni* (vers. 17); *Amen, Veni domine Iesu* (vers. 20).”

Pero así como la primera venida del Mesías fué preparada con aquella larga expectación de cuatro mil años que principió en el Edén, y fué sostenida por las predicciones cada vez más consoladoras de tantos patriarcas y profetas; de modo semejante, la segunda venida será preparada por la expectación cada día más confiada y fervorosa de la Iglesia, que desde el momento

[1] CRAMPON, ib.—Los hagiógrafos del Nuevo Testamento válense frecuentemente de la palabra griega *παρουσία* para significar la segunda venida del Señor, en gloria y majestad, al fin de los tiempos; San Pablo la usa más de cinco veces en sus epístolas. Sin embargo no es la única voz que tiene este significado en el Nuevo Testamento; empleáanse también las de *ἐπιφάνεια* [manifestación] y *(φανερῶσις)* [descubrimiento, declaración], para enseñarnos lo que será esa terrible revelación (*ἀποκάλυψις*) del Hijo de Dios, en que aparecerá en todo el esplendor de su poder, majestad y gloria, a las miradas atónitas del universo.

en que el Salvador ascendió a los cielos tiene la vista clavada en ellos, y no cesa de clamar: “Ven ¡oh Señor Jesús!” *Veni Domine Iesu*. La historia entera de la Iglesia desde la cima del Olivete hasta el valle de Josafat, se reduce, en último resumen, a una prolongada y dolorosa preparación, a través de incesantes combates y persecuciones, para presentarse un día engalanada como una esposa, ante el trono del Cordero. De cada predestinado en particular, así como de toda la congregación de los justos, se dirá en el cielo: *Hi sunt qui venerunt de tribulatione magna*. Y Dios ha querido consolar a su Iglesia, presentándole de antemano el cuadro de los principales combates, y haciéndole entrever las más gloriosas victorias que le están reservadas en toda la serie de los tiempos. Es, por tanto, muy fundada y razonable la opinión de San Agustín, quien cree que los vaticinios del Apocalipsis son concernientes a los más grandes y trascendentales sucesos que han de acontecer en el tiempo que media entre la primera y la segunda venida del Señor: *Totum hoc tempus, quod liber iste complectitur, a primo scilicet adventu Christi usque in saeculi finem* (*De Civit. Dei*, lib. XX, cap. VIII).

El Apocalipsis es, pues, en cierta manera, una historia anticipada de la Iglesia, pero no esa historia árida y superficial, contemplada por los hombres, sino aquella otra íntima y substancial, prevista por Dios en su presciencia infalible desde toda la eternidad. Y estos secretos altísimos e inenarrables son los que Jesucristo se ha dignado descubrir a sus siervos en el último libro de la Biblia: *Apocalypsis* (seu *Revelatio*) *Iesu Christi, quam dedit illi Deus palam facere servis suis, quae oportet fieri cito*. ¡Oh qué revelación tan preciosa, y qué dignación tan inefable! Si acá en este mundo bajo e imperfecto, embelesa y arrebatada contemplar un paisaje grandioso y pintoresco, desde la cumbre de una elevada montaña, ¿cuál será el espectáculo que nos presenten las luchas victoriosas de la Iglesia, contempladas desde el altísimo punto de vista en que las mira Dios? Pues tales cabalmente son las visiones sorprendentes y maravillosas que nos ofrece el Apocalipsis. Cada una de ellas, a modo de un relámpago, ilumina los más vastos y tenebrosos horizontes de la historia, y nos hace vislumbrar la economía sapientísima de la Providencia, en el gobierno de este mundo. Una sola frase del vidente de Patmos explica, a veces, los problemas al parecer insolubles de la vida de la Iglesia. Haces de rayos, rugidos ensordecedores de truenos, cerniéndose por una atmósfera oscura y tempestuosa, sobre un campo inmenso y sangriento de batalla: algo como esto es la

escena aterradora que el vulgo cree divisar a la distancia, cuando se habla del Apocalipsis; pero si sobreponiéndose a este vago temor, se penetra en aquella santa y misteriosa niebla, ¡cuántas revelaciones sublimes en cada uno de esos rayos, y cuántas enseñanzas provechosísimas se aprenden en cada uno de esos truenos!...

Efectivamente el fin del Apocalipsis, como de todos los libros inspirados, es enseñar a la Iglesia, no satisfacer la vanidosa y estéril curiosidad de los hombres. Y si bien la exégesis no ha alcanzado aún a descifrar claramente muchos símbolos y figuras de este libro sagrado, son tan hermosos y vivos los resplandores que él derrama sobre todos los dogmas de nuestra santa Religión, que un sinnúmero de ideas exactas y luminosas profesadas por el pueblo católico acerca de la marcha de la Iglesia y sus combates con el infierno, la aparición del Anticristo, el gran imperio anticristiano, la consumación de los siglos, etc, emanan de las enseñanzas divinas del Apocalipsis; por lo cual la liturgia romana acude frecuentemente a las páginas de esta sublime revelación, para formular aquellas sus tan fervientes y conmovedoras oraciones.

Adoctrinados por este libro precioso sabemos que la Iglesia, aunque combatida de continuo por encarnizados enemigos, llegará incólume hasta el último día de los tiempos; la navecilla de San Pedro salvará, sin experimentar naufragio alguno, todas las tempestades y borrascas de la mar airada y procelosa de este mundo, y arribará sin quebranto, con la tripulación bendecida de todos los predestinados, al puerto deseado de la eternidad. Hasta las aparentes equivocaciones de ciertos insignes santos, prueban la divinidad del Apocalipsis; pues, si un San Norberto (1), el ilustre fundador de los Premonstratenses, aseguraba, en su tiempo, que había nacido ya

(1) San Bernardo, en su carta al obispo de Chartres, escrita en 1.128, le dice: "Me preguntáis si el venerable Norberto hará el viaje de Tierra Santa. Lo ignoro. Hace pocos días he tenido el consuelo de verle y oír de su boca, que es como el órgano del Espíritu Santo, una infinidad de cosas edificantes.... Tratamos también del artículo del Anticristo. Me protestó, entonces, que veía de una manera cierta, que el Anticristo se manifestaría en nuestros días sobre la tierra, y que aparecería en el mundo en vida de nuestros contemporáneos. Los fundamentos sobre los que apoya esta creencia no me parecieron sólidos, y sus explicaciones no obtuvieron mi asentimiento. Aseguré de una manera positiva, que antes de su muerte habrá una persecución general en la Iglesia". En efecto, San Norberto murió en 1.134; y el infausto cisma de Pedro de León, que tantos disturbios ocasionó en la Iglesia, y el destierro del Papa legítimo, Inocencio II, tuvo lugar en 1.130. El antipapa Anacleto II, uno de los precursores del Anticristo, era, pues, el impío, cuya próxima aparición había sido revelada a S. Norberto.

el Anticristo, y si el preclaro apóstol de Europa, San Vicente Ferrer, predicaba como inminente el gran día del Juicio; todo esto nos enseña que así como la primera venida del Mesías tuvo sus tipos y figuras en el Testamento Antiguo, la segunda venida es también representada, de vez en cuando, en el seno de la Iglesia, por varios hombres, sucesos y signos precursores. El mismo Cristo, nuestro Salvador divino, ¿no ha descrito en su Evangelio la ruina de Jerusalén, imagen viva y expresiva de la destrucción final del mundo? San Juan nos dice que estamos ya en la segunda y última época de la historia de la humanidad, precisamente porque han principiado a aparecer los precursores del Anticristo, que son los heresiarcas y los corifeos de la impiedad: "Hijitos míos, esta es ya la última hora o edad del mundo; y así como habéis oído que viene el Anticristo, así ahora muchos se han hecho Anticristos; por donde echamos de ver, que ya es la última hora": *Et nunc Antichristi multi facti sunt, quia novissima hora est* (1ª, cap. II, 18).

Esta incertidumbre acerca del momento preciso en que llegará aquel grande y terrible día, entra en los planes de la Providencia en favor de los hombres, pues de esta circunstancia se vale la Escritura, muy especialmente el Apocalipsis, para advertirnos que estemos incesantemente preparados. *Esto vigilans* (III, 2). *Tene quod habes, ne nemo accipiat coronam tuam* (ib. 11) *Ecce venio sicut fur* (XVI, 15). Así, como cada hombre en particular debe estar preparado continuamente para la muerte, el mundo ha de estarlo para el Juicio, porque tan incierto es el momento de la primera, como el día en que acontecerá el segundo. A esto se encamina toda la sublime revelación de Patmos, a preparar al mundo, por medio de la Iglesia, para la venida del Señor, en gloria y majestad; aconseja a la humanidad entera, que esté siempre en vela, porque ignora el día y la hora. "Mas en orden al día y a la hora nadie lo sabe, ni aún los mismos ángeles del cielo, sino sólo mi Padre. Lo que sucedió en los días de Noé, eso mismo sucederá en la venida del Hijo del hombre: porque así como en los días anteriores al diluvio proseguían los hombres comiendo y bebiendo, casándose y casando a sus hijos, hasta el día mismo de la entrada de Noé en el arca, y no pensaron jamás en el diluvio hasta que lo vieron comenzado, y los arrebató a todos: así sucederá en la venida del Hijo del hombre.... Velad, pues, vosotros, ya que no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor": *Vigilate ergo, quia nescitis qua hora Dominus vester venturus sit* [MATTH., XXIV,

36 y sgts.]

Finalmente, el Apocalipsis, como toda la Escritura, nos ha sido dado para sostén y consuelo de nuestras almas, en medio de las grandes tribulaciones de la Iglesia. "Porque todas las cosas que han sido escritas en los Libros santos, para nuestra enseñanza se han escrito: a fin de que, mediante la paciencia y el consuelo que se saca de las Escrituras, mantengamos firme la esperanza": *Ut per patientiam, et consolationes Scripturarum, spem habeamus* (Rom., XV, 4). En las épocas de persecución, como es la funesta y larga porque vamos atravesando, las almas fieles acuden a las páginas de este sagrado libro, para robustecer la fe en las promesas divinas y triunfar de las amenazas y seducciones de la impiedad; pues, como advierte muy bien Belarmino, el fin principal de esta revelación: *nihil est aliud quam ut fideles hortetur ad perseverantiam et patientiam tempore persecutionum* [Lib. 1º., *De Verbo Dei*, cap. 19].

FEDERICO PROAÑO

1848—1894

Nació en Cuenca el 14 de marzo de 1848; fué nieto de un **patriota** de 1809, don Buenaventura Proaño, quien peleó contra Montes en el Panecillo y fué profesor de latinidad en Quito. Hizo sus estudios en el Colegio Seminario y en la Universidad de su ciudad natal hasta recibirse de abogado.

Desterrado de su patria fue a Centro América, en donde se dió a conocer como literato y a apreciar como hombre de corazón noble y carácter altivo. Murió en Quezaltenango, Guatemala, en 1894.

Casi todos sus artículos literarios, algunos serios, los más festivos y humorísticos, fueron escritos en la República del Salvador, el año de 1884. Observador de las cosas, de las costumbres y de los hombres con un sentido de **humor**, escribía sus reflexiones y meditaciones ágiles y volanderas, llenas de gracia y donaire, guiado casi siempre por una idea política, que es lo que da el tono general de su obra. Su estilo es terso. Montalvo, amigo suyo, le escribía desde París, en 1885: "Ayer lei tres de sus artículos. Excusado es decirle que el autor del "Times" está allí en alma y corazón: hacía tiempo que deseaba ver algo de Ud.: el cuaderno es magnífico: procure difundirlo".

Este escritor castizo es una de las innumerables víctimas de la **canallocracia** del Ecuador. "A Proaño, dice uno de sus críticos, como tantos otros que han tenido la desgracia de nacer en una época transitoria y conturbada, faltóle el apoyo de circunstancias que le permitieran volar hasta las últimas cumbres, en la paz del ánimo y en pasar sereno que las tareas literarias exigen; no le faltan sino espacio, alegría, estímulo: mal avenido con la existencia del proscrito y con la amargura de no ver el fruto moral de privaciones, sacrificios e incansables esfuerzos por la santa causa de la patria y la no menos sagrada de la libertad".

Proaño, con sus artículos satíricos de crítica social, pue-

de ponerse al nivel del quiteño José Modesto Espinosa y del guayaquileño José Antonio Campos.

Bibliografía

LAS OBRAS.—En Centro América, artículos literarios—1884.—Librería de la vida. de Ch. Bouret, Paris, 1912.

HORAS PERDIDAS

Parece que está bien averiguado por los cosmógrafos que este mundo es una *bola* de 25 mil millas de circunferencia.

En verdad que es grande y que sólo las *bolas* que echan a rodar los políticos la igualan en materia de redondez y abultamiento.

Sobre esta enorme bola viven mil trescientos millones de animales, a los que, dando la última diferencia, se les llama *racionales*.

Diferencia sobre la que algún gracioso D. Gustavo de los Palotes (no siempre ha de ser Perico) anda diciendo con los sentidos y potencias, que es irónica y no muy imparcial....

Sea de esto lo que quiera, de los mil trescientos millones de seres racionales, me inspiran lástima todos, menos uno.

Este uno, por cierto, soy yo.

Digo que me mueven a compasión, porque todos pasan la mitad de la vida, dando y cavando en las musarañas y forjándose ilusiones, y la otra mitad llorando sus desengaños.

Yo, gracias a mi organización especial, nunca me alimento de quimeras.

No entiendo una jota de poesía.

Vivo en prosa.

Jamás recorro a las ilusiones para precaverme contra las amargas e ingratas realidades de la vida.

No merezco, por lo mismo, entrar en el número de los que son dignos de compasión.

Sabido es que Calderón de la Barca aseguró que la vida humana era un sueño, y aquí viene de perlas exclamar:

“Cuando Calderón lo dijo,
estudiado lo tendría”.

Realmente, aunque el poeta español no lo hubiera dicho el género humano pasa la vida soñando.

Y tengo para mí que vivir de sueños y quimeras es lo mismo que no vivir, o al menos, que las horas de ilusión son horas perdidas.

Suprimáanse las ilusiones y podremos decir, con todo rigor, que el hombre vive algún tiempo sobre la tierra.

Peró, preciso es confesar de plano que esto no puede hacerse, mientras el amor anda enloqueciendo a la humanidad y dando al hato y garabato con toda la sabiduría de los hombres.

El amor es el principio, fuente, origen y madriguera de las más colosales y estupendas ilusiones.

Perdónenme los enamorados; pero creo que todos van por sus pasos contados a dar de cabeza en un manicomio.

Llegan estos deshabitados a persuadirse de que una mujer es un ángel, un querubín, una hada, una huri, una peri, y no sé cuántos disparates acabados en *a* o en *i*.

Por experiencia, en cabeza ajena, sé que no hay enamorado que, por fas o nefas, no dé en poeta romántico.

Y entonces queda en aptitud de hacer capirotos del sexo femenino.

Para él la mujer no tiene carne, ni sangre, ni huesos, ni músculos, ni nervios, ni cosa de esta laya.

Es un ser impalpable que flota en rayo de luna.

“El espíritu que la luz ha tomado del rocío”.

“Un diáfano habitante del invisible éter”.

La belleza ideal.

El amor de las flores.

La armonía de los cielos.

El alma del alma.

En fin, una pata de banco cualquiera, menos una mujer, en el sentido en que trae, lisa y llanamente, el Diccionario del idioma castellano.

Pobres mujeres! se quedan las infelices sin nada de lo que les dió la madre naturaleza.

Los ojos que tienen no son ojos para el enamorado poeta, son dos astros que brillan más que el lucero del alba.

Los labios no son de carne, sino de grana o de coral; eso cuando no los hace de rubí, de cereza o de carmín.

Los dientes no son de hueso, sino de nácar, de perla, o siquiera de la misma sustancia que los colmillos del elefante.

La cabellera ha de ser de ébano o de azabache, si es negra, y de oro de veinticinco quilates, si es rubia.

Las mejillas tienen que ser de rosa.

La cintura una palma de Delos.

El cuello y la tabla del pecho indispensablemente de alabastro o de mármol de Paros o Carrara.

Y por este orden van los demás miembros.

Con un acopio de ilusiones de este calibre, el enamorado pasa haciendo ciquiritacas, vive soñando despierto, y dirigiendo requiebros y ternezas sin ton ni son.

Pero sucede a menudo, que el bien querido, echándole, con sus desdenes, el agraz en los ojos, disipa las torres levantadas en el aire, y desaparece el ídolo que tenía un altar en el pecho del naufrago del alma, que se queda sin brújula ni timón.

Entonces es cuando, para remate de males, observa con Egnilaz, que la mujer come, bebe, duerme, tiene mal genio, se corta las uñas, bosteza, ronca, estornuda y adiós encantos, adiós adoradas ilusiones!

Ello va en la comadre y eso tiene meterse en un berengenal.

Y cuando un enamorado se queda con cincuenta palmos de nariz, qué de jeremiadas para lamentar sus desencantos!

Es un Espronceda que anda erre que erre, con la cantalata de que

"Las ilusiones perdidas
son las hojas desprendidas
del árbol del corazón".

Nadie le obligó a deshojar el árbol del corazón; y si tiene la manía de vivir de ilusiones, cuando éstas le dejen tocando tabletas, de irse con los ayes a Roma.

Pero, corra la bola, y continúe la humanidad pidiendo cotufas en golfo.

Sueñan los otros con el amor, que a mí no me la pegarán de codillo en esta materia.

Encasillado en el terreno de lo real y positivo, rindiendo, a mi modo, pleito homenaje a esos seres queridos, (casi digo también ángeles) que se llaman mujeres, sin andar bebiendo los aires por cosas que valen un comino, pasaré indudablemente como un hombre prosaico; pero allí me las den todas; porque, en cambio, no tendré que lamentar las horas perdidas con las ilusiones y los delirios de la imaginación.

Bástame perder el tiempo en hilvanar artículos como el presente, con el fin de hacer que también lo pierda el lector de mal gusto que ha tenido la paciencia de seguirme hasta este

punto, que es el final.

TRES PLUMAS

Pocas cosas tienen tanta importancia histórica como la pluma. Su destino es tan grandioso quizá como el de la palabra; porque si ésta es la expresión de la idea, la pluma es el órgano de su inmortalidad; si la palabra ilumina lo presente, la pluma aspira a la supervivencia, y esclarece aun los limbos del porvenir. La imprenta mismo, que lleva consigo todos los laureles que simbolizan las glorias de la inteligencia, ¿qué es sino la continuadora de la pluma, de esta obrera infatigable de la civilización?

Una pluma ¡qué pequeña y efímera es!; sin embargo, cuántas veces constituye por sí sola un poder armado, y un poder armado invencible, porque su fuerza está en la convicción! Los cañones de todos los tiranos de la tierra pueden quedar vencidos por la pluma de un pensador libre: uno de sus rasgos es capaz de conmover los tronos cimentados sobre la base de los siglos.

Más temo a una pluma que a una espada, ha dicho A. Dumas, y con razón: entre el instrumento que daña el cuerpo y el que puede herir el alma, es menos temible el primero.

Y qué de veces han temblado ante ella los ánimos más varoniles y denodados! Clemente XIV abandonó más de una vez la pluma con que iba a suscribir la extinción de aquella célebre orden, que por entonces tenía conmovida a Europa; Napoleón I, que siempre desafió las lluvias de metralla, vaciló ante la pluma con que debía firmar el acta de abdicación de las coronas de Francia y de Italia: el pontífice conoció que su pluma iba a ser lo que la espada de Guzmán el Bueno, arrojada desde los muros de Tarifa... y Bonaparte vió que, después de un rasgo de la suya, iba a sonar la hora de la venganza de los reyes y la justicia de los pueblos; y ambos se estremecieron de horror.

Plumas hay de grande celebridad y que los hombres han sabido estimar como se merecen. La que sirvió para el tratado de Tilsitz, después de la campaña de Friedland, fué vendida, hace poco, en París por una considerable suma: un museo de Londres enumera entre sus adquisiciones la pluma que usaba Lord Byron, quizá la misma con que escribió su Childe Harold; Lamartine cuenta que visitando un día la biblioteca de Víctor Alfieri, robó la pluma con que el poeta italiano había escrito sus versos inmortales.

Y si tal es la importancia que se da a una pluma, mayor es aún la que tienen dos o tres rasgos de ella. ¡Cuántos hombres, en efecto, han comprado con su sangre una sola plumada del historiador! ¡Y cuántos más pródigos todavía, han sacrificado hasta su honor porque una pluma transmitiera sus nombres a la posteridad!.....

Existen plumas de diferentes materias y clases. Plumas metálicas, en las que se han empleado el oro y acero, y plumas de ave, arrancadas tanto al águila, que abre sus alas en la inmensidad, como al pobre y pesado avestruz, incapaz de levantarse de la tierra.

Plumas que arrojan luz como una antorcha, que queman y matan como el rayo.

Plumas que apetecen la dulzura de la miel o que buscan sedientas el hervor de la sangre para acompañarse con ella.

Plumas que podrían servir de pincel a Murillo para colorear sus vírgenes divinas, o que se mojan en tinta que todo lo mancha o lo enegrece.

Plumas gloriosas que deben vivir eternamente, o plumas de maldición, que no deben dejar ni un recuerdo, porque hasta sus recuerdos son tristes y abrumadores.

Entre esta inmensa variedad de plumas, se encuentran las del sabio, del literato y la del músico, que, en mi concepto, son las más brillantes y grandiosas que la mano del hombre puede manejar sobre la tierra.

II

La pluma del sabio deja en sus sorprendentes evoluciones una inmensa estela de luz.

Es el instrumento que, en medio del vaivén de los siglos, hace brotar las fuentes que manan la vida del corazón y del espíritu; las fuentes purísimas que son para las inteligencias magnánimas lo que, según la leyenda, fueron para los israelitas los raudales de agua que brotó de la roca del desierto, al contacto de la vara de Moisés.

"Pluma arrancada al águila y cortada con sublime tajo por la mano del genio", su destino es revelar al hombre los secretos de la sabiduría.

Atrevida como Prometeo, roba el fuego santo de la idea, y vigilante como una vestal, lo guarda en el templo de las ciencias.

Traza la órbita de un sol que acaba de encenderse en el espacio, y enumera los millares de osamentas de microzoarios

antediluvianos, que una lente ha podido contar en el invisible átomo de polvo.

Se deja llevar como un espíritu de Dios sobre las aguas de los mares, y allí examina el organismo del inofensivo pólipio y del inmenso cetáceo que domina como rey en el mundo submarino.

Penetra en el reino encantador de las plantas y descubre desde los soberbios gigantes de la vegetación llamados boabdales y helechos arborescentes, hasta la pobre alga que nada sobre las ondas y el musgo que tapiza las encinas; ya sorprende los secretos admirables de la *vallino neria* que baja al fondo de las aguas para fecundar su fruto, ya revela la misteriosa vida de la *mimosa púdica*, que cierra sus hojas apenas cruza la más ligera nube por el cielo o siente el más ligero rumor sobre la tierra.

Posa el aire en las cimas del Himalaya o en las nieves perpetuas del Chimborazo, y mide los grados de calor a más de 800 metros verticales bajo la superficie de la tierra.

Coordina los acontecimientos presentes del orden social en vista de las tradiciones del pasado, lee en lo porvenir los cambios de la vida política de los pueblos, lanzando al mundo aquellas sublimes utopías, que el tiempo viene a transformar en realidades de alta importancia, en el terreno de la ciencia social.

Profundiza ese abismo de magnificencias y de miserias, llamado corazón humano, e investiga la esencia de Dios.

Tal es la pluma que han manejado Moisés y Sócrates, Tácito y Plutarco, San Jerónimo y Santo Tomás, Newton y Kant, Pascal y Laménais, Linneo y el barón de Humboldt, y tal es la pluma del sabio.

III

La pluma del literato es un pincel que tiene tintes para todas las escenas de la vida; que refleja como un espejo la humanidad, idealiza el amor, expresa todos los dolores y desencantos del alma; muestra todas las esperanzas e ilusiones que revolotean, al derredor del hombre.

Adoradora de lo bello, pasea la inmensa pradera, recogiendo como la abeja la esencia de las flores para elaborar un néctar más dulce que la miel hiblea; se remonta en vuelo majestuoso hasta los astros, no para darles leyes, sino para modular ese himno que en coro levantan los orbes; penetra en la espesura de un bosque secular, y allí presta oído a los

rumores de las brisas y a los murmurios de las fuentes; no mira en cada árbol un ser organizado, sino un arpa eolia con cuyos sonidos se forma la divina aria con que las selvas glorifican a la naturaleza.

Esta pluma brillantísima la manejan los que pertenecen, ya a la escuela clásica de Job, de Homero y del Dante; ya a la romántica de Chateaubriand, de Víctor Hugo y de Schiller.

Amando todo lo que es bello y artístico, la pluma del literato se convierte a veces en espada que hiere en la parte más débil del vicio para darle muerte. Humilla entonces a la ignorancia presumida y concede laureles para todos los méritos; relega al olvido las reputaciones de oropel, y labra cuidadosa la tosca piedra que esconde el diamante que más tarde saldrá a beber la luz; pero para esto debe ser manejada por el verdadero crítico; es como la espada del Cid que no es omnipotente cuando la empuñan otras manos; las plumas de Juvenal y Horacio, de Cervantes y de Larra han merecido bien de la humanidad por esta razón; y al contrario la de Aristófanes ha pasado a la posteridad con los anatemas de la historia.

Desgracia es que la pluma del literato se convierta a veces en instrumento de desolación, cuando la manejan manos como la de Paul de Kok, de Pigault-Lebrun y de otros.

Triste es que se manche de fango, otras veces, constiéndose en pluma que hoy ensalza lo que ayer deprimió; que hoy levanta ídolos para adorarlos y que mañana los romperá sobre sus mismos altares. Pluma esclava que forma siempre el cortejo de los déspotas y afortunados de la tierra y que es manejada por hombres desgraciados, que, como diría Víctor Hugo, cualquiera que sea la posición de sus cuerpos, conservan su alma siempre de rodillas. Séneca, cantando al emperador Claudio, Marcial a Domiciano, y Milton a Crónwell, han disminuído mucho su gloria literaria; y por el contrario la han engrandecido más Ducis, Delille, madame de Staël y Lemercier, consagrando sus plumas a la libertad, y levantando su frente con toda la grandeza de hombres pensadores en presencia del César de la historia moderna.

IV

Pasemos a aquella hermosa pluma hermana de la del poeta, a aquella que han manejado en sus horas de inspiración Haendel y Rossini, Mozart y Weber, Verdi y Donizetti, a la pluma del músico.

Con un diccionario tomado apenas de siete voces recorrer esta pluma sobre cinco líneas horizontales, dejando en ellas cuanto puede desear la imaginación más ardiente y la sensibilidad más perfecta y educada.

Tiene rasgos que varían hasta lo infinito.

Austera y grave, produce las armonías que retumban en la meditación, llevándola hacia lo más ideal; afectuosa y apasionada, expresa los sublimes transportes y las dulcísimas emociones del alma enamorada; melancólica y patética, escribe con lágrimas aquellos lamentos que se repiten en el lecho del agonizante o sobre las tumbas del cementerio; festiva y juguetona, imita las evoluciones de la mariposa o los cambiantes de la luz, para pintar todas las alegrías y placeres de la tierra; patriótica y entusiasta, infunde impetuosidad y valor en los ánimos, arrebatada a los pueblos y los conduce serenos o airados a la muerte o al triunfo.

Si queremos conocer cuán fecunda y expresiva es esta pluma con el reducido número de voces que forman su idioma, leamos sus producciones admirables, descifremos lo que dicen esos puntos negros que deja en el papel; y en ellos encontraremos el trino del ruiseñor, a la hora del crepúsculo, y el canto matutino de la alondra, al lado del rugido del león, que conmueve los desiertos, y el chillido del águila, que se cierne entre las nubes; el plácido susurro de los arroyuelos, y el estrépito de las olas; el sonido que ocasiona la ligera ala del cisne al rozar la límpida superficie de un lago, y el bramido del huracán, que barre las cataratas con su soplo, según la atrevida expresión de Lander.

Prestemos oído a esa reunión de suspiros y plegarias que forman la misa de *Requiem*, que nos ha legado el genio de Mozart: desde el introito nos parecerá que escuchamos los ecos de la tumba y los sordos rumores del vertiginoso abismo de la eternidad; y al llegar a aquella parte en donde solloza el órgano, acompañando a esta epopeya del dolor, como lo ha dicho un escritor creyente, a esa alegría del *dies irae, dies illa*, que es lo sublime de lo terrible, nos estremeceremos al oír los lamentos del alma que, anonadada por su culpa, pero confiando en la misericordia divina, ruega, grita, gime porque el Criador olvide la falta de la criatura; y temblaremos de espanto al oír el inmenso y postrer alarido del mundo que se destruye a la voz colérica del Dios justiciero en su día de venganza.

Oigamos traducir lo que dicen esas mínimas y corcheas que han dejado las plumas de Haendel y Beethoven, y nos

parecerá escuchar el océano que, después de rugir en sus momentos de agitación, queda en silencio y como dormido, besando la humilde playa de arena. Fijémonos en aquellos sublimes *crescendos* de Rossini, y nos parecerá oír el lejano ruido del trueno que progresivamente aumenta, hasta formar un espantoso tumulto, o el silbido del viento en el bosque, que principia sacudiendo suavemente la débil hoja, y acaba desenfrenado haciendo crujir los corpulentos árboles.

¿Deseamos todavía admirar los triunfos de esta pluma? Pues oigamos ejecutar las notas escritas por Carulli y Paganini, y ya no sentiremos el grandioso estrépito que asombra, sino la delicada y tierna melodía que nos sumerge en esa divina somnolencia, que produce el más íntimo deleite que el hombre puede gozar. Sigamos, por fin, la huella de las plumas de Donizetti, de Bellini, y de Verdi; y la demencia de Lucía, los celos de Norma y la pasión de Julietta nos conmoverán infundiéndola en el alma.

¡Bendita sea, pues, la pluma del músico, que llena el corazón de sentimientos y puebla la tierra de armonías!

V

Tales son los principales rasgos de las plumas del sabio, del literato y del músico.

Plumas que llevan consigo cuanto hay de grande, de bello y de bueno en el mundo moral; porque están consagradas a extender la noción del bien y la idea del progreso, a realizar sobre la tierra la comunión del pensamiento, a inmortalizar las obras del ingenio, a pesar del tiempo, que destruye las mismas ruinas, y a ser en medio del naufragio universal de las cosas criadas, el *arca de Noé de la inteligencia*, según expresión de Campoamor.

JOSE MARIA AGUIRRE

1851—1919

Miguel Aguirre nació en Cuenca, el año de 1851; sus abuelos don Buenaventura Aguirre y doña Rosa Moreno fueron oriundos de Loja. Su tia abuela doña Francisca Moreno le educó en centros docentes de Cuenca. En 1875, siendo diácono en el Seminario Conciliar, se fue a Santiago de Chile para concluir sus estudios en el Seminario de esta capital, en donde recibió las órdenes sacerdotales. No sabemos la fecha precisa en que regresó a su patria; pero tenemos un documento de la Vicaría Capitular fechado el 2 de octubre de 1884, dirigido a él, en que se le nombra de Vicerrector y catedrático de Teología Moral. "Hace días, se dice en él, he agotado todos mis esfuerzos, a fin de arreglar el personal de empleados del Colegio Seminario y no he podido conseguirlo, por la falta absoluta de clérigos idóneos que puedan desempeñar aquellos destinos. Como no es posible dilatar por más tiempo la apertura de las clases, por el grave perjuicio que sufre la enseñanza, tengo a bien nombrar a Ud., Vicerrector y Catedrático de Teología Moral del expresado establecimiento, con la dotación de \$ 45 mensuales. Conozco la docilidad de Ud., y por lo mismo, espero que no opondrá excusa ni pretexto alguno para aceptar el cargo, porque nadie, mejor que Ud., conoce que la voluntad de Dios se expresa por medio de la voluntad del Prelado. En esta virtud, me es indispensable asegurar a Ud. que este nombramiento es irrevocable, por las razones arriba indicadas y porque este es el deseo del Clero y aún de la juventud de esta ciudad". Firmado: José Antonio Piedra.

Después de algunos años ingresó en la orden de San Francisco, de Quito, en donde recibió las órdenes religiosas. Desempeñó varios cargos en ella, entre otros, el de Comisario o Provincial y el de Visitador. Murió en Quito el año de 1919.

Fraile de virtud singular, de profunda ilustración en letras y ciencias sagradas, dotado de talento superior, sobresalió en to-

do el Ecuador como orador sagrado. El espíritu dulce, sencillo y manso de Francisco de Asís animaba el suyo y se traslucía en su vida y en sus sermones. Perdurarán en las letras ecuatorianas, como obra ejemplar, aunque como obra oratoria haya perdido mucho de esa unción, que es algo vital, comunicable sólo de espíritu a espíritu.

ORACION FUNEBRE

Pronunciada en las exequias del 13º aniversario de la muerte del Excmo. Sr. Dr. D. Gabriel García Moreno.

Per fidem vicerunt regna: operati sunt iustitiam... in occisione gladii mortui sunt.... quibus dignus non erat mundus.

Con la fe gobernaron los reinos, cumplieron los deberes de la justicia;... por la misma fe murieron al filo de la espada, porque el mundo no era digno de ellos.

Ilmos. Sres. Obispos,

Excmo. Señor,

Señores:

¿De qué os hablaré en presencia de esta tumba y de este aparato fúnebre que nos rodea? No debiendo el Misionero desplegar sus labios en la cátedra santa sino para instruir al pueblo en la práctica de las virtudes, ¿cuál será la virtud que ahora deba enseñaros? ¿Trataré, acaso, del desprecio de los bienes de la tierra, cuando estáis viendo al ojo, cómo pasan todas las grandezas humanas, y, cuando yo, en presencia de este féretro que tantas glorias sepulta, podía también exclamar: "¡Sólo Dios es grande, hermanos míos!" ¿Os enseñaré, por ventura, a temer la justicia divina, cuando veis cómo al cabo de trece años, todavía hacemos sufragios por el alma del justo, sabedores de que los juicios de Dios son muy distintos de los juicios de los hombres? ¡Ah! No, Señores, no os hablaré de esto, porque *in memoria aeterna erit justus, ab auditione mala non timebit*. (1) La grandeza del justo no

[1] Ps. cxi, 6.

es una vanidad que pasa, él no teme oír una mala sentencia de la boca de su Juez.

En las presentes circunstancias, os enseñaré las virtudes que debe tener un Magistrado católico, porque el sacerdote es maestro no sólo de las virtudes privadas de los fieles, sino mucho más de las virtudes públicas de los gobernantes. Os las enseñaré no en abstracto, no en teoría, sino prácticamente y en concreto, desenvolviendo a vuestra vista en grandes y generales rasgos la vida pública del ilustre personaje cuya muerte conmemoramos hoy. No es, pues, ajeno de la vocación de un misionero el elogio fúnebre que vais a escucharme, porque voy a predicaros las sublimes virtudes de un hombre público y sinceramente católico, virtudes necesarias principalmente en este siglo de incredulidad e indiferencia, en que se quiere separar la Religión de la Política, dividiendo al Magistrado en dos personajes: el uno, súbdito fiel de la Iglesia en su casa; y el otro, príncipe soberbio y ateo en su Corte. Ahora vais a ver un solo personaje, profundamente piadoso en su vida privada y pública, honrado ciudadano y preclaro Padre de la Patria; vais a ver prácticamente cómo la moral del Evangelio es la verdadera ley política de los pueblos; y la fe y piedad de los gobernantes, una fuente de prosperidad de las naciones.—Al hacer este elogio, yo no encomiaré esa noble y majestuosa figura, esa espaciosa frente y esos ojos aterradores para con el criminal; ni esa poderosa inteligencia que abrazaba todos los conocimientos humanos, y que se traslucía en ese mirar profundo y en sus palabras incisivas y enérgicas. No, no es esto de mi incumbencia. Yo elogiaré al *hombre de Jesucristo en el gobierno del pueblo, al hombre de Dios en la vida pública*. Y bajo este aspecto, ya el mundo católico le ha proclamado grande y digno de la historia: el príncipe de los periodistas católicos de este siglo dijo de él, que era un hombre que hacía honor a la humanidad; y el inmortal Pío IX le calificó de *Grau Cristiano*, Víctima de su fe y amor a la Patria, y León XIII afirma que fué Campeón de la fe católica y que sucumbió por la Iglesia bajo la cuchilla de los impíos.

I

La fe es el principio de la vida moral en el hombre y en las naciones: sin ella es imposible que impere la justicia, porque *justas ex fide vivit*. [1] Una nación justa ha de vi-

[1] Gal. III, 14.

vir de la fe. Removida la fe, desaparece también la justicia, y *remota justitia*, dice San Agustín, *quid sunt regna nisi magna latrocinia?* ¿qué son los reinos en que no impera la justicia, sino grandes cuevas de ladrones? Por esto, cuando el Señor quiere levantar un pueblo, saca de los tesoros de su Omnipotencia y Misericordia un alma privilegiada en quien infunde con su divino soplo una fe tan robusta que pueda ser la raíz que sostenga y vivifique el árbol secular de muchas generaciones. Cuando todo el mundo olvidado del verdadero Dios iba en pos de los ídolos, quiso el Señor formar un pueblo especial que fuera el depositario de la verdadera doctrina: entonces suscitó a Abraham que es, por excelencia, el varón de la fe, el padre de los creyentes; y sobre él, como sobre piedra fundamental, levantó el magnífico edificio de la nación judía. Es, pues, una prueba de predilección divina hacia un pueblo, el darle un Magistrado que lleve la espada de la justicia ligada al cinto con las ataduras de la fe. Describiendo Isaías a un príncipe que debía hacer reinar la justicia en el mundo, dice de él: *Erit fides cinctorium renum ejus* [1] Tal es el ilustre Presidente, el gran Cristiano de nuestro siglo, el inmortal García Moreno.

Se dice en el Apocalipsis (2) que una mujer estaba en cinta, y que llegada la época del alumbramiento en que debía dar a luz un hijo varón, una serpiente de siete cabezas se preparaba a devorarlo. La mente de Bolívar concibió la idea varonil de dar independencia a su Patria; mas, llegada la hora en que debía ser un hecho la libertad y progreso de Colombia, los frutos que de la Independencia se esperaban se deshicieron en flor, porque el dragón del Liberalismo todo lo devoró. Los errores de la Revolución francesa con que tanto se habían halagado los Padres de la Patria, se transmitieron como herencia natural a sus hijos; y ved aquí a las naciones de Sur América, principalmente a la nuestra, encadenadas sin poder avanzar en la vía del progreso, porque estaba viciada su fe. Las leyes todas estaban saturadas del veneno de la herejía moderna, y por consiguiente desapareció la moral política y religiosa: el militarismo más desenfrenado se apoderó de la República; la acción de la Iglesia no producía todo el efecto civilizador que está llamada a producir, porque se lo impedía la falsa y herética ley del Patronato, y también porque,

[1] 1º XI, 5.
[2] XII, 2.

merced a la influencia mortífera de instituciones libereles, se había corrompido la *sal de la tierra*. De suerte que la Patria independiente ya, sufriría una vergonzosa esclavitud moral. Era necesario un segundo Libertador que, soltando las cadenas que aprisionaban a la Iglesia Ecuatoriana, diera verdadera libertad a la Nación. El aspecto moral y político del país se asemejaba al de los campos de Israel, cuando, echadas en olvido las leyes de Moisés, se adoptaron las instituciones paganas de los Griegos: todo era desolación y muerte, como se refiere en los Libros Santos. El Señor compadecido de su pueblo le dió un Libertador en la persona de Judas Macabeo, y al confiarle esta misión al ilustre caudillo se le apareció en sueños, y poniéndole en las manos una espada de oro, le dijo: *accipe sanctum gladium manus a Deo, in quo deficies adversarius populi*. (1) Compadecido también de nuestra República, el Señor nos suscitó un caudillo, y al crear esa alma e infundirla en el cuerpo, parece que le dijo al niño Gabriel, revelándole su futuro destino: recibe esta espada de oro, precioso regalo del Señor, con la cual vencerás a los enemigos de tu pueblo. Sí, señores, esa alma era espada de oro: espada por la energía de su carácter: de doble filo por prendas naturales y cristianas que le adornaban: de oro por el verdadero amor que tenía a Dios y a la Patria: regalo divino, porque no era un alma común, sino una de aquellas privilegiadas que Dios las cría al cabo de siglos cuando quiere hacer un beneficio a su Iglesia. Nunca se desenvainó esta espada sino contra los enemigos del pueblo, porque todas sus dotes y habilidades siempre las empleó en provecho de la justicia. ¡Ah! Macabeo de la Patria, tú estabas destinado a purificar el templo del Señor.

Cuando en 1861 subió por primera vez al solio Presidencial, nuestro ilustre Magistrado encontró a la República en el estado que os he descrito; y se propuso, como lo dijo en su discurso de recepción, lanzar al Ecuador con mano vigorosa en la senda de la prosperidad, por medio de la represión enérgica y eficaz del crimen, por la educación sólidamente religiosa de las nuevas generaciones, y sobre todo por el respeto y protección a la Santa Iglesia cuyo benéfico influjo produciría la reforma en las leyes y el Gobierno. Como lo dije, así lo ejecutó. Activo y vigoroso en la represión del crimen, como una exhalación trasponía los ríos y montes

[1] 2 Mac. xv, 16.

para ahogar en su cuna los proyectos de iniquidad. En todas partes, y casi todos los días brotaban nuevos gérmenes de revolución; y él, al punto, aparecía en el lugar del peligro y conjuraba la tempestad. Se ponían asechanzas a su vida, tendiéndole lazos ocultos bajo sus pies; y él, con la serenidad del justo, siempre salía incólume, quedando solamente los traidores presos en sus mismas redes. ¿Qué fuerza poderosa y secreta le allanaba así los obstáculos y le derribaba las murallas de dificultades que encontraba en el camino del progreso para su Patria? ¡Ah! Señores, era su fe, porque ese pecho, a manera de arca santa, guardaba viva y en acción la Ley de Dios y de la Iglesia. Josué con sólo el arca de la alianza conquistó la tierra prometida, porque a su presencia se detuvieron las aguas del Jordán y se cayeron los muros de Jericó. Así este ilustre Jefe con su fe viva y puesta la esperanza en el Cielo, consiguió los imposibles, porque batió a sus enemigos en mar y tierra, ahuyentó del territorio de la República a la hidra revolucionaria, salió libre de todas las asechanzas, cumpliéndose en él los efectos admirables de la fe que enumera el Apóstol: *Per fidem vicerunt regna, obtinuerunt ora leonum, extinxerunt impetum ignis, fortes facti sunt in bello.* (1) Con la fe se apoderó de la República, quebrantó los dientes de los leones, extinguió el fuego de la sedición, fué valiente capitán en los combates.

En segundo lugar, se propuso conseguir la educación sólidamente religiosa de la juventud; y ved aquí el poderoso medio que entre otros empleó a este respecto. Libertador moral de su Patria, buscó un ejército formidable contra el liberalismo y lo encontró en la Compañía de Jesús; Religión que lleva el título militar de Compañía, porque sus miembros son soldados muy aguerridos de la Iglesia de Dios; manejan toda clase de armas: ciencias, artes, literatura, ministerio sacerdotal, y con ellas echan abajo las fortalezas contrarias que levanta el enemigo: tienen en sus combates de la fe una táctica especial contra la herejía moderna, porque nacida ésta del Protestantismo, Ignacio de Loyola fué suscitado por la Providencia para perseguir a la reforma luterana hasta en sus últimos desarrollos; forman un ejército de estrellas que, perseverantes en su orden y fieles en su carrera, echan rayos y pedrisco contra las falanges enemigas, como sucedió en otro tiempo

(1) Hebr.

(2) Jud. v, 20'

a favor de Israel, y en contra de Sísara, prodigio que lo cantó Débora diciendo: *De coelo dimicatum est contra eos: stellae manentes in ordine et cursu suo, adversus Sisaram pugnaverunt.* (2) Y veis aquí, Señores, la razón porque nuestro gran Magistrado se decidió, con toda la simpatía de su alma, a favor de esta ilustre Religión: desde joven la había adorado y defendido, y cuando llegó al poder, su primera atención fué implantarla en la República. Quiso que tan diestros y valientes soldados enseñaran a la juventud ecuatoriana el manejo de las armas católicas; y por esto puso bajo su dirección y cuidado la enseñanza secundaria y superior de los colegios de la Nación. Entonces fué cuando la aurora de las ciencias verdaderamente católicas rayó en el horizonte del Ecuador; entonces también una pléyade de sabios vino a iluminar la inteligencia de la juventud, descubriéndole campos hasta entonces desconocidos en la región de las ciencias naturales.

Pero en lo que principalmente se distinguió su gobierno fué en el respeto y protección a la Santa Iglesia. Apenas llegado al poder, se apresuró a ponerlo en conocimiento de la Santa Sede, pidiéndole, para el acierto, la bendición apostólica, como si deseara que el Papa le confirmara su elección, y con sus sagradas manos le invistiera la banda presidencial. El Papa le bendijo, y ¡cuán fecunda en bienes fué esta paternal bendición!, como la del anciano Isaac a su hijo Jacob. *Ecce odor filii mei sicut odor agri pleni.* (1) Echamos una mirada sobre este campo bendito del Señor. Con la abolición de la infame ley del Patronato dió libertad a la Iglesia, y la puso en posesión de todos los legítimos derechos por medio de un concordato con la Santa Sede, el más ajustado a los principios católicos y a los verdaderos intereses de la Nación, de cuantos se han pactado en estos últimos tiempos. Aumentó el número de los Pastores de la grey con la erección de nuevas diócesis en esta Provincia eclesiástica. Introdujo en el país nuevas congregaciones religiosas destinadas a las misiones, a la educación de los niños y jóvenes de ambos sexos y al alivio de las dolencias físicas y morales del hombre. Puso al servicio de los Obispos toda la acción del Gobierno para facilitarles el desempeño de su ministerio pastoral; y les pidió que, revisando los Códigos de la República, indicaran las modificaciones que debían sufrir para quedar en perfecta armonía con los Sagra-

(1) Gen. XXVII, 27.

dos Cánones. ¡Oh Administración verdaderamente católica! Entonces empezó la acción civilizadora de la Iglesia: los Sínodos Diocesanos y Concilios Provinciales se celebraban libremente y en sus tiempos respectivos: las parroquias más apartadas y difíciles estaban bajo la vigilancia de sus Pastores; y las tribus salvajes del Oriente oyeron resonar en sus selvas la poderosa voz del Evangelio. Mas, en lo que especialmente se revela la sabiduría y cristiana política de nuestro Presidente es en la Carta constitucional de 1869, parto admirable de su inteligencia poderosa fecundada por su devoto corazón. En ella reconstruyó la República asentándola sobre dos bases fundamentales que fueron la Religión y la soberanía de la Autoridad. La primera base la colocó en muy profundo cimiento, declarando que el catolicismo era el constitutivo de la República, de modo que eran inseparables las calidades de ciudadano y de hijo fiel de la Iglesia. A la segunda base le dió firmeza y estabilidad, armando al Poder público de un brazo de hierro para contener los avances de la revolución, que es la herejía práctica de nuestros tiempos. Esta constitución fué un escándalo y una locura para los políticos del siglo XIX, porque la sabiduría de la cruz es un escándalo para los judíos y una locura para los gentiles. Y, sin embargo, era de ver cómo a la sombra de esta Carta fundamental florecieron todas las instituciones en nuestra pequeña República. Pues, hasta entonces, esquilado el suelo de la Patria, no sólo había producido frutos dignos de verdadera civilización sino que se habían marchitado casi todas las flores de los jardines que antes la hermoseaban; hasta en el atrio del templo había crecido tan alta la yerba que se asemejaba a un bosque. Mas, en esta nueva era, descendiendo con abundancia el rocío de los cielos sobre nuestra tierra y le comunica una fecundidad prodigiosa: se seca la mala yerba, y lirios y azucenas rodean el templo del Señor. *Qui credit in me*, había dicho Jesús en el Evangelio, *flumina de ventre ejus, fluent aquae vivae*. (1) Ved como el pecho de este gran Magistrado, por su fe en Cristo, se ha convertido en una copiosísima fuente de aguas vivas, de donde se desprende el caudaloso río de la civilización que riega todo el suelo de la República, y lo cubre de árboles de vida y flores de virtud; y queda más bello y admirable el Ecuador en el orden político y religioso, por sus leyes e instituciones, que en el orden natural por sus gigan-

(1) Joa. VII, 9.

tescas montañas y bosques seculares. Ya los católicos de Europa hacen votos por la prosperidad de nuestra Patria; desean conocer este suelo privilegiado por la Providencia, y nos envían la dicha de ser regidos por tan noble y católico Presidente. Deja de llamar pequeña a tu República, le dicen, porque no son pequeños los pueblos que viven bajo el amparo de tan saludables instituciones. ¡Ah! Señores, es que se ha cumplido la bendición del Patriarca Isaac: *Ecce odor filii mei sicut odor agri pleni cui benedixit Dominus*. El Ecuador se ha convertido en un hermoso jardín de la Iglesia. Ved, pues, cuán civilizadora es la fe cristiana de los Magistrados.

II

Pero así como la fe es el principio de la justicia, el sufrir persecuciones por ella es la consumación de la santidad; de modo que la cruz es consecuencia natural de la fe. Toda la doctrina de la fe se compendia en Cristo Crucificado; el cual es una locura para el mundo, siendo en realidad la única sabiduría de Dios. El sabio en esta ciencia es para los hombres un loco, porque busca con anhelo la cruz, estimándola más que todos los tesoros de la tierra, procura las humillaciones y desprecios, apetece los padecimientos y tiene sed del martirio. Este es el pináculo de la gloria a que se elevó nuestro Presidente: amó la cruz y murió en ella. La primera Magistratura es una cruz para el que quiere cumplir los deberes sagrados que impone, de suerte que el aceptarla es extender las manos para que sean enclavadas: es un acto heroico de patriotismo y de religión, porque es el sacrificio del ciudadano en aras de la Patria. Así lo enseña la Sagrada Escritura en el hermosísimo apólogo del Libro de los Jueces. [1] Fueron, dice, los árboles a elegir un Rey y proponiéndoselo al olivo, rehusó éste diciendo: ¿desatenderé, por ventura, la producción de mi aceite para imperar sobre vosotros? Y al proponerlo a la higuera, les contestó: ¿pensáis acaso que deje de producir mis dulcísimos frutos para tomar vuestro mando? Y al ir con la propuesta a la viña, igualmente se negó a aceptarla, dando por excusa: ¿queréis que deje de producir mi vi-

[1] IX, 8.



no, que alegra el corazón de los hombres, para atender a vuestro imperio? Mas, cuando se lo propusieron a la zarza, que no produce sino espinos, la aceptó inmediatamente y con placer; pero ¿qué sucedió? De la zarza salió fuego que devoró la selva. Así para los hombres nobles y generosos, el gobernar es un sacrificio, porque deben desatender sus intereses propios, y con todas sus fuerzas trabajar únicamente en provecho del pueblo. Así, también, los ambiciosos son fuego devorador de la República. Según esto, para el ilustre personaje de que hablamos, el solio presidencial era una cruz; y en él sufrió el escarnio y la vergüenza pública por amor de Dios y de la Patria. De la mayor parte de sus conciudadanos no recibió otra recompensa por sus sacrificios que ingratitud, odio y venganza. Hubo momentos en que los hombres más principales se le separaron, y Provincias enteras le odiaban a muerte. La República le era, a veces, un inmenso desierto, porque nadie comprendía su sublime genio: era uno de aquellos justos perseguidos por la fe, de quienes dice el Apóstol: *in solitudinibus errantes*. Sus mensajes a las Cámaras, profundamente impregnados del espíritu de fe y de piedad, eran el objeto de la burla de sus enemigos, porque los consideraban actos de hipocresía y de locura; y, sin embargo, él todo lo arrostró. En el discurso con que inauguró su segunda administración, se expresaba así: "Mi juramento me obliga a sacrificarme por la Religión y por la Patria; y en ese sacrificio de todos los momentos no debo reservar ni mi vida, sin aspirar en la tierra a ninguna recompensa, sino es a la satisfacción de haberlo cumplido". Y, en verdad, Señores, ¿qué recompensa podía dar el siglo del Liberalismo a un Magistrado católico sino la recompensa que en el mundo tiene la fe, y que la describe el Apóstol diciendo: *Alii ludibria et verbera experti, tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt*. Sí, él sufrió el escarnio y oprobio del mundo, fué tentado con muchas pruebas, y al fin murió al filo de la espada.

La Providencia le unió con el Papa Mártir, con el Pontífice de la cruz, con el inmortal Pío IX. Las relaciones de estos dos personajes fueron estrechísimas como de padre a hijo. Nuestro Magistrado en su correspondencia familiar con el Pontífice derrama su corazón como agua, contándole las penas que sufría, las esperanzas que le alentaban, pidiéndole consejos y bendiciones. El Pontífice santo, a su vez, le atendía con una benignidad propia de padre, le alentaba en el camino de la cruz, le daba consejos peculiares para la prosperidad de la Nación, y tenía tanta deferencia por él que inmediatamente

le concedía cuanto solicitaba. El elogio circunstanciado que hace el Papa, en su carta de 20 de octubre de 1873, de todos y cada uno de los actos administrativos del ilustre Presidente, es la recompensa más grande que puede tener en la tierra un Magistrado católico, porque es la aprobación del Vicario de Jesucristo, Maestro de la fe y moral de los pueblos. Era natural que estuviesen estrechamente unidos el Proclamador del Syllabus y su fidelísimo ejecutor: habían simpatizado los dos en su amor a la cruz.

La usurpación de los Estados Pontificios consumada en 1870, es un acto de barbarie salvaje contra el cual debían protestar todas las naciones, siquiera en nombre de la civilización. Y las naciones cristianas estaban obligadas en conciencia a defender al Padre común de los fieles, porque ese patrimonio es una condición indispensable para el decoro y libertad de la Iglesia. Mas el anciano Papa en vano paseó sus lánguidas miradas por todo el horizonte de los Gobiernos apóstatas: no hubo quien defendiera a la Víctima. En silencio y con secreto placer fueron tranquilos espectadores del drama sangriento en que el lobo de la casa de Saboya devoró al Cordero de Cristo; sólo les faltó el palmoteo y vocería con que los paganos de los primeros tiempos celebraban las fiestas del circo, cuando los cristianos eran echados a los leones. Este gran crimen pesa sobre la cabeza de todos los Gobiernos, pues se conjuraron contra Dios y contra su Cristo. *¿Ubi est Abel frater tuus*, dijo el Señor a Caín, *quid fecisti? vox sanguinis fratris tui clamat ad me de terra*. (1) ¿En dónde está la libertad de la Iglesia y el decoro del Pontificado?, pregunta ahora el Señor a las naciones. ¿En dónde está vuestro Padre y mi Vicario en la tierra? Sus lágrimas y padecimientos, cual un ¡ay! lastimero y profundo se elevan desde el suelo hasta mi trono; *¿quid fecisti?* ¿Qué le responderán las naciones! ¡Acaso el *num custos sum ego* del fratricida! Por ventura soy yo guarda de la Iglesia? ¡Ah! ¡Maldición eterna sobre la cabeza del Liberalismo que consintió en tan nefando crimen! Y el Señor irritado contra los gobiernos que se llaman católicos, les dice: *sanguinem ejus de manu tua requiram*. (2) Y fulmina contra el aleroso la sentencia de Caín: *Maledictus eris super terram*. (3) Príncipe de la casa de Saboya, maldito serás sobre

(1) Gen. IV, 9, 10.

(2) Ezech. III, 18.

(3) Gen. IV, 11, 12.

la tierra que apeteciste y sacrílegamente usurpaste; ésta no te producirá los frutos que tanto apetecías, por más que te afañes en conseguirlos; y día llegará en que andarás prófugo en el mundo; y desde ahora llevas ya marcada tu frente con el signo de la infamia: *posuitque Dominus Cain signum*. No te tranquilices con la idea de que nada te ha sucedido todavía: *Ne dixeris: peccavi, et quid mihi accidit triste? Atissimus enim est patiens redditor* (1).

Sobre este oscuro fondo ved, Señores, cómo se destaca radiante y luminosa la imponente figura de García Moreno. En medio de este silencio universal de las naciones fuertes de Europa, desde la cima de los Andes parte una voz que, resonando en el orbe católico, alegra el corazón de los hijos de la Iglesia, y asusta algún tanto al lobo rapaz: es el acento varonil del Magistrado de una pequeña República, la última en el rango de las naciones, que no pudiendo por su debilidad oponer un dique de hierro a los avances de la tiranía sacrílega, siquiera levanta la voz y "protesta ante Dios y ante el mundo, en nombre de la justicia ultrajada, y sobre todo en nombre del católico Pueblo Ecuatoriano, contra la invasión de Roma, contra la falta de libertad del Pontífice, y contra todas las consecuencias que en lo sucesivo emanaren en perjuicio de la Santa Sede y de la Iglesia". En seguida levanta la mano y pide al Cielo, vengador de la inocencia oprimida, sus rayos contra el tirano: "El trono de tus ilustres antepasados, le dice, será reducido a cenizas por el fuego vengador de revoluciones sangrientas". Invita, además, a los otros Gobiernos de Sur América, para que en nombre del republicanismo de la América libre, protesten contra el inicuo atentado; y ya que los poderosos reyes del Antiguo Mundo habían guardado silencio, levanten su voz, para condenar el crimen, los Representantes del Nuevo, que se llama Republicano y libre. ¡Inútil empeño! A los otros Estados no les cabe en suerte esta gloria reservada con privilegio a nuestra Nación: y su voz resuena sola, cual si fuera el único hijo de la Iglesia. No es esto sólo: viendo preso y cautivo al Pontífice, saca de los escasos fondos de la Nación un pequeño óbolo de gratitud y de amor, y se lo envía empapado en sus lágrimas, cual hijo noble y generoso divide su pan con su pobre padre. ¡Ah! el corazón del anciano Pontífice se regocijó

(1) Eccl. v, 4.

con esta demostración del menor de sus hijos, de este hijo que le había nacido en la vejez, como se complacía el Patriarca Jacob con su hijo José. En prueba de su predilección le vistió con la túnica polímita de los caballeros de primera clase de la Orden Piano, remitiéndole desde Roma aquellas insignias. ¡Ayl, años más tarde debían mostrarle al pobre anciano esa túnica ensangrentada, diciéndole: una fiera pésima ha devorado a tu hijo José. Mas, entre tanto, las bendiciones del Pontífice se confirmaron sobre la cabeza de su predilecto. *Filius accrescens, Joseph, filius accrescens. Benedictiones... fiant in capite Joseph*. [1] Señores: si está prometida al hijo que honra a sus padres una vida larga y noble sobre la tierra, ¿cuál será la gloria de que goza ahora en la tierra de los vivientes este ilustre Jefe, que así honró al Pontífice Santo?

Veamos ahora otro rasgo sublime de su amor a la cruz. Aunque durante su administración florecían, como he dicho, todas las instituciones, pero muy en breve debía agotarse esa fuente vivificadora, porque la muerte iba a suspender en su pecho el latido de ese noble corazón, y deseando el agua perenne para el pueblo, con superior inspiración consagró la República al Sagrado Corazón de Jesús, asegurando de esta suerte el porvenir de la Patria. El reino de Israel floreció como nunca en los tiempos de David y Salomón, porque el primero de estos Príncipes tenía un corazón formado a semejanza del de Dios, y el segundo, Rey pacífico, tenía un corazón tan grande como las playas del mar: *Dedit Deus Salomoni latitudinem cordis quasi arenam quae est in littore maris*. (2) Señores: si por nuestra parte no falta, ¡qué inmensos horizontes de prosperidad se entreabren para la Patria en los campos del porvenir, desde que está bajo la tutela y cuidado del Corazón Divino del Príncipe de las eternidades! Sí, nuestro ínclito Presidente con este acto oficial de su Gobierno, levantó la vara del mando e hirió a la eterna e incommovible roca que es Cristo y abrió en ella una fuente inagotable de felicidad para la República. ¡Oh! gran Magistrado, ya puedes dormir en paz, porque hay un Corazón que vele por tu pueblo: *Ego dormio, et Cor meum vigilat*. (3) Ya puedes decir en tu agonía: "¡Dios no muere!"

[1] Gen XLIX, 22, 26.

[2] III, Reg. IV, 29.

[3] Cant. Canticor. v. 2.

Estos son, Señores, los principales hechos de su vida pública, que no fué sino un reflejo y manifestación de su vida privada. Cristiano austero, y estricto como verdadero hijo del Seráfico Padre en su Orden tercera, cumplía con exactitud los deberes que impone la Religión, sin dispensarse de la observancia del más mínimo de ellos: guardaba las abstinencias y ayunos de la Iglesia, a pesar del sinnúmero de ocupaciones que abrumaban su vida: frecuentaba los Sacramentos con tal devoción que compungía a cuantos le miraban: tenía a honra el servir de Ministro al Sacerdote: en la celebración del Sacrificio, confundido con el pueblo, asistía a las distribuciones piadosas, en donde con mucho respeto y atención oía la palabra de Dios: en las procesiones públicas, su noble y esbelta figura era la primera que se distinguía; y en la recitación de las Letanías y preces sagradas, su voz dominaba en el templo; finalmente, al clausurarse la Misión del año 74, dada en esta Capital por los RR. PP. Redentoristas, él cargó la cruz de la Misión, y con ella en las espaldas, dió vuelta por la plaza. ¡Oh! prodigio de la humildad. Del Rey David, dice San Gregorio, que fué más grande cuando confundido con la multitud bailó delante del Arca, que cuando postró al gigante Goliat. ¿Qué diremos de ti, oh gran Cristiano? Emulo eras de los santos Reyes Luis y Fernando y por consiguiente digno de ceñir la diadema y empuñar el cetro de un grande imperio! Estos hechos son del dominio público que muchos de vosotros, Señores, alcanzásteis a ver. Si descendiéramos ahora a su vida íntima ¡cuántos secretos de virtud sorprenderíamos en ese corazón! Un anacoreta habitante del desierto por cuarenta años, obtuvo respuesta del Cielo de que el Emperador Teodosio le superaba en méritos. Atónito el solitario marchó a la corte, y entrando en conferencias íntimas con el Emperador, supo de él las virtudes heroicas que practicaba; porque se las reveló en virtud de un mandato divino. Sábetelo, le dijo Teodosio, que bajo esta púrpura imperial voy cubierto de cilicios, y cuando asisto a los torneos de caballería y juegos del circo, con mi pensamiento estoy muy distante de aquellas diversiones, de suerte que no me doy cuenta de lo que en ellas pasa; además padezco hambre en medio de las pingües rentas del Imperio, porque no me sustento de ellas, sino del trabajo de mis manos, copio libros y su precio me suministra el alimento. Con esto entendió el solitario que la santidad no es extraña a las cortes, cuando hay un corazón noble que sabe dominarse. ¿Cuántos rasgos de esta preciosa vida podríamos aplicar a nuestro ilustre personaje? Nosotros encontraría-

mos también en él muchos actos heroicos de mansedumbre y humildad, de pobreza y desprendimiento de los bienes de la tierra. Bajo ese exterior grave y justiciero tal vez ocultaba un mansísimo corazón de paloma, de suerte que cuando desenvainaba la espada de la justicia contra el criminal, hacía un acto heroico de fortaleza, dominando los naturales sentimientos de su alma, como sucedía con Moisés, de quien testifica la Escritura que era el más manso y pacífico de los mortales; y sin embargo, al bajar del Sinaí escandecido con los crímenes del pueblo, despedazó las tablas de la Ley, que tenía en las manos, porque le impedían el manejo de la espada, y libre ya del obstáculo degolló veintitrés mil idólatras; y en la proclama que con este motivo hizo a sus soldados los Levitas, les dijo: *Consecratis manus vestras hodie Domino*. (1) Vuestras manos están consagradas, porque han derramado sangre criminal! En esto consiste lo heroico de la virtud, Señores, en quedar oculta a los ojos del mundo y patente sólo a la vista de Dios.

Concluamos. Nuestro ilustre Presidente había coronado ya su carrera aquí en el mundo, había peleado la gran batalla, conservando intacta su fe, no le restaba sino la corona de justicia con que el justo Juez retribuye a cada uno en el día señalado. Hace trece años, era un día como hoy, y en el libro de la vida se marcaba esa fecha con letras de oro y con el signo de la predestinación: era un primer viernes dedicado al culto del Sagrado Corazón de Jesús, y por consiguiente día de reparación y de sacrificio. Si en estas regiones hubiera existido un anacoreta como Pablo el Simple, discípulo del gran Antonio, habría observado, en esa mañana, que los Angeles preparaban en el Cielo un hermosísimo trono, y que se afanaban por concluir hasta medio día un majestuoso manto de púrpura, por entretejer una corona y adornar una palma; y en su simpleza habría dicho el solitario: este trono y estas galas no son para otro que para mi Padre Antonio. Mas no, no era este preparativo angelical para un habitante del yermo, ni para una persona del claustro, era para el primer Magistrado de nuestra Nación que estaba cargado de méritos como una dorado espiga, llena del trigo que ya no puede sostenerse en la tierra y reclama la hoz del segador. Pero ¿quién la segará? ¿Vendrá, acaso, un Angel con rápido vuelo y con hoz de oro en su mano para cortar la vida del

(1) Exod XXXII, 29.

justo, de modo que duerma tranquilamente el sueño de la muerte? No: los granos preciosos acostumbra segarlos el Señor, no con instrumento de oro, sino de hierro, no con manos de Angel, sino de verdugo, porque el cuchillo del tirano consagra a la víctima. Las primicias del Cristianismo casi todas fueron segadas por la mano cruel de los Emperadores paganos: de suerte que a la vida del gran Magistrado le correspondía naturalmente el ser cortada con cuchillo de verdugo. Mientras la mano es más regla y traidora, la vida queda más ennoblecida. Fué la mano del Liberalismo armada en las obscuridades de las Logias la que segó esa preciosa existencia. Sí, Señores, fué degollado por el tirano de la Epoca, como Pablo por Nerón. Cual precioso trigo fué triturado en los dientes de los leones y convertido en hostia de sacrificio. *¡Quomodo cecidit potens qui salvum faciebat populum!* [1] decía el pueblo de Israel, llorando sobre el cadáver del Macabeo; y nosotros repetiremos ahora lo mismo. ¡Ah! cómo cayó el poderoso que salvaba a su pueblo! Y la Patria lloró inconsolable a su hijo: luz de mis ojos, le decía, consuelo de mi vida, esperanza de mi porvenir: qué te has hecho! Y la Iglesia vistió luto por la muerte de su primogénito. ¡Ah! Señores, cuando los fieles en los primeros tiempos veían caer un cristiano bajo el hacha del verdugo, se agrupaban en derredor y recogían hasta las últimas gotas de sangre, porque las creían consagradas; y luego partían a las catacumbas a esconder su precioso tesoro de la vista de los enenigos, y sobre esas cenizas levantaban los altares en que ofrecían sacrificios al Señor. Los restos mortales de este ínclito confesor de la fe yacen también ocultos, sustraídos al odio y venganza infernales; pero algunas gotas de sangre que rubricaron su testamento político están en Roma, custodiadas por la Iglesia de Cristo, porque nuestra República se las envió al Padre Santo, como un presente digno en la celebración de su Jubileo Sacerdotal; y León XIII aceptó el obsequio estimándolo en todo su valor, y dijo que lo colocaría o en la Biblioteca del Vaticano, como un Autógrafo digno de la fe católica de un Magistrado del siglo XIX, o que lo guardaría en su Capilla privada, como reliquias de un Mártir. En cuanto al resto de sus despojos mortales, un día se descubrirán también estas catacumbas, y sobre esas cenizas, las futuras generaciones levantarán un altar a la Patria. Mien-

[1] 1 Mac. IX, 21.

tras tanto, Ecuatorianos, vosotros a quienes animan sentimientos de gratitud para con el Gran Magistrado, en prueba de reconocimiento, traedle flores, sí, flores de virtudes políticas y de verdadero patriotismo, y echadlas sobre esta tumba. Y vosotros hombres públicos, Padres de la Nación, aquí tenéis vuestro ejemplar: yo no os lo presento, porque no es este el lugar, como modelo en las ciencias, ni en la guerra, ni en la política mundana; pero sí como el tipo de un Magistrado católico, verdadero hijo de la Iglesia. Su espada está caída en tierra: que manos hábiles la levanten y manejen para gloria del catolicismo y engrandecimiento de la Patria.

MIGUEL MORENO

1851—1910

LETICIA

Leticia es una niña vivaracha, que vestida de verde, y con pelo rubio, aureola obligada de una cara blanca con ojos azules, se parece a una matita de *botón de oro*.

—Ah, gorrioncito, gorrioncito prisionero, por el duro querer de mi cruel hermana, cuánto te compadezco! Si yo pudiera mejorar tu suerte! exclama Leticia, acercándose a la jaula, y queda viendo a la avecita, como esperando de ella alguna respuesta.

Y el gorrión no se hace esperar. Conoce a la afectuosa amiga que le provee de agua y alpiste; conoce su dulce voz, y como si quisiese darle cariñosa contestación, saltando y alesteando, se viene a la ventana de la jaula, e inquieto y alegre canta:

—Pío, pío!

—Pío, pío! Remeda Leticia al gorrión y le acerca al través de las rejas la boquita, que el pajarillo besa contento; y las dos criaturas entran en sabrosa charla:

—Hola, bribonzuelo, te tomaste un chasco; no encontraste en esta vez en mi boca el bizcocho de costumbre; pero te traigo otro que te va a saber a miel. ¿Quieres que te dé libertad?....

—Fí, fí!

—Sí, sí.... Bien te entiendo; pero ¿y si lo sabe mi hermana, y aguanto de ella una buena tunda?

—Pío, pío!

—No, no!.... y ¿quién me lo asegura? Si supieras lo mu-

cho que ella te quiere.... verte preso, por supuesto.

—Fí, fí!

—Verte preso ¡pobrecito mío! por darse tono con sus amigas, de que tiene pajarera, jardín, piano, álbum de postales, y no sé qué cosas más;.... siendo así que nada tiene; porque nada cuida, y es en todo muy inconstante. Pobres flores! pobres avecillas! si no fuera por mí.

—Fí, fí!

—Conque, amiguito, te voy a poner en libertad. Me animan a ello tu dura suerte, y el pensar que mi hermana, pasada la primera impresión, no ha de volver a acordarse que te tuvo y que te fuiste para siempre; como no se acuerda del pobrecito Jaime que tanto le amó, que se murió por culpa de su inconstancia, y a quien ni nombra, ni le lleva jamás una flor al cementerio.

—Fí, fí!

—Pero, ¿no es vardad que tú no has de ser conmigo cruel e ingrato?....

—Pío, pío!....

—¿Me prometes, que ya libre, has de venir a buscarme en el bosque de los alisos?

—Fí, fí!

—Pero, sabes, que me da pena dejarte ir solo!

¿Quién te arreglará el nido con más afán que yo? ¿Quién aliñará tu comida? Este año no ha habido alpiste ni mostaza; están arados los barbechos, y luego, tanta nieve, tanto alcón, queridito mío.

—Pío, pío!

—No, no? Sí, sí. Pero veamos. ¿Conoces el bosque donde naciste? ¿Echas de menos la sombra del alisar? ¿Te provoca cruzar las nubes y subir a los cielos?

—Fí, fí!

—Tienes madre?

—Fí, fí!

—¿No te satisface el que yo haga sus veces?

—Pío, pío!

—Pues, al bosque, amado mío, al bosque. Pero, aguarda un poco. Quiero saber si las avecillas son menos ingratas que los hombres; voy a poner en tu patita esta hebra de seda roja, para poderte distinguir cuando vuelles y revuelas por el alisar. Si eres fiel, allí me has de encontrar mañana y tarde, te he de llevar migajas de pan a la orilla de la fuente; y en cambio de qué?....de que me ames! Pero, y ¿qué sabemos tú y yo de eso? Sabíalo el pobrecito Jaime que cantaba llo-

rando de amor:

Una dicha que es desdicha
cuando se nace infeliz;
que al infeliz no hay más dicha
que la dicha de morir.

Y diciendo y haciendo, Leticia mete la mano en la jaula, coje al pajarillo, le ata con una hebra de seda roja, le da un beso y le suelta exclamando:

—Adiós!... ¡que no me olvides!... Ya sabes donde... en la orilla de la fuente. Hasta mañana!

Y el pajarillo, ligero como una pluma, y más veloz que el viento, se pierde en los aires cantando:

—Pío, pío! Pío, pío!

Y Leticia acude al día siguiente, muy temprano, al lugar de la cita; y busca con ávidas miradas, y llama, y grita, y chilla remedando al pajarillo; y nada... hasta que una ráfaga de viento le hace ver a su amigo balanceándose, pendiente de una rama: muerto, enredado en la seda con que le aprisionó el cariño:

Que los lazos del amor,
por el rigor de la suerte,
al fin y al cabo dan muerte
aunque es la muerte mejor.

HONORATO VAZQUEZ

1855

BIENVENIDA

A MI PRIMOGÉNITA MARÍA.

Mi cuento de Noche Buena de hoy quieres tú, esposa mía, sea para nuestra bendición, para María nuestra primogénita. Pero ¿qué entiende ella, pobrecita que no conoce ni distingue aún a su madre?

—No tal: que sí me conoce, que también te conoce, y aunque no te entienda ¿para quién ha de ser sino para ella el cuento de esta Noche Buena? ¿No ves cómo te está mirando? ¿No es cierto, amor mío, que esperas el cuento de tu padre?

Vaya, pues, mi cuento. Pero ¿qué cuento he de contarte a ti que vienes de Dios, yo que te he estado esperando, ansioso de tu venida, temeroso del mundo a donde vienes, amor mío?

Como una estrella enredada entre un girón de nube, así te ve mi amor envuelta en tus pañales, como la estrella de la mejor de mis Noches Buenas. Y al mirarte en mis brazos, mi alma sube ansiosa hasta Dios, de regreso por el camino que tú has traído desde arriba.

En esos tus ojos temblorosos inundados por el rocío de las mañanas primaverales de los cielos, allí se hunde el alma mía a sondear los misterios del mundo del cual vienes al co-

razón de tu padre.

Yo vivo adivinando el cielo. Tú que de allí vienes, tú que traes en tus labios el beso de despedida con que el Señor te ha enviado a la casa de su siervo, tú, amor mío, debieras abrir tus labios y, envuelta en el perfume de un beso, contarme la historia de esos misterios del cielo de donde vienes a esta tierra donde te he esperado para hospedarte dentro de mi corazón.

¿Qué te dijo el Señor al enviarte hacia tus padres?—¿Que nos amaras? ¿Estarás con nosotros hasta que el Señor cierre nuestros ojos? ¿O antes te veremos partir de nuestro lado? ¿Por qué te estrechas al seno de tu madre? Gracias, hija mía, por esa muda contestación que estás dando así al enloquecido temor de tu padre.

No quiero preguntarte, no quiero pensar en el breve porvenir de esta vida. El Señor me manda esperar: bienvenida seas tú, esperanza mía.

¿Oyes esos sonidos melodiosos? Tú no sabes nada de las cosas de este mundo, viajera recién llegada; oye mi cuento, no te duermas.

Esas armonías que turban el silencio de la noche son voces de las campanas que cantan y cantan la Noche Buena.

La Noche Buena es noche en que las flores están despertas, cantando las campanas, sonriendo dormidos los niños porque están conversando con los ángeles, reverentes nosotros los padres porque estamos recibiendo a esos amigos de nuestros hijos, a esos mensajeros del Señor que cada año vuelven a la tierra, en la noche de Noche Buena.

Dime ¿no te acuerdas de Jesús?

Sonríen tus labiecitos de rosa, alzas tus ojos y los dejas vagar al través de las sombras de la ventana, buscando a Jesús: búscalo, que yo sigo con devoción el rumbo de tus miradas.

¿En esa estrella? nó, más allá: ¿en ese grupo de estrellas? nó, más allá. ¿En la luna? ¿Por qué ves tanto la luna? Te sonríes y alzas las manecitas. ¿Quieres que te la alcance? Pobre padre cautivo en la tierra, no hace sino mirar con ojos llorosos esa luna, a donde, cuando vienen los niños, sale María a despedirles a la vida, y a donde se asoma todas las noches a mirar a los que vienen, a esperar a los que nos vamos.

Sube, alma de mi pequeña María, sube con la Madre de Jesús, de la luna más arriba, más arriba. ¡Te fatigas ya! Ya el polvo de la tierra ha entorpecido las alas de tu alma: pobre hija de Adán, pobre hija del pecador, cuán doloroso es

dormir en las cunas de la tierra después de haber velado en la gloria del Señor.

Baja, pobrecita mía, mañana volveremos al cielo.

Estás tan triste, ya no ves al cielo y buscas los ojos de tus padres y viajas a ellos: ¡qué viaje tan corto! ¿qué buscas en ellos? ¿buscas a Jesús?: ha tantos años que estos nuestros ojos viven buscándolo desde que acaso nos permitió que con el alma lo viésemos al enviarnos a la tierra, como tú tal vez lo viste hace pocas mañanas, la mañana que viniste a nuestra casa.

¿Oyes un ruido de alas? ¿oyes unos cantos de allá arriba, de entre las estrellas? La luz de las estrellas está temblando con el ambiente agitado por las alas de los ángeles.

"Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad"—es la única estrofa que el mundo ha oído de los himnos que cantan en los cielos.

¿Allá arriba habrás oído cantar, siempre cantar, a los Ángeles? Aquí abajo en este valle en que has venido a vivir, en que tus padres te recibieron llorando, una sola vez cantaron; y después cada año vienen a cantar la Noche Buena, pero aquí nadie lo entiende sino los niños recién llegados como tú.

Cantaron una noche en Belén. Pero ¿qué sabes tú de historias del Evangelio, pobrecita mía?

Soñolienta azucena mía:—despierta, que te hablo de Jesús a Quien buscaban hace poco tus ojos, perdidos en la sombra de la noche.

Jesús a Quien buscabas, Jesús delante de Quien estarías, alma de mi alma, como abeja en torno de una flor,—Jesús era un Niñito como tú. ¡Te admiraras si pudieras entenderme; si pudieras entenderme te pusieras a llorar! Dios estaba en ese Niñito como el perfume está en la flor.

Por eso cantaron los Ángeles: "¡Gloria a Dios en las alturas!".

Calla, ¿no oyes? Son los Ángeles que pasan. Escucha.

Todos gritan alborozados: "¡Gloria a Dios en las alturas!".

Entre ellos uno canta:

"Cantad, cantad la buena nueva a los hijos de los hombres. Para ellos la paz, para el Niño el dolor. Dijo el Señor al Ángel de los bosques:—Vé y siembra un árbol;—y lo sembré.—Llora sobre la tierra en que dejaste la semilla;—y he llorado sobre la tierra en que la he escondido.

"Cuida de ese árbol: no lo toquen las manos del hombre, ni aniden en sus ramas las aves del cielo". (Y ahuyentaré a los hombres y las aves). "Un día será cortado, y puesto en

un monte, y hecho cruz, y en él enclavado el Hijo de mi amor”.

“Hermanos Ángeles, cantad, cantad la dicha de los hombres y la gloria del Señor”.

Y el Angel que hablaba se pone a cantar, pero canta con voz ahogada en un sollozo. ¿No le oyés, hija mía?

Y canta otro Angel:—“Cantad, cantad la buena nueva a los hijos de los hombres. Para ellos la gloria, para Jesús el dolor.

“Al Angel de los besos maternales le dijo el Señor:—Vé a la montaña y siembra unos espinos. Tóna en tus manos la humedad de los besos de María, el jugo de las lágrimas de gloria que derrama en la cuna de Belén, y empapa con ellas las semillas. Esas espinas serán arrancadas, y con ellas enclavada la frente de mi Hijo”.— Y he robado de los besos de María y de las lágrimas que vierte, la humedad en que he empapado la semilla que acabo de sembrar.

“Hermanos Ángeles, cantad la dicha de los hombres y la gloria del Señor”.

Y el Angel canta, pero le tiembla la voz como si quisiera llorar.

Y cantan otros dos Angeles:

“Cantad, hermanos míos, cantad la dicha de los hombres y la gloria del Señor.

“El Señor les dijo a los Angeles de las campiñas y de los huertos:—“Id y sembrad trigo y plantad la viña; llevaos las lágrimas de mi Hijo y humedeced con ellas la tierra del trigo; y extraed una gota de sangre de su Corazón y ponedla en la raíz de la vida.—Un día mi Hijo será el Pan y el Vino de los altares, la flor de mis trigos, el regocijo del banquete de los escogidos.”

“Y hemos puesto las lágrimas del Niño y una gota de sangre de su Corazón en el trigo y en la viña.

“Cantad, hermanos nuestros, la dicha de los hombres, la humillación del Señor.”

Y viene una oleada de Angeles que cantan con voz que tiembla y se ahoga en sollozos:

“Cantad, hermanos míos, cantad. Ahogad en vuestros cantos vuestras voces estremecidas de dolor. Cantad, no oiga el Niño nuestro gemir.

“El Señor dijo a los Angeles de guarda de los hombres:—“Id, y pedid a mis hijos un rinconcito del corazón para la flor de mis trigos, para el vino de mis banquetes; un asilo para mi Huérfano de Amor, que no tendrá donde reclinarse la cabeza; y decidles que les galardonaré como Padre, la merced de amor que hicieren a mi Hijo”. Y hemos ido y les hemos pedido a los hombres el corazón, y nos lo han negado, hemos llorado a sus puertas y nos han despedido.

“Y nos vamos a Belén porque en la tierra no hay sino dos corazones.—Vamos a pedir a María y al varón justo que está a su lado, nos franqueen sus corazones para el Huérfano del Señor!

“Cantad, cantad: ¡Gloria a Dios y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!”

Y los Angeles se van a Belén.

Y María estrecha al Niño sobre su corazón, y José recibe a su vez al Niño sobre su corazón, y con las lágrimas de sus padres brilla la cabecita del Niño como coronada de esas estrellas que están temblando ahora en el cielo, y que, acordándose de esa noche de Belén, están queriendo llorar sobre la tierra.

Y al ver que el corazón de la Madre era el asilo que se abría para Jesús, y al ver el corazón del Justo abrirse para su Dios, tembló de gloria el cielo y los Ángeles inundaron de armonía los cielos y la tierra.

Amor mío, ya has oído mi cuento, el primer cuento, de tu primera Noche Buena.

Más tarde haga Dios que comprendas la historia de Belén, y tiemble tu corazón estremecido como están temblando esta noche en los campos nativos de tu padre las flores de Noche Buena, las arirumbas que nacen con el Niño y se secan en la última noche de Diciembre en las orillas del Tomebamba!

¡Bienvenida seas, gloria de mi vida; viajera del cielo al co-

razón de tus padres, ¡bienvenida!

Flor de mi Noche Buena, ¡bienvenida!

Estréchate al seno de tu madre, goyes allí a su corazón?

Hay otro corazón que está palpitando por ti, es el Corazón encerrado en la flor de los trigales del Señor, en la Hostia cautiva del altar

¡Bienvenida! No es tan triste la vida, hija de mi corazón!

¡Bienvenida! Enfermará con dolores el corazón de tus padres: tú lo curarás.

Tus padres te enseñarán el camino de regreso que no conoces, el que nos lleva al cielo. ¡Bienvenida!

Hay pobres hermanos que lloran de hambre a nuestras puertas; compartiremos con ellos nuestro pan.

Hay hermanos que caen y a quienes podemos levantar.

Hay muertos que se van, a quienes podemos ayudar lleguen pronto al Señor a que allí vayan a esperarnos.

Hay enemigos que nos han de hacer llorar; pero enemigos a quienes debemos perdonar.

Hay astros y aves en el cielo, flores y aguas en la tierra, criaturas hermanas nuestras que alaban al Señor.

Hay niños como tú, hay padres mejores que tus padres. Hay buenos a quienes imitar, hay malos a quienes compadecer, enemigos a quienes amar.

No es tan triste la vida, hija mía. ¡Bienvenida, arirumba de mi Noche Buena!

¡Ah! despierta! Así, así: abre esos ojos míos, junta tus manecitas y da gracias por la vida.

¿Oyes cómo repican las campanas de los templos? Ahí dentro, sobre un altar, entre oro, flores e incienso, está moviéndose la flor de los Altares, la Hostia del Señor, ese Jesús a a Quien buscaban tus ojos en las sombras de la noche.

¡Bienvenida! pues bello es vivir, cuando Jesús está con nosotros.

Esos tus labiecitos entreabiertos están esperando, como dos pétalos de una rosa la primera gota de rocío,—están esperando ¡oh gloria del Señor! la Hostia—Jesús.—

Duérmete, amor mío, duérmete.

Un año, dos años... pasarán. Esos años de sueño y juegos con los Ángeles.

Yo sembraré trigo en mis campos; escogeré las espigas más hermosas, y las sembraré; y las mejores espigas que nazcan, sembradas serán.

Y con tu madre iremos al trigal y cantaremos arrullos a esas espigas. Y tú acompañarás a nuestro canto.

Y tú una tarde, mientras lloren tus padres y tus abuelos pensando en Dios y en ti, segarás con tu manecita de rosa esas espigas de tu heredad; y de ese trigo se harán hostias para el altar: y una mañana será llamado Jesús a la tierra, y bajará, y se hará Hostia sobre las aras, y tendré en el polvo mi cabeza y lloraré abrumado de gloria, sintiendo, amor mío, que Dios viene a ti, por más que le digas: "Señor, no soy digna: no soy sino una espigadora!"

¡Espigadora de trigales de nuestro Dios, tiernecita mía, buena es la vida!

¡Bendito seas, Señor, que así recreas el corazón de tu siervo!

Angel de mi esposa, Angel de mi María, Angel mío, cantad con voz de reconocimiento: "Gloria a Dios en las Alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

Quito, 24 de Diciembre de 1889.

AL MIO FIJO DON EMMANUEL HONORATO

Mio fijo,— ca vos place la fabla, en fabla vos escribo, do veredes que, lueñe, tan vos así obsequio, cuan me aplazco diciéndoos, en viejos decires, lo que de misterios que acaescieron habéis de membrarvos, cuando lágrimas os ñublen los oios, é vos quieran atapar el camino de las salas eternas, do el Sennor Jesús, llacerado fasta que finió en cruz,— con ósculo de bienvenida (que vos deseo et á El ruego) rescibe en señoranza á quienes fueron sabidores de plorar con El.

HONORATO.

Madrid, Diciembre de 1910.

Anochescido, é guiados de la luna que les aclarescía, íbanse los Sanctos para Bethlehem, á do non tenían ál que el buen talante con que los compatiera quien oviese miseración de esos

pelegrinos, que nin consciencia avien que les riyese, nin la bue-na llegada les diera, nin alar do abrigasen el sueño alentando las fuerzas fraquecidas en el viaje é allias las del ánima, a quien non conhorta sinon quien de corazón cate et entienda afères é coitas de afflictos corazones.

Ansí, oios por tierra, cuando en devoto lucir non los al-zaban al cielo, é confianza raigada en Dios, entraron en Beth-lehem, do demandando siquier fuese alar de una casa, non to-paron buen acogimiento de próximo ningún, los que, corteia-dos de ángeles, iban en mendiguez pecc que la de los páxa-ros que, maguer en la montanya lo labraran, proprio érales el nio que texieran para los sus polluelos.

A do estaban las animalías hí pararon María é Joseph: et el toro, alzándose é poniendo en ellos el cabal pensar de sus mansos oios, et el asno flechando las oreias, é catando á la Sennora et al Sancto é reposando de mascar la paia, é mo-viendo daquí prallá la cabeza et abaxándola como haciendo re-verencia,—ansí ellas las dos familiares animalías, cual si razona-les fuesen, rescebieron á la gloria de Dios en los dos pelegrinos á quien los hijos de Adán non rescebieran.

En la paia se asentaron, é haciendo cariño á las bestezuelas que omildosas se recataban, en compañía suya quedaron, gra-cias alzando á Dios que atal socorro les deparaba.

E cuando así los animalicos facíanles recebimiento é com-pañía, so el alar del portal aviniéronse súbitas dos tórtoras cuyo sueno de alas atiró la atención de Sancta María, quien, como con maravillado sorriso de consciencia, diciendo "Bien hayáis! ¿é vos también aquí?..."—vido que las tórtoras, faciéndole re-verencia con la cabezuela, et hinchendo el papuxado buche, cual si geles finchese de gozo el corazón, dixeran,—que sí, e como en Nazareth en la su casa de los Sanctos esposos empe-zaban á facer nio, é viesen que ellos los Sanctos dueños se partían, non les cabía á ellas las tórtoras quedarse en sole-dad, é que ansimesmo marido é mujer, volando que más vo-larás, hí estaban et hí vivirían, é que ál non les era menester que los granos que buscarían so la paia et unas pocas de las paias para adrezar el nio.

Oídoles como oviese la Sennora, extendióles la siniestra mano do las tórtoras aleteaban, é luciendo los oios é tremien-do el pico é pompeando el cuello, facíanle entrañal arrullo; é con la diestra, más garrida que non lo es manoio de frores de Mayo, falagándolas las bendixo, é púsoles al pico unas paias, é recatólas en un forambre del alar, diciéndoles hí ficiesen el su nio.

Entonce, bajando é subiendo é llevando paias, el nio facían; et el asno, asaz entendedor é cortés, dixo á las tórtoras:—Non vos cansedes, quedadvos en el forambre, ca yo vos ministraré la paia; et, así diciendo, de la más sutil fizo bocado, et al-zándose sobre las patas, et alevantando el pescuezo ponía paia do las tórtoras se guarescían.

Viendo lo cual Sancta María, dijol al asno con risa del es-pecioso vulto et esa su música de voz que armonista ningún nunca podrá adivinar cómo sonase:—Buena é paciente animalía, favorescedora de los menesterosos, tiempo verná en que loada sea la tu cortesía é tu paciencia por los que hayan buen cora-zón, maguer que, por los que burlador lo hayan, se faga mo-fa de ti como inconscio é torpe.

Mientras que Sancta María así coloquiaba con las buenas animalías, Sant Joseph, aderezando un rincón del paia do pu-diese albergarse la Real Sennora, fasta que agua de los oios le cayese vía et escuchaba la terniza con que, maguer la tristura é frío del aposento, é maguer el frío del corazón de los omes, sin pensar en sí, divertía la Reina el tesoro de su ánima den-tre los misterios de sus altas contemplaciones á falagar á las brutas criaturas.

Non he de contarvos, mio fijo, ca ya lo sabedes é devoto lo ponderades, cómo esa noche advino el Sennor JESU CHRISTO al mundo, é cómo le hicieron fiesta en el cielo los Angeles can-tando:—"Gloria á Dios Sennor en lo alto de los cielos, é só de ellos paz en la tierra á los omes de bueno e presto querer con el querer de Dios"; é cómo omildes fuesen al portal los pastores á quien El convidara á escuchar, rompido por devo-ción el nocturno descanso, la primicia de las músicas celestia-les, mientras las estrellas tremían lueñe afondadas en el cielo, viendo baxado el rocío dallá de las salas celestiales al Vellon-cico muy más preciado é limpio que el que en sus eras apa-rexara el viexo Gedeón.

Membrarvos he que, ál del asno é del toro é de las tór-toras, otras buenas animalías ovieron privilegio de hí estar pre-sentes á tan altos misterios,—las oveias de los pastores; ca, así mansas é táticas fasta el degüello, é que al mesmo cu-chillo que las fiere pónenle reflexo de lloro en los pacientes perdonadores oios, debían estar velando esa noche en que nas-cía el Sennor JESU CHRISTO, quien holgó rescebir renombre

de Oveiucla que venía á tollar los pecados del mundo.

Hí mesmo é la mesma noche, suso del pesebre á las tórtoras favorecidas nascieronles dos pichonzuelos, é mientre que el Niño ploraba (ca non por Fijo de Dios remanesciera quito de padecer desde advino al mundo), los pichoncicos facianle música á par de la que en los cielos facíanle los Angeles de Dios, sinon que ésta alegre, pero triste la de esas avecicas de quien Sant Bernardo advertido tiene que ploran é non cantan, cual comporta el exilio en que vivimos atendiendo el advenidero Reyno.

Et esas benditas animalías (la palomba é la oveia) escollidas fueron de Dios para remedo de altos sacramentos, ca: primo, la palomba, animalía que non ha hiel, ministra fué del patriarca Noé, ca oliva al pico, dentro al arca con la buena nueva de que las aguas secádose havien; é de singular modo afectada del Sennor cuando en forma della en el Jordán ayuso advino el Espíritu Sancto á la cabeza de CHRISTO, é después al Colegio de los Apóstoles: secundo, la oveia ensiemplo fué que fizo el Sennor JESÚS de nós los pecadores por El buscados como la oveia perdida et encontrada et á los hombros traída, et en gran sacramento, la oveia, figural era del sacrificio destotra oveiucla CHRISTO JESÚS, al matadero llevada, sin que nin recalcitara nin siquier balase en el camino. E destó fablan las divinas Escripturas.

E maguer que del asno é del toro non fablen, han lembranza las gentes que gela transfirieron de una edad para otra, ansimesmo:—primo, que el asno, de tan hidalga é caritativa conducta, fué el mesmo que llevó á Egipto á Sancta María, é ovo un fijo asnuelo, annos más tarde, que fué el que llevó al Sennor JESUS el domingo de los ramos por calles de Hierusalem; é secundo, que el toro fué querenciado en heredad de Sant Lucas, labrando las sus tierras fasta que dentro el Sancto al apostolado, de que Sant Lucas se figura con el toro.

Vos cuento consejas destas dos brutas criaturas, do catarás que, si así non hicieron las buenas animalías, apsi debiera acaescer, ca maguer sin intelecto, querenciadas serían con Sus Majestades é con los Sanctos de su bendita compañía.

Días después, por preceto de la ley de Dios, debía la Sancta María, maguer más pura que el sol fuese, é que los ángeles, é que el ampo de la nieve, purificarse é consagrar al Sennor en el templo al Varón nascido en Bethlehem.

Pobrezuelos los Sanctos Esposos, no havien ofrenda que lie-

var al templo, ca mandado era dexarla al consagrar a Dios el varón que nasciese; et así, dolida el ánima de non poder emparejar el don con la alteza del Fijo é del Sennor á quien gelo consagrarían, dando é tomando en su tristura, tanta desvalidez aflixidos ponderaban. E si caviláredes que al Niño hicieron los Reyes Magos ofrenda preciada, menbrarvos he que, ál del oro, más eran el encienso é la mirra para tristura, ca lágrimas son de árboles et á sacrificio é balsamamiento responden; é que el oro Sancta María, con venia de Sant Joseph, dióelo en caridad á los pastores que adoraron et á los pobres de Bethlehem, así adelantando ley en callada lición á los omes, para que caridad ficiésemos á los próximos, deudos nuestros en filiación del Sennor.

Las tórtoras que catado havien duelo atál, entre sí confrieron, et la fembra (ca su sexo fasta en animalías há más tierno corazón) dixo al másculo:—Marido, si non vos desplaciese, los nuestros fijuelos pudieran ir en ofrenda destos Sanctos desvalidos, é mejor en compañía del Niño (á Quién loaron volando como nós, los Angeles) irían al templo de Hierusalem, muy mejor que á volar por dó non sabemos, cuando ya crecidos nos dexen en ley del su querer.

—Amén—, dicen que repuso el másculo, paraula cuyo místico entender ya sabedes, mío fijo, que diz devotamente lo mesmo que—fágase así como queredes, que buen talante he para lo que vos plazca.

Al Sancto Joseph que esto atendiera, tácitas se le iban las lágrimas arrempujadas del corazón, é para que Sancta María non le viese los ojos, tornó la cabeza á do las tórtoras fablaban, diciendo á la Sennora:

—Contento han las criaturas de Dios, ca hánles nascido los polluelos.

—Dixérades, repuso Sancta María, dixérades más bien, sennor, que pena han de nós é de nuestra pobredat, é devoción como los humanos non la sienten para el Sennor JESUS, ca ya avedes entendido lo que fablan, sinon que tornades los oíos, é acallades el vuestro sentir por non ponerme mayor tristura en mi ánima.

Lo cual la Sennora dixo con vos en cuyo sueño iba atanto de amargor como de dulzura con que lo templaba, echado el corazón por tanta desvalidez, a la que ricas eran las paías con que el nio ficeran las caritativas tortoricas.

Mañanica, mañanica esa con que madrugan á Hierusalem Sancta María con el Divino Infante en brazos, é Sant

Joseph guiando, pichonzuelos á la mano, é las tórtoras volando é voando, é descansando do lo facía la gloria del Sennor encompañada de atanta pobredat!

¡Mañanica esa, mío fijo! Ca viérades é sintiérades cómo las aves del camino, sabidoras por las tórtoras, que hí pasaba esa gloria, á cantar salían diciendo buenos días, et á revolver et á guiar en bandada á los pelegrinos á Hierusalem; é cómo las frores abaxaban las cabezuelas al paso dellos, é cómo el sol quebraba luces templadas en su redor, sinon que bermeias cual sangre; é cómo las fuentes cantaban cuando las manecicas de azucena de la Virgen tomaban dellas para su sed.

Fasta un espino que crecía sin fronda nin fror, quiso también facer fiesta, e non pudiendo más el pobre e menguado, abaxó una rama para facer reverencia, é firió las manos de la Virgen que atipaban al Niño, non le fíriese la desaténtada criatura.

Non maldigades del espino, mío fijo, ca afficto de non haber fror, el pobre que fizo dádiva de su dureza, vido que el Sennor JESUS bendixolo con miralle é con decir á Sancta María:—Sennora é Madre, lilio entre espinas, dalde de la sangre que vos ha derramado, ca mía es la vuestra, ponelde della al pobrecito que non ha fror, é dexalde, é vámonos; ca día será en que la merced que hoy así le facéis, mayor merced rescibirá cuando afínque este espino en mi cabeza, é cuando vos mesma la separéis, plorando et adorando, fecho una corona que de facerme ha Reinador de los que con lloro atienden el Reino de Dios.—

Dalli aínde, el espino adusto et afficto, remanió con las púas bermeias de la sangre de Sancta María, en memoria afecta á este primero paso que fiz el Sennor JESUS para Hierusalem.

E llegados al templo de Hierusalem, hí ofrecido fué JESÚS, é con ls excelsitud de tanta gloria, la pobre ofrenda de los polluelos.

E como aquel que, de lo oscuro de una prisión sale á la luz del sol, é non acierta si viene en sueño ó verdat la luz que le ciega, así el viexo sacerdote Simeón, abrazado reverente con el Niño, é alzándolo luégo, como hoy el sacerdote face con la Hostia Consagrada, rompe en decir é loar con alborozo que le fañ temblar las paraulas:

—Ya, Sennor é Dios mío, bien me daredes licencia de morir, ca visto han mis oios, antes de tornarse á la tierra de que nascieron, la salvación et el resplandor de vuestras glorias, fecha para conoscimiento de las gentes é decoro de Israel. Dadme, pues, que duerma, ca nada han ya menester

mis desvelados días.—

Et tornando oios de profecía, é pena é devoción, dixo á la Sancta Madre:

—Para gloria é contradicción de buenos é de malos adviene vuestro Fijo—, que, en lo arcano de la devota fabla, diría que: para quienes se lazaren en el camino que lleva al Sennor, gloria será el Sennor JESU CHRISTO en cruz, é les hará bienaventurados, porque plorado ovieron, é guay de los que non entiendan el sacramento que encierra la pasión del Sennor, mientras pasen cantando su camino, para hí dar súpito en eternal dapno do menos lo pensaren.

E, poniendo ternura en la voz, é malseguro en dolorido mirar de los oios antes cansados de esperanza, pero que, por regocijados en la ya cumplida merced non podían negarse á duelo,—hí, contemplando cuanto anteveía advenidero, añadió:

—Et á vuestro corazón de madre ferirá espada de dolor, de cuya ferida deprenderán los omes los arcanos misterios del humano vivir en el Sennor.—

Tremióle el corazón á la Sancta Madre, mas acalló su pavura rescebiendo en la manos ensangrentadas por el espino el corpezuelo del Divino Infante, poniendo adoradores los oios lagrimosos en los serenos é profundos de JESUS que, con amor é silencio, les ficeron espexo donde se trcaban indescibles poridades.

Nin los Angeles, *maguer* siéndolo, non las entendieron al facer cohorte é custodia á los Sanctos pelegrinos que así tornábanse..... consagrado ya Home de cruz el ternecico é divino Infante. Al cual el sancto viexo Simeón quedó aguaitando desde la puerta del templo, perdidos por el camino los turbios oios, é diciendo otra vez:—“Dadme, Sennor, licencia de morir, ca visto he tu gloria”, et añadiendo con planto: “Dádmela también porque non podré (si más annos vivo fasta los del duelo de Fijo é Madre) flaco viejo, ver que el Fijo muera en cruz; et hí puesta al pie la Madre, et hí al Fijo defuncto entre sus brazos.... Dadme, Sennor, licencia de morir”.

Treinta é tres annos después, derribado de la cruz, tornaría Jesús a reposar la muerta cabeza coronada de espinas en el seno de la Sancta Madre, quien de Hierusalem á Nazareth fallagándola iba é reverente besándogela, é nón la mojando de lágrimas, ca presas las tenía el mandar con que mandábala el Niño, con esos los sus oios nascidos para sennorear corazones, alzándolos en pos de Sí al Padre, é para plorar por los ingratos, é para cerrarse muertos cuando acomendado oviese, hí en el Calvario, á la congojada Madre como á propios fijos suyos á nós los pecadores.

RAFAEL MARIA ARIZAGA

1858

LA PORTUGUESITA

"He looked at her, as a lover can;
She looked at him, as one who awakes:
The past was sleep, and her life began".

R. B.

Roberto Browning, el inspirado poeta que con Lord Tennyson comparte la palma de la celebridad entre los bardos ingleses del siglo XIX, comparte también con el mismo el mármol del último descanso, en la histórica Abadía de Westminster, junto al monumento de Chaucer. Por cierto que a él no pueden aplicarse las palabras de Adison, cuando hablando de aquel como panteón de los grandes hombres ingleses, decía: "Encontré allí poetas sin monumento, y monumentos sin poetas".

Gran poeta de verdad el cantor de *La Estatua y el Busto*, tuvo además la rara suerte de fraternizar en la gloria de la lira con una mujer capaz de emular al propio Tennyson y a Shelley, en lo elevado de la inspiración, la intrepidez y originalidad de la concepción poética.

Llamábase Isabel Barret, y vino a ser la señora Browning, por obra y gracia de un matrimonio tan romántico como lleno de encanto pasional.

Diez y ocho años tendría la graciosa Isabel, cuando comenzó a sentirse abrasada por el fuego de la inspiración, y la pasión del canto se apoderó de su alma soñadora. Mal avenida con las tristes realidades de la vida, que comenzaba a sospechar, se acogió al mundo de la belleza ideal; y en la flor de sus años regaló a la literatura de su patria con dos joyas de tanto valor como *El Serafín* y *Aurora Leigh*.

Alma sensible y nobilísima, se revelaba contra múltiples desigualdades de la existencia social y clamaba contra todas

las opresiones: la de los niños sujetos a la dura servidumbre de la industria en las grandes urbes comerciales le arrancaba gritos de piedad y de ternura. Los corderillos balan libres en los prados—decía;—las aves tiernas pían alegres en sus nidos; el cervatillo trisca en la umbría a su sabor; la flor naciente abre su corola al sol; pero los niños, los niños pobres gimen amargamente, lloran desconsolados, en tanto que otros juegan; y esto pasa en la tierra venturosa de los hombres libres!....

Pero los cantos con que la dulce alondra saludaba al sol primaveral se convirtieron pronto en los del cisne moribundo que hace estremecer los cristales del lago al llenar los aires con la doliente voz de su agonía. Una traidora dolencia la hirió inesperadamente. ¿Era la tuberculosis, ese escuálido espectro que siega tantas vidas en capullo, en el estrecho ambiente de la vida urbana? Eso, o algo semejante. La musa de cabellos rubios se sentía languidecer, al ver precipitarse en prematuro ocaso el sol de sus ensueños juveniles.

Y ¡oh misterios de la suerte! fué entonces cuando el amor llamó a las puertas de su corazón, y llamó como ebúrneo plectro que resbala sobre cuerdas de oro; llamó con voz de imperio, que conmovió hondamente su corazón, dado todo él al culto de la belleza y de la gloria. Roberto Browning conoció a Isabel; la amó y le declaró su amor, con la decisión propia de su grande alma.

La pobre Isabel se estremeció. Era la muerte lo que ella esperaba día tras día; y en lugar de la muerte veía acercarsele alguién que se atrevía a ofrecerle en fantástica visión el misterioso jardín que guarda las fuentes de la vida. Ella creyó sacrílega esa tentativa, y se estorzó por rechazarla. Ese amor de que me habláis—contestó—medraría al dulce calor del verano y a los suaves rayos del sol; mas yo voy, paso por paso, hacia la fría mansión de las nieves eternas!

"Love you seek for, presuposes
Summer heat and sunny glow,
Tell me, do you find moss-roses
Budding, blooming in the snow?"

Pero el poeta clamó con todo el poder de la pasión, y la sin par poetisa se rindió, al fin, a su reclamo. Obstáculos, dificultades, todo fué vencido; y llegó un día en que la gentil Lutecia abrió sus doradas puertas a la apasionada pareja, que huyendo de las nieblas del Norte, le demandaba un lugar repuesto para nido de sus poéticos amores.

De París, buscando siempre el sol del Mediodía para la delicada *flor de anemia*, pasaron a la hermosa Italia, la tierra clásica del Arte, que les abrió sus tesoros de bellezas y les brindó en copa cristalina el confortante vino de cumplida aunque breve felicidad.

La bella ciudad del Arno fué su más duradero asilo. Allí fijaron algún tiempo su estancia aquellas dos almas, enamoradas la una de la otra y ambas de la belleza ideal; allí pasaron sus días de idílica ventura, y de esos días llenos de luz y de amor nacieron para las letras inglesas, en la mente de él el poema del *Gran Duque Fernando*, y en la mente y el corazón de ella sus inmortales Sonetos.

Hallábase él cierto día en indolente contemplación, junto a la ventana de su cuarto de estudio, cuando sintió que Isabel se le acercaba y poniéndole un manojo de papeles en el bolsillo del gabán, se retiraba ágil y traviesa, como para evitar ser interrogada acerca de lo que acababa de hacer. El poeta tomó aquellos papeles y comenzó a leerlos.

Su sorpresa fué indescriptible: eran cuarenta y cuatro Sonetos de forma primorosa, que Isabel había compuesto para el amado de su alma.

En un transporte de dulcísimas emociones el poeta se precipitó, concluida la lectura, a las habitaciones de Isabel. ¿Quién podría describir las emociones de infinita ternura a que el amor, la admiración y el reconocimiento dieron lugar, entre esas dos almas privilegiadas?

El esposo se sentía glorificado en una como apoteosis del amor; el poeta admiraba todo un ciclo de poemas de rara y consumada perfección; el crítico declaraba que nada mejor ni semejante se había producido en lengua alguna, desde los tiempos de Shakespeare.

Isabel había vaciado en aquellos versos inmortales todos los sentimientos de su alma moribunda y soñadora: su amor cuasi ultraterreno; su gratitud sin límites; su devoción pasional por el hombre superior cuyo afecto había sido para ella el ne-pente mágico que devolviera a sus labios la sonrisa y a su alma la ilusión y la esperanza de la vida.

Tesoro semejante no podía permanecer para siempre oculto en el sagrado de la memoria y el corazón del poeta. Motivos de exquisita delicadeza hicieron que Isabel se resistiera algún tiempo a dar a conocer al público esa historia íntima de un amor que tenía para ella mucho de sagrado; pero las repetidas instancias de la amistad alcanzaron al fin el permiso de los dos esposos para una edición privada y con sólo las ini-

ciales E. B. B. (Elisabeth Barret Browning).

Era esto en 1847. Pocos años después se trató ya de una edición destinada al público; y todavía un noble sentimiento de *self-respect* hizo que Isabel y su esposo buscaran la manera de cubrir con delicado velo el secreto de sus íntimos afectos. Se haría aparecer los Sonetos como una mera traducción, fué la idea de Isabel. Muy bien, resolvió Browning; se dirá que son traducidos del portugués. Isabel comprendió al punto el porqué de esta resolución. Por algún motivo íntimo, que ella conocía bien, su esposo solía llamarla "mi portuguesita", (*my own little portuguese*); y de este tratamiento familiar se originó el que los célebres sonetos de Mrs. Barret Browning se publicasen bajo el título con que son conocidos en la literatura inglesa, de "Sonetos traducidos del Portugués", *Sonnets from the Portuguese*.

CORNELIO CRESPO TORAL

1858?—1904

Nació en Cuenca; es hermano de don Remigio Crespo Toral. Cursó estudios de Leyes en la Universidad de esta ciudad y recibió la investidura de abogado; habiendo, al mismo tiempo, estudiado Teología recibió las Ordenes Sagradas. En el Seminario Conciliar de Cuenca fué Profesor durante muchos años y llegó a desempeñar en el mismo el cargo de Rector. En Quito, en donde residió algunos años, fué Canónigo de la Iglesia Metropolitana. Murió en su ciudad natal, en setiembre de 1904. Fué uno de los fundadores de la notable revista cuencana **La Unión Literaria**, en donde comenzó a publicar parte de la obra que después editó en un volumen en Santiago de Chile, el año de 1901. Obra de vasto estudio, se destaca entre las didácticas del Ecuador por la sobriedad de su estilo, sencillez y elegante, por la rectitud del criterio que en ella brilla, por su método y cabal ejecución.

“En el Ecuador, dice don Honorato Vázquez, el género menos cultivado ha sido el didáctico—moral. Aparte de algunos artículos y discursos, entre los que se distingue el pronunciado por el Sr. Dr. Don Carlos R. Tobar en el Congreso Científico Latino—Americano de Buenos Aires de 1918, hasta la aparición de la “Educación Cristiana de la Juventud” del Presbítere Dr. Don Cornelio Crespo Toral, nada ha habido en la literatura ecuatoriana digno de mención y de constituir escuela.

“El presente libro es único, no sólo en el Ecuador sino en toda la literatura hispanoamericana, y me atrevería a decir que ni España posee en su riquísimo tesoro una obra de tan apretado y completo sistema, constituida, pudiera decirse, por un latente silogismo desde el prólogo hasta el capítulo final, amplio espacio por el que la ciencia del autor con cada uno de los pormenores traba la solidez de la obra, y su gusto la matiza con los primores del arte.

“En la literatura didáctica, la ciencia, la poesía, la historia, todos estos y otros elementos sintetizados para la trascendencia de la obra, según la oportunidad lo aconseje y la belle-

za lo requiera, así como demuestran el tesoro de ilustración explotado por el autor, patentizan la mutua estrecha relación de los conocimientos humanos para la eficacia y primor de la obra literaria.

“Este libro lleva un método riguroso en su desenvolvimiento. Recorriendo desde el examen de la edad juvenil el éxodo de la vida de estudio, de arte, de sociedad, de disciplina, concluye, como debía, con el arraigamiento del alma a la fe, conclusión fácil y filosófica preparada por la lógica de los antecedentes. Estudia y discute los más importantes problemas actuales planteados por el progreso de los tiempos en orden a la educación moral, sus derechos y obligaciones ...”

Bibliografía.

LAS OBRAS.—**La Educación Cristiana de la Juventud**, segunda edición, corregida y notablemente aumentada, Friburgo de Brisgovia (Alemania) 1905, B. Herder, librero—editor pontificio.

A CONSULTAR.—Honorato Vázquez: **Al Lector**, (prólogo a la segunda edición).

LA LITERATURA

IMPORTANCIA Y VENTAJA DE LOS ESTUDIOS LITERARIOS.

—La literatura es uno de los ramos del saber más gratos a los hombres de estudio y muy preferidos por la juventud, desde que se despierta en su alma la afición hacia lo bello. ¿Quién, en efecto, de los que le rinden culto, aunque sea por grato solaz, no ha leído algunas de esas hermosas producciones del ingenio humano, en que no sabe admirar, si más el asunto de que tratan, o las galas o atractivos del lenguaje? La importancia de los estudios literarios nace de que todas las concepciones de la mente, incluídas las más abstractas, necesitan *exteriorizarse* por medio de la palabra oral o escrita, para que sean conocidas y estimadas de los demás. Así como un vestido desaliñado y grotesco afea a la persona más apuesta y hermosa, también un estilo inadecuado y rudo deslustra las mejores obras de la inteligencia. Aun cuando un autor haya concebido un tema digno de la oda o de la epopeya, si no expresa debidamente su pensamiento, si no le da colorido y vida por medio del lenguaje, pasará con su obra lo que con aquellas cascadas que con su ruido asustan y en-

sordecen, sin dejar en el alma una impresión plácida y tranquila.

Muchas ventajas proporciona al hombre el cultivo de las bellas letras, que los antiguos llamaban *buenas letras*, para manifestar la unión que debe existir entre el talento y la virtud, entre el genio y la verdad.

"El estudio de las bellas letras pule al espíritu y le hace más delicado, poniéndole en contacto con ingenios superiores; forma el juicio, enseñándole a comparar un autor con otro, a ver la diferencia entre dos páginas escritas en un mismo género y acerca de un mismo tema; hace distinguir lo realmente bello de lo que sólo tiene la apariencia de tal; eleva al alma y la engrandece, presentándole en forma atractiva los pensamientos levantados y auxiliándola para producir otros semejantes; embellece, en fin, la vida, porque dulcifica las costumbres y las torna amables, por el hábito de meditar, de gustar el encanto de los poetas y de vivir con los genios de los tiempos pasados". (1)

El cultivo de la literatura comunica al espíritu cierta delicadeza y rectitud de juicio, le recrea y ennoblece, le enseña el arte del bien decir, y aun le infunde amor al bien. Por esto se llama a la literatura *gaya ciencia*, y sin sus encantos y atavíos no logran el escritor ni el orador agradar, instruir y conmover a sus lectores u oyentes.

UTILIDAD DE LAS REGLAS.—La literatura como los demás ramos del saber, exige de quien la cultiva, aptitudes naturales, o sea, facultades literarias. Las principales entre éstas son: "el *genio*, o sea la fuerza de invención o numen, resultado del amor sincero a la verdad y de la intuición clara del objeto; el *talento*, que consiste en cierta aptitud para dar a los asuntos que se tratan y a las ideas que se expresan, un valor que el arte aprueba y en que el gusto se deleita; el *ingenio*, que es la facultad de percibir en las cosas, relaciones delicadas y ocultas, manifestándolas de un modo agradable, por medio de la agudeza del pensamiento y del giro artificioso de la expresión; la *memoria*, o sea la facultad de acordarse de las ideas e imágenes anteriormente adquiridas; la *imaginación*, o sea, el poder que tiene el hombre de representarse en la mente las cosas visibles e invisibles; el *gusto*, esto es, el discernimiento exacto, el tacto delicado y la vista fina, para sentir y conocer

(1) Notions de littérature, por el autor de "Paillettes d'Or".

las bellezas y defectos de las obras del ingenio; la *sensibilidad*, que, considerada como facultad literaria, es una propensión nativa del alma a dejarse conmover fácil y vivamente del bien o del mal, de lo bello o de lo feo, y a comunicar sin trabajo a los demás las emociones que siente; el *juicio*, en fin, en cuya virtud distingue el hombre lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo y la conveniencia o repugnancia de las ideas entre sí" (1)

Pero, supuestas las dotes naturales, es muy útil al hombre de letras el conocimiento y aplicación de las reglas literarias, o sea, de los principios establecidos por los maestros del buen decir, para dirigir al entendimiento en sus producciones y en la apreciación de las obras ajenas. Es indispensable conocer dichos preceptos y estudiar las obras en que campean la fuerza del talento y la observancia de aquéllos, si se desea ocupar puesto de honor en la República de las letras.

Las reglas literarias y los modelos no han sido fijados al acaso por el capricho o la autoridad de los retóricos; pues los modelos, en todo género, han precedido a los preceptos, y las reglas se fundan en la naturaleza de las cosas, y son tan fijas, permanentes e invariables como ella. (2) Entre las reglas literarias, hay unas fundamentales, deducidas del modo intrínseco de ser de la obra misma, reglas de que no se debe prescindir en ningún caso; y hay otras accidentales, que pueden modificarse y de las que es dado eximirse a los hombres de verdadero talento; pero, como los genios son raros, y las medianías forman la gran mayoría del mundo científico y literario, es preciso inculcar la observancia de las reglas fundadas en la observación y en el análisis de los modelos.

DAÑOS QUE CAUSA A LA LITERATURA EL PREDOMINIO DE LA IMAGINACIÓN Y LA SENSIBILIDAD.—Por desgracia se prescinde completamente en muchas producciones literarias, de la jerarquía de las facultades, y se da preferencia a las inferiores y subordinadas sobre las principales y motoras, lo que ha causado a la moral y a las letras un daño incalculable. Sobre todo en nuestros días abundan libros y folletos en que la imaginación, libre del saludable freno de la razón, y la sensibilidad, desligada del imperio de la voluntad, pintan con co-

[1] "Elementos de literatura", por los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

[2] Cf. obra citada.

lores halagüenos el error y el crimen, ocasionando la perversión de las ideas y el libertinaje de las costumbres: "¿No debemos atribuir a los arranques de una fantasía loca y los excesos de un sentimentalismo novelesco tantas obras infames en que se hace la apología del vicio y se ridiculiza la honradez y la virtud?" exclama Caro (1). "Siendo la sensibilidad a la vez ardiente y débil, es el guía menos seguro. Ella es, además, romancesca y brutal al mismo tiempo: es brutal, porque los sentidos intervienen demasiado; es romancesca, porque el ardor de los sentidos produce cierta embriaguez e ilusión que embellece todo pasajeraamente. No creáis que por ser la sensibilidad capaz de muy hermosas palabras, sea capaz de abnegación; pues es inhábil para reconocer y cumplir un deber cualquiera, cuando éste impone alguna dificultad o sacrificio, y no va acompañado de emoción o de placer.

El predominio de la imaginación y la sensibilidad en las obras literarias enerva el carácter, estraga el mismo gusto literario, infunde desdén por las obras serias e instructivas, y afición por las ligeras y aun malsanas. En el mundo moderno se vive muy de prisa, y pocos se dedican a la lectura y estudio de esas obras voluminosas e instructivas, fruto del trabajo paciente y tenaz de nuestros mayores. El materialismo y, lo que es peor, el sensualismo, han invadido el terreno de la literatura, han pervertido el gusto y maleado a no pocos escritores que se dedican a la inicua propaganda de las malas ideas, disfrazándolas y ataviándolas con las galas del lenguaje, a fin de excitar más fácilmente las pasiones y apoderarse de la voluntad. "Casi toda la literatura contemporánea", dice Longhaye (2), "atestigua la ruptura esencial de las facultades: romanticismo, fantasismo, naturalismo, todo en el fondo conduce al mismo resultado; lo cual no debe asombrarnos, pues sabemos que el hombre vive en guerra consigo mismo, y que la carne en pugna con el espíritu ocasiona ruptura y combate entre las facultades inferiores y superiores..." Y, aludiendo a los males que produce el predominio de la imaginación sobre la inteligencia, añade: "Cuando la imagen, por muy repetida y brillante, nos distrae del pensamiento capital; cuando el estilo viene a ser una especie de fantasmagoría de colorido deslumbrador, pero de dibujos extrava-

gantes y vacíos de sentido, ¿no es cierto que la razón queda dominada por la imaginación? ¿No será esto efecto de un mal hábito, que muchos considerarán acaso como una conquista de la literatura contemporánea, en especial de la poesía? Después de la pedantería deslucida y fría del siglo XVIII, nos vino el exceso de colorido, del que aún Chateaubriand no siempre escapó. Luego con Víctor Hugo vienen la enumeración infinita, el detalle inagotable, la lluvia de perlas finas o falsas que deslumbran la vista y encubren mal las desigualdades de la inspiración."

Pero, al rechazar como nocivo el predominio de la imaginación en todas las obras literarias, no se la ha de excluir por completo, ni aun en las en que interviene principalmente la razón, so pena de que sean áridas y de penosa lectura. Cuando la razón guía a la imaginación, y el fondo de la obra es verídico y moral, no son reprochables los vuelos y arranques de esta última facultad. "¿Quién no ha notado", dice Balmes (1), "el vuelo que en nuestra época va tomando la fantasía y la prodigiosa expansión del corazón en esa literatura tan varia, tan irregular, tan fluctuante, pero al propio tiempo tan rica de hermosísimos cuadros, rebosante de sentimientos delicados y em-

Mas, conviene repetir, una vez por todas: la perfección limitada de pensamienos atractivos y generosos?"
teraria depende del equilibrio y armonía de las facultades; lo que, en cierto modo, produce la *salud física del alma*. En efecto, de este equilibrio de las facultades en su jerarquía nativa resulta el imperio extenso, suave, generoso, pero inviolado, de la razón y de la voluntad sobre la imaginación y el corazón, de las facultades espirituales sobre las sensitivas; imperio necesario, consecuencia o, mejor dicho, extensión inmediata, de el del alma sobre el cuerpo; imperio que no puede negar sino el materialista, porque ignora lo que es el hombre y hace profesión de no ser hombre". (2)

.....
INFLUENCIA BENÉFICA O NOCIVA DE LA LITERATURA EN LA SOCIEDAD.—Grande es el atractivo de la literatura y benéfico su influjo en los individuos y en la sociedad cuando se somete a los dictámenes de la moral y a las reglas del buen gusto. Esto se funda en que toda obra literaria es la expre-

(1) Cita de Longhaye, en la obra "Théorie des belles-lettres"
(2) L. c.

(1) "El Protestantismo".
(2) Longhaye, Dix-neuvième siècle. Esquisses littéraires et morales.

sión de los sentimientos del escritor, cuyo propósito es hacernos pensar y sentir como él. La literatura, ha dicho Faguet, es la más inmediatamente psicológica de todas las artes, porque es la que más pronta y directamente nos trasmite, en algún modo, el alma del autor. La literatura, que está enlazada con la ciencia y las costumbres, añade el Padre Felix, preludia todos los progresos y todas las decadencias artísticas; la literatura, esto es, el arte en su esfera superior, el arte magistral, que juzga y gobierna a todos los demás, que condena o absuelve, aprueba o rechaza, alienta o desanima, aplaude o persigue, eleva o abate, corona o derriba a las soberanías artísticas (1).

Hay varias causas que contribuyen al adelanto o a la decadencia de las bellas letras y aun a su acción benéfica en la sociedad. Tales son, a juicio de un escritor: 1º El *medio físico* en que se vive; esto es el temperamento de cada uno, que está sometido al influjo del clima, a las cualidades o defectos que se heredan, a ciertos accidentes graves, como los desastres y trastornos públicos. 2º El *medio social*, o sea la forma de gobierno, el estado de despotismo, de anarquía o de orden legal que impera en una nación, nada de lo que no puede ser indiferente al cultivo de las letras. 3º La *organización social* de un pueblo, a saber: sus hábitos aristocráticos o democráticos; pero estos hábitos, como las dos causas anteriores, obran sólo débil e indirectamente en las producciones literarias; porque el buen gusto, la rectitud, la elevación de espíritu y de sentimiento, cosas indispensables para la perfección de éstas, no exigen una casta privilegiada, ni un clima determinado, ni les perjudica la aristocracia o la democracia [2].

"El *medio intelectual* y el *medio moral*, o sea el estado general de las inteligencias y el de las almas", dice el mismo autor, "son las causas profundas y verdaderamente determinantes de una literatura".

"El medio intelectual es el espíritu peculiar de cada raza, que modifica, sin destruir, los caracteres esenciales del espíritu humano; es esa originalidad nacional que reconocemos legítima, desde luego, con tal que no exagere hasta salirse del tipo universal y de las leyes naturales. Pasa con cada pueblo lo que con cada individuo: por bien dotado que sea, no reúne en sí todas las perfecciones; y desde que mira a su alrededor, encuentra cosas que envidiar y en que instruirse.

(1) Cf. "Causas de la decadencia artística".

(2) Cf. Longhaye, Dix-neuvième siècle.

Es necesario conocer las otras literaturas y compararlas con la propia, imitar las obras maestras de otros autores, y esforzarse discretamente en extender y completar su propio genio, asimilándose algunos rasgos de los genios exóticos.... De este modo se adquieren conocimientos más ricos y hábitos de análisis y de crítica más vastos y profundos.

"Pero la situación intelectual de un individuo o de un pueblo está íntimamente ligada con su estado moral. Poesía, elocuencia, historia, crítica, todas las formas de la palabra valen, al fin de cuentas, por el alma y para el alma. Una literatura es el signo auténtico de un estado del alma; porque aquella es el efecto próximo y el fruto natural de ésta.... Las otras condiciones de clima, de temperamento, las instituciones políticas, las diversas relaciones de las clases entre sí, no obran verdaderamente sobre las letras sino pasando por el alma e influyendo en ella; pero hablar del estado moral de una sociedad, es hablar de la causa inmediata y principal de su literatura; juzgar de ésta equivale a apreciar la nota moral que de ella se desprende y nos solicita a vibrar de unísono con aquella.

"Mas, para apreciar el estado moral de una sociedad, no basta considerar sólo sus costumbres sanas o corrompidas, sino también su reposo, debido a la posesión común de verdades fundamentales, o su trastorno, producido por la confusión de las doctrinas o la incertidumbre universal. Para las letras como para la vida, aprovecha mucho que los principios permanezcan ciertos, sean reconocidos por todos, estén fuera de duda, y que aceptándolos se califique su violación de inconsecuencia.

"Para el hombre reflexivo, las artes liberales, al ponerse al servicio de la inmoralidad, no sólo faltan a su fin superior, que es elevar el alma, sino que se amenguan y envilecen; porque una obra nociva no puede proporcionar a nadie la verdadera y pura emoción estética.... Asimismo, una literatura escéptica es una máquina que produce impresiones sensuales, y causa la frivolidad y la depravación.... El que no cree en nada no ama nada, y el que no ama nada es estéril. El escepticismo mata el arte". (1)

Cuando a un fondo sano se une la perfección en la forma, las producciones literarias ejercen en el ánimo un influjo saludable y avasallador. Pero, ¡cuán pocas veces se realiza esto!

(1) Cf. Longhaye 1.

y por eso necesita especialmente el joven, de cautela y dirección en sus lecturas. Su deseo de instruirse, su avidez misma en leer las producciones de ingenio humano, hace que muchas veces las acepte sin discernimiento y sin separar la paja del buen grano. Sobre todo, cuando un lenguaje atildado embellece una obra, es muy fácil a ésta inocular el veneno del error y atraer a los lectores con las seducciones del vicio. ¡Cuántas almas juveniles han perdido el tesoro de la inocencia, y aun estragado el gusto literario por las lecturas nocivas!

LA CRITICA LITERARIA.—La limitación nativa de las facultades humanas hace que las obras del hombre, de cualquier género que sean, carezcan de perfección absoluta, y que el engaño y aun el error deslustren muchas veces las producciones del ingenio. De ahí la necesidad de un examen serio y detenido de éstas, a fin de anotar y corregir los defectos, y de ajustarlas a las reglas fundadas en el buen gusto y en la experiencia de los siglos, para que alcancen la perfección relativa que les es dado obtener.

En tan útil labor entiende la crítica, palabra cuyo objeto y alcance se tergiversan no poco; por lo que conviene fijar, ante todo, su verdadero sentido. "¿Qué es la crítica?" se pregunta un literato de nuestros días. (1) "¿Es la habilidad de encontrar defectos? ¿El arte de alabar por un tanto convenido? ¿La patente de pensar en voz alta y decir sus gustos personales al más o menos resignado público? Eso será una censura, una adulación, un capricho; eso no será crítica. Si la etimología vale algo, nos dice que crítico es tanto como juez, y un juez ni es un fiscal, ni un esclavo, ni un maniático. Un juez tiene su Código, ve y examina el hecho, pesa todas sus circunstancias, ahoga en su pecho propensiones y rigores, y falla absolviendo, condenando o decretando honores. El crítico, pues, digno de su nombre, si no quiere ser una unidad del público, debe reconocer un código de arte, con él y por él medir la obra literaria en su conjunto armónico, decretarle, según su mérito, coronas o perpetuo ostracismo, y estar tan lejos de torcerse por interés, que aun alabe virtudes literarias que no sean las preferidas o cultivadas por él y las que en sus escritos campeen".

En el siglo XIX, ansioso de escudriñar los secretos de la

naturaleza y de darse cuenta de todo, la crítica tomó mucho incremento, penetró en campos antes desconocidos, y vino a formar una rama robusta del humano saber. "Jamás se repitió la palabra crítica más a menudo, con mayor jactancia y sobre temas más diversos", observa el Padre Lapôtre (1) Jamás la crítica empleó mayores esfuerzos ni concibió más halagüeñas esperanzas. Sin hablar de la crítica literaria y de la artística, que ocupadas especialmente en la vigilancia de lo bello, tienen sólo relación de analogía con la otra que atiende a lo verdadero, con dificultad se citará una sección importante de los conocimientos humanos que no se haya empeñado en dar cabida a la crítica, en instalarla en su hogar, sobre el altar doméstico, como a un Dios tutelar encargado de velar por la seguridad de la familia y la expulsión de los dioses enemigos. La filosofía tuvo su crítica, como la historia, como la filología, como todas las ciencias de experiencia y observación. Se la vió aun en lugares que parecían no reclamarla, en ese dominio de las ciencias matemáticas, en que la crítica se hace, en cierto modo, por sí misma; puesto que la luz brota de cerca, y el razonamiento soporta el rigor de las leyes inmutables. No estoy seguro de que ella no haya dado vueltas aun en torno de la venerable teología".

Concretándonos a la crítica literaria, que es la más general, por ocuparse en las varias producciones orales o escritas del ingenio humano, afirmamos que, para ser acertada, debe someterse a ciertas reglas, las que expondremos brevemente.

Siendo el crítico un juez, ha de tener las cualidades de tal, y en primer lugar la competencia debida. Para apreciar la belleza o fealdad de una obra literaria, debe poseer conocimientos profundos en la materia, estar versado en el estudio de los maestros y tener cultivado el espíritu, sin lo cual los fallos serán deficientes y equivocados. Y no basta una ciencia o ilustración general, sino especial en el ramo que se juzga. Por esto, un filósofo no puede, por lo general, criticar bien a un matemático, ni un astrónomo a un teólogo. Muy pocos son competentes, a la vez, en muchas materias, siendo lo más acertado acudir a los especialistas en cada una de ellas. Gran dicha sería para las bellas artes, según Quintiliano, que sus obras fuesen juzgadas sólo por los maestros de ellas.

El crítico debe ser imparcial: es decir, ha de proceder

(1) *Alcornoque*. De críticos y de crítica.

(2) Un siècle: La critique.

guiado por la justicia, apoyado en las reglas y leyes establecidas para el género de composición que examina, y en el amor desinteresado al arte. El crítico que alaba por conveniencia, que censura por pasión, que se deja llevar por sus gustos personales, desempeña mal su cometido, y engaña a los lectores. La crítica, a manera de la balanza de Astrea, no ha de inclinarse a un lado o a otro sino movida por la justicia y la verdad.

El corazón, o mejor dicho, el sentimiento, influye poderosamente en nuestros juicios; por lo que, cuando aquél predomina en el hombre, no son éstos muy acertados. Si el crítico se deja arrastrar de sus inclinaciones; si está prevenido en favor o en contra, pasará por alto toda clase de defectos, y no reconocerá las buenas partes de la obra analizada. Su fallo carecerá de justicia e imparcialidad. "Este influjo del sentimiento sobre nuestros juicios se echa de ver hasta en las cuestiones puramente especulativas", dice el Padre Jungmann (1); "si bien el hombre que discurre con rectitud procura neutralizarlo, con la seguridad que le da la conciencia de que sólo cuando está libre de la agitación consiguiente a las afecciones del ánimo, debe de pronunciar sus juicios".

El crítico debe juzgar conforme a las reglas. Hemos dicho ya que sin aptitudes naturales es imposible cultivar las bellas letras; pero, supuestas dichas dotes, aprovecha mucho el conocimiento y aplicación de las reglas dictadas por los maestros del buen gusto, y fundadas en la naturaleza y exigencias de cada género literario. Desconocer las reglas en la crítica, o infringirlas, equivale a introducir el desorden y la confusión en el campo de las letras, origen de fatales consecuencias.

El crítico debe ser recto y prudente en sus fallos. Toda obra literaria consta de fondo y de forma, siendo el primero lo esencial, y la segunda lo accidental. Fijarse sólo en el estilo de un escrito, y prescindir del asunto de que trata, es lo mismo que apreciar una estatua sólo por el colorido, y no por la conformación de los miembros y la expresión de la fisonomía. Los críticos que enaltecen una obra cuyo tema o desarrollo es nocivo, sólo por la galanura del estilo, imitan a los que endulzan el veneno, para que los incautos lo tomen sin repugnancia.

[1] "Las bellas artes".

El crítico no debe ser nimio y exagerado en sus juicios. Hay críticos que, como otros tantos Aristarcos, se empeñan únicamente en encontrar defectos en las producciones que analizan. Nada les contenta y, prescindiendo de las bellezas de la obra, sienten verdadera satisfacción cuando dan con algún desliz literario o con otra deficiencia. Esos rebuscadores de ápices olvidan la limitación humana; por lo que ya dijo Horacio: *Quandoque bonus dormitat Homerus*.

Con semejante criterio, nadie, llámese Píndaro, Homero, Dante, Milton, Cervantes, Goethe, Calderón, Shakespeare y otros insignes cultivadores de las bellas letras, quedaría en pie ante los golpes de maza de esos furiosos demoledores. Preciso es tener en cuenta que las obras maestras son escasas, y que la mediocridad es lo común en las obras del hombre; por lo que no debe exigirse de todos igual grado de elevación.

Esa crítica desapiadada que nada perdona; que todo lo ve al través del prisma de la prevención; que no se limita al análisis de la obra literaria, sino se extiende a la persona misma del autor, para ridiculizarla, y que aun penetra en el recinto de la vida privada, no es justa ni cristiana. También es reprehensible la manía de exigir en los principiantes el mismo grado de perfección que en los veteranos de las letras. ¡Cuántos ingenios en cierne se han agostado por las burlas sangrientas de críticos biliosos que, olvidados de que todo reparo e indicación han de proponerse la enmienda y mejora de las obras del ingenio humano, se empeñan en ahogarlo y aniquilarlo! El crítico debe guiar a los obreros del pensamiento en su difícil labor, indicándoles los defectos en que incurrer, y enalteciendo lo bueno que produzcan. Sobre todo debe estimular a la juventud estudiosa, mirar con indulgencia sus primeros ensayos, inculcarle la frecuente lectura de los buenos modelos, e indicarle el rumbo que ha de seguir para formar bien el gusto y obtener después merecidos triunfos.

"El fin de la crítica", según un escritor español (1), "es, ante todo, educar el gusto de las muchedumbres y llamar su atención hacia las obras y los autores que lo merecen, alentar a los fuertes, difundir luz y calor en torno de ellos, evitar que la indiferencia y el desvío esterilicen aptitudes nacientes, facilitar la comunicación entre el público y los espíritus

(1) Juan Alcover, en el prólogo a los "Estudios Literarios" del Padre R. del Valle Ruiz.

escogidos, contribuyendo así a que la atmósfera intelectual de un país se asimile cuantos elementos puedan enriquecerla. Entre nosotros circula poco el oro de los entendimientos, cuando no adopta determinadas formas impuestas por la rutina, y en cambio corre mucha moneda falsa, por falta de autoridades prestigiosas y activas que impongan la legítima. Críticos sí los hay, pero escasos: algunos discretos y perspicaces; otros superficiales e indoctos, casi todos afectados de cierta desgana que no les permite chupar la espina a los ejemplares sometidos a su dictamen, y aplicar a conciencia las leyes de la justicia distributiva. Extensas latitudes del mundo del arte les son extrañas, y si los frutos del ingenio que caen en sus manos no han brotado en la zona familiar a su pensamiento, difícil será que el sabor desacostumbrado no se traduzca en un gesto de displicencia, cuando no en elogios inconscientes, que así convencen y halagan al favorecido, como podrán halagar a una mujer pelinegra las flores de un galán corto de vista, que la alabase por rubia".

El crítico ha de proponerse siempre un fin moral. Las creencias, las preocupaciones, los juicios preconcebidos influyen en la crítica. Si el que la ejercita es apasionado, o de ánimo prevenido, sus fallos serán erróneos y perjudiciales. Si por el contrario, respeta la religión y la moral; si ama la verdad y el bien; si procede con calma y discreción, tendrán grande peso sus observaciones. Virtud, talento y valor son, a juicio de Platón, las dotes que ha de tener necesariamente el que juzgue de cosas tocantes al arte. Lo mismo enseña Aristóteles: la regla y medida de todas las cosas es la virtud, dice, y el que la posee procede rectamente.

Para apreciar de modo debido una obra literaria, sobre todo antigua, conviene tener en cuenta las circunstancias y el tiempo en que fué compuesta, las ideas dominantes en la época, el medio ambiente en que vivió el autor, para, formado un concepto cabal de ella, fallar con pleno conocimiento de causa. "Aun cuando el artista se eleve en sus creaciones sobre el nivel de sus contemporáneos, no por eso deja de ser, como ellos, hijo de su época", observa el Padre Jungmann (1). "Las doctrinas filosóficas y las máximas morales a que su siglo rinde vasallaje, dominarán también con más o menos fuerza el ánimo del escritor; el terror de la vida católica, que vi-

(1) L. C.

vificó los años de su juventud, dará a su corazón fuerza y calor. La extinción de todo sentimiento moral, el indiferentismo y la frialdad religiosa del siglo herirán de muerte o sofocarán en su alma los gérmenes de toda grandeza, de toda bondad o hermosura. Raros son los ingenios que tienen la dicba de acabar lo que principiaron siguiendo un pensamiento propio, y de impulsar a su siglo, en vez de ser arrastrados por la corriente".

Las reglas anteriores y otras más que pudieran darse dependen en su aplicación del concepto que el crítico tenga acerca de la verdad, de la bondad, y sobre todo de la belleza, concepto que es la *piedra de toque* y el principio fundamental en esta materia. Como esas tres cualidades son trascendentales en el ser y deben existir en toda producción artística, el juicio del crítico será acertado o equivocado, según las ideas que tenga acerca de ellas. La verdad (lo dijimos ya) es la conformidad del entendimiento con su objeto: un juicio es verdadero cuando el predicado está de acuerdo con el sujeto. La verdad es elemento necesario en toda obra de arte; la bondad es la aptitud del ser de aquietar con su posesión el apetito; y la belleza es la complacencia que siente el alma con la vista o conocimiento de un objeto.

El crítico no es libre para juzgar a su arbitrio del mérito o demérito de las obras artísticas, sino que su fallo debe fundarse en el grado de verdad, bondad y belleza que tengan. Tampoco le es dado atribuirles estas cualidades, si carecen de ellas: ni desconocerlas o negarlas, si las poseen. Obligación suya es hacer resaltar lo bueno y malo, lo hermoso y feo de las producciones literarias.

Todo objeto bello produce agrado en el alma; mas como es fácil tomar por bello lo que no lo es, conviene, sobre todo al crítico, educar el gusto artístico, o sea "la facultad de gozar del placer inherente a la belleza de las cosas, de reconocerla luego por este medio y de fallar acerca de ella". (1)

Algunos creen que en materia de gusto puede cada uno proceder a su antojo, conforme a aquel dicho: *de gustos nada se ha escrito*. Tal regla no puede aplicarse a la crítica literaria; porque ésta, para merecer el nombre de tal, no ha de ser antojadiza, sino que debe apoyarse en principios y ser amestrada por el ejercicio; debe juzgar de las obras artísti-

(1) Jungmann l. c.

cas mediante razones demostrativas, como se procede para comprobar la bondad moral de las acciones o la verdad de los hechos históricos. El gusto estético ha de fundarse en la razón, y no en puro sentimentalismo y mucho menos en la pasión o el capricho. "En tanto somos criaturas racionales, en cuanto se regula nuestro conocimiento por las leyes invariables de la sabiduría eterna, y en cuanto nuestra virtud expansiva se mueve naturalmente hacia lo que es bueno con bondad moral. Esta propiedad esencial de nuestra naturaleza nos hace capaces de conocer la verdad, y bajo tal respecto lleva los nombres de entendimiento, razón, tomada esta voz en sentido riguroso; por medio de ella discernimos el bien del mal, y sentimos inclinación al primero y aversión al segundo, representándose bajo este respecto dicha facultad como sentimiento moral o conciencia; finalmente, por virtud de esa propiedad podemos gustar del placer inherente al amor del bien en sí mismo considerado y de reconocerlo por este medio como bello: tal es la razón de llevar en este caso el nombre de gusto. Tomado éste en dicho sentido, es, no menos que el entendimiento y la conciencia, una dote esencial de la naturaleza racional. A ninguno le falta conciencia o inteligencia; porque, según la frase de San Pablo pronunciada en el Areópago, por la inteligencia *somos del linaje de Dios* (Act. XVII, 28); a ninguno le falta aptitud para gustar y percibir la belleza, porque todo hombre, según el dicho de Máximo de Turín, tiene algún parentesco *con lo bello primordial, con la belleza misma por esencia*". (1)

El juicio sobre la belleza no ha de estribar principalmente en la experiencia empírica o en la mera impresión que producen en nosotros las cosas, sino en las cualidades intrínsecas del ser, en que todo en él esté debidamente proporcionado u ordenado. "Así como las cosas son en sí verdaderas y buenas, independientemente de la impresión que nos causan, también son bellas por conformarse con la belleza esencial, con la *razón increada*. Y pues nuestra inteligencia ha sido creada a semejanza de ella y la lleva impresa como un sello; y en nuestra razón fueron grabadas las leyes de la sabiduría eterna, como regla natural de su conocimiento y de su amor; síguese claramente que la razón constituye la regla próxima e inmediata, reguladora de los juicios concernientes a la verdad, al bien y a la belleza. De aquellas ideas y principios fundamentales, como, por ejemplo, los de razón suficiente, de

(1) Jungmann l. c.

causalidad, etc., se deducen los axiomas objetivos, independientes de la experiencia, en los cuales se funda esencialmente el gusto; axiomas que deben ser reconocidos por regla necesaria de la mente en sus juicios acerca de la belleza.... Si el artista, si el crítico las menosprecian; si van contra ellas, es claro que sus concepciones totales, o al menos la parte de ellas donde exista la oposición, son simplemente vanas, irracionales, metafísicamente imposibles.... El artista, según Aristóteles, no tiene necesidad de exponer lo que ha sido, sino lo que (dados ciertos supuestos y circunstancias) debería de suceder, necesaria o verosímilmente, por lo menos.... Por cuya razón la poesía (el arte) se acerca más a la filosofía que la historia y requiere más alto grado de fuerza espiritual que la última" (1).

El crítico puede pecar por exceso o por defecto, según sea exagerado o parcial en sus fallos. Un justo medio evita ambos escollos y hace de la crítica una escuela de cultura y moralidad literaria. Para desempeñar bien su cometido necesita el crítico tener el gusto cultivado con perfección, lo que es muy raro; por lo que decía Labruyère que, después del espíritu de discernimiento, son muy escasos en el mundo los diamantes y las perlas, palabras que manifiestan cuán difícil y delicada es la crítica literaria.

En conclusión: la crítica literaria no es sino la aplicación del criterio filosófico al examen de las obras del ingenio. Quien emprendiese al acaso, prescindiendo de las reglas de la lógica, el juicio de las producciones artísticas, no será más que un aficionado, un impresionista más o menos hábil, un *diletante* quizá de talento; pero, en definitiva, un erudito a la violeta, un ignorante pretensioso.

Recomendamos a la juventud que, antes de lanzarse por resbaladizo sendero de la crítica, eduque el gusto, forme el criterio literario y aspire a las altas y soberanas funciones de juez en materia de arte. No sea que, halagada por la facilidad del género, se entregue a la enojosa tarea de los folletos literarios y de las gacetillas, en que la acritud y el desenfado de la censura corre parejas con la ignorancia de los seudocríticos.

Antes que en criticar, ensáyese la juventud en producir obras originales y sentidas: que después con los años y el estudio vendrán de suyo el raciocinio y el buen gusto indispensables para juzgar las obras ajenas.

(1) Jungmann l. c.

REMIGIO CRESPO TORAL

SOBRE NACIONALIZACION DE LA LITERATURA (*)

Me es grato—y por ello bendigo al Cielo—hablar en una tarde de Mayo, al pie de estas hermosas montañas, y hablar en consistorio de poetas, muchos de los que fundaron esta fiesta de poesía para solaz espiritual. Aun a los que sentimos la frialdad de los años en la final etapa, cuando llegamos a poseer la helada certidumbre de nuestra ignorancia y nos sorprende el descubrimiento de la vanidad hasta de la literatura; nos brota del alma una como agua de renovación, un elixir de resurgimiento: filtro para soñar en el regreso a los años floridos. Se nos devuelven tantas cosas amadas y perdidas; y como los viejos que se tornan niños al contacto de la frescura infantil, sentimos delgado el aire, rítmico el palpitir del corazón y salida afuera la purpúrea sangre. Y aunque el ocaso anuncia la sombra, nos es dado exclamar con Baudelaire:

Hacia el amplio horizonte—es tarde—vamos presto,
a pedir a lo menos un rayo oblicuo al sol.

Sentimos nerviosas las cuerdas de la simbólica lira, y nos es dulce glosar las ajenas ternuras, que resucitan nuestra juventud, casi heroica en la conquista del ideal nunca alcanzado, ése que arrancado de nuestra alma y desde nuestra tierra, se completa en el Padre y Autor de toda hermosura.

Como primordial empeño la institución de la Fiesta de la Lira procura la elección y el desarrollo del tema nacional. Para ello recomienda el estudio en conciencia de los

(*) Discurso pronunciado por su autor en la Fiesta de la Lira el 31 de mayo de 1924, como Mantenedor en ese año.

materiales de composición, que sin esfuerzo produzcan el color local; la ingenuidad de la inspiración, la fuerza, la trascendencia de la obra al medio del que toma el jugo y la savia, creando así ambiente característico y alma colectiva, que no se confundan y pierdan en la dispersión del cosmopolitismo, océano en que se hunden hoy todas las manifestaciones de la vida, para un desolador horizonte en que el individuo es apenas la gota de agua o la rafaga de lumbre.

Desde muchos años se habla de la tendencia nacionalista del arte literario y principalmente de la poesía. Este problema discutido con calor hace cosa de cuarenta años, otra vez se ha puesto en debate, precisamente cuando escuelas, cenáculos, sectas y herejías de arte se han sucedido vertiginosamente, con total independencia casi siempre del elemento geográfico y antropológico, para sumarse en la tendencia universal del arte humanitario, imperialista y sin fronteras.

En 1886, desde mi modesta cátedra de **El Liceo de la Juventud** expuse lo que entendía acerca del concepto y la extensión de la *nacionalidad literaria*. Casi ninguno de vosotros oyó quizás aquel ensayo de disertación; y debo recordar primeramente las líneas fundamentales de aquel discurso, para no repetir como nuevo, lo que ya se dijo en remoto tiempo, cuando veíamos tal vez más claro, sin duda por la simplicidad del arte de esa época y por la poca o ninguna complicación del espectáculo.

¿Podemos hacer literatura nacional? ¿El tema criollo, la manera original constituyen por sí solos la literatura nacional? Es posible una literatura americana—inglesa, americana—española, americana—portuguesa, americana—francesa?

Ante todo la literatura se clasifica, no por la acotación geográfica, sino por los idiomas. Y mal podemos decir que en América se hace literatura americana en castellano, en inglés, en portugués o en francés. Si escribimos en esas lenguas, a su acervo y tesoro pertenecen las obras ultramarinas, incorporadas de hecho al inventario de las letras metropolitanas. Dentro de la amplitud de estas clasificaciones, se advertirán escuelas diversas, corrientes contrarias, provincias y patrias pequeñas de literatura. Mas, ésta lo será siempre por la lengua, por ella tendrá nombre, historia y extensión civilizadora.

A las letras trasciende el alma de los grandes pueblos creadores y conquistadores; y nosotros, colonia espiritual y material de Europa, rama somera del árbol de España, de la Gran Bretaña, de Lusitania y de Francia, que vive y habla aún en el Canadá y en las Antillas. Aunque emancipados, bien sa-

bido es que somos herederos, y que la emancipación no alcanza a la raza, no borra los anales, ni trueca la sangre.

Se puede en verdad obtener literatura criolla, la de raíz, la netamente indígena. Esta será la arqueológica, la de la prehistoria, o la racial americana, para reconstrucción del espíritu de la patria primitiva sobre la base de las razas perdidas o conquistadas. Así podrá hacerse literatura azteca o quichua, guaraní o araucana. En estos idiomas, vivos aún, tendremos ciertamente literatura y poesía nacionalistas, procedentes del alma de los antiguos pueblos americanos, existentes muchos de ellos en el subsuelo de la gerarquía social; literatura y poesía traducidas en el instrumento idiomático, que es por sí mismo alta obra de arte, precisamente la primordial, la verdaderamente colectiva.

Pero nosotros, descendientes de europeos, aunque no lo fuéramos por la sangre, incorporados por la progenie intelectual, a la civilización europea, vencidos a su idea religiosa, nutridos de su ambiente de libertad y cultura, ¿sentiremos el tema aborigen, lograremos la reconstrucción arqueológica, animaremos las cenizas de grandezas discutibles? ¿Queda un ideal como lámpara funeraria en la tumba de las razas, si no eliminadas materialmente, envueltas por las grandes aguas de la invasión conquistadora, que fué empresa de civilización, cruzada y trasplante de instituciones, artes e industrias de un mundo mejor al nuestro, que los descubridores encontraron perdido en las sombras de la inferioridad? Le quitaron la libertad, para darle quizás más altas y soberanas cosas.

Otro elemento, sin duda el más poderoso, existe para creación de las literaturas, elemento que no ha menester el molde del idioma ni aún el calor del territorio. Es el gran elemento étnico, cuyas manifestaciones dispersas en la historia, demuestran la virtud y fortaleza de las razas. Mas, de todos estos exponentes, no queda en las bibliotecas sino algo como el panteón de las literaturas. Como caso único de excepción, existe un solo pueblo, el pueblo hebreo. Su alma inmensa, su ideal suprasensible y trascendental, su avance desde el caos hasta la última tierra futura, constituyen el prodigio de la historia y un argumento de origen divino, contra las afirmaciones de la ciencia y las vanidades de la investigación crítica. La literatura hebrea, máxima y suprema entre las literaturas, con poscer tanta y tan potente originalidad, es literatura uni-

versal, porque la raza de Israel mereció el don, el misterio, la realidad inefable de la encarnación de Dios en su propia hechura; y el Hombre Dios procede de aquella raza de elección; y por ello, su Libro, el libro único, el libro de la humanidad, de los siglos y de los siglos de los siglos, que contiene esa literatura, corresponde a todas las patrias, se ha vaciado en todos los idiomas y dialectos, se ha filtrado en sutiles hilos hasta en los huesos de las generaciones; y con él a la mano se han hecho las cruzadas, los descubrimientos, las travesías, se han formado las corrientes civilizadoras y han cobrado savia de cedro gigante y medula de león las blandas literaturas de la bella antigüedad. Parecerá un absurdo que un pequeño pueblo y una literatura eminentemente nacional hayan así conquistado el mundo. Renán no podía explicar que sobre la base de una tribu del Asia Menor, se edificase toda la historia, la poesía de la historia, la teología de la historia.

En ninguna nación, nó en la Arabia poética y sabia, nó en Persia la encantadora, ni en la vasta China, ni en la India de los mitos simbólicos y la pesada arquitectura de su religión y sus poemas, encontraréis esa alma viva, imperial y señora, que toma cuerpo a donde va, que se imprime en cuanto toca, que crea donde llega, que habla en todas las bocas, que palpita en todas las cuerdas.

La persistencia del alma hebrea, a través de los siglos, sin territorio, sin más patria que la patria espiritual, sin idioma, invadiendo todos los pueblos, para cantar a su oído la eterna canción mesiánica; no la explica sino el argumento providencial, para concluir en la unidad grandiosa del éxodo humano a través del tiempo, y para volver al océano de la Divinidad. Y el alma hebrea ha venido, en países y edades, dando ejemplares de soberana excelencia: Judá—Leví, el enorme poeta español de la edad media; el otro, el rabí de la Danza de la Muerte; Heine mismo, que vale por toda una nacionalidad literaria y en cuya intensa obra íntima, sorprende la aparición del Mesías; el famoso Gordon, que escribió *El Amor de Sión*; Smolensky, que puso en el patriotismo polonés la energía terrible de Israel, y tantos fuertes y recios artistas que en Rusia, en Alemania, en Francia, han impreso el sello de su robusta personalidad en el arte y en la literatura de los pueblos que desde Europa gobiernan el mundo.

En América, herederos segundones, clientes de las lite-

raturas modernas, hijos de su fecundidad, no poseemos aún el espíritu engendrador, el carácter que se modela con la audacia, la energía que procede de la convicción en la superioridad de nuestro genio. Hijos de Grecia a través de la sangre de Roma, e hijos de España heredera de Roma, educados para extraños rumbos, pasados por el tamiz francés: así somos, materia primeriza, masa disponible para venideras formaciones. Carecemos del alma nacional. Israel es así nuestro señor y nuestra majestad, en lo trascendente y definitivo de la existencia... ¿Podremos llamarnos primogénitos o siquiera emancipados los últimos retoños de la generación?

Aquí, en la América hispana, donde quedan huella y surco del valor y el genio español, mal podemos prescindir de su tradición literaria; pues no podemos emanciparnos de su vocación idealista y cabelleresca. El idioma es la primera de las creaciones artísticas, vínculo indestructible que junta las antiguas a las nuevas generaciones, obra tradicional y lógica, esponjánea como la corriente de las aguas. Si carecemos de idioma propio, ¿nuestra literatura aspirará a la independencia, en la amplitud de su comprensión? Podemos, claro está, cooperar los americanos en el progreso de la lengua con el aporte de nuestros decires y modismos, con voces que este inmenso cosmos requiere, con las adherencias de los idiomas primitivos, con sinonimias y elasticidades que la naturaleza da pródigamente para traducir la flexibilidad del pensar y del sentir, en que cada cual, individuo o pueblo, encuentra la manera y la educación. Mas no lograremos nunca, ni debemos intentar un caló o una jerga que pudiesen sustituir a modo de caricatura, el idioma nítido, artístico, derramado y ondulante, metálico y sonoro de Cervantes y Granada, de Teresa de Jesús y de Diego de Estrella, de Juan de Avila y de Juan de Valdez. En esa barca con proa de oro y remos de marfil, hemos de navegar en los golfos y lagos de la portentosa América, para que esta colonia de una limpia y hermosa habla de Castilla emule, en no lejanos días, con la tierra matriz, que verá centuplicada su fecundidad en veinte democracias americanas.

Mas, dentro de la vasta literatura metropolitana, sin renunciar a su tradición, por naturaleza, por hidalguía podemos sí tener fisonomía propia, y sin desviarnos de la corriente de la raza y de las influencias del idioma, adquirir la peculia-

ridad que nace del suelo, de la historia, del ambiente y de las modificaciones que hemos tenido, no sólo en la condición de colonias, sino en la de agrupaciones libres. A impulso de la evolución, espontáneamente, sin ficciones ni artificio, sin preparación ni programa, podemos y debemos escribir y cantar a nuestra manera, como si estuviésemos solos, sin consideración al auditorio, ni ensayando la postura convencional y falsa; procediendo como los pajarillos, que, según el decir de San Francisco de Sales, "cantan por el gusto que sienten en su propio gorjeo". Así lograremos que nos distingan de los otros, que nuestra faz no tenga las líneas y contornos de la masa común, y que las aristas del relieve surjan sobre el plano. Prescindiendo de la tiranía de las lecturas, disponiendo sí de los caudales acumulados por los antiguos maestros, sin remontar la corriente literaria, pues somos de nuestro tiempo, y quien lo es de corazón, pertenece a todos los siglos, al decir de Schiller; iremos adelante, entregándonos al acariciador movimiento de avance, en las aguas mansas y dulces de aquella, para dicha, inevitable evolución.

El arte y la literatura, si algo o mucho han de tomar de la tradición y de la escuela, para la decente indumentaria, más han de utilizar el caudal propio, el tesoro íntimo, la observación del proceso anímico y pasional.

El arte que no procede de estas fuentes y que no se desarrolla con este impulso natural, copia es. Ya lo confesó el famoso Quevedo diciendo:

Hoy de muchos modos somos copia.

Y retaba a un poetastro de su tiempo:

De ajenas desnudeces te socorres.

La mera copia deshonor al original y deshonor al copador. El arte de la calcografía degenera en la manja del calco, y prueba la inferioridad y esterilidad del que hace de la pluma máquina de perder la personalidad y herramienta de lacayo.

No pensemos con ajena cabeza, no sintamos el dolor de los libros sino en nuestra vida. No se avergüence nadie de trasladar al lienzo el paisaje interior, siempre que sea hermoso; pues el arte no se hizo para bajar sino para subir, y las llagas del cuerpo y la lepra del alma no quedan en la litera-

tura, sino sólo, y por excepción, en las preciosidades de la forma. La literatura no es una clínica, sino higiene del cielo para salud del espíritu.

*
* *

He recordado las preciosidades de la forma. Por éstas nos rendimos muchas veces a la esclavitud y perdemos nuestra libertad. Encantadora disciplina la de las formas, pero ellas no han de velar el pensamiento ni encadenar la ingenuidad de la emoción. Así se escribirán libros como el que celebró con dísticos el malicioso Góngora:

De la disposición antes limado
y de la erudición después lamido.

Esos cofrecillos de taracea tendrán desde luego el aspecto mustio de una baratija de museo.

Las delicadezas de estilo, la selección del lenguaje, el primor exquisito, el estudiado acicalamiento de la presentación, casi siempre vienen a parar en la frialdad académica, muerte de la espontaneidad. Recuérdese el famoso dístico de Guichar:

Son hermosos los versos, impecables las galas
y los pies bien medidos: mas yo busco las alas. (1)

Y las alas son las de nuestra alma, que se enervan y no se desatan para el vuelo, por la timidez retórica, el convencionalismo de las frases hechas y la pedrería falsa de las viejas metáforas.

*
* *

Que el ritmo, que la música del verso y de la palabra sean parte en la composición, pero no para el disloque, la imprecisión y la noche del concepto. La música ante todo, dijo el *Pauvre Lelian*. Pero ello no corresponde a la integridad de la obra lírica. La música subordinada a la idea, completando la imagen, para el sentimiento: he ahí cómo se va a la emoción, corriente eléctrica que se transmite del poeta a quien le sigue,

(1) Ses vers, sont bien tournés, les rimes en sont belles
certes les pieds y sont: mais je cherche les ailes.

rendido a la sugestión inspiradora. Bien dijo quien lo sabía, Leopardi:

Sdegno il verso che suona e che non crea.

Libertándonos de manierismos y limaduras, andando nuestro camino, sin bastón, erguidos hacia el cielo, la cara al sol, diciendo lo que sentimos y pensando con nuestro cerebro, se hará algo propio: la patria del pensamiento, la patria literaria. Nos emancipamos ya políticamente, nos falta emanciparnos económica y literariamente, no para renegar de la tradición gloriosa, no para renunciar a la herencia de oro, sino para tener también derechos de ciudadanía, muy nuestros, diferenciales, inconfundibles, que, aunque no oro, sean hierro de la veta de nuestro corazón.

Con filosofías y discursos no se hacen las obras que sólo la naturaleza engendra. El procedimiento para hacer poesía nacional, criolla, nacida en nosotros, criada en nosotros, sentida, vivida, consiste en pensar por propia cuenta, meditar, ver y oír, aspirar el ambiente diario de las flores de nuestro jardín, haber entera posesión mismos, para reproducirnos en la obra artística, padres de nosotros hijos del espíritu sin traído-ra suplantación.

Tiene decisiva importancia, en el cuadro, su fondo: el paisaje, lo perspectiva, la concurrencia de la naturaleza en la obra del ingenio, las sutiles afinidades del mundo exterior con el universo del alma. El arte del paisaje, desde fines del siglo XIX, ha cobrado enorme amplitud, tal que va en son de conquista y tendencia a suplantarse la acción y poner en segundo término la estética de aquella y la presentación de la figura. ¿Puede haber paisaje si no lo trasladamos del natural? Asombra, en verdad, que en siglos, las gentes de letras hayan mantenido su propio engaño, conservando la mitología para interpretación de la naturaleza, fingiendo sentirla, a través del símbolo helénico, nacido en gran parte del polvo de los sepulcros de Asiria y de Egipto. Hasta en la alada generación de los artistas se forman los rebaños, y así es cómo la mitología ha dominado centurias, esterilizando la literatura. Pudo ésta libertarse; pero el renacimiento, que no fué sino un brillante regreso a la antigüedad, dilató por otros siglos, el imperio de las graciosas ficciones de la hermosa Grecia. Debieron permanecer y permanecen hasta hoy la simplicidad, la limpidez, el encanto y la armonía serena del arte griego: pero los dioses y las gracias, las ninfas y los centauros quedan en

el museo de la literatura, para estudio de los anticuarios de ella.

Hoy cuando el clisé del clasicismo se ha roto (quizá por difícil de manejarlo) se emplea otro: el de Francia, el de París, desde muchos años reconstituído, alqnitarado en los procedimientos de escuelas y sectas. Nadie niega que en estas tentativas hay en veces talento, gran valentía, quizás locura de valor. Pero no asoma la sinceridad, ni ésta puede ser. Nadie siente ahora, sobre todo en América, la ficción bucólica del Triánón, ni la galantería de Versalles: esas reconstituciones históricas de evocación proceden, no del alma, sino del estudio. Aquí nadie entiende conscientemente el arte del cabaret, las preferencias del esnobismo y el furor sádico del arte sexual, inmundicia negación del arte. Lo que es profundamente humano en Verlaine resulta mueca en algunos de sus imitadores americanos; el satanismo de Carducci o Baudelaire es aquí de resultancia infeliz; de Mallarmé no se traduce la férrea textura del poema sino el laberinto intrincado de la decoración. Los grandes reformadores de la poesía europea premiarán con gesto de desdén el candor de sus imitadores americanos. Y el novísimo clisé carece de amplitud, la instrumentación viene limitadísima, la corriente verbal escasa, la necesaria para la liturgia de la escuela, y para que las producciones se parezcan las unas a las otras. Acerca de ellas escribió el famoso humorista y maestro Faguet: "Las obras imitadas se parecen, y sería casi imposible diversificarlas, pues se hicieron conforme a receta, y resultan así iguales. En vano se les pone un signo de diferencia, como las cintas de diverso color a los gemelos, para distinguirlos"....

Por lo menos este arte no se conforma con América; nadie nos pide sino mies de propia cosecha, no se quiere que les devolvamos la languidez dulcemente mórbida de Samain, la genialidad musical de Meredith, la levedad indecisa e incoherente del símbolo, el fausto oriental de gran parada de Hugo o de D' Annunzio, ni la terrible literatura humanitaria de Escandinavia o Rusia. Nos exigen que seamos americanos, que no abominemos de la casta, quieren saber nuestro sentir, nuestra manera de observar, la cadencia no aprendida de nuestro canto.

La obra lírica, sobre todo, es eminentemente autobiográfica. Con sólo recordar y reconstruir las sensaciones y evocar la emoción sentimental, la delicia de las horas felices, las sorpresas de la intuición, los viajes del ensueño, la fosforescencia del pensamiento, la paz de la contemplación, las súbitas iluminaciones de la fantasía y los vuelos del alma al infinito, vendrán

las obras de sinceridad, quizás las obras maestras. Todo aquello, siendo nuestro, para nosotros, trasladándolo con valentía al signo artístico, haremos casa aparte, y tendremos heredad y dominio y siembra literaria. Procediendo todos así, se producirá la empresa colectiva. Y así entraremos a las grandes literaturas de Europa, para completarlas con el elemento nuevo: el antropológico, el histórico y el geográfico. Las tierras de América se descubrirán al fin para el arte universal, y con su índole y genio, se incorporarán al pensamiento europeo, noblemente, con altivez de origen, sin procedimientos de extraña marca de fábrica.

De este modo nos emanciparemos, para tener personalidad, fisonomía, relieve, representación, carta de ciudadanía, raza y sitio heredado en la ciudad de las letras. Pálido o moreno, será nuestro color; héroes, los que hicieron aquí la conquista y la liberación; geología, la de nuestra tierra gigantesca y encantadora a la vez; botánica, la de nuestras praderas y montañas; zoología, la viva, la palpitante, la que nos rodea y con nosotros comparte la alegría o el dolor; usos y costumbres, los de la gente que nos rodea, entre las que son nuestros amores e iras, simpatías o menosprecios.

*
* *

Un hombre de gran corazón, Lacordaire, escribió: "Me he despedido de mis montañas, valles y ríos... para hacerme en mi cuarto, entre Dios y mi alma, un horizonte más vasto que el mundo". Este rincón que escogió para edén el ilustre orador es, en verdad, un universo, mirador del cielo y de la tierra, desde donde las ondas sonoras llevan y devuelven mensajes de amor. Es la más alta cumbre, la ciudadela mística a la que llegan los escogidos. Lo que no se ve es más que lo que se ve, escribió el Maestro de las gentes. Lo suprasensible, para los espíritus superiores, posee un océano sin riberas de hechizo y de belleza: allí son las moradas, allí las dulzuras de la unión espiritual, el cántico al son de las cuerdas angélicas y la visión y el éxtasis en que la vida se deshace de su vestidura de un día. En aquel mundo que parte linderos con la naturaleza y con la nada, dará el poeta, el elegido, las notas purísimas del sacro instrumento, las hondamente personales, que arrancan de la más profunda de las intimidades. El país que cuenta verdaderos poetas místicos, tendrá originalidad inconfundible. Y no se crea que esa ladera del sagrado monte está desierta: hasta en estos tiempos de

esterilidad, en las viñas del Mediterráneo español y a orillas del mítico Ganges, Mosén Cinto y Rabindranath Tagore han preludiado el cantar de los cantares... Nuestra oración vaya al Autor de la armonía, para que nos dé los acordes del arpa y la gracia de un enviado que la tañía en estas cordilleras y playas que para sí descubrió Jesucristo, por medio de un santo navegador.

*
* *

Al estudio de vuestra alma, juntad el del movimiento social que os empuja, el de la jornada al porvenir a que estáis adheridos. La física primeramente, luego la psicología, las costumbres, la historia, la dinámica plena, múltiple, convulsa de la existencia: sus armonías, sus ocultas correspondencias y derivaciones, sus saltos y caídas, hasta tocar en los linderos de la demencia y más allá de la muerte.

Se ha de proceder con el análisis, para llegar a la síntesis. Auscultad la arteria cordial y el ritmo de la respiración del pueblo: sorprendedlo en lo diario y en lo usual, en el ímpetu de la pasión, en el duelo y en la boda, por caminos y talleres, junto a las cunas y sobre el surco, para recoger los variados matices de su pensar y su sentir, las palpitaciones todas de su corazón: la nota musical, el grito lírico de la canción, la conseja, la maliciosa filosofía, la simplicidad infantil y la sabia socarronería; las consanguinidades e inclinaciones del hombre casi primitivo en la masa popular, que sin ficción ni prejuicio, con diáfana sinceridad, derrama sobre la tierra natal y bajo el cielo que adora, la corriente de la vida.

*
* *

La ciencia misma, que alguna vez se creyó adversaria o émula de la poesía, cantera es de que ésta arranca los sillares para su alcázar de ilusión. La astronomía puede llamarse un gigantesco poema de poemas. El vacío y los misterios estelares casi intactos todavía, darán al arte venidero las más sorprendentes invenciones: el descubrimiento de nuevos y luminosos mundos, cuando las placas sensibles retengan las imágenes de los espacios planetarios, de los cometas de órbitas recorridas en siglos, de las nebulas, continentes y archipiélagos del infinito, de las constelaciones que son diluvios de estrellas.

La ciencia que clasifica los fenómenos naturales y penetra las reconditeces de la naturaleza, es aliada de la poesía. El

divorcio entre ellas sería como el de la raíz y la rama y la flor: la madre tierra alimenta a entrambas. ¿En qué se parece la raíz a la flor? Quizás en nada. Pero por aquella vive esta maravilla de la planta.

Insisto en la afirmación de que la belleza objetiva que nos impresiona y la sentimos y amamos, es la fuente primera del arte experimental. Algo más que error, atentado resulta menospreciar el paisaje americano, sacrificándolo a la visión extraña de parques de tijera y sendas de ripio y arena, que trasladamos al lienzo de la copia. Menos nos impresionarán los bosques y florestas de la India inverosímil o las complicadas perspectivas y rarezas del Japón. Triste es confesarlo: sólo por excepción las letras americanas han producido el cuadro propio, el color local. Y no importa un aserto infundado el de la crítica que dijo que el poeta francés, aunque hijo de Cuba, J. M. de Heredia, el Benvenuto de los *Trofeos*, hubo dado con más sinceridad que los poetas antillanos de habla española y más que todos los de su tiempo, la sensación del trópico, su poesía muelle, la intensidad de su luz y el alma de su naturaleza, a la que se incorporó la otra alma inmensa de los conquistadores. El mismo Chateaubriand, que ni siquiera buscó el documento humano, que no se proporcionó el geográfico sino por casi adivinación, fué más poeta para América que la serie de rimadores del trópico. Ni Bolívar, que se anticipó en todo, ni el maestro Bello en su canto a la agricultura—urna de marfil sin arterias ni sangre—, ni Olmedo, que hizo héroes de Píndaro a los héroes de la independencia, ni el cantor del Niágara, ni la dulce Avellaneda, poseyeron la prodigiosa imagen de estas tierras. Aún el prejuicio greco-latino y la estampilla peninsular desviaban el número, reteniéndolo al yugo de una literatura de monopolio, que aunque había perdido vigor, y en América resultaba un verdadero arcaísmo, mantenía su predominio. (*)

(*) En las Relaciones de Historias de Indias se halla la primera simiente de las letras americanistas. Bernal Díaz del Castillo y el buen Cura de Tunja se distinguen por el ambiente indígena e ingenuo de su narración. Lástima que la ARAUCANA de Ercilla y la GRANDEZA MEXICANA del Obispo Balbuena, den tan poco del suelo en que se movieron los centauros de Arauco y los conquistadores de Anahuac. Sobre todas las obras de historia, por ser de un americano de raza y por el mérito intrínseco se recomiendan los COMENTARIOS del delicioso Inca Garcilaso. De las demás producciones de tema americano, resulta que la mayor se hizo en latín: LA RUSTICATIO MEXICANA, del Padre Landívar, y la más fuerte, el FACUNDO, se escribió por un famoso adversario de la España intelectual, Sarmiento. Con estos desequilibrios se dió principio a la literatura netamente americana...

Y así, sin granjearnos libertad, hemos sido en años, clientes, hasta en el tema, del arte europeo. Hoy mismo cuando en el Brasil se posee una copiosa literatura nacional, cuando en la gran república de la Pampa se ha logrado el teatro argentino, cuando Colombia va dando paso firme en la campaña lírica, en la novela, en el cuadro de viaje, desde J. E. Caro, y Gutiérrez y González, y Jorge Isaacs; cuando en casi todas las repúblicas hispano-americanas desde Méjico y Cuba hasta el Cabo, se oyen viriles acordes épicos y líricos, todavía estamos al principio. No se ha dado, en algunas comarcas, el primer golpe de exploración de la mina; y en donde se ha comenzado, la rica vena del precioso metal guarda aún casi intacta la masa del tesoro.

Y aquí, Señores y Poetas, puede hacerse gran poesía, en el continente donde son océanos los ríos y la cordillera colosal, desde el uno al otro polo, mantiene el equilibrio de la tierra, como dijo el patriarca de nuestros poetas. Las cataratas del Niágara y el Iguazú parecen creación de una fantasía gigantesca, algo como las cataratas del cielo. Los saltos de Atures y Maipures, según Humboldt, parecen un río que asciende al firmamento o el firmamento que baja a la masa de las aguas; los volcanes encienden sus faros y dan alaridos en la inmensidad; la floresta lujuriosa y vasta, mansión de misterio y enjambre de vida, desde la boca del Orinoco hasta la del Amazonas y remontando sus afluentes hasta dar con el gran Chacó y las vertientes del Plata; los encantadores archipiélagos de la Araucanía, la majestad de los desiertos y las llanuras que cierran el horizonte: todo ello es un universo de belleza, un infinito para el arte. Tanta grandeza convida a la potencia creadora y al viril estuerzo del genio. Humboldt, que lo tuvo magnífico, sintió antes que los americanos, la magnitud de esta poesía de las cordilleras, de las selvas, de los grandes ríos y los grandes lagos.

En la América inglesa, por la misma soberbia del imperio, era de creer que todas las artes del pensamiento cobrasen nota característica y orientación hacia un ideal magnífico. Más bien en el Canadá se ha venido produciendo, por la nostalgia, por la adherencia a la dulce Francia lejana y querida, una corriente sentimental creadora de obras de ingenuidad e intensa seducción idílica.

Los Estados Unidos debieron sorprender con una literatura magna. Se anunció con Longfellow, el cantor de la pastoril Arcadia, con Fenimore Cooper, el de las leyendas de la raza aborigen, con Miss Sedwich, con la dichosa autora de la

Cabaña del Tío Tom y con tantos otros. Pero la atmósfera de universalidad ha cortado el vuelo a toda tentativa de índole netamente original. Después, hasta llegar a los filósofos Emerson, W. James y al lírico Walt Whitman, parece que se define la manera que corresponde a un pueblo gigante, para realizar el objetivo de la fuerza, de la potestad irresistible sobre la materia, para un predominio titánico y vasto, que habrá de extender a todos los continentes el ideal de la civilización avasalladora, que intente escalar el cielo y robarle su fuego.

Señores, aquí en este pequeño rincón de la tierra, pueblo más que de hoy, del porvenir, los poetas que conocéis y los adolescentes que llevan sobre el hombro la lira, han hecho los primeros ensayos, sin esfuerzo, sin la falsa majestad de la postura, sencillamente como las aves de nuestras montañas. Por tratarse de asunto doméstico y porque lo casero no sorprende, olvidáis quizás que nuestra naturaleza y nuestra alma, las de la comarca, van trascendiendo espontáneamente al documento literario: al romance, al cantar, al poema. Presto vendrán los géneros narrativos, el diseño de las costumbres y los pañales del teatro. Entre los de esta brillante juventud, muchos de los que llevan al pecho prendida la flor natural de la Fiesta de la Lira, hallaréis poetas nacionales; más que ello, poetas de la tierra, poetas de su corazón, tanto como de su comarca, que cantan lo visto y riman lo experimentado, haciendo arte de vida, que pasa al auditorio, al lector y al pueblo, que lo sienten, porque ven en él su imagen y su espíritu idealizados.

De lo dicho deduciréis que el patriotismo engendra arte nacional. El amor a nosotros mismos extendido a la naturaleza que nos rodea, al hogar, al nido, a la choza, a la región, a la patria grande, a la raza, a la familia religiosa, a todo lo que se ha incorporado a nosotros por la tradición, por el ideal, por las más altas aspiraciones humanas: eso es el patriotismo. Y quien no lo posee como llama vital, como aire y luz cotidianos, ése no sentirá la poesía de su tierra, ni de su alma. El desarraigado, el que se ha vendido a la grandeza de las literaturas extranjeras, no puede hacer, sino por excepción, algo genial y sincero. Cuando va con su escudilla de mendigo a la puerta de los grandes señores de la literatura europea a recoger las migajas de las mesas ricas, los potentados de la Europa intelectual pagarán, apenas con una sonrisa, aquel oficio de esclavitud.

La nacionalización del arte, como la de las instituciones

y el progreso se determina por los móviles del imperativo patriótico. Quien ama a la patria la canta, siente sus nostalgias, finge su grandeza y como una estrella va ese amor adelante, mostrando el camino de la felicidad nacional. Positivamente, la falta de color local en la mayor parte de las manifestaciones del ingenio americano procede del menosprecio a lo doméstico: a la ciudad, al terruño, a la nación, al continente, al linaje, a los antepasados. Remedando extraños acordes, el canto no surge espontáneo: la obra, retrospectiva o de extensión lejana, artificio es, no arte; ficción, no brote de ingenuidad.

¿Qué la patria es infeliz?, ¿qué la vida carece de los aspectos artísticos de otros países?, ¿qué el ambiente lírico no da casi para la respiración? todo ello podrá tener su parte de verdad. Mas la poesía eminentemente personal no se liga a la materia ni dentro de las prisiones de la realidad: sobre ella se encumbra y enaltece lo humilde, cubriéndolo con el cendal de la fantasía.

Cierto que, en muchas de nuestras democracias, es fuerza huir de la realidad circundante, para refugiarse en la eterna mansión de la hermosura ambicionada, porque la política de sangre y de basura ha convertido, en veces, al Estado en una casa de locos o en una zahurda de idiotas. ¡Qué! ¿por eso han de plegar las alas los númenes, para cerrarlas eternamente en la esterilidad? Nó, Señores. Para las almas generosas y enamoradas de las cosas altísimas precisamente la miseria moral despierta, por la cólera, la inspiración. Cuando la Patria se ha convertido en burdel, repetiré la terrible palabra del Dante, el poeta, libre por la misma naturaleza de su ministerio, lanza el grito de guerra, el alerta en la noche de abyección. Muy luego dará el himno de victoria, levantando en una mano la lira y en otra la lanza de la bandera.

Aunque pobre, aunque desdichada, la Patria es nuestra Madre; y la madre es siempre hermosa, es siempre buena, es siempre santa. No la juzguéis por sus malos hijos que la entregaron a saco, que la escupen y sacan en venta a los mercados extranjeros. Precisamente entonces y por ello, la juventud que maneja las cuerdas, levante en alto la vara de hierro de Juvenal, los yambos de Barbier, la espada de Koerner, las maldiciones de Mármol contra los malhechores de arriba y la escoria de abajo.

La poesía ha conservado el fuego sagrado en los países oprimidos. En los fiords de Noruega y de Finlandia, en los principados bálticos, en Bohemia, en Hungría, en el largo

martirio de Irlanda, la poesía ha marchado al frente, ha cantado a los oídos guerreros para estallar en la boca de los fusiles.

Recordad a Polonia, que acaba de resucitar. En 1784 fué la rota de Kosciusko, y en 1830 la última sublevación ahogada en sangre por las aves de rapiña y las fieras heráldicas de los Imperios. Desde entonces quedó la lira, la lira nacional, para guardar a Polonia: Mickiewicz, Slovachi, Krasinanki. Mickiewicz se proclamó rey, y el alma de Polonia. "Mi amor, exclamó, no se ha circunscrito a un sér como el insecto a la raíz: ni se limita a una familia, ni a un siglo. Yo amo a toda mi nación. Si me arrebatan la Patria, ensangrentaré las manos en mi propio corazón. Mi Patria y yo somos uno. Me llamo Millón, porque amo y padezco por millones de hombres". Slowaki, en la blanca soledad de Siberia, junto a la tumba de la simbólica *Ellenai* en la nieve, lloraba sobre Polonia despedazada, y miraba en aquella tumba al ángel de la Patria que llevaba sobre sus alas a las almas de los mártires que traerían la resurrección. Y Krasinski anunciaba la reintegración de la nueva Israel, para el Reino del Mesías de la libertad.

Grecia, muerta bajo la garra de las águilas romanas y aplastada por el allanje sarraceno, despertó de su sueño de siglos a los cantos de Kleptes, que preludió el grito de Botzaris. Recordad a Cuba, cuyos poetas, sobre el trono del patíbulo hicieron la profecía de la libertad de Cuba.

Señores, sintiendo así la emoción patriótica, padeciendo los suplicios de la Patria, engrandeciendo a sus héroes, armando a sus ciudadanos, se hace la literatura nacional más eficaz y sincera: literatura mezclada a la corriente histórica que vivirá en el corazón del pueblo hasta que viva la nación. Cuando calla la literatura patriótica, temblad: la Patria no está muerta: esta podrida, y la podredumbre es la negación de la vida.

También brevemente debo hablaros sobre la amplitud del arte literario, que utilizando el tema nacional, nunca debe cobrar color uniforme, prescindiendo de maneras y ejercicios, bellos igualmente y encantadores. Desde luego, se advierte que hemos olvidado una tradición nacional, tal vez local, sobre todo en la poesía. Esta va tomando la austera uniformidad de un rito funerario en veces, en otras una severidad olímpica, y hasta en el amor cierta insípidez de etiqueta que no se compadece con las finas modalidades de la existen-

cia, que no va en línea sino en curva. Nuestro polígrafo Solano, siguiendo a su maestro el Padre Isla, dió aquí, por primera vez, un detalle humorístico. Si no muy afinado, él fué antecedente de chispa y amenidad en nuestra naciente literatura, por el matiz de gracia y delicada ironía de sus escritos.

No creo, como el gran Lope, en la inferioridad de esta manera artística:

Los que no saben escribir en ciencia,
por la sátira van hacia la fama...

Antes bien, la sátira puede llegar, como ha llegado a veces, a la cumbre lírica, si se ha de observar lo que prescribió el magnífico Señor Don Juan de Tarsis:

Teniendo en el enojo y en la risa
aire supremo y fuerza soberana

Si se ha de hacer literatura integral, no podrá prescindirse de las sutiles picaduras de las abejas helénicas, ni del *sprit* francés, donaire de cortesana, ni del humor de raíz psicológica de los ensayistas ingleses, y menos se echará a un lado la sal española, la de las coplas, la de los refranes, la del inmenso cuerpo literario en cuya cima aparece el incomparable Cervantes, que, en vísperas de morir, escribió la sabrosa página dedicatoria de *Pérsiles*, página que es una sonrisa inimitable de la vida que se va ante la muerte que llega.

Entréguese el alma total a la educación artística, con sus múltiples impresiones. No solamente lo trágico, lo patético, lo cerebral obtengan las preferencias del pensador y del poeta. El mundo es compuesto de sombra y resplandor, y la vida posee casi en grado igual la alegría y la tristeza, la sal y el acíbar, las rosas de pasión y el asfodelo letal.

La existencia humana no es únicamente un proceso de enfermedad, teorema fatalista o preparación para la muerte. Es también ilusión, amor y regocijo: la copa rebosante con espumas de oro, la deliciosa pulsación del placer inocente, el gracejo que pone condimento de galantería en la mesa espiritual, la sonrisa que desarruga el ceño de la austeridad filosófica, la vis cómica que contagia frescura de salud, la risa que se desgrana en notas argentinas como piedad con puntillo de malicia, el furor lírico que maneja el rayo contra la ignominia, la maldición en el juicio final contra los pecitos de la historia.

Ved, poetas hermanos, cómo he entendido, tal vez malamente, lo que debe hacerse para dar índole nacional a nuestras letras. Compendiando, podéis deducir que la literatura debe acomodarse a nuestra índole, y nó al revés: que esto invertiría el procedimiento y nos convertiría en alumnos del arte ya hecho, manido y gastado de los pueblos con los que, si tenemos afinidades electivas, no podemos tener finalidades comunes.

Todavía hay mucho que andar para llegar a la relativa perfección del ejercicio. Hacer arte criollo parece muy fácil; pero, en la técnica artística, lo más fácil es casi siempre lo más difícil. Ha de perderse aquella timidez de decir con lisura lo que no se acostumbra en el rito literario corriente, rito que no procede de nuestra casa. Para todo esto se ha menester mucho valor, se ha de ahorcar el prejuicio, echar al cesto los lugares comunes, limpiar la senda de ripios verbales y el alma de ripios de pensamiento, siguiendo en todo la inclinación natural, desechando lo preconcebido, sin cortar las alas para un vuelo acompasado y metódico, sino dejando bien vestidos sus remos para las extensas y largas travesías. Escribamos, en lo posible, como se habla, según consejo de Sainte Beuve.

Después de tantos siglos de literatura, no es aventurado decir que el mundo de lo inédito aparece más vasto. Somos siempre un continente por descubrir: el país del recuerdo, las islas del ensueño, las derrotas hacia la mansión futura ¡son tierras y tierras, y cielos de poesía desconocida! Así como la ciencia, que en momentos de triunfo, cuando se cree llegada al término, sorprende ante nuevos horizontes más amplios que los descubiertos, así también el arte, si alguna vez cree haber llegado a la posesión de la belleza, siente sed más voraz: se duplica la potencia de su visión, le nacen nuevas falanjes en el ala, y se ve pequeño ante el otro océano que debe atravesar en descubierta de adelanto y de conquista. Uno de los críticos de los nuevas escuelas, Mauclair, declaró: "Queda por entero una belleza nueva... absolutamente distinta de la que nos placía ayer".

Quienes admiraron la primitiva simplicidad de la poesía en las edades épicas, han creído que aquella, si no morir, había de transformarse. Lamartine anunció que la poesía se habrá de convertir en la razón cantada. Renán auguró su desaparición como la de las estrellas de la mañana a la salida del sol de la ciencia. El eminente crítico español Menéndez y Pelayo, confesando que el apogeo del arte poético había des-

aparecido con la grande historia, predijo que la poesía seguiría los ideales del progreso para cantar las máquinas, los derroteros de los audaces navegantes, el trabajo, el esfuerzo y, sobre todo, el infinito religioso, perdido pero no muerto.

La poesía, en vez de desaparecer y limitarse a huerto cerrado y campo acotado, la miro hoy ilimitada, sin horizontes. Cada poeta lleva en sí un universo. Mal se podrá circunscribir a una escuela, mal se podrá vedarle otros campos. El cosmos es para ella, suyas la ciencia, la vida, lo pasado y lo venidero. Ella es, como dijo Wordsworth, "expresión apasionada que reviste la faz de todo conocimiento". Nadie podrá imponer fórmulas a su proceso de evolución, nadie debe atreverse a sentenciar a su favor ni en contra de sus compañeros de lira, porque éstos tengan esta u otra técnica. Las obras de arte como las fisonomías humanas, son infinitas, y serán bellas, si no se desfiguran traicionando a la naturaleza.

El ideal religioso, el del progreso, el de la ciencia, el de las industrias no son los únicos que quedan para las próximas jornadas del espíritu. La vida se ha multiplicado, todas las arterias se hallan en función, las vértebras palpitan, lo sublime llega fríamente hasta nuestros huesos. El mundo ha cobrado mil pies y mil alas, y en los países nuevos se está preparando para utilizar una inmensa masa poética, el arte genial, el que Europa nos pide: la música de la floresta, el alma de las razas vencidas, el ritmo de la hora, la pintura de color y diseño imitados de la naturaleza, por más que parezcan inverosímiles, pues aquí hasta las montañas se han levantado en forma artística, y la orgía de colores del jardín tropical fatiga al observador y le encanta con el hechizo de sus maravillas.

Y no es arrogancia decirlo, ya nuestra incorporación en la literatura europea, o más bien invasión del alma americana en Europa, en España, en Francia mismo, vase verificando.

¿No es verdad? De América procede la renovación de la prosa esterilizada después de los siglos de oro. Aquí apareció, en improvisación hermosa, una sentimentalidad nueva, un ritmo inédito nacidos del proceso psicológico de la introspección sutil y profunda, que más tarde aprovechará, para idealizar, los múltiples elementos acumulados en estas vastas comarcas, en que la visión y el esfuerzo adquieren amplitud ilimitada e inusitado vigor.

Comprenderéis que, no por lo expuesto, os aconsejo que evitando el contacto con las letras extranjeras y renunciando a los modelos eternos de los siglos clásicos, hagáis literatura de soledad y rebelión. Nó; dentro del comercio universal de las

ideas, sin esquivar la corriente de seducción que nos llega de las civilizaciones máximas, lo que se nos exige es la nota diferencial, el nombre y el sello de la especie y el linaje, la sinceridad limpia y franca como la respiración y la soberbia de ser y de sentir, con señorío, con la altivez primitiva de quien no renuncia aunque pequeño, en frente de las superioridades, al timbre personal y a la ingenuidad creadora.

Sin discutir bizantinismos escolásticos, entregados a nuestra propia índole, hagamos sana independencia en literatura. Seamos libres. La buena libertad sea la consigna. La libertad hizo la Patria. La libertad hará la literatura. Concluiré con estas palabras de un gran artista, Rubén Darío, que, por desgracia, en rarísima vez fué poeta americano: "Con tal que haya un ímpetu personal, conciencia de la senda que se sigue y sincera pasión de lo bello, no importan al criterio sereno los procedimientos o las maneras. . . Se posee la fuerza, o se posee la gracia, cuando no es el genio el que tiene las dos".

¡La gracia, la fuerza, o mejor el genio, os lleven hacia la meta del estadio!

ALBERTO MARIA TORRES

1862

Nació en Cuenca, el 5 de agosto de 1862; es sobrino nieto de doña Margarita Torres Larriva de Ordóñez, madre del capitán Tomás Ordóñez, uno de los patriotas próceres de la independencia cuencana.

En la escuela de los Hermanos Cristianos recibió su instrucción primaria; luego cursó Humanidades en el Seminario Conciliar, dictadas el primer año por Padres de la Compañía de Jesús.

Ingresó en la orden de dominicanos, en Quito, el 25 de noviembre de 1877 y profesó el año siguiente, el mismo día.

En Latacunga comenzó sus estudios de Filosofía racional y experimental y los concluyó en Quito.

En el Colegio—Universidad de Gratz (Austria) hizo sus estudios superiores, y se ordenó de sacerdote y se graduó de Doctor en 1885.

Vuelto al Ecuador ejerció el profesorado de Humanidades, Filosofía, Teología, Cánones y Sagrada Escritura por el espacio de diez y seis años, cuatro de los cuales dictó Filosofía y Religión en la Universidad de Cuenca.

En Loja fué Director del **Liceo Bernardo Valdivieso**; en Latacunga fundó el **Liceo Alberto el Grande**, y en Ambato, la **Sociedad de Estudios Filosóficos y Literarios**.

Es miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia, de Quito.

Su obra principal es un estudio biográfico y crítico sobre el P. Valverde, en la cual con cabal documentación histórica y con recto criterio vuelve por la honra de este célebre Obispo del Perú. El Dr. Domingo Angulo, miembro prominente del **Instituto Histórico del Perú**, juzga esta obra, en carta dirigida al autor, en estos términos: "Es V. R. el primero que en estos tiempos ha salido por la honra del primer Obispo del Perú, defendiendo magistralmente, con la historia en la mano, a ese presunto reo, cuya causa se tenía por indefendible en opinión de no po-

cos. Las notas críticas acerca de los antiguos historiadores de Indias, que preceden al opúsculo, son, a mi juicio de un valor inestimable, y los documentos que han servido como de andamio para formar la biografía, revelan verdadero trabajo y meritisima labor. En una palabra, creo que a lo escrito por V. R. muy poco se podrá añadir en lo sucesivo".

Con estos conceptos sobre esta obra han coincidido escritores notables nacionales y extranjeros, como Honorato Vázquez; Juan Domingo Vargas, Obispo del Perú; Pedro Souto-Maios, del Brasil; Paulino Alvarez, de España; Nicolás Pfeiffer, de Tchecoslovaquia, y J. Muller, de Baviera.

En el *Statts lexicon* de Alemania, J. Muller, escribió el artículo **Valverde** citando al P. Torres.

Ha colaborado en los siguientes periódicos: **El Orden, La Ley, El Industrial, La Corona de María**, de Quito; **El Ecuatoriano**, de Guayaquil; **Revista de la Universidad del Azuay, Eco del Azuay, La Aurora de las Artes**, de Cuenca; **El Lábaro, Hojitas Blanquinegras**, de Loja; **La Rosa del Perú, La Unión**, de Lima; **La Industria**, de Trujillo; **La Voz Dominicana** y **El Santísimo Rosario**, de España.

Bibliografía

LAS OBRAS.—**El Padre Valverde, Ensayo biográfico y crítico**, Guayaquil, 1912.

EL PADRE VALVERDE

CAPITULO VI

Como el contenido de este capítulo es de lo más importante en la presente obra, vamos a redactarlo con las mismísimas palabras de Francisco de Jerez, Secretario de Francisco Pizarro, escritas por orden de éste en la ciudad de Cajamarca, a raíz de los acontecimientos.

"Venido el día sábado, por la mañana llegó al Gobernador un mensajero de Atahualpa, y le dijo de su parte: "Mi señor te envía a decir que quiere venir a verte, y traer su gente armada, pues tú enviaste la tuya ayer armada; y que le envíes un cristiano con quien venga.

"El Gobernador respondió: "Di a tu señor que venga en hora buena como quisiere; que de la manera que viniere lo recibiré como amigo y hermano; y que no le envío cristiano porque no se usa entre nosotros enviarlo de un señor a otro".

"En las calles por do entraban a la plaza puso gente en celada; y tomó consigo veinte hombres de a pie, y con ellos estuvo en su aposento, porque con él tuviesen cargo de prender la persona de Atahualpa *si cautelosamente viniese, como parecía que venía*, con tanto número de gente como con él venía. (1) Y mandó que fuese tomando a vida; y a todos los demás mandó que ninguno saliese de su posada, aunque viesesen entrar a los contrarios en la plaza, hasta que oyese soltar el artillería. Y que él tendría atalayas, y *viendo que venía de ruin arte*, avisaría cuando hubiesen de salir; (2) y saldrían todos de sus aposentos, y los de a caballo en sus caballos, cuando oyesen decir: *Santiago*".

"Con esta respuesta se partió el mensajero; el cual en siendo llegado al real, las atalayas vieron venir la gente.

"Desde a poco rato vino otro mensajero, y dijo al Gobernador: "Atahualpa te envía a decir que no quería traer su gente armada; porque, aunque viniesen con él, muchos vendrían sin armas, porque los quería traer consigo y aposentarlos en este pueblo; y que le aderazasen un aposento de los de esta plaza, donde él pose, que sea una casa que se dice de la Sierpe, que tiene dentro una sierpe de piedra". (3)

"El Gobernador respondió: "que así se haría; que viniese pronto, que tenía deseo de verle".

"En poco rato vieron venir todo el campo lleno de gente, reparándose a cada paso, esperando a la que salía del real; y hasta la tarde duró el venir de la gente por el camino; venían repartidos en escuadrones. Después que fueron pasados todos *malos pasos*, asentaron en el campo cerca del real de los cristianos, y todavía salía gente del real de los indios.

"Luego el Gobernador mandó secretamente a todos los

(1) Pudiera ser que esto fuera un ardid de Atahualpa por coger desprevenidos a los españoles, pero es cierto que debían volver "desarmados" los millares de habitantes de la ciudad de Cajamarca, que "desarmados" también fueron a los baños de Pultamarca, a dar la bienvenida a su nuevo rey.

(2) Siempre la misma condición para su manera de proceder.

(3) Creemos que con este nombre de artillería sólo se designan los tres arcabuces que llevaban los conquistadores, porque el mismo Prescott, tan empeñado en que hubiese muchos cañones que formasen las "cegadas sulfúreas columnas" en la acción de Cajamarca, dice, en la edición de su obra de 1847: "Pedro de Candia con unos cuantos soldados y la artillería, comprendiéndose bajo este imponente nombre dos pequeñas piezas llamadas falconetes, se estableció en la fortaleza os: lo cual no prueba con autoridad ninguna; y en la edición de 1859 sólo afirma que, "en todo el ejército no había más que tres arcabuces y algunos ballesteros, que en todo no pasaba de veinte hombres".

españoles que se armasen en sus posadas y tuviesen los caballos ensillados y enfrenados, repartidos en tres capitanías, sin que ninguno saliese de su posada a la plaza; y mandó al capitán de la artillería que tuviese los tiros asentados hacia el campo de los enemigos, y cuando fuese tiempo les pudiese fuego. (1)

"Con este concierto y orden que se ha dicho estuvo el Gobernador esperando que Atahualpa entrase, sin que en la plaza pareciese algún cristiano, excepto el atalaya que daba aviso de lo que pasaba en la hueste. El Gobernador y el Capitán General andaban requiriendo los aposentos de los españoles, viendo como estaban apercibidos para salir cuando fuese menester, diciéndoles a todos que hiciesen de sus corazones fortalezas, pues no tenían otras, ni otro socorro sino el de Dios, que socorre en las mayores necesidades *a quien anda en su servicio*: (2) y que aunque para cada cristiano había quinientos indios, que tuviesen el esfuerzo que los buenos suelen tener en semejantes tiempos, y que esperasen que Dios pelearía por ellos; y que al tiempo de acometer fuesen con mucha furia y tiento, y rompiesen sin que los de caballo se encontrasen unos con otros.

"Estas y semejantes palabras decían el Gobernador y el Capitán General a los cristianos para los animar; los cuales estaban con voluntad de salir al campo más que de estar en sus posadas. En el ánimo de cada uno parecía que había por ciento; que muy poco temor les ponía ver tanta gente. (3)

"Viendo el Gobernador que el sol se iba a poner, y que Atahualpa no levantaba de donde había reparado, y que todavía venía gente de su real, envióle a decir con un español, que entrase en la plaza y viniese a verlo antes que fuese noche. Como el mensajero fué a Atahualpa hizo le acatamiento, y por señas le dijo que fuese donde el Gobernador estaba. (4)

"Luego él y su gente comenzaron a andar, y el español,

(1) El propósito de Pizarro, de prender a Atahualpa, dependía del modo como este viniese: si venía de buenas le prendería pacíficamente, como Cortés a Motecuzuma; pero si venía de malas, se vería precisado a prenderlo por la fuerza. Es la intención que se manifiesta en todas sus embajadas.

(2) "Que andaban en el servicio de Dios, por cuanto daban lugar a la promulgación del Evangelio", era la idea dominante en el ánimo de los conquistadores, y de ella se acordaban principalmente en los momentos de mayor peligro.

(3) Así es como el sentimiento religioso, en ésta como en otras ocasiones no menos peligrosas, convertía en héroes aun a los más cobardes y medrosos.

(4) "El Gobernador le envió a decir que le rogaba que viniese luego, porque le esperaba a cenar, y que no había de cenar hasta que fuese". "Carta de Hernando Pizarro", ap. Cantú, ut supra.

volvió delante, y dijo al Gobernador, que venía, y que la gente que traía en la delantera traían armas secretas debajo de las camisetas, que eran jubones de algodón fuertes, y talegas de piedras y hondas; que le parecía *que traían ruin intención*.

"Luego la delantera de la gente comenzó a entrar en la plaza; venía delante un escuadrón de indios vestidos de una librea de colores a manera de escaques; estos venían quitando las pajas del suelo y barriendo el camino. Tras estos venían otras tres escuadras vestidos de otra manera, todos cantando y bailando. Luego venía mucha gente con armaduras, patenas y coronas de oro y plata.

"Entre estos venía Atahualpa en una litera aforrada de pluma de papagayos de muchos colores, guarnecida de chapas de oro y plata. Traíanle muchos indios sobre los hombros en alto, y tras de ésta venían otras dos literas y dos hamacas, en que venían otras personas principales; luego venía mucha gente en escuadrones con coronas de oro y plata. Luego que los primeros entraron en la plaza, apartaron y dieron lugar a los otros.

"En llegando Atahualpa en medio de la plaza, hizo que todos estuviesen quedos, y la litera en que él venía y las otras en alto: no cesaba de entrar gente en la plaza. De la delantera salió un capitán, y subió en la fortaleza de la plaza, donde estaba el artillería, y alzó dos veces una lanza a manera de señal.

"El Gobernador, que esto vió, *dijo a fray Vicente que si quería ir a hablar a Atahualpa con un faraute (esto es con uno de los dos intérpretes que tenían)*; (1) él dijo que sí, y fué con una cruz en la mano y con su Biblia en la otra, y entró por entre la gente hasta donde Atahualpa estaba y le dijo por el faraute:

(1) Visto el marqués D. Francisco Pizarro que Atahualpa venía ya junto a la plaza, "envió" al Padre Fray Vicente de Valverde, primer Obispo del Cuzco y a Hernando de Aldana, un buen soldado, y a Don Martinillo Lengua, que fuesen a Hablar a Atabalipa y "a requerirle" de parte de Dios y del Rey se sujetase a los ley de Nuestro Señor Jesucristo y al servicio de su Magestad, y que el Marqués le tendría en lugar de hermano, y no consentiría le hiciesen enojo ni daño en su tierra". Pedro Pizarro, Relación del descubrimiento etc., etc. Ap. Doe. ined. Madrid, 1844, t. V.—"Entrado (Atahualpa) hasta la mitad de la plaza, reparó allí, e salió un fraile dominico que estaba con el Gobernador, a hablarle "de su parte" que el Gobernador le esperaba en su aposento, que le fuese a hablar". "Carta de Hernando Pizarro", ubi supra. La salida, pues, del P. Valverde a hablar con Atahualpa, con inminente peligro de la vida, obedeció al deseo de cumplir por su parte con un deber que creía indispensable: que no estaba loco, para hacer, por puro comedimiento, una acción tan heroica.

"Yo soy sacerdote de Dios, y enseño a los cristianos las cosas de Dios, y así mismo vengo a enseñar a vosotros. Lo que enseño es lo que Dios nos habló, que está en este libro; y por tanto, de parte de Dios y de los cristianos te ruego que seas su amigo, porque así lo quiere Dios, y venirte ha bien de ello, y vé a hablar al Gobernador, que te está esperando." (1)

"Atahualpa dijo que le diese el libro para verle, y él se lo dió cerrado; y no acertando Atahualpa a abrirle, (2) el religioso extendió el brazo para lo abrir, y Atahualpa *con gran desdén le dió un golpe en el brazo*, no queriendo que lo abriese; y porfiando él mismo por abrirle, lo abrió; y no maravillándose de las letras ni del papel, como otros indios, lo arrojó cinco o seis pasos de sí. (3)

(1) "El dijole como era sacerdote, é que era enviado por el emperador para que le enseñase las cosas de la fe "si quisiesen ser cristianos", é mostróle un libro que llevaba en las manos é, dijole que aquel libro era de las cosas de Dios". "Carta de Hernando Pizarro", ubi supra.—"Pues llegado que fué el Padre a las andas donde Atabalipa venía, le habló y le dijo á lo que iba, y le predicó cosas de nuestra santa fe, declarándoselas la lengua. Llevaba el Padre un breviario en las manos "donde leía lo que predicaba". Relación de Pizarro ubi supra.—Al cual le comenzó a decir cosas de la sagrada escriptura y que nuestro Señor Jhesucristo mandaba que entre los suyos no hubiese guerra ni discordia sino toda paz, y "que él en su nombre ansy se lo pedía é requería" pues había quedado de tratar della el día antes y de venyr solo sin gente de guerra". "Anónimo Primero, Véase Preliminares". Num. 7.—De manera que, según los tres Pizarros, y el Secretario Jerez, y el "soldado anónimo", todos ellos actores en el drama de Cajamarca, el P. Valverde, sea por la imperiosa estrechez del tiempo, sea por no estar de acuerdo con todas las proposiciones del usual Requerimiento, no lo pronunció sino "en compendio", acentuando principalmente, con palabras que los soldados-cronistas suponen de la Sagrada Escritura, su misión de sacerdote de Dios, a cuyo nombre "ruega al Inca" que sea amigo de los cristianos y vaya de paz a recibir la visita del Gobernador: conclusión práctica, que pone de manifiesto el empeño del Padre por evitar la efusión de sangre, coadyuvando solamente a la repetición del drama de la captura de Mutezuma. A esto, y a nada más que a esto, se reduce el sermón del P. Valverde, que tan "famoso" lo han vuelto la superchería, la ignorancia o la malevolencia de una cáfila de escritores en cuatro siglos. Quien dijere lo contrario, que lo pruebe con autoridades de mayor peso que las citadas. Léase el Apéndice III de esta obra.

(2) Las Biblias, los Breviarios y otros libros manuales de aquel tiempo llevan efectivamente cerraduras metálicas de difícil manipuleo, como pueden verse todavía en las antiguas Bibliotecas conventuales.

(3) Se ve que el Inca i.o estaba ya complacido y sonriente, como la víspera, en la casa de "los Baños", cuando pensaba que los españoles se hubieran puesto mansamente a la disposición. La descortesía de Pizarro en no salir a encontrarlos siquiera a la puerta de la ciudad; el haberse escondido hasta los capitanes que le visitaron el día anterior; el verlos posesionados de la fortaleza de la plaza, contra su expresa prohibición; motivos eran más que suficientes para encender la cólera de un autócrata acostumbrado a que se le tributaran de rodillas los honores de la Divinidad. Añadióse la presencia de un sacerdote del nuevo Dios, que imploraba su amistad para con aquellos que él creía que de miedo se habían escondido, y esa cólera estalló.....

"Y a las palabras que el religioso había dicho por el faurte respondió *con mucha soberbia*, diciendo: "Bien sé lo que habéis hecho por ese camino, cómo habéis tratado a mis caciques y tomado la ropa de los bohíos. (1)

"El religioso respondió: "Los cristianos no han hecho esto; que unos indios trajeron la ropa no lo sabiendo el Gobernador, y él la mandó volver". (2)

"Atahualpa dijo: "No partiré de aquí hasta que toda me la traigan". (3)

"El religioso volvió con la respuesta al Gobernador; (4)

"Atahualpa se puso en pie encima de las andas, hablan-

(1) E el Atabalipa pidió el libro é arrojó en el suelo, y le dijo: "Yo no pasaré de aquí hasta que me déis todo lo que habéis tomado en mi tierra: que yo bien sé quien sois vosotros y en lo que andáis". Carta de Hernando Pizarro.—"El Atabalipa se lo pidió (el libro), y él cerrado se lo dió: y como le tuvo en las manos y no supo abrirle, arrojó al suelo: llamó al Aldana que se le fuese a él y le diese la espada, y el Aldana la sacó y se la mostró, pero no se la quiso dar. Pues pasado lo dicho, el Atabalipa les dijo "que se fuesen para bellacos ladrones, y que los había de matar a todos". Rel. de Pedro Pizarro. "Y después de visto (el libro), le arrojó por entre la gente con mucha yra y el rostro muy encarnizado, diciendo: "dezilles á esos que vengan acá que no pasaré de aquí, hasta que me den quenta y me satisfagan y paguen la que han hecho en la tierra". Rel. del Anónimo 1^o.—Como se ve, la causa "única" de la indignación de Atahualpa son los robos y atropellos cometidos por los españoles en el camino; no hay la más remota alusión a que le causasen esa cólera verdades que le decía el P. Valverde.

(2) Evidentemente, que los españoles no habían de ponerse las ropas de indio para presentarse a Atahualpa. Ellos se guardarían el oro y nada más.

(3) Clara y terminante declaración de guerra, hecha quizás impremeditadamente por el airado Monarca, en contradicción de todos los sentimientos pacíficos y benévolos que había manifestado antes, cuando aun no tenía a los españoles en su poder.

(4) Oída la intimación de guerra, y mientras Atahualpa se ponía en pie y arengaba a sus guerreros, y Valverde volvió con la respuesta al Gobernador, ¿qué le dijo? No le dijo sino "lo que había pasado con Atahualpa" y entre ello, "que había echado en tierra el Breviario o Biblia" que había querido registrar. "Pues oído esto el Padre se volvió y contó al Marqués lo que había pasado". Relación de Pedro Pizarro. Pero Hernando Pizarro, que pinta como más apurada la situación, dice que "el fraile fué al Gobernador é díjole "que qué hacía", que ya no estaba la cosa en tiempo de esperar más"; como que en verdad, declarada ya la intención hostil del Inca, que en ese mismo momento llamaba a las armas a su gente, a Pizarro no le quedaba otro arbitrio que el de huir o el de tomar inmediatamente la ofensiva. Pero estas palabras que trae Hernando Pizarro como pronunciadas por el P. Valverde, no se han de tomar a la letra, porque, como él mismo afirma, él no las oyó, sino "que el Gobernador se lo envió á decir": no las oyó tampoco el "soldado anónimo", que estuvo ese momento con sus compañeros de la caballería, en uno de los galpones distantes del lugar del suceso y del cuartel de Francisco Pizarro. Por esta razón, la única autoridad fidedigna respecto a los diálogos habidos entre Atahualpa y Valverde, y entre éste y Pizarro, momentos antes de la matanza de Cajamarca, es la de Jerez, o de que él mismo, como secretario, estuvo al lado de Pizarro, y lo oyó todo, o porque éste se lo dictó cuando en el mismo teatro de la acción escribía su crónica.

do á los suyos *que estuviesen apercebidos*. (1)

"El religioso dijo al Gobernador *lo que había pasado con Atahualpa* y que había echado en tierra la Sagrada Escritura.

"Luego el Gobernador se armó un sayo de armas de algodón, y tomó su espada y adarga, y con los españoles que con él estaban *entró por medio de los indios y con mucho ánimo, con solos cuatro hombres que le pudieran seguir, llegó hasta la litera donde Atahualpa estaba, y sin temor le echó mano del brazo izquierdo, diciendo: ¡Santiago!*" (2)

"Luego soltaron los tiros y tocaron las trompetas, y salió la gente de á pie y de á caballo. Como los indios vieron el tropel de los caballos, huyeron muchos de aquellos que en la plaza estaban; y fué tanta la furia con que huyeron, que rompieron un lienzo de la cerca de la plaza, y muchos cayeron unos sobre otros. Los de caballo salieron por encima de ellos, hiriendo y matando, y siguiendo el alcance... En todo esto no alzó indio armas contra español, *porque fué tanto el espanto que tuvieron de ver al Gobernador entre ellos*, y soltar de improviso el Artillería y entrar los caballos al tropel, como era cosa que nunca habían visto que con gran turbación procuraban más huir por salvar las vidas que de hacer guerra... (3)

(1) E levantóse (Atahualpa) en las andas, é habló á su gente, é hubo murmullos entre ellos "llamando á la gente que tenían á las armas". Carta de Hernando Pizarro. ¿Qué hizo entonces Francisco Pizarro? ¿Qué es lo que debió hacer?... "Se armó un sayo de armas de algodón y tomó su espada y adarga"; lo que prueba que Pizarro hasta última hora estuvo en la creencia de que el Inca hubiera ido pacíficamente a cenar con él en su aposento; de no ser así, ¿por qué estarse desarmado en semejantes circunstancias?

(2) De suerte que, sin que se hubiera echado un solo tiro ni arrojado un solo dardo, la batalla estuvo completamente ganada: Atahualpa asido de repente por el brazo poderoso de Pizarro que lo tiraba al suelo, no tuvo tiempo ni para dar un grito; y los indios viendo a su Rey en manos de Pizarro, y que los rodaderos de éste acuchillaban sin piedad a los que sostenían las andas reales y a los caciques que iban detrás de ellas, sólo pudieron huir despavoridos.... Los arcabuceros, pues, y la artillería, si la hubo, no pudieron descargar sino el primer tiro, pues salió inmediatamente la caballería, que despejó la plaza y siguió el alcance de los fugitivos, hasta volver con "tres mil de ellos" que tomaron prisioneros. Y todo esto en menos de una hora, y a la tenue luz de una noche oscura y lluviosa.—Por no fijarse en este habilísimo golpe de mano, que pone a Pizarro al nivel de los más grandes capitanes, se ven precisados casi todos los escritores a perderse en mil conjeturas sobre el por qué de no haber peleado los indios y a pintar la situación de Atahualpa en este momento con colores más ó menos poéticos, pero siempre productos de la imaginación y nada más.

(3) Gelpi y Ferro, el inteligente y caballeroso capitán de navío, dice refiriéndose a esta tragedia: "Parece increíble que hasta el concienzudo Prescott se haya dejado llevar de la corriente que continuamente arrastra a los historiadores

"Y el Gobernador se fué a su posada con su prisionero Atahualpa, despojado de sus vestiduras, que los españoles le habían roto por quitarles las andas. Cosa fué maravillosa ver preso en tan breve tiempo a tan gran señor que tan poderoso venía. El Gobernador mandó luego sacar ropa de la tierra y le hizo vestir; y así, aplacándole del enojo y turbación que tenía de verse tan presto caído de su estado, en otras muchas palabras, le dijo el Gobernador: "No tengas por afrenta haber sido así preso y desbaratado, porque los cristianos que yo traigo, aunque son pocos en número, con ellos he sujetado más tierra que la tuya y he desbaratado otros mayores señores que tú, poniéndolos debajo del señorío del Emperador, cuyo vasallo soy, el cual es señor de España y del universo mundo, y por su mandato venimos a conquistar esta tierra, *porque todos vengáis en conocimiento de Dios y de su santa fe católica*, y con la buena demanda que traemos permite Dios, criador de cielo y tierra y todas las cosas criadas y *porque lo conozcáis y salgáis de la bestialidad y vida diabólica en que vivís*, que tan pocos como somos sujetamos tanta multitud de gente; y cuando hubiéreis visto el error en que habéis vivido, conoceréis el beneficio que recibís en haber venido nosotros a esta tierra por mandado de su magestad; y debes tener a buena ventura que no has sido desbaratado de gente cruel como vosotros sois que no dáis (¿cuartel?) a ninguno; nosotros usamos de piedad con nuestros enemigos vencidos, *y no hacemos guerra sino a los que nos la hacen*, y pudiéndolos destruir, no lo hacemos, antes los perdonamos; que teniendo yo preso al cacique señor de la isla, lo dejé porque de ahí adelante fuese bueno; y lo mismo hice con los caciques señores de Tumbes y Chilimasa y con otros, que teniéndolos en mi poder, siendo merecedores de muerte, los perdoné. Y si tú fuiste preso, y tu gente desbaratada y muerta, *fué porque venías con tan gran ejército contra nosotros, enviándote a rogar que vinieses de paz, y echaste en tierra el libro donde estaban las palabras de Dios*, por

modernos a declamar: "Estos (los peruanos), dice, cogidos de sorpresa, aturridos por el ruido de la Artillería y Arcabucaría cuyos ecos zumbaban como el trueno entre los edificios, y cegados por el humo que en sulfúreas columnas se extendía por la plaza, se llenaron de terror y no sabían a donde huir para libertarse de la ruina que creían cercana". Aquí Prescott quiso imitar a Robertson y a otros, que tenían siempre en sus bufetes parques de Artillería para prestar cañones y fusiles a los conquistadores. Prescott al escribir este párrafo había olvidado que los soldados de Pizarro quizás no tenían tres arcabuces listos para hacer fuego". "Estudios sobre la América". Habana, 1864, pág. 235. Nota.

esto permitió Dios nuestro Señor que fuese abajada tu soberbia, y que ningún indio pudiese ofender a ningún cristiano". (1)

"Hecho este razonamiento por el Gobernador, respondió Atahualpa *que había sido engañado de sus capitanes*, que le dijeron que no hiciese caso de los españoles; *que él de paz quería venir, y los suyos no lo dejaron*, y que todos los que le aconsejaron eran muertos....(2)

"Donde a poco rato entraron todos en el real con gran presa de gente que habían tomado a vida, en que había *más de tres mil* personas....

"La batalla *duró poco más de media hora*, porque ya era puesto el sol cuando se comenzó; (3) si la noche no la atajara, *que de más de treinta mil hombres que vinieron quedaron pocos*. Es opinión de algunos que han visto gente en campo, que habían más de cuarenta mil; en la plaza quedaron muertos *dos mil*, sin los heridos". (4)

Tal fué la acción de Cajamarca, con la que terminó la

(1) Muy bien conocía Pizarro la importancia del pretexto religioso para coonestar cualquier barbaridad: de ahí que desde un principio comenzase a beneficiar en provecho suyo el hecho de haber arrojado Atahualpa el breviario del P. Valverde.

(2) Efectivamente, todos los principales que venían en literas y hamacas detrás de las andas de Atahualpa, fueron pasados a cuchillo al mismo tiempo que lo tomaban a éste. Fueron éstos sin duda los que dijeron en los "Baños" al indio de San Miguel "que todo es nada, que luego matarían a todos los españoles con sus lanzas. Del número de estos malos consejeros fué también el "sumo sacerdote" de Pachacámac, de quien cuenta Jerez lo siguiente: "Pasados sesenta días de la prisión de Atahualpa, un cacique del pueblo donde está la mezquita (Pachacámac), y "el guardián de ella", llegaron ante el Gobernador, el cual preguntó a Atahualpa, que quién eran: dijo que uno era señor del pueblo de la mezquita y el otro guardarán de ella, y que se holgaba con su venida, "porque pagaría las mentiras que le había dicho": y pidió una cadena para echar "al guardián porque le había dicho que hiciese guerra a los cristianos, que el ídolo le había dicho que los mataría todos".

(3) "Aunque la matanza fué incesante, fué también de corta duración; pues sucedió en el tiempo que media entre el principio y fin del crepúsculo que en los trópicos "no excede de media hora", dice Prescott en su "Hist. de la C. del P." (1847), t. I. pág. 394.

(4) "Jerez dice que murieron dos mil peruanos; y téngase entendido que aquellos hombres ni pensaron siquiera que fuese conveniente "disminuir el número de muertos". Quizás "tenían empeño en aumentarlo", porque los soldados de aquel tiempo tenían ideas distintas de las nuestras". Gelpi y Ferro ubi supra, pág. 235.—En un combate que duró "tres" horas, entre "cuarenta mil", indios de una parte, y Hernán Cortés con "cuatrocientos" hombres de artillería, infantería, y caballería de otra, no hubo sino "doscientos veinte muertos y "dos prisioneros de los indios y "veinte heridos" de los españoles: "Crean vuestras reales altezas por cierto que esta batalla fué vencida más por voluntad de Dios que por vuestras fuerzas, porque para con cuarenta mil hombres de guerra para defensa fuera cuatrocientos que nosotros éramos", dice el mismo H. Cortés en su "Carta Primera" de 10 de Julio de 1519: "Hist. Primitiv. de Indias", t. 19 de la edic. de Rivadeneira, 1877.

vida semisalvaje de millares de años y se abrió la puerta a la civilización en todo el hemisferio austral del Nuevo Mundo. La hemos narrado con las mismas palabras de su protagonista Francisco Pizarro, dictadas a su secretario Francisco de Jerez o, por lo menos, vistas y aprobadas en la *Relación* redactada por éste en la misma ciudad de Cajamarca, al día siguiente del suceso, y publicada dos años después en España, donde ya estaban varios de los otros actores que podían contradecirlas. La hemos corroborado con las propias palabras de Hernando Pizarro, hermano del anterior y que en la tragedia de Cajamarca desempeñó el papel de Capitán General, o de segundo Jefe, según decimos hoy, palabras dirigidas oficialmente a sus superiores de la isla de Santo Domingo, al año cabal de lo acaecido. Y hemos completado la narración con las propias palabras también de otro actor no despreciable, de Pedro Pizarro, deudo próximo de los anteriores, palabras escritas a los treinta y nueve años del acontecimiento, en vista de los juicios contradictorios que ya por entonces acerca de él se formaban y aun llegaban a expresarse por medio de la imprenta.

De las claras y terminantes afirmaciones de estos tres testigos, mayores de toda excepción se deduce:

1º.—Que Francisco Pizarro expedicionó sobre Cajamarca resuelto a apoderarse del Inca Atahualpa, a fin de traerlo en conocimiento del verdadero Dios y de su Santa fe católica, o por lo menos, a fin de que éste no impidiese hacerlo con los habitantes de los pueblos que ya se le habían sometido. A este efecto envióle desde el camino, y aun desde la misma ciudad de Cajamarca, varias embajadas, brindándole con la paz o amenazándole con la guerra, según como él quisiera recibirlo.

2º.—Que Atahualpa, por su parte, resolvió también apoderarse de Pizarro y sus compañeros, sea para castigarles sus desafueros cometidos en el reino, sea para servirse de ellos y de sus armas y caballos, en la guerra de exterminio que tenía emprendida. Con este motivo procuró atraerlos al interior del país, y no darles ocasión a que se desviasen del camino y fuesen a engrosar las filas de Huáscar, o a confederarse con los Cañaris que ardían en venganza por las crueldades últimamente cometidas en su territorio.

3º.—Que puestos frente a frente, en la plaza de Cajamarca, Pizarro con sus ciento sesenta y cuatro valientes y Atahualpa con sus cinco o seis mil hombres de guerra, cumplió aquél con un mandato real enviando a éste un mensaje último de paz,

después de apercibirse para la guerra; mensaje al que contestó el mal aconsejado Monarca con la prematura declaración de guerra, cuyos estragos experimentó al momento, siendo él mismo su primera víctima.

4º.—Que para llevar este último mensaje a un autócrata feroz como Atahualpa, atravesando solo por entre millares de bárbaros, que a la mínima insinuación de su amo podían desmenuzarse a martillazos, se necesitaba un hombre de singular valentía y de extraordinario celo por el cumplimiento de las órdenes de Dios y del Rey; y que este hombre fué el Padre Valverde, quien, apremiado por la inminencia del peligro, apenas tuvo tiempo para pronunciar aquellas apostólicas palabras que trae Jerez; retirándose luego a dar cuenta al Gobernador de lo que acababa de pasar con el Inca, y de la ninguna esperanza que quedaba ya de poder reducirlo de paz.

A esto y a nada más que a esto, se reduce la intervención del P. Valverde en la tragedia de Cajamarca. Lo del clásico sermón, dividido en dos partes y con exordio, proposición y epílogo; lo de las jurídico-teológicas respuestas de Atahualpa; lo del libro que éste creía que sabía hablar; lo del "salid a ellos que yo os absuelvo;" lo del "no hiráis de tajo y revés, porque no se quiebren las espadas," etc., etc., todo es pura patraña, forjada por gente malévola o ignorante, en abierta pugna con los datos más fehacientes de la historia y los dictámenes más obvios del sentido común. (1)

A nadie más que a los Pizarros interesaba sincerar su conducta ante la Corte española y el mundo entero, declinando en la persona del P. Valverde parte siquiera de todo lo odioso que hubo en la acción de Cajamarca. Si no lo hicieron, fué

(1) Véase en el Apéndice 1º de este "Ensayo" el origen y el progreso de las calumnias contra Valverde, relativas a éste y otros puntos de su vida. Adelantaremos aquí una muestra de la sagacidad y malicia con que desde un principio se soltaron algunas tendenciosas expresiones que al andar de los tiempos fueron convirtiéndose en monstruosas calumnias. Refutando, dizque, al P. Las Casas un Gobernador de la isla Margarita, deja caer contra el P. franciscano Fray Marcos de Niza estas frases que bien pudieran convertirle en otro "Valverde", al haber seguido en el Perú y desempeñado los odiosos cargos que él desempeñó: "Los envajadores le alcanzaron y dieron la envajada, y el Gobernador prosiguió su camino y Atavalipa le estaba esperando muy en orden que es cuando dice el Obispo (Las Casas) que prendió don Francisco Pizarro le mató y degolló mucha gente, continuando tan grandes crueldades que certifica Fr. Marcos de Niza que se halló presente y fué testigo de todas, "y pudo ser que el dicho Fr. Marcos fuese parte a que prendiesen al dicho Atavalipa y le matasen tanta gente". (!) Apologías y Discursos de las Conquistas Occidentales, por D. Bernardo de Vargas Machuca. De la Margarita, a 10 de Agosto de 1612. Ap. "Doc. inédit. (Madrid, 1879) tomo 7º.

porque la corrección con que procedió el Padre, no sólo no dió asidero a quimera alguna, antes bien fué parte no pequeña para que el emperador Carlos V expidiese aquella cédula de 21 de Mayo de 1534, fecka en Toledo y refrendada por el Contador Mayor, en la cual "se dió gracias al P. Valverde *por el buen suceso que tuvo en el viaje que hizo con el Gobernador Pizarro contra el cacique Atabalipa*, y se le encargó el cuidado en la instrucción y conversión de los indios, diciéndole estaba muy presente *el servicio que hizo* y los trabajos que pasó. (1)

(1) Fernández de Madrigal. "Memorial de las cédulas que se han despachado a la Religión de Santo Domingo, etc. Ap. Meléndez, t. 1º, pág. 203 Véase "Preliminares", N.º. 22.

ERNESTO LOPEZ

CABALLERO DE LA PAZ

EN LA GUIA CERVANTINA

Y quién dice que nuestro señor don Quijote ha muerto? ¿Cide Hamete Benengeli? Si lo ha dicho, ayuno estaba de saber que hay vidas inmanentes no sujetas a la gomia de la muerte.

Por de contado, un conterráneo de Cide aquel, Abd—el Kader, contábanos, hará obra de cuatro años, las épicas hazañas del caballero español, cuándo por las vegas de Alhucemas, cuándo por las riberas del Kert, ya por el Peñón de la Gomera, el Monte Negrón y Melilla, ya por los desgalgaderos y llambrias del Gurugú.

Ultimamente, otro moro, Beni—Urriaguel, refiérenos cómo el cenceño y acerino señor ha acometido la jamás vista aventura, digna de entallarse en bronces y en mármoles esculpirse.

Dícenos esa historia que el prócer, cansado de su secular descanso, resolvió irse a lozanear por esos mares adelante, para reducir a la Paz a los pueblos europeos; teniendo semejante empeño como de clavo pasado para el rejo de su brazo; sin contar con que antaño daba un golpe en el clavo y ciento en el herraje.

Y un día llamó a su vecino Sancho Panza, y díjole cómo tenía determinado para, de allí a poco, hacerse a la vela; no yá en el puerto Lápice, como otra hora, sino en el de Barcelona, la urbe condal, archivo de la cortesía y en sitio y belleza única—bien que, de recuerdos no en todo gratos para él.—Y que, pues tán fiel escudero tenía jurado perpetuo vasallaje, de grado vendría en seguirle para hazaña tal en que le iba culminación de fama y al mundo provecho tanto.

Contestóle Sancho que era contento de seguirle, amén de que yá le iba poniendo enojo estarse en casa, como la buena mujer, con la pierna quebrada; y que era deseoso de las antiguas andantescas correrías, de que, si se sacaban estacazos y man-

teamientos, en veces, había ocasión de embaular entre pecho y espalda unas espumas y unos cuartos de capón que los quisiera a la hora, y, a más, se estaba a dos dedos de venir a ser dueño de un insulo.

Sancho, amigo, replicóle su amo, aún hay sol en las barbas; y nunca puede venir más pintiparada la ocasión para que alcances coronarte príncipe de la mejor Insula que el mar oceánico encierra.

Pues, repuso Sancho, las bestias están a punto, el puerto no está lejos y la gana de aventuras carga; y, así, no hay más sino salirnos con gentil compás de pies; y vea vuesamercé cómo poner orden a sus negocios, sin olvidar la póliza de los pollinucos ésos, que, ahora, ha de ser doblada; y manos a la obra, que en la tardanza va el peligro, y el que no madruga no ve salir el sol, y día de mucho, vispera de nada. Tanto más, señor, añadió, cuanto ya nadie puede empecer; pues, la ama y la sobrina duermen en el hoyo—y era verdad que habían muerto—y el cura y Sansón Carrasco, por los cerros de Ubeda; y buen año para los libreros, ítem más que se dice va a celebrarse a un tal manco, escritor de vuestra historia.

Durante el obligado reposo a que le redujera el lanzón de ese Bachiller o Caballero de la Blanca Luna, allá por las calendas de ciertas justas de Barcelona, el insigne manchego leyó mucho; que ya no había curas ni amas que, en osada búsqueda, le podasen su librería. Y, a la sazón, tenía atiborrado el magín de libros de la Paz y de la Guerra; siquiera antes, entre los de caballería, leyese uno que decía al caso de un tal Albericus Gentilis, el mismo que diera el material científico que aprovechó el fundador del Derecho internacional, Hugo Grotius.

Rocinante y el rucio podían valerles a sus amos al intento de la generosa escapada, las bestezuelas parecía que de ellos recibieran algo de su incorruptibilidad, magüer fuese cierto que estaban venidas a menos.

Y, así, un día de fines del pasado año, a punto que el lumínico Febo, por el domo azul, iba suspendiendo con fíbulas de oro las róseas cortinas que, de sus bordaduras, perlas y pedería derramaban por montes y prados, salieron de su aldea el andorrero hidalgo español y Sancho, tomando camino a Barcelona.

Al llegar a sus aledaños, vieron venir, en la misma dirección, piafante automóvil que los viajeros tomaron por cosa de encantamiento. El artefacto, con su bocina, les prevenía hacerse a lado; don Quijote, a grandes voces, como bocinadas, mandábele parar; pero el vehículo no paró sino que volaba y luego

los alcanzó.

Rocinante, no hecho a ver tales máquinas desaforadas dió un salto y cayó no sólo despaldado sino muerto; y es lástima que fué la mejor pieza que pació en el mundo. El rucio, menos ágil de remos fué arrollado y apabullado por las ruedas, y quedaron rodando por los suelos bestias muertas, carruaje volcado y viajeros contusos.

Agentes de la Guardia Civil acorrieron a éstos, y luego prendieron a los inocentes causadores del desaguisado, y los pusieron a merced de una Oficina de pesquisas. Menos mal que, siendo pruebas de autenticidad, yá que no las cortesés razones, la atenuada y triste figura del amo y la oronda del criado, fueron devueltos a su natural libertad.

* *

Llegados a la rada barcelonesa, don Quijote fijó su atención, entre otras, en una barca de llamativa traza, especie de cúter, pinaza o tartana con aparejo de abanico, que de todo tenía, y dijo a su escudero: Sancho; ese barco, allí, donde le ves, derechamente, y sin poder ser otra cosa, en contrario, llámame y me convida a que éntre en él y vaya a dar socorro a alguna menesterosa nación, de las que combatiendo están a la hora.

Lo que oído por un faraute de la barca, fueron invitados a ocuparla, con los encarecimientos del oficio. Allí, encontraron buen golpe de gente, y, por dicha, un disertor escritor andaluz, cronista matritense y recién venido de los campos de la guerra.

Era éste a quien necesitaba, para orientar su alto desigmo, don Quijote, y él quien hacía falta, en esas muertas horas de la calma dicha, al humor del andaluz. El cual, después de informar al Capitán de lo concerniente al pelaje del hidalgo y de su criado, y hacer de modo que éste cayese en manos de los marineros, fué al manchego, tras de ofrecérsele en brillante andaluzada, le enderezó un cuestionario sobre las causas y objeto de su viaje.

Entretanto, tenía sobre la pista a Sancho y, manidamente, azuzaba a la jauría marinesca para que acosasen al asendreado Panza, a hurto de su amo.

Lo que fué cortesía de las olas, al zarpar el barco, tornóse, luego, en furia de buscar el cielo y ser llamado por el abismo; y Sancho, ahito, empezó a sufrir tales bascas que puso en movimiento a los granujas que urdían trasas de pasar

el rato, a costa de él. Persuadiéronle ellos de que lo conveniente era darle sacudidas contrarias al vaivén del barco, y, a toda prisa, colocándole en un chinchorro, lo mantearon o más bien lo *redearon* de modo que Sancho iba muriendo del vértigo y del miedo de ser lanzado al mar que desde un principio le fué terrorífico; hasta que, al fin, le arrojaron a donde una cuerda le diese favor.

Vociferaba Sancho; maldecía la hora en que su madre le pariera y clamaba a su amo para que le valiese en tal cuita; pero, el chasquido de las olas, el flamear de las velas, el ruido de la maniobra, la risa de la gente y el ensimismamiento de don Quijote, en la conversación, eran parte para que ese gemir de Sancho, ahora manteado por las olas, no llegase a oídos del magnánimo enderezador de entuertos; quien advirtió el desaguisado, al sentir en su propia persona las salpicaduras de la explosión que, por la boca, hizo Sancho, como diciendo:—lo que arrastra honra.

Por las muestras, el de la mancha hiciera una de pópulo bárbaro con la burladora taifa, de no insinuarles el peridista—inspirador de la burla—que descolgasen a Sancho; quien, desde entonces, púsose en seguro, que es como decir que no se desprendió de su amo.

El cual, después de todo, y como caballero en porfía, clavado el pensamiento en su propósito, rogó a su interlocutor proseguir el relato. Este, en garla copiosa, como el pertumar de nardos y claveles, en su tierra, continuó.—Ya expuse a vuestra merced las principales causas de la guerra; el desarrollo y el actual estado de ese belén truculento. Añadiré: que la guerra quedó planteada en la derrota de Sedán, y que ha ido planeándose en la pretensión de Rusia del señorío de Oriente, con el panslavismo, Constantinopla y el Mar de Mármara; en la preterisión que Italia hizo de sus aliados para la acción de la Tripolitania, a la vera del pacto con Alemania y Austria; en el conflicto Agadir, con el corolario de la cesión del Congo francés a Alemania; en la ambición de Inglaterra: el canal de Kiel, la hegemonía naval y comercial, el Oriente, centro de gravedad de su política internacional. He aquí, esquemáticamente, la prehistoria de la actual conmoción de gentes en armas.

Así, observad cómo sobre el cuadro de la guerra se proyectan, a la luz de los hechos, las posturas de las naciones engrescadas. Francia ha ido a la guerra por el supremo imperativo del orgullo herido. Su épica actitud le es consustancial, mientras la actuación de la negociosa Inglaterra es con-

vencional. Francia lucha por el fuero más que por el huevo; Inglaterra, más por el huevo en nido que por la gallina que lo ponga. Si triunfasen, Inglaterra llevaría la sustancia de la victoria; Francia alguna tiritaña, la zupia, agua y lana. Si sucumben, Albión harále cargar las cabras a la bella Lutecia; porque no es migaja el bagaje de ambición que a la guerra ha llevado aquélla: y, a la hora; dirá: entre dos que bien se quieren, con uno que coma, basta; y concluirá parodiando a Luis XV, con un "atrás de mí, que venga el diluvio". Según este criterio, la conducta de Francia, si no ajusta, a lo menos frisa la imprudencia, desde que dejó, entre renglones, o creyó cancelado el consejo de Gambetta: "Pensad en la *revancha* sin hablar de ella". De todos modos, parece, como nunca, hipotecada su suerte, los resultados compaginanse con el clisé conocido antes de la guerra: "Francia tiene miedo, Alemania nó".

Pero ¡quía! ahora hállase tan britanizada que no hay desbritanizador que la desbritanice ni quiere volver a Canosa.

La desamigada Italia, evadida, háse corrido hacia el tremendo garbullo, derivando por las costas del interés, la infidencia y quizá el jingoísmo. Así, su acto de presencia, impropio, perjudica, moralmente, a la coalición. Si los hijos de la madre loba tenían esotéricas disconformidades con Austria, en lo que de irredento tienen, ¿por qué se le juntaron, y ya que se le unieran por qué se arrancan de ella, dejando, así como así, desamasada la alianza? ¿Su desertión no resultará, después de todo, una mala salida diplomática, y, acaso, florecimiento de esa cualidad que apuntó su gran poeta: "di can forsi lupi...le vulpi si piene di froda"?

Rusia, la primera en responder al conflicto austro—servio, representa para los suyos cantidad y no calidad. Sus rodillos, sus atrocidades como las en Polonia y Curlandia, están lejos de la grandeza de la Guerra, y próximos a las barbaridades de Iván el Terrible y Pedro el Grande.

Alemania ha ido, por anticipado, a la guerra: acumuló arreos para pechar con ella en el compás de espera de Sedán acá. Su formidable *tenaza* no tanto está en la táctica sino en su robusta virilidad y en su omnimoda capacidad para la lucha épica. La hombredad de sus enemigos y sus graníticas defensas han sido para ella cosas friables: ha hecho estallar metralla en el mismo heroico pecho francés y en el talón del Aquiles de los mares, mientras ellos y sus senegaleses sólo han acañavereado en la recia epidermis teutona. Por fin, Alemania ha hecho ver a su rival que Europa no es pa-

ra los ingleses, cual parece pretender la divisa de su almirantazgo: "Dos quillas contra una": pues, los mares están desalquilados y sus quillas van garrando y aún hundiéndose, en terrible fracaso; de suerte que el Combate no ha resultado nau-maquía, cual, por descontado, Inglaterra lo tenía.

El barco que hasta entonces andaba solo tierra a tierra, tendióse mar adentro, en sazón que picaba viento terral.

Pero, don Quijote que no daba atención a tales minucias náuticas, con creciente interés, planteó esta encuesta: ¿Cómo es, señor cronista, que pueblos tan cultos se estropean a lo jayanes y no aciertan a ponerse en el plano de luz de la Paz?

Sancho, sin dar lugar a la contestación, inquirió, a su vez: Sabréis decirme, señor bromista, cuál de estos pueblos que se cocean, bien así como pollinos en celo, es el más rico? No has de decir, zafio, bromista sino cronista, le corrigió su amo. Allí se van lo uno y lo otro, como es lo mismo navegar y perder lo comido, replicó Sancho. El interpelado contestóle: Inglaterra, indudablemente, es la nación más rica entre las que luchan. Pues, mía fé, exclamó Sancho, yo seré de aquí adelante amigo de los señores ingleses: pues, hombre rico, hombre honrado; porque no hay más que dos linajes, el tener y el no tener; y, al fin, sobre un huevo pone la gallina, y dame dónde me siente que yo haré dónde me acueste, y, a balazos de plata y bombas de oro, rindió la plaza el moro.

Señor mío, continuad, dijo don Quijote al sevillano,—quien holgaba de oír tales razones de filosofía parda—, que, a dejarle, este bellaco os enhebrará mil refranes, en el largo hilo de su socarronería.

Señor hidalgo, contestóle el periodista, qué componendas ni que pan pintado. Esos congresos de la Paz en la Haya o donde los haya y los tales tribunales de arbitraje, serán letra muerta, urgencias improcedentes mientras no se funde la Ley Internacional: antes, la Ley, después, el Juez. Pero, ahí es nada, que la doctrina objetiva de la guerra mostrando está con argumentos de fuego y sangre que los protocolos que, al fin, cristalizan un insostenible statu—quo de las naciones, serán, por barrenables, agua y lana; en tanto haya pueblos en decadencia y pueblos en expansión y sobrepujanza. Mientras coleen las rivalidades de hegemonía, será el Internacional el menos derecho de los Derechos, y resultará que, guerra acabada es guerra por empezar.

Por este camino, el imperio de la Paz es un mito. No

sino, desde el siglo XVII en que el Derecho internacional se esbozaba, ha habido: Paz de Westfalia, Paz de Utrech, Paz de Aix—le—Chapelle, Paz de París, Paz de Huberstburgo, Paz de Viena; y tantas paces inoculadas del virus de pretensiones, sólo han abortado la Guerra.

Sancho interrumpió al periodista: ruego a vuestra merced se cure de que tocar guitarra a lo rasgueado quiere decir que yá sálga mi amo a bailar, y a eso va.

El sevillano, sin apenas darse cuenta, pegando la hebra del discurso a su última frase, exclamó: La sentencia de Montesquieu no tiene atadero con la Paz; yá que las conquistas lejanas no afirman, definitivamente, a las naciones; sino que el espíritu colonizador, espolcado por el desarrollo comercial, las lleva a la guerra, donde se anulan unas en beneficio de otras. No hace falta nombrar Fenicia, Corinto, Cartago, cuando Inglaterra se siente vacilar, en fuerza de su mismo poder y de su ambición.

En suma: el alma de la ética internacional es el interés; por donde, la infidencia es el vicioso germen de las discordias armadas. No ponen puertas a ese campo los protocolos. Yá tras del de Westfalia, colean los conflictos por la pretensión de Portugal del mare clausum; por la de Francia,—encarnada en Luis XIV—, para la ampliación de sus dominios. No obstante el tratado de Utrech, y más bien derivando del mismo, álzase guerra entre Inglaterra y Francia y, luego, la célebre de los siete años. Después de ésta, aliánse Prusia e Inglaterra, y, por su parte, Francia y Austria. Esta y Prusia fueron a las armas. No mucho después, mancomunadas Austria, Prusia y Rusia repártense la Polonia, en el tratado de San Petersburgo. En seguida firmóse la triple Alianza: Inglaterra, Prusia, Holanda. Vino, a poco, la Revolución Francesa, con su Napoleón que hizo tabla rasa de todos los Pactos. Más después, Inglaterra ataca a Francia. A principios del siglo pasado, Suecia, Dinamarca, Prusia, Rusia, aliánse, en mira de mantener la neutralidad armada. Pasado un año se alián, perpetuamente; Inglaterra, Prusia y Rusia, y, en breve, Francia con Inglaterra. Y, para no alargar la lista, recordaré la alianza pactada, con ocasión de la guerra de Oriente, entre Francia, Inglaterra y Turquía contra Rusia. Por este hilo, sacaréis, señor mío, el ovillo de la enemiga que se tienen estas buenas comadres que, ahora, hacen migas, ahora, riñen, porque sí.

Pero la que mejor ha sabido sacarle el redaño a la industria es Inglaterra: ahí están, como setenas, como derramas, o como galardón de sus armas o de su simple gesto guerrero: Gi-

braltar, La India, Egipto, Africa holandesa, Malta, Chipre, Calais, Singapore, Falkland.

Sancho cada vez más britanizado corta el discurso: Aquel es rico, exclama que está con bien Dios; porque más vale a quien Dios ayuda que quien mucho madruga: quiero decir que Inglaterra está en lo justo; porque, después de Dios, la olla, y, si por el desencanto de mi señora Dulcinea tengo de despegarme, que sea con un corejel. ¡viva quien vence!

Reía el periodista, como rien anilaluces.

Súbitamente, Don Quijote irguió la recia figura, y con el mismo solemne gesto y tremebundo de ante los batanes, embrazó la adarga y blandiendo con furor la espada eliminadora de Alifanfarrones y Brandabarbanes, prorrumpió: Por la orden de caballería que profeso, juro que a todos ellos buscaré en sus reductos, por tierra y por mar, y, de grado o por fuerza, les haré tascar el freno de la justicia hasta que rompan a cantar de paz.

Siguiera el pacifista caballero su reto que todos maravillados escuchaban, mas el conductor del barco advirtió que un buque venía, en guisa de embestirles; y el Capitán ordenó el paio. A poco, la nave de guerra hizo guindamaina y, luego, izando la bandera inglesa, copó al barco. De seguida, en un hermoso bote, pasó un blondo oficial a visitar el bajel, y tras de reconocer que no hacía intérope ni llevaba alijos de armas, sino gente de paz, disponíase a salir, cuando se le atravesó el testarudo caballero español. Quien quiera que seáis, le dijo, habéis de saber que soy don Quijote de la Mancha o, por otro cognomento, el Caballero de los Leones; que, por querer del cielo, vivo aún en esta edad del hierro matador para resucitar, en ella, la del oro de la Paz; haciendo tales hechos de armas que os sea forzoso venir a términos de razón. Así, pues, señor inglés, confesad que vosotros sustentáis la injusticia pública; y ¡dónde nó! conmigo seréis en batalla.

Mirábale el birrote rubio sin entenderle pisca. Pero, don Quijote que tenía sangre en el ojo, mal podía avenirse con la flemma inglesa, remontadamente puesto en cólera exclamó: ¡Inglesitos a mí, a mí inglesitos!, e incontinenti enarboló la espada y arremetió al adusto huésped, tan gentilmen que lo pasara mal, de no ser gran esgrimidor. Y fué el acaso que se armó un campo de Agramante en el barco.

El Capitán asía de don Quijote; don Quijote tundía al inglés: el inglés se defendía dél y golpeaba a Sancho; Sancho se cubría con don Quijote y el Capitán; el cual, al fin, rodó, redondo, arrastrando a Sancho, y entonces, libre don Quijote, acertó al

inglés tal cintarazo que vino éste al suelo, despatarrado, lanzando formidable bordón.

Oído el terno, los del buque abordaron a la barca. El Capitán, a fuerza de razones, alcanzó salvarse; pero, su gentil pasajero fué hecho preso; lo que visto de Sancho, abrazóse dél; por donde, caballero y escudero fueron trasladados al navío inglés.

Dióse orden, por la índole del prisionero, cómo estuviese a horcadas sobre un cañón. Sin embargo, no se dejaba apear el hidalgo, y lejos de dar el brazo a torcer, lanzábales apóstrofes, como suyos.

Había, en el buque, no sólo ingleses sino, además, gente, aliada y los más lince obsequiábanle al manchego con cada pulla, santiguada y papirotazo que él devolvía con retos.

Interin, Sancho, a favor de su veraz olfato, dió en la cocina, y, de luego a luego, entregóse a la ingestión de succulento *rosa—viva*, como aprendió a llamar al *roast—beef*. Un pinche invítóle una caña de manzanilla. Sancho, trasegando el vino, en el odre de su vientre, iba diciendo, entre trago y trago: algo tendrá el agua cuando la bendicen. Y por éste para él ancho camino del comer y del beber, iba cobrándoles ley más y más a los ingleses: porque, según él decía, bien canta Marta después de harta.

En fuerza de refocilarse, el muy meleno, estuviera ausente de su amo que padecía; y, al verlo en tan lamentable figura, rogó al oficial de quien el preso dependía que le pudiese en libertad, y para fundamentar su demanda dijo: Sobre mi señor inglés, que mi amo don Quijote, de su persona, es la más inofensiva criatura que hay en mil leguas a la redonda; y, así mata gigantes y endriagos como dar mandobles en aspas de molino o en cueros de vino tinto; y, pues, más vale pan con amor que gallina con dolor, abrenuncio a vuestra regalada cocina, si está dolido mi señor; que, tenerme ley y no aplecerme, sería cacarear y no poner huevo.

Pero, ya libre, en gracia a su criado angiófilo, el beligeró caballero, revestido de sus armas, llamó a combate a sus ofensores. Visto lo cual, dióse orden de abandonarlo a merced de las olas, puesto en un bote. Y cumplióse el abandono.

Sancho, que vió a su señor en tal estrecho, gritaba: Mi amo y señor natural, por vida de cuatro que vuesa merced va errado, como dar un puño en el cielo, y, así, hágase de parte de los señores ingleses, que, en ello, va ser, a vuesa merced el más famoso caballero y a mi príncipe de la ínsula prometida; y callar y obrar en la tierra y el mar, que,

donde nó, la vaca al buey acornea, y la vaquilla mansa mama de la propia madre y de la ajena.

**

No le oyera don Quijote, si más gritase, que yá el buque buen trecho habíase alejado.

Pero, no le salió la cuenta clara; que, de improviso, reventó un torpedo, resquebrajando al buque por la proa.

En seguida surgió un submarino alemán, cual glorioso cordila, vencedor de un ballenato. Ni tardó en aparecer un acorazado alemán que hizo el salvamento: entre los salvados fué uno Sancho. No bien repuesto él del tártago buscó al comandante del acorazado, y, puesto de hinojos, decíale, señalando un punto gris que se desleía en el horizonte: Mirad, señor, donde lo veis, allí, ese bote es portador de la más preciosa carga; allí, va la flor y nata de la andante caballería, mi amo y señor don Quijote, y ved cómo le socorráis, al punto, que él os pagará mejor de lo que imagináis.

El submarino, deslizándose como atún, pronto llegó.

Pero, el farraguista aventurero, trasoñando, tomaba yá su abreviado esquite por prodigioso hipocampo que un genio protector le enviara en la mejor conyuntura, para que acometiese la hazaña a su brazo confiada, de reducir a paz a los titánicos combatientes. Y, así, cuando los del submarino le instaban venir con ellos, les dijo: Dejadme, malandrines, ¿no veis cómo este hipocampo de doradas crines, de perlas salpicadas, llevándome está a destino jamás a caballero alguno otorgado? ¿No advertís que estas gentiles sirenas, en brillante cardúmen, guíanme cantando el poema de mis hazañosos hechos, mientras van dejando estela de laureles? Teneos, fementina canalla, si no es que yá os estorba la vida.

Replicáronle los del submarino; y él dióse a tregua, a condición de ver al Emperador.

El acorazado regresó a su base naval. El general, con don Quijote, Sancho y el personal de su séquito, dirigióse al frente occidental, donde el Estado mayor actuaba con el Emperador.

**

Aquí el cronista Beni—Urriaguel pone un capítulo bajo el epígrafe: Un caballero de antaño y otro de ogaño; o sea, don Quijote ante el Kaiser Guillermo II. Capítulo que se omite por

bien entendido; y sólo se informa de la alocución del personaje español que se produjo en esta guisa: Grande señor y excelso Capitán, que cifráis en vuestra sola persona los marciales carismas de los Césares y Alejandros, sin que os pueda achacar de conquistador: sabed que, desde la luengua tierra ibérica, viene este vuestro servidor guiado por la estrella de vuestra gloriosa gesta, que no a los portales sino a los alcázares de la victoria encamina. Y, pues, tanto más insigne es la victoria cuánto más generoso el vencedor, os ruego queráis dar término a esta campaña devastadora. Mirad, señor, Francia, el Caballero andante del ideal y de la Luz, señoreador del Arte, y en armas heroico, es el único pueblo digno de emparejar y completarse con el vuestro, en armoniosa ponderación de energías: tendedle amistosa mano, y seréis celebrado por príncipe de la paz, rayo de la guerra y el más grande triunfador que hayan visto los pasados siglos y esperen ver los venideros, y, si, así, no ha de venir la paz, mi espada la hará reinar; que mi oficio es castigar alevosías, sostener la justicia y hacer la paz en el mundo; y, para esto, no en vano, a España llevo en mi pecho y en mi brazo.

Guillermo, concluye el cronista moro, agradeció al hidalgo y estrechó con cariño y respeto esa su española mano.

Entre los agasajos, lo primero, don Quijote visita la frontera que quieren demarcar con metralla y cadáveres Francia y Alemania. En el Campamento Alemán admira las nuevas industrias de que la guerra dispone, y recuerda otros tiempos, cuando bastaba un hombre para afrontarse con otro, y a singular combate remitíanse querellas, de las que los espectadores salían cautivos, quienes por victoria de su mantenedor, quienes por leal obediencia a la mala estrella del suyo.

**

Luego, don Quijote es llevado en aeroplano. Sancho piensa en clavileño. El criado achícase y tiembla; al amo exáltale la altura por donde viaje y clama: Dichosa edad y siglo dichoso éste que las gentes de lo por venir llamarán de la Guerra, por mil maneras heroica, en tierra, mar y cielo, y pregónarán cómo un caballero español, llamado don Quijote de la mancha, al filo de su pacificadora espada, redujo a términos de concordia a los Jerjes y Daríos y Roldanes y Fierabraces, fuertes y temibles cual jamás vieron los siglos.

Los franceses hacen blanco en el aeroplano, que cae entre ellos; donde, sereno, don Quijote es orador de paz. Quiérese-

le desarmar, pero él, echando la espada al suelo y, ardientes los ojos y cruzando los brazos, prorrumpe:

"Nadie la mueva que estar no pueda con Roldán a prueba".

Después, en breve, les da las espaldas. Paso ante paso y a pie—que cabalgadura que no fuese Rocinante no la recibiera de nadie—trasmonta el Pirineo. Sancho le sigue. Va el hidalgo meditabundo y triste; el criado, taciturno. A no dudarlo, cada uno, a su modo, cavila sobre un mismo tema: conversan en silencio. Sancho interrumpe:—Por lo visto, señor, no es éste el camino de la paz ni del regalo, y lo mejor es dejarse de malandanzas.

Don Quijote nada dijo. Lo macerado del cuerpo y del espíritu, la batohola espeluznante de la guerra, el reciente viaje en aeroplano, cosas que, sumadas, y aun cada una de por sí pudieran a otro quitar el juicio, a él a la postre se lo devolvieron.

Mirando a Calpe y Gibraltar reprime un arrebató de cólera. ¿Acaso también yo—se dice—no he hecho cautivos para mi Dulcinea?

*
* *

En verdad, don Quijote ha recobrado la razón. Como un vidente que, en sueños, hiciese una peregrinación divina, aviénesse, tristemente, con la cruda realidad de la vida.

Esta vez, como otra vez, Sancho, certero su sentido objetivista, capta la verdad precaria: triunfa en el mundo del interés.

Pero, don Quijote, intuitivo, impetuoso y firme de voluntad, ingrátido de lo físico, va, derecho, a la verdad que es: alta verdad, si no yá, en un fin, logradera: Por donde, el Ideal del típico Caballero, ahora—como otrora tuvo—mantiene virtud inexhausta para rehabilitar al mundo.

1917.

MANUEL J. CALLE

1865?—1918

Nació en Cuenca. Se educó en el Colegio Seminario. Amargos recuerdos le dejaron los años pasados en este colegio. "**Sunt lacrymae rerum**"—escribe en una de sus charlas sabrosas:—son las lágrimas de las cosas idas, de las cosas muertas que dejaron en el alma heces que no se agotan.... "Infame pudridero de almas lo llama. "Misa diaria, a las siete de la mañana; confesión y comunión obligatoria cada quince días; el silencio por todo lo alto; los pálidos rostros con la mirada en tierra o en el libro; la palabra, pura; el ademán esquivo, el andar despacioso; la delación como régimen y la renegrida salvación eterna como único pensamiento, so pena de expulsión inmediata.... ¡Ah! cómo nos corrompieron esos pedagogos malvados, cómo agotaron la savia generosa de la primera juventud, que bullía hirviente con las recién abiertas ilusiones, con la virilidad inquieta que siente la plenitud de desconocidos llamamientos". De esta opresión brotó como reacción la rebeldía de su espíritu, que, así, naturalmente, se llegó al liberalismo, como a doctrina redentora. Pero llevaba en el alma "las heces que no se agotan", bebidas en los días de tormentos espirituales pasados en el "infame Seminario", y en ellas mojará muchas veces su pluma cáustica, que marca a menudo como hierro candente.

Concluidos sus estudios de bachillerato fue a Guayaquil, poco después a Quito, en donde se dedicó al periodismo. Toda su vida pasó esclavizado a él, del cual quería librarse repetidas veces, con apoyo del gobierno; pero los gobiernos liberales le tenían como un peón del liberalismo. "¡Qué vida!—dice en una de sus charlas—Pasar de Descartes al colaborador del **Tiempo**; de Bergson al precio de las papas; de la historia al chanchullo de la sal; hablar de todo, a la carrera, a todas horas, sin solución de continuidad, ¿cómo no ha de romper los nervios del más

fuerte?" Y en verdad que hablaba de todo, de todo lo que se puede hablar en la prensa, para el gran público ávido de caviar periodístico. En estilo nervioso, espontáneo, que brotaba de su mente con la naturalidad de una charla de hombre de talento y de ilustración, se burlaba de la vida social, política y literaria de su tierra; fustigaba sin piedad a los hombrecillos que en ella figuraban, inflados como ranas por la vanidad y la adulación. Y se burlaba aun de sí mismo. De toda esa vasta labor, muy poco quedará para las letras. Es el destino de toda esta clase de obras. ¿Quién puede leer ahora la *Mercurial Eclesiástica* de Montalvo, vuelta por el transcurso del tiempo un vaniloquio? Lo que puede quedar de estas obras es la parte doctrinaria y esa otra que pudiera llamarse *La Vida de los Cortesanos*, en las cuales estos nuevos Aretinos narran la vida, las malas artes y las hazañas de los hombres públicos, de los cortesanos que del Estado hacen burdel y explotan a la nación para saciar su concupiscencia. "Más he aquí la línea pura, —ha escrito Oscar Efrén Reyes,—la línea brillante y noble que hace gloriosa esta fisonomía: la del escritor público de los últimos doce o quince años de febril existencia periodística, cuando ya exclusivamente fué el bizarro paladín de los derechos populares de su país; la del irreductible radical que en las tremendas luchas políticas de la Nación—cuando plumas mercenarias llenaban los periódicos con ditirambos a los caudillos, y escritores burgueses y sin corazón atacaban la ruina de la Patria con la complicidad innoble de su cobardía,—su voz, la voz de un hombre formidablemente libre, iconoclasta y apasionado, se alzaba sobre las cosas, almas y voluntades revueltas, como una enseña de guerra, como el toque belicoso de un clarín.

"Manuel J. Calle poseía para la prosa violenta de su literatura, el énfasis del estilo, la seguridad, desenfado y precisión del adjetivo, que iba a clavarse rectamente en el pecho del adversario, como un puñal; la exactitud en el recuerdo histórico, el calor natural para cada pensamiento, para cada cláusula, y, sobre todo—tratándose de un comentador diario de hombres y acontecimientos de viva actualidad,—estas otras virtudes, tan genuinamente periodísticas que ya apuntó un ilustre crítico: "la interpretación original y lúcida, la deducción imprevista y justa, y la gracia y la malicia en desentrañar la intención recóndita"...

"Manejaba su pluma la sátira—que era, en el resto de los casos su "especialidad";—la burla cruel y sangrienta....Y era, entonces, cuando sus feroces artículos tomaban las ondulaciones de una carcajada desesperante; cuando cada ironía y cada vocablo llevaban el sabor mortal de una dosis de veneno.

"¿Cuántos políticos ineptos, cuánto militar inhábil, cuánto mal poeta o "compañero", cuánto fraile rijoso o clérigo descarriado; cuánto conservador o mal liberal, cuánto venal, traidor o arribista, recordarán, hasta en los sustos de la eternidad, con rabia y vergüenza, los sangrientos epítetos y burlas atroces de que.... los hizo víctimas!

"En ciertas ocasiones hacía recuento, al vuelo, de sucesos y hombres notables de la política universal: allí era cuando el lector desapasionado podía darse perfecta cuenta del mérito inmenso de este polemista—que era un polemista de primer orden,—por la audacia del calificativo, por la suprema y rara independencia de sus juicios, así fuesen exagerados: parecía por todas estas cualidades, un G. Bernard Shaw, de recia urdimbre moral y de gran visión sintética, escribiendo sus soberbias virulencias políticas.

"¿Aún no se ha perdido el eco de sus últimos combates!

"Su labor de propagandista liberal y de defensor de las libertades públicas; sus triunfos morales en los últimos años sobre la opinión de la mitad del liberalismo ecuatoriano; su bravo radicalismo, le dan una fisonomía de "héroe" en medio de un país y de una época plenos de pasiones impetuosas, de consagraciones serviles, de intransigencia y odios mortales.

"Y la palabra violenta de este polemista formidable,—sigue vibrando aún en el ámbito de la política nacional;.... y, en muchos lectores sudamericanos, será el recuerdo de la lectura de los artículos de Calle lo que el recuerdo de una batalla: ¡todavía llegará a sus oídos interiores el rumor de esas fraseologías henchidas de desdén o de cólera, de esos vocablos duros que fueron, durante mucho tiempo, como el fragor del continuo disparar de una batería!"

Crítico, periodista y literato descuellan en la literatura nacional como uno de los grandes escritores, hasta ponerse al nivel de don Juan Montalvo. Montalvo sobresale por su erudición, por su imaginación poderosa, por su estilo áureo en que ha derramado todas las riquezas de la lengua española. Calle, si no es un estilista, tiene más facundia, espontaneidad y sensibilidad; todo ello da más calor y naturalidad a su prosa. Sin lugar a duda estos célebres polemistas, estos rebeldes, son los dos prosadores más grandes del Ecuador.†

Bastante se ha escrito sobre Calle; pero aun no aparece el estudio completo, desapasionado sobre su vida y su obra, tratada paralelamente, para demostrar como ésta es fruto natural de su vida.

Semblanzas (en esta obra, que no la tenemos a mano, se publicaron algunos juicios sobre el autor escritos por los señores Alfredo Baquerizo Moreno, Gonzalo Zaldumbide y Remigio Romero León).—**Leyendas de América**, Editorial América, Madrid.

A CONSULTAR.—O. R. (Oscar Efrén Reyes): **Los Grandes escritores de la América Latina**, Manuel J. Calle, América Latina, N° 3º Cuenca, 1923.

EL NEGRO PIO

(1815)

El cuarto está en tinieblas.

Reina en él la quietud del silencio, turbado apenas por la ligera respiración de dos hombres que duermen pacíficamente, el uno en el modesto lecho de la habitación y el otro en la hamaca.

Afuera se descuelga una lluvia torrencial, de ésas tropicales en que el agua cae a chorros espesos, durante días enteros, porfiada, incesantemente.

En lo alto rimbomban los truenos; cruzan el espacio millares de relámpagos, estalla el rayo.

La ciudad yace a oscuras....

Estamos en Kingston, capital de la isla de Jamaica, y es el *Nueve de Diciembre de 1815*.

Todo reposa en paz en la población.... ¡Bendita sea la paz!....

De pronto, por los negros corredores de la casa aquella avanza con cautela un bulto. Sus pasos no resuenan en el pavimento, sus manos se apoyan en las paredes, su aliento está como contenido.

Son las diez y media de la noche....

El bulto llega a la puerta del cuarto donde los hombres duermen. Está sólo entornada. La entreabre con precaución exquisita para que no haga ruido y se desliza adentro.

Ahoga la respiración, y palpando en la sombra, procura orientarse, para no tropezar con algún mueble.

Es diestro conocedor del lugar, sin duda alguna, porque su vacilación dura un instante.

Se dirige, de puntillas, a la hamaca y tantea una de las cuerdas que la sostienen para cerciorarse, por el peso, si alguien duerme en ella.

Luego desenvaina un puñal, y adelanta un paso.

El hombre de la hamaca no despierta: su respiración es igual y tranquila.

El bulto se inclina sobre él, le ase bruscamente por la ropa y le tira una puñalada en el cuello.

La víctima da un alarido terrible, se incorpora a medias bajo la férrea mano que la oprime, y adivina, más que reconoce, a su enemigo al través de la oscuridad y el terror.

—¡Páez! ¡Páez!—grita con todas sus fuerzas—¡El negro me asesina!

No tiene tiempo para más.

El negro alza otra vez el brazo, y le entierra el puñal en el corazón.

Luego procura escaparse.

Pero el grito supremo del asesinado de tan infame manera ha puesto en pie al llamado Páez, que le persigue dando grandes voces.

El negro, armado como está, no piensa siquiera en defenderse. Tiembla, se aturde, pierde la cabeza, y todo su afán es correr y ponerse en salvo.

Pero el tumulto ha despertado a los demás moradores de la casa, quienes se echan fuera, e informados instantáneamente de lo que sucede, se arrojan en persecución del malvado.

—El negro Pio! .. El negro Pio! él es! él es!....

A estos clamores, a este ruido insólito acuden los agentes del orden público, y en breve es hallado y aprehendido el malhechor.

¡Aun tenía en la diestra el puñal ensangrentado!

Anhelante está por la agitación de su loca carrera, los ojos sanguinolentos quieren saltársele de las órbitas y brilla feroz su blanca dentadura....

¿Quién era este negro infame? ¿Quién la desventurada víctima y por qué se la había matado?

Bolívar había abandonado voluntariamente las playas colombianas, el 9 de mayo del citado año de 1815, cediendo no tanto a la fuerza arrolladora de la expedición del General Pablo Morillo, cuanto a la envidia y al odio de sus mismos connilitones y compatriotas, que se desgarraban entre sí en miserables rivalidades, cuando más indispensable era la unión incondicional para resistir al gran torrente que les estaba anegando.

Se dirigió a Jamaica, y se estableció en Kingston.

Iban con él su secretario privado Briceño Méndez, su primer edecán Kent, y los dos hermanos Carabaños.

Algunos días después emigraron con la misma dirección, otros oficiales patriotas, entre los cuales se contaba el Teniente Coronel Páez, que había sido su edecán.

Una vez en Jamaica, lleno siempre Bolívar de su pensamiento libertador, dióse a buscar amigos y protectores para la independencia de su patria, y a publicar en los periódicos escritos en los que exponía con valor y talento la justicia del movimiento revolucionario y la verdad de los acontecimientos. Esta última labor era muy urgente, porque los enemigos de la emancipación americana propalaban en el extranjero mentiras y calumnias con el objeto de concitar antipatías contra la mencionada causa.

Por lo demás, parecía locura que el Libertador soñase siquiera en proyectos de nuevas expediciones y quisiese interesar en ellos a gentes extrañas en el momento preciso en que más desesperados que nunca se presentaban los sucesos de la Revolución. Nada resistió ante los diez mil veteranos de Morillo, que acababan de humillar en España el enorme poderío de Napoleón el Grande. Los ejércitos republicanos se habían vuelto humo; los elementos de guerra estaban en poder del *pacificador*; Venezuela, Nueva Granada, Quito, yacían sometidas; se levantaba ya el cadalso para los americanos que se atrevieron a procurarse la independencia; todo era una ruina, todo era una desesperación.

Sin embargo, Bolívar soñaba en Jamaica,—sueño profético el suyo, ciertamente!—con la realización gloriosa en los destinos del Nuevo Mundo, desarrollando vastos planes en una carta famosa dirigida en agosto de ese año a un caballero de aquella isla:—¡y estaba solo! ¡y estaba pobre! ¡y estaba expatriado!... —Veía a Colombia emancipada,—dice uno de sus historiadores,—a Chile constituido, a México, al Perú libertado, al istmo de Panamá hecho el centro de las comunicaciones y de la actividad de la industria humana; veía la América del Sur dividida en nacionalidades poderosas, habiendo pasado de la esclavitud a la lucha y a la conquista de la propia dignidad, y de los tiempos de la espada a los de la civilización política y de las constituciones del poder: entidades considerables en la estadística del mundo por sus productos, por su comercio, por su ciencia, por sus guerras, por sus alianzas, por sus leyes, por sus gobiernos libres..... con nombres propios, con historias famosas, con virtudes excelsas y es-

peranzas inmortales". (1)

Sus contemporáneos pudieron reírse de estas que parecían quimeras de un calenturiento: pudieron llamarle loco, porque estaban viendo los sucesos; pero hoy ¿quién se ríe? ¿quién es el loco?....

No se entretenía tan solo en la propagación de estas ideas el Libertador. Inquieto y activo, llamaba a todas las puertas en solicitud de auxilio, para recomenzar la lucha, y cuando ya el desaliento iba quizás entristeciendo su alma, porque, en fin, hombre era y la debilidad es don común de los humanos; halló—¿quién lo creyera?—un hombre generoso, un noble extranjero (era natural de Curacao, colonia holandesa no muy distante de Venezuela), que no vaciló en sacrificar,—porque sacrificio era en esos momentos,—su posición, fortuna, porvenir, en aras de la independencia colombiana. Era rico: tenía barcos, tenía cañones, fusiles, pertrechos, y todo se lo dió a Colombia. Se llamaba Luis Brión: este nombre se hizo justamente célebre en la historia de la liberación de Colombia.

Organizada la expedición iba a zarpar de un día a otro.

Bolívar no sospechaba que en esos mismos momentos estaba cerniéndose sobre él una tempestad en cuyo seno fulguraba con resplandores rojizos el puñal del asesino.

**

Tenía el Libertador un criado de color llamado Pío, antiguo esclavo a quien había manumitido.

Contra aquel negro que puso a su servicio personal, ninguna queja tenía que alegar: por bueno le había escogido y por bueno le conservaba a su lado.

Dicen que D. Salvador Moxó, entonces Gobernador y Capitán General de Caracas, anduvo en este criminal enredo, como inspirador, ordenador y pagador, y que envió a Kingston un español y un americano realista con la misión de asesinar al Jefe republicano que, así desterrado y todo como estaba, era aún motivo de temor para sus contrarios. No es cosa demostrada, pero dada la calamidad de la época y la inmoralidad de los caudillos y autoridades españoles, tampoco es increíble.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que corrompieron al desdichado negro ofreciéndole dos mil pesos por el asesina-

(1) Larrazábal.

to de su amo.

Este hubiera perecido irremediablemente, si su destino que para mayores cosas le tenía reservado, no lo hubiese impedido por medio de una casualidad.

Vivía el héroe colombiano en junta de otros emigrados; algo estrecho e incómodo en las apreturas de una convivencia que le quitaba parte de su libertad individual.

Quiso estar mejor, y, acompañado de su secretario íntimo Briceño Méndez, se puso a buscar otro alojamiento.

No le costó mucho trabajo hallarlo como él lo deseaba.

Una criolla francesa llamada Madame Julienne le ofreció una sala y una alcoba en su casa, oferta que fué aceptada.

Cerrado el trato, se despedían ya el Libertador y su compañero, con la promesa de volver al día siguiente con su equipaje e instalarse en las habitaciones que acababan de alquilar, cuando cayó la copiosa lluvia a que hicimos referencia en el principio de este episodio.

Se detuvieron. No era cosa de salir a esas horas,—ya había cerrado la noche,—y con semejante aguacero.

Pasaba el tiempo y la lluvia era cada vez más copiosa. Situación comprometida.

--Puesto que me ha alquilado el cuarto,—dijo bondadosamente Madame Julienne a su nuevo inquilino,—quédese, señor, y así tomará posesión de él desde esta misma noche.

No había más remedio que acceder a la invitación, y Bolívar se quedó.

Su salvación consistió en un acto tan sencillo.

Las dos noches anteriores había dormido el grande hombre en el cuarto de aquel oficial Páez a quién arriba nombramos. Como en la que nos estamos refiriendo no regresaba, y se hacía ya tarde, ocupó su lugar otro emigrado don Félix Amestoy; y él fué la víctima en la escena descrita.

Al día siguiente, Bolívar hizo insertar en todos los periódicos el artículo que va a leerse:

"Dos mil pesos se han ofrecido por algunos españoles para asesinar a su amo, el General Simón Bolívar. Pudo más en el criado la tentación del oro que el deber de la fidelidad.—El preso no ha revelado hasta ahora los nombres de los que le corrompieron.—El General Bolívar había dejado su alojamiento por algunos días y colocado entre tanto sus baúles y equipaje en el cuarto del Teniente Coronel Páez, que había sido su edecán. El General durmió una o dos noches en la hamaca de Páez; y el asesino esperaba que durmiese la tercera.—Apagadas las velas, el negro que debía cumplir la maldad a que le

habían inducido, vino a la hamaca, y hallándola ocupada, dió una puñalada al que allí estaba, creyendo que era su víctima. Cuando el infeliz se movió, el negro le dió una segunda herida mortal en el costado, que causó instantáneamente la muerte.

"Es esta la tercera vez que la vida del General Bolívar ha sido atacada por los españoles más bajos y criminales; y en todas ocasiones ha escapado milagrosamente.

"El desgraciado Amestoy, Comisario, era un hombre de excelente educación y de maneras cultas e inofensivas. Al día siguiente de su muerte debía salir para Santo Domingo".

Condenado a muerte, Pío fué ahorcado el 23 de diciembre en la plaza pública de Kingston, y su cabeza puesta en un palo, se colocó en un lugar donde todos pudiesen verla.

* *

Algunos días después de esta aventura, el Libertador se embarcaba en la goleta de guerra *Popa*, con rumbo a las riberas de la Patria.

Con él iba la fortuna de Colombia.

EL SABOR DE LA TIERRUCA

No son de hoy las tentativas para introducir la nota nacional en la labor poética ecuatoriana.

Sólo que todas esas tentativas han fracasado, o poco menos, ya por el errado concepto que de dicha nota se ha tenido, ya por la falta de aptitud y fuerzas artísticas, o simplemente de constancia de los que a tal empeño han arrimado el hombro.

Unos se aficionaron a la bombástica patriotería, y tales cosas dijeron de Bolívar, Sucre, la guerra de la Independencia y los siglos de la Colonia, que era para echar a un cuerno a Calíope, Melpómene, y aun al mismo Apolo y toda su larga descendencia, y para renegar de héroes, semidioses, tiranos e inquisidores. El ejemplo de Olmedo soliviantó a no pocos, y la Musa del canto heroico se puso roja de tanto soplar odas a la libertad y ditirambos contra los déspotas sangrientos. Algunos ensayaron la sátira social con las epístolas *A Ernesto* por delante, y siguiendo servilmente los modelos de la literatura castellana, desde la sátira de *Jorge Pitillas* hasta las ristras de tercetos de D. Manuel Bretón de los Herre-

ros. Pero quedó demostrado una vez más que no es fácil inflar perros ni con la trompa épica de Homero ni con el agudo pito de Momo; y todos esos ensayos se refugiaron en la sombra modesta, esperando el inmediato olvido que los había de tragar rápido, implacable, justiciero.... La poesía nacional no consistía en eso; porque para hacer eso se había echado mano de viejos y deteriorados moldes, y puesto a contribución a clásicos y románticos, desde Juvenal hasta Quevedo y los Argensolas, desde Jovellanos hasta D. Juan Martínez Villegas y los escritores de *La Risa*... ¿Cuál de estas odas y canciones sobrevivió? Ninguna. ¿Cuál de esas sátiras? Apenas la epístola *A Fabio*, de D. Gabriel García Moreno, con resabios de Jovellanos y Moratín... y eso, merced al machete de Rayo.

Otros, como casi todos los poetas de mediados del siglo, comenzaron por atacar la tradición y la historia de nuestros antepasados los Shyris y los Incas, forjando lamentables leyendas de amor y guerra, con asuntos entresacados del P. Juan Velasco y los historiadores de Indias, y detalles *ad libitum*, que era una gloria. Entre esa clase de composiciones la que como es sabido, más llamó la atención de los contemporáneos por sus dimensiones y su fábula, fué "La Virgen del Sol", del señor Mera; y queda hoy algo de "La Virgen del Sol", no obstante la segunda barcelonesa edición? Leído después de cincuenta años, con criterio imparcial y desapasionado, ese poema resulta anodino y frívolo, mucho más si se establecen puntos de comparación con otras composiciones en prosa y en verso del mismo género e índole que después se han publicado en América. La fábula es tan endeble, los personajes tan borrosos, con caracteres tan indeterminados; los versos, por lo regular, tan fríos y tiesos, tan prosaicos; la narración resulta tan cansada, que es de admirar, ciertamente, que hombres perspicaces y críticos reflexionadores como Fray Vicente Solano y D. Ricardo Palma, lo hubiesen aplaudido incondicionalmente.

Y la nota nacional, la característica, la nuestra, la ecuatoriana, en fin, tampoco parece en aquella leyenda, a pesar de la aparatosa descripción de la cordillera, las figuras del *Amunta* y otros indios, y el número abrumador de palabras quichuas empleadas en la composición con poco gusto y discernimiento. El drama es nulo, y pueriles los efectos escénicos puestos en juego.

No contento el señor Mera con haber escrito y publicado el libro que tan rápidamente acabamos de examinar, por sí y ante sí erigióse *poeta indiano*, y se puso a cantar tristezas de

la conquista y amores pastoriles y dulces de los aborígenes. ¿Había alguna novedad en esto? De ningún modo. En las melodías indígenas, antes que una imitación más o menos acertada y feliz de la poca poesía primitiva de estas regiones, que hasta nosotros ha venido aumentada y falsificada por los conquistadores, se oye un eco de la lira de Arolas y de Zorrilla, y se advierte la influencia de las *Orientales* de Víctor Hugo.

¿Es esto poesía nacional? Tampoco. Porque, al fin y al cabo, por más antecesores nuestros que hubiesen sido, nosotros hombres semi-civilizados, mestizos y cristianos, de otro temperamento, de carácter y costumbres totalmente diversos, ¿qué tenemos que ver con los indios de Huayna Cápac, los súbditos de Atahualpa y los soldados de Runiñahui? ¿Qué se nos da de las vírgenes del Sol y del gran Pachacámac? Si algo entendemos de *tolas* es para removerlas sacrilegamente, no en busca de documentos históricos y científicos, como los egiptólogos, sino de tesoros, como los *huaqueros*.

Cuando ya viejo el autor de "Cumandá" comprendió que ese no era el camino de la originalidad y el nacionalismo, el astro de su inspiración se había apagado, y su Musa flotaba en el limbo oscuro del más frío clasicismo: *ferebatur super aquas*.... Tomó otro rumbo el poeta,—el del idilio campestre, y dió una *cuasi égloga* que nos hace acordar, con la sonrisa en los labios, de la "Arcadia Moderna", de D. Ventura Ruiz Aguilera, parodia de parodias, sin el gracejo y la chispeante burla del autor de "Ecos nacionales", en la obra citada.

Nos hemos detenido un poco al hablar del señor Mera y sus obras, porque el Sr. Mera, que, durante largos años, fué casi el único representante y sostenedor de la literatura ecuatoriana, tuvo siempre en su fecunda vida de escritor el recomendable afán de propender, con su palabra, sus consejos y ejemplo, a la creación de una literatura propia. Verdad es que nos hemos quedado con las ganas; pero suya no fué la culpa.

Al insigne Mera siguieron muchos que no tenían la versación y constancia del maestro ambateño; y si éste, con toda su erudición e innegable talento, consiguió bien poco en la materia, ¿iban ellos a obtener más?

Y todos salieron derrotados, desde el doctor Miguel Riofrío, buen abogado, buen ciudadano, buen hombre público, buen escritor, pero pésimo poeta, que compuso su infeliz *Nina yacu*, hasta el académico D. Quintiliano Sánchez, que escribió "La Hija del Shyri".

En medio quedan los hilvanadores de romances y leyendas a estilo de los del duque de Rivas, y los que no han ha-

llado manera mejor de enamorar a sus prometidas que convirtiéndolas en indias, como los imitadores de Zorrilla dieron nombres de moros a cristianas viejas.

En fin, algunos, con mejor acuerdo, dejándose de *Coyas* y *Mamaconas*, de *Coris* y *Sisas*, enviando al diablo a conquistadores y libertadores, burlándose de las mentidas delicias del campo con sus pastores y su majada, contrajéronse a dibujar tipos y costumbres populares, a componer *yaravies* y villancicos, a escribir coplas y cantares... Mas, por desgracia, estos tuvieron presente con mayor fuerza visual antes que al pueblo que pretendían retratar, al poeta de las Encartaciones—el excelente señor D. Antonio de Trueba. Y creyeron que el *quid* de la poesía popular nacional estaba en pintar en romancitos agudos tambarrias de trastienda, camorras de barrio, amores de paletos, usos, costumbres, maneras de la hez, de la canalla, con una gramática parda y un lenguaje... pardo también.

Todo era imitación forzada, excepto algunas robustas pinceladas de Miguel Moreno; y aun los cantarillos que lograron buen éxito entre tunos y serenateadores tenían su abolengo conocido en la antología española... y olían a Selgas, *La flor del Puyal*, por ejemplo, que tan en boga estuvo en su tiempo, no es sino una triste y mala imitación de la *Flor del Zurgén*, de Meléndez Valdez.

¿Qué restaba por decir? Casi todo. Las perspectivas de nuestra inmensa Cordillera nadie las ha descrito poéticamente todavía; pues no se pueden tomar en serio las pecadoras estrofas románticas de Fernando Velarde; nuestra región oriental, de la que tantas cosas buenas y bellas acertó a decir el señor Mera en su "Cumandá", ningún poeta la ha adivinado aún, no como *cauchero* sino como discípulo de Apolo; y de nuestras costumbres campesines, sencillas y patriarcales, de la índole de la gran masa popular, de los usos de la burguesía y la aristocracia, apenas se ha dicho una palabra en novelas cortas y cuadros de costumbres, que no forman siquiera una minoría respetable en la literatura ecuatoriana. Harto sabemos que todo esto no es de incumbencia de la poesía lírica tan sólo, sino muy principalmente de otros géneros literarios de mayor amplitud y trascendencia, como el drama, la novela, etc., que llevan el pueblo a la vida de arte, revelándole con todas sus virtudes, sus vicios y defectos; pero la poesía lírica tiene también su parte en la tarea, siquiera la meramente descriptiva que idealice las aspiraciones populares y cante las bellezas de nuestra zona, antes immortalizada por D. Andrés Bello. Y las historias de amor de nuestros campos, las escenas agrícolas, las senci-

llas costumbres de los labriegos habitantes de la región interandina, los dolores de toda una raza esclava aún a pesar de la ley y de la civilización, ¿no son dignos del canto?

Hasta hoy, el arte nacional, en todos sus ramos, ha sido embrionario. Nuestros músicos, por falta de escuela, de un medio apropiado, se han contraído a escribir trisagios y letanías sobre motivos ajenos, tal cual pasodoble, este o el otro valse, piecicillas efímeras, de ninguna influencia en los gustos populares, en los que aún domina el indiano *yaraví*.

Nuestros pintores, a última hora, van aficionándose de veras al paisaje como una especialidad, que ejecutan casi siempre de memoria (salvo el recuerdo de Salas y Martínez), más por intuición artística que como fruto de un estudio formal y detenido. Y fuera de esto, apenas pasan del retrato, del asunto religioso copiado de una estampería de importación jesuítica, de las imágenes de santos; aquí donde los cuadros de costumbres se pasean en media calle, donde la inspiración palpita en horizontes ilimitados y el sol se pone tras cumbres altísimas cubiertas de perpetua nieve.

Pues, ¿y la escultura? Entre nosotros, como labor propia y original, es arte casi desconocida. En la cumbre está Vélez el tallador azuayo, sin escuela ni estudio previo, hombre de inspiración antes que de conocimiento y experiencia, que jamás vió una mediana estatua ni un bajo relieve legados por los grandes maestros de la antigüedad clásica y el Renacimiento. ¿Y qué hizo Vélez? Cristos, Vírgenes, una calavera, una docena escasa de bustos y un medallón, y esa fué toda su obra, la obra de una larga vida.

Estamos, pues, bien atrasados; y en literatura como en las demás bellas artes, nos contentamos con recuerdos más o menos gloriosos de fecha muy pasada, sin intentar nada por nosotros mismos, que no nos haga quedar rezagados en el concierto americano.

Copias, sí, en todos los géneros hay muchas copias, desde la del cromo hasta la de la oda; y algo que caracterice el arte nacional, algo que revele nuestro modo de ser, nuestra vocación artística, nuestra idiosincracia, como pueblo y como familia hispano americana, ¿dónde se halla? En ninguna parte: porque aunque se cite algún nombre y alguna obra, fácil es responder que una golondrina no hace verano. Esa revelación se desprende del trabajo de muchos, de la obra de una... dos... cuatro generaciones enteras, de la faena de la multitud, dirémoslo así, y no de los aciertos de uno o más seres privilegiados que formen un caso de excepción en la his-

toría literaria y artística.

Si hay timidez en la juventud, por lo arduo del trabajo y lo desconocido del terreno, ahí están los hombres versados en materia de Arte, cuyo deber es no sólo aconsejar, sino empeñarse en dar el ejemplo; y hoy más que nunca, porque un romanticismo extraño, novísimo e importado de contrabando por malos traductores y artistas inexpertos, amenaza a la sana literatura patria con una competencia desastrosa.

Y al dar ese consejo y ese ejemplo, no olviden aquellos hombres que historia, tradición, leyenda, usos, costumbres, panoramas, paisajes, romances, cuentos, el pueblo, en fin, la patria con su pasado, su presente, e ideales y aspiraciones en el porvenir, forman la base amplísima de la literatura nacional.

Así lo comprendió bien pronto el señor Crespo; y de ahí que gran parte de su obra, la más extensa y mejor, e indudablemente la más sentida y sincera, rezuma por todos sus poros una savia vital emanada del propio terruño, y sea más que Julio Castro, más que Miguel Moreno, en mayor grado que Mera, Sánchez, Moncayo, Romero, cuantos han cantado los montes y los campos del país ecuatoriano, su historia y sus tradiciones, poeta americanista por excelencia, en el sentido de esta asendereada patria a quien debemos amar como madre y compadecer por desventurada. Y de cualquier punto que esa obra se contemple; pues si va de historia, ahí están cuatro o cinco docenas de poesías dedicadas al recuerdo de nuestras cosas, desde los mismos días de la Conquista y los rojos esplendores de la Emancipación; si de política, ya queda explicada esta faz de la labor; si de patriotismo puro, exento de prejuicios de bandería y con aspiraciones a la libertad, al progreso, al bien en general, con trabajos de esa índole se puede llenar un volumen; y en cuanto a defensa social, entendida según propio criterio, dicha obra es casi un enorme alegato republicano, metafísico y teológico puesto en verso para mayor comodidad de los lectores. Será o no legítima inspiración ese conjunto; mas, con las deficiencias y quiebras de factura que fácilmente se pudiesen señalar en un autor tan genialmente descuidado, lo indudable consiste en que es verdadera poesía.

Pero aun hay más: lo que llamaríamos la visión de las cumbres y la sensación del paisaje, que de tal obra forman el fondo imborrable; esto es, la descripción ideal del medio, cuanto la vista abarca, lo que vive, siente y palpita hasta los confines del horizonte, más allá del horizonte, picachos andinos, montañas de nívea fulgurante blancura, el silencio de los valles

oscuros y el misterio retumbante de la selva, el rumor de aguas y el mugir de vientos, la catarata que se precipita desde la eminencia altísima, el torrente que surge de la roca y el estampido flamígero de los volcanes; árboles y flores, la soledad de los áridos peñascales y la vasta heredad amarilla con las mieses en sazón. Arriba "el cóndor, rey del huracán sacude las grandes alas"; se desbandan "las tímidas torcaces", y puebla el espacio la innúmero legión de pájaros mayores y menores, músicos de la capilla de Nuestra Santa Madre Naturaleza; y abajo, corre la fauna, también innúmero, relincha el corcel, sueltan sus lamentables mugidos y balidos los rebaños, rujen el jaguar y el tigre en sus escondidas espeluncas, y muere el ciervo derramando lágrimas de angustia en la hora suprema y dolorosa.

Y no es esto sólo: la iglesia campesina, el pueblo oculto en la arboleda, escenas de la granja y de la escuela; la siembra, las cosechas; la plegaria en la penumbra de la alborada y en el crepúsculo vespéral, las fiestas de Mayo y de Diciembre; el idilio castísimo bajo la luz del sol y en la plenitud de la campiña en flor, todo esto y mucho más, que es sana poesía y traslación artística de cosas vistas y vividas, es la esencia, el alma del numen de nuestro poeta; y bajo tal aspecto, resultan insuperables el dulce *Mi poema* y la triste *Leyenda de Hernán*.

Religión, Patria y Amor; pero, ¿esto constituye la realización del ideal nacionalista?—Hay algo que hemos puesto al margen, y, sin embargo, late como un dolor y suena como un gemido: el indio, la raza vencida. A llorar las desventuras de esa raza ha dedicado el señor Crespo una larga colección de poesías, con el título de *Baladas indígenas*. En este caso no son ya la leyenda tradicional precolombina, el cuento aborígen fantaseado a sabor de la imaginación loca, los dolores y afrentas de la conquista y de los siglos del coloniaje, sino algo más humano y sentido: la pulsación dirémoslo así, de los padecimientos de los pobres indios, bajo este régimen cristiano y libertario, sus sencillos amores, sus pompas fúnebres, el caos de su ignorancia, el abismo de su abatimiento, y la infinita crueldad que les circunda, esclavos del terruño, siervos de la gleba, con el oprobio de la explotación agrícola sobre sus hombros, obreros que sacan el alimento y el metal de las entrañas de la tierra, y, sin embargo, se mueren de hambre y languidecen de inopia: todo un vasto poema sollozante, una elegía en la que a veces luce la sonrisa como un rayo de sol entre la acritud de la lluvia....

¿Qué es poco todavía? *La Leyenda de Hernán* os dirá también el horror de nuestras fratricidas contiendas junto al horror más grande de las inclemencias del cielo que en las comarcas andinas producen la sequía y el hambre; las ansias del ostracismo, los dramas del corazón, la caída final de los traicionados por la suerte.... "¡Oh triste, oh santa tierra ecuatoriana!"

Obra dispersa y aplicación de toda una vida a un mismo propósito. Es lo sustancial; lo que quedará flotando sobre idealidades místicas, ensueños y simbolismos, homilías métricas y ediciones del Syllabus puesto en versos endecasílabos. Y por eso, al llamarle al señor Crespo "poeta nacional" críticos incipientes y gacetilleros empedernidos en la perpetuidad del solecismo, no sospechan siquiera la exactitud y fuerza del cognomento empleado; pues si *nacional*, en el sentido expresado, es quien comprende en su labor, y en elevado concepto, cuanto es y cuanto significa la Nación, como país y como pueblo, como patria y como raza, inclusive la historia y el ensueño de la ilusión y la esperanza, el progreso y el sentimiento, apenas conocemos poeta en la literatura moderna que merezca a boca llena tal calificativo en grado superior y tan completo como D. Remigio Crespo Toral. Acaban de coronarle sus compatriotas, en pública solemnidad y con representación de todos los poderes del Estado y la asistencia de tres obispos, concediéndole en vida honores que no suelen darse sino ante la majestad de la tumba; y diremos que pocas veces se ha ejercido en el Ecuador un acto de más trascendental justicia.

NICANOR AGUILAR

ENEAS

A momentos sustraídos a nuestras clases, y durante los meses de vacación del año 189 *** acudíamos al Instituto, para formar en algo nuestro gusto por los clásicos, con las sabrosas e instructivas conversaciones de un sabio que los cultivaba, y dictaba asignaturas de Retórica griega y latina; de él conservamos el primer obsequio con que nos honró, y cuyo título es este: *Cornelii Taciti Historiarum* &, obra de J. B. Lechatellier, que era el mismo dulce Mecenas de nuestras aficiones. El puso también en nuestras manos las Confesiones de San Agustín, traducción de Port—Royal, y otra versión que deseábamos mucho conocer, los dos Poemas de Homero, por Madame Dacier.

Introducidos a su amistad grata y generosa, no perdíamos tiempo de aprender, y nos imaginábamos que nos apreciaba, por la graciosa e indeleble sonrisa que él oponía a nuestras dudas. Apasionado de la *Iliada* y la *Odisea*, nos las comentaba con un helenismo que a nosotros nos parecía insuperable. Cuando se refería al Libro XX de la Primera Epopéya, solía decir: la adorable sencillez de Homero es sólo comparable a la de los autores inspirados; con razón, al cabo de mil años, de la lira de Homero, trasladó Virgilio a la suya al fascinador Protagonista de la Eneida....

Enseña Homero que Eneas era hijo de Anquises y de Venus. Las tradiciones griegas refieren diversamente la vida de este héroe, esposo de Creusa, hija de Príamo, y el más bravo de los troyanos, después de Héctor.—Siguiendo la tradición que acepta Virgilio, en su Eneida, su protagonista tomó parte muy gloriosa en la defensa de Troya, la noche aquella, cuando esa desventurada ciudad sucumbió a la acometida de los griegos. Entonces no cesaba él de combatir, cuando por orden de su madre, que se le apareció y le previno que huyera, ofreciéndole acompañarle hasta los umbrales

de una *nueva Patria*. Partió en busca de esa segunda Patria, conduciendo a sus dioses Penates, soportando sobre su espalda a su viejo padre Anquises, y tomando de la mano a su hijo Ascanio. En su fuga perdió a su mujer que iba en pos suya. Reunió en una flota el grupo de compatriotas escapados al furor de los griegos, y se hizo a la vela en Tracia. Dirigióse de allí a Delos, luego a Creta; arrojado por una tempestad tocó a las islas Estribales, en el mar Jonio y abordó después a las riberas de Accio, recorrió la costa de Piro, y dirigiéndose hacia Italia llegó en Sicilia, y perdió a su padre. La diosa Juno enemiga de los Troyanos lo persiguió sin tregua: *Vi superum, saevae memorem Junonis ob iram*, y Eneas que anduvo errante durante siete años fué arrojado por los vientos, a las riberas del Africa, y acogido en Cartago por la diosa Dido que tentó en vano conservarlo a su lado. Se detuvo por una segunda vez en Sicilia, pasó de allí a Italia, de donde acompañado de la Sibila de Cumas, bajó a los infiernos. Y por fin encontró en Lacio el lugar en donde le detenían los Penates vagabundos. Latino que reinaba en Loreto le propuso que se casara con su hija Lavinia, pero Turno, prometido de ésta, rey de los Rútulos, se la disputó. Lavinia fué el precio de la victoria que obtuvo Eneas sobre su rival a quien mató y llamó Lavinium a la ciudad que él fundó para la capital de su reino. Silvio, nacido del matrimonio de Eneas y Lavinia, fué el tronco de los reyes de Alba, y poetiza estos puntos la tradición nacional; según la cual los compañeros de Eneas eran los progenitores de los romanos, y en consecuencia, Troya la madre de Roma....

Fatigábamos nuestra pluma tomando las notas del sabio, que las extraía de las suyas o de sus libros abiertos y llenos de apostillas, desparramados en un ancho sofá de cuero.—Estos datos de Leyenda, nos dijo el maestro, los encontraréis en toda crítica biográfica, pero hay problemas muy dignos de atención.

—Que debemos resolverlos consultando los críticos, nos atrevimos a opinar.

—La crítica alemana, nos contestó, que va en boga, empieza por negarlo todo: establece luego sus hipótesis, y concluye, aceptando alguna, pero sin cerrar la puerta, de modo que, después de breve tiempo, vuelva el raciocinio a sacar triunfantes a las otras.—Pudiera decirse a la tal crítica, lo que a Platón apostrofaba Clemente de Alejandría: "Valor, valor, Platón, habéis adivinado la verdad; pero es necesario resolverse por la verdad y dárnosla para siempre".—Cuando tra-

téis de Eneas, y por lo mismo de Virgilio, desconfiad de los críticos e id a los arqueólogos.—Con qué conocimiento de causa nos proporcionó sensatisimas ideas acerca de las hipótesis de Nieburh y de Schewegler, en sus tratados legendarios e históricos, en orden a la nacionalización de las gestas de Eneas, en un Estado tan orgulloso como Roma, que despreciaba todo elemento extranjero.

Quizá nuestras modestas apuntaciones acerca del piadoso Eneas, pudieran formar un regular volumen, como extracto de prehistoriadores, ya que nosotros no manejamos palillos en la recóndita Arqueología. Son hermosísimos los trabajos de anticuarios acerca del por qué de las inclinaciones de Virgilio hacia Eneas, cuando se propuso escribir su poema. La epopeya del Poeta de Mantua la delinean así sus biógrafos: Nada dejaba él a la ventura: no fué como esos poetas de primer impulso, de quienes dice Platón que no saben lo que cantan. Virgilio pensaba, reflexionaba antes de componer. Espíritu melancólico y tímido no se jactaba de improvisar obras que merecían toda su atención. Todas sus composiciones llevan el sello de impropia labor y perseverante esfuerzo: lo admirable en él consiste en que el trabajo no menoscaba la inspiración.—Resuelto a componer una epopeya sus resoluciones le llevaron a la leyenda de Eneas.

—No era Rómulo quien echó los cimientos de Roma, ¿por qué alcanza el poema de Virgilio a celebrar punto tan importante de la historia, retrocediendo siglos, y esparciendo más sombras en el cuadro ya oscuro de la leyenda?—Por qué no fué Rómulo su protagonista, y lo fué Eneas?

Permítasenos trasladar en breves términos la exposición de los eruditos: Virgilio prefirió a Eneas sobre Rómulo; por varias razones: y triste es decirlo, exigencias las de la vida: quiso el poeta serle grato al emperador. Entre los nobles que se pirraban por dimanar de la veneranda Troya, la épica, los Césares eran los primeros.—Los Memmios, los Sergios, los Cluentios se contentaban con proceder de algún edecán de Eneas, mientras que los *augustos* se proclamaban los legítimos del célebre personaje de la Iliada y la Eneida. ¡En Roma los engendró el hijo de Eneas, Julio! Luego Augusto era el legítimo heredero de los reyes de Roma. Según Virgilio, Eneas era el abuelo de los Julos. ¡Qué orgullo para los Césares de ahora dos mil años! El Poeta, el Cisne de los idilios, "pensaba servir a su país pagando al príncipe una deuda de gratitud personal". Quizá haya sido la gratitud, y no la lisonja, el móvil que impulsó el canto de nuestro poeta: era tan

querido de César Augusto, quien a su vez fué el protector de las artes y de las letras, y su reinado una de las más brillantes épocas en los anales del mundo! A él le ofreció Virgilio levantarle un monumento inmortal, seguramente el de su Eneida:

In medio mihi Caesar erit, templumque tenebit!

Otro amor brotado de lo más profundo de su alma movió a Virgilio a procurar nueva inmortalidad para Eneas: su amor por Homero: comprendió, sin animosidad ni molestia, que él era capaz de componer un poema de tanta valía en el mundo, que compitiera con el de su padre en el arte. "Para Virgilio, como para nosotros, dicen los virgilianos de nuestras referencias, Homero no era solamente un gran poeta épico, él era la Epopeya misma; y por lo tanto se estimaba dichoso de acercársele por el tema de la composición y su principal personaje". Todo esto explica las preferencias que sintió por Eneas, y el olvido en que dejó a Rómulo.

Eneas se nos vuelve más simpático porque incluye en sí la idea del sacerdocio. Coulange, célebre profesor del Instituto, en una palabra, da el sumario del poema de Virgilio: "Es, dice, la llegada de Eneas, o más bien el transporte de los dioses de Troya a Italia, lo que constituye el tema de la Eneida. El poeta canta al hombre, el poeta canta al personaje que atraviesa los mares para fundar una ciudad, conduciendo a Lacio sus divinidades:

*Dum conderet urbem
Inferretque Deus Latio.*

No hay que juzgar la Eneida con las ideas modernas, ni quejarse de no encontrar audacia, arrebató, pasión en el protagonista. Quizás fatiga el epíteto de piadoso que a cada momento se le aplica. Admírase uno de ver que aquel guerrero consulta tan escrupulosamente a sus *Penates*, invoca para todo a alguna divinidad, levanta los brazos al cielo cuando se empeña el combate; déjase aventar por los oráculos a través de todos los mares, y vierte lágrimas ante el peligro. No olvidan tampoco de reprocharle su frialdad hacia Dido, y hasta se acusa de que nada toca el corazón de Eneas.

*Nullis ille movetur
Fletibus, aut voces ullas tractabilis audit.*

Comprendamos que el poeta quiere mostrárnoslo sacerdote: no se trata de un guerrero, de un héroe de novela. Eneas es el jefe del culto, el hombre sagrado, el divino fundador cuya misión es salvar los dioses tutelares de la ciudad:

*Sum pius Aeneas raptos qui ex hoste Penates
Classe veho mecum.*

Su cualidad dominante debe ser la piedad, el epíteto que el poeta le aplica las más veces es aquel que mejor le conviene. Su virtud es la fría y alta impersonalidad, que hace de él no un hombre sino un instrumento de los dioses. En todas las religiones al sacerdote caracteriza la santidad. ¿Por qué buscar en él pasiones? En él no existen; y si existen, relégalas al fondo más oscuro de su pecho.

*Multa gemens multoque animum labefactus amore,
Jussa tamen Divum insequitur.*

Ya en Homero, dice nuevo autor, aparecía Eneas como personaje sagrado, como sacerdote a quien el pueblo "veneraba a igual de un Dios" y que Júpiter lo anteponía al mismo Héctor. Este se le ha aparecido en sueños y le ha encomendado salvar los dioses de Troya, fundando una nueva ciudad; y ha puesto en sus manos el fuego sagrado, inextinguible. Este sueño no es un adorno del poema, es el fundamento en que él reposa. Los dioses necesitan detenerse para congregarse un nuevo pueblo, así fuese en un palmo de tierra:

Diis sedem exiguum patris.

¡Y el nudo de la epopeya! Los dioses que empujan al héroe:

Italiam non sponte sequor.

Allá en el Olimpo, combaten los dioses de las comarcas que busca Eneas, con las divinidades de éste: más todavía: dos tempestades lo acometen: una del mar, y otra del corazón. Y de ambas sale ileso.

Fata viam inveniunt.

A este tenor los anticuarios, serenadas las turbulencias

que se suscitan a la aparición de obras que han de ser perdurables, descubren, hábil y seguramente, el por qué de la repetición de los mismos hechos en igualdad de circunstancias, y de la paciente inquisición surgen principios, como éste: en el paganismo la fundación de una ciudad era un acto sagrado, y el fundador si no era un dios, en dios le convertía la adoración de su pueblo.

Separémonos, al concluir, de los tratadistas de prehistoria, que nos han conducido en nuestro modestísimo estudio.

Aficionados irresistiblemente a la elocuencia de Bossuet, sabio en letras, como en todo, nos impresionó, en nuestra juventud, su severo juicio acerca de Virgilio "que coloca a un mismo nivel lo verdadero y lo falso; que encuentra oportuno describir en su Eneida, en versos magníficos, la opinión de Platón acerca de la inteligencia y el pensamiento que animan el mundo. Si bien le viene a su verbo poético y al fuego que enardece sus movimientos, él describirá el concurso de átomos que fortuitamente congrega los primeros principios de las tierras, de los mares, de los aires y del fuego, sin que haya necesidad para armonizarlos del concurso de una mano divina. Epicuriano, a veces, Platónico, otras, contenta los sentidos: reunir en uno, la hermosa flexibilidad de su talento, la música de sus versos y la vivacidad de sus expresiones, le basta en poesía: no cree que la verdad le sea necesaria". Sigue Bossuet: Virgilio se admira él mismo de lo dilatado y furioso de su trabajo de la Eneida, cuyo fin era el de lisonjear al pueblo reinante y la familia real, y declara en una carta, que él se ha comprometido a esta obra por una especie de manía: *pene vitio mentis*. Sin embargo el mismo Bossuet, en otros pasajes, admira la inspiración del épico teólogo (1).

Somos aficionados igualmente a la literatura de Fenelón. Nota su historiador que en el discurso que él dirige a la Academia, une a sus hermosas reflexiones acerca de la poesía, citas bellísimas de Virgilio, que, como clavos de oro, tacho-

(1) El Genio que nos ocupa es un caso hermoso del avoegma de Tertuliano: "toda alma es cristiana". Y más él, pues no solamente enalteció las virtudes morales, sino que empapó su pluma en los sutiles y lejanos arreboles del Cristianismo; Cristianismo en cuyas abiertas fuentes de luz embebió su espíritu Dante Alighieri, el último, hasta aquí, de los tres estupendos genios que ha producido la Humanidad, con Homero y Virgilio. Sabemos que Nuestro Señor Jesucristo fue el único que pudo traer al mundo la verdad y la moral sin mancha: por eso no faltan católicos, santamente intransigentes, que se retraen de encomiar las bondades naturales de filósofos paganos, que fueron como Virgilio: colosos de oro con los pies de barro.

nan la rica urdimbre de su estilo de música arrulladora. Aquellas citas respiran un modo de sentir, que era la expresión dominante de su alma y de todas sus afecciones, de su tendencia a los placeres del campo, a la dicha de la vida privada, a la simplicidad de la égloga, que contrarresta con las tempestades de la corte y el insensato tumulto de los comicios. Sin querer, uno sonríe del amable despecho con que Fenelón excomulga al que no siente el encanto de estos versos del Cisne de Mantua:

*Fortunate senex, hic, inter flumina nota
Et fontes sacros: frigus captabis opacum.*

La complacencia con la que él cita frecuentemente a Virgilio, dicen los críticos, revela cuan penetrado estaba de la perfección inimitable de un poeta con quien él tenía tantos puntos de conformidad, por la selección del gusto, la mansedumbre de la índole y el alma de mágica hermosura.

Los santos son admiradores de la poesía, la Iglesia lo es igualmente; ha habido papas magníficos poetas; Gregorio IX tuvo la dulce originalidad de cantar después del *Te Deum* y de la antífona a Nuestra Señora, un himno suyo, en honor de San Francisco de Asís, cuando lo canonizaba.

Pero nadie cautiva más el corazón que el poeta de la corte de Augusto, por la armonía y el sentimiento. Y a pesar de las limitaciones de nuestra vocación estética no pudimos prescindir, en la clásica Italia, de dedicarle algunos quintetos: con uno de ellos concluimos este desaliñado estudio:

*Si cual de Dante fueras tú mi guía
Por oírte cantar, gentil Virgilio,
A tu ebúrneo laud me arrimaría,
Y sintiera trocarse la elegía
De mi triste vivir en blando idilio.*

TOMAS RENDON

MIS HORAS

En pueblos envilecidos donde dominan la necesidad y las extravagancias, donde ni los elogios dan ni los vituperios quitán, donde ni la honradez se estima, ni los talentos significan nada, la opinión pública no es un juez que impone, sino un espantajo que causa risa; y en tal estado de cosas, un hombre de bien es libre para obrar como más le convenga, en el sentido de la sana razón, sin respetar otra censura que la de su propia conciencia.

Las fisonomías de los hombres son distintas; pero no en el todo desemejantes. Una cara siempre se parece en algo a otra cara. Lo propio sucede con las fisonomías, por decirlo así, de las producciones literarias. Estas son diversas; pero sucede a veces que tienen algún aire de semejanza. Los hombres que conocen el mundo literario, y saben discernir las cosas, nada dicen sobre esto; pero los ignorantes, metidos a críticos, juzgan de otro modo. Para éstos la más pequeña semejanza es **robo, plagio, delito imperdonable**, etc. De donde se sigue que si hubiera una ley que castigara, con la pena de horca, a los escritores plagiarios, y tuvieran éstos que ser juzgados por los ignorantes, los primeros hombres de la historia habrían muerto ahorcados, y los que todavía viven, tendrían también que subir a la horca. Lo creo así, porque ¿en cuál de ellos no se encuentran conceptos que, en poco o en mucho, no se parezcan a los de otros escritores? Los ignorantes deben saber que los hombres de letras son como los artistas que usan de materiales idénticos. Los pintores, por ejemplo, se sirven de los colores que son comunes a todos los que manejan el pincel. Sin embargo, un retrato de Correggio, y otro de Velázquez, aunque en algo se parezcan, no son una misma cosa, porque cada uno de ellos tiene una hechura propia, o especialidades características. Pa-

rece que esto es demasiado obvio, y vaya lo que sigue:

La censura de la ignorancia es el laurel de los hombres de letras, así como el odio de los perversos es la medalla de honor del hombre de bien.

La majestad de los reyes brilla en la corona; la del hombre de talento en su misma cabeza.

¿Qué es la vida del hombre a los cuarenta años? Un desierto inmenso, árido, melancólico, erizado de rocas escarpadas, sin sombra, sin agua, sin flores, sin verdura... ¡Cuarenta años de edad! He ahí la época en que debe morir el hombre.

Vale más pensar en el lujo del alma que en el lujo del cuerpo.

La mucha justicia es a veces la mayor de las injusticias.

Vale más caer en un abispermio, o en un horno encendido, que lastimar el amor propio de los hipócritas. Ofended a uno de éstos en lo más leve, y veréis en conmoción contra vosotros el mundo y el infierno. ¡Qué furor! ¡Qué pasiones! ¡Qué cuentos! ¡Qué indignidades! El que cae en la aversión de los hipócritas puede dar, desde ese momento, un adiós a su tranquilidad. Por el contrario, ofended a un hombre que sirve a Dios sin ficción, a un verdadero cristiano que tiene su corazón tan limpio como el azul de los cielos, y veréis que os perdona y bendice, que os confunde con su benevolencia, y os devuelve en palabras de dulzura lo que recibe en odios y vituperios. Muy bien se puede decir que un espíritu verdaderamente evangélico, es como el laurel silvestre de nuestras montañas que regala con su aroma al leñador que lo despedaza.

El laurel de los hombres que se consagran a las letras, sólo florece en la aridez de los osarios.

La literatura de la edad juvenil es como el mes de Mayo; la de la edad senil, como el mes de Agosto. Por Mayo todo es flores; por Agosto todo es frutos. Así, los jóvenes abundan en producciones bellas; los viejos en producciones sensatas.

Todos entran y se agolpan en las iglesias para recogerse y orar, según dicen; pero son muy pocos los que entran y se recogen en otra iglesia que es donde más se debe orar y dar cul-

to a Dios: el propio corazón.

Los hombres de condición oscura suplen siempre la falta de mérito personal con el orgullo y la insolencia.

Entre el amor y la amistad hay una grande diferencia. El amor envejece y muere; la amistad, por el contrario, rejuvenece con los años, y se hace más deliciosa. Un escritor anónimo la compara con el vino: **Amicitia et vinum, dice, quo seniores, eo dulciores.** "La amistad y el vino cuánto más son viejos, tanto más son dulces".

Abatirse y besar los pies de los grandes; oprimir y llenar de amargura a los pequeños; he ahí el carácter de todo vil.

Todas las ilusiones de la vida no son sino ramilletes que forma nuestra fantasía; ramilletes perfumados pero de corta duración. Nos encantan mientras alborea la mañana, y se agostan el anochecer.

FRANCISCO FEBRES CORDERO

INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO SOBRE LAS CIENCIAS, LAS ARTES Y LAS LETRAS.

(Fragmentos del discurso de recepción en la Academia Ecuatoriana de la Lengua, correspondiente de la Real de España).

En el sistema general de las bellas artes, la poesía se ha colocado siempre en el lugar más eminente, porque sea cual sea el aspecto por donde se considere, ella es la expresión más perfecta de lo bello, de lo ideal. Tiene analogías muy notables con la pintura y la música, sus hermanas, pues posee como aquélla la facultad de representar vivamente los objetos, y tiene, lo mismo que ésta, como medio de expresión, el ritmo y el sonido. Existen, con todo, grandes diferencias entre estas tres artes: no puede la poesía representar de una manera precisa las formas visibles de los objetos, como hace la pintura, ni poner de manifiesto todos sus pormenores, dado que la representación poética no se dirige a la vista sensible sino a la imaginación; pero en cambio, no se halla circunscrita a un espacio limitado, sino que puede explayarse y presentar el objeto en toda la extensión y conjunto de su incremento sucesivo. Si la poesía no dispone de numerosa escala de sonidos, de esa variedad de tonos ni de esos acentos múltiples que forman el encanto del arte musical, tiene la ventaja de expresar los afectos en todas sus diversidades, en todos sus más delicados matices, en toda su energía y con la más completa claridad del pensamiento; hace más todavía: expresa todos los conceptos del entendimiento en su desarrollo progresivo, cosa que no es dada a otra arte ninguna. "Lo que constituye la superioridad de la poesía sobre las demás artes, dice Hegel, lo que le da una preeminencia absoluta, y hace de ella el coronamiento del sistema estético, es el tener como medio de expresión la palabra, que es el único signo adecuado

del pensamiento. La poesía es el arte universal, el arte divino". La palabra, en verdad, es el lenguaje más perfecto, el que más completamente puede revelar todos los misterios del alma, el lenguaje por excelencia, en suma, el Verbo humano imagen del Verbo divino, de la misma manera que el alma humana es imagen de su divino Creador; bien que imágenes ambas alteradas, oscurecidas, afeadas por el pecado.

El campo de la poesía es tan extenso como el de la ciencia; pero ésta aspira a la verdad, y la poesía a la belleza; y aunque su fin directo no sea la investigación ni la enseñanza de la verdad, la verdad debe constituir su fondo, pues le corresponde expresar lo más sustancial de la vida humana, presentándole siempre en lontananza el fin para que fué criado. No es meramente un pasatiempo agradable ni un hermoso ropaje para recreo de los ojos y satisfacción de la vanidad; si así fuese, ni el común sentir de los pueblos habría comparado a los poetas como los dioses, ni se hubieran erigido templos a la gloria de Homero. Tampoco el fin directo o especial de la poesía es moralizar; pero como el bien, fin supremo de esta vida terrena, debe ser el norte de todas las acciones y obras humanas, es evidente que también deberá ser el norte y luz de la verdadera poesía. El poeta no moraliza con el precepto ni con la demostración, sino con el sentimiento, con la acción, con el espectáculo animado y propio encanto de la belleza moral. Más todavía que de lo verdadero, la belleza es el resplandor de lo bueno.

Penetrando en lo invisible a través de lo visible, subiendo al Creador por la misteriosa escala de las criaturas, con la antorcha de la fe en una mano y la de la ciencia en la otra, con la esperanza en la frente, la caridad en el corazón y la verdad en los labios, es como el poeta alcanzará a merecer el nombre de vate, sacerdote y oráculo, y unirá su voz inspirada al himno santo de los cielos y de la tierra. El poeta no debe seguir al pueblo, ni mucho menos a la plebe, sino dominarlo, llevarlo en pos de sí, como Anfión movía las piedras al sonido de la lira, y las llevaba y colocaba donde quería, o como Orfeo que amansaba con ella los tigres y leones. Ni mucho menos le es lícito hablar al vulgo en necio para darle gusto, porque las artes no son mozas de posada ni verduleras, sino matronas y reinas. Bien que se desdénen de mezclarse en las danzas populares, deben conservar siempre su dignidad e imperio; pues, si hemos de creer a nuestro literato nacional, el célebre autor de *Cumandá*, "el poeta es un ser condenado a buscar en la tierra cosas que se hallan sólo en

el cielo... y se levanta sobre la multitud como el rey del pensamiento, engalanado con los diamantes de la fantasía, para hablar, seducir y encantar a las futuras edades, y esparcir sobre ellas los rayos de su gloria".

La poesía es de todos los tiempos y naciones; pero aunque siempre y dondequiera presenta unos mismos caracteres esenciales, deben distinguirse en su historia dos grandes períodos, en el primero de los cuales la poesía es, por decirlo así, el lenguaje natural del hombre, como se observa en los primeros siglos después de la Creación y en la cuna de las naciones que se formaron cuando la dispersión de los hombres al pie de la torre de Babel. Por el contrario, en el período de civilización más avanzada, en el que la reflexión y la ciencia se han vuelto más o menos familiares para las inteligencias, y en el que dominan las costumbres lógicas y prosaicas, el estro poético no es ya patrimonio de la multitud, sino de un corto número de ingenios escogidos. No viene a cuento el hablaros aquí del *Ramayana* y del *Maha-Barata*, poemas de la India; del poema de *Izdubar*, desenterrado de las ruinas de Nínive; del *Shah-Nameh*, poema persa; de las poesías de los chinos Li-tai-pe y de Thou-fou, ni de los siete poemas árabes del *Moallakat*.

Vosotros todos admiráis, Señores, los primores de dicción y de pensamiento contenidos en las obras maestras de los poetas griegos y latinos, y os habéis saboreado con ellas desde vuestra juventud, y muchos de vosotros las habéis traducido o imitado en sonoros y elegantes versos castellanos; y por lo mismo habéis palpado que el paganismo no podía inspirar los afectos puros, ardientes, profundísimos que constituyen el alma de la oda cristiana. Ni el *ditirambo*, ni el *pocan*, ni los demás himnos de los poetas griegos, ni el *Carmen saeculare* de Horacio admiten punto de comparación con la verdadera oda religiosa. El bello ideal de la oda sagrada está en la Escritura: los cánticos esparcidos en los libros historiales y proféticos descuellan notablemente sobre lo más grande que ha producido la poesía lírica profana; y si nó, ahí está el cántico de Moisés después del paso del Mar Rojo, que con tanto acierto imitó Herrera en su canción a la batalla de Lepanto; el cántico de Débora, y el de la Virgen Santísima, el *Magnificat*, que es el más sublime himno de agradecimiento, a la par que el más encumbrado y majestuoso, y que contiene misterios tan altos y escondidos que los ángeles mismos los ignoran. Entre los libros de la Biblia hay uno en el cual la poesía y la elocuencia se dan la mano, haciendo ostentación

de sus más brillantes galas, de su poder, de sus encantos y hasta de su vuelo divino sobre todo cuanto se ha escrito en el mundo; tal es el *Libro de Job*, mirado aun a la luz de la razón. Los salmos de David, el poeta lírico por excelencia, están llenos de grande nobleza de estilo, de brevedad sublime, de dulzura y resignación al expresar los dolores y angustias del alma. Isaías es el más puro y elegante de los poetas sagrados, y el que más se distingue por la grandeza de las ideas y de la expresión. Jeremías no tiene rival en los *Trenos* o lamentaciones que escribió sobre las ruinas de su ciudad natal, en los cuales se respira una ternura y melancolía que arroban dulcemente el ánimo. Si la Biblia, en resumen, como palabra revelada merece nuestro respeto y acatamiento, como obra literaria es la joya más preciosa que en el mundo existe.

Mr. de Chateaubriand, más poeta que razonador, al ocuparse en el mismo objeto que me propongo, trajo a cuenta las bellezas poéticas que produjeron los antiguos, y sujetándolas a ligera comparación con las que han dado los ingenios modernos, falló a favor de éstos a veces con parcialidad, y ro pocas con sobra de injusticia. No soy adorador de los tiempos que pasaron; pero tampoco me complacería en arrancarles sus glorias para coronar con ellas los presentes. En examinando la influencia del Cristianismo sobre la literatura y las bellas artes, tampoco creo acertado el procedimiento de hacer apreciaciones de lo que éstas han producido, sino de lo que producir pueden inspiradas por su luz y vivificadas por su aliento celestial. Descendamos a una comparación: Homero y Klopstock nos abren sus poemas: aquel representa a Júpiter Olímpico del modo más sublime que puede idearse por la más sublime fantasía; pero escoge el momento en que el padre de los dioses es sublime, ya que en la fábula risueña de su vida hay actitudes, hay acciones que degradarían a los brutos; la pintura de Homero es perfecta, nada queda de Júpiter por describir, y el esfuerzo del poeta no pudo llegar a más. El autor de la *Mesíada* sigue los pasos del Calvario derramando lágrimas; copia de su héroe las angustias supremas del moribundo Dios; pinta los terrores de la muerte en la majestuosa faz del Padre de la vida, y pone en movimiento los cielos, la tierra, los espacios y el infierno; el cuadro trazado por el cristiano es sin duda mucho más sublime que el del griego; en él está campeando el sublime de la grandeza en lo más profundo de la miseria; pero el cristiano pudo todavía haberlo realzado más, y después de eso mucho más aún, y luego engrandecerlo hasta lo infinito; el cristiano pudo presentar al Mesías

en cualquier acto de su terrena vida, y en cualquier acto de ella siempre tan grande y tan magnífico, que la fantasía por más que se remontara a lo ideal, hubiera de quedar menguada y sin expresión.

El pincel de Cos pudo haber copiado con grandeza de estilo a Júpiter como lo imaginó Homero: la misma majestad en la soberana frente, la misma mano firme extendida sobre el mundo, y el rayo ardiente encendido bajo sus plantas; pero habrían faltado tintas para la paleta de Apeles, fuerza al brazo y aliento a la imaginación para delinear a Jesús glorificado ante sus absortos discípulos. Rafael que concibió proyecto tan atrevido, Rafael que enriqueció al mundo con una maravilla del arte, fue sin duda sublime en la ejecución como el más sublime de los antiguos; pero para que el trasunto semejase al original, Rafael necesitaba ser divino. ¿Cómo pintar en pobre lienzo esa faz en que resplandece la autoridad suprema de la soberanía, la fuerza de la omnipotencia, la gloria de Jehová? ¿Cómo reproducir con los colores de la tierra y con terrena mano las célicas lumbres cuyos destellos ofuscan toda claridad hasta hacerla entenebreecerse?

Maravíllanse los artistas con razón ante el grupo de Niobe doliente que, en castigo de un insulto hecho a Latona, vese reducida a llorar la muerte de sus doce hijos insepultos: pudo el artista inmortalizar en esos labios de mármol el ay! de la madre que llora por sus hijos, arrancar al dolor materno todo lo íntimo de sus tormentos para trasladarlo ardiente a una piedra fría y sin vida; mas si Praxíteles juntando en un ideal toda la belleza de su Venus, Scopas todo el dolor de su Niobe, vinieran a cincelar la estatua de María inocente, conjunto de cuanta poesía se encierra en la mujer, y quisieran representar a la perfecta madre que siente un dolor perfecto, cuán rebelde hubiera de parecerles entonces el mármol, cuán débiles, sus golpes maestros, cuán fría la expresión de belleza y de dolor que ha hecho de sus obras un asombro para el mundo! Y esto depende de que la Religión cristiana, dirigiendo las pasiones después de haberlas espiritualizado, las diviniza comunicándoles no sé qué atributo del infinito.

Pero Mr. de Chateaubriand llega hasta el extremo de negar que entre los antiguos haya habido poesía descriptiva, tal vez sin atender a que desde Homero y Hesíodo hasta Virgilio y Horacio no se encuentra un verdadero poeta que deje de describir con más o menos verdad, con mayor o menor maestría y delicadeza. ¿Quién, sin exceptuar al mismo Tasso, traza con tanto vigor y novedad todos los horrores de un com-

bate como Homero? ¿Quién, sin exceptuar a Thompson, Pope y Delille, nos pintan los hechizos de los campos con tanto donaire como Virgilio? Confesemos francamente la verdad: entre los antiguos hubo genios de primer orden; pero esos mismos genios habrían podido producir mayores bellezas a haberse inspirado en las fuentes cristianas.

Como prueba de mi aserción, os citaré sólo, en gracia de la brevedad; las principales obras maestras de los poetas cristianos que han bebido en los Libros Santos la inspiración y en ellos han inflamado el estro: el *Paraíso Perdido* de Milton, la *Divina Comedia* de Dante, la *Mesiado* del ya mencionado Klopstock, los cantos de Herrera, donde luce en toda su pompa y lozanía todo el nervio del idioma castellano. Comparad la Atalía y la Ester de Racine, inspiradas por la Biblia, con Fedra, Andrómaca e Ifigenia, inspiradas por Sófocles y Eurípides; la Zaíra de Voltaire con el Huérfano de China y aun con Merope; Polieucto de Corneille con los Horacios; la Biblia, en fin, con cualquier libro del mundo, y os convenceréis prácticamente de que las más floridas obras deben la parte más preciosa de su mérito a los sentimientos del Cristianismo y de la libertad que es hija suya.

¿Y qué diré de la por antonomasia llamada *Nación Católica*? Favorecida con una lengua dulce, enérgica y pomposa que se presta fácilmente a la expresión de toda clase de afectos, con justo título puede ufanarse ella de contar entre sus escritores de primer orden a una Santa Teresa de Jesús, fundadora de la escuela mística, que no lo cede en ventaja a ninguna otra; a un San Juan de la Cruz, el doctor y poeta extático; a fray Luis de León, que supo unir con felicísima industria propia, a los arranques líricos del poeta bucólico la dulzura evangélica del poeta cristiano; al gran poeta de la prosa, fray Luis de Granada; al príncipe de los escritores castellanos y regocijo de las musas, el inmortal Cervantes, y a una numerosa falange de poetas clásicos condecorados con el sagrado carácter de Ministros del Santuario, cosa rarísima en las demás naciones, que no tienen entre sus sacerdotes un fénix de los ingenios como Lope de Vega, o un divino Herrera, Castillejo, Calde-rón, Céspedes, Salinas, Góngora, Hojeda, Bartolomé Leonardo de Argensola, Polo, Mirademescua, Soto de Rojas, Balbuena, Rioja, Iglesias, Reinoso, Lista, Gallegos, Pérez de Montalbán, ni otros muchos que pudiera nombrar.

Después de lo que llevo dicho sobre la influencia del Cristianismo en las ciencias y en las artes, cábeme la dulce satisfacción de reconocer, Señores, que a nuestra amadísima Pa-

tria le ha cabido no pequeña parte en esa divina salutífera influencia; pues el Ecuador puede gloriarse con razón de contar entre sus hijos, sabios de la talla de Mejía, Maldonado, Espejo y Solano, adoctrinados en las purísimas fuentes del Cristianismo; magistrados como García Moreno, honra y prez de la patria, y digno objeto de envidia hasta de las naciones europeas, hombre de quien un ilustre escritor ha dicho:

"Que a su gran corazón y firme mano
sobró grandeza y les faltó un imperio",

y que "sentó consigo en el solio del poder supremo las virtudes excelsas del cristiano, hermanadas por providencial concierto con las de eximio magistrado y las de estrenuo capitán". Patentes a todos están los soberbios templos de San Francisco, la Compañía y Santa Clara, legítimo orgullo de esta católica Capital y obras portentosas de arquitectura, lanzadas a desafiar las furias de los volcanes vecinos por la fe y devoción de nuestros padres. Entre los discípulos de Apeles merecen especial mención Miguel de Santiago, los Samaniegos, Salas, Cadenas, Manosalvas y Pintos, cuyos lienzos religiosos y aun profanos no tienen rival en América; lo mismo diré de las esculturas debidas al diestro cincel de Chil, de los Cristos de Vélez, y del San Vicente y San Francisco de Paula del malogrado Carrillo; no les va en zaga la música con las producciones armónicas y delicadas de Don Aparicio Córdoba, de los Pautas, Latorres y Rodríguez.

Testimonio fehaciente y oficial, diré, del influjo religioso en nuestra literatura sois vosotros mismos, Señores Académicos, ora en los diversas obras que habéis compuesto, ora en los discursos que habéis pronunciado al penetrar en este santuario de las letras patrias, pues al recorrer dichos discursos, no he podido menos de quedar agradablemente sorprendido viendo que entre los asuntos que tratáis en ellos, unos son absolutamente religiosos, tales como "La Idolatría de la palabra", "La Poesía en la Fe", "Cristo, la Iglesia y la Poesía"; y otros como "La Belleza, cuyo tipo es Dios", "La Mujer en la civilización y en la estética", "La Novela y el Drama", con sus correspondientes contestaciones, se hallan magistralmente expuestos con arreglo a las doctrinas de la más pura ortodoxia. Por lo que respecta a la poesía ecuatoriana, la magnífica antología de poetas nacionales que, merced al buen gusto y laboriosidad de esta docta Corporación, saldrá a luz para memorar el fausto centenario cuarto del descubrimiento de América, os dirá mejor que no mi

desautorizada voz y cortos conocimientos, a qué altura ha llegado la gaya ciencia de esta nuestra amada Patria, el número de vates que se ciñen con justicia los laureles de Apolo bajo nuestro límpido cielo ecuatorial, y cuánto deben a la inspiración religiosa la mayor parte de ellos, en cuyas composiciones domina la fe más viva y los afectos más puros del corazón.

No me parece aventurar demasiado mi juicio al asegurar que en los pueblos descendientes de la generosa y cristiana raza de Castilla, y por tanto en el Ecuador, es como distintivo providencial el que casi todos los poetas noveles, atraídos por un sentimiento innato, ensayan los primeros vuelos de la fantasía en cantar a la Madre del Amor hermoso, cuyo nombre es por sí solo una dulcísima poesía, cual los implumes aguiluchos se elevan por los espacios etéreos y se atreven a fijar la mirada en el padre de los astros, sostenidos por las alas maternales; pues, con ser María, después de su Hijo santísimo, el océano más insondable de grandezas y misterios hasta para las inteligencias angélicas, se vuelve accesible al entendimiento y al corazón del más pequeño de sus hijos; así como la luna baña con su plácida luz no sólo las plateadas crestas de nuestros gigantes andinos sino también las linfas cristalinas del humilde arroyuelo que corre por el valle. ¡Dichosos los jóvenes que escogen por primer objeto de su amor a María! Dichosos los poetas que cantan las bondades y excelencias de María!

ALBERTO MUÑOZ VERNAZA

COINCIDENCIA....?

ESCANDON Y MIRALLA

Para que se aprecie el objeto de estas líneas, conviene recordar los principales datos biográficos de estos dos célebres literatos americanos.

En la *Galería de cuencanos notables* publicamos algunos apuntes acerca del primero; y de ellos reproducimos los siguientes:

Entre los literatos de la antigua *Presidencia de Quito*, ocupa lugar distinguido el General Dn. Ignacio de Escandón, nacido en la ciudad de Cuenca, por los años de 1726 a 1728. Como de la mayor parte de los escritores coloniales, pocas noticias se conservan de Escandón. En ninguno de los florilegios ecuatorianos figuran sus escritos; y el P. Velasco lo califica simplemente de poeta *satírico y sentencioso* (1).

Para evitar confusiones, debemos advertir que el Dn. Ignacio Escandón del que ahora tratamos, es el mismo de quien dice el Dr. Francisco Campos, en su *Galería biográfica de hombres célebres ecuatorianos*, que fué *Jesuita y natural de Quito*. Este error fué oportunamente rectificado por un escritor azuayo, el Dr. Antonio Borrero, manifestando que nuestro poeta nació en Cuenca, y casó en esta misma ciudad, a mediados del siglo XVIII, con una Señora Carrillo de los Ríos y Sánchez de Orellana.

Era Escandón de noble alcurnia; descendía por línea materna, de los Morales, familia linajuda española (de la que escribió libros de genealogía), y de Dn. Pedro Bravo de los

(1) Posteriormente, en 1895, el Dr. Pablo Herrera publicó en el tomo 19 de la *Antología de prosistas ecuatorianos*, algunos fragmentos de los que dimos cuenta en la *Revista de la Universidad del Azuay*. (1891)

conquistadores y fundador, con Gil Ramírez Dávalos, de la ciudad de Cuenca. Creían algunos que Escandón estaba también entroncado con la ilustre familia del sabio benedictino español, el P. Feyjoo, por el tercer abuelo de nuestro poeta, Dn. Cipriano Feyjoo, natural de Galicia, hombre de talento despejado, y que desempeñó, por varias ocasiones, el empleo de Alcalde Ordinario de Cuenca.

Hizo sus estudios en el Colegio de San Luis de Quito, y tuvo por maestro de gramática al R. P. Nicolás de la Torre, autor de una celebrada *Vida de Mariana de Jesús*. El mismo P. la Torre fué catedrático de Escandón en Sagradas Escrituras.

Tuvo por condiscípulo al célebre guayaquileño P. Juan Bautista Aguirre de quien decía Escandón, que era *el duende de su tiempo por el ruido que han hecho sus talentos y la travesura de su ingenio*.

En esta ciudad de Cuenca desempeñó los destinos de Tesorero de las reales cajas, de Regidor y de Alcalde Ordinario. Conocida la importancia de estos cargos, durante el Gobierno colonial, es fácil deducir la gran estimación de que gozaba nuestro poeta, y el influjo que ejercía entre sus compatriotas.

Escandón se dedicó también a la milicia y por sus relevantes méritos obtuvo el destino de Comandante General de las tropas auxiliares de Guayaquil.

Pasó después a la ciudad de Lima, en cuya afamada Universidad de San Marcos, parece que ejerció algún cargo.

Falleció a fines del siglo antepasado.

Escandón vivía vida literaria; es decir, escribía mucho y tenía correspondencia con los principales literatos del Perú, de la Presidencia de Quito, y con varios de la Península. Celebraba, entre otras, la correspondencia que recibía del célebre quiteño Dr. Nicolás Carrión y Vaca. En tiempos en que la imprenta no había alcanzado aún su desarrollo, la correspondencia privada era el palenque en el cual los hombres de letras ejercitaban su ingenio y desplegaban sus dotes. A una memoria privilegiada unía Escandón gran fecundidad y facilidad admirable para componer versos. Escribía *décimas* a pluma corrida, sin variar palabras, y sobre temas que le imponían en un momento dado. Cierta ocasión, el Obispo de Quito, Don Juan Niéto Polo del Aguila, le instó, eligiéndole entre otros literatos, para que contestase veinticinco *décimas* (cuyo tema no hemos podido descubrir) que escribió Don Francisco Gorostiza, Alguacil mayor de Guayaquil, condiscípulo

de Escandón; y éste dió la respuesta en doscientas *décimas*, escritas en el corto plazo de tres días.

Fué grande admirador del P. Feyjoo, a quien le llamaba *mi maestro*, y celoso propagandista de sus obras. Para difundir la lectura de ellas, invirtió de su peculio mil pesos, y compró en Lima los escritos del sabio Benedictino, para remitirlos a Quito.

Escribió también algunos versos dedicados a ese ilustre español, y un panegírico a su memoria, sumamente curioso, por los datos que contiene acerca de varios hombres notables de Quito, con motivo de la enumeración que hace de los que en su Patria, han sido apologistas del sabio Feyjoo.

Activo propagandista de las letras, contribuyó a la fundación de la gran biblioteca de Lima, de acuerdo con Don José Eusebio de Llano y Zapata, natural de esa ciudad, residente en Cádiz, autor de muchas obras científicas y literarias, y uno de los hombres más notables del Virreinato del Perú, en el siglo XVIII.

Aun cuando Escandón escribió mucho, pocas de sus obras se conservan o conocen. Nuestras investigaciones históricas nos han hecho descubrir telizmente, algunos de sus escritos que, si bien publicados en Lima, durante el siglo antepasado, pueden reputarse inéditos para la generalidad de nuestros compatriotas.

Con referencia a Fr. Vicente Solano, se nos ha dicho que Escandón es el autor del *Trisagio* en verso, que todavía se reza en muchas Iglesias. Escandón gozó de mucho crédito entre los principales literatos de su tiempo, y mereció de ellos entusiastas aplausos. Tan bien sentada tenía su reputación de buen escritor y erudito, que el citado Don José Eusebio de Llano y Zapata le invitó con insistencia, desde Cádiz, para que escribiera la *Historia literaria de la América meridional*. A este propósito le decía Llano y Zapata: "Ninguno mejor que Ud. podrá tratar una materia que, aunque vasta, es muy fácil a su comprensión y entendimiento. Más vale un soneto o una *décima* que Ud. prodiga, que lo que puede costarle aquel trabajo, la idea, el juicio y el método de este linaje de escritos... El estilo que nadie lo da, sino que se hace, lo posee Ud. en grado tan fecundo, que siempre que quiera, se desempeñará con variedad, limpieza y hermosura. Conque Ud. acorte el vuelo y sujete sus alas al remonte, no caerá de muy alto si lo precipita, ni tropezará en tierra si se acerca. Para esta obra le sobran a Ud. los talentos y proporciones que a otros les faltan... Conozco en Ud. por su rara vi-

veza, innegable discreción, mucha lectura y otras prendas, grandes proporciones y deseare no las malogre, en un fin tan honesto en lo presente, y en lo futuro de grande ejemplo: pues los pósteros leyendo los héroes de la *Historia literaria*, en los rasgos de tan bella pluma, se moverán a su imitación, y tendremos otros muchos que colocar en iguales series". Estas apreciaciones de un hombre tan notable y autor tan competente como Zapata, manifiestan el valor literario de nuestro poeta.

Escandón acogió la idea y comenzó a practicar las primeras diligencias para obra tan interesante. Dirigió al efecto, una representación al Virrey del Perú solicitando permiso para imprimir circulares de invitación y para que se le franquearan los archivos y bibliotecas. No sabemos si Escandón acogió materiales y comenzó la redacción de una obra que, a llevarse a cabo, hubiera salvado del olvido muchos nombres ilustres y muchas obras de importancia. Parece, más bien, que sobre el mismo Escandón y sobre los sabios que se proponían inmortalizar cayó la sentencia que en bellísima metáfora expuso en su carta al Virrey. "La América meridional, decía, más abundante de ingenios que de metales, y más fecunda en sus Academias que en sus campos, después de haber producido tantos varones sabios, que bastaran a ilustrar un mundo, así como fué un país de literatos, *se hizo un sepulcro en la memoria de ellos*". Continuando la injuria de los tiempos, el historiador P. Velasco, emitía, años después, conceptos semejantes, en una comunicación al Ministro Porlier. "Su larga experiencia le hizo observar, con imparcial ojo, ser las Américas, tal vez más fecundas de minerales de ingenios que de metales. Sabe que se hallan sepultados éstos en el olvido, no menos que el oro, las perlas y los diamantes, en los oscuros senos de los mares y de las peñas por falta de quien los saque a la luz pública del mundo".

Entre algunos hombres de letras del Azuay se conserva la tradición, y aquí va de nuestro asunto, que Don Ignacio de Escandón compuso la siguiente espinela, con motivo de haber encontrado una planta florida en un cráneo de calavera humana:

¡Oh flor bella y desdichada!
¿Qué te importa el ser hermosa,
Si en tu mansión espantosa
Con la muerte estás ligada?
¿Dónde irás fija o cortada
Que cambies tu infausta suerte?

Arrancarte es golpe fuerte,
Dejarte es pena crecida;
Pues dejarte con la vida,
Es dejarte con la muerte.

Don Antonio Miralla nació en Córdoba, República Argentina, por 1790; pero el teatro de su actividad y de sus trabajos literarios lo tuvo en la Habana y en Bogotá.—Fueron sus padres Don Francisco Miralla y Doña Elena Molina; y fué educado por el célebre Dr. Gregorio Funes, su pariente, que tanto figuró en la época de la Independencia, canónigo de la Catedral de Buenos Aires, y autor de la *Historia de Buenos Aires y Paraguay*. Hizo sus estudios en la Universidad de Buenos Aires, distinguiéndose en los ramos de filosofía, derecho civil y público y filología. Poseía a la perfección el español, y uno de sus contemporáneos dice: "a nadie he oído pronunciar la lengua castellana con tanta pureza y corrección... Su acento era claro y sonoro, y tenía una imaginación tan rica, y tan felices ocurrencias que se quedaba uno lelo, embobado, oyéndole hablar. Improvisaba en el metro que se quisiese y sobre el tema que le indicaran, con asonante o consonante, en endecasílabos o en versos de arte menor, con pie libre o forzado, en décima, en letrillas, en octavas; para él era indiferente. Era un prodigio, y los que tenían el gusto de oírle una vez, querían oírle siempre. Era el Adonis de las damas, el embeleso de las tertulias; era un cumplido caballero que se hacía querer por sus modales y por su chispa".

Poseía además el francés, el italiano, el inglés, el portugués, el latín y el griego, y era versado en matemáticas y aun en cánones y teología como lo manifestó en una conferencia pública que sostuvo en Bogotá con el célebre y entendido Dr. Francisco Margallo, sobre el daño que causa a los fieles la lectura de la Biblia en lengua vulgar.

En 1808 pasó de Buenos Aires a Lima en donde obtuvo la amistad y protección del Dr. Baquijano, que habiendo sido promovido al Consejo de Estado, llevó consigo a Miralla a la corte. Residió en Madrid por algún tiempo, y separado después de su protector, viajó por Francia y por Italia, regresó de allí a la América y fijó su residencia en la Habana, en donde se dedicó al comercio, llegando a ser rico propietario; y en calidad de socio de una respetable casa pasó a Nueva York.

En la Habana contrajo íntimas relaciones con el célebre granadino Don José Fernández Madrid, Presidente que fué de

las provincias unidas de la Nueva Granada. Madrid fundó por ese tiempo *El Argos*, siendo co'aborador Miralla. En ese periódico dió a luz sus principales obras que son: varias traducciones del italiano: el *Jacobo Ortis* y una *Canción* de Metastasio; del francés, las *Cartas* de Demoutier sobre mitología; y del inglés el *Cementerio de la Aldea* de Tomás Gray. Esta traducción ha sido celebrada por algunos críticos; pero en realidad tiene muchos defectos. Sus obras originales son: el soneto titulado *Ilusión*, muy bueno, aunque su paternidad es disputada a favor de dos poetas cubanos, Zaqueira y Arango y Rubalcava; una *Elegía* a la muerte de Wintson; la *Preten-sión por despedida*, soneto y una oda anacreónica *La Palomilla Ausente*. Entre sus escritos en prosa figuran *La soberanía del pueblo y elecciones populares* y un artículo de polémica literaria sobre una inscripción latina. En el sentir de los críticos las producciones en prosa de Miralla son superiores a las en verso.

El ruido de las hazañas de Bolívar conmovía, por entonces, a todos los espíritus generosos; y Miralla pertenecía a una sociedad secreta fundada en la Habana, y que tenía por objeto levantar la opinión pública en favor de la independencia americana. Apercebido el Gobierno español de esos trabajos, Miralla abandonó la Isla y se dirigió a Colombia, en 1823, con algunos patriotas cubanos. En Septiembre de ese año llegaron a la Guaira y Caracas, en donde eligieron al General Valero como jefe de la comisión que marchó a Santa Fe de Bogotá, para solicitar del Gobierno de Colombia auxilios encaminados a la Independencia de Cuba. El General Santander que presidía entonces el Gobierno acogió con agrado la petición; pero hubo necesidad de aplazarla, porque Colombia se hallaba empeñada en sellar la Independencia del Continente del Sur, con la campaña que terminó en Ayacucho.

En Julio de 1825 vinieron a Bogotá dos mejicanos distinguidos a llevarse a Miralla a Méjico, donde estaba nombrado para un empleo honorífico. Aceptada la invitación marchó llevando a su esposa e hija a las que dejó en Cartagena por haber variado de propósito, y continuó solo a Méjico. Mas, en el tránsito le atacó una fiebre biliosa de la que murió, al llegar a Puebla de los Angeles, donde está enterrado.

Cuentan, dice el distinguido literato colombiano Dr. Juan Francisco Ortiz, que habiendo salido de paseo con varios amigos entraron en el cementerio de Bogotá, y uno de ellos reparó que, en una calavera abandonada encima de una tumba,

había brotado una amapola que se mecía con el viento de la tarde, y mostrándole a Miralla le pidió un verso, y que, improvisó este.

Bella flor! cuando naciste
Oh! que triste fué tu suerte
Que al primer paso que diste
Te encontraste con la muerte!
Arrancarte es cosa triste,
No llevarte es lance fuerte;
Dejarte donde naciste
Es dejarte con la muerte.

Ya verán nuestros lectores que la décima atribuída a Escandón, y la octava atribuída a Miralla, se parecen algo más que dos hermanos gemelos; sólo que esta tiene mejor corte artístico, por su mayor precisión.—¿Conocería Miralla, cuando estuvo en Lima, la décima de Escandón? ¿Sería una reminiscencia de élla la supuesta improvisación en el cementerio de Bogotá? ¿Será inexacta la tradición que la atribuye a Escandón? ¿Será una simple coincidencia de ideas? No lo sabemos decir con exactitud; y nos limitamos a informar a nuestros lectores del asunto, como de una simple curiosidad literaria. Añadiremos, sí, para completar esta información, que la referida octava figura también entre las poesías de un poeta guatemalteco.

MANUEL NICOLAS ARIZAGA

MOUNT VERNON

Al fin aparece a la margen derecha del Potomac, que llega en este punto a la anchura de dos millas, un alegre kiosco con la cubierta pintada de rojo, que resalta en el fondo verde oscuro de la selva, como una extraña flor suspendida sobre las linfas de la playa. Es el pequeño puerto de Mount Vernon, a cuya presencia, se observa entusiasta movimiento entre los pasajeros del "Macalaster". Por entre la arboleda que cubre la colina más cercana, principia a divisarse algo que parece confusamente una casa o un mausoleo, cuando el vapor se aproxima al diminuto muelle. Hermoso espectáculo el de entonces: los ojos quisieran multiplicar su potencia visual (porque los anteojos de larga vista resultan inútiles), para penetrar todo obstáculo, y abarcar de una sola mirada todo el santuario que la fronda del huerto, como un velo consagrado, oculta melancólicamente.

Del kiosco se sube por una vereda angosta y bastante pendiente, cosa de unos trescientos metros; cuando de repente, todavía en el declive de la colina que se eleva desde el río, se encuentra un edificio modesto, sin más apariencia que alguna portada de jardín, y que es nada menos que el sepulcro del Padre y fundador de la Gran República norteamericana,—nación de las más ricas, poderosas y civilizadas del globo! Oh! qué impresión la que conmueve el espíritu, al cerciorarse que se halla delante de la última morada del Héroe legendario que fué "el primero en la paz, el primero en la Guerra y el primero en el corazón de sus conciudadanos", según la hermosa expresión de Enrique Lee!...

La tumba es una pobre construcción de ladrillo, sin ornamentación de ninguna clase, ni pretensiones arquitectónicas. La parte central, que es la más alta, se levanta entre dos pilastras cuadrangulares del mismo material, a una altura de cuatro

metros. Dos líneas paralelas a aquéllas y coronadas por un arco ojival, forman la puerta, guarnecida por un fuerte enrejado. Encima se ha incrustado una lápida de mármol que contiene, en letras de bajo relieve, la siguiente inscripción:

"Within this enclosure rest the remains of General George Washington".

En la pequeña cámara de adentro, en la pared de frente a la puerta, está otra lápida puesta del mismo modo, con el texto bíblico:

"I am the Resurrection and the Life. He that believeth in Me, though he were dead, yet shall he live".
(Yo soy la Resurrección y la vida. El que cree, &c.)

En el suelo plano, cubierto de menuda piedrecilla y arena, hacia la derecha, está un sarcófago de mármol blanco, en forma de ataúd, sin más adorno que el escudo de armas de los Estados Unidos, entre una bandera, en bajo relieve, sobre la parte superior; y al pie, en caracteres de la misma clase, esta única palabra: *Washington*, que por sí sola significa una epopeya grandiosa, y es más elocuente que los pomposos epitafios que la adulación o la vanagloria, puede escribir en túmulos soberbios—La tapa de la bóveda interior fué cerrada con llave, y ésta, arrojada al Potomac, el 7 de Octubre de 1837; fecha desde la cual esa modesta tumba encierra tan ilustres despojos.

A la izquierda, hay otro sarcófago igual, pero sin adornos, que contiene los restos de Martha, la distinguida esposa de Washington, reposando al lado de aquéllos, como en eterna cámara nupcial....

La parte exterior está rodeada de álamos y cipreses, y de cuatro pequeños obeliscos de mármol, circundados por la correspondiente verja, que indican el sepulcro de varias personas de la familia del insigne Capitán; pero todo este conjunto aparece demasiado humilde, si se reflexiona en la excelsa fama de aquél y la grandeza de la Nación que le debe su autonomía. Qué diferencia con la tumba de Napoleón I, soberbio monumento levantado por el genio de Visconti y embellecido por el de Smart y Pradier, que contiene primores artísticos, por el valor de muchos millones de francos; o siquiera con las de Nelson y de Wéllington, respectivamente, ricos sarcófagos de mármoles diversos, depositados en sendas

capillas ardientes, en la Cripta de San Pablo de Londres.

Mas la extrañeza que puede producir la absoluta falta de pompa en lugar tan notable y visitado por nacionales y extranjeros, se convierte bien pronto en un sentimiento de admiración y profundo respeto, para quien sabe que la rica y poderosa Nación, cuya libertad afianzara Wáshington con su espada, sus máximas de sana política y su asombroso ejemplo, ha tenido que obedecer la postrera voluntad del *Gran Ciudadano*, y permitir reverente que sus ejecutores testamentarios la cumplan con escrupulosa exactitud, levantando una sencilla construcción de ladrillo, en el sitio expresamente designado.

Así y todo, la actual tumba, puede considerarse como suntuoso monumento, comparado con la antigua, que aun se conserva vacía como recuerdo histórico, y que está más próxima a la ribera del Potomac, sobre el declive setentrional de la colina, dominando el río. Consiste en una bóveda de ladrillo, de dos metros y medio de altura, por cuatro de ancho, a lo sumo; especie de horno cubierto completamente de gramineas y plantas trepadoras y sombreada por los árboles del bosque: ésta fué la que conoció Lafayette, cuando vino a visitarla en 1825. Mr. Lavasseur, miembro de su comitiva la describe así: "Simple y modesta, como él fué toda su vida, la tumba del Héroe-ciudadano es apenas percibida entre los sombríos cipreses que la rodean. Una bóveda ligeramente elevada, una puerta de madera sin inscripción, algunas guirnaldas marchitas y otras verdes; indican al viajero—que visita este paraje—el lugar donde descansa en paz el brazo poderoso que rompió las cadenas de su país". Allí permaneció hasta 1830.

En la puerta de la bóveda, agrega inmediatamente el autor citado, Mr. Custis obsequió al General Lafayette un macizo relicario de oro, que contenía cabellos del Grande hombre"; y aunque se note aquí una pequeña digresión, sería imperdonable para un ciudadano de las Repúblicas libertadas por la prodigiosa espada de Bolívar, no dejar constancia, como hermoso episodio, del obsequio parecido que a este General hizo la familia de Wáshington, por el digno conducto del mismo Señor Márquez. Consistía además el precioso regalo en un retrato del Padre de la Independencia norteamericana, y de una medalla dedicada a él mismo, después de la rendición de Lord Cornwallis; "medalla que su familia había conservado hasta la venida de un segundo Wáshington, que debe ser su dueño, según las textuales palabras del mencionado Mr. Custis. Acerca del retrato, Lafayette decía al agracia-

del parecido, yo tengo la dicha de pensar que de todos los hombres existentes y aun de todos los de la Historia, el General Bolívar es el solo a quien mi paternal amigo habría preferido hacerle este obsequio". Hermosa dedicatoria, cultísimo elogio que, aunque bien merecido indudablemente, hizo exclamation al Libertador del Sur: "¡Wáshington, presentado por Lafayette, es la corona de todas las recompensas humanas!" (1)

Volviendo al asunto, y a fuero de narrador imparcial, debo hacer presente que si la gran República ha sabido respetar la expresa disposición de su primer ciudadano, Padre y Fundador, permitiendo que sus despojos mortales descansen con modestia igual a la que le caracterizaba en vida; no por eso se ha mostrado negligente en honrar la memoria del Cincinnati de Mount Vernon, conforme a la fama de éste y a su propia importancia de nación de primer orden. El *Monumento Nacional de Wáshington*, erigido en honor suyo, por decreto legislativo, en el mismo lugar que eligió el General para que se levantase su estatua votada por el Congreso Continental; es un majestuoso obelisco de mármol blanco que, desde las orillas del Potomac, asciende al Cielo, como la acción de gracias de sesenta y cuatro millones de hombres libres. (2) Su elevación es de 555 pies, y su costo total llega a la suma de un millón ciento treinta mil dollars; de los cuales, novecientos mil votó el Congreso, y el resto fué arbitrado por suscripción popular. La parte interior del monumento, que se puede visitar en toda su altura, ya por sólidas y anchas escaleras de hierro, ya por el magnífico ascensor—capaz de conducir segura y cómodamente cuarenta personas;—está cubierta casi por completo con hermosas y ricas lápidas, como tributo de gratitud de cada uno de los Estados de la Unión, de las Corporaciones y Establecimientos públicos y privados, de los hombres más notables de la época de su construcción, &, &.

Subiendo sobre la misma colina, cosa de doscientos metros, se llega a la cumbre, en donde se halla la residencia de Wáshington, que ha sido restaurada y se conserva tal cual fué en su tiempo. La casa principal es una sencilla construc-

(1) Véase Cevallos—*Resumen de la Historia del Ecuador*, Tomo IV, página 473 2a. edición y Larrazabal—*Vida del Libertador*, Tomo II, páginas 338, 6a. edición.

(2) En una de las caras de el *cap-stone* de aluminio en que remata el obelisco, están grabadas estas palabras: *Laus Deo*.

ción de madera, ornamentada de tal modo que—a lo lejos—semeja un edificio de mampostería. Está toda ella pintada de blanco, como simbolizando la pureza de corazón del que la habitó, según observa Spencer. Su obra terminó en 1743, época en que se designó toda la finca con el nombre de *Mount Vernon*, en obsequio del Almirante inglés Eduardo Vernon, por su dueño Lorenzo Washington, quien la dejó en herencia a su hermano el gran estadista y guerrero que la ha hecho célebre. Este mandó agregarle, en 1784, las columnas de uno y otro lado que, contribuyen para darle alguna apariencia; pero con todo, el aspecto exterior, así como la ornamentación interior, mobiliario, &, apenas forman un conjunto modesto que prueba la sobriedad del patriarca que la habitó. Sin embargo de esto, en *Mansion House* se conservan recuerdos históricos de altísima importancia, que busca ansioso el viajero de Europa o de América, y que la hacen depositaria de un tesoro inestimable.

Después de comprar algunos *souvenirs* de la visita, tales como hojas de magnolia y pepitas de *green coffee*, de árboles plantados, según autorizada tradición, por Washington y Lafayette, respectivamente; de ramos y semillas de ciprés de la tumba, y del álamo traído de la de Napoleón de Santa Elena, amén de fotografías, &; regresé a bordo del *Malacaster*, que ya daba las pitadas de salida; pero mi imaginación quedó vagando entre los bosques de Mount Vernon, abstraída en la grandeza del esclarecido Capitán, cuyos despojos mortales habían conmovido tan hondamente mi espíritu, arrancándole fervientes bendiciones.

Desapercibido por completo del paisaje, sentado a la popa del pequeño vapor, la historia de aquel varón digno de las mejores páginas de Plutarco, inundó, por decirlo así, mi memoria, como cascada de atmósfera luminosa. Entonces me parecía contemplar al huérfano de Agustín Washington, desde Wakefield y Stafford; luego sacrificando, adolescente aún, su afición a la marina de guerra, en aras del amor filial; más tarde ganando el sustento de la vida como oscuro agrimensur, entre las breñas de los montes Aleganios, y muy pronto de Comandante de uno de los distritos militares de Virginia, ya organizando sus milicias, ya combatiendo contra los franceses, a orillas del Ohio. En seguida principia su verdadera misión, por una especie de escala de Jacob, en que cada paso es un peldaño hacia las alturas de la gloria. Sus dotes militares comenzaron a lucir cuando de simple Ayudante de Campo del dis-

tinguido General inglés Braddock, trató de evitarle las emboscadas de los indios y los franceses, con reflexiones que—al ser escuchadas—habrían salvado la vida de aquel Jefe, junto con su ejército, en la fatal jornada del fuerte Duquesne; pero su reputación de estadista notable no se afianzó antes del primer Congreso de Filadelfia, en que, como Diputado del Virginia, decidió la manera como debía resolverse las diferencias entre la Metrópoli y las Colonias. (1) El segundo Congreso le nombró General y Comandante en Jefe del Ejército, cargo que aceptó lleno de dudas respecto de su competencia, y que ejerció de la manera más admirable, sin abatirse jamás en medio de los reveses, teniendo que luchar, antes que con el enemigo, con la pobreza del Tesoro, la falta de provisiones y aun contra la opinión pública y la desorganización de sus propios soldados.... ¡Qué perseverancia la suya para lograr la toma de Boston, y qué tenacidad después de la asombrosa retirada de Nueva York a las márgenes del Delaware, hasta tomar la ofensiva y obtener las espléndidas victorias de Trenton y de Princeton!... Por otro lado, cuánta resignación para soportar los ataques de la calumnia, especialmente cuando se formó contra él el infame complot, conocido con el nombre de *Cábala de Conway*, durante el cual prefirió sacrificar su amor propio, y hasta cierto punto su honra, sin defenderse, por no descubrir *secretos de Estado*!... Sereno en las derrotas, como en Brandywine—Greek; generoso en las victorias, como en Yorktown; siempre heroico, previsor, discreto y abnegado, sus rígidas virtudes salvaron más de una vez la nacionalidad americana. Con tan noble fin tuvo muchas veces que desoír los bondadosos dictados de su magnánimo corazón, mostrarse severo y aplicar enérgicamente las leyes militares; como cuando mandó juzgar en Consejo de Guerra al General Lee, que desobedeció órdenes expresas en el combate de Monmouth, o cuando hizo ahorcar al oficial británico Mr. André, que negoció la traición del General Arnold en West Point, y fusilar los más culpables de los soldados que se amotinaron contra el Congreso.

Sus alocuciones son dechado de sencillez, sana filosofía y

(1) Preguntado Patricio Henry, cuál era el hombre más notable de ese Congreso, que arrancó palabras de admiración hasta al Jefe del Gabinete inglés Lord Chatham, contestó: "Si habláis de elocuencia, Mr. Rutledge, de la Carolina del Sur, es seguramente el primer orador; pero, tratándose de un juicio sólido y de profundos conocimientos, el Coronel Washington es sin disputa el primer hombre".

especialmente de modestia. "Dichoso por la confirmación de nuestra independencia y soberanía, exclamaba al resignar la comisión del mando en Jefe del Ejército, ante el Congreso de Annapolis, y contento con la oportunidad presentada a los Estados Unidos de transformarse en una respetable nación, resigno con placer el cargo que acepté con desconfianza en mis aptitudes, para cumplir tan arduo cometido; la cual fué superada, no obstante, por la fe en la justicia de nuestra causa, el apoyo del Supremo poder de la Unión y el patrocinio del Cielo". Mas tarde, entre los honores del Capitolio, y siendo el ídolo de sus compatriotas, su única aspiración era volver a la oscura pero tranquila vida del hogar, al cultivo de su campo predilecto, y en la *Proclama de Despedida*, terminaba con estas hermosas frases: "Aunque examinando los incidentes de mi Administración, yo no tengo conciencia de un solo error intencional, sin embargo yo estoy demasiado convencido de mis defectos para no pensar que es probable que haya cometido muchos errores. Cualesquiera que ellos sean, yo ruego fevientemente al Todopoderoso que desvíe o mitigue los daños que puedan causar, y llevo la esperanza de que mi país jamás los verá sin indulgencia. Después de cuarenta y cinco años de vida dedicada a su servicio, con celo inalterable, las faltas de la incompetencia de mis aptitudes, se relegarán al olvido, así como yo mismo debo bien presto descansar en la mansión de los muertos". (1)

Washington, como dice Spencer, aunque de origen privilegiado y descendiente de realista, oscurece con el brillo de sus virtudes republicanas a todos los Césares y grandes figuras de la historia romana. El no pidió coronas a sus prosélitos, ni elevó familias a la herencia perpetua de honores y dignidades. Peleó bizarramente por la libertad; rehusó las recompensas que le ofrecieron sus conciudadanos; se consagró al bien público, no por el interés que pudieran reportarle sus servicios, sino por practicar el bien; y un pueblo de niveladores y demócratas pone hoy agradecido—al pie de sus estatuas—esta sencilla inscripción, que es el más alto premio, a que pueden aspirar los hombres: *Padre de la Patria* (2)

Como Bolívar, que es el único adalid que habría escogi-

(1) *The Words of Washington*.—Jhon B. Alden.—New York—1886.—*Resignation of Commission y Farewell Address*.
(2) *J. A. Spencer.—History of United States*, Vol. 1, intro.—

do el *Biógrafo de Queronea*, para hacer su paralelo, el Libertador del Norte murió sin descendencia; porque, según opinión de Tuckernan, la Providencia no quiso concederle hijos, para que su país pudiese llamarle *Padre*.

Con justicia, su desaparición de este mundo fué lamentada por su patria como una calamidad pública, y todos sus conciudadanos llevaron estricto luto, por treinta días. En Francia, el Primer Cónsul, ordenó que las banderas de la República ostentaran una cinta negra, en señal de duelo; y Fontanes hizo un magnífico elogio fúnebre, con pomposas ceremonias, en el Hospital de los Inválidos. Aun las testas coronadas se inclinaron reverentes ante la tumba en que acababa de caer el *Gran Amigo de la Libertad*; y mientras más pase el tiempo, y el óleo de los siglos vaya ungiendo su augusta figura, más se confirmará la aserción de que "Washington no es el ídolo de un día, sino el Héroe de las edades", con pleno derecho a la inmortalidad en el Templo de la Historia. Indudablemente que no hay un simple retruécano, sino un pensamiento verdadero, en la siguiente frase de Everett: "Washington was the greatest of good men and the best of great men".....

JUAN MARIA CUESTA

EL LIBRO

Libro es la "reunión de muchas hojas de papel, vitela, &, ordinariamente impresos, que se han cosido o encuadernado juntas con cubierta de papel, cartón, pergamino u otra piel, &, y que forman un volumen". Tal es la pobre y triste y aperreada definición de *libro*, la primera maravilla humana.

El libro es un cielo. En el cielo, cada astro es un punto; en el libro, cada punto es una idea, es decir un astro.

El libro es la encarnación del verbo humano; la lectura es la comunión; el que lee vive vida nueva, la vida de la idea.

El libro es el pórtico de la inmortalidad. De César no queda nada. La muerte vino, le vió y le venció; pero, su verbo, encarnado en el libro, perdura todavía inflamando el fuego bélico de los héroes.

El libro es una lira: sus cuerdas los renglones; su música el habla de los dioses.

El libro es el gran mayo de todas las edades. En él, con él y por él, se evoca al grande Homero, v. g., y el legendario Ciego pasa por delante de los ojos de uno rimando la famosa *Iliada*; se lo llama al desgraciado Sófocles, y el taciturno vate se asoma dejando en cada letra una gota negra de su llanto; se le requiere al cómico Aristófanes, y al punto se oyen resonar las sueltas carcajadas del Padre de la risa; se le intima la orden a cualquier genio soberano, y el altivo numen se presenta cantando a renglón seguido, en las tendidas líneas del libro, como canta el pájaro en la rama.

Los libros son los Campos Elíseos. En los anaqueles del estante, aparecen los mimados del talento, en ringlera, con lo mejor de sus galas y llevando sus nombres escritos en el dorso. Ese de mirar profundo como el arcano es el filósofo Sócrates; aquel de labios de rosa, que destilan miel hiblea, es el poeta Virgilio. Ese que parece loco es el Ariosto; aquel con cara de ángel, pero con entrañas de diablo, es el semi zopo

Byron. En el estante conoce el lector a los titanes de la idea más de firme que Eneas a los manes griegos y romanos, en las márgenes del Leteo. Eso sí, hablando en español, los libros se compran, y como la pobreza es Caronte más fiero que el de la Estigia, quien no tuviese el talismán de oro que tuvo el Troyano, revuélvase sobre sí mismo y váyase no a los Campos Elíseos de las letras sino a los campos prosaicos de pan llevar.

El libro es el dueño de la gloria. Sin el libro, el omnipotente Carlomagno, por ejemplo, hubiera sido tan desconocido como el primer Scyri de los Incas. El ciñe la corona de hierro en la frente de los césares y la aureola de los divinos en la frente de los sabios.

El libro es la luz del mundo. La estatua de Gutemberg debe llevar el sol en la mano.

El libro es el apóstol del progreso. Habla en todos los idiomas; conoce todos los resortes del cerebro y del corazón, porque es hijo del corazón y del cerebro; recorre todos los pueblos de la tierra sin báculo ni alforjas; sus armas son la palabra; su vida la eterna vida del verbo humano. Donde el libro se detiene, comienza el desierto o el país de los hotentotes.

Pero no tanto. No hay gloria sin purgatorio. De otro lado, el libro es un soplón. El libro descubre el velo de la gran comedia humana. Ojeémosla.

Un estante de políticos es manicomio cerrado. Cada loco con su tema. La tema de estos orates es salvar al mundo con sus temas. Pero el mundo, cada día, da media vuelta a la izquierda y nos dice a todos buenas noches.

Un estante de críticos es merienda de negros. Que me aspen si Dn. Cleofás y Dn. Higo se entienden entre sí. Sin embargo, la sal del uno y la pimienta del otro despiertan el apetito; a lo menos, ellos, pían, pían, se comen un pájaro de cuenta, como si fueran de la familia. Lo demás es cosa de hazme la barba, hacerte hé el copete.

Un estante de novelistas es dormitorio, casi siempre sin ventilación; cada soñador vuelve a las suyas, según su temperamento. Zolá, v. g., sueña en lupanares; Cervantes, en la pobre humanidad, un tercio Quijote y dos tercios Sancho; Pereda, en la dicha fugaz de la Montaña; Chateaubriand y Mera, en las imposibles odaliscas de la Atlántida; Vargas Vila, en

animales viles; Jorge Isaacs, en el Edén. Los más sueñan... en el vacío.

Los buhos de la fábula buscaronle al sol de noche y con faroles. Antes de romper el alba, volviéronse descorazonados a los antros de una ruina. Reunidos allí, *en congreso pleno*, considerando, a la luz de una vela, que era imposible que las anchas pupilas del buho, destinadas a recoger los más atómicos rayos de luz, pudieran engañarse, resolvieron que se sentara en actas esta barrabasada de tomo y lomo: "No hay ni puede haber sol, por los siglos de los siglos". Un estante de filósofos ateos es la cámara plena de las lechuzas del cuento.

Y adelante con los faroles. Un estante de líricos ¡ay de mí! es la tremenda oreja de los subterráneos de Dionisio el Tirano. Allí, repercuten los ayes y lamentos, los sollozos y suspiros, los cantos tétricos, los acentos lúgubres, todos los gritos, en fin, de los condenados a las galeras perpetuas de la vida.

Un estante de galenos, es antología de trágicos de veras.... Trousseau debe de venir de *trucidare*. A lo menos, Bretón de los Herreros, parecidamente, dijo de Dn. Pedro Mata:

"En esta mi vecindad,
Vive un médico poeta,
Que al pie de cada receta
Pone *Mata*, y es verdad".

No para ahí. El libro es como la maza de Fraga, que saca polvo debajo del agua. Y aquí viene una pregunta de mal cariz: Gutemberg nos hizo un mal o nos hizo un bien? Dénme cada golpe que Dios tire; pero, yo no saco la cara por el terrible mago de la fotografía del pensamiento.

Es cierto que antes de Gutemberg, leer un libro era cosa del otro mundo; mientras que ahora, a los bebés les nacen los dientes en la lectura. También es cierto que en aquel entonces el libro valía un Potosí; una colección de homilias vendióse en la Gran Bretaña, testigo el abate Lebeuf, en noventa y nueve fanegas de grano y dos mil carneros—¡carnicería era!—mientras que ahora un libro no vale nada, y los virotes creen que el Diccionario, por ejemplo, sólo vale para sentarse. Pero, con esto y con el otro, yo creo firmemente que el Pitón coronado de Maguncia fué quien abrió de par en par la caja de Pandora.

Vaya, sí, la abrió. Anarquistas, socialistas, nihilistas, comunistas, racionalistas, positivistas, sociologistas, ateístas, novelistas y la mar de petardistas, por el libro y con el libro, invadieron, como langostas, la superficie del globo.

Item más. Los sabios de antes eran sabios por vocación y nacían con cuernecitos de luz en la cabeza. Ahora, cada quisque es doctor con borlas como pendón y los sabios son de bóbilis. Con pintas de Voltaire y tinturas de Hugo, con una dosis de Zolá y un sí es no es de Renán, Periquito está hecho sabio de chicha y nabo. Lo de más allá es cuestión de nenes y liliputienses.

En números redondos, la prensa de ahora es el Leviatán de Job: su cuerpo es de láminas de acero y despidе relámpagos; su aliento es el incendio y respira fuego de Sodoma; su poder no tiene linde y desafia al cielo; descansa sobre los rayos del sol, y, cuando estremece sus aletas, hierve como una olla el mar de la vida. Decididamente, la prensa de ahora es el formidable Leviatán de las grandes iras de Dios. Ella es el único rey de todos los hijos de la soberbia.

Pero basta de lamentaciones. Dios aprieta pero no ahoga. No hagamos antes de tiempo adobes con el cogote. Si la prensa mala es vejiga que se hincha, la prensa buena es alfilerito que la revienta, y *plaf*, y sanseacabó.

* *

El libro y el sol no se eclipsan con las tempestades de la tierra. El libro es don de Dios. El primer libro que conoce la Historia, el compuesto de láminas de piedra, se lo dió Jehová a su pueblo, en el Sinaí como ángel, como guía, como amigo.

El libro es un amigo.....

El libro es el mejor de los amigos. Desde luego, no pide nada y da todo lo que tiene.

Es amigo afable: llora con el triste, vive con el solo, ríe con el alegre. Eso sí, no transige nunca con el ocioso, con el tonto y con el ignorante.

Es amigo sabio, y como sabio, guarda silencio, y como el mejor de los sabios, no aconseja sino al que lo ha menester.

Es amigo complaciente: si queremos que hable, basta fijar en él la vista; si queremos que calle, basta levantar los ojos.

Es amigo fiel. Ciego, sordo y mudo no sigue nuestros pasos ni nos traiciona nunca; si lo adquirimos, es nuestro para siempre; si estamos pobres, se deja vender como Raimundo de Peñafort en pro de sus libertos.

Es amigo tan querido, que lo llevamos en las palmas de la mano, y le oprimimos contra el pecho, como el viejo Rohrbacher a su breviario, y lo contemplamos largas horas, fija la vista en sus primores, y nos extasiamos en él, y soñamos con él, poniéndolo debajo de la almohada.

El libro es el primer amor del niño. El niño y el libro se intiman en la Escuela, y son Tobías y el Ángel que emprenden la jornada. El libro es el más ardiente amor del joven de esperanzas; quitáronles el libro a Pascal y a Pelayo para que no murieran de aplicación, y por poco los matan de aficción. El libro es el último amor del viejo sabio, amor que le obliga a trasnochar en los dinteles de la noche eterna.

El único amigo del desgraciado es el libro; es rayo de luna en las noches; es flor que acompaña a las ruinas; es lazarillo que quita los abrojos. El libro se empapa en las lágrimas del que llora. ¡Arco iris tendido en la brumosa soledad de mi existencia, yo te saludo!

El libro es amigo noble: Torcuato Tasso, Milton, Lope de Vega Zorrilla, Valera, son de raza de dioses. Cien reyes aplebeyados se ennoblecieron y pasaron a la Historia, tan sólo porque los grandes genios del libro les tocaron con su cetro de oro.

Y si para nobleza bastan los pergaminos, tómate esa, el libro se forra con los pergaminos de todos los mamíferos del mundo.

El libro es amigo poderoso: La Biblia encendió el genio de Bossuet, el Hortensio de Cicerón despertó el alma de Agustín, los Mártires de Chateaubriand inflamaron a Thierry, la Vida de Washington hizo a Lincoln presidente de los Estados Unidos, las Odas de Malesherbe excitaron el número de La Fontaine, los cantos de Osián desarrollaron la grandeza de Bonaparte, el Kempis le hizo Mártir a García el Grande.

El libro es amigo de confianza. Entre un Benigno Bossuet en carne y hueso y un Benigno Bossuet en pergamino, yo opto por el segundo. Al primero, no tendría dónde alojarlo en mi pobre morada; un triste moscón como yo soy ¿qué se haría delante del Águila de Meaux?; al segundo, lo tuteo y le encajo *velis nolis* en los interpaños de mi armario. El primero dicen que tenía un poquito de zumo de limón en las entrañas—cosa de grandes—; el segundo me obedece, manso como

una aldaba. Ya me ha sucedido, le he mandado callar, siempre que se repita en sus sermones, y el espantoso vencedor de Fenelón se ha callado como un difunto. El Bossuet de Notre-Dame me dejaría alicaído sin poderle seguir en sus enormes vuelos de Águila; el Bossuet de mis estantes va despacio, a mis órdenes, aguardándome siempre que, desplegando el ala regia, trata de encumbrarse siquiera más alto que la torre. ¡Viva el Bossuet en pergamino; el otro, que descanse en paz, donde Dios le puso.

El libro, como el amigo, el más antiguo es el mejor. En Literatura, el tiempo es el único crisol del polvo de oro. El mejor poema del mundo es el viejo poema del prehistórico Homero.

Al libro y al amigo se les acomoda el refrán: Dime con quién andas, te diré quién eres. La Biblia es de los cristianos; el Corán, de los beduinos. Ni Voltaire anda en los monasterios, ni el P. Mazo en los casinos.

* *

El libro y los amigos se dividen en buenos y malos. Distinguirlos no es difícil. Basta para ello un adarme de buena fe y otro adarme de buen sentido.

El libro que corrompe las costumbres no es bueno, porque destruye la rectitud moral, que es la esencia de lo bueno.

El libro que ofende a Dios y a la Religión no es bueno, porque ataca a la Verdad.

El libro soso, incorrecto y sin estética, no es bueno, porque ofende a la Belleza.

Verdad, bondad y belleza, son cualidades precisas de todo libro digno de leerse.

He aquí una regla que no es mía ni de Perico Palotes. La palabra—hablada o escrita—es tanto más hermosa cuanto más se parece al pensamiento; el pensamiento al alma, y el alma, a Dios.

El libro bueno es el árbol de la vida: con su gustadura se remoja el alma. El anciano Milton revivía oyendo los trágicos lamentos de Eurípides.

El libro malo es el árbol prohibido: entre sus hojas se esconde la serpiente, la tentación es fascinadora, la caída es segura, el remedio es imposible. La tragedia de Adán, al pie del árbol prohibido, se renueva, día a día, al pie de un estan-

te de libros prohibidos.

"Un hombre de la India, dice Stall, cogió un libro de su biblioteca, y al cogerlo, le mordió un escorpión; el escorpión le envenenó". El libro malo es un escorpión de la India.

El libro bueno es cielo abierto: en atmósfera límpida, entre ríos de luz, en espacios sin linde, tiende el alma poderoso vuc'o a lo sublime, a lo infinito.

El libro malo es la boca del abismo. En la portada de los famosos Strauss y Riekche podría grabarse la inscripción del Dantc: "Aquí acabó toda esperanza".

El libro bueno es copa de oro donde bebe el alma rocío del Edén, como bebe el pájaro la gota perfumada en el cáliz de la flor.

El libro malo es la copa de la fatídica Circe: bebe el amante y se transforma en ...cerdo.

El libro bueno es brisa que pasa oreando siquiera una lágrima de este valle.

El libro malo es tempestad deshecha. No sucumben los cedros, es cierto; pero, en cambio, cuántas flores arracadas! cuántas hojas caídas! cuántos pájaros muertos.

Como el águila transporta al polluelo a contemplar el disco del sol, el libro bueno transporta al alma a gozar del sol de la verdad.

El libro malo es el genio de las ruinas. El buitre de pié, en la solitaria roca, aguarda, con tenacidad desesperante, la aparición de la paloma; la ve, y tiemblan de gozo sus entrañas, y vibran lumbre sus ojos; hiende el aire, y ensangrienta su garra de acero en el pecho de la víctima. En verdad de verdad, Voltaire y Victor Hugo y Renán y Zolá, han ensangrentando y despedazado más almas juveniles que palomas el buitre de los Ardes.

Ultimatum. En los gabinetes de bacteriología se guardan los bacilos en placas selladas y rotuladas con el nombre de esclarecidos sabios. El bacilo de Koch, el cocobacilo de Yersin, el baciio de Hansen, significan nada menos que la tisis, la bubónica, la elefancia, &, &. Ay del infeliz que abriera esos manantiales de la muerte! Rotulados, asimismo, con apellidos ilustres, se guardan en el estante de libros malos, el cáncer, el tifus, el vómito negro, la sífilis del alma. La Menais, el P. Jacinto, Renán, Loisy, abrieron el libro malo y se intoxicaron con bacilos de la piel de Barrabás.

Pero, no quiero meterme en honduras, ni entrar en fiera y descomunal batalla con los Papadópolis y Gradasos y demás caballeros del libro verde, no sea que saque, por adehala, los

estacazos de los yangüeses, y quiebro mi lanza, y pongo punto final a mi panplina. Además, para no ahogarse en ríos crecidos, no hay como recitar la oración de Pedro Grullo:

Río caudaloso
Que airado vas,
Prosigue tu curso,
Yo me vuelvo atrás.

JOAQUIN MARTINEZ TAMARIZ

FORTALEZA

Arena candente sobre la cual, a fuer de combatientes, lidian sin tregua los hombres, definió la vida humana el autor del libro de la Sabiduría. Luchar por la existencia, afrontar los obstáculos de la vida, vencer a los enemigos del bien, estarse invencible ante los embates del mal: así compleja suele ser la campaña aquella de la humanidad, eso que denominamos proceso de la vida humana.

En la mecánica estupenda del universo los astros y los átomos evolucionan concertadamente, merced a las energías dinámicas de atracción y de repulsión. También en la mecánica admirable del mundo moral preside una dinámica semejante: el ser moral, para las armonías de su vida, repele los elementos que le son nocivos: busca y se asimila los elementos del bien; y esta evolución constante de las energías morales constituye el progreso indiscutible de la vida humana.

¿Cuál el atlas prepotente que equilibra los mundos y los átomos en su odisea militar, a través de los espacios? La resistencia propia de los núcleos cósmicos de sus masas: fuerza inquebrantable, sustentadora de los seres inorgánicos sobre los quicios intranqueables de sus órbitas. De manera semejante, el núcleo cardinal sustentador del equilibrio de los espíritus racionales, en el mundo moral, es la virtud de la fortaleza: fuerza reguladora de la vida humana en su evolución sobre las órbitas del Deber y de la Ley. Mediante esta virtud se encauza, por decirlo así, la vida humana evolucionando concertadamente, desde la nobleza de su origen hasta la meta providencial de su destino último; y sin ella sería la vida cual meteoro vagabundo condenado a extinguirse a costa de sus energías propias.

"La fortaleza—dinámica de resistencia psicológica para el espíritu—es virtud cardinal que afianza el alma en la prosecu-

ción del bien: a pesar de los peligros más recios, inclusive el de la muerte. La fortaleza refrena el miedo y modera la temeridad; da intrepidez al alma contra sus numerosos enemigos, y la familiariza con la tribulación y el dolor". Hasta aquí el Ángel de las Escuelas. Hermosamente dijo Prudencio: "Que todas las virtudes son como viudas desvalidas sin la fortaleza: toda vez que ausente ésta, ninguna virtud podría vencer las dificultades de su ejercicio".

Discurramos someramente sobre esta virtud, tan eximia como protectora de los héroes y los genios.

II

A los ojos escrutadores de la Ética, la fortaleza cristiana reverbera cual airón de luz; y obligada ella a tamizar sus haces a través del prisma del análisis filosófico, proyecta irisado espectro, cuyos lampos colorados revelan, al observador y al crítico, la presencia del carácter y de la magnanimidad: de la paciencia y la constancia: del valor, de la magnificencia y la perseverancia. Las rayas oscuras, las sombras ennegrecidas que respaldan al espectro aquel, se apellidan pusilaminidad, mezquindad, inconstancia, miedo y vileza.

"¿Cuál es tu nombre?" preguntaba Manué al parainfo celestial que le prometía un hijo. "Mi nombre es admirable: es la fortaleza de Dios", le repuso aquel. ... Pasaron los años y Sansón, el hijo de la fortaleza, estremecía a las fieras con sólo su presencia, segaba filisteos, cual la hoz del segador troncha las espigas, y derruía, al empuje de sus brazos, los templos idolátricos. ...

El semidió Augusto harto de incienso, lisonjas y triunfos que el Senado le discerniera: revestido a lo Júpiter, y con el áureo rayo, a guisa de cetro, penetraba en el Capitolio, para dar audiencia faustosa a los embajadores venidos desde las fuentes del Rin. ... César el divino, palidece al escuchar la relación de la rota sangrienta sufrida por Varo: rasga la veste olímpica, pisa el cetro divinal, y ocultando el rostro entre las manos, llora, cual mujer plañidera, mancillando sus laureles de oro: "Varo, Varo, devuélveme mis legiones!!...".

Sansón! ... Augusto! ... Antípodas en los fastos del heroísmo individual. En aquel presidía la fortaleza; en el otro medra la pusilanimidad.

El alma, como estigma de la original delincuencia, está

servida por una voluntad veleidosa, proclive a los fantasmas del bien, asombradiza ante los sacrificios reclamados por el deber. La voluntad no es naturalmente espada inquebrantable de combate: necesita retemplarse en las forjas ignicentes del sobrenaturalismo, para depurarse de sus escorias; templada ella en las fraguas de la fortaleza es la espada cristiana: incontrastable en las lizas de la vida: debeladora de pasiones desapoderadas: cruzada heroica en la campaña militar librada de antaño por la causa de la civilización.

Vulnerable como lo es el espíritu humano, debe revestirse con hierro a guisa de los antiguos caballeros; y esa armadura de acero bruñido es la fortaleza, indumento bélico, que, a la manera de la túnica de Hércules, trueca en semidioses a los hijos de la tierra. Entonces los espíritus fortalecidos emulan a las águilas en su vuelo: lidian como leones: fatigan las trompas de la fama: ejercitando sus energías en hazañas mil cuya urdimbre de oro, explotada por el Arte, ha dado margen a las epopeyas grandiosas de que se gloria la humanidad.

La fortaleza, además de afianzar y de robustecer la voluntad contra las pasiones depresoras de la humana virilidad, alienta en ella espíritu de nobles pasiones: magnanimidad, magnificencia, constancia, paciencia, &, son flores engendradas por ese como polen divino que contiene en germen a los santos, los genios y los héroes.

Hasta Littré define la fortaleza: "Virtud cardinal que nos induce a vencer el miedo y huir de la temeridad"; y añadía: "que ella misma es la raíz de la magnanimidad, magnificencia y constancia". Nuestro Diccionario se cuida de acotar: *Magnanimidad*, grandeza y elevación de ánimo; *Magnificencia*, disposición para grandes empresas; *Constancia*, firmeza del ánimo en los propósitos!"....

Lo que significa: que las empresas legendarias, los heroísmos inspirados por la virtud, los vuelos del genio, las prolongadas velas del pensador: todo lo grande del espíritu humano, en una palabra, tiene su gestación prolífica al calor de la fortaleza.

Si la naturaleza se cuida de auspiciar sus más preciadas joyas produciéndolas bajo los elementos materiales más resistentes: el diamante dentro las entrañas de la tierra, la perla cuajada en los abismos del mar; también en el mundo de los espíritus se ha reservado a los auspicios de la fortaleza la generación de las altas obras, joyas del espíritu que lo avaloran para la inmortalidad.

III

El Materialismo y el Positivismo contemporáneos andan a la greña con nosotros sobre la doctrina que venimos sustentando. Pregoneros de la dictadura de la Naturaleza, protestan contra los fueros de la Ley y del Deber; encareciendo las exigencias ineludibles de las pasiones, y concretando el horizonte del perfeccionamiento humano dentro de los límites de la razón pura y de lo sensible. Para ellos la fortaleza, con su estela luminosa de cortesanas, solo tiene un valor moral natural constreñido al orden de lo útil y de lo deleitable, a fin de procurarse una vida cómoda y regocijada, ahuyentando de ella, mediante meras energías naturales, todo lo que pudiera acibararla. Que la vida humana ilustrada por las conquistas de la Razón, ayudada con los progresos materiales, ahita de sensaciones placenteras, se deslice muellemente dentro de un horizonte social altruista al alcance de los más: he ahí la síntesis paradisiaca de los flamantes sistemas sociológicos modernos, que no están en comunión con la veraz Filosofía; síntesis idéntica al Epicureismo fósil cuya apoteosis la consagró Sardanápalo, mandando grabar en el frontis de su palacio de Babilonia, esta cínica sentencia: "¡Pasajero!, oye el consejo de tu rey fundador de ciudades: come, bebe, goza, todo lo demás es nada".

El hombre moderno-conforme a esas utopías sistemáticas-debe de avanzar por caminos trazados y seguros; y aun en estos caminos, concierte sus pasos con las recompensas en oro, en bienestar o siquiera en sensaciones; si se bifurca el camino, antes de decidirse a optar por uno de los dos, consulte su interés individual: percatándose siempre de que deben escatimarse el cansancio, el peligro y los contratiempos. Si no columbra alguna ventaja en marchar adelante, no piense en moverse: arrime los pies a la lumbre, recostándose en su mecedora, con los ojos medio cerrados, las manos cruzadas esperando a la hora de la mesa, de la tertulia o de los espectáculos.... Empero, si la fortuna adversa le niega sus favores, resígnese a morir de contado, no a luchar contra la fatalidad invencible.... El esfuerzo, la constancia, la resignación, el valor, contradicen a los signos de la Naturaleza; y es locura afrontarlos, llevando a cuestras el fardo de la vida....

La inmoralidad social boyante emana de esas pocilgas de la filosofía positivista; aportada por libros archisabios: aclimatada por escritores mirmidones: practicada por padres extenuados: acariciada por una juventud archisensista, harto entu-

siasta para suplantar al Fausto de Goethe o al Harpagón de Molière. ¿Exageramos acaso el colorido de nuestros conceptos? Díganlo las costumbres muelles de las familias regeneradas por el ideal positivista; que respondan los del gremio cursi, cuya vida modernista refleja todo un progreso novelesco de sabor naturalista; que hable la estadística criminal, caudalosa, ogaño, cual río desbordado. Compruébanlo también: la ausencia del carácter en las generaciones de hoy: la esterilidad intelectual que va tomando proporciones alarmantes: las virtudes cívicas casi proscritas: las virtudes cristianas afrentadas o condenadas a vivir como vergonzantes.

¡Sombria, pavorosa, desgarradora! la historia del Positvismo materialista y racionalista es la historia herodiana, que trasciende a sangre, a burdel, a monomanía criminal. ... Herodes, el Grande de antaño, quiso ser el precursor del Positivismo, y lo fué. ... Subió al trono del bienestar material, sobre un escaño de sangre y con la ciencia del fraude y la falsía; acostumbró al pueblo a sobrellevar la esclavitud, adormeciéndole con espectáculos y regalándole costosos monumentos; desacreditó la religión y profanó el templo jerosolimitano, a fuer de civilizador a lo romano; supo abatir todo elemento de oposición, contrario a su cínica bienandanza, inmolando—so pretextos políticos—a los sacerdotes y grandes del reino, a sus parientes, esposa e hijos; intentó asegurar el imperio de su prosapia bastarda, condenando a muerte a niños inermes; y consumido su cuerpo por la podre de la lascivia, desde el lecho de agonía, ordenó su funeral macábrico: disponiendo el arresto de los jefes de las familias más nobles para que fuesen inmolados en el anfiteatro de Jericó, en el día mismo de su muerte. “Así exclamaba, habrá lágrimas en mis funerales”....

El positivista de hecho, el positivista de mandil, el positivista literato u obrero, el positivista callejero o de esteva; todos suelen plagiar a Herodes en los dominios más o menos amplios de su respectiva *Insula barataria*....

¿Cuál el criterio positivista sobre la magna obra de Jesucristo? “El Catolicismo es una sociedad de imbéciles, que no se ocupan más que de atrofiar las almas y de aniquilar los cuerpos; han deformado la obra del Filósofo de Galilea, trocándola con una caricatura grotesca: han hecho de ella uno como rebaño de ovejas escualidas y enfermas: una especie de aquelarre de espectros, cuyos rostros enjutos y pasos vacilantes crisan los nervios: una serie de penitentes negros o grises: una interminable procesión de disciplinantes que solamen-

te saben abrir surcos sangrientos en sus espaldas al compás de un perpetuo *Miserere*”....

¡Imbéciles!... Quiénes? ... Los que superaron a Platón y Aristóteles? Los que sorprendieron la mecánica del universo, traduciendo en fórmulas matemáticas lo arcano de la sabia antigüedad?... Atrofiaron las almas!: los vuelos escolásticos de las águilas medioevales?; los arpegios homéricos de los cisnes de las epopeyas cristianas?; las hazañas épicas de los genios de las Cruzadas y de los descubrimientos?... Miseros penitentes!: los representantes héroes de la fortaleza de la magnanimidad, de la abnegación, que señalaron sus pasos con monumentos legendarios, inspirados por la beneficencia y la civilización cosmopolitas?... Sería preciso suprimir la historia de diez y nueve siglos para dar cabida, ante el sentido común, a las utopías de los sistemas positivistas.

IV

Virtute et constantia sic itur ad astra. “Por el esfuerzo y la constancia se llega a las alturas”: fué como somatén a cuyo eco despertaron Esparta, después Grecia, más tarde Roma: logrando, por la virilidad y constancia de sus próceres, legar a la posteridad anales inmortales, cuya trama histórica está enhebrada con estambre de oro y broches de diamante. Aquellas naciones demostraron así la fecundidad civilizadora que poseen la fortaleza y las virtudes por ella engendradas: apreciadas éstas aún en solo su rol humano o sea como meras energías naturales. ¡Cómo leer impasibles los prodigios humanos de los grandes hombres de entonces! ¡Cómo no sentir el calofrío bienhechor de lo sublime, ante la austeridad y templanza espartanas!; ante el cosmopolitismo avasallador de las águilas romanas!....

Cuando Alejandro el Grande, durante su carrera gloriosa, reposó algunos momentos cabe la estatua erigida a Homero, se cuenta que trasudó el mármol del Vate de la Ilíada. Se estremecía acaso el cantor de Aquiles al fuego de las miradas del héroe colosal ante cuyas hazañas *enmudeció la tierra*.... Así la opinión de un pueblo, entusiasta por sus glorias, supo fantasear en pro de su héroe, coadunando lo real a lo maravilloso, con el plausible fin de inmortalizarle ante la posteridad.... ¡Llor a los pueblos varoniles, cuyas virtudes vincularon la grandeza en las dinastías que los presidieron!....

Mientras aquellas naciones supieron cultivar, junto con el culto de la gloria, el culto de sus virtudes tradicionales, man-

tuvieron enhiesto el estandarte de un predominio universal. Mas la plétora de opulencia les acarreo el vértigo del goce: y entonces, simadas en la afeminación, trocaron las tiendas de campaña por las infamias del circo, la impudencia del teatro, las crueldades del anfiteatro, las atrocidades de la arena y la locura de los juegos. Entonces, bajo las cenizas de su antigua fortaleza, ardió esta última chispa, como protesta contra la tiranía implantada por la decadencia: abortada una conjuración contra el cínico Claudio, Silio, jefe de los conjurados, compareció ante el César, para ser residenciado:—¿Tu nombre?, le preguntó éste.—¡Conspirador! le repuso aquel.—¿Tu edad?—La de morir cuando se ha errado el golpe.—¿Tu patria?—La de quienes te desprecian.—Ve a morir.—Por estas palabras deberías haber comenzado... Los lictores concluyeron el drama: y decapitaron en aquel romano a uno de los últimos representantes de la fortaleza latina, en los tiempos del ya decadente Imperio....

En medio del aparatoso Colegio de los Pontífices, interrogada la Sibila de Cumas por Tarquino el Soberbio: ¿Cuándo alcanzaría Roma el apogeo de su gloria? Se le respondió así: "Cuando los hijos del Cordero pazcan con los hijos de la Loba la yerba de las siete colinas, Roma será la gloria de las naciones"....

El ciclo glorioso de Roma estuvo, pues, vinculado al imperio del Evangelio: cuando el Cordero de Dios, Jesucristo, entronizando en Roma la Sede Pontificia, irradiara sobre el mundo su Evangelio de abnegación, fortaleza, magnanimidad, perseverancia.

De entonces acá el Genio del Cristianismo, regenerando todas las energías humanas, con la infusión de las energías sobrenaturales, ha estimulado las facultades del compuesto humano, fecundándolo asombrosamente, para la prosecución del bien y para las empresas heroicas. De ahí que el Ciclo cristiano, por su progreso colosal, abrume la consideración del crítico concienzudo, que admira, en el proceso avasallador de la idea cristiana, el advenimiento y la evolución de un renacimiento universal, cuyas conquistas, postrando las columnas de Hércules de la civilización antigua, han franqueado los horizontes del más amplio y cabal perfeccionamiento humano.

El mal es necesariamente estéril; y el vicio, que es su brazo, es el ejecutor de toda decadencia. Por donde ellos han pasado, la vida humana remeda la región de las estepas heladas: ni flores, ni arbustos, ni siquiera liquen sobre las piedras;...ahí sólo se rebullen las alimañas del fango....Con-

tra aquellos raptos del progreso, el Cristianismo franqueó al hombre el arsenal de la abnegación de sí mismo, premuniéndole bajo la coraza de la fortaleza. Armado así el caballero de la virtud, descendió a la arena de la lucha: y pudo entonces transformarse la vida humana en Edén florido y exuberante.

¡Cuán gentil y arrogante ha sido la evolución histórica de la idea cristiana, bajo la égida de la fortaleza, magnanimidad y perseverancia cristianas!... Esta idea echó los hondos fundamentos de su obra colosal, coadunando las razas en la unidad de un solo *Credo*, mediante la cohesión inquebrantable de la sangre de sus mártires. Creó las nacionalidades cristianas, equilibrando con la magnanimidad y resignación, el derecho de predominio en los mandatarios y el deber de sujeción en los súbditos. Supo escudar la libertad social e individual, trazando las fronteras del bien moral. Fomentó el progreso verdadero, haciendo del trabajo y de la beneficencia una ley ineludible. Dió haldas al espíritu humano, revelándole los horizontes indefinidos de la verdad, del bien y de la belleza.... ¿Qué más? Esa idea divina es la única filosofía de la vida humana, cuya lógica trascendental, levantándola del oprobio de su caída, la conduce por los senderos del sacrificio hasta las cumbres de la inmortalidad perenne. Tal es el concepto verdadero y cristiano de la vida humana; y por ende, el hombre debe ser soldado del bien, en cuyas manos resplandezcan siempre las armas de la fortaleza, de la abnegación y la perseverancia.

Hernán Cortés, el gran conquistador de Méjico y de California, sofocado por las tribulaciones de los de su hogar; solicitó una audiencia al emperador Carlos V; y ni siquiera se le concedió esa audiencia. ...Cierto día, exasperado el héroe y sabedor de que pasaba la carroza imperial, con motivo de un festival patriótico, hízose conducir hasta el emperador, y aún tuvo esfuerzo para detener la carroza.... Irritado Carlos V, esgrimió su espada: se contuvo empero al contemplar delante una fisonomía lívida, descarnada, surcada de arrugas y cicatrices, pero marcial y arrogante.... Pasmado el monarca, ¿quién es este hombre? pregunta.... ¿Quién es este audaz?—"Este hombre audaz, respondióle Hernán, os ha conquistado más provincias que ciudades os dejaron en herencia vuestros antepasados!"....

En las capitales del imperio Positivista y Racionalista escuchamos el rumor inmenso de las algaradas y de los festivos, en apoteosis de las conquistas del progreso moderno. El Genio de la Apostasía, cual anfitrión real, preside los fes-

tejos, sobre áurea carroza arrastrada por el rayo de Júpiter... Mientras tanto, el Genio del Cristianismo, de cuyo cerebro creador brotaron las soluciones de todos los problemas del progreso universal, preterido del *gran mundo*, reposa en el silencio de su abnegación. Este Genio—por labios de la verdad, de la moral, del bien, que lo representan—solicita también que se le escuche; empero el rey aquel de la negación sistemática rehusa escucharlo... ¿Qué de veces, en la carrera de la magna apoteosis, es detenida también la carroza del imperial anfitrión?... ¿Quién se atreve a pararla?... Un fantasma escuálido por la austeridad, senil por la acción de los siglos, cubierto de las cicatrices de mil combates; sin embargo, sus brazos son de hierro, la fortaleza de ellos se basta para detener la carroza aquella—Soberbio pero sobrecogido, pregunta también el anfitrión real: ¿Quién es este audaz que se atreve a detenerme?... Y la historia contesta—por el Genio del Cristianismo—soy el genio de la civilización y del progreso, cuyas conquistas las he realizado inspirando y sustentado a mis heraldos. Sábelo que yo mismo mediante la labor y constancia de los míos he ampliado indefinidamente los dominios de tu imperio: tanto que la herencia de la antigüedad es efímera ante los bienes sobre los que te he constituido Señor!...

Concluyamos, reproduciendo para nuestra juventud, cuya virilidad cristiana va menoscabándose, las palabras del Sabio educacionista Baader: *Tened miedo a lo fácil; así como no se llega a la verdad sin fatigas intelectuales; tampoco se llega al bien sin que muchas veces se sienta destrozado el corazón. Fortaleza, magnanimidad y perseverancia, son siempre factores indispensables para los cálculos complejos del progreso.*

REMIGIO ROMERO LEON

EL 10 DE AGOSTO DE 1909

EN LA ALDEA

Cantar a la Patria en el centenario de su bautismo de gloria, de su pacto con la libertad, habría sido una osadía temeraria en mí, humilde trovador, que ensayo mis cantares en la flauta de cañas que recogí en la cumbre de la montaña, cuando perseguía al cóndor para aprisionarlo entre mis manos. Y esta audacia mía habría sido injustificable pues sabía que los poetas de la tierra ecuatoriana—todos en pie y con la lira en la mano—debían saludar la aurora del segundo siglo de los libres.

Tampoco era lícito al oscuro aprendiz de literato escribir sobre la influencia religiosa, política, social y hasta científica que ejerció, en el mundo entero, la emancipación americana proclamada por los patriotas de Quito, en la mañana del 10 de Agosto de 1809. Esa chispa de fuego que fué origen del incendio que purificó al mundo del porvenir, dando soberanía a un continente y haciendo brotar pueblos libres y naciones autónomas, como brotan chispas del yunque cuando se temple el hierro, ha quemado ya los labios de muchos oradores que, con palabra casi divina, proclaman y defienden los fueros de la Libertad americana; y las plumas de oro o de acero de nuestros historiadores, caldeadas en ese fuego, han recogido ya el grito de triunfo que completa el poema del heroísmo castellano; porque tengo para mí que la emancipación rivaliza, en gloria al descubrimiento inmortal de América por Colón, al incendio audaz de las naves por Cortés, al salto heroico, en la isla de Gallo, por Pizarro y sus compañeros, y al mismo tiempo, completa, dirélo así, las glorias de España que supo engendrar héroes por todas partes y que es hoy la Madre inmortal de todo un mundo, dividido en naciones bizarras

y nobles, libres y heroicas.

Ni cantar, ni escribir debía en el día de la Patria; pero quise, como ciudadano de una República soberana, celebrar el día de sus días concurriendo, personalmente, a los festejos de la aldea donde descansó las fatigas de un año de rudas labores profesionales, pasado en la ciudad.

¡Qué mañana tan risueña; qué cielo tan azul; qué atmósfera tan diáfana! Las palomas de mi heredad se arrullan en el alero hospitalario de mi casa; los pájaros trinan en el huerto; el gallo, sultán del serrallo, soberbio aletea entre el himno amoroso de cacareo femenino; y el mirlo canta placentero, balanceándose tranquilo en la grimpola de un maíz, cuyo sazonado fruto picotea.

Mugen las vacadas; balan encerradas en el aprisco, las ovejas; y el caballo que me espera impaciente para el paseo matutino, relinchando, airoso, da vueltas en torno del poste que lo sujeta.

Entre esta confusa mezcla de sonidos y de melodías, las campanas, con alegres repiqueteos, convidan a la fiesta. ¡Hoy es el día de la Patria!

¿Somos dignos de la libertad conquistada con la sangre de nuestros padres? me preguntaba, mientras iba camino de la aldea, contemplando el cielo que nunca cansa y los paisajes campesinos, donde siempre se encuentra mucho de nuevo y admirable, pero de pronto escuché algo como el aleteo del cóndor cuando lucha con la tormenta: era el pabellón ecuatoriano izado sobre la cumbre de una cabaña pajiza.

Me descubrí, con religioso culto, para saludar a esa sacrosanta enseña de los libres, para tributar mi primer acto de adoración a la Patria; y, sintiendo una conmoción extraña, espoleé al caballo y enloquecido entré, con la altivez de un libre, en la plaza de la parroquia, donde un grupo de gente moza, con el vestido dominguero, celebraba ya la fiesta, entre ingenuas risas y ruidosas charlas; y volví a entermecirme, y el corazón palpité con desconocida agitación. Las solemnes manifestaciones del patriotismo despiertan en mí, la indomable altivez del americano y el caballeresco coraje del español, haciéndome capaz de escalar hasta las cumbres del heroísmo; pero las fiestas de la aldea tienen, para mí, no sé qué de triste, de poético y de dulce que conmueven mi alma hasta el punto de hacerme verter lágrimas: yo no me avergüenzo de confesar que sé llorar, como no me avergüenzo de confesar que sé rezar; porque sólo el que llora y el que reza conoce el secreto de la humana felicidad en la tierra.

Algunos cohetes encendidos sin concierto y un globo de papel, en torno del que se agrupan los aldeanos, como queriendo confiar un anhelo a ese mensajero que sube y sube, hasta esconderse entre las nubes, es lo que constituye toda la pompa de las fiestas campesinas.

Había llegado tarde a las ceremonias religiosas del día de la Patria; pues la Iglesia ecuatoriana celebraba, también, el centenario del primer grito de gloria de los patriotas de Quito, en pro de la autonomía de América. Todos los templos de la República debían estar de gala, y el solemne *Te Deum*, entonado con toda la magnificencia y pompa del culto católico, en la Metropolitana, debía resonar no sólo en las catedrales, sino hasta en las más ocultas y apartadas Iglesias de la aldea. El Dios de los ejércitos, el Señor de los libres que tuvo culto y altar en el corazón de los patriotas de Agosto, tenía de ser enalzado por sus descendientes y herederos en la fe, en la abnegación y en el amor a la patria. El pabellón tricolor debía desplegarse en este día, sobre campanarios y palacios, en ciudades y en aldeas, mientras se inmolaba, por doquier a la Víctima Divina, entre los himnos sagrados de la liturgia católica. ¡Hermoso y conmovedor contraste de los cantos patrióticos y de los sacrificios sinnúmero con que, hace un siglo, se desplegaban sobre la cumbre nevada del Pichincha, los girones de neblina, esos regios estandartes del Soberano Dios y Señor que rije y gobierna el universo todo!

Había llegado tarde a las ceremonias religiosas, pero fui al templo para cumplir mis deberes de cristiano, cumpliendo los de ciudadano. La soledad, el silencio, la lámpara del Santuario avergonzada ante el torrente de luz que se desbordaba por las ventanas; las sombras de los árboles, vecinos al templo, que se proyectaban sobre el Sagrario; la muda inmovilidad de las efigies de los santos en el altar, todo, todo contribuyó a exaltar mi imaginación, y así me parece que, entre armonías desconocidas, tuve con los próceres de Agosto una secreta y misteriosa confidencia.

Entonces comprendí que toda ascensión es fatigosa; que los genios son pocos en el mundo, porque no todos pueden respirar en la altura; que los héroes son contados, porque no todos pueden resistir el martirio. Entonces comprendí que la cumbre solitaria de la gloria humana es como el Calvario, donde la divinidad del genio aparece en todo su esplendor: las turbas no ven en esa cumbre, sino al hombre crucificado y coronado de espinas; sin fijarse en los eclipses extraños en el cielo y en las hondas conmociones de los ejes mismos de

la tierra que anuncian siempre la glorificación del genio y el cumplimiento de su sagrada misión sobre el mundo.

Los patriotas de 1809, a quienes no perdonó ni la calumnia, no han sido para las turbas, sino los mártires del 2 de Agosto de 1810, es decir, los perseguidos, los victimados y nada más; pero la Historia sabe que hubo eclipses y estremecimientos, así en los tronos seculares de la vieja Europa, como en el corazón mismo de la América que comprueban que esos mártires no eran simples mortales, sino enviados misteriosos para fundar la religión sagrada de la Justicia, del Derecho y de la Verdad; y así el culto católico que parecía tocar al ocaso entre las sombras de la Revolución francesa, tuvo su aurora en los altares de las jóvenes y bizarras repúblicas americanas.

Ah! cuántas enseñanzas santas aprendí en la confidencia con los mártires en el humilde templo de una aldea!

Pero impresiones más hondas y dulces, y enseñanzas más provechosas me estaban reservadas para este día. De regreso de la aldea me detuve junto a una pobre casuca, situada a la vera del camino y medio perdida entre árboles de capulí y de cañaro. Retamas en flor rodeaban el patio; un totoral, verde amarillento, y unos carrizos plantados a orillas del arroyuelo, que parecía reírse a carcajadas, esmaltaban el campo yermo después de la cosecha, no muy buena, pues era poco abundante la parva del heno de los maizales y ruines los rastrojos.

Allí vivía un pobre viejo, afectuoso y leal; un sirviente que en otros días, supo obligar mi reconocimiento: el viejo estaba enfermo, y debía visitarlo. Sólo el perro tendido a las puertas de la casa, anunció mi llegada; Juan de la Cruz, que así se llamaba el enfermo, no tenía familia. Hijo de un amor libre, su madre le dejó huérfano el mismo día que le arrojó en este valle de dolores, y su padre, olvidándose del indefenso niño, formó su hogar en tierras muy lejanas.

La anciana abuela materna crió al muchacho, hasta la edad de diesiocho años; pero, también ella lo abandonó, porque la muerte, cruel e inexorable, cerró sus ojos vigilantes y heló su corazón amoroso de madre.

¡Con cuánta sencillez y con cuánta ternura, me refería el rudo campesino las angustias y el dolor de ese día. Sin deudos, sin amigos tuvo que recomendar, a un vecino, el cuidado del cadáver de la abuelita, para ir a la ciudad, en busca de unos paños negros y de un ataúd. Ya volvía con las prendas fúnebres que debían cubrir los despojos mortales de

su único ídolo de su alma, antes de colocarlos en el hueco, hondo y negro, del cementerio de la aldea, cubiertos de cruces y de cardos; y, ¡oh crueldad del destino!, abrazado de la mortaja y llevando auestas el ataúd, la leva le hizo soldado, y sin poderlo anunciar a nadie, sin honrar, por última vez, a la anciana protectora de su infancia, fué a la guerra, y peleó en Cuaspu, por la patria que contenía el pedazo de tierra donde estaba su choza, no lejos del cementerio donde dormían, sin despertar, la pobre madre y la anciana abuela!

Después de la guerra volvió el soldado a los cuarteles de Cuenca, donde sufría la nostalgia de la choza y del cementerio; pero un día pudo verse con el ilustre General Don Antonio Farfán, prócer de la magna guerra de la emancipación, tan valiente como bueno; y cayó el pobre mozo a los pies del General, y le hizo la confidencia de sus penas. Enternecido el hombre de las batallas y de las victorias, abrazó al soldado, lloró sus infortunios, le dió algunas monedas y le dijo: "Vuélvete, soldado labrador, a tu cabaña".

¡Qué dulce el retorno a la casa, cuando hay lumbre en el hogar y brazos abiertos que esperan al ausente; pero el cortijo del soldado estaba cubierto de malezas, la choza derruida por la intemperie y sin cenizas el hogar! Mas ¡silencio! el dolor y la pobreza tienen, también, su rubor y el olvido es el único culto de las grandes miserias.

Juan de la Cruz, casi forastero en su aldea, tuvo que defender la pequeña herencia de la abuela que, ambiciones tardas, pretendieron arrebatarle; y luego laboreó la heredad de sus antepasados, cubrió de flores el cementerio, y para consolarse en su soledad, crió un perro y compró algunas aves de corral, un par de bueyes y cuatro blancos corderillos, para alegrar la choza.

Iba al templo con frecuencia para confiar al Dios Crucificado, al Dios de los tristes, las torturas y agonías de su alma enferma; y un domingo, en la plaza de la parroquia, se encontró con una moza sonrosada, de ojos negros y rasgados que, afanosa iba al mercado, para vender el sombrero de toquilla que sus activas manos tejieron la última semana.

La laboriosa muchacha, con una sola mirada, hirió el corazón de Juan de la Cruz; pero ¡pobre vencedora! ella tenía también corazón, (que para la mujer es el más cruel verdugo); y así, sin pensarlo, tanto ella como él hicieron tantas locuras, cayeron en tantas indiscreciones que todos los vecinos llegaron a conocer el secreto que los amantes publicaban en sonrisas y miradas. Vino luego la bendición del Cura, santi-

ficando esos amores; y resucitó el alma del soldado labrador, y florecieron los campos y se oyeron cantos de alegría en la choza que de nuevo construyeron Juan de la Cruz y la sonrosada muchacha de los ojos negros.

Fueron felices, aunque el cielo les negó las delicias de la paternidad; pero, después de muchos años de verdadera dicha, se oscurecieron de nuevo los horizontes; y hambriento el cementerio, tragó con sus negras fauces, a la gallarda y virtuosa compañera de Juan de la Cruz.

Volvió el pobre aldeano a quedar solo en la tierra; redobló sus cuidados, plantando hiedras y rosas silvestres en las tres tumbas amadas para él; y como en esa época el clarín de guerra resonaba en toda la República, Juan de la Cruz, más triste que nunca, abandonó su aldea, y en calidad de voluntario, tomó armas contra el Dictador Vintimilla. Buscó la muerte como único remedio a sus males, pero no la encontró.

Después del triunfo de Guayaquil regresó a la nativa aldea, donde siempre triste y siempre grave, se dedicó al oficio de sepulturero; e hizo de su choza el templo, y del cementerio el altar de su culto y adoración.

Este es el hombre a quien debo visitar en el día de la Patria, este es el pobre Juan de la Cruz, postrado hoy por todo género de dolencias. Al entrar en la casuca, ví a un campesino viejo, delectando, a la cabecera del enfermo, las reflexiones sobre la muerte, del santo obispo Alfonso María de Ligorio, mientras Juan de la Cruz, sonreía con una dulzura y una calma indescriptibles.

—Gracias, por la visita, Señor, me dijo al verme. Yo esperaba a usted hoy día, porque un vecino lo vió pasar para el pueblo (así llaman los campesinos a la Iglesia de la parroquia); y no dudaba que, de regreso, entraría usted a visitarme.

—No te olvido, ni puedo olvidarte jamás, Juan de la Cruz le contesté.

—Dios le pague, Señor, volvió a decirme, añadiendo: y ¿qué ocupación le llevó tan temprano al pueblo?

—Hoy es día de fiesta, le dije; y tenía que concurrir a los festejos, ordenados para este día, por el Sr. Cura y el Teniente Político.

—¿Ya estamos a 15 de Agosto? me preguntó recordando, sin duda, que ese día siempre es festivo.

—Nó, le repliqué: hoy es diez de Agosto; es una fiesta de la Patria y también de la Iglesia ecuatoriana. Hace 100 años, unos patriotas de Quito reunidos en la casa de la Sra. Doña Manuela Cañizares, proclamaron, por primera vez, la

emancipación americana, es decir, pretendieron, los primeros, separar del gobierno del Rey de España, todos estos pueblos, para hacernos libres y para que podamos gobernarnos por nosotros mismos. Habíamos cumplido la mayor edad, y exigíamos a nuestra Madre que reconozca los derechos que nos concedía la naturaleza.

—¿Y hubo guerra? interrogó el enfermo incorporándose en el lecho.

—Desgraciadamente, nuestros padres se vieron en la necesidad de demandar sus derechos, con la espada en la mano; y no conquistaron la ansiada libertad, sino a costa de muchos sacrificios y de mucha sangre derramada en toda la América.

—Ah! hoy es día de fiesta, día de la Patria, repetía Juan de la Cruz.

—Sí, añadí yo, día de esa patria por la que tú peleaste en Cuaspud; y luego en Quito y en Guayaquil.

—Pues, sí hoy es día de la Patria, insistió, con altivez y con serenidad, al mismo tiempo, yo quiero hacer mi testamento y dejar mi pequeña heredad y todos mis bienes a esta Patria que he servido siempre, como bueno.

Eléctrico movimiento sacudió mis nervios, y exclamé: ¡Hermoso pensamiento, Juan de la Cruz! A falta de deudos, bien puedes dejar tus bienes a los pobres, y complacer así a Dios, a la Patria y a tu propio corazón; porque yo comprendo que los huérfanos, los tristes tienen para ti una especie de parentesco que nace del infortunio, de las lágrimas.

—Sí, Señor; es cierto que los pobres son para mí algo más que hermanos, y que ellos tienen perfecto derecho a mi herencia; pero yo quiero que usted me indique cómo puedo dejar mis bienes a la Patria.

—La patria, Juan de la Cruz, le repliqué, es una diosa que todos adoramos, a quien podemos y debemos servirla; pero élla es intangible; porque la Patria no sólo es el territorio que guarda nuestras afecciones santas, ni la reunión de todos los que tienen un mismo ideal de ventura, sino es algo como el dios de los panteístas que es todo y está en todas partes, pues nosotros mismos somos también la Patria; y no podemos, por consiguiente, hacerle ofrendas, como la que tú pretendes.

Poco o nada me entendió esta petulante digresión, con humos de filosófica; y así me preguntó, sorprendido:—¿Yo no puedo dejar mis bienes a la Patria?

Comprendiendo que había olvidado, por un momento, la

calidad de la persona, a quien visitaba, me apresuré a decirle:—Sí, Juan de la Cruz; si puedes dejar tus bienes a la Patria, dejando a alguna de las instituciones que son como el ser mismo de ella. Los hospitales, por ejemplo, son casas que cuida, conserva y mantiene la Patria para curar las dolencias de sus hijos que son pedazos de ella misma. A esos asilos va el pobre y encuentra la solícita ternura de la Patria, representada en forma de un ángel, de una Hermana de la Caridad, a las puertas de sus asilos se arrastran, después de los horrores de la guerra, los heridos en la lid, y allí se confunden, a la sombra de la Cruz, vencedores y vencidos: dejar, pues, tus bienes para un hospital, sería dejarlos para la Patria.

—Ya entiendo, Señor, me contestó, con viveza; pues según la explicación de usted, la Patria para mí es el pedazo de tierra donde están enterradas mi madre, mi abuela y mi pobre María, y a donde he de ir a descansar después de pocos días. Dejo, pues, mis bienes, en beneficio del Cementerio, y que los administre el guardador del pedazo más sagrado de la Patria; y como hoy es día de fiesta, hoy quiero hacer mi testamento: no me niegue esta gracia, Señor.

Callé, pensativo y enternecido; y entonces comprendí lo que es la Patria, no según los vanos alardes de la filosofía y del derecho, sino como lo sueña el corazón; y comprendí, también, que el verdadero patriotismo no consiste en el sacrificio incesante, y a veces estéril, por el pedazo de tierra en que se meció nuestra cuna. Conocí que el patriotismo es una virtud social que no exige de cada ciudadano, sino aquello que, honradamente, puede y debe hacer; de modo que no sólo el guerrero que expone la vida en defensa de las instituciones sociales, no sólo el severo magistrado o el estadista que consagra sus desvelos al mejoramiento de la sociedad son buenos patriotas, sino lo son también, el sacerdote que se arroja al pie de los altares para bendecir el nombre del Señor; y el pacífico menestral que trabaja en su escondido retiro o el tímido labriego que riega con el sudor de su frente los surcos de su heredad.

Juan de la Cruz, el soldado labriego, el creyente patriota, otorgó su testamento el 10 de Agosto de 1909; y así, al despedirme del pobre viejo, me convencí de que en verdad somos dignos de la libertad conquistada con la sangre de nuestros padres. ¡Bendita, una y mil veces, la memoria de los mártires del 10 de Agosto!

CESLAO MARIA MORENO

1872

Joaquín Moreno, hijo de don Manuel Moreno y doña Carmen Ordóñez, nació en Cuenca, en marzo de 1872. Ingresó en la Orden de Dominicanos, en Quito, en donde recibió las órdenes sagradas. Ceslao es su nombre en la Orden, en la cual se ha distinguido por su talento, y ha ocupado cargos honrosos, como el de Provincial, y recibido títulos como el de Lector. Ha residido algún tiempo en la misión de Canelos, en la región oriental del Ecuador, y ha viajado por la América del Sur y del Norte y por Europa, en misión encomendada por la Orden. Es uno de los grandes oradores sagrados que tiene la nación. Conserva inédita una gramática quichua.

ORACION FUNEBRE

en honor del Sr. Dr. Don

GABRIEL GARCIA MORENO

pronunciada el 3 de Agosto de 1925, en la Catedral de Cuenca, con motivo del cincuentenario de su glorioso sacrificio, por el M. R. P. L.

FR. CESLAO M. MORENO, O. P.

Ipse est directus divinitus in penitentiam gentis, et tulit abominatorem impietatis. Et gubernabit ad Dominum cor ipsius, et in diebus peccatorum corroboravit pietatem.

El fué destinado para la conversión del pueblo, y quitó las abominaciones de la impiedad. Dirigió su corazón hacia el Señor, y en los días de mayor desenfreno de los pecadores restableció la piedad.

Libro del Eclesiástico, Cap. 49, vv. 3-4

Ilustrísimo Señor, Señores:

Cincuenta años transcurridos desde el sacrificio del grande hombre del Ecuador, y dolorosamente frustrada la esperanza de ver unidos los ánimos en la apreciación de su gloria, en el avaloramiento de su grandeza, en el aplauso de sus virtudes, tan geniales como extraordinarias.

Pasarán otros cincuenta y aun ciento, y la división subsistirá más honda aún y será todo un imposible unir las voluntades en su amor, que es el amor a una de las más grandes glorias de la Patria, porque, mientras juzgan unos que la gloria del Ecuador depende de la pureza de su fe, de la moralidad de sus costumbres, de su sometimiento a Dios, como Rey de las naciones, de su alianza con la Iglesia, del influjo salvador del Evangelio en sus leyes e instituciones, para otros consiste ella en que la Patria sacuda el yugo suave del Evangelio, en que desconozca la soberanía de Nuestro Señor Jesucristo, en su absoluta separación de la Iglesia, en el triunfante influjo en sus leyes, instituciones y costumbres de las modernas herejías contrarias al Catolicismo y llamadas por ellos conquistas de la razón. En una palabra, en el reinado y gobierno de la masonería, última expresión de la perversión humana bajo el influjo diabólico.

Esta oposición irreconciliable de juicios en la apreciación de este hombre extraordinario, esta contrariedad de afectos con que se le mira, están proclamando su verdadera grandeza: porque nos enseñan que García Moreno sostuvo la gloriosa causa de la eterna verdad, del Bien absoluto, y que sucederá con él, precisamente por esto, lo que con los más grandes campeones de la Fe, que mientras únos les amen con pasión, ótros les aborrezcan en extremo; lo que sucedió con nuestro mismo Señor Jesucristo, puesto para ser el blanco de la contradicción de los hombres, ya que es eternamente imposible la reconciliación de la verdad con la mentira, del bien con el mal, de Dios con el demonio.

Este genio poderoso, más que gloria de una nación, es

gloria de la Iglesia católica, que supo modelarlo, por lo que, al estudiarle, al juzgarle, al apreciarle en toda su valía, no se debe prescindir del criterio de la fe, o sea del Evangelio de Cristo. Tras la lente purísima de este telescopio del cielo se deja ver este astro misterioso en su verdadera magnitud y belleza.

Con ella le contempló Pío IX cuando, al recibir la noticia de su trágica muerte, exclamó conmovido: "Cayó bajo el hierro del asesino, víctima de su fe y de su caridad cristiana para con la patria".

Con ella le contempló León XIII cuando dijo que ese héroe cristiano murió como los mártires al filo de la espada de los impíos, en defensa de la Iglesia de Dios. *Pro Ecclesia Dei sub gladiis impiorum occubuit.*

Estas expresiones sentenciosas son como el fallo justiciero e imparcial de la Iglesia dictado por jueces tan competentes sobre la vida, obras y móviles del héroe cristiano, que, iluminado por la fe y animado por la caridad, vivió, luchó y trabajó con talento extraordinario, con infatigable ardor, con energía única, con honradez acrisolada por su patria, hasta morir mártir a manos de la tenebrosa secta masónica, enemiga sistemática de todo bien que procede de la fuente divina de lo sobrenatural.

Sí, hombre providencial, de fe, de patriotismo heroico, destinado, como el santo Rey Josías, para la conversión de su pueblo, para quitar de él las abominaciones de la impiedad, para en él restablecer el imperio de la Religión, de la verdad, de la justicia: tal fué el grande y genial Magistrado cuya cruel inmolación deplora aún y deplorará por siempre, con el mundo católico y civilizado, su patria, teatro del sangriento drama del 6 de Agosto de 1875.

Para conmemorarlo con profundo pesar y hondo lamento por la irremediable ruina de la Patria nos hemos reunido, deseosos de elevar además con la Iglesia humildes plegarias al Cielo.

Quiera el Señor concederme sus luces, sus gracias, el acierto que he menester para afirmar en vuestro ánimo la convicción de la verdad que acabo de enunciaros relativa al gran Magistrado cuya muerte lamentamos, y que será la materia de esta desaliñada oración fúnebre.

* *

Desde Roma, que lloró conturbada la muerte de Julio

César, hasta la Gran Colombia, que lamentó el crimen de Bertrúeos, y el Ecuador que sollozó sobre el cadáver del más grande de sus políticos, todos los pueblos que han visto caer a sus héroes bajo el puñal de los Caínes o de los Brutos de todos los tiempos, han sentido hondamente conmovida la base de sus instituciones sociales. Mas apenas habrá ejemplo de pueblo que tanto hubiese perdido como el Ecuador por la muerte de García Moreno. Puede decirse sin hipérbole que el puñal que le mató a éste, cortó, tal vez para siempre, la trama de oro donde se tejía la historia de la grandeza de aquél y acabó con su moral, su honradez, su decoro, sus principios católicos y con ese notable y extraordinario progreso que le hacían admirable y grande ante los pueblos.

El Ecuador del 75 cayó, como el Genio que le elevaba, para no levantarse jamás. Ha vivido desde entonces herido y enfermo de muerte, y la historia política de sus últimos treinta años, especialmente, es el mejor panegirico que cabe hacer del hombre providencial cuya desaparición fué para el Ecuador como el eclipse inacabable de esa grandeza, de esa gloria, a las que le elevó con su gobierno justo, sabio, católico el mejor de sus gobernantes; gloria y grandeza reconocidas, admiradas, aplaudidas sin reservas entonces por las naciones cultas de Europa, como son ahora objeto de su lamentación la decadencia, la miseria moral, la ignominia que nos van convirtiendo en el ludibrio de los pueblos.

¿Cuál es la causa de este fenómeno doloroso en extremo y tan vergonzoso para nuestra Patria? El alejamiento de Dios en el gobierno de ella. Ya no es el espíritu cristiano, el espíritu de amor, el espíritu de fe que alentaba en el corazón de ese verdadero político el que ilumina los confines de nuestra Patria y dirige sus destinos, sino el espíritu de la revolución, contrario al de Nuestro Señor Jesucristo, rey de las naciones, el espíritu de rebelión contra Dios y sus leyes, contra la Iglesia y sus doctrinas salvadoras. Por esto, mientras más se aparta de la luminosa senda seguida por García Moreno, más se pierde entre las tinieblas de la miseria moral que es la peor de todas las miserias.

Esto es tan claro como la luz del día, como que la palanca salvadora con que sacó al Ecuador del abismo de su miseria moral y material y la elevó a la cumbre de la gloria el genio de García Moreno fué el reconocimiento del derecho propio de Dios sobre los pueblos, de los derechos sagrados de la Iglesia católica en las instituciones sociales, en la legislación humana, en la constitución del hogar, en la educación

e instrucción de la niñez y de la juventud.

Al dogma fundamental de la masonería, la supremacía del Estado sobre la Iglesia, cuyas consecuencias en la práctica son primero, la absoluta esclavitud de ésta, hasta llegar a convertirse, en las naciones donde predomina ese absurdo, en mero feudo del Estado, y luego la anarquía más desenfrenada o el más odioso despotismo, opuso ese gobernante modelo la doctrina católica de la unión de la Iglesia y el Estado, dejando a una y otro libres y dueños de sus derechos en su respectiva esfera de acción y con el mutuo, eficaz apoyo, como norma, para la consecución más fácil de sus propios fines, tan nobles y elevados como la naturaleza de cada uno de ellos.

No podía como católico ver a la Santa Iglesia de Cristo, sociedad divina, perfecta, con naturaleza, medios y fines propios y exclusivamente suyos, convertida en misera esclava del Estado; ni como político tan hábil como ilustrado, prescindir de su eficacia sobrenatural para la regeneración del Ecuador en todos sus órdenes de la vida social; pues la anarquía inevitable después de tantos trastornos políticos y de tan perniciosas doctrinas: la bancarrota nacional por la casi falta absoluta de sistema económico y la ausencia de honradez administrativa; el predominio despótico de la clase militar y el estado de revolución continua por la falta de represión; la ignorancia generalizada entre el pueblo por la falta de escuelas y colegios; la relajación de costumbres que había llegado hasta las gradas mismas del Santuario; las corrientes de incredulidad en las clases elevadas, por la perversión de las doctrinas políticas y religiosas; y sobre todo el influjo fatal de la masonería que lo maleaba todo: hacían necesaria una renovación absoluta, que no podía conseguirse sino estableciendo el orden, la moral, la justicia, la ciencia, las artes, la virtud, el patriotismo, sobre los sólidos cimientos del respeto a Dios y el reconocimiento de los derechos propios de la Iglesia católica y la práctica de los principios del Evangelio, sin los cuales no hay salvación posible para los pueblos. La verdad divina, revelada, es la única que los salva, la única piedra angular del progreso y de la cultura de las naciones. Ya lo dijo el Maestro divino: *Veritas liberabit vos*.

Pues bien; esto hizo García Moreno como Magistrado de esta República, especialmente con el Concordato celebrado con la Santa Sede, con la constitución política del año 69, con la consagración de la República al Sacratísimo Corazón de Jesús, consagración que fué el público y solemne reconocimiento de la soberanía de Nuestro Señor Jesucristo sobre los

pueblos, la confesión oficial de que el Ecuador no era un pueblo anarquizado y corrompido ya, sino un pueblo católico que, arrancado de las garras de las sectas tenebrosas, por la mano del gigante ecuatoriano, aspiraba a ser grande por la virtud, noble por la ciencia y el progreso moral y material, reconociendo la grandeza de Dios y la realeza de su Iglesia y queriendo ver a ésta no esclava mísera del Estado sino reina de las conciencias como salvadora de ellas, y a la verdad revelada, reconocida y proclamada en las instituciones sociales del Ecuador como emanación de ese Dios a quien confesaba y amaba como a su único Señor.

* *

El Concordato, al cual el mismo García Moreno llamó, en su mensaje al Congreso de 1863, "base del restablecimiento moral y origen de futura prosperidad de la República", devolvió a la Iglesia su independencia, la eficacia de su acción moralizadora y los medios de reformar las costumbres, así del clero como del pueblo, y de levantar de su prostración la moral pública, "alma y vida de la sociedad" como él mismo lo llama. Sí, "el Concordato se celebró, según el decir de García Moreno, con el objeto de dar a la Iglesia independencia y libertad y obtener por medio de ella la reforma eclesiástica y moral que el Ecuador necesitaba para ser libre y feliz".

Sus resultados mostraron claramente lo que valía el Concordato en orden a devolver a la Iglesia su independencia y su poderoso influjo para evitar la ruina de la Religión y la moral, no menos que para evitar el naufragio del clero y la desgracia de la República, según el pensamiento de ese gran político y reformador cuya misión era ante todo desescombrar la tierra ecuatoriana sembrada de ruinas en todo orden de cosas, para plantar después en ella el árbol del progreso moral, material y religioso. *Et tulit abominationem impietatis... et in diebus peccatorum corroborabit pietatem.*

La artera y tenaz oposición que se le hizo al Concordato y a su vigencia por parte de las sectas está diciendo cuán útil y necesario fué él para sacar al pueblo del estado de prostración en que yacía, y cuánto había de contribuir para la reforma moral de todas las clases sociales, convirtiendo a nuestra Patria en un pueblo verdaderamente culto y digno de la admiración de las naciones.

Cuánto valía el Concordato para la salvación moral y el

progreso futuro del Ecuador nos lo dijo el General Mosquera con su guerra injusta y su hostil manifiesto que la precedió, el General Mosquera, encarnación de los intereses, planes y proyectos de la masonería y de todo su odio contra la Iglesia de Cristo.

Cuánto valía el Concordato para hacer del Ecuador un pueblo de veras católico, culto, moral y digno de ascender a la difícil cumbre del verdadero progreso, nos lo está diciendo la sistemática oposición que para su vigencia le opusieron, en las cámaras Legislativas, quienes estaban contagiados de las doctrinas regalistas, acostumbrados a los abusos y preeminencias injustas del Patronato y a ver a la Iglesia como feudo del Estado.

* *

La piedra fundamental de la sociedad humana es únicamente Nuestro Señor Jesucristo. Quien de ella se aparta edifica sobre movediza arena y no tendrá jamás solidez ni consistencia; será juguete de las humanas pasiones y, desconociendo a Dios como Señor de los pueblos, habrá de reconocer como a tal a la hidra de la revolución; por esto ese hombre providencial buscó en la Iglesia de Cristo, por medio del Concordato y en el espíritu de Cristo, por medio de la Constitución de la República, una base sólida y segura para las instituciones sociales del Ecuador.

Uno de los actos mas extraordinarios e importantes de ese político cristiano y que más atención merece de parte de los hombres que, con verdadero talento e imparcialidad, estudian el alma, el carácter, las tendencias de ese grande hombre, es indudablemente la Constitución política del año 1869.

Nada tan importante para un pueblo como su Constitución política, es como el alma de él, como su partida de bautismo ante el aprecio y consideración de los demás pueblos, como el arranque natural o de su positiva grandeza o de su irremediable pequeñez moral en el palenque de las naciones civilizadas.

¿Qué es una Constitución política para un Estado? Permitidme breves consideraciones acerca de su origen y naturaleza.

Ningún hombre, por grande y poderoso que sea, puede imponer a otro la obligación de aceptar un dogma. Sólo en Dios reconocemos este derecho los católicos, y por esto, en tratándose de la conciencia, sólo aceptamos su autoridad

divina y la de la Iglesia Católica que lo representa y es depositaria de ella.

Mas cuando el hombre voluntariamente y con un acto libre de fe ha aceptado un dogma, tiene el deber y el derecho de conformar su conducta con sus creencias. Este deber es asunto personal entre Dios y la conciencia, este derecho debe ser ejercido libremente, porque es imprescriptible y sagrado, y ninguna prescripción legal puede tener la pretensión de impedir el cumplimiento del primero o de encadenar el ejercicio del segundo. Sí, la libertad de la conciencia es la más sagrada y la más inviolable de todas las libertades. Ni la violencia puede penetrar a su recinto sagrado y misterioso.

Por defenderla, considerándola ya como personal, ya como social, han combatido valerosamente los pueblos siempre que la tiranía política ha tratado de encadenarla, y mil luchas sangrientas han consagrado como definitivo su triunfo y la intangibilidad de ese supremo derecho, fundado en la naturaleza humana y en el carácter religioso del hombre, que son por sí mismos invariables.

Mas el hombre no es tan sólo un ser libre e inteligente, es decir, moral y religioso; está destinado, además, a vivir necesariamente en sociedad. El estado social es un estado natural, necesario, efecto de la voluntad del Autor mismo de la naturaleza. De aquí que, como la sociedad no puede existir sin una autoridad que la gobierne, representando a la primera, fuente de todas las demás, la autoridad es condición esencial de toda sociedad, y los pueblos tienen el derecho de elegir libremente a sus mandatarios.

Mas ¿cómo armonizar estos dos elementos igualmente necesarios en la sociedad, y en la apariencia tan opuestos entre sí, la autoridad y la libertad? Este es un problema político de capital importancia, que es preciso se resuelva dentro de los límites de la moderación y la justicia; pues de otro modo no se trata de resolverlo de ordinario sino entre sangrientas turbulencias que atrasan a los pueblos en el sendero del progreso, siembran el odio entre ciudadanos que deben vivir fraternalmente e impiden la consecución de los fines naturales de la sociedad.

Aquellos que conceden a la libertad individual una extensión desmedida se exponen a levantar altares a la anarquía; y a su vez se convierten en apóstoles del despotismo quienes sacrifican vergonzosamente la libertad ciudadana a la autoridad absoluta y despótica.

La autoridad de una nación debe ser, no el tirano despótico que trate de pisotear la libertad de la conciencia individual y social, sino el guardián celoso de los derechos que nacen de ella. Sólo así puede reinar en la sociedad la paz, que es la tranquilidad del orden, porque mientras la libertad de los súbditos es respetada y tiene firmes garantías de sus derechos en la ley humana, ordenada por su propia naturaleza al bien de los que deben cumplirla, la autoridad que gobierna justamente estará rodeada del amor y respeto de los subordinados a ella.

Por esto, para establecer la armonía entre la autoridad y la libertad de los pueblos que han de merecer el nombre de civilizados y libres, se ha resuelto en ellos dictar una carta fundamental de sus derechos y deberes, la Constitución del Estado, norma a la que deben sujetar invariablemente sus acciones en la vida social así los que mandan como los que obedecen. Por esto mismo, esa carta fundamental, esa Constitución de cada Estado independiente ha de ser la genuina expresión de la voluntad libre de la mayoría de los ciudadanos, el reconocimiento de sus derechos no sólo políticos y sociales sino principalmente religiosos y morales, y la expresión de las garantías que tienen por ella así para el uso de sus derechos como para el cumplimiento de sus deberes religiosos. Constitución dictada por el capricho antojadizo de quienes no representen de veras la voluntad de la mayoría de una nación, por la violencia, por la astucia, no tiene de tal sino el nombre y no puede merecer el respeto de una nación independiente, ni ser la garantía de paz y de progreso en ella, y menos podrá ser para la vida pública fuente de prosperidad y grandeza, sino más bien semillero inacabable de divisiones y revoluciones funestas que acaban por aniquilar todo lo que de bueno hay en un país para sembrar en él la confusión, la muerte y la vergüenza.

Pues bien, esto había acontecido en el Ecuador desde los primeros días de su Independencia, ya cuando formaba parte de la gran Colombia con la Constitución de Cúcuta, que, contrariando las más nobles convicciones de un pueblo católico, proclamaba como la autoridad suprema y única al Dios Estado, ya después de haberse separado de ella con las otras constituciones que le fueron impuestas, contrarias a su creencia e intereses morales.

El espíritu que las animaba no sólo era cristiana ni correspondía al espíritu profundamente católico de los miembros de la nación, sino que, a pesar de reconocer a la religión

católica como la única religión del Estado, en la práctica y con leyes orgánicas se le trataba como a esclava, privándole de su libertad de acción, de su influjo en la sociedad y hasta en la formación y régimen de su Clero; y en vez de la soberanía de Dios, moderadora de todas las potestades de la tierra, era el reconocimiento de la absoluta soberanía del pueblo y de los principios erróneos de la Revolución francesa el que inspiraba esos códigos y la conducta de sus mandatarios.

García Moreno, espíritu lógico, profundamente ilustrado en la ciencia del gobierno de los pueblos, católico verdadero que sabía sacar las consecuencias de la doctrina que profesaba, comprendió bien que, siendo católico el pueblo ecuatoriano, sólo una constitución verdaderamente católica, que reconociera que el origen de la autoridad humana es la autoridad de Dios, que pusiera a la Iglesia en el puesto de honor que le corresponde en sus relaciones con el Estado, que respetara la conciencia, así individual como colectiva de ese pueblo creyente, y garantizara el uso de sus derechos y el cumplimiento de sus deberes morales, podía labrar su felicidad y ser medio adecuado para gobernarle con justicia, arrancarle del abismo de sus males y elevarle a la altura de sus destinos, como nación católica e independiente. Aquel lema tan expresivo de los próceres de la Independencia nuestra, "*Salva Cruce, liberi estote*" vino a ser como el alma de esa Constitución que reconocía ante todo los derechos de Dios y hablaba después de los derechos y los deberes del Pueblo.

Por esto principia ella con estas sublimes palabras, que en nuestros menguados tiempos suenan a escándalo, como lo era la Cruz de Cristo para los gentiles: "En el nombre de Dios uno y trino, autor, conservador y legislador del universo, la Convención nacional del Ecuador ha decretado la siguiente Constitución".

Esto era ir directamente contra el espíritu de la revolución, negar el dogma racionalista de la soberanía del pueblo, confesar el único origen legítimo de la autoridad de los mandatarios y legisladores humanos, ennoblecer la ley, elevar la dignidad ciudadana que, al obedecer a los hombres, se siente grande y libre porque obedece a Dios: en una palabra, esto era aplicar valientemente en el gobierno del Ecuador las doctrinas infalibles de la Iglesia Católica, que acatamos sus hijos con noble elevación de espíritu, porque entendemos que ellas, además de entrañar la verdad, tienen el germen fecundo de la salvación de los pueblos en medio del caos y la confusión que envuelven al mundo.

El primer artículo de esa Constitución declara que "la religión de la República es la Católica, apostólica, romana, con exclusión de cualquier otra, y se conservará siempre con los derechos y prerrogativas de que debe gozar según la ley de Dios y las disposiciones canónicas".

Por este artículo de esa Constitución cristiana, la Iglesia vuelve a ocupar en el Ecuador el asiento de honor que le corresponde, ve respetados sus privilegios y derechos, tiene libertad de acción para el cumplimiento de su misión sobrenatural; ya no es esclava, oprimida, despojada, vejada a título de un patronato del que se abusa en fuerza del odio que se la profesa por ser obra divina.

Aun cuando no hubiera hecho otra cosa el gran mandatario católico que dar al Ecuador esta Constitución, con la que la conciencia católica quedaba no sólo garantizada sino estimulada, apoyada, para su libre ejercicio y el perfeccionamiento moral y religioso del individuo, no menos que de la familia y de la sociedad, habría merecido que se le reconociese como el salvador de la Patria, el regenerador de la sociedad ecuatoriana. *Et in diebus peccatorum corroborabit pietatem.*

El católico fervoroso que, con su admirable lógica y dominadora elocuencia, había conseguido doce años antes cuando representaba al pueblo como Senador, que las Cámaras legislativas de 1857 votaran la supresión de las logías masónicas en nuestra Patria, si bien el gobierno de entonces se opuso a ese proyecto, no podía faltar a su férrea lógica al hacer la Constitución, y así ésta declara en uno de sus artículos privado de los derechos de ciudadanía a todo individuo que perteneciese a una sociedad prohibida por la Iglesia. Si priva de estos mismos derechos la ley a los borrachos, a los quebrados, a los que tienen sobre sí una causa criminal, ¿qué cosa más natural que esta privación a los enemigos declarados de la Iglesia y de la sociedad? ¿No estamos viendo el esfuerzo supremo que hacen ahora mismo muchos pueblos, como Italia y otros, para alejar del manejo de la cosa pública a los miembros de las fatídicas logias?

*
* *

Para que haya un gobierno justo y respetado al propio tiempo, es necesario que, además de la convicción del pueblo acerca del origen divino de la autoridad, una fuerza más poderosa que la simplemente humana dirija la voluntad así del súbdito como del mandatario y la reprima cuando, exacerba-

da por las pasiones, tienda hacia la rebelión o hacia la tiranía. Este resorte poderoso, más que la simple Constitución de los pueblos, es la ley de Dios que obliga y mueve a la conciencia a proceder según ella por el camino del deber, de la justicia, de la rectitud.

Por esto cuando una Constitución, como la de ese político admirable, afirma los derechos de Dios en la conciencia de un pueblo, por el mismo hecho afirma también el respeto a la ley humana que lo rige, al Magistrado que lo gobierna a los derechos de los ciudadanos que lo componen, pues esa ley no será contraria a la conciencia, ni ese Magistrado será tirano, ni esos ciudadanos olvidarán tan fácil y generalmente que sobre las conveniencias humanas están los deberes morales de cuyo cumplimiento hay un supremo Juez a quien dar cuenta.

De esto nace el progreso moral, religioso, material en una nación, porque cada ciudadano procura cumplir su deber no sólo como tal, sino principalmente como ser moral, responsable ante Dios. De ahí dimanar el desinterés, el espíritu de sacrificio, el mutuo apoyo, la honradez en el manejo de los bienes públicos especialmente y todas las virtudes sociales que constituyen lo que llamamos patriotismo, patriotismo que tanto falta en los pueblos regidos por leyes que desconocen los derechos de Dios y su Iglesia.

He aquí el bien que hizo García Moreno al Ecuador con su ejemplo, más elocuente que todos los argumentos, y con esa admirable Constitución, fuente de tantos y tan positivos bienes para la Patria mientras subsistió en ella.

Cuanto atraso ha sufrido después el pueblo ecuatoriano por razón de sus leyes inspiradas en los principios contrarios a la doctrina católica, la funesta división que le arruina, perdido el bien incalculable de la unidad católica, el desgobernio en que ha arrastrado su dolorosa existencia tanto tiempo, no son debidos sino a que sus Constituciones no han correspondido a su espíritu cristiano, ni han sido la expresión de la voluntad general, sino la despótica imposición de legisladores sin autoridad y sin conocimiento de la verdadera voluntad del pueblo.

Todo esto está indicando lo que valió para la felicidad del Ecuador la Constitución del año 69, tan aborrecida por quienes desconocen la soberanía de Dios y de su Iglesia, y se avergüenzan del reinado social de Jesucristo sobre las naciones y desconocen las normas trazadas por los inmortales Pontífices Pío IX y León XIII en el gobierno de las naciones.

Esa Constitución está dándonos a conocer claramente quién era y cuanto valía ese hombre de genio que la elaboró como restaurador de la moral pública y verdadero salvador del pueblo cuyo gobierno le confiara la divina Providencia.

Al aprobarla la Convención del 69, al ratificarla en solemne plebiscito los colegios electorales de entonces, mostraron que el Ecuador, ennoblecido ya desde seis años antes por el Concordato con la Santa Sede, y amante y apreciador de su fe católica y de su religión, era un pueblo digno de aspirar a muy altos destinos en medio de la apostasia general de las naciones, digno de ser gobernado por un hombre de la talla de García Moreno, cuyo mayor anhelo, cuyo único propósito en sus actos era el verdadero progreso y engrandecimiento de su Patria.

La gran política de García Moreno, es decir la política cristiana, abrió efectivamente al Ecuador las puertas de esa cultura, por la que tanto anhelaba, y en los dos períodos de su mando transformó a la nación, no sólo en el orden moral y religioso sino también en el orden material, haciendo de este modo completo el progreso que tanto deseaba para ella. "Con su Constitución basada en la justicia, dice uno de sus biógrafos, el orden no fué turbado ni un instante en su segunda presidencia, lo cual le permitió desde luego economizar los gastos de represión".

Efectivamente, como ante la fuerza de un conjuro mágico, todo se iba renovando en la administración de ese hombre providencial: se reformaba el clero y entraba en pleno vigor la disciplina eclesiástica, se regeneraban con elemento de nueva vida las órdenes monásticas, se moralizaba el pueblo, se purificaba el hogar doméstico y volvía la paz al seno de las familias, se restauraba la justicia, se establecía la paz pública, el orden y la moralidad por todos los ámbitos de la nación ecuatoriana. Se restableció la hacienda pública con un sistema claro y preciso de contabilidad, y al despilfarro sistemático sucedió la más acrisolada honradez en la administración de los fondos nacionales; se iban amortizando las deudas de la nación y se eliminaban o disminuían muchas de las gravosas contribuciones que pesaban sobre el pueblo, adelantaba el comercio, se desarrollaban las industrias, se fomentaba la agricultura, y las ciencias y las artes se establecían sobre sólidas bases.

La apertura de la gran carretera nacional para unir a la costa con la capital se convertía en arteria de verdadero progreso y daba crédito al Ecuador; los otros caminos que se

trabajaban al propio tiempo, entre ellos el nuestro a Naranjal, estimulaban asimismo la industria y el comercio; crecía como por encanto el número de escuelas primarias y el de sus alumnos, hasta llegar a treinta y dos mil el de los niños que se educaban en ellas.

Permitidme citaros acerca de este importantísimo asunto que tanto honra a García Moreno el testimonio imparcial de un extranjero, M. Domecq, testigo del progreso del Ecuador mientras vivió con él. "La enseñanza primaria, dice, fué la que primero llamó su atención y se propuso multiplicar las escuelas a toda costa. Llamó, pues, a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, a las Hermanas de los Sagrados Corazones, a las de la Caridad y obtuvo los resultados que deseaba! Llamó también a las Religiosas de la Providencia y a las del Instituto del buen Pastor que hasta ahora cultivan el corazón e ilustran la inteligencia de las jóvenes de nuestra Patria".

"En Quito, Latacunga, Guayaquil, Cuenca, Guaranda, Loja e Ibarra se abrieron, continúa, escuelas dirigidas por los Hermanos de las Escuelas cristianas".

"Luego vinieron las reformas de la enseñanza secundaria, y para esto el intatigable reformador se dirigió a las Ordenes Religiosas de Europa. Llamó Jesuitas, Lazaristas, unos franceses, otros alemanes, encargados de organizar en Quito la instrucción secundaria. Se organizó, en efecto, y aparecieron en Quito dos Colegios: el de San Gabriel, dirigido por los Padres de la Compañía de Jesús y el Seminario Menor por los Lazaristas. Desde entonces, los estudios literarios y científicos se elevaron en el Ecuador a la altura de los de Europa".

"La enseñanza superior no podía quedar excluida de la benéfica solicitud de García Moreno... venció todos los obstáculos, dirigiéndose a una clase especial de sabios, a sabios cuyos sacrificios inspirados por la fe no conocen límites.... hablo de los sabios de la Compañía de Jesús.—Sí, a la docta Compañía pidió García Moreno químicos, físicos, naturalistas, matemáticos... y los consiguió tan profundamente instruidos como animados de infatigable celo. Todos eran de origen alemán".

"Costosos créditos se abrieron para comprar en Europa y llevar a Quito los aparatos e instrumentos necesarios para la enseñanza como para un completo laboratorio de física, otro de química, y un gabinete de colecciones de Historia natural. Todo se realizó con prontitud y se formó en Quito, con el nombre de ESCUELA POLITÉCNICA, un centro de enseñanza

que podía, no tememos decirlo, rivalizar con nuestras mejores facultades de ciencias.... Asistimos a las pruebas científicas de sus alumnos, y cada vez salíamos admirando ese foco científico, el primero tal vez de la América meridional".

"Con la Escuela Politécnica organizaba otra obra gigantesca que García Moreno confió a uno de los Profesores de esta Escuela. Se construyó con grandes costos un magnífico Observatorio astronómico".

"El nivel de los conocimientos científicos cada día se elevaba más y más entre los alumnos de la Escuela Politécnica".

Sería obra de no acabar querer enumerar las múltiples obras admirables de este genio del progreso en nuestra Patria: La Academia de pintura, escultura y arquitectura, Colegios de señoritas, dirigidos por las Religiosas de los Sagrados Corazones en Quito y aquí en Cuenca, y por las Hermanas belgas de la Providencia, organización de la enseñanza completa y práctica de anatomía y clínica quirúrgica, el establecimiento del Hospicio, la educación del soldado dedicado al aprendizaje de oficios mecánicos, la fundación del Protectorado, el establecimiento de una Escuela militar, cuya instrucción científica estaba a cargo de los profesores de la Politécnica, el establecimiento del Conservatorio de Música y tantas otras obras importantes reclamarían su mención al menos para glorificar al genio que supo establecerlas y fomentarlas en el Ecuador para su gloria y progreso.

"El Ecuador, dijo García Moreno en su Mensaje al Congreso de 1875, era antes un cuerpo del cual se retiraba la vida, y que se veía devorado, como los cadáveres, por una plaga de insectos que la libertad de la putrefacción hace siempre brotar en la obscuridad del sepulcro".

Pues bien, gracias al talento, al carácter, a la sabiduría, al espíritu de justicia, rectitud y honradez de este hombre sin segundo, esas tinieblas se convirtieron en luz, volvió el espíritu de la vida a ese Ecuador agonizante, y lleno de esperanzas en los generosos esfuerzos de ese Magistrado modelo, de sus dignos colaboradores, del pueblo todo que conocía bien la serie de beneficios que se le hacían, encaminándole por los senderos del progreso, llegó a ser la admiración de las más cultas naciones europeas y el modelo de Repúblicas gobernadas por el espíritu cristiano.

Al conjuro de su genio, al resonar esa voz poderosa que era la expresión de una voluntad incontrastable en fuerza de la sed que le devoraba por ver grande y feliz a su patria, ante ese *Lazare, veni foras* de ese hombre portentoso, se obró

la completa transformación del Ecuador, sin que hubiese aumentado un centavo de la deuda pública ni hubiese podido disponer de otros caudales que los muy limitados que el Ecuador tenía por entonces, duplicados en los últimos años de su administración, gracias al sistema de honradez y economía establecido por hombre tan delicado en el manejo de la hacienda pública.

Si con veinticuatro millones de pesos que se calcula los hubo en sus dos administraciones, tantos bienes hizo a la patria, además de casi cancelar sus deudas, ¿qué no hubiera hecho ese gran hombre con los quinientos millones de sucres que han pasado por las arcas fiscales en estos últimos treinta años? A dónde hubiera llegado el Ecuador, si ese modelo de magistrados hubiera podido concluir su obra?

*
* *

Mas es hora de concluir, pues abuso demasiado de vuestra benevolencia, y quiero hacerlo con el grato y glorioso recuerdo de la obra más grande de García Moreno como Magistrado católico, la obra de la consagración de la República nuestra al Divino Corazón de Jesús, efectuada por el decreto legislativo de 1873, y de acuerdo con el Episcopado ecuatoriano que el 13 de Abril del mismo año consagró la República al deífico Corazón, en el tercer Concilio quitense.

Prueba fué esta de la gran fe y extraordinaria piedad de ese católico gobernante que, en medio de la apostasía de las naciones y del predominio de la impiedad en la mayor parte de los gobiernos del mundo, no sólo no se avergonzó de confesar a Dios sino que lo escogió por dueño y soberano del Ecuador su patria. Por esto, Dios le reconoció también por suyo ante el mundo entero, y, junto con el jefe de la Iglesia ecuatoriana, el Ilmo. Arzobispo Sr. Checa, compañero suyo en el pensamiento y en la acción cuando de obra tan excelsa se trataba, le escogió como víctima preferida y quiso que la sangre de uno y otro jefe del Ecuador sellara ese sublime pacto de amor y fe, que es y será por siempre la fuente fecunda de la grandeza real de nuestra patria consagrada al Corazón de Dios.

Mientras aliente en el corazón del pueblo ecuatoriano el amor a su religión y a su Dios, mientras corresponda fielmente a esa elección divina, no sucumbirá, no puede sucumbir ante los embates del infierno, y más tarde o más temprano habrán de cumplirse los presentimientos o previsiones de Gar-

cía Moreno cuando afirmaba que tras una ruda y larga prueba de su fe había de establecer el Ecuador definitivamente en su seno el reinado de la moral y la justicia, de la verdad y el bien.

Y este hombre que tanto amó a su patria, que tanto trabajó por su progreso y su grandeza, que amó la virtud y aborreció la iniquidad, que no transigió jamás con el error y el vicio, que amó a la Iglesia con pasión y a Dios con toda su alma, tuvo la gloria de derramar su sangre por la causa de ese Dios y de la Iglesia de Cristo.—No, no podían perdonarle la vida las logias masónicas, cuyo fin es desmoralizar los pueblos apartándoles de las enseñanzas del Evangelio de Cristo. A un hombre que desafiando el furor de los malvados, defendió los derechos de Dios y de su Iglesia y estableció como norma de gobierno las máximas católicas; a un hombre que, por el Concordato con la Santa Sede, reconoció pública y oficialmente la grandeza de la Iglesia, a un hombre que, habiendo combatido siempre contra la secta diabólica, logró desterrarla del suelo ecuatoriano; a un hombre que protestó tan valerosamente contra las sectas masónicas por la usurpación de los Estados pontificios; al hombre que supo defender a los Jesuitas contra el vicio y la impiedad y reformar la moral pública; al hombre que, por medio de los principios católicos, levantó al Ecuador a una altura jamás conquistada por los pueblos ateos del siglo pasado, no podía, no, dejar de asesinar la masonería, y por esto su puñal maldito destrozó su noble corazón.

Y cayó el gigante cristiano en aras de la fe y del amor a su Patria, y al caer arrastró en su caída el secreto de la grandeza y de la gloria ecuatorianas, sepultado con él hasta que la regeneración cristiana y un gobierno netamente católico vuelva a levantarlo al pináculo de la grandeza.

La sangre de los mártires fué en todo tiempo semilla de cristianos; la sangre de este mártir de la causa católica no puede por menos que ser un día para el Ecuador el germen de su regeneración y de una prosperidad y nueva vida que sea el fruto de sus nobles ejemplos, santas doctrinas y sublime sacrificio.

Mientras yacía por tierra el cadáver de Julio César atravesado por el puñal de Bruto, leyó uno de sus amigos al pueblo romano el testamento hecho en su favor por la víctima sangrienta, y el corazón del pueblo despertó al afecto de aquel a quien antes temía y acaso odiaba, y la más profunda emoción se apoderó del alma de ese pueblo rey hasta derramar

lágrimas por César. Para el pueblo ecuatoriano las obras de su gigante, hechas en favor de la nación, su abnegación, su valor, su espíritu de fe y su sacrificio debieran ser más que el testamento de Julio César y debieran hacer que se levanten altares para la admiración y el afecto de todo corazón ecuatoriano. Viva, pues, él perennemente en nuestro recuerdo, en nuestro afecto, en nuestra imitación, para que llegue a ser el Ecuador un pueblo digno de su gloriosa memoria.

PEDRO BERROETA

1737—1821

BIBLIOGRAFÍA.—**La Pasión de Cristo** (poema en octavas reales). Quito, 1930.

EL PARAISO (1)

Desde el tercer día del mundo (como entienden y explican aquella palabra, a *principio*, casi todos los expositores) había Dios formado un jardín, o mejor diré, usando de las mismas palabras de la Escritura, había plantado un Paraíso, sobre todo otro lugar, bellissimo y amenísimo, cuyo propio nombre era *Edén*, esto es, Placer, por la unión perfecta de toda delicia la más exquisita. Aquí toda flor, toda hierba, toda planta era bella a la vista, y todo fruto, al comerlo, suave y delicioso: y en el medio del Paraíso había colocado los dos memorables árboles, de una parte el de la vida, y de la otra el de la ciencia del Bien y del Mal. De todas las otras criaturas, que ya eran innumerables, se mostró Dios pródigo Criador: sólo del hombre, que no había criado todavía, se manifestó no sólo pródigo sino también piadoso y magnífico: preparándole la habitación rica y redundante de toda exquisita delicia, como dice San Basilio, tom. 1. Homil, seu orat. de Parad.—“Allí no molestaba fuerza impetuosa de vientos, no turbación de tempestades, no el horror del invierno, no ardiente calor del estío, no sequedad nociva del otoño, sino una pacífica proporción y templada consonancia de todos los tiempos: de tal modo, que cuanto hay de grato y jocundo en cada estación del

(1) Este artículo y el siguiente son tomados de las notas de *La Pasión de Cristo*; notas que, por supuesto, no llevan estos títulos.

año, allí estaba todo junto y perpetuo, esto es, la amenidad de la primavera, la fecundidad del estío, la alegría del otoño, el ocio y la quietud del invierno: aquella feliz tierra era blanda, suave al tacto y pingüe, fértil por sí misma de todo bien, y de todo placer fecunda, que por los cuatro ríos que la fertilizaban corrían verdaderamente miel y leche."

Tal era, y mucho mejor de lo que podemos decir, la estancia que Dios se tomó el cuidado de fabricar y adornar por sí mismo para el hombre, que ya estaba para criar. Pero aquí luego ocurre una sutilísima cuestión. ¿Por qué, hizo Dios un albergue tan hermoso y de hacerlo se tomó tan solícito y amoroso cuidado, aunque de cierto previese seguramente, y supiese que muy presto Adán lo habría desmerecido, y que siendo arrojado a un duro y perpetuo destierro, ni él, ni sus hijos, volverían jamás al bello albergue? Parece que Dios hiciese como hacen aquellos que habiendo consumado y botado grandísima cantidad de oro en fabricar grandes palacios o grandes villas, dejan después todo deshabitado, volviendo de ese modo todo lo hecho (a la nada).

Teodoreto q. 24, in Gen., Beda in Hexaem, Hugo de S. Víctor, Rabano, Strabo, en sus comentarios sobre el Génesis, y el angélico Santo Tomás en dos lugares (el primero p. 1.^a q. 102, art. 2; el segundo 2.^a quaest. 164, art. 2) dan algunas buenas razones dignísimas de referirse.—La primera es, que Dios no trata, no, al hombre según su presciencia de lo futuro y porvenir, esto es, de lo que el mismo hombre ha de hacer, sino según exige su presente estado. Por eso, aunque supiese Dios, que Adán habría pecado, no obstante porque al estado de la original inocencia en que quería criarlo, le convenía una bellísima y amenísima habitación, convino fabricarle en todo caso un paraíso terrestre, a la condición y dignidad de su estado correspondiente.—La segunda, porque aun cuando este sensible paraíso no hubiese de serle al hombre de mucho uso cuanto a la habitación, no obstante, le habría de ser de grandísima utilidad para entender de cuáles y cuántos bienes lo hubiese despojado su desobediencia, y de allí para sentir un dolor tanto más vivo del cometido delito, cuanto más amarga y presente debía tener la memoria de su perdida felicidad.—La tercera, porque quiso Dios formarle al hombre sobre esta tierra una sensible idea de aquella celestial morada, que en premio de su fe y obediencia le había preparado y destinado por los años eternos. Idea de grande conforto a la penitencia y las lágrimas de nuestros primeros padres, que en el acerbo dolor de un paraíso terrestre que habían perdido, po-

dían reconocer y argumentar fácilmente la mejor felicidad de un paraíso celeste, que todavía por infinita y verdaderamente paterna bondad de Dios les quedaba que esperar.

Aquí suele también agitarse la cuestión sobre cuál fuese el verdadero sitio del terrestre Paraíso. Cuestión muy controvertida entre los escritores, y difícilísima de resolverse, por la misma multiplicidad de opiniones que la ofuscan. No han faltado [por atestación del P. Benito Fernández in Genes., tom. 1, c. 2; sect. 4, pág. 135] quienes digan, que la narración que hace Moisés del Paraíso, de la tentadora serpiente, de su coloquio con Eva, del vedado y comido fruto, etc. todo es una metáfora, una alegoría y un símbolo: y que el paraíso no era algún peculiar huerto corpóreo y terrestre. Philón Judío, en su libro de mundo opificio, y en el libro de allegor, legis mosaicae, tué de este sentimiento: a quien siguió Orígenes, pervirtiendo toda la historia del Paraíso, que lo pone no en tierra sino en aquel tercer cielo, a donde en cuerpo o en espíritu subió San Pablo. Adhirió también a la opinión de Philón y de Orígenes San Ambrosio, diciendo, en la Epístola 42 a Sabino, que es más verosímil que el Paraíso no fuera lugar terrestre, "sed quippiam spirituale et intelligibile quod ad mentem et spiritum Adami obcaecandum, et quodammodo in hac vita bean-dum, pertinebat".—Léase el P. Pererio in Genes. lib. 3, disput. 1, donde, rebatidas estas opiniones, impugna también la sentencia del Tostado, que pone al Paraíso en la suprema región del aire, veinte codos a lo menos más alto que los más altos montes de todo el mundo. De este modo algunos escritores, por salirse de todo embarazo, pusieron fuera de nuestro mundo terrestre el paraíso: quien por el aire, quien por el cielo de la luna, y más distante todavía. Otros, sin salir de los confines de la tierra, casi por todos los ángulos de ella, se imaginaron haber hallado los caracteres del paraíso descrito de Moisés: unos en el Asia, otros en el África, quien en la Europa, y quien lo sostiene constituido en la América. Algunos en la Tartaria; otros en las riberas del Danubio y del Ganges; en la Caldea, en la Arabia; en la isla de Ceilán, en Persia, en Armenia, en la Palestina y en la Siria; hacia a las montañas del Líbano y en los contornos de las montañas que se dicen de la luna; en Etiopia, en Mesopotamia, y en las vecindades de Damasco. Yo, ateniéndome a esta última opinión, he dicho en mi octava, que Dios formó el Paraíso, hacia el campo Damasceno: porque me parece más conforme al texto de la Escritura que dice, hablando de Adán después de su transgresión: "Et emisit eum Dominus Deus de paradiso voluptatis, ut operaretur te-

rram de qua sumsus est".—Esta tierra de que formó a Adán, y de donde lo sacó estaba ciertamente vecina al Paraíso; es así que dicha tierra se dice comunmente haber sido el Campo Damasceno; luego, hacia a dicho campo estaba el Paraíso.

EL ANTICRISTO

Las noticias que hasta ahora tenemos del Anticristo (dice un escritor moderno) son las que se hallan esparcidas acá y allá en los Expositores de la Escritura, conforme van ocurriendo aquellos lugares que parece hablan de esto. Algunos sabios han escrito de propósito sobre el asunto, entre ellos Tomás Malvenda, Leonardo Lesio y Agustín Calmet. El primero escribió un grueso volumen, el segundo un difuso tratado, el tercero una breve y erudita disertación. En estos tres doctores se halla recogido cuanto se ha pensado sobre el Anticristo, ni parece que queda alguna otra noticia que añadir. Con todo eso nos atrevemos a decir que de todo ello resulta un conjunto de ideas tan extrañas, tan confusas, que parece imposible sentar el pie en cosa determinada. Representase universalmente este Anticristo como un Rey o Monarca potentísimo, y al mismo tiempo como un insigne seductor; el cual ya con las armas en la mano, ya con prodigios fingidos o aparentes, ha de sujetar a su dominación a todos los pueblos y naciones del orbe, exigiendo de ellos, entre otros tributos, el de adoración de latría como a Dios. Se dice comunmente que debe traer su origen de los Judíos y de la tribu de Dan. Muchos doctores, citados por Malvenda y Calmet, son de parecer, que no ha de tener padre, sino madre solamente, y ésta la más impura, la más inicua de todas las mujeres; así como Cristo en cuanto hombre no tuvo más que madre, y ésta la más pura y la más santa de todas las criaturas. Y así como la madre de Cristo lo concibió por obra del Espíritu Santo, así la madre del Anticristo lo concebirá por obra del mismo Satanás, lo cual dicen y defienden que es muy posible. Algunos añaden que Satanás se unirá con él de tal modo, que el Anticristo no será un puro hombre sino un hombre-diablo. Aunque esta sentencia es contraria a toda sana teología, por consiguiente recusada de los doctores católicos. Otros conceden que será un puro hombre con padre y madre, mas concebi-

do en pecado y por pecado, esto es, o por adulterio, o por incesto, o por sacrilegio, a lo cual dicen que alude San Pablo cuando lo llama *homo peccati*.

Aunque será dotado de su libre albedrío, como todos los hombres; mas según unos no tendrá otro ángel de guarda, sino el mismo Satanás, el cual, por permisión divina, lo acompañará toda su vida, sin apartarse de él un momento. De este sapientísimo maestro y fiel compañero aprenderá el Anticristo toda suerte de prestigios y magias, con que hará prodigios en el mundo.

El lugar de su nacimiento, dicen que será Babilonia: aquí el Anticristo ya de edad varonil se fingirá el Mesías y comenzará a hacer tantas y tan estupendas maravillas, que, esparcida luego la fama, volarán los Judíos de todas las partes del mundo y de todas las tribus a unirse con él y ofrecerle sus servicios. Viéndose reconocido por el Mesías y adorado por todas las Tribus de Israel, dejando a Babilonia su patria, partirá con este ejército formidable a la conquista de la Palestina. Esta se le rendirá al punto con poca o ninguna resistencia. Mas doce tribus se volverán a establecer en la tierra de sus padres, y en breve tiempo edificarán para su Mesías la ciudad de Jerusalén, que debe ser la capital o la Corte de su Imperio universal. Desde Jerusalén conquistará el Anticristo con gran facilidad todo lo restante de la tierra. Para la conquista del mundo, no sólo será ayudado de sus fieles hebreos y otras naciones orientales, sino también de todos los diablos del infierno, que, llamados de su príncipe Satanás, vendrán al punto, dejando toda otra ocupación. Entre otros servicios que harán los diablos al Anticristo, el más importante de todos será descubrir cuantas riquezas escondidas en la tierra y en el mar y ponerlas todas en sus manos. Con este subsidio ¿qué dificultad habrá que no se venza?

A esto se reducen casi todas las noticias que tenemos de este gran personaje. Algunas otras quedan, fuera de éstas, que no son tan interesantes, como v. g. su nombre, su carácter, su fisonomía, sus milagros en particular, y el tiempo preciso en que ha de aparecer en el mundo, que muchos se atrevieron a señalar. Pero el tiempo ha falsificado ya casi todos estos pronósticos: entre los cuales queda todavía por falsificarse el de D. Juan Pico Mirandulano, que promete al Anticristo para el año de 1994. En todas estas noticias y otras que omito por la brevedad y se pueden ver en Malvenda y Calmet, yo no hallo otra cosa más verdadera, ni más bien fundada, que lo que dice y confiesa el mismo Calmet hacia el fin de su di-

sertación: "De quo perditissimo viro certa vix pauca: incerta et problematica fere innumera vidimus: quare ejus adventus statutum tempus, regio, origo, parentes, infantia, nomen, imperii spatium, mortis genus et cetera, dubia omnia."

El escritor moderno en su admirable obra intitulada "Venida del Mesías en gloria y majestad" establece sobre el Anticristo un nuevo sistema, no como una aserción, sino como una mera consulta, sujetando de buena fe todo su sistema, no solamente al juicio de la Iglesia, sino también al juicio particular de los sabios que quisieren examinarlo y también impugnarlo; sólo les pide a éstos que su examen o impugnación no venga finalmente a reducirse a la autoridad puramente intrínseca; pues en este caso protesta la violencia, por la injusticia de no examinar a fondo las razones en que se funda.

Establece, pues, en dicho sistema, que el Anticristo o el Contracristo, de que estamos amenazados, no puede ser un hombre o persona individual y singular, sino un cuerpo moral compuesto de innumerables individuos, diversos y distantes entre sí, pero todos unidos moralmente y animados de un mismo espíritu, "adversum Dominum et adversus Christum ejus", Psal. 2, v. 2. Este cuerpo moral, después que haya crecido, cuanto deba crecer por la agregación de innumerables individuos; después que se vea fuerte, robusto y provisto con abundancia de todas las armas necesarias; después que se vea en estado de no temer las potencias de la tierra por ser ya éstas sus partes principales; este cuerpo en este estado será el verdadero y único Anticristo que nos anuncian las Escrituras. Peleará este cuerpo anticristiano, con el mayor furor, y con toda suerte de armas, contra el Cuerpo Místico de Cristo, que en aquellos tiempos se hallará sumamente debilitado; hará en él los mayores y más lamentables estragos; y si no acaba de destruirlo enteramente, no será por falta de voluntad, no por falta de empeño, sino por falta de tiempo; pues según la promesa del Señor, "breviabuntur dies illi...et nisi breviati fuissent dies illi, non fieret salva omnis caro."

Establecido así su sistema, pasa a buscar en toda la Biblia Sagrada desde el Génesis hasta la Apocalipsis esta palabra expresa y formal *Antichristus*, y dice que no la halla sino dos o tres veces en la Epístola 1ª y 2ª del Apóstol San Juan, y aquí mismo encuentra su definición. Si preguntamos (dice él) al Amado Discípulo qué cosa es Anticristo, nos responde con estas palabras: "*omnis spiritus qui solvit Jesum, ex Deo non est, et hic est. Antichristus, de quo audis, tis quoniam venit, et nunc jam in mundo est*". Joan. Ep. I, c. 4, 5.

Adviértanse bien las últimas palabras del Apóstol: "et nunc jam in mundo est": porque aún en tiempo de San Juan ya comenzaba a verse en el mundo el carácter inquieto, duro y terrible del espíritu *qui solvit Jesum*: ya muchos apostataban de la fe, renunciaban a Jesús y eran después sus mayores enemigos, a los cuales el mismo Apóstol les da el nombre de Anticristos, "et nunc Antichristi multi facti sunt": y para que ninguno piense que habla de los Judíos o de los Etnicos, que en aquel tiempo perseguían a Cristo y a su cuerpo místico, añade luego, que estos Anticristos habían salido de entre los cristianos: "ex nobis prodierunt". Lo mismo en substancia dice San Pablo, hablando de la apostasía de los últimos tiempos; esto es, que en su tiempo ya comenzaba a obrarse este misterio de la iniquidad: "mysterium iniquitatis jam enim operatur".

De esta definición del Anticristo, que es lo más claro y expreso, que sobre este punto se halla en las Escrituras, parece que podemos sacar legítimamente esta consecuencia: que el Anticristo, de quien hemos oído que ha de venir, no puede ser un hombre o persona individual o singular, sino un cuerpo moral que empezó a formarse en tiempo de los Apóstoles, juntamente con el Cuerpo místico de Cristo; que desde entonces empezó a existir en el mundo; "et nunc jam in mundo est: mysterium enim jam operatur iniquitatis": que ha existido hasta nuestros tiempos; que existe actualmente, y bien crecido y robusto, y que en fin se dejará ver en el mundo entero, y perfecto en todas sus partes, cuando esté concluido enteramente el misterio de la iniquidad.

JUAN INIGUEZ VINTIMILLA

1877

GUAYANAY (*)

I

—Se me ha mandado; partiré sin dilación: mi marcha será rápida y feliz como el vuelo de los pájaros; tu amor pres-tará alas para el regreso.

—¿Te irás sin jurarme el corazón por los *manitús* de mi cabaña?

—Al segundo canto de los gallos podemos vernos.

—Junto al cocotero grande te aguardaré. Vendrás por el camino de la pendiente a que no te sientan mis padres.... No quieren que te ame, diciendo que eres blanco.

Al cerrar la noche, pasaron rápidamente este diálogo, Ya-ñes, joven español y la hermosa Guayanay, hija de un cacique del lugar, en la costa de Tumbes.

II

Guayanay, junto al arroyo, bajo la sombra del cocotero grande, es la virgen de los primeros amores.

La luna que recién se alza sobre las montañas distantes, quiebra sus primeros rayos en los cabellos cubiertos de relente de la joven.

La brisa duerme entre el follaje el sueño de las altas horas, y no se oye más ruido que el chirriar acompasado de los grillos y los suspiros de la india.

Apenas han cantado por segunda vez los gallos, en el claro de un bosque de tamarindos, bañada de frente por la

luz de la luna, se destaca la figura del español, en traje de camino.

Guayanay se estremece al verlo, se le encienden los ojos, se acentúa el color de sus mejillas.

El español, aun cuando seguro del amor de la india, conocedor por experiencia, del carácter traicionero de la raza, con la mano en el pomo de la espada, examina sereno los contornos, y persuadido de estar sólo, avanza con los brazos abiertos y, estrechando contra su corazón la cabeza de la amada, trémulo, balbuce:

—A la vuelta de seis lunas estaré en tus brazos; recibirás el agua de la vida sobre tu cabeza y serás mi esposa.

—Blanco mío, las indias somos firmes como las rocas, fuertes como el *otorongo* (Tigre). Echa en este arroyo el mensaje del Curaca blanco y tomemos la montaña; si los pies te faltan te llevaré en mis hombros, y antes de dos soles estaremos al otro lado, en medio de una tribu amiga, donde podemos vivir en libertad de amor.

—No puedo, Guayanay, he jurado por mis *Pacarinas* no faltar al mandato de mis jefes, y tengo que cumplir mi juramento.

—Entonces llévame contigo, o júrame también por tus *Pacarinas* tu amor.

—Te lo juro, dijo el español, doblando una rodilla sobre el césped.

—También yo te juro por los míos, murmuró la india, cayendo junto a él, ahogada en lágrimas.

—¡Adiós, amada Guayanay!

—Aún el día tarda; no te vayas!

—Cuando la estrella del rocío aparezca, habré ya perdido de vista las costas de tu tierra. ¡Adiós!

—¡Adiós!

La sombra espesa que sobre ellos proyectaba el cocotero cubrió su último abrazo.

III

Han pasado las seis lunas.

La india que, desde que se anunció la sexta luna, ha estado atenta al mar, luego que distingue el blanco velamen de una embarcación, acude a la orilla, al mismo tiempo que un relámpago alumbraba, instantáneamente, la actitud taciturna del espacio.

Estalla la tempestad. El huracán azota, rebramando, la faz

(*) Golondrina.

amenazante del océano; la espuma se amontona; la nave, como gaviota que pliega las alas para sumergirse, recoge el velamen....

Está cerca, tan cerca que los espectadores distinguen desde la orilla el rostro de los tripulantes: un esfuerzo más.... Es tarde: cogido entre dos tumbos acaba de hundirse el esquiife, en cuya dirección, cubierta de espuma, apareciendo y desapareciendo entre las olas, como ave marina que hace su pesca en la borrasca, nada Guayanay.

Asido a un mástil que, juguete de las aguas, va de tumbo en tumbo, coronado de espuma, desnudo y hermoso como el rey de las ondas, aparece bregando el español.

Un cordón de gente de ambas razas ciñe la costa, y se agita como serpiente herida, sin poderles socorrer a los amantes, que luchan por unirse. ¿Se unirán?

Olas contrarias acaban de arrojar al uno en brazos del otro, y ambos, sosteniéndose mutuamente, trabajan por ganar la costa, en la que, como para ayudarse, clavan con desesperación los ojos.

La tempestad arrecia, les abandonan las fuerzas, perdida la esperanza sueltan el mástil que les sostenía, se abrazan, y.... como dos gnomos que bajan a celebrar las nupcias en sus grutas de coral, desaparecen entre las ondas.

NICANOR MERCHAN

1879?

PANAMÁ LA VIEJA

¿Habréis contemplado alguna vez el nido abandonado a la intemperie, en el árbol invernal que va doblegándose al peso de los años? ¿No habréis visto cómo, en los derruidos muros de mansiones en que ya no viven sus dueños, la ortiga echa sus raíces, se levanta solitaria la yedra, y reinan allí el silencio y la soledad? Si el nido abandonado lleva en sí algo que entristece; si la mansión en donde ya no residen sus dueños nos conmueve profundamente por la desolación que en ella reina, ¿qué diremos, no de un nido, no de una mansión solamente, de todo un pueblo, de una metrópoli que fué orgullo de una época, de toda una civilización que, en ruinas y escombros, guarda las proezas y sentimientos de una raza de héroes que cabe esas ruinas y escombros, duermen el sueño eterno y no tienen losa ni cruz?

Panamá la Vieja.... Sus ruinas evocan las proezas de los primeros conquistadores: de Colón, descubriendo América; de Rodrigo de Bastidas, el fundador de Santa Marta, tumba que fué de Bolívar, y el primer emperador que visitó el Istmo, de Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del Mar del Sur, al cual Hernando de Magallanes llamóle *Mar Pacífico*; de Francisco Pizarro, el conquistador del Perú y que inició su carrera inmortal allí en la bahía, cuyas aguas besan hoy silenciosamente la Metrópoli abandonada, que fué un día mansión de gloria y esplendor.

Panamá la Vieja.... Sus escombros nos hablan de tiempos pretéritos: de aquellos tiempos en que ella era la ciudad capitana de las costas del Pacífico por donde pasaban el oro, las perlas y las esmeraldas, que las colonias españolas enviaban como tributo a la madre patria; de aquellos tiempos, no de

cobardía ni envilecimiento, en que los aborígenes peleaban, a pecho descubierto, por la patria y el hogar, y los negros llegaron a coronar a Bayano, como rey de los esclavos, y quien como Rey hizo temblar a sus adversarios; de aquellos tiempos, en fin, en que filibusteros y corsarios se disputaban palmo a palmo la posesión del Istmo, anhelantes de gloria, poder y riquezas.

Tiempos idos... Ya no se oye en las torres de la ciudad muerta, el clarín que llamaba al combate; ya no se escucha en el interior de la Catedral abandonada el himno majestuoso de las grandes fiestas; de los muros derruidos, que circundaban capillas y conventos, no brota ya la plegaria al Señor; sobre la plaza que fué teatro de hazañas y portentos, crece ahora la planta silvestre; y por entre sus calles, antes repletas de bellas damas y militares fornidos... hoy, ¡oh fábula del tiempo!, moran las palmeras y los mosquitos de la malaria....

He aquí lo que es ahora Panamá la vieja; un montón de ruinas y un laberinto de escombros; ruinas dignas de ser admiradas según la leyenda grabada en placas de bronce y colocadas en uno de los muros, que parece venirse al suelo, de la que fué Catedral,.... porque señalan en el silencio de la muerte, glorias y riquezas humanas que pasaron para siempre.... leyenda funeraria, en español y en inglés; lo primero que impresiona a quien visita la ciudad derruida y abandonada hace siglos, desde 1671.

Panamá la Vieja no tuvo mucho tiempo de vida: prematuramente descendió; y descendió para siempre, cuando su poderío y riquezas hallábanse en el cenit y en los dominios de España aún no se ponía el sol.

Fundada a orillas del Pacífico, el 15 de Agosto de 1519, por Pedro Arias Dávila, en el mismo sitio que desde siglos remotos dejaba ver el antiguo caserío de indios llamado en lengua aborígen *Panamá*, esto es, *Pesquería*, o *Sitio abundante en Peces*;—la nueva población, que venía a unir las costas del Pacífico con el Atlántico, se atrajo, desde los primeros años de constituida, la codicia y ambición de piratas y filibusteros que la redujeron a ruinas y escombros, después del pavoroso incendio del 28 de Enero de 1671, día inolvidable de duelo para Panamá, en el cual las huestes victoriosas del filibustero Morgan, combatiendo por más de un mes y cuerpo a cuerpo con los habitantes de la Metrópoli, la tomaron al fin, la arrasaron, la saquearon y la devastaron a tal extremo que las cenizas de la ciudad incendiada por un puñado de patriotas y las de los mil y más héroes de aquella trágica

jornada quedaron confundidas y esparcidas por el viento en el abismo ilimitado del Pacífico, cuyas olas, al estrellarse ahora contra la orilla, parecen gemir lúgubrementemente al rededor de las ignotas tumbas de esos héroes sin nombre y cabe los muros derruidos de la ciudad, muerta desde aquel día fatal. Panamá había existido tan sólo 151 años, 5 meses y 13 días, hasta el 28 de Enero de 1671, y desde esa fecha quedaron únicamente sus ruinas....que se llaman *Panamá la Vieja*.....

Panamá la Vieja... las ruinas de aquella fastuosa metrópoli que en sus días de lozanía y esplendor acostumbraba recibir, pomposamente, al son de aires marciales, a los Virreyes, Adelantados y Jefes de las colonias españolas, en las dilatadas costas del Pacífico....de aquella sultana de los mares que solía guardar en sus arcas el oro y pedrería que atesoraron por los siglos los Incas del Perú en su vasto imperio de la América Meridional y que en innumerables bajeles y navíos fueron enviados a España....de aquella ciudad episcopal que albergaba en su interior un Cabildo Eclesiástico, llamado a dirimir las grandes cuestiones políticas y sociales, y conventos de Religiosos y de Religiosas que diariamente enviaban sus preces al Señor....de aquella población amante de la cultura del progreso y de las artes, cuyos descendientes, no obstante los siglos que tienen esas ruinas, todavía no dejan de rendir pleitesía a estos nobles ideales que prácticamente contempla realizados el viajero en *Panamá City*; a una hora de distancia de Panamá la Vieja, y en donde, los cuadros al óleo, los altares antiguos, la música de los suburbios, con el nombre de *Mejoranas y Tamboritos*, de aire melancólico y de melodía netamente criolla, recuerdan los gloriosos tiempos idos de Panamá....cuyas ruinas, se llaman ahora Panamá la Vieja....

Aún estas ruinas son tan sólo muros derruidos, hacinaamientos de piedras labradas las más, cuya superficie ha ennegrecido el tiempo y por cuyas junturas las parásitas han echado sus raíces, al lado de frondosas vegetaciones, árboles corpulentos algunos de éstos, que abrazan con amor a las parásitas y protegen con su tupido follaje la solidez de esos muros, librándoles de la acción destructora de la lluvia y de los rayos ardientes de un sol abrasador y tropical.

Muy poco quedan de estas ruinas, sobre las cuales fija la atención el forastero. El puente de piedra y de un solo arco, llamado por los ingleses *Puente de Morgan*, por alusión al paso por él del famoso filibustero que redujo Panamá a escombros, y que antes de este luctuoso suceso se llamó *Puente del Rey*. El Convento de Santo Domingo, cuya Iglesia tenía tres

naves y cuya pared oriental se halla compacta todavía. *La Catedral*, que debía de ser un hermoso edificio por la torre de cuatro pisos que se ve aún situada en la plaza mayor que fué de la ciudad, y que en la época de su gloria poseía cuadros maestros, magníficos útiles y ornamentos primorosos. *La Carcel*, cerca de la Catedral, en donde tenían sus oficinas los regidores y que ahora es únicamente un muro desplomado y próximo a caerse. *El Covento de la Concepción*, vastas ruinas que recuerdan las ciento y más personas entre novicias y sirvientes, existentes allí días antes de que el fuego y el pillaje lo redujera a escombros. *La Contaduría*, depósito que fué de las ingentes riquezas que las colonias de América enviaron a España durante los dos primeros siglos que siguieron a la conquista, reducido ahora a derruido muro que impresiona por su soledad. La Iglesia de *San José*, el más suntuoso de los templos del Istmo en aquella época, según lo atestiguan las magníficas ruinas existentes hasta hoy, conjuntamente con el bien labrado *Altar de oro*, que a la hora presente se lo conserva todavía con su primitivo esplendor en la nueva Iglesia del mismo nombre situada en uno de los barrios más centrales de Panamá City. *El Pollorin*, sólida construcción colonial, ahora pequeño muro únicamente. El Convento de *La Merced*, paredes desplomadas tan sólo de la histórica Iglesia en la cual Pizarro y sus compañeros recibieron la sagrada comunión poco antes de partir a la conquista del famoso Imperio de los Incas.... Son estas ruinas Panamá la Vieja.

Además de las enunciadas, quedan todavía otras de menor importancia, que la paciente investigación de un hombre de letras y amante de las glorias patrias, el meritísimo panameño don José de la Cruz Herrera, las ha coleccionado con esmero en su descripción *Panamá la Vieja*, detallado estudio, en español e inglés, de tan célebres ruinas, que hoy en el día atraen a turistas de ambos mundos, de modo particular a los millonarios de los Estados Unidos que, a su paso por el Istmo, vienen a contemplarlas con tristeza y recogimiento, como que esas ruinas les recuerda un pasado glorioso de América y como que aquellas llevan el doloroso y sugestivo nombre de *Panamá la Vieja*...

En cuanto a mí, que escribo estas notas de viaje en un Café recién construido en la ya muerta ciudad; en cuanto a mí, lo declaro ingenuamente, me ha impresionado al contemplar ruinas semejantes, que han llegado, más que al cerebro, a mi corazón. Miserio de mí! Un nido abandonado, una mansión desierta y sin dueños me han enternecido siempre:

¿qué diré de las ruinas que hablan de una metrópoli antigua y de renombre?

Infortunio de este mísero *amateur* de las letras....; Delante de estas memorables ruinas he recordado de los míos....; que ya se fueron!....y mis ojos húmedos se han dirigido a más allá de estas ruinas; al través de los mares, a mi hogar desierto y abandonado....en escombros siempre....!

¡Señor!... ¿Hasta cuándo?....

ALFONSO MARIA MORA

1881

Nació en Cuenca; hizo sus estudios en centros docentes de esta ciudad. Es doctor en Leyes. En su juventud fué socio de una sociedad literaria. Desde hace muchos años es Profesor en la Universidad de esta ciudad. Hombre de claro y robusto talento, ha cultivado con muy buen éxito algunas de las ciencias de derecho. Tiene en ellas conocimientos vastos y profundos. A su saber une la buena preparación literaria que da a su estilo, orden, claridad y belleza. Como Profesor es uno de los más distinguidos por su talento y su saber.

Bibliografía

LAS OBRAS.—Derecho de Propiedad y Socialismo. **Terrenos de Reversión. 1928. El Derecho de Filiación ante el Código Civil. Cuenca, 1930.**

Ha colaborado en **Revista Cuencana, Revista de la Universidad, etc.**

BOCETO HISTORICO DEL SOCIALISMO EN SUS TRANSFUSIONES COMUNISTAS

Si bien en el siglo XIX se inventó el vocablo *socialismo*, que ha tomado amplísima orientación con el marsellés Reibaud y se ha elevado al rango científico, como sistema doctrinario de reconstrucción social, como escuela de filantropía *que supone derivados de la colectividad los derechos individuales*, encontramos su estructura embrionista y origen primitivo en la más remota antigüedad, reducido a la simple expresión de comunismo.

Este fue establecido en la isla de Creta, por Minos, como institución de Derecho Público, según afirman los historiadores. Licurgo, en Lacedemonia y Esparta, distribuía las tierras en común, prohibiendo toda venta y enajenación, hace veintiocho siglos. Platón, discípulo de Sócrates, pregonó oficialmente la comunidad de bienes y mujeres o sea el hetairismo, a que en la

República se realice "la absorción del individuo por el Estado, la abolición de la familia y de la propiedad, la supresión del comercio, de la industria y de los artes", conforme a la filosofía y a las *leyes* de ese taumaturgo, que vivió 400 años antes de la Era cristiana.

Encuétrase el comunismo definido y polarizado, de esta suerte, en las ciudades griegas, en el idealismo platónico; y, en la época moderna, en el socialismo marxista, que ha despertado interés científico en las masas populares, ya como disciplina, ya en el campo de la Economía Política.

Si la una escuela nos conduce a regiones fantásticas y considera la actividad psíquica, o sea las ideas que evolucionan en el cerebro, como "principio del ser social", consagrando teórica y prácticamente el despotismo, la autocracia y la esclavitud en el Estado; la otra escuela es positivista y como tal rechaza todo principio abstracto, toda verdad metafísica, estudiando la cuestión obrera, los fenómenos sociales y el problema económico, en el colectivismo, para que éste cambie a su arbitrio las condiciones de la vida civil.

Antiguamente el teatro del comunismo espartano fué la política. La soberanía y omnipotencia del Estado, anularon completamente la libertad individual, concediendo al Gobierno acción coercitiva y facultades discrecionales para el reparto de la tierra y organización de la propiedad; y, con tales miras, hanse "condensado las ideas de la antigua Grecia sobre el comunismo, reemplazando el hogar por el Estado" y los derechos de la multitud por los individuales (1).

En algunos pueblos del Oriente predominó otro ideal, el religioso. Antes del advenimiento de Jesús, filósofos de la Palestina y rabinos de la Judea, afiliáronse a sectas comunistas, distinguiéndose entre éstas la de los *esenios* del Asia Menor, por su misticismo y austeridad de costumbres. Había quienes buscaban la sabiduría y felicidad o sea el conocimiento de la Esencia Divina, en el aislamiento del mundo, en el silencio y meditación, con el filtro de los caldeos, la liturgia egipcia y el gnosofismo asiático.

Entre las diversas especies de doctrinas, la de Cristo nada tiene que ver con el preselitismo y la política pagana ni con los Poderes Públicos, fué excepcional para su Iglesia; fruto de excelentes máximas y del apostolado que ejerció el di-

(1) Alvaro Calzado, *Doctrinas colectivistas*. Pág. 127.

vino Maestro con el ejemplo, siendo ese sistema voluntario para sus discípulos que habían renunciado patria y familia, arrojando la ira del cesarismo romano, persecuciones y tormentos, sin más móvil que el espíritu de sacrificio, la unión fraterna y caridad cristiana. Sublime misión la de las comunidades religiosas, cuyos miembros tenían que renunciar, efectivamente, como hoy renuncian al ingresar en ellas, las comodidades del siglo y toda clase de bienes materiales, mediante el voto de pobreza, a tal extremo que los primeros apóstoles no podían llevar "oro ni plata, ni cobre en sus cintos, ni impedimenta de viaje, ni dos túnicas, ni sandalia, ni báculo."

Ese renunciamiento de bienes que acrecentaban los de la comunidad, era como hoy es del todo espontáneo y voluntario, en todos los conventos y órdenes monásticas, cuya regla severísima no es ni puede ser la del género humano, menos ha de aplicarse al Estado, como quieren los sansimonianos y el socialismo moderno, que desean ver convertidas las oficinas fiscales en abadías, en prioratos del comunismo, para llenar necesidades no satisfechas y fines económicos, como si pudiera conseguirse jamás el desprendimiento y perfección religiosa en la vida civil, el ayuno y la pobreza franciscana, ya que no el cilicio y la abstinencia para la chusma socialista, en el limbo misterioso de sus doctrinas revolucionarias y tendenciosas.

Entre los consejos del Evangelio y las máximas del socialismo hay la diferencia del cielo a la tierra. "Cuando se pasa del un campo al otro, se percibe la misma sensación que cuando se cambia de atmósfera. Se respira en el Evangelio un aire muy distinto del que se respira en los escritos de los socialistas, aun de los más moderados y más humanitarios. Se desprende del Evangelio un perfume de caridad, de tolerancia, de piedad, que no se encuentra en el mismo grado en ninguna otra parte." (1)

Son progenitores del socialismo, los terrapeutas, anabaptistas, albigenses, wickleffistas, begardos, maniqueos, los hermanos Moravos, Juan Huss, el eclesiástico Salignac de Lamothe, el dominico Campanella, el benedictino Bellay, los abates Fauchet y Mably, los clérigos heterodoxos Tomás Münzer y Juan Meslier, el mazoquista Juan Jacobo Rousseau, Roberto Owen, Carlos Fourier, Van Maerlant, Gerardo Segeralli, Luis Blanch,

[1] L. Garriguet. *El Valor Social del Evangelio*. Págs. 123—129.

Morelli, Cabet, Proudhon y mil otros....

El sistema modernista ideado por Carlos Marx, es indudablemente el más sugestivo y el que mejor ha abierto brecha a las teorías básicas de la Economía Política. El inició la nueva era del movimiento obrero, con la socialización del trabajo y de las industrias, para abolir toda diferencia de clases, al transformar la propiedad capitalista, en propiedad socialista, echando en tierra la ley de la oferta y la demanda.

Según el marxismo la moneda no es medida del valor de las mercancías, sino el trabajo empleado en producirlas. "Estudiada la relación de cambio de dos mercancías: 75 kilogramos de trigo, por ejemplo, equivalen a 100 gramos de hierro. ¿Qué se desprende de esta igualdad?"—Que hay algo *común* en estos objetos diferentes, dice Marx (1). Bien, es verdad que ambos son producto del trabajo, pero no son la sustancia del valor, como él afirma, ni tampoco es cierto que *sean las que fueren las variaciones de su productividad*, el mismo trabajo en igual tiempo sea capaz de crear el mismo valor, ni que la medida de éste sea la cantidad de duración de aquél. La fórmula del valor en uso y del valor en cambio, es muy relativa, depende aun del destino que se da a los objetos, según que se empleen en el uso y consumo del productor, o en la enajenación y transferencia de los mismos.

Para que el operario extraiga todo el fruto de su trabajo, como quiere Marx, sería menester que fuesen *res nullius* todas las cosas laborables y que socializándose todas las herramientas y maquinarias estén a disposición gratuita del primer ocupante, sólo entonces no habría *plus valía* excedente respecto a las mercancías, aceptando la hipótesis de que los medios y capacidad de producción sean del todo iguales.

No es verdad que únicamente las fuerzas físicas o sea el trabajo sinteticen todo el valor de producción. Antes bien, conforme a los principios elementales de Economía Política, el reparto debería hacerse entre los que concurren directamente a la producción: propietarios, capitalistas y trabajadores. Porque la creación y aumento de valores viene a ser obra colectiva en este caso de aportaciones diversas, correspondiendo, en estricta justicia, la *renta* de la tierra al dueño, la *utilidad* al capitalista y el *salario* al jornalero.

[1] Carlos Marx. *El Capital*, pág. 6—43. *Crítica de la Economía Política*. Págs. 15—75.

En un campo de agricultura, por ejemplo, el valor de las mieses no se fija por la cantidad de trabajo únicamente, puesto que hay que deducir el precio de la semilla y el valor del cultivo hasta que germine en el surco, y brote la planta, y se cubra de flores y de frutos; y como también se ocasionan gastos en la recolección y venta de tales mieses, es preciso observar que existe en el un platillo de la balanza, un capital consumido, uno constante y otro variable, herramientas que se desgastan, materias auxiliares & y, en el otro, el dinero que se paga y a veces se anticipa al que arrienda sus servicios, fuera de las contribuciones que gravan exclusivamente al productor capitalista o sea al propietario.

Si tendemos la vista hacia atrás para el examen riguroso de los grupos que forman el conglomerado socialista, encontraremos heteronomía en vez de homogeneidad en sus doctrinas, desde que absolutamente no responden en sus diversos fines y organización a un sistema científico de principios económicos que pudiesen ser universalmente aceptados; basta saber que en su sentido real y verdadero, hasta hoy no ha sido definido el socialismo, ni llegarán jamás sus diversas escuelas a conclusiones uniformes.

En Francia se dió a luz este vocablo en 1.832, en una revista sansimoniana, según Weill, citado por Tugan Baranowsky, Profesor de la Universidad de Petrogrado, que tampoco ha podido definirlo técnicamente en su obra *El Socialismo Moderno*, calificando a los creadores de esta doctrina positiva de "grandes utopistas".

Nada más erróneo, dice este notable escritor, que la opinión generalmente esparcida de que la teoría del socialismo esté enteramente contenida en los trabajos de Marx y de su escuela. "Las obras geniales del autor de *El Capital*, cuya importancia no quiero rebajar en lo más mínimo, no contienen la teoría del socialismo. En lo que respecta a la teoría del Estado futuro, Marx, por decirlo así, no se ocupó de ella" (1).

La peor forma de monopolio es la del centralismo privilegiado en que se basa el plan financiero del Estado futuro, que atribuye al Gobierno derecho amplísimo y absoluto para la nacionalización de todos los bienes presentes y futuros, entre los que se comprenden todos los medios de producción.

Así se transformarían la noción y el ideal de la justicia:

(1) M. Tugan Baranowsky, *El Socialismo Moderno*. Págs. 14 y 15.

eso sería confiscación injustificable y violento latrocinio, como hemos visto en otro lugar. La querella de despojo acaso fuera menos clamorosa, por la oferta de indemnizaciones al damnificado que jamás recibiría el legítimo precio de sus propiedades socializadas; y, de convertirse el Fisco en deudor, después de poco, irremediablemente se produciría la crisis de la hacienda pública, sin que la guerra social pueda restablecer el régimen económico y la antigua esfera del derecho civil, ni volver a ser lo que fué la libertad violada. En este caso de desnivelación, fuera mayor el desequilibrio y tanto más inevitable cuanto que, según la teoría de Rodbertus, la sociedad expropiadora, o sea la autoridad a su nombre, tendría que pagar a los propietarios actuales una indemnización anual equivalente a la utilidad de los bienes que perdieron.

No puede ser éste el fin ni el objeto del socialismo: sería ésa una compraventa forzada, sin precio de contado y a largo plazo, centralizándose todos los bienes, la producción capitalista, el comercio y las industrias, no en individuos particulares o entidades colectivas, sino en el Fisco,—gran latifundista y gran propietario. No habría sino cambio de capitalistas y variación de escenario. En el orden económico quedaría restablecido el feudo, origen de toda servidumbre; y, en el orden político, la autocracia, el despotismo, la dictadura.

En reacción contradicente al socialismo del Estado ha nacido el sindicalismo, pura síntesis de doctrinas anarquistas, que en la lucha del capital y del trabajo, ha abierto su vivac de campaña descentralizadora en contra de los acaparamientos, grandes maquinarias y gigantescas empresas que matan las pequeñas industrias y multiplican la falange de proletarios. "El sindicalismo no establece la propiedad colectiva del Estado, sino la propiedad colectiva de los gremios y los sindicatos: la fábrica es de los obreros; la mina es de los mineros; el ferrocarril es de los ferroviarios; la industria es de los trabajadores, no del patrono; se suprime el capital, como lo suprime el socialismo; pero así como el socialismo lo sustituye al patrono por el Estado dirigiendo de una manera autoritaria la vida pública, el sindicalismo, como el anarquismo, suprime el Estado...." (1)

Si el sindicalismo no fuera así como es esencialmente anarquista, si no dirigiera como dirige todas sus armas contra el

(1) Antonio Royo Villanova, *Bolchevismo y Sindicalismo*. Págs. 13—16.

Poder Legislativo y administración pública del Estado, justificando con los hechos revolucionarios sus teorías nihilistas; si proclamara únicamente el sistema federativo de las falanges obreras, respetando su autonomía, leyes y estatutos, al amparo de un directorio central, cuyo funcionamiento es necesario en ciertos casos y circunstancias apremiadoras, para reprimir las especulaciones bursátiles, el abuso y la concupiscencia de patronos y desalmados capitalistas;—lejos de combatir seríamos defensores del sindicalismo, dentro de las normas de la razón, la libertad y la justicia.

Nada tienen de inmoral o ilícito las sociedades cooperativas, de seguros mutuos y otras de índole económica, ni mucho menos el sistema de federaciones, antes por el contrario, son la fórmula maravillosa de perfeccionamiento y progreso, son el nexo de unión que refleja la solidaridad, el mutuo auxilio y protección humanista; pues, al reconocer tales entidades la legitimidad de la propiedad privada que contribuye a vigorizar el Estado, se incrementa la riqueza pública, no se destruye la libre iniciativa, sino que más bien encuentra eficaz apoyo, por el consorcio del trabajo con el capital, que aumenta la propaganda, la potencialidad productora y el reparto de las utilidades entre los patronos, los gremios y los asalariados.

Y, en tales casos, se multiplica el crédito y se realiza el ahorro con el valor educativo de las fuerzas sociales, dentro del obrerismo, que es la palanca de Arquímedes; no se contravienen las leyes de la Naturaleza ni las del Estado, no se rechaza el principio de autoridad, no se falsean las máximas de la Moral y del Derecho, no sufre eclipse el alma colectiva en la senda del Evangelio y de la justicia que le iluminan.

No ocurre lo mismo con las doctrinas del socialismo federativo. Retrospectivamente hemos dejado marcadas dos corrientes antagónicas en la Revolución francesa: la una de puro comunismo socialista y la otra de puro individualismo. En ambas trincheras se encuentra el cartel escrito por Babeuf, *igualdad*, síntesis del filosofismo; sin él no se concibe la *libertad* de los hebertistas, menos la *fraternidad* de Saint Just.

Ninguno resolvió el problema del socialismo gremial, en la esfera económica, con más suspicacia y certeza que Francisco Noël Babeuf, jefe de este moderno sistema reconstruido en su evolución histórica sobre la base de la *igualdad* plena y absoluta. [1760—1797]. He aquí su programa: "Trabajo obligatorio para todos; determinación legal del tiempo de trabajo;

dirección de la producción por una autoridad de elección popular, reparto del trabajo necesario entre los ciudadanos y prestación alterna; derecho de todos a los frutos y reparto de ellos entre cada uno, según la medida de sus necesidades". (1)

En esa misma época de superfluencia optimista, a fines del siglo XVIII, el Conde Enrique de Saint Simón, abogó por la emancipación de la mujer y la supresión de privilegios, él ideó la fórmula para el reparto de utilidades, cual si fuese el trabajo "función pública", exigiendo que el Estado lo retribuya y reglamente; para ello quiso que las herencias y todo derecho sucesorio quedaran abolidos, a fin de que nadie tenga más de lo que le corresponde, *según su capacidad y según sus obras*. Convertida la fuerza humana en ritmo económico de la riqueza nacional y privada, con los sansimonianos nació el "socialismo científico", teórico, desde luego, que ha sustituido el trabajo social al trabajo asalariado, haciendo suyo aquel aforismo de que: "el trabajo y sólo él es la fuente y raíz de todo valor", que distingue a la escuela de Smith y Ricardo.

Entre los diversos planes de reconstrucción económica de la familia y del Estado, merece mencionarse el trazado por Enfantin, contrario a la religión católica y psicología unitaria del matrimonio, con fines de disolución y libertinaje, tal como ocurre ahora en la Rusia soviética; a tal extremo que aquel sectarista proclamó la comunidad de mujeres y la libertad de contratación, salarios y servicios, estableciendo, no sólo para la sociedad en general, sino especialmente para el obrerismo, la regla absoluta de que "sin el trabajo son injustas las ganancias de capitalistas y propietarios y deberían por consiguiente abolirse".

Carlos Fourier fué más allá, inició el industrialismo y con él quiso desmoronar todos los regímenes políticos y el viejo edificio social, organizando la propiedad de las clases capitalistas y trabajadoras dentro de la comunidad y ésta en falansterios; de tal modo que, en ambiente musulmán, cada cual gane el amor y satisfaga sus necesidades en común, sujetándose a esta misma fórmula el consumo y la producción. Al efecto, con este sistema cooperativista, del que emana gran parte de las teorías socialistas hoy en boga, relativas a la organización del trabajo y contraloría de asociaciones de producción, consumo, &, debían distribuirse los trabajadores en *falangs*,

(1) P. Victor Cathrein, *El Socialismo*, pág. 22.

sin distinción de edad, sexo ni condición, hasta 1.800 de personas; cada falange debía ocupar una milla y no más, dividida en series y éstas en pequeños grupos. El trabajo debía ser retribuido, así como el capital y el talento, proporcionalmente. Las tentativas comunistas de Fourier, así como las de Bazard y Enfantin, fueron vano entretenimiento de libre asociación y quedaron frustradas con el sansimonismo obrero que murió apenas al nacer; así como el falansterio de Arturo Young, en la abadía de Citeux, sin que ninguna utilidad hubiesen reportado entonces el proletariado ni la burguesía. (1)

Ferviente defensor del derecho de trabajo y de la asociación cooperativa de industriales, Roberto Owen, (1.771—1.858) llevó a la práctica su teoría en Escocia en la fábrica de tejidos de New Lanark, y luego, organizó varias colonias comunistas con igual objeto, en la América del Norte, siendo la principal la de New Harmony. Casi al mismo tiempo, Etienne Cabet, reunió en Texas un centro de trabajo y alojamiento comunistas, y logró establecer después en Nueva Illinois la célebre colonia Icaria Community, que desapareció como las anteriores, entre las olas dinámicas del anarquismo.

La organización del trabajo sobre bases mucho más estas y científicas y la creación de talleres nacionales se debe a Luis Blanc, presidente de la comisión de Luxemburgo, ferviente tribuno y gran economista que formó parte de la gran Constituyente en Francia, y para conjurar la crisis industrial y económica, sostuvo el deber que el Estado tiene de favorecer a los trabajadores y difundir por este medio las *asociaciones de producción*, nacionalizándolas, a que cada cual realice su función a medida de sus aptitudes y consuma según sus necesidades.

Ninguno mejor que Carlos Rodbertus cristalizó el socialismo científico, como él mismo dice: "consecuente con la evolución del principio introducido por Smith, en la ciencia económica, más arraigado por la escuela de Ricardo, de que todos los bienes económicamente deben ser considerados como producto del trabajo, puesto que no cuestan otra cosa". (2)

La teoría de los salarios de Fernando Lassalle conocida con el campanudo nombre de *Ley de bronce*, considera el trabajo como una mercancía, cuyo precio sube o baja según dis-

(1) Alvaro Calzado, *Doctrinas Colectivistas*, págs. 174—178. P. V. Cathrein. *El Socialismo*, págs. 23—24.

(2) Cathrein. *ibid.*, págs. 27—28.

minuye o se multiplica el número de obreros: éstos arriendan u ofrecen en venta su trabajo, y el comprador es el patrono capitalista. "Lo mismo que el precio de las demás mercancías, el precio del trabajo—dice Lassalle—está determinado por las relaciones de la oferta y la demanda. Pero, ¿qué es lo que determina el precio de mercado de cada mercadería, o del término medio de la relación de la oferta y la demanda de un artículo cualquiera?—Los gastos necesarios para la producción".

El proselitismo de Julio Guesde que consideraba *invariable e inflexible* la ley de los salarios, llegó con el autor citado, que abogaba para que los obreros sean dueños de las fábricas, a esta conclusión: "El salario medio no excederá del *tantum* de subsistencia preciso en un tiempo y un medio determinados, para que el obrero pueda vivir y reproducirse". (1)

"Hoy no rige esta teoría". Así lo afirma refutándola un gran economista. "No sólo la escuela liberal se apresuró a desecharla tan pronto como notó a qué consecuencias daba lugar, sino que los colectivistas mismos la han repudiado". "Es manifiestamente contraria a los hechos, en cuanto según esa teoría el salario jamás puede pasar de lo que es *materialmente* indispensable al obrero para vivir, ni descender de este límite", cuando él es elástico y progresivo, en línea ascensional, con las corrientes de la civilización.

No nos permite la índole de esta conferencia exponer aquí todos los sistemas distributivos socialistas, ni menos profundizar los que se discuten en el minuto actual por el colectivismo, cubierto con el broquel de tales programas que no son nuevos, como tampoco lo son las asociaciones cooperativas de producción inventadas por Lassalle, según acabamos de ver, en las que, eliminado el patrono, la iniciativa y utilidades serían exclusivas de los obreros o sea de los gremios y sindicatos que se organicen con tal objeto; si bien el ojo menos avizor que examine el termómetro de los salarios, descubrirá al instante que el alza y baja son de lo más variables, en escalas cuantitativas, según la calidad y naturaleza del objeto y del trabajo, el tiempo y el lugar en que éste se realiza, la duración o intensidad, a más de la competencia y del cuadro infinito de industrias y necesidades humanas.

Queda demostrado que no es menos vidriosa la socialización de los bienes o sea del derecho objetivo, atribuyéndolo

(1) Julio Guesde, *La Ley de los Salarios*, págs. 14 y 15.

le si no al colectivismo, al Estado la gerencia y administración de industrias y capitales, previa incautación del arte, con el trabajo obligatorio, a tal extremo que de él dependerían exclusivamente la producción y circulación, el reparto y consumo de las riquezas. Con este socialismo centralizador, quedarían desatendidos los problemas de economía nacional, la administración de justicia y las funciones políticas, dando preferencia y extensión ilimitada a las *funciones económicas*, violando la propiedad individual y el derecho de familia.

He aquí por qué tuvo razón Carlos Gide en afirmar, en su excelente "Curso de Economía Política", que la escuela socialista es tan antigua como la escuela clásica, hasta puede decirse que, cronológicamente, la ha precedido, pues ha habido socialistas antes de que se conociesen economistas. Y agrega, tan ilustrado autor, que las escuelas socialistas "esperan un orden de cosas nuevo en el cual la propiedad *capitalista* y su obra cara, el salariado, estén, si no del todo abolidos, cuando menos cada vez más limitados. Y según su mayor o menor exigencia en este punto esencial, pueden clasificarse de esta manera: los *comunistas*, que quieren la supresión de la propiedad privada para todos los bienes; los *colectivistas*, que piden la supresión de la propiedad sólo para los bienes que sirven a la producción; los *socialistas agrarios*, que se contentan con la supresión de la propiedad, sólo tocante a los bienes inmuebles, tierras y casas". (1)

Sometida a rigurosa vigilancia la tierra, el socialismo agrario la considera en sí misma, con independencia de la industria y del capital, como bien común inalienable e imprescriptible, como órgano de la vida colectiva, negando en consecuencia que pudiera ser objeto de apropiación individual. Creen que la tierra, para unos fecunda y para otros estéril, es la causa de las desigualdades que deplora la humanidad, para cuya nivelación debería el Gobierno, con indemnización o sin ella, apoderarse de todos los predios urbanos y rústicos. Algunos abogan por la reserva únicamente del uso y goce en favor de los antiguos dueños, eso sí limitando la posesión de éstos y fraccionándola entre los nuevos concesionarios, hasta por un período de noventa y nueve años, vencido el que debería hacerse un general reparto.

Decir que "nada es de nadie y todo es de todos", es puro tolstoísmo paradójico, es ataque brutal y negación extra-

vagante de la propiedad privada, del derecho que la informa y de la justicia que la reglamenta; es tornar al estado canibalesco, a la vida campestre y pastoril, al mir ruso y comunismo primitivo, como quiere el conde nihilista León Tolstoy, en regresión al estado de barbarie e ignorancia, buscando el ilusorio bien, la felicidad y el perfeccionamiento humanos. (1)

La idea del *bien* es personalísima. No sólo jurídica sino léxicamente esta idea es sinónima de fuerza, valor, virtud, ya que tales cualidades en sí mismas son el complemento de esta anhelada perfección. Tanto el bien moral, como los bienes materiales, "adjetivos genéricos", en la lengua de Lacio y de Grecia, hánse aplicado siempre al ser humano, como observa Lafargue: así *bonus* (en latín), fuerte, valeroso, &, significa lo mismo (en griego), *agathos*. (2)

He aquí por qué los bienes, las riquezas, no pueden hallarse sino dentro de nuestro patrimonio, obedeciendo a una ley biológica, a una ley económica, a un plan armónico de asimilación; el concepto de bien, técnicamente, se deriva de los vocablos, *bona*, *ta agatha*. Todo cuanto existe en el planeta, inclusive la tierra que se halla sometida al poder y señorío del hombre, entra en la categoría de las cosas, las que se llaman *bienes*, desde el instante en que están apropiadas y ejercemos derecho en ellas. De lo contrario no serían bienes. Fuera de la tierra, en el mar o en el aire atmosférico, nadie tiene domicilio, posesión permanente ni propiedad exclusiva, ni tampoco en esas regiones se encuentran medios a propósito para satisfacer todas las necesidades morales, intelectuales y físicas.

La propiedad *individual* no es lo mismo que la propiedad *común*, ni ésta es sinónima de *colectiva*; puesto que tanto en el contenido como en la forma que reviste cada una de ellas, hay sustancial diferencia filosófica y jurídicamente, en todas las legislaciones, inclusive en la ecuatoriana. La comunidad de una cosa universal o singular, es una especie de cuasi contrato; cada comunero puede gozar de su derecho, proporcionalmente, a prorrata de su cuota, correspondiendo la propiedad común a todos. No así cuando ella es colectiva, en tal caso los capitales pertenecen exclusivamente al fondo social, a la persona jurídica que representa a los socios, ya en

(1) León Tolstoy, *Tolstoísmo y Anarquismo*. Págs 61-64. *Nuevas Orientaciones*. Págs. 13-127.

(2) Pablo Lafargue, *Idea de la Justicia y del Bien*. Págs. 94-103.

la contratación, ya en cualquier litigio, pudiendo ser actora o demandada.

En el tránsito de las instituciones actuales a las socialistas, cada día más se restringe y cercena la propiedad para individuos y sociedades, así como su capacidad productora, cuyos bienes se esfuman y van a la bancarrota, mientras más trabas se pongan a la agricultura y al comercio, al desarrollo industrial, a la actividad libre y a los medios de producción. En el mercado de valores, el derecho de familia y la herencia quedan desplazados por el socialismo que arrebató el capital donde lo encuentra, sin respetar los establecimientos industriales ni los institutos bancarios.

En evolución regresiva el socialismo, al eliminar la propiedad, rompe todo vínculo familiar, trae como consecuencia ineludible y necesaria la abolición de la herencia, institución jurídica que interesa y afecta al Estado, al individuo y a la familia, que tienen necesidades permanentes y fines que satisfacer, en su respectiva esfera.

La escuela materialista sostiene la urgencia y necesidad de introducir reformas legislativas contra el capitalismo hereditario, o sea contra el poder dominical y libre disposición, en que se basa el acto testamentario, arbitrando métodos más o menos confiscatorios. "Nada más justo —dice el materialista Büchner— que goce hasta su muerte el individuo de los frutos de su actividad, de sus talentos personales; pero no debiera transmitirlos a sus herederos, ni aprovecharse del trabajo de sus ascendientes".

Esta teoría, que se asemeja a la de Bazard, Robespierre y Mably, implica el reconocimiento de la capacidad de las personas físicas, a quienes no obstante se les priva del derecho a transmitir sus propios bienes por causa de muerte, sin tomar en cuenta que el tiempo es elemento accidental, en tratándose de actos jurídicos realizados ya; sin que, por el hecho de existir condición suspensiva, se altere su esencia, llámese testamento, donación entre vivos u otro acto cualquiera, unilateral o sinalagmático. De aceptarse la hipótesis contraria, quedarían sin valor ni efecto todos los actos y contratos que han de llevarse a ejecución en tiempo futuro, sujetos a día cierto e indeterminado, o sea a condición suspensiva, según los arts. 1054 y 1469 del Código Civil.

"Esto aparte de lo ilógico que es permitir que un hombre disponga por actos *inter vivos* de sus bienes, y prohibírsele, cuando todo ha de sobrarle, puesto que la sucesión hereditaria *no se causa* sino mediante su muerte, siendo así que

no hace más, en uno y en otro caso, que disponer de lo suyo, lo mismo en el acto *inter vivos* de la donación condicional, que en la disposición testamentaria". (1)

No hay razón tampoco para que la universalidad de bienes, o sea la herencia, quede vacante al arbitrio del legislador, ya que la capacidad de testar y disponer del patrimonio, no depende de la voluntad ajena, por ser ese acto jurídico unilateral y personalísimo, ni menos ha de extinguirse la sucesión *mortis causa*, cuya primitiva fuente es el Derecho Natural, y que, en la Esfera del Derecho Privado, significa universalidad de relaciones ético-jurídicas y patrimoniales, que subsisten a través del sepulcro. Cohibida la libertad y en interdicción el testador para no poder disponer de sus bienes, cuántas mandas y declaraciones de estricta justicia quedarían sin cumplirse, cuántas deudas de gratitud, de honor y de conciencia, sin pagarse, fuera de que el fallecimiento de aquél traería consigo la incapacidad del heredero para subrogarse en la herencia y representarle al finado, en los derechos y obligaciones transmisibles.

Antes del cristianismo, en la antigua Roma, el hijo de familia no tenía patrimonio ni podía testar, porque era considerado como *res mancipia*, respecto del jefe que ejercía sobre él la patria potestad, con derecho de vida y muerte, así como sobre los esclavos, que tampoco eran personas sino cosas; y, por lo mismo, no podían adquirir para sí, sea por acto entre vivos o sucesión hereditaria, mientras dure ese estado de incapacidad absoluta que respondía a la *capitis diminutio*.

Desconocidos por el socialismo los fueros de la personalidad, las leyes de la naturaleza psicológica, los principios de la economía social y privada, las relaciones patrimoniales y fines específicos del hombre, ¿qué le queda a éste sin iniciativa ni conciencia de su destino, ni para qué le servirían el entendimiento y libertad, convertido en instrumento de labranza y producción, en rueda motriz y válvula de acumulación fiscal y colectiva?....¿Qué le queda al hombre con el socialismo del Estado, acaparador y centralizador, que elimina a la familia y desconoce su personalidad ético-jurídica, privándole de los medios de existencia antes y aun después de la muerte del tradente, al arrebatárle gradual y sucesivamente el derecho de herencia y todo estímulo de acrecentamiento y producción?....¿Qué le queda al hombre en la amne-

sia epiléptica del colectivismo y de la anarquía, sin ningún derecho excluyente ni exclusivo, desvanecidas sus aspiraciones y rotos todos los vínculos de propiedad personal y amor familiar, limitadas las ganancias y todo salario, sin la idea de la justicia distributiva, sin sentido moral ni religioso?....

¿No véis, señores, como en campo de superlativa miseria, cada ciudad se convertiría en mercado de explotadores, cuya codicia y hambre insaciables aumentaría el socialismo, en medio del despojo, tanto como su irresponsabilidad, su inclemencia y estoicismo? Y por más que las víctimas prorrumiesen en anatemas y maldiciones, se verían forzadas a callar y perecer, como las del circo romano en la lucha de los gladiadores o entre las mandíbulas y garras de selváticas panteras que enrojecían el sol y la arena movediza, sin curarse de la sangre que en ella hervía y del frenético aplauso de las multitudes....

Cerrado el anfiteatro y vaciados fuera de él todos los males, aparecerían entonces las orejas del lobo en el mercado sin víveres, en el campo eriazos y sin cultivo, en el atrio de los bancos clausurados y fábricas de la ciudad desierta, en medio del laberinto que producirían el expolio nihilista y las olas revolucionarias; y, allí, la multitud famélica que filosofa pero no razona, en el altar de Moloch, devorando a sus ídolos, comería con él su misma carne y estallaría en aullidos de venganza, en gritos de exterminio, como estalló en la *commune*, en Francia, junto a la guillotina, debajo del Arco de Luz, que mantiene hoy inextinguible el fuego sagrado de la libertad; allí, donde la multitud bombardeó la Bastilla y levantó el patíbulo para los abanderados de la MONTAÑA y de la GIRONDA. Allí, más cerca o más distante, a nombre de la salud pública, puede también el socialismo, al filo de sus propias armas bolchevistas, derribar la cabeza de Stalin con la misma celeridad con que los terroristas y la demagogia cortaron las de Danton, Bailly, Lavoisier, Malesherbes, Chabot, Desmoulins, Robespierre, Saint-Just, Barbaroux, Vergniaud.... ¿Cómo apagar el incendio en regueros de pólvora? ¿Cómo contener el brazo del pueblo que ejerce retaliaciones injustificables y a veces tremendas justicias, al exigir cuenta a los héroes de la tragedia, a los autores del cataclismo?.... Y, bien lo sabéis, señores, que basta una chispa para prender la hoguera, sea el sacrificio forzoso, como el de don Eloy Alfaro, Jefe del liberalismo ecuatoriano, y de sus tenientes, o voluntario, como el de Ricaurte, en el parque de San Mateo....

OCTAVIO DIAZ

1866

Nació en Cuenca, en mayo de 1866. Hizo sus estudios en el Colegio Seminario y en la Universidad de esta misma ciudad, concluidos los cuales se recibió de abogado el 21 de marzo de 1891. Ha desempeñado varios cargos públicos, tales como Ministro Juez y Fiscal de la Corte Suprema de Justicia. En 1909 fué nombrado por el General don Eloy Alfaro Ministro Secretario de Estado en el despacho de lo Interior. Desde 1911 ejerció el mismo cargo, bajo varios gobiernos, hasta el 5 de marzo del terrible año de 1912. En la Universidad de Cuenca ha sido Profesor de varias asignaturas, desde hace muchos años; actualmente es Profesor de Ciencia Constitucional y Derecho Administrativo en la misma, de la cual es Vicerrector, Decano de la Facultad de Jurisprudencia y Senador por el Azuay. Ha sido redactor y colaborador de varios periódicos políticos.

Bibliografía

OBRAS INEDITAS. **El Estado, Lecciones de Derecho Administrativo Ecuatoriano.**

Discurso pronunciado por el Señor Vicerrector, Dr. Dn. Octavio Díaz, en el acto de inaugurarse la Escuela de Pintura, el 29 de Junio de 1929.

Señoras, señores:

La vida social se compone de contrastes: al lado del cañón que retumba y esparce la muerte en lucha fratricida, suenan los épicos cantos de los poetas, anunciadores de la gloria: entre el rudo crujir de las máquinas del industrialismo contemporáneo, aparece la pensativa silueta del genio que, robando horas al rudo luchar por la existencia, traduce en el lienzo, en el verso y en el mármol, el concepto espiritual forjado en su mente creadora.

El arte complementa la existencia individual y colectiva;

pues siendo el hombre, pensamiento, sensibilidad y actividad, no puede obtener la plenitud de la vida sino satisfaciendo esa sed inextinguible de verdad, de belleza y de bien.

Mas, señores, os parecerá extraño que, en estos tiempos de rudo positivismo, os venga a hablar de los conceptos abstractos de arte y de belleza, cuando al decir de muchos estas son ideas anacrónicas, pasadas de moda, que recuerdan únicamente épocas de gloria que fueron la expresión de la cultura que alcanzaron Grecia y Roma, en la antigüedad, Italia, Francia y España, en la Edad Media.

Pero no sólo voy a hablar de esos conceptos ideológicos, sino que os voy a anunciar que la Universidad de Cuenca—representación de la cultura del país—, establece hoy una Escuela de Pintura, para que nuestra juventud, apasionada por lo noble y por lo bello, eduque su sentimiento estético, y, acomodándose al medio, sea la expresión gráfica de nuestro progreso.

Para manifestaros que el arte representa la civilización de un pueblo, véome obligado a discurrir, sintéticamente, sobre lo que es él y su utilidad.

En acepción generalísima, el Arte significa: la suma de medios encaminados a obtener un efecto; comprendiendo este concepto amplio, tanto a las artes mecánicas e industriales como a las Bellas Artes, las que se diferencian sustancialmente de las primeras en que, las mecánicas o industriales, realizan una obra útil, antes que bella; y las Bellas Artes tienen por finalidad la creación de la belleza; por manera que, el Arte, propiamente tal, es función que crea obras bellas y el artista, sér superior, que tiene el dón soberano del genio, con el cual da vida real a la belleza, asimilando la que existe en los seres de la naturaleza e iluminándolos con los resplandores de la espiritualidad.

Estos conceptos han sido sostenidos por ilustres filósofos: Kant, fué el primero que expuso, con demasiada claridad, la oposición entre la idea de lo bello con la de lo útil: refiere lo bello a la práctica desinteresada, al juego libre de nuestra imaginación, de nuestro entendimiento.—Schiller dice: "El artista, en vez de fijar su atención en las realidades materiales, busca sólo las apariencias, y esto le basta: el arte supremo es el máximo de dinámica espiritual, en donde, por decirlo así jugamos con el fondo mismo de nuestro sér".

Mas, para la comprensión del concepto Arte, se impone explicar lo que es la Belleza.

La filosofía de lo bello ha sufrido, también, las modifi-

caciones inherentes a la ley de la evolución, que se fundamenta en el medio circundante, en el desarrollo de las ciencias positivas, en las consecuencias que dimanar de las costumbres y usos tradicionales, y, finalmente, en el influjo de las creencias religiosas:—para Platón y Aristóteles, y la escuela peripatética, con Santo Tomás de Aquino, es bello lo que deleita la vista: "**pulehra sunt quæ visa placent**", (bellas son las cosas que vistas agradan).—De esta doctrina surge, naturalmente, la dificultad de que es tan personal la apreciación de la belleza, que está sujeta a las disposiciones particulares del individuo, lo que naturalmente no puede dar fundamento básico para la construcción científica de la Estética; pues el concepto individual es sólo una modificación subjetiva de la persona, que a veces no corresponde a la realidad.

Los filósofos modernos sustentan el principio, de que: el origen de lo bello hay que buscarlo en lo agradable, concepto que significa para éstos, vida libre de dificultades. Vivir, pues, una existencia plena, es para ellos estético, y el máximo de la belleza consiste en llevar un vivir superior intelectual y moral.

Guyau, en su obra "Los problemas de la Estética Contemporánea", dice: "Lo agradable es un foco luminoso, del cual es la belleza el nimbo resplandeciente; pero todo foco luminoso tiende a irradiar, y todo placer propende a convertirse en estético. Lo que quedó sólo en agradable, aborta, digámoslo así: la belleza, por el contrario, es una especie de fecundidad interior".

Del concepto científico de Guyau, se deducen las siguientes consecuencias: que la sensación agradable no es estética, cuando falta intensidad en la representación, pues obstaculiza la extensión de la percepción y su difusión en el sistema cerebral: que cuando un placer adquiere en la conciencia la mayor extensión, compatible con la mayor intensidad, se llega al grado más perfecto de satisfacción, sensible e intelectual a la vez; y que, el tiempo necesario para la difusión de la sensación en el cerebro y su correspondencia en la conciencia, necesita siempre el juicio sobre la belleza de la percepción. Por esto se ha dicho, que el juicio estético no llega casi a ser instantáneo, sino mediante la acumulación de experiencias en el individuo o en las razas, esto es, por la educación de la persona y de los grupos sociales.

Ahora bien, el hombre vive en íntima relación con la naturaleza; ésta le ofrece la materia prima para las concepciones artísticas; y el ideal, que es prototipo forjado en la mente, ne-

cesita para su exteriorización de medios adecuados: el poeta materializa la idea por la palabra y el ritmo; el músico recorrer los múltiples sonidos de la naturaleza y los coordina y los conforma, como sirviéndose de un lenguaje, a sus sentimientos íntimos de alegría o tristeza; la piedra y el bronce espiritualizan el pensamiento del Genio; y, ya es el Moisés de Miguel Angel; ya la Venus de Fidas o de Milo; famosas creaciones que materializan la idea, que traducen el pensamiento, los que inspiran esa sensación de placer estético, en los que admiran esas producciones.

El color es una cosa inmortal, y en la paleta del artista se da vida a creaciones admirables, trasunto fiel del genio puesto en contacto con la naturaleza y con la sociedad, pues al decir de un ilustre filósofo: "la humanidad parece cada día más sensible al idioma de los matices, a todos los juegos de luz, siendo ilimitados los horizontes de belleza que se presentan al pintor".

El genio portentoso de Miguel Angel concibió la Basílica de San Pedro, síntesis del arte arquitectónico, creación sublime que explicó el consorcio entre la Religión que enseñaba la vida ultraterrena y el Arte, y que fué la expresión de la cultura artística de los siglos medioevales.

Mas, señores, queda en pie la segunda dificultad enunciada al principio de este discurso: ¿sirve el Arte para la perfección del hombre y de la sociedad?

La respuesta es sencilla: la persona, el grupo humano no pueden culminar en la cultura individual y colectiva, sino cuando las fuerzas psíquicas tengan el objetivo propio que las ennoblezca y dignifique. La Belleza, como lo dije, necesita de pensamiento, de la sensibilidad y de la actividad humanas para ser percibida, y, la contemplación de la Belleza produce, para la generalidad, los placeres más puros, que son a manera de oasis en la horrorosa lucha que el hombre sostiene para bien vivir: la contemplación de la belleza suaviza las pasiones, corrige las violencias, estimula el carácter, le hace concebir al individuo pensamientos que le alejan de las miserias de la vida y le ponen en contacto con lo ideal, con lo suprasensible. En muchas ocasiones un dejo de amarga decepción se dibuja en su fisonomía, cuando la contemplación de lo sublime le hace medir su pequeñez, ante la grandiosidad y magnificencia de espectáculos verdaderamente admirables, ya por el poder que revelan, ya por la fuerza que los encamina; pero aún en medio de esa sensación deprimente, el hombre levanta la razón hacia regiones desconocidas, y, audaz investi-

ga el secreto misterioso de la fuerza que le subyuga.

El Arte tiene representación y ejerce influencia eficaz y estimuladora en todos los órdenes de la vida política y social del individuo y del grupo. El Arte vive en una esfera de amplia libertad: al genio no se le ponen trabas: la realización de sus ideales tiene cooperación decidida bajo la Democracia,—gobierno en el que tiene preeminencia sólo la virtud, el talento, el genio,—de esto proviene que nunca fue más grande Grecia que bajo el gobierno de Pericles, que se propuso expresar el alma colectiva de la ciudad, embelleciéndola con monumentos que siempre serán el timbre y orgullo de la cultura clásica de Atenas.

El Arte, si bien vive enfermo, en la Monarquía y en muchas ocasiones toma el incensario para glorificar a déspotas y tiranos, en la República es el fiel reflejo de la vida nacional, consagra las hazañas de sus héroes, inmortaliza a sus sabios, exalta a la virtud, enseña y estimula perpetuando la memoria de sus grandes hombres y ejerce una justicia civilizadora, enalteciendo el mérito de los esclarecidos patriotas.

El Arte es, además, lección de civismo, pues, refiere los hechos gloriosos, recoge las crónicas que dieron origen a la existencia de la Patria, manifiesta en forma gráfica lo que es el patriotismo—renunciación absoluta de la persona para la aseguración de los intereses del Estado—: el Arte es, pues, la expresión del sentimiento nacional, pues el artista crea los símbolos y las figuras, y en íntimo consorcio con el pueblo, que le da ocasión para esas creaciones, labora conjuntamente, no sólo para ellos y para el presente, sino para el porvenir glorioso de la Nación y de la Raza. Pericles decía, refiriéndose a los grandes monumentos artísticos que embellecían a Atenas: "que las obras del genio son como las empresas políticas y guerreras los testimonios brillantes que aseguran la admiración de nuestros contemporáneos y de la posteridad, pues actualmente somos objeto de admiración del mundo y lo seremos también en el porvenir".

Habéis observado, señores, como actualmente en las grandes capitales de Europa y América, el Arte domina todas las relaciones sociales: aquel las admiran por su belleza, su comercio y su fuerza guerrera.

La misión social del artista, en la época contemporánea, si bien exclusivista e individual, no es extraña a las finalidades del Estado: si se trata de glorificar a los héroes que han mantenido la integridad de la patria, el Arte los corona y les perpetúa en el bronce y en el mármol; y, en el lienzo, escri-

be la historia del hecho glorioso, y el poeta entona el himno de triunfo y la sinfonía armoniosa preludia las notas nacidas al calor del fuego santo del patriotismo, y de los recuerdos del heroísmo y sacrificios de esos hombres lumbreras que representan la existencia de un pueblo, la cultura de la raza, el prestigio de la especie.

El Arte es el aliado inseparable de la Religión: el hombre, antes de materializar la belleza estética real, fundada en la naturaleza, idealizó el mito, divinizó a los héroes, colocó en altares a los dioses, llevó más adelante su entusiasmo por lo religioso, levantó el templo de Juno, las catedrales góticas, los templos de Santa Sofía en Constantinopla, de San Pedro en Roma, y de San Pablo en Londres: inspiró el juicio final a Miguel Angel, la Cena a Leonardo de Vinci, las Vírgenes a Murillo, la Madona a Rafael de Urbino....

El Arte es, pues, señores, la síntesis de lo que el hombre ama, cree y goza; no pueden las sociedades prescindir de él, está enraizado en el pensamiento y en el corazón, y siempre es la personificación de esos locos sublimes, llamados genios.

Pues bien, señores, esta obra altamente civilizadora del Arte, ha tenido contradictores, pues, algunos han negado su supervivencia, asegurando que las sociedades modernas tienden a su aniquilamiento y anulación.

Ya en el siglo XVII decía Pascal: que no existía diferencia entre el oficio de poeta y del bordador; más tarde Montesquieu se expresó irónicamente en los siguientes términos: "Los poetas tienen por ocupación agobiar la razón y la naturaleza bajo los adornos, como en otro tiempo las mujeres desaparecían bajo sus perifollos"... Estas frases que si bien se aceptaron al principio como genialidades de esos escritores y dieron margen a una vibrante protesta de Voltaire, al presente, gran número de sabios y pensadores, las juzgan exactas.

La ciencia, es la gran obsesión del mundo: la razón, dueña del cosmos, descubriendo los secretos de la vida, estudia el poder de la fuerza y la capacidad de la materia. Es la diosa inmortal, a la que se rinde tributo, menospreciando el Arte que significa también ciencia y sentimiento.

Se ha dicho que los poemas épicos han muerto, desde que no es el valor individual y el heroísmo los que definen y resuelven la contienda, sino el fuego de la metralla. Pero observad: que no hay institución más relativa que la del Arte, ni que se adapte mejor a las condiciones del medio: bien está que haya desaparecido el poema épico, que para su trabazón necesitaba de lo maravilloso, que haya pasado a la historia la tra-

gedia, con sus escenarios inverosímiles; pero no podrá negarse que del mundo entero se levanta un himno lírico, que pregonas las bellezas de la naturaleza, de las instituciones políticas, de las religiones, del amor y del trabajo.

Se ha dicho, también, que siendo la ciencia la obsesión del individuo actual, la fuente legítima de belleza que es el hombre y la mujer, no pueden presentar ejemplares como las creaciones del artista griego, porque la labor mental, desarrollando el sistema nervios y el cerebro, atrofia los músculos, y resulta el hombre una planta enferma, raquítica y sin gracia.

Esta observación está contestada por el sabio Guyau, quien dice: "Si atribuimos un desarrollo tan milagroso en el porvenir al cerebro humano, debe suponersele, lógicamente, bastante inteligencia para notar a tiempo la decadencia que aminora el resto del organismo. La gran anomalía de nuestra época es que la ciencia que invade a la instrucción no ha regulado prácticamente todavía la educación por entero; pero es peculiar de la ciencia curar las heridas que ella misma causa, y puede hacerlo mediante la educación más sensata, por un mejor concierto de la higiene y de la gimnasia; en una palabra, por la aplicación más metódica de las leyes que rigen el armonioso desarrollo de los órganos".

Pero aceptaré el supuesto que, efectivamente, el hombre de los siglos venideros continuará desarrollando sólo su sistema nervioso, en cuanto lo permita la salud de su organismo, este sistema de desarrollo forzosamente debe reflejar en la fisonomía el grado de cultura intelectual que ha adquirido ese cerebro: y bien, señores, ¿qué belleza más varonil, más ampliamente estética que la del pensador excelso que lleva en su mente el fiat que crea?; ¿no es verdad que, en el fondo de sus ojos eternamente bellos, se transparenta el infinito de sus pensamientos?—Puede ser que el cuerpo sea menos fuerte que el de los atletas griegos o de los gigantes pletóricos de Rubens: pero la cabeza será soberanamente hermosa y dará modelo para hombres más perfectos que el Apolo de Ve'vedere.

Voy a terminar, señores: el Arte está connaturalizado con el hombre, su psiquis no puede desarrollarse plenamente sin el concepto estético; y si se quiere hombres perfectos y sociedades cultas establézcanse más academias de Arte, fundemos escuelas, como la que actualmente va a iniciar sus labores; pues, no importa que el rudo mercantilismo aseste sus golpes contra la Ciencia y la Belleza, patrimonios excelsos de la humanidad.—Convoquemos, señores, a nuestro pueblo: venga a este lugar a culturizarse con la imitación de la naturaleza,

con la reproducción en el lienzo de los hechos gloriosos; escriba en él la historia de la Patria, perpetúe la figura de los hombres que se han recomendado a las generaciones presentes por sus talentos y virtudes; y dentro de una amplia esfera de libertad y bien, materialice el ideal en forma plástica, para decoro y lustre de esta bella tierra cuencana, patria de poetas y pensadores, para gloria de la Nación Ecuatoriana y para prestigio de la Raza Latino-Americana.

Señores: que el sol del Arte, cuyos rayos luminosos rodean de espiritualidad las creaciones del genio, no tengan ocasión en este hermoso suelo.

RAMON BORRERO

1823—1894

Nació en Cuenca en 1823 y murió en Quito el 14 de diciembre de 1894. En **El Nacional**, diario oficial, consta la mayor parte de su obra de periodista. Fué abogado. En 1883 desempeñó el cargo de Vicepresidente de la Convención nacional y, como tal, el de Encargado accidental del Poder Ejecutivo.

LA INSTRUCCION RELIGIOSA

El editorial del número 310 de este *Diario* que lo escribimos en defensa de la Compañía de Jesús, conteniendo al *Artesano* de Lima, termina con el siguiente párrafo:

"Creemos haber demostrado cuán injustos y temerarios son los cargos y cuán infundada es también la mala voluntad contra los Jesuitas. Y como aquella nace de que se mira con prevención la instrucción religiosa, nos ocuparemos en otro artículo de la necesidad que hay de que dicha instrucción se dé al pueblo, no sólo en el Ecuador sino en los Estados más avanzados en civilización, cultura y progreso".

Esta es la proposición acerca de la cual vamos a discutir del mejor modo que nos sea posible.

Tenemos la satisfacción de reconocer y confesar, para honra de nuestra patria, que su estadística criminal ocupa el último lugar entre las de otras naciones que cuentan sobre poco más o menos, igual población a la nuestra; y que por acá no se cometen ciertos crímenes que son verdaderamente atroces, y que no hay ejemplo, que nosotros sepamos, que dé una tristísima idea de la perversión moral, que en otros países se condena y se maldice, con razón, como el cáncer, como la lepra de la sociedad. Mas, por desgracia, nuestra *Penitenciaría*, nues-

tras *Cárceles*, no están, sobre todo en los grandes centros de población, completamente vacías, como desearíamos que estuviesen, lo que manifiesta que no se respeta el derecho ajeno por todos los ecuatorianos sin distinción, como quisiéramos que se respetara, siendo por lo mismo indispensable emplear los medios de formar el corazón, para cimentar la moral y con ella las buenas costumbres. Este elemento de verdadera civilización no se encuentra sino en la enseñanza religiosa, comprendiendo bajo de este nombre la católica enseñanza que no se da ni debe darse únicamente en las escuelas que se llaman de primeras letras, sino también en los establecimientos de instrucción media y superior, y sobre todo en la cátedra sagrada, con la predicación de la doctrina del Evangelio, predicación que debe principiar por la explicación de ese pequeño, pero importantísimo libro que se llama *Catecismo*.

Por la falta de instrucción universal y por consideraciones de otro género, en las cuales no queremos detenernos, hay cierta escuela que defendiendo o disculpando a los criminales, hace responsable a la sociedad, o más bien dicho al Gobierno, de los delitos que se cometen, resultado, según la antedicha escuela, de no haberse difundido la educación e instrucción hasta en las más apartadas comarcas del Estado. Nosotros que en alto grado apreciamos la difusión de las luces y de la moral, no participamos de la enunciada opinión; pues formulada ésta por un criminal, al marchar al patíbulo, con la frente erguida, podía decir a la sociedad: "Yo soy inocente, el verdadero culpable eres tú; yo no soy más que una víctima, a quien con refinada crueldad, haces expiar tu propio crimen"; proposición absolutamente inadmisibile, de lo cual, caso de ser verdadera, se deduciría que es inmoral e injusto castigar con la pena capital, con la de cárcel o con presidio, al que quita la vida a otro; al que comete actos de violencia; al que arrebata la propiedad ajena; al que calumnia, injuria o difama. Tal doctrina sería opuesta a la moral, condenaría todas las legislaciones antiguas y modernas, y estaría en abierta contradicción con la misma Biblia.

Tampoco somos partidarios de aquellos frenologistas que atribuyen las virtudes, inclusive la adoración al Ser Supremo, las pasiones, los crímenes, los delitos, los buenos o malos instintos, nada más que a la materia; esto es, a lo que llamamos la organización cerebral; porque en este caso la frenología conduce al *fatalismo*, sistema absurdo, contrario al dogma que reconoce el libre albedrío, así como enseña que el alma, que es espiritual e inmortal, determina y dirige todos los

actos de la voluntad humana; sistema contradicho por la experiencia de todos los días. Decimos esto, porque no habrá uno solo de los lectores que no conozca siquiera un individuo que habiendo estado antes extraviado y aun encenegado en los vicios ha vuelto al buen camino, y viceversa, lo que no puede suceder, según tal doctrina, sin que se hubiese verificado, no diremos una modificación, sino una completa variación en los órganos del cerebro, de los cuales emanan lo que los frenologistas llaman *facultades*.

No por esto queremos decir que a estas o aquellas inclinaciones no correspondan órganos diferentes, ni podemos negar en lo absoluto que existan ciertas señales para conjeturar el carácter de un sujeto; pues sabemos muy bien que en las ciencias puramente filosóficas se reconoce un anchuroso terreno en el cual campean diversas opiniones, como las de los que fundan la diferencia de inclinaciones e índole en las diversas clases de temperamento, atribuyendo, verbi gracia, a este la melancolía, a aquél la alegre vivacidad; a uno la ira, a otro la pacífica calma. Pero, repetimos con un afamado escritor contemporáneo: "Desde el momento que la frenología nos quiere explicar los fenómenos del orden moral y religioso como simples resultados de la organización, desde el momento que nos quiere explicar la vida entera del hombre como el simple efecto de las combinaciones de las zonas del cerebro; desde aquel momento será la frenología contraria a la sana razón, a la experiencia, a la historia, a la Religión y a la moral; destructora de todos los cimientos de la sociedad, opuesto a lo que nos dicta el sentido íntimo; repugnante a la dignidad humana, merecedora de que la rechacen todos cuantos abrigaren en su pecho el noble sentimiento del grandor de su naturaleza, de la altura de su origen y de la elevación de su destino".

Cuando hacen notar los frenologistas la diversidad de inclinaciones, nada afirman ellas en que no estén de acuerdo, no diremos las escuelas filosóficas, sino el linaje humano. Escuchad al padre de familia más sencillo y más rudo y lo oiréis que hablando de sus hijos os dice:—*Este es de un genio pronto y ardiente, que por una friolera se irrita; aquél es terco que no sabemos cómo regirle ni desviarle de sus temas; ese otro es dócil, blando como una cera, se deja llevar como uno quiere*". Todos los días se observa que allá en el hogar, en el recinto de la íntima confianza, un padre se queja de que tiene un niño atolondrado, y se lamenta de que en tierna edad ya se descubren los gérmenes de vicios funestos que podrán perderlo y quizá cubrir de afrenta a la familia, mientras otro se

congratula de que su hijo es sosegado y quieto, y se complace en hacer notar cómo despuntan ya en su corazón infantil los vástagos de bellas y generosas virtudes, lo que quiere decir que los hombres nacen con inclinaciones muy varias, que influyen mucho sobre el curso de su vida.

De esta diversidad de inclinaciones, de esto que llamaremos la acción del bien y del mal, viene la necesidad de la instrucción y la educación fundadas en la Religión y en la moral, que son las que han de corregir lo malo, y fomentar y perfeccionar lo bueno. Así, pues, es un verdadero absurdo el que sostienen aquellos que se oponen a que se dé la instrucción religiosa en los establecimientos de enseñanza, sean de la naturaleza que tuviesen. *No sólo de pan vive el hombre, sino de las palabras de vida y de verdad*, y por lo mismo es necesaria, es indispensable la instrucción religiosa, sea cual fuere la condición, estado o posición en que se encuentre el individuo. La Religión nos prescribe los deberes que tenemos que llenar para con Dios, para con la Patria, para con nuestros semejantes, y sin llenarlos es imposible la vida doméstica, la vida social, la vida política, menos lo que nos permitiremos llamar la vida religiosa.

Nos atrevemos a decirlo, nuestro siglo está anegado en un materialismo voluptuoso para el cual no hay civilización, cultura, ni progreso, fuera de los intereses positivos. El oro y los placeres han adquirido tal ascendiente que vistas las costumbres de los pueblos más avanzados, parece que el mundo va volviendo al paganismo, cuya religión, como se ha dicho mil veces, venía a ser en el fondo la divinización de la materia. Esta religión desapareció combatida por la enseñanza del Catolicismo, y ahora es preciso, concretándonos al Ecuador, que la enseñanza religiosa nos precava de las calamidades que están, podemos decirlo así, desorganizando las nacionalidades que asombran al mundo por su ciencia, su industria, su comercio y su riqueza. En todas partes el espíritu está angustiado y próximo a desfallecer, y es necesario que intervenga la enseñanza religiosa, para que inculque, sobre todo en el ánimo de la juventud, que el espíritu humano es demasiado grande para limitarse a objetos pequeños, que puede remontarse más alto todavía que un aeróstato mediante la enseñanza religiosa, que da elevación a las ideas, nobleza y dignidad a los sentimientos.

Pasando a otro orden de ideas, debemos hacer notar que las sociedades actuales reclaman la enseñanza religiosa, teniendo en cuenta nada más que la organización de los pueblos modernos. En el antiguo y nuevo mundo la propiedad se divide

y subdivide; la industria aumenta sus productos; el comercio va extendiéndose en escala indefinida, pero en la misma proporción del aumento de los productos ha crecido la miseria. "Para todos los hombres previsores es claro como la luz del día que las cosas llevan una dirección errada; que si no puede acudir a tiempo el desenlace será fatal; y que esa nave, que marcha veloz, con viento en popa y a velas desplegadas, se encamina derechamente a un escollo donde perecerá. La acumulación de riquezas causada por la rapiñez del movimiento industrial y mercantil, tiende al planteamiento de un sistema que explote en beneficio de pocos el sudor y la vida de todos; pero esta tendencia halla su contrapeso en las ideas niveladoras que bullen en tantas cabezas y que formulándose en diferentes teorías atacan más o menos a las claras la actual organización del trabajo, la distribución de sus productos, y hasta la propiedad. En Europa, masas inmensas sufriendo la miseria y privadas de instrucción y de educación moral, no sólo piensan, no sólo se hallan dispuestas a sostener la realización de proyectos criminales e insensatos, sino que han intentado la práctica de éstos, y así se ejecutarán el día que una funesta combinación de circunstancias haga posible el ensayo".

En vista de situación semejante se ha preguntado mil veces ¿de qué medios dispone la sociedad para mejorar el estado de las masas, para dirigir las y contenerlas? se contestó antes, que ricos y pobres tenían interés de conservar la organización actual de la sociedad, pero la experiencia ha demostrado, sobre todo en Europa, que esa última capa social que se llama el pueblo está animada del irresistible deseo de mejorar de situación, de alcanzar comodidades, de obtener goces. Habiéndose dicho que la *propiedad es un robo*, ¿qué podrá inclinar a las turbas a la dureza de la suerte? ¿Qué podrá consolarlas o contenerlas de su infortunio? Fuera de la instrucción moral y religiosa nada vemos que pueda hacer llevaderos los males presentes, con la esperanza de un mejor porvenir. Las leyes penales no bastan para inspirar el respeto a la vida, a la propiedad, a los demás derechos del hombre y del ciudadano. Sólo la instrucción moral y religiosa es la que forma la conciencia respecto de la sumisión al Gobierno, de la obediencia a las leyes; sólo la instrucción moral y religiosa puede combatir, condenándolos, el rencor, la envidia, la cólera, y todas las malas pasiones que encuentran cabida en el corazón humano. La instrucción moral y religiosa eleva el pensamiento sobre las cosas de la tierra, y extingue, por decirlo así, el deseo del placer sensual.

En vista de estas consideraciones, no son pocos los heterodoxos honrados que hablan de educación, instrucción, moralización del pueblo, pero no están todos conformes en reconocer que los medios morales no pueden limitarse a determinada forma, y que es indispensable que se fomente el desarrollo a propósito para ejerceer influencia moral de un modo práctico y eficaz. "No bastan los libros: el extender la instrucción, si no está bien dirigida, es un medio insuficiente, y que puede hacerse dañoso si no se funda en sólidas ideas religiosas. La propagación de un sentimiento religioso, vago, indefinido, sin reglas, sin dogma, sin culto, no servirá para otra cosa que para extender supersticiones groseras entre las masas y formar una religión de poesía y de romance en las clases acomodadas; vanos remedios que sin detener el curso del mal, aumentarán el vértigo del enfermo y acelerarán su muerte".

Algunos han indicado la fuerza pública y la vigilancia de la policía, no sólo para contener sino para reprimir las tendencias del proletariado que se vienen manifestando en todas las naciones de Europa, y, aunque en pequeña escala todavía, en las de América. Pero esta idea a más de entristecer, no ha dado y es probable que no dé resultados satisfactorios. Decimos que esta idea entristece porque manifiesta por sí sola que después de tanto discurrir, después de tanto combinar, después de tantas reformas y mudanzas, después de tantos ensayos, las cuestiones de gobierno, de orden público, de seguridad individual, de respeto a la propiedad, casi han venido a resolverse en cuestiones de fuerza.

Decimos asimismo que no satisface la enunciada idea porque ni la fuerza pública, ni la vigilancia de la policía, han sido ni son bastantes para dar seguridades en el orden social, político y económico. Si bien se mira, contra la *comuna*, contra la *internacional*, contra los *carbonarios*, los *socialistas*, los *nihilistas* &, &, se han formado y se sostienen en Europa ejércitos inmensos, tanto que los presupuestos para su manutención son abrumadores, y agotan los recursos de los erarios, sin que ese aparato militar haya dado todavía resultado satisfactorio; pues el rifle y el sable no pueden suplir la falta de medios morales que se hacen sentir casi en todas partes de una manera lastimosa; "y más que en ningún otro punto, allí donde se proclamaron con más ostentación los nombres de *justicia* y *libertad*".

Algunos se oponen a la enseñanza o instrucción religiosa, achacando al catolicismo que ha quedado rezagado sin elevarse a la altura a que han llegado las ciencias, las bellas artes

y hasta los diversos ramos de la industria; pero esta acusación es gratuita. En efecto, ¿qué provecho han traído los disidentes por ejemplo, a la erudición, al conocimiento de las lenguas sabias, en las cuales han sobresalido y sobresalen infinidad de escritores católicos? ¿Quién podrá negar que las más célebres universidades de Europa que tanto han contribuido al desarrollo del entendimiento humano, fueron fundadas mucho tiempo antes de la aparición de la Reforma; esto es, cuando imperaba sin contradicción el Catolicismo? La de Oxford fué establecida en el año 895; la de Cambridge, en 1280; la de Praga en Bohemia, en 1358; la de Lovaina en Bélgica, en 1425; la de Viena en Austria, en 1365; la de Ingolstadt en Alemania, en 1372; la de Leipsick, en 1408; la de Bale, en Suiza, en 1469; la de Salamanca, en 1200; la de Alcalá, en 1517; no siendo preciso recordar la antigüedad de las de París, Bolonia, Ferrara y otras muchas que habían adquirido el más alto renombre largo tiempo antes del en que Lutero comenzase a propalar sus errores, que fué en el siglo de León X.

La Curia Romana, el Papa, la Iglesia Católica, como quiera decirse, no es oscurantista, y en razón y en justicia no hay como acusarle *de abuso de autoridad en contra del entendimiento humano, ni en daño del progreso de las luces*.

"La Reforma, dice Chateaubriand, penetrada del espíritu de su fundador, fraile envidioso y bárbaro, se declaró enemiga de la de las artes. Quitando la imaginación de entre las facultades del hombre, cortó al genio sus alas y le puso a pie. Si la Reforma desde su principio hubiese alcanzado completo triunfo, habría establecido al menos por algún tiempo una nueva barbarie. Tratando de superstición la pompa de los altares y de idolatría las obras maestras de escultura, arquitectura y pintura, se encaminaba a desterrar del mundo la elocuencia y la poesía, en lo que tienen de más grande y elevado, a deteriorar el gusto repudiando los modelos, a introducir algo de seco, frío y quisquilloso en el espíritu a sustituir una sociedad dura y material a otra sociedad acomodada e intelectual, a poner las máquinas y el movimiento de una rueda en lugar de las manos y de la operación mental".

El mismo autor hace notar que a Roma acuden los pintores, los arquitectos y los escultores de las sectas disidentes, a buscar las inspiraciones que la tolerancia universal les permite recoger: que la Europa, más bien dicho, que el mundo, está cubierto de monumentos de la Religión Católica y que a ésta es debida esa arquitectura gótica que por sus detalles ri-

valiza con los monumentos de la Grecia y que los sobrepaja en grandeza.

El movimiento filosófico en lo que tiene de más libre y atrevido, no se inició en Alemania, no en Inglaterra, sino en la católica Francia; y tocante al literario, en Italia y en España nacieron y cultivaron las letras los oradores y los poetas que han sido en los tiempos posteriores el modelo de cuantos en los países disidentes se han ocupado en este linaje de estudios.

Según este antecedente, podrá sostenerse que es innecesaria o estéril la instrucción religiosa, y además opuesta a la civilización, a la cultura y a las necesidades del presente siglo? Creemos haber demostrado lo contrario, y como nuestras convicciones sobre la materia son las que dejamos manifestadas en este escrito, nos congratulamos y felicitamos al país por cada providencia que dicta el Gobierno en el sentido de difundir y mejorar más y más la instrucción pública, fomentando siempre la religiosa.

MIGUEL CORDERO DAVILA

1878

Nació en Cuenca, el 20 de julio de 1878. Hizo sus estudios en esta ciudad y en Quito. Es abogado. Ha desempeñado varios cargos públicos. Fué Presidente del Liceo de la Juventud, una de la sociedades literarias que existieron hace años en esta ciudad. Ha colaborado, en verso o prosa, en **Guayaquil Artístico, La Unión Literaria, Revisia Cuencana etc.**

Discurso pronunciado en la Audiencia Solemne de la Exma. Corte Superior de Cuenca, en conmemoración de la muerte del Libertador.

Hemos venido a este severo recinto de la Justicia, para rendir un homenaje de admiración y de gratitud al Padre de la Patria y Héroe Máximo de la Independencia de un mundo.

A los cien años, desde el fondo de la huesa se yergue airosa la excelsa figura del Libertador, caído como un sol en el sombrío ocaso de Santa Marta, pero redivivo también como el mismo sol, al alborecer de cada día en las democracias de América y en toda la faz del orbe civilizado, a las que ilumina con las radiantes táculas de un astro central.

Prodigioso Varón el que en escasos lustros de más prodigiosa vida, fatigó los hipógrifos del carro de la Victoria, afonizó las trompetas de Fama, dejó exhausto de laureles el árbol de la Gloria y levantó con su espada, mejor aún que con la palanca de Arquímedes, el mundo de la Libertad, sin más puntos de apoyo que su luminoso cerebro y su gigantesco corazón.—La Historia no ha podido menos que asignarle las preeminencias del Genio, y la humanidad toda, al proclamarlo como tal, exalta su grandiosa fi-

gura en el bronce y en el mármol, por todos los continentes y latitudes, en apogeo de triunfo, en iluminación de enseñanza y en suprema síntesis de heroísmo, de nobleza y de virtud; sí, de virtud, que significa Fe, de virtud, que expresa hidalguía, de virtud, que simboliza esfuerzo, abnegación y sacrificio, amoldados por la Providencia de lo Alto, en un carácter que todo lo domina y ante nada retrocede, para sacar a flote el estandarte santo de la Libertad, de este dón precioso entre los preciosos dones otorgados al hombre por el Cielo!

La noble cuna del futuro paladín, tenía de ser cristiana, para que hubiese aparecido él como un invencible cruzado de la soberana empresa de la independencia Americana: causa justa como la que más, si llegados los pueblos, como los hombres que los componen, a su mayoría, han de tener derecho de abandonar los paternos lares, para erigir el propio techo, sin hacer dejación alguna en las santidades de la creencia, ni en la integridad de la comunión racial: *Salva Cruce et salvo genus, liber esto*.—Tal la síntesis de nuestra liberación de la Metrópoli Española, cuyo maternal dominio, si fecundo en los altos bienes de la Religión, el idioma y la cultura, tenía por infranqueable límite a su ultraprolongación, aquel orden natural sapientísimo, que ante la adultez del hijo, relaja, si no el vínculo de amor, sí el de la dependencia del individuo, que por sí mismo puede subsistir y gobernarse, ya en la propia esfera individual, ya en la social, que no es sino la trascendencia de aquella, en relación a las colectividades.

Y fué Bolívar el gigantesco adalid en la defensa de un derecho innato e inalienable, por mucho que la transición, de un sistema de dependencia a otro de emancipación, previniese algunos ánimos en su contra; si por otra parte, la inmensa mayoría americana y gran parte de la europea misma, se inclinaban reverentes ante el gran Campeón, que fiado en la excel-situd de su ideal, señorease las cumbres y dominase los valles; abatiese las fuerzas poderosas del enemigo, sin más armas que las mismas de éste, y a paso de vencedores penetrara cuantas veces le placía, en el augusto templo de la Victoria, rindiéndole caballeresco culto, con noblezas de perdón, con alardes de generosidad y con elevaciones supremas de espíritu.—La historia de su vida de ello se compone y en esos capítulos cabe desintegrarla: páginas de gloria, escritas con caracteres de heroísmo, en el albo estandarte de una paz independiente y digna.—No el bajo incentivo del odio a la Metrópoli, sino un soberano culto de amor a la Libertad, agitó ese

mágico cerebro e impulsó ese magnánimo corazón, para mantener inextinguible el fuego de un ideal a todas luces superior, sin las ruindades del egoísmo ni las proclividades del bajo sentir que en semejante espíritu no cabían otras sombras que las que ostenta el astro rey a nuestros ojos, por el deslumbramiento que nos causan sus irradiaciones que en veces nos ofuscan y nos confunden.

Patriota, Héroe, Libertador, Mártir: que facetaciones tan brillantes las que ofrece la preciosa vida de Bolívar, hecho todo él para la Patria, para la Leyenda, para la Libertad y para la Apoteosis, como si el seno ubérrimo de América hubiese producido, en soberano esfuerzo de generación, un coloso a quien vienen estrechos la cultura de su tiempo para comprenderlo; el suelo de un Mundo para teatro de sus hazañas; el culmen del Chimborazo para pedestal de su grandeza epónima, y las páginas mismas de la Historia para su completa apología.

¿No nos lo dice todo esto la incompreensión de sus hoy confundidos émulos y enemigos, la extensión incommensurable de sus campañas, su dominador ascenso al Rey sublime de los Andes, para señorearlo con su Delirio, después de haberse enfrentado con su geológica magnificencia, que hubo de abatirse ante la grandeza moral del más insigne Capitán de la tierra, y el asombro con que la misma Clío no ha podido recoger aún en sus severas dípticas todas las irradiaciones de un foco de luz tan esplendente?...

Hijo de una Patria esclava, Bolívar quiso serlo de una Patria libre, y bien pudo exclamar con el Romano: *Cara Patria, carior libertas!*.... cuando adolescente aún, alzaba su mano puesta en Cruz, para jurarse en el Sacro Monte del Lacio, como invencible Campeón de los irredentos de América.—A esa inrompible ligadura de fe y de honor, había de seguir el obligado cortejo de patriotismo genuino: propio renunciamiento, desinterés absoluto, abnegación sin límites y sacrificio hasta el heroísmo; el martirio, la ingratitud y el desengaño, como pórtico letal del sepulcro, cortejo que jamás pudo ocultarse a la penetración de su Genio, al ingresar en la padecida Orden en que los espíritus superiores hacen del culto de la Patria el norte de su vida y la meta de sus aspiraciones, que en siéndolo con incontaminado propósito, parte forman de la divina madurez de la virtud; y a esa caballeresca Orden ligó Bolívar, desde los años de la adolescencia sus destinos, para ser el buen Hijo, el impertérrito Defensor y el ínclito Padre de la Patria, en magnífica evolución de servicios y de homenajes, que como a prototipo de patriotas lo

proclaman ante la espectación de las Edades.

Si mucho, si muchísimo, de cuanto pudo y debió realizar por su noble causa lo hizo, qué es lo que quedó por hacerse, para que Bolívar no fuese y sea luz y espejo de patriotismo; ejemplo de virtudes cívicas y acabado apóstol de elevados ideales, hasta el sacrificio? ... Calle la ciega pasión y no ose hablar la envidia, que los áspides no lastiman ni el calcañal del Gigante, cuyo acerado coturno en vano pretenden mellar, como la serpiente del apólogo helénico.—Lámpara votiva de la Libertad de América es la tumba de Bolívar y ángel tutelar de la Patria su noble espíritu, que divaga por el Cosmos del Continente, como un efluvio y como un acicate, para señalarnos el camino del civismo sin flaquezas y sin desfallecimientos, aunque haya de allegarse a los labios la copa de cicuta para el éxodo final a la Inmortalidad: que obra de violencia es al fin conquistarla!

Y al patriota había de seguir el héroe, en la magna hilación de una vida sobrehumana, como en la evolución gradual, a la honda convicción sucede la fuerza incontrastable de las acciones conducentes al predominio de aquello en que se cree y se espera; y Bolívar tenía la creencia de la Patria independiente y la esperanza de verla fuerte y feliz: tal era su lema.

Los grandes postulados de su civismo, habían de impulsarlo a trascendentales hechos, que cual los aletazos del cóndor andino, abatirían al poderoso adversario, mientras él desataba del carro de la servidumbre los Pueblos, que no España, sino el tiempo había esclavizado innoblemente, según el grandioso decir de uno de los magníficos Vates iberos.—Así la vestidura civil del noble patricio, se trocó en el marcial uniforme del invicto batallador, y sentó plaza Bolívar en las olímpicas filas de la gloria, para luego encender la guerrera tormenta, que desde el setentrión había de atravesar al mediodía de América, estallando en irresistibles centellas, para sembrar en surcos de fuego la simiente redentora: Carabobo, Boyacá, Pichincha, Junín y Ayacucho, que son sino las radiantes etapas de la ascensión semidivina de Bolívar al pináculo del heroísmo y de la grandeza, para plantar en ese culmen la augusta figura de la República? ...

Las excelsitudes andinas lo contemplaron en sus desoladas estepas; los amenos valles en sus floridas vegas; el océano ilímite sobre sus indómitas olas, y el huracán en sus alas, con el relámpago en su fulgor y en su tronido: era el dios del mirto helénico señoreando la tierra desde su tonante trono y disparando aniquiladores rayos, para abatir huestes, di-

solver legiones y pulverizar ejércitos; mientras a su conjuro mágico surgían de la nada invencibles Divisiones, que él las organizaba con el poder de su verbo y el soberano imperio de su espíritu, equipándolas no con otros elementos que con aquellos que había que arrebatarnos al enemigo: es decir, primero vencer para vencer, pero siempre vencer; suprema fórmula de triunfo tan sólo de quien llevaba ceñido a su cinto el acero, como viviente encarnación de la Victoria.

Vuelta al cielo la titánica faz, Bolívar nunca conoció las languideces del tedio ni las aberraciones de la inedia, como tampoco supo de las locuras de la soberbia ni de las ferocidades de la crueldad: guerrero netamente cristiano, de la acción de gracias de un triunfo, hacia la invocación para una nueva campaña y otra grande victoria, bajo la égida invencible del Dios de los Ejércitos.—Poblados están sus fastos heroicos, y por ellos los de América, de documentos que son la carta de alteza del Héroe sin segundo, para quien vienen cortos los cantos de la Epopeya, cuando en arranques sublimes, demanda el corazón magnánimo y lo derrama en brotes de elocuencia que pasman, cuando ostentan al Máximo Batallador como adalid creyente, como orador consumado, como literato y como poeta mismo: las facetaciones del Genio transparentándose en todos sus actos, para constituirlo como protagonista digno de los cantos homéricos o de las Odas de Píndaro y de Simónides, que en efecto los tuvo de las insignes líras de Olmedo y de Bello, de Caro y de Llona, de Cordero, de Crespo Toral y de García, para no citar sino lo encumbrado en el Parnaso de la América por el nuevo Aquiles redimida.

Cuatro lustros de incesante campaña marcan una estela de luz inmortal en el mundo bolivariano, para señalar el paso de su creador, en odisea astral hacia el cenit de la fama: jamás héroe alguno defendió con igual denuedo los fueros de un ideal noble y justo, hasta atraerse las atónitas miradas de los Pueblos del orbe, que hoy mismo se afanan en generosa emulación, por plasmar en el metal o en la piedra, la olímpica figura del vencedor en cien combates por la Libertad a quien la muerte supo respetar y el plomo de Iberia dejar incólume en los cruentos torneos de la encarnizada lid.—La inteligencia, el valor, la magnanimidad, el desinterés, la hidalguía y el sacrificio marcarán con áurea letras la carrera de quien supera por innumerables títulos a los legendarios Capitanes de la Historia, en los cuales no supo hallarse completo el cúmulo de cualidades y de méritos que hacen sin segun-

do al egregio Bolívar, proclamándolo como un super-héroe, en la Milicia de todas las Edades.

De la admirable conjunción del Patriota y del Héroe, debía brotar lógicamente la inclita figura del Libertador, como del encadenamiento de las montañas surgen las cordilleras, para coronarse de resplandores y hender con sus niveas cúspides el cielo; al triunfo de su magna idea subordinó Bolívar todos sus afanes de ciudadano y todos sus esfuerzos de guerrero.—La suprema filosofía de su estupenda obra, estaba escrita en su fulgurante cerebro y grabada en su aquilino corazón. Sus ideales debían condensarse en la implantación de la Libertad, y esta misma encarnarse en una creación de su Genio: Colombia!...

Y el orden cronológico de sus mismas victorias de Libertador trajo consigo la concatenación histórica con que, redimida la heroica Venezuela, había de conglutinarse con la patriota Nueva Granada y nuestro altivo Ecuador, glorioso primogénito de la Emancipación Americana, para plasmar el gran organismo colombiano: al Genio atrajo el Genio, y la libérrima creación surgió, como un homenaje al insigne Descubridor del Nuevo Mundo, para que Colombia fuese lo que Bolivia debía ser.—Reverencias de una cumbre a otra cumbre, que la Historia consigna como el apogeo del esplendor para el desprendimiento y la nobleza admirables de Bolívar.

Los estruendos de Carabobo, Boyacá y Pichincha engendraron a la predilecta Hija del Libertador, y al erguirse ésta en su cuna, desde la histórica Cúcuta, a Bolívar proclamó como a su egregio Padre y su magnífico Creador, colocándole en el más alto sitio de la Magistratura: el patriota y el soldado de ayer, se ostentaban ya con la suprema aureola del Mando, para regir con blando imperio la que obra suya era y que nadie como él podía encaminarla a sus brillantes elevados destinos.

La faz histórica del Libertador como Gobernante, es tan gloriosa y grande como todas las de su extraordinaria carrera.—Hay que penetrar hondamente a su grandiosa psicología, para comprender a fondo su noble ideal gubernativo: el Padre de la Libertad jamás podía ser su opresor ni menos su verdugo, y él, que no tembló ante lo mortífero del plomo enemigo, se arredró siempre ante los disparos de la insidia y los dardos cargados de ponzoña de la calumnia, que herían lo que él más amaba: "la reputación de su amor a esa por él propugnada Libertad".—Bien pueden recorrerse las páginas todas de su limpia Magistratura, ora como Dictador, ora

como Presidente de Colombia, que jamás se encontrará en ellas acto alguno que engendre tiranía, si a este vocablo ha de darse en genuina acepción, no confundiéndola proditoriamente con la fortaleza en el mantenimiento de la autoridad, que necesaria energía, es y será siempre una dote para el acertado régimen de los Pueblos; tanto más si ellos cruzaban un período de transición que aún les dificultaba digerir saludablemente el sustancioso alimento de la Libertad, sin indigestarse de Libertinaje.

En la fisonomía moral de Bolívar, su carácter de Libertador se pronuncia como el más definido: él nació para romper coyundas y engendrar autonomías, de allí que, plasmada Colombia, buscara todavía más Pueblos que redimir y que asumiese, gustoso y denodado, la magna empresa de libertar al Perú y a Bolivia, en cuyos campos diese definitivo ocaso al sol de la Monarquía, cual no los tuvo en largos siglos de la ibérica dominación: Junín y Ayacucho son el marcial epílogo de la sublime contienda libertadora, y ni ellos mismos lo hubieran sido, si las Naciones del Austro hubieran estado aún cautivas del régimen colonial y no ya simultáneamente independientes de tal yugo.—El ímpetu emancipador de Bolívar y el esfuerzo incontrastable de su brazo de Titán, habrían ido hasta el Cabo de Hornos y la Patagonia, redimiendo esclavos y quebrantando al enemigo hasta en sus más apartados reductos; como es de todo punto indudable, que sin su presencia en la palestra campal del setentrion, bien pudo haberse puesto muy luego el sol de los libres en el Sur, para que recuperasen su imperio las redivivas sombras de los derrotados de Maipú, Ciacabucu y otros gloriosos palenques de victoria, para Sanmartín, y O'Higgins. Bolívar detuvo ese sol en su pleno cenit, y a su luz batallaron las Naciones del extremo mediodía sudamericano, para vencer al poder español, que de lleno habría reaccionado sobre ellas, desde su baluarte del Perú y de Bolivia, si el Libertador, ante quien el Héroe argentino resignó la espada, no hubiese llenado ya una nueva leyenda como la del Cid, con la magnitud de sus proezas y la soberanía de su espíritu, hasta vencer y humillar al vencedor del Vencedor de Europa, lo que implica que la figura de Bolívar predomina forzosamente sobre la del Gran Capitán del Siglo y la de otros sus marciales imitadores.

Vano intento sería el nuestro, si quisiéramos seguir la órbita luminosa en que gira la radiosa carrera del Libertador, para ir marcándola de hito en hito, cuando ella ha sido fatiga de historiadores el pretenderlo y vuestra reconocida ilus-

tración lo conoce; si por otra parte, no ignora las grandes etapas bolívarianas, para reconocer y proclamar a su excelso protagonista, como el super-hombre del espíritu, y el decoro y prez más brillantes de la Raza, y por ello viene inoficioso todo histórico detallado recuento, que ni lo grande del personaje lo demanda ni vuestros eruditos conocimientos lo solicitan: el nombre de Bolívar es la suma y compendio de la gloria sudamericana, y de la misma latina toda, si es que no hemos de exaltarlo como un supremo ejemplar que dignifica a la Humanidad toda y que forma ecuación con los más nobles sentimientos de la especie, lo que enfáticamente podríamos hacerlo, sin alardes de audacia ni deslumbramientos de soberbia.

Mas volvamos los ojos a la postrimera etapa del Astro de la Libertad, antes de que sumiese su sangrante disco cabe el Mar Caribe, en las tristes playas de la desolada Santa Marta — Al apóstol de los libres y al propugnador de sus derechos, no podía faltarle la acerbidad postrera con que el cielo depura a los genios, sometiéndolos como al oro a la prueba del crisol, para vaciarlos en la turquesa de la inmortalidad.

Bolívar desde su mismo apogeo, empezó a sentir las dentelladas inhumanas de la procacidad revestida con el manto de falso patriotismo: émulos indignos, incapaces de hombrar con tan gigantesco Varón, roían incesantemente la raigambre del árbol frondoso de su bien sentado prestigio, para hundirlo en la desopinión y entregarlo al odio, infernal engendro, en este caso, de la más execrable y negra ingratitud: ni el vituperio escaseó su vocabulario, ni la calumnia escatimó sus envenenadas saetas, y uno y otra, en infame contubernio con la traición, fraguaron la maldecida y jamás perdonable escena de Setiembre.—Otra vez, los torpes descendientes de aquel que en la escena del primer fratricidio manejaron la mandíbula de asno contra el hermano bueno; los mismos que la habían esgrimido en las selvas de Berruecos contra el redívivo Abel; ellos la requirieron desvergonzados, nuevamente y ¡oh baldón sin nombre! intentaron que corriese la sangre del parricidio, vertiendo la de quien les había dado Patria y Honor y les había alcanzado Libertad.—Nunca la Historia justiciera podrá callar ante la nefanda encrucijada Setembrina, y, por el contrario, estigmatizará siempre a su satánico propulsor Santander, cuyo nombre hay que execrarlo, por la suprema autoridad de la moral y de la justicia, como sanción que al crimen se impone por las generaciones que han advenido y que son las legítimamente llamadas a juzgar, con inapelable fallo.

Pero si el asesinato físico no pudo consumarlo la perfidia, porque hubo de escapársele por la imprevista senda del fracaso; ella no cejó ante la consumación del moral, que lo tomó como empresa digna suya, y el Libertador, avezado al crepitar de las balas y al tronar de los cañones, languideció sin embargo, cuando azotaron su rostro la ingratitud deslizada y el desengaño cruel, haciéndole apurar a largos sorbos la hez de la amargura, que escancia, en fatídica copa, a los hombres superiores, la Humanidad misma, tristemente apartada del sendero de la verdad y de la virtud, para que se cumpla, de modo fatal, lo del *homo homini lupus* del filósofo.

Bolívar había agotado los dones de su magnanimidad y los esfuerzos de su energía, para detener las innobles maniobras en su contra y en la de su generosa obra; pero su corazón, moralmente destrozado, ya no era el invencible reducto de su férreo, incontrastable carácter: las fuerzas corpóreas decaían consumidas por el incesante batallar contra los propios bastardos hijos de la Libertad, que lo eran auténticos del libertinaje.—Su dolencia mortal no había que diagnosticarla tanto en el campo de la fisiología como en el de la psicología, cuyas supremas afecciones aniquilaban su cuerpo, como el fuego de una lámpara el aceite que le da pábulo.—Fracasada la Asamblea Admirable que había de regenerar la decaída vida colombiana, el Libertador llegó a considerar que su propia personalidad, por obra de la felonía, había llegado a constituir un insalvable óbice para el reinado de la paz, y en su supremo arranque de patriótico despecho, determinó eliminarla del campo político, para retirarse lejos del palenque de tantas acerbidades: imaginó que Colombia podía subsistir sin el alto cerebro y el inmenso corazón que le daban vida, y buscando la salud para ella en la supresión de su paternal autoridad, no previó que le estaba asestando el golpe postrero y fatal.

Vueltas las espaldas al sombrío cuadro de deslealtad y degradación, en solitario viaje, abandonó la histórica capital colombiana, no sin que la injuria hiriese sus nobles oídos con la procacidad de los ingratos; y así se alejó por la inmensa sabana; y así llegó en sucesivos días de amargo viacrucis a Cartagena; y así, como un sublime Mártir, buscó el retiro de Santa Marta, para entretarse con la solemnidad de la muerte y buscar el supremo misericordioso amparo del Cielo.

Abandonado de los hombres, ni una ráfaga de su pasada gloria visitaba al exánime Libertador de un mundo: Venezuela, su tierra nativa, lo proscribía en los términos de la

repudiación; la Nueva Granada lo repelía de su seno como un elemento peligroso y disociador; pero a él fué en viaje de consuelo, la lealtad del Ecuador, para ofrecerle asilo en sus postreros días y para ratificarle la protesta de su filial incontrastable adhesión.—Gloriosa suerte la nuestra, de no haber participado un sólo momento en los ajetreos de la traición ni en las viles maniobras del desconocimiento: a Bolívar proclamamos un día como a Padre excelso de la Nacionalidad; a Bolívar seguimos en la ruta de gloria de nuestra redención, y a Bolívar acompañamos en los amargos instantes de la desolación: que otro título de más alta nobleza puede invocar un Pueblo, para vivir honrosamente en el rol más decoroso de las Naciones y en las páginas más brillantes de la Historia?...

Ha decurrido un siglo desde que el Libertador penetró al recinto de los inmortales, y todavía nuestra lealtad le guarda culto y nuestro agradecimiento lo venera.—Esta misma tierra ecuatoriana, fue la que primero supo elevarle estatuas y ella misma es la que, al presente, ha sabido, más que otra alguna, consagrar solemne, inusitado culto, a la conmemoración de su doloroso éxodo, que es la magnífica entrada a su gloriosa apoteosis final.

Con limpia conciencia nos hemos presentado ante los Mañes de Bolívar, mostrándonos dignos de su obra redentora, porque jamás tuvimos la desdicha de ofenderlo, ni en su vida, que fue el tránsito de un extraordinario Genio por el mundo, ni en su muerte, que lo transformó en el más alto espíritu protector de nuestra vida nacional: hoy mismo, no estamos haciendo otra cosa que ratificar, con la ingenuidad del corazón ecuatoriano, el amor y la lealtad al ínclito Padre de la Patria, cuya voz exánime, quiso agradecer, desde su lecho de muerte, los homenajes que el Ecuador reconocido le rendía; homenajes, a uno de los cuales, decretado por el Congreso Constituyente de Riobamba, se complace en dar debido cumplimiento el Excelentísimo Tribunal Superior de este Distrito: como que la Centuria transcurrida desde que tal decreto fue expedido, no ha hecho sino acendrar, aún más si cabe, el afecto hacia el Creador de nuestra Libertad y de nuestra Autonomía.

CONCIUDADANOS: por autoridad suprema de la Justicia y de la Gratitud nacionales, entrego a vuestra reconocida veneración, la efigie del Libertador, don SIMON BOLIVAR, que de hoy más, presidirá gloriosamente esta Sala Máxima de Despacho Judicial, en la que la excelsa figura del Gran Campeón de América, será prenda de unión entre la honrada Ma-

gistratura y la correcta Ciudadanía.

¡Mirad su legendaria sombra, y saludadla reverentes, a los sagrados sonos del Himno con que la aclama la Patria!— ¡No ha muerto el Genio, como no muere el sol!..., y vive y vivirá el Libertador, cuanto vivan la Patria, la Gloria y la Libertad!

LUIS CORDERO DAVILA

El Día de la Madre

A flor de sol, del sol espiritual, del sol de las almas, que está presidiendo esta noche de religión y de arte; vengo a tomar la palabra, ante esta magnífica asamblea social, en la que están tan gallardamente representadas: la Iglesia y la Patria; la virtud y la belleza, en este recinto, donde hasta el polvo de los siglos parece despedir aroma de ciencia y de oración.

La urbanidad clásica del exordio, como galantería de ingenio, para merecer la benevolencia del auditorio, va cayendo en desuso. Un sentido más sincero, más práctico, más humano, reemplaza ahora, esa vieja disciplina, con que, la oratoria solía hacer del vacío retórico, arco y peristilo de triunfo, para las vanidades de la tribuna.

El que toma la reja; el que abre surcos; el que riega la semilla, no se cuida de recomendarse a la tierra, al agua, al sol, que van a ser colaboradores de su obra. No!; simplemente procura, que la labor sea honda, que la simiente sea buena; y deja, a la caridad de las estaciones, el resultado de la cosecha.

El que escribe, el que habla para el público; ¿qué es?; nada más que un humilde sembrador, que tiene por reja la pluma, por campo el alma, y por semilla la idea.

No es lujo literario de la siembra, en el anhelo de la recolección ubérrima del fruto, el que ha de presidir en las facetas sociales del sembrador intelectual.

Arraigado a vuestra exquisita gentileza, como la mala hierba al campo florido; como la noche oscura al cielo estrellado; como la sal amarga al mar azul; héme de nuevo ante vosotros, no por vanidosa petulancia mía, sino por amable capricho vuestro, para, por segunda vez, traer al torno de alfa-

tero, el poema divino de la mujer; en el poema rítmico, sutil, que a cada luminoso giro, a cada armonioso vuelco que da, vuelve a constelarnos el alma, con no sospechadas rizaciones de virtud y de armonía.

Llevados de este generoso instinto, como las golondrinas de los graneros y campanarios, gustan de ir en peenne zigzag, subiendo hasta tocar con la punta de una ala el cielo; bajando hasta tocar con la punta de la otra a la tierra; para abarcar en la geometría del vuelo, lo que está arriba y lo que está abajo, habéis querido, con entendimiento de amor, establecer en esta ciudad, magnífica de nobleza y de piedad, algo muy bello, algo muy delicado, algo muy trascendental, dedicando, de hoy para siempre, el último domingo de Mayo, el mes de la Virgen y de las flores, al culto de la madre, al recuerdo de la madre, a la religión de la madre.

¡Pureza de diamante, frescura de rocío, dulzor de miel, santidad de paz, tiene vuestra generosa idea! ¡Cuántas primaveras, estarán palpitando, en las entrañas del futuro, para coronar el éxodo triunfal de tan gallarda iniciativa! ¡No debía, no podía, nuestro calendario, hacerse por más tiempo, reo de un vacío tan inmenso!

Se tiene el Día del Obrero, se tiene el Día del Maestro; ¿y no se había de tener el día de la Madre, obrero infatigable del sacrificio, maestra maravillosa del amor?

¡Oh! Como hubiera querido, que olvidando sus obscuridades y amarguras, mi pobre corazón, puesto a flor de labios, se trocase, en música que enseña, en panal que canta.

¡Madre!... Es la única palabra divina, entre las palabras de los hombres. ¡Al sólo pronunciarla delante de vosotros, siento que las cenizas de la mía me ponen en contacto con Dios! ¡La Madre!... ¡Realidad o ensueño; fuente de la delicia; resumen del amor; cielo de la pena! Motivo tan uncioso, tema tan emocionante, mejor estaría para tratarlo en las calladas comprensiones del corazón, que no entre el bullicio profanador de los labios. ¡La Madre!... Sería necesario, pedir su diccionario a las sonrisas, su gramática a las lágrimas para hablar dignamente de ellas.

Si en vez de un dolorido vaso de arcilla, fuese un pomo de aromas mi pecho, habría roto con alegría de amor su cristal, para ungir, con nardo y cinamomo, la dulce navidad de vuestra hermosa idea.

Pero, como ave sin alas, olvidado el poema del vuelo, tengo de contentarme, con otear la grandeza de los azules horizontes, desde la rastrera realidad de mi impotencia.

En todo caso, que, el martirizado anhelo de mi palabra, dé a lo menos, lejano testimonio de tan delicado asunto; como el humo que se lleva el viento, dá testimonio del fuego que alumbra; como la tierra que todos pisan, dá testimonio del fruto que todos anhelan; como el vacío que nadie ve, dá testimonio de la inmensidad que todos comprenden.

Sembrando estais para los siglos. El sol, todo calor, el rocío, todo frescura de vuestro cielo, no ha de negaros el concurso germinal de sus fuerzas creadoras. El grano que acabáis de echar en la bezana, no morirá estérilmente, bajo el polvo de la indiferencia o del olvido; ¡no!; antes desdoblándose, en pródigo trigal, envolverá en pañales de oro, el inmanente natalicio, de vuestro propósito, que va a ser desde hoy, carne y hueso de las generaciones que vendrán.

Sin abandonar pues, la rebosante poesía del asunto, porque mal puede el navegante, secar el agua del mar en que navega, probaré a verle, no solamente, como el filamento de oro ideal, con que, va la sociedad a poner, urdimbre de amor, en la burda monotonía del calendario civil; sino más aún desde el punto de vista, del aspecto ético, de la consecuencia moral, de la importancia religiosa, que la nueva fiesta entraña; ciñéndome, no a medidas y compases de dialéctica preceptista, sino al bello desorden, al salto lírico, con que, la oda clásica y la mariposa campesina, andan sin cuidarse de los espacios que quedan vacíos, porque ellas no son ingenieras de puentes ni calzadas.

Volvamos los ojos a la génesis humana. Quede para los trabajadores del sueño la inútil tarea de urdir el lienzo de burdas teorías, para vestir, sobre patrones de mentiras, el sencillo verismo del comienzo humano. Nosotros amamos la casta desnudez de la revelación primitiva, que es la virginidad de la verdad.

Al separarse del árbol del Paraíso, en las primeras etapas de la odisea de la pena, siente sobrecogida la mujer, que en ella está la fuente dolorosa de la vida. Caín hijo de la culpa, Abel hijo de la gracia, certifican la tangible realidad del misterio nuevo; son los primeros vástagos de la segunda creación. La Humanidad comienza donde el Edén concluye; pero la Misericordia infinita, ha puesto en el primer ocaso, el alma de todas las auroras que han de venir tras de él.

La dulce navidad del idilio, la pena hecha amor; ilumina, alumbra, con luces de consolación y esperanza, el recuerdo de la tragedia. El maravilloso misterio de la redención humana; como agua en la cisterna, como oro en el polvo, como

estrella en la sombra, esplende y palpita ya, en el oscuro fondo de la maternidad humana.

Así misteriosa, pero sencillamente, principia el éxodo del hombre, a través de las edades.

Inútil buscar, a nombre de la ciencia, resquicios baldíos, para insertar en ellos, sistemas que bien pueden ser la primavera del absurdo, pero que en realidad son el otoño destructor de la verdad, sobre la aparición y desarrollo de la vida racional.

La Historia que tiene tantos ojos, que ha vivido tantos siglos, no ha visto, no da testimonio de un sólo caso, de ese quimérico transformismo, que trueca en hombre al bruto, que convierte la materia en espíritu.

La nada es el único testigo de la obra creadora. ¿Habrán conversado nuestros sabios con la Nada?....

Y pues tanto se pondera y se ama, el examen experimental del proceso de los hechos naturales, haciendo de la inducción, el único camino para arribar a la verdad; la experiencia nos enseña, no con la solitaria autoridad de un hombre de gabinete, sino con la sabiduría de todas las generaciones, que han pasado por el haz de la tierra, que no hay solución de continuidad, que no hay vacíos de racionalidad, entre los eslabones maternos, que forman la cadena milenaria de la existencia humana. Cada madre de hombre, tiene detrás de sí otra madre de hombre, hasta remontarse a Eva semilla y fuente primera y única de toda maternidad racional.

Despejado así el horizonte de la verdad, de esas pequeñas sombras, que náufragas del error, buscan acomodo en las luminosas riberas de la ciencia; establecido así el postulado de mutuo amor, por comunidad de naturaleza, probaré a aventurar el destemplado velamen, de mi humilde barca de pensador, por los mares plácidos y serenos, del dichoso propósito de esta fiesta de alegría y de paz.

Azul de recuerdos, rojo de amor, blanco de religión. ¡Qué bello va a ser el estandarte del Día de la Madre, entre tantos estandartes, de esas fiestas de sport y regocijo con que, el año civil gusta de embalsamar el cadáver de sus días!

En pueblos cristianos que no han renegado todavía de la sonrisa de Dios; ese estandarte azul, rojo, blanco, bandera desplegada al viento de todas las patrias, ha de tener por esta la Cruz, para que pueda flamear, con maternidad vencedora, lo mismo en la cabeza de los montes, que en el corazón de valles; lo mismo sobre el jaspe de los palacios, que sobre el musgo de las cabañas, abrazando en la caricia palpi-

tante de sus pliegues, todo el dolor y la alegría toda, de cuantos nidos humanos ha echado la vida sobre la tierra.

Uno de los más santos y bellos resultados del establecimiento del Día de la Madre, va a ser, el de levantarnos del polvo de las plebeyas utopías, del barrido de las mezquinas realidades; resucitándonos, para la comprensión, para el amor, de tantas cosas delicadas y grandes, que talvez no las vemos porque están muy arriba, muy por encima de las miserias del mundo.

Hoy se menosprecia el ideal, se reniega del sentimiento, y se adora, en lo que hemos dado en llamar la vida práctica. ¿La fé?: ¡una quimera! ¿la poesía?: ¡una ociosidad! ¿el sentimiento?: ¡una debilidad! ¿El amor?: ¡una locura!....

Las almas fuertes del siglo; los apóstoles del hierro; los pensadores del oro; no quieren ocuparse ya, antes se avergüenzan, de esa caries espiritual, de esos hongos mohosos del árbol humano; hay que restregarle con el cáñamo de esa filosofía positivista, hay que limpiarle con las uñas del sentimiento práctico, para que en la selva de la vida cósmica, se levante liso, robusto, erguido, lustroso; son las taras ancestrales que todavía no han retirado la evolución, del cerebro del animal, convertido en hombre.

¡Miseria finalidad de la civilización contemporánea, en tal concepto!

Ponemos todo ahinco, ahinco de propagandistas, en ahuyentar las águilas de las palomas, porque, las unas gustan de lustrear su pluma en el zafiro azul de los grandes horizontes; porque las otras gustan, hacer de su pecho órgano de arrullo, música de nido; y sólo soñamos con el poder, con el placer, con el oro, convertidos en tricéfalo becerro de nuestro culto.

¡Industrializar el pensamiento; industrializar el amor; industrializar el alma; esa y no otra es la aspiración, el hito, de los modernos Filisteos, que maldicen de los ruiseñores y de las rosas, porque no son aves ni legumbres de sartén!....

¡Es la materia que reta al espíritu; es la carne que abomina de la idea; es el mazo que triunfa de la campana; es el Sancho que asesina a Don Quijote!

No es ceguera de la visión; no es hiperestesia de la sensibilidad. ¡Mirad todos los planos de la vida; tentad todos los resquicios de la existencia moderna, y por todas partes encontraréis ese menguado concepto del destino humano, como se encuentran espinas en el cardo, polvo en las sendas, fango en las charcas! ¡Ya no es la música luminosa de las esferas, el puchero de las *Bodas de Camacho*, lo que recrea, seduce y

engolosina el alma de los hombres!

El Día de la Madre, es pues un índice divino, un rayo de sol, que vuelve a ponernos, en la pista de los grandes ideales, porque la madre, es fe, es poesía, es sentimiento, es locura misma, locura de amor, más cuerda que todas las sabidurías humanas. ¿Cómo debemos festejar ese día? ¿cómo se ha de celebrar esa fiesta? He ahí el blanco interrogante, al cual procuraré contestar, no por cuenta propia, sino auscultando desde esta tribuna, los pensadores latidos de vuestro propio corazón.

Entre el cúmulo de inspiraciones y sugerencias, sólo espiaremos algunas, para establecer las normas fundamentales, las líneas directrices, el estatuto que han de primar en el rito de la nueva fiesta, para que ella no venga a ser un dorado cuesco sin almendra, sino símbolo y realidad perenne de un alto y generoso concepto de la vida.

En algún país, suelen todos los hijos, desde que alborea el Día de la Madre, colocarse una divisa, ponerse una flor, sobre la solapa del vestido, junto al corazón: roja, los que tienen a su madre viva; blanca, los que la tienen muerta. Esa bella costumbre, esa delicada ritualidad, sería muy del caso, implantarla también entre nosotros; y aún más, podríamos idealizarla, sublimizarla, sacando de ella, un partido sobrenatural, una realidad divina. ¿Decidme, no sería cristiano, y por cristiano delicadamente hermoso, acudir por la madrugada a la misa del templo vecino, para orar por nuestras madres, y allí ponernos, no sobre el cuerpo, sino dentro del alma, como divisa roja, una gota de la sangre del cáliz; como divisa blanca, una hostia del copón del tabernáculo? ¿No es verdad, que así, la fiesta adquiriría una trascendencia eterna? ¡La Madre, al besar dulcemente a sus hijos, en su día, estaría también besando, la sangre y el cuerpo de Jesucristo!....

¿Después?.... Cada madre, ha de congregarse con los suyos, al amor de la casa solariega; o en el alquilado rincón de su inquilinato; en un pedazo de paz urbana; o en un trozo de alegría campesina; y en la pascua del espíritu, y en el ágape familiar, y en la velada íntima; en delicada comunión de afectos; en dulce rumiar de recuerdos; en divina pedagogía de amor; riendo o llorando; con la oración o con la cantinera de los labios; ha de curar viejos dolores, ha de crear nuevas dichas, tendiendo, sobre el frío de sus hijos, sobre la oscuridad de sus hijos, la llama de su corazón ardiente y luminoso; vistiendo la desnudez de sus hijos con el terciopelo del cariño; refrescando la sequedad moral de sus hijos, con el

frescor de los ósculos, con el agua de las lágrimas; abriendo sobre la cabeza de sus hijos, el libro maravilloso de su alma, la biblia de su corazón, para leerles de nuevo, las lecciones eternas de la virtud y de la vida.

Y pues, la presencia, el amor del hijo, es la gloria, es la dicha, es la fiesta de la madre; no ha de faltar entre los congregados, el hijo malo, si mal hijo puede haber para la madre. No!, porque cabalmente es el hijo pródigo, quien ha de tener puesto de preferencia en el banquete de sus hermanos. El Día de la Madre, más que de los otros, ha de ser suyo. El, que todo lo ha dilapidado, él, que todo lo ha perdido, ese día ha de tornar nuevamente rico, más rico que nunca, recuperando el mayor de los tesoros, que es el corazón de su madre. El, que vive de las bellotas del dolor, ha de saborear del vino de la felicidad, siquiera por unos instantes; él, que pastorea la piara de los vicios, ha de encontrarse siquiera por unos momentos, entre los recientes de la inocencia; sentándose entre niños, jugando con niños, contagiándose de la blancura y de la alegría de los niños. El, que tiene las carnes avarientas, enjutas, coloridas, crucificadas, en el hambre, en el dolor, en la miseria, ha de hallar en la casa materna: piscina para su polvo, bálsamo para sus heridas, lecho para su fatiga. Y la madre, si rica, lo ha de sentar en el mejor de sus divanes; en la silla donde se sentaba su padre; y lo ha de estrechar largamente entre sus brazos, y lo ha de reclinar suavemente sobre su pecho, y le ha de devolver, con creces, las primicias guardadas de su cariño; convirtiéndolo así, por apostolado de amor; rebautizándolo, con ósculos, con lágrimas, para su nuevo ingreso, en la religión de la virtud y de la felicidad. Y la madre, si pobre, le ha servir agua, en el vaso más limpio de la casa; le ha de acostar en el rincón más abrigado del taller; le ha de vestir con la seda más rica de las caricias; le ha de mirar con los ojos más dulces de la pena; y si no tiene huertecillo propio, le ha de poner sobre el corazón árido y triste, siquiera una flor comprada en el mercado, siquiera una hoja cogida en la vera del camino. Entonces la parábola de Cristo tendrá su arco de triunfo, sobre el Día de la Madre, porque el hijo pródigo del Evangelio, habrá pasado del símbolo a la realidad.

¡Bella fiesta la de la madre! ha de ser como la del agua de la fuente; como la de la hierba en el campo; como la de la flor en el jardín; como la de la espiga en el sembrado; como la del ave en el nido: claro de pensamientos, fecunda de sentires, honda de emociones, sencilla de alegrías, rica de ca-

ridades, olorosa de virtudes.

La vanidad, la opulencia, no han de desnaturalizar las ingenuas solemnidades del ágape familiar. Cuando hay tantas madres que no comen; cuando hay tantos hijos, que no tienen que ofrecer a las suyas, sino el pan de sus penas, y el vino de sus lágrimas; las madres, los hijos, de proporción, de fortuna han de restar divinamente algo de su mesa, para llevar, un bocado de dicha, un sorbo de felicidad, al dismantelado hogar de los pobres. Ese es el banquete espiritual, de los corazones delicados, de las almas aristocráticas; no atiborrarse de viandas, no insuflarse de vino; sino regalarse con el manjar de virtud, con el vino de la satisfacción, que deja la alegría del bien ajeno. Cada familia, que tenga la holgura para ello, debiera llevar a su casa, en ese día, siquiera una madre pobre con su racimo de chiquillos, para atenderles, para agasajarles, para servirles. ¡Qué hermoso, qué confortador, qué sugestivo, mirar, cómo el pergamino sin sangre, de unos labios, pálidos, amargos, reseco, se pone fresco, rojo, dulce de vino, en las bodas divinas de la caridad!

El espectáculo de todos los días es la tragedia cotidiana de las urbes.

Allá va una mujer. Triste, dolorida, avergonzada va, porque no es traje lo que lleva; es un cosido de harapos que apenas cubren la rigidez de sus carnes, y no sirve sino para pañal de la peste y manto de la basura. La sigue un desarrapado grupo de ángeles de barro, a quienes en la hijuela divisoria del vestido, apenas les ha tocado un mendrugo de trapo; los alfileres del frío les están acetando inmisericordes sus cuerpecillos indefensos. ¡Pobre madre! Cetrina, cabisbaja, huraña; con el cabello desmelenado, con la boca contraída, con los ojos desorbitados; pasa de calle en calle, va de puerta en puerta, como una loba urbana seguida de su inocente grupo de recientes sin vellón. ¡Es el día de la madre!... Ha salido para comer envidia, para vestir dolor, viendo, cómo otras madres, cómo otros hijos, ricamente ataviados, ahitos de manjares, están celebrando aquel día en la ciudad.

¿Decídmelo: qué humanitario, qué santo, qué divino: tomar aquella mujer, tomar aquellos niños, y entrarlos amorosamente en vuestra casa y lavarlos y vestirlos y regalarlos; formando sociedad de socorros, cooperativas de caridad, con el agua que limpia, con el vino que alegra, con el pan que alimenta, con la tela que abriga, hacerlos felices con lo que a nosotros nos sobran! ¿Cómo saldrían después, esa madre, esos hijos? Bendiciendo con lágrimas de alegría la riqueza ajena;

cantándoles el pronóstico de la buena ventura, a quienes así, por un momento siquiera, les han sacado del mar, de la amargura, para sentarles en la ribera de la felicidad. ¡Qué día para esos niños! ¡Qué de cosas, irán a conversar, en el idioma del sueño, con los ángeles de su guarda; con esos que no tienen más pluma que la de sus alas, para bregar el cuerpo de la inocencia!

Hay que evangelizar la alegría. El dolor casi siempre es bueno, pero el placer casi siempre es malo, porque el corazón herido, es membrana tan sensible, que, sin quererlo, reproduce y hace suyas las vibraciones de la ajena desdicha; porque el alma flechada de penas, sabe casi siempre cristianizar su mal. Por el contrario, el placer satisfecho, egoísta, orgulloso, ve pasar la caravana humana, desde el balcón de sus holganzas, frío, indiferente, adusto, sin acercarse a ella, para no contagiarse de sus desgracias, cuando no, saludándola con la corrosiva mueca del desprecio.

Pero no solamente vivimos de la realidad presente; vivimos también del amor de los seres muertos, de las cosas idas; como los árboles, no hay corazón humano, que no tenga raíces bajo la tierra; eso lo saben mejor que nosotros los sepulcros. No hay quien que no tenga un pedazo de su existencia, en un hueco del cementerio. ¡Cuántas cruces del campo-santo, debieran estar más que sobre el polvo de los muertos, sobre el alma de los vivos!

Nada de lo que se va se muere. El espíritu se hunde en la inmortalidad, pero el cuerpo queda flotando, a ras del surco eterno, en las divinas metamorfosis con que la ceniza de los seres convertida en mariposas y flores, torna a vivir vida de Cosmos. Cada tumba no es sino la vida invertida; concavidad que nos abraza hacia arriba cuando se nace; concavidad que nos abraza hacia abajo cuando se muere!... La mortaja y el pañal, no son sino dos girones de una misma tela.

Y, si los seres que se fueron, del otro lado de la orilla de la vida, mal podemos hacer del olvido la religión de los muertos.

Esas flores pálidas y frías del cementerio como balanceadas por el viento, parecen que nos hacen señas misteriosas; son tal vez las manos, con que los muertos, llaman a los vivos para las caricias del recuerdo!...

Os hablo de estas dulces lobregueces de la vida, para que el Día de la Madre, los que la tenéis ya bajo tierra, sepáis que os espera. Visitadla, reverenciadla. Ella no os pide va-

nidad sino amor. Hermosos son, en el poema del sepulcro los mármoles, las lámparas, las coronas. Pero cuando nada ten-gáis, pues a nadie le falta, llevadle al menos, una rosa silvestre empapada en besos, un Padrenuestro mojado en lágrimas.

¡Cuántas madres de hijos muertos, sentirán en ese día, más intensa, la desnuda soledad de su abandono!

Piedad del amor, caridad de la pena, sería, el que los hijos, que aún tienen viva a la suya, fuesen a poner una corona sobre esas tumbas sin dueño.

La romería al cementerio, tendría una honda y divina sutileza. En un inocente panteísmo nos compenetraríamos con la tierra; conversaríamos con los muertos; rezaríamos con la hierba; y veríamos, como también, las que callaron para siempre, siguen rezando todavía. Y ya lo dijo un enorme poeta azuaño, al contemplar las hojas movidas por el aura sepulcral: ¡palpitación de las tumbas; ese follaje que tiembla, es el mundo ave maría de los muertos de la aldea!...

En ese día, como el héroe sin nombre en el suyo, la madre ignota, debe también tener, una corona tan grande, que, colgada de la más alta cruz del camposanto, alcance a abrazar, entre sus flores blancas, las cenizas todas de las que no dejaron ni su nombre en el libro de los vivos.

Y si todo esto debemos hacer con las madres de los hombres; ¿qué no debemos hacer, con la Madre Santa de Dios, cifra y arquetipo de todas las de la tierra?

En ese día hemos de acudir de preferencia, a la casa bendita de su Hijo eterno. Y en el templo, no solamente hemos de tender inmensos rosarios de focos luminosos, en las pilas-tras, en las arcadas, en los muros, como dando ojos de luz a la piedra, para que también la piedra contemple la hermosura de María; no solamente hemos de ahogar en flores los altares y pavimentos, para que también, la madera y el polvo, respiren con oloroso aliento, los pies de la Celestial Señora; ante todo, la hemos de estrechar en un círculo de corazonas, apretado, palpitante, inmenso, haciéndola centro divino y corona inmortal de nuestro amor. Ella es la luz; exquisito es el perfume; pero las almas, alumbran más que las bombillas eléctricas; huelen mejor que las flores de la tierra!...

¡Nada de vanidad, nada de opulencia, en la Virgen María: el puñado de pajas de Belén y el trozo de madera del Calvario, son las dos excelsas estrofas, que resumen en sí todo el poema infinito de su maternidad redentora!...

¡Mis labios vacilan! ¿qué puedo decir yo, ni en pálido elo-

gio de la divina Señora que tiene por escabel el sol y por manto, un girón de eternidad azul, bordado con el oro de las estrellas?

Ausente está de la tierra; os vuelvo a recordar, lo único que podemos hacer, en el Día de la Madre, para honrar a María, es ponernos la divisa blanca de una hostia dentro del alma. ¿Y luego?: el pasmo del silencio, que tiembla y adora.

¿Qué podemos hacer sus míseros hijos humanos, cuando el Hijo Divino, ha hecho del cielo, el Día eterno de su Madre?

Ah!, pero olvidaba algo que es todo: Ella, gusta más que de las estrellas de su manto, del corazón de nuestros hijos. *¡Juremos, hacer de la enseñanza católica, la corona de María en el Día de la Madre!....*

GONZALO CORDERO DAVILA

1885—1931

EL ARBOL DE MIS PADRES

"Cada día, en el huerto que él criara, muere algún árbol que sin él no pudo seguir luchando con la tierra avara.

Y, yo que sé que lo plantó su mano, me acuerdo de él y de congoja mudo—me abrazo a los despojos de ese hermano".

(De AMARITUDO MAGNA por G. C. D.)

I

Tierra enjuta y sedienta que se escalda al calor de todo el año, martirizada de sol, esetrilidad y melancolía, es la pobre tierra de Machángara, que tiene, rara vez, para las alegrías del campo, algún humilde harapo de verdura.

Limitan la extensión del valle íntimo, un yermo meridional, los barrancos grises del Tablón, la ladería escueta de Rumiloma y, por fin, bulliciosa o silente, la carretera blanca que está pasando a las últimas borrosas perspectivas.

Por la quietud de esa tierra entristecida de miseria, que calla su dolor a los vientos, las lluvias y los hielos, se fueron los primeros años de mi vida. Hoy, en una de las granjas de esa soledad mi voz ya no tendría resonancia; pero es dulce para mí convertir al ensueño a esa vieja madre avergonzada que nutrió mi infancia y despertó mis días al inefable albor de la belleza.

Y, en estas tardes solitarias de mi juventud venida al prematuro abandono de sus glorias, me alejo por la calle de Machángara. No alcanzo a la paz de las antiguas praderas recordadas, ajenas y distantes; mas, aún de que torno a la ciudad, el alma se me queda en las arboledas plateadas y brumosas entre la luna y el silencio, el secreto del valle que alegró mi

infancia y tuvo para mí flores que nunca le negó la naturaleza.

Seguía hoy tal ruta, en confidencia con la senda que siempre me vió con las piedras que sintieron mi reposo, con el agua dormida y transparente que se arrima a los setos de la vera; cuando hallé que, entre la arena y los guijarros, las verduzcas charcas y el cascajo, el césped y los añosos taludes de las puentes, perdíase y asomaba, aquí y allá, sugerente y delator como la huella de un crimen, un rastro purpúreo que erraba por el camino hasta largarse, campo adentro, a la calma de las solanas crepusculares y dolientes.

II

Mi vida es así, me apremia el sentimiento, me llama la atracción de lo vulgar, de lo que todos ven sin extrañeza; y, de repente, estoy sobrecogido por una exaltación supersticiosa y tenaz, concentración intensa de mis facultades en un ensimismamiento doloroso que será talvez en mi ser, la remota floración de extravíos que afligieron a mi stirpe.

En desvelo, afán de fatalidad y extrañas conjeturas, corrieron para mí esa vez, las horas de reposo; y vino, el amanecer sonriente y fui impulsado al mismo sendero que llenó mi infancia de tragedias.

La mañana con sol, rubia y jubilosa, ponía en cielo la alegría de millares de ojos azules; y el día, niño sano, despertaba contento y bullicioso a los encantos de la vida. En el agua, había luz; en todo el paisaje, color, perfumes y frescura; y en las cumbres lejanas y misteriosas por lejanas, alas de fantásticos seres invisibles, plegábanse y desaparecían las húmedas nieblas matinales.

Volví por el camino. Las manchas encendidas persistían, despidiendo ahora una grata emanación de floresta, de sándalo de corteza herida para encerrarse en grumos amorosos.

Me era familiar el buen olor vigorizante de esta senda, por donde se acercaba a la murria estólida de la urbe el encanto eglógico y saturado de amables tentaciones de ambiente campesino; pero más familiar resultaba para mí el perfume de esa sangre que tenía, dolorosa y resignada, el suelo que todos debían hollar, que habían hollado todos.

Evoqué en plácido vuelo por los tiempos vividos, el paisaje, el ser, la emoción a que tal olor correspondía. Y, como el olor suele ser el alma de las viejas memorias olvidadas que, ciegas y ensordecidas, responden sólo al blando llamamiento

del perfume, súbitamente emergió del fondo de mis años, al corjuro de esa fragancia, el huerto de la heredad y, en la mitad del huerto, nuestro hermano mayor, el gomero frondoso, crecido al riego de nuestros íntimos amores, milagro de verdura y de follaje entre la estoica aridez del contorno y la única copa lozana en que cantaron los pajarillos del contorno.

III

En los primeros días de su amor, mis padres, tocados de dulce apego a la naturaleza, de la sana inclinación a la vida del campo, compraron una granja, pusieron en la granja una alquería, y en la alquería su pasión ardorosa de afecto y juventud, pero austera en todas las lealtades y virtudes.

Cuando en el futuro huerto, las primeras semillas echadas en la tierra, en la tierra desnuda e indiferente, empezaban con el auxilio de las blancas manos de mi madre, a vencer la dureza hostil del suelo y el cobarde pimpollo, con la misericordia del agua, se hinchaba y extendía para recibir, cada vez más alto, los tímidos relentes matutinos; ya en el hogar había la idílica música del vaguido, y la felicidad patriarcal y serena, se arrulla en todas partes, ufana como paloma junto al nido.

Mi hermana cuidaba el gomero. Crecía el gomero, crecía mi hermana. El iba levantando su copa azul a la región sonora de los vientos. Un día le vieron todas las aves, anidaron en sus frondas, se posaron en él y hubo música perenne en el paisaje. Mi hermana creció así, llegó a Dios, y otra vez, cuando se alzaban desde el claustro monacal a la altura los blancos linos de su toca, le vieron los ángeles, bajaron a ella y desde entonces perdiéronse ambas copas florecidas en la inmensidad callada de los cielos.

LOS SANTOS PASOS

Salta de gozo y entona himnos de alabanza, casa de Sión, pues que se muestra grande en medio de tí el Santo de Israel.

[Isai., XII, 6.]

En los tiempos en que la creencia paseaba libre su esplendor por todas partes y en que el dictado de piedad, como lo es hoy para los que conservan el distintivo de su superioridad de espíritu, era una presea de gran valía; Don Juan Te-

lésforo de la Piedra, clérigo privado del don de la palabra, por compensar este vacío de su apostólico ministerio, ordenó en su testamento, con cuantiosa asignación, que se esculpieran las escenas más culminantes de la sagrada Pasión de Cristo; para que, en fervorosas procesiones, conmoviesen a las multitudes de su ciudad natal, en la forma que él había concebido, pero no pudo lograr, por designio del Cielo.

Así: ideada por el ensueño de un espíritu que, en las íntimas contemplaciones, mediría el abismo de dolor con que se nos mereció la gloria; y la eficacia del espectáculo terrible de un Dios puesto en todas las torturas que habían de purgar la culpa, quedó a correr, año tras año, las severas calles de Cuenca, la santa proccsion de los Pasos, a la que no poco influjo había reconocido nuestra tradición de religiosidad, y a la que se vinculó la ternura de las almas pecadoras o inocentes.

Con días de anticipación, las turbas campesinas, más ingenuas y devotas, eran convocadas a levantar en hombros las figuras evocadoras y dolientes que, en ostentación de angustias, ponían de nuevo entre nosotros el Drama horripilante a cuyo desenlace se partió en dos el velo de Jerusalén, para dejar abierto ante la humanidad de los siglos el escenario donde la Víctima Augusta, con el torrente desbordado de sus venas, inundó para siempre, de gracia los ámbitos de todo lo creado.

Las horas eran tristes y sombrías, impregnadas de esa austera soledad y melancolía que refleja en la naturaleza los sentimientos de pena y amor con que las almas se vuelven a su Dios martirizado; la paz de los agrestes horizontes que circuyen el poblado, contagiabase de emoción; y por las avenidas silenciosas y enlutadas, empezaba a afluir el pueblo todo, que no pecaba aún de las reticencias del utilitarismo político que veda la sinceridad, o de las miserias de la depravación moral que cierran los ojos de la razón y del instinto a la elevación anonadada del sér ante la Causa Suprema de las cosas.

Las chirimías agudas y monótonas, unidas al redoble sordo de cajas destempladas interrumpían por momentos el mutismo de la urbe; y, a eso de las seis de la tarde, cuando la luz se vuelve también llorosa, en uno de esos Martes Santos que se han descolorido en la memoria de los que ya vivían hace curarenta años, moviase todo el espeluznante cortejo por las calles más extensas de la ciudad; entre clamores de perdón, y doloridas voces con que la ternura femenina o la ingenua compasión popular, juntaba su llanto al de las Hijas de Jerusalén, asombradas y sollozantes ante la obra del odio de los hombres.

Iniciaba el desfile el grupo de la Última Cena, de grandes dimensiones, con su mesa suntuosa, provista de viandas, por los entonces ricos conventos de Monjas Enclaustradas; con sus Apóstoles de interesantes y variadas fisonomías; con su Divino Maestro, revelando en el rostro bañado de misericordiosos resplandores, no las angustias de la Pasión, sino el don infinito con que se dió sin reservas a la humanidad, a la prisión de siglos del Tabernáculo, en la adorable invención del Sacramento. Frente a la apoteosis del amor, iba, opaco, siniestro, fruncido y demente, el Traidor, estrechando a su cuerpo, que sería en breve pasto de las aves del pantano o de las bestias feroces, la bolsa en que su concupiscencia de codicia, guardaba el precio del que fue puesto en venta por los hijos de Israel.

Seguía la oración de Getsemaní, donde entre el verdor blanco y el verdor oscuro de olivos y *huapsayes*, prendidos de rosas profundamente rojas, que resolvían en tristeza de contraste la policromía de imposibles paisajes de dolor, se recortaba, con el rostro hacia la palidez de un plenilunio expectrante la silueta del Hombre Dios, en cuya Santa Humanidad empezaba a morder, en torturas de tragedia, el tormento del suplicio próximo, de la consideración de cómo debía expiarse cada culpa de las que sobre El pesaban, de las nuevas culpas que entenebreceían, en pos de su muerte los horizontes de la tierra; y, en fin, del abandono con que relegarían los hombres la dádiva infinita de su Corazón, cuantos siglos más, víctima indefensa de los horrores del pecado, al estrecho recinto de los Sagrarios del mundo.

Entre escultura y escultura, arrastraba su cauda de lustrín resonante y magestuoso, con el prestigio de las antiguas caperuzas o cogullas y la imponencia del carácter sacerdotal, un miembro del Capítulo, cuyos numerosos titulares bastaban a eslabonar como grandes pabellones negros tendidos por el suelo, los distintos grupos que conducía la santa procesión.

Venían, después del paso del Huerto de los Olivos, la reproducción exaltadora del Prendimiento, con su tropa de rostros patibularios, entre los que florecía, como en tierra abrojada de cardos, el Lirio resplandeciente de la Divinidad, cuya luz deslumbradora echaba a sus pies los energúmenos cohechados o enfurecidos por la Sinagoga; la Flagelación, en que los sayones con fiera de chacales, ensañaban los instrumentos crueles del tormento, constelados de rodajas punzadoras, garfios y puas en las carnes inmaculadas de un Señor desfalleciente, que inundaban en sangre de redención las baldosas del pavimento oscuro; la Coronación de Espinas, con la caña,

la burla de los pretorianos y la adorable cara del Salvador en aspecto de terrible congoja, imploradora y estremeciente: la Negación en su popular concepto, con el Nazareno maniatado a la columna, el Apóstol postrado y extático, ahogados en lágrimas los ojos polvorientos contemplando al que desconoció por el temor, y el Gallo, como símbolo y recuerdo de la culpa; Jesús, con la Cruz auestas, trémulo y mustio, con la inenarrable Faz que se copió en el lienzo de Serapia y la compañía de los dos presidiarios que iban a ser ajusticiados junto con El; el Calvario; el Descendimiento; y así todos los otros cuadros en que escultores anónimos supieron renovar eficaz, atrozmente, el desarrollo de la imponderable laceración y martirios con que triunfó para nosotros el Hijo de María.

Quien presenciase una de esas procesiones, entre la penumbra débilmente resignada ante los hachones de los fieles y que ponía relieves de alucinación y sombra a las grandes esculturas, debía quedar con el alma desvariante ante la encarnación de cuanto puede imaginar para el dolor la mente humana. Faltaba sólo el encuentro del Hijo con su Madre; y fué porque talvez allí el artista se reconoció impotente para idear la actitud, el abismo de emoción, la locura del pesar que, debieron humedecer en lágrimas infinitas los ojos de ambos; para concebir el poema inaudito de ternura con que se contemplarían el hijo herido, inerme y entregado a todas las furias del infierno rebelde, y la madre, sin arbitrios para defenderlo porque estaba abandonada a la voluntad del Cielo.

Entre las diez de la noche, de una noche lunada y sin campanas, después de partirse, como las piedras de Palestina, en pos de la muerte del Rabí, las almas de ésta nueva Palestina acongojada y creyente, después del deliquio sentimental de los niños y del torcedor lacerante del remordimiento en los hombres que medían la hechura de sus manos: sonando los golpes de pecho y el suspiro de la emotividad opresa en lo íntimo del corazón cuitado, disolvíase la gran manifestación de fe y amor que en comparsas funambulescas y meditabundas, devolvía su multitud a cada barrio.

Cuando el fin eterno era la atracción primordial de todos los afanes de la vida, en los días en que la verdad era única consejera de la acción, sin orientaciones menguadas, sin flaqueza de carácter, sin limitación de míseros humanos respetos, sin multiplicación de Judas, así florecía la piedad entre nosotros. Después: el "Crucifixe!" resonó en nuestras calles inocentes; quedó la fé para el hogar y, con guardia de escribas y fariseos, el sepulcro de nuestro honor se selló por muchos años!

JESUS ARRIAGA

San Jerónimo

El mundo no estudiará lo bastante la Biblia ni los Padres de la Iglesia, obras tan íntimamente enlazadas, que ni el católico ni el racionalista que intente penetrar en el alma de estos estudios, podrá divorciarlos. Para el sacerdote vienen estas materias en primera línea. Si estudiamos el Dogma, cada tesis trae sus pruebas de la Escritura en primer lugar, y a continuación de ella siguen los textos de los Santos Padres, que las más de las veces son anotaciones luminosísimas con que los acompañan. Si estudiamos la Moral, los Padres nos suministran argumentos tan cortos y eficaces que muchos de ellos han pasado ya al rango de axiomas y máximas de conducta, las que infiltrándose en los pueblos alumbrados por el Evangelio, civilizaron al mundo, que hoy olvidándolas vuelve a la barbarie. "Desde S. Atanasio hasta S. Agustín, dice el doctísimo Cantú, una serie de genios imprimió prodigioso movimiento al espíritu del mundo romano y a la opinión entre todos los hombres. Gracias a ellos, el Occidente adquirió nuevos dominios mediante un arma muy distinta de la espada"....

Pues bien, esta arma victoriosa que subyugó al Evangelio las naciones, y que en el mismo seno de la Iglesia dió a la verdad el triunfo sobre los heréticos errores, no ha perdido de su eficacia para la instrucción de los pueblos ni para la defensa de la fe. Es de desear y promover, entre el Clero en especial, la más frecuente lectura siquiera de las obras escogidas de los Santos Padres. Mientras los tenemos quizá postergados en nuestros estudios, son los Padres quienes van reduciendo de nuevo al aprisco de la Iglesia católica a muchos eminentes sabios que vagaban en las sombras del cisma y de la herejía. Muchos hay que andan a caza de novísimos oradores que les sirvan de modelo y guía en la cátedra sagrada; indudablemente irán más acertados en tomar las lecciones de Crisóstomo o

de Agustino, ante quienes se ofusca todo lucero.

Y en verdad, entre los Padres que exigen por hoy estudio más atento, culmina el *Doctor Máximo*. Como en ninguna época de la historia de la Iglesia, los sabios se han conjurado para destruirla por su base, que es la palabra revelada, contenida en su mayor parte en los Libros Santos. Los racionalistas los estudian hoy con una aplicación y constancia dignas de mejor intento, por ver de descubrir en ellos una obra totalmente humana. La Filología, la Lingüística, la Arqueología, la Historia, la Cosmología, la Geología, en una palabra todo lo que hoy se denomina Ciencia, se ha puesto al servicio de la Crítica, para dar en tierra con la Biblia. S. Jerónimo es con razón el Portaestandarte de la Iglesia, el Capitán de esa gloriosa falange siempre victoriosa y siempre militante que defiende, como las doce tribus de Israel, el arca santa donde se encierra el Libro inmortal en que Dios contó al hombre la misteriosa historia de su origen y del origen de las cosas, a la vez que le encamina a un fin no menos misterioso y admirable que su principio. Ningún sabio ha podido hasta el día aventajar al Doctor Máximo en la profundidad y rectitud de criterio con que ha estudiado las divinas Escrituras. San Jerónimo se impone, pues, al estudio de quien quiera penetrar con acierto en ese mar insondable, sin correr el peligro de convertirse en juguete de las olas, cuando nó en víctima de naufragio cierto.

Si hablamos del Doctor Máximo principalmente como del maestro de la exégesis bíblica, no es porque a ello se limite su fecundísima labor en el campo de la ciencia y de la acción: San Jerónimo fué para la Iglesia una joya de riquísimo valor con que Dios la dotó, para presentarla más bella y admirable ante los hombres. Sabio fué de primer orden; literato tan clásico y elocuente como Cicerón con quien merece hombrarse, al decir de Dom Cellier; teólogo y polemista, terror de todos los herejes de su tiempo; polígloto sapientísimo a quien nadie igualó; viajero y geógrafo dotado de raro espíritu de investigación concienzuda. Con tan abundante caudal de ciencia, ¿cómo no había de ser, como en efecto lo fué, el escritor más nutrido, correcto y elegante de su época? Y si pasamos a enumerar las dotes de su gran corazón ¡qué de encantos en esas sus cartas, en que sabe hermanar tan maravillosamente la dulzura y el ardor de la amistad con la amenidad clásica de un lenguaje, de un estilo inimitable, animándolo todo con la irresistible unción de lo más selecto de la Escritura Santa!

San Jerónimo no fué de esos sabios que se limitaron a sólo hablar y escribir: San Jerónimo fué hombre de intensísimo

trabajo, de eficacísima acción. Dígalosino su colaboración con el Papa S. Dámaso, de quien fué no sólo pluma, porque fué como el alma de su administración. Y por cierto que bien recia sentó su mano sobre los extraviados del clero de Roma, hasta el punto de verse el Papa Siricio, sucesor de Dámaso, para facilitar su administración, en la necesidad de separarse de Jerónimo, como lo explica detenidamente Benedicto XIV en el interesante prólogo al Martirologio Romano. Jerónimo, al retirarse de Roma dejaba establecida la vida monástica entre las matronas de la Ciudad. Cuánto deben la Iglesia, la piedad y la ciencia a esas almas que rompiendo el estrecho círculo a que se reducía la vida de la mujer, por encumbrada que tuviese su cuna, no le era dado aspirar a las alturas en que se ciernen la mente y el corazón del hombre. Paula y Eustoquio, núcleos de una esplendísima pléyade de damas romanas, entregáronse a los más arduos estudios de las lenguas orientales y de las ciencias sagradas, para penetrar mejor en el Santuario misterioso de la Biblia.

¿Y su propia santidad? Su penitencia, su ferviente espíritu de oración, sus ayunos y vigias, sus lágrimas copiosas y ardientes, su celo... hasta sus defectos, si, porque defectos los tuvo, pasan al través de las llamas que les devoran por la santa causa de la verdad. y se consumen como la estopa en el fuego. San Jerónimo era un Elías, su palabra era una fábula.

Pero mejor se desenvolverán estos pensamientos en los temas que hemos escogido para nuestro trabajo acerca del Dr. Máximo, a quien lo dedicamos, implorando su patrocinio, para que nos alcance verdadero amor e inteligencia de la Santa Palabra divina que los sacerdotes debemos dispensar a las almas y ante todo a la propia.

Trataremos, en compendio, de S. Jerónimo en los aspectos siguientes: el Humanista, el Exégeta y el Polemista.

El Humanista.

No todos tienen ventajosa idea del mérito del Doctor Máximo considerado como humanista, esto es, como esmerado escritor latino y distinguido conocedor de la llamada literatura clásica; sin embargo, cuando se leen sus obras, hállanse hasta en sus cartas deshojadas con profusión las flores más escogidas de los grandes poetas de Roma, frases y sentencias de sus más elocuentes oradores. Con cuánta oportunidad y buen gusto suele citarlos, con qué particular deleite se detiene en ellos, con qué facilidad se le vienen a la memoria: todo esto nos ha-

ce ver clarísimamente la gran cultura de su ingenio. Los tiempos que corren son tan singulares que gran parte de sus literatos y escritores tienen por bárbaros los siglos que pasaron, e increíble se les hace haya habido allá, en remotísimas edades, gusto literario delicado. De seguro que para muchos de esos literatos, dislate sería proponerles la lectura de este literato del siglo V y la imitación de su gusto estético. Pero, como estas líneas son para lectores de muy distinto criterio, sin recelo alguno bien podemos detenernos a considerar este aspecto del gran personaje que estudiamos.

Aunque se hallaba Roma, la gloriosa capital del más poderoso imperio que el mundo haya visto levantarse, a punto de la mayor catástrofe; aunque los vándalos golpeaban ya forzando las puertas de la Ciudad por antonomasia, no emigraba aún de sus cátedras la cultura latina; encendida estaba aún la antorcha de aquella gran civilización que mejor que las armas había alcanzado subyugar el orbe a sus plantas. En esa lámpara en que brillará la bellísima luz que alcanzó despedir el alma humana entregada a su propio esfuerzo, iba a depositarse además el óleo de la verdad revelada; romperíanse los muros de Roma para que esa luz brillara sobre todas las naciones y conquistara de nuevo a los conquistadores para el yugo de más alto Soberano. Los Padres de la Iglesia que por entonces brillaron, ellos fueron los héroes de la nueva conquista, y no vacilamos en contar a S. Jerónimo en primera línea. Antes de poner el aceite, se prepara el vaso que lo ha de recibir, antes de adquirir la asonibrosa riqueza del saber cristiano que adquirió más tarde, Jerónimo agotaba el saber pagano, cuyo gran mérito está en la forma, aún no superada por los siglos.

El mejor maestro de Roma era por entonces el célebre Elio Donato, immortalizado por dos esclarecidas obras, su *Ars gramática* que siguió estudiándose sin interrupción, y que por tan estimada mereció ser después de la Biblia la primera obra profana que se imprimió y siguió después reimprimiéndose innumerables veces. La segunda obra de Donato y la que más le ha immortalizado, es su discípulo Jerónimo, y no hay para qué añadir palabra en alabanza del venturoso maestro.

Cuántas circunstancias pueden contribuir para el más espléndido resultado en la formación intelectual de un alumno, halláronse reunidas para la formación del noble Dálmata, quien desde entonces mismo, se trasluce esto en sus escritos, fué admitido en la alta sociedad romana, en donde adquirió esa altivez y distinción de trato que no se alcanza con sólo los

libros. Esto se trasluce en las huellas que de su vida juvenil le quedaron hondamente impresas en el alma. Para sentir con tanta violencia las tentaciones que sentía en el desierto, preciso era haber bebido de la copa dorada con que solía brindar la elegante Roma pagana, que enbriagara ese corazón tan noble, de gusto tan exquisito. A esas dotes tan singulares añádase verdadera pasión por el estudio, abundante fortuna de que disponer sin cortapisas para comprarse libros, pagar amanuenses, y más tarde poder viajar, recorriendo todos los más notables centros del saber, y abriéndose todas las puertas con esas dos llaves maestras para el objeto, la llave de la plata y la llave de oro de su valor personal.

Jerónimo acaudaló, pues, inmenso saber primeramente en las ciencias humanas; pero, desde el principio de sus estudios, encaminó todos sus pasos hacia las ciencias sagradas que entonces comenzaban a formarse, y de las que él mismo había de ser uno de los principales creadores. Porque el cristianismo no dió principio por las teorías, ni los apóstoles y los evangelistas, como tampoco los primeros sucesores de ellos, no enseñaron la doctrina de la salvación con el encadenamiento lógico y humano con que hoy se enseña. Jerónimo, cual enorme bloque de magnífico mármol que se labra para incommovible monolito que ha de sostener el altísimo dombo de una extensa basílica, así se preparaba por la mano de Dios para ser una de las columnas de la Iglesia católica, de esas columnas de los Santos Padres, tan indestructibles como lo es la misma Iglesia. Cuántos primores hay que admirar en las obras maestras del arte, esos primores admiramos en San Jerónimo, si nos ponemos a considerarle minuciosamente.

¿Por qué hemos de tener por exagerada la alabanza que del discípulo de Donato hace Goetzler, cuando le llama "el progenitor de nuestros grandes humanistas?" S. Jerónimo lo repetiremos, es el progenitor de los mayores humanistas. Entre los autores clásicos usados en la enseñanza de esa lengua, las mejores colecciones incluyen siempre a S. Jerónimo en todas partes.

Ni se crea que cuando el ocupadísimo oráculo del mundo cristiano por entonces, por más que viviera una vida espiritual encumbradísima, por más que le tuvieran día y noche absorbido los estudios y meditaciones de la divina palabra, dejara de leer esos libros que fueron sus primeros maestros en el camino del saber. Es mejor que él mismo nos lo cuente. "Siendo aún joven, bien que retirado en el desierto de Calcidia, veíame incapaz de domar mis pasiones ardientes, mi constitución de fuego; si quebrado por el continuo ayuno, sentía

el alma incendiada en malos pensamientos. Por ver de vencerlos, púseme a la escuela de un monje judío converso. Dejé a un lado los ingenuos preceptos de Quintiliano, los ríos de elocuencia en que se desborda Cicerón, la gravedad de Frotón y al dulcísimo Plinio, y di principio a deletrear el alfabeto hebreo para estudiar esta lengua tan áspera y estridente en sus voces. La violencia que me hice, las dificultades en que tropecé, los repetidos despechos con que dejé el estudio y el obstinado empeño con que me arrastraba de nuevo a continuar, sólo yo que tanto he padecido, puedo decirlo: testigos son los que conmigo vivían por entonces. Y ahora doy gracias a Dios que una semilla tan acre me ha dado una cosecha de tan regalados frutos". (1) De intento hemos citado este pasaje, para que se conozca la fortaleza y decisión que San Jerónimo llevaba al estudio, a la vez que cuán enamorado vivía de los autores latinos.

Era tanta su afición a los clásicos que aún entregado como él sabía entregarse a sus empresas, a la más rigurosa vida ascética y mística, cual nos asombra en la lectura de los Padres del yermo, allá al desierto había llevado los más selectos escritores paganos. Examinábase la conciencia y espiaba los latidos de su corazón el devotísimo anacoreta; por las palabras suyas que vamos a copiar se ve que le hacía cargo de conciencia digno de horrendo castigo aquella para él desordenada afición. Leamos una de sus más bellas páginas: "Desgraciado yo! Ayunaba para leer a Cicerón. Pasábame las noches en vigilia, y después de haber derramado abundante llanto al recuerdo de mis pecados, tomaba a Plauto. Volviendo en mí, leía a los profetas; hallaba tosco y desaliñado su lenguaje. Ciego! culpaba a la luz en vez de culpar a mis ojos. Así es como la vieja serpiente jugábase conmigo, cuando mediada ya la cuaresma, acometiome una fiebre interna que prendiendo en un cuerpo consumido por la falta de descanso, devoróme en forma que apenas si los huesos se mantenían unidos; preparaban ya mis funerales, mi carne estaba helada, un *si no* de vida hacía latir aún mi corazón. De repente fui arrebatado en espíritu y llevado al tribunal del supremo Juez. Era su luz tan deslumbradora, fulguraban tanto sus ministros, que rostro por tierra, no me atreví a levantar la vista. Preguntáronme quién yo fuese; contesté: cristiano.—Mientes! me dijo el Juez; cice-

(1) Ep. CXXV, ad Rusticum.

roniano eres, que no cristiano; pues en donde está tu tesoro allí está tu corazón. Callé; al golpe de las varas, porque ordenó el Juez que me azotaran, y atormentado más por amargos remordimientos, repetía entre dientes este versículo del salmo: *¿Quién te ha de alabar en el infierno?* Clamé bañado en llanto;—¡Misericordia, Señor, misericordia! Mezclábanse mis clamores con los chasquidos de los azotes. Por fin, los que estaban presentes arrojándose a los pies del Juez, le suplicaron excusara mi mocedad y me diera tiempo para penitencia, y que me impusiera castigo severísimo si reincidiera en la lectura de libros paganos. Yo, que para escapar del aprieto en que me hallaba, hubiera hecho aun mayores promesas, juré tomando por testigo su nombre y dije:—Señor! si en adelante guardare o leyere todavía libros profanos, que se me castigue como si de Vos hubiese renegado. Hecho este juramento, me soltaron, y volví al mundo. Admiráronse al verme abrir los ojos, pero inundado en tal diluvio de lágrimas que mi dolor persuadió a los más incrédulos. Nó; no fué uno de esos sueños vanos que nos alucinan: pongo por testigo a ese tribunal ante cuyo acatamiento estuve postrado, testigo, la sentencia que me dejó aterrado. Quiera Dios no me vea jamás puesto en semejante interrogatorio. Tenía aún las espaldas magulladas; al despertar sentía aún los golpes; desde entonces estudié los libros santos con más ardor que había estudiado los profanos" (2).

Con reprensión tan severa ¿se extinguió en adelante para siempre la afición del recalcitrante humanista? Era de creerlo; y si volviese a las andadas, era de aplicarle esa pena que con su boca pronunciara. Más tarde, cuando la polémica con su examigo Rufino, éste, leyendo las repetidas citas con que Jerónimo ornaba sus escritos, escandalizado le echaba en cara ese sueño misterioso y le trataba de perjuro por haber quebrantado el propósito consagrado con un juramento. Por otros principios resolvió Jerónimo su caso de conciencia: esa clase de juramentos no obligan cuando obstan a mayor bien y servicio de la Iglesia, tanto más que había sido hecho en un estado semiinconsciente; pero si se dedicó desde entonces con mayor tesón al estudio y meditación de las Escrituras. Nosotros que podemos saborear los exquisitos frutos de la ciencia tan compleja del Doctor Máximo, con razón habríamos notado en él una decadencia nada honrosa para las letras cristianas, si él prescindiera de aquella corrección de forma que a los clásicos arre-

[2] Ep. XXII, ad Eustochium.

batara. Pero oigámosle sobre el particular: "¿Por qué admirarse de que la sabiduría profana me haya encantado con la gracia de su habla y la belleza de sus contornos? ¿Y qué de una esclava que cautivé intente yo hacer una hija de Israel? Lo mortífero que en ella encuentro, como idolatría desenvoltura, error, malas pasiones, lo arranco; de mi enlace con una esposa sin mancha me nacen siervos del verdadero Dios, con lo cual acrecienta la familia de Cristo". (3)

Largo, muy largo tendríamos que escribir si quisiéramos entrar en detenido estudio de las bellezas literarias del más humanista de los Padres y de los cristianos todos. El, en los más áridos desiertos ha hecho brotar con profusión las flores más bellas del jardín de Cristo. Su vida de San Pablo primer ermitaño, que a cada paso presenta cuadros de indecible encanto, y que un pintor pudiera narrarla cumplidamente con sólo su pincel, está demostrando la sorprendente riqueza de una fantasía ante cuya potencia creadora se avasallará cualquier artista. Sus cartas, sobre todo las más espontáneas y no estudiadas, modelos son de primor en que se admira el corazón del Santo, ese corazón, vaso helénico, lleno de sentimientos los más nobles y delicados. ¿No fué ése su estilo en que servía a las damas romanas los más exquisitos y sustanciosos bocados de la mesa de Cristo, el anzuelo con que hizo tan abundante pesca en el mar del mundo más revuelto para ganarlas a la vida austera del desierto? Inteligencias tan cultas cuales fueron Paula Blesila, Eustoquio y sus compañeras y amigas ¿podían acaso ser indiferentes a las ventajas que les ofrecía espíritu tan subido en toda cultura? No hemos de disimular que algunas de sus mejores cartas que se incluyen por modelos literarios en las colecciones de autores selectos, pecan por hinchadas y demasiadamente estudiadas; nótese en ellas cierto estilo rebuscado, cierta elocuencia más bien en la forma, a pesar de serle tan favorable el tema. El ejemplo de esto nos parece la carta a Heliodoro, en la cual, no obstante, hay gran mérito literario.

San Jerónimo es uno de los Doctores más fecundos; voluminosas son sus obras; oro depurado el que en ellas se contiene. No hay como ellas para el estudio de las Escrituras; pero de ese punto hemos de tratar en párrafo aparte, que la materia sobreabunda y es harto interesante.

[3] Ep. LXX, ad Magnum.

El Exégeta.

Toda esta extraordinaria preparación literaria y científica encaminábase en el plan de la Providencia a dotar a su Iglesia con uno de esos hombres que hacen época en la humana peregrinación, y orientan el rumbo que el mundo ha de seguir para arribar a sus altos destinos. Perdida u ofuscada la revelación primitiva de que tantos vestigios han quedado en las mitologías y tradiciones de todos los pueblos, dió el Señor nuevas enseñanzas por medio del Antiguo Testamento, cuya custodia se confió a la nación más aislada de las naciones antiguas. Si desde su origen fué el hebreo una lengua poco difundida, obscurecióse más con las conquistas de Alejandro, a las que se sucedieron con idéntico resultado las de Roma. Con la dispersión de los judíos, lanzados de su patria a los cuatro vientos, el hebreo casi desapareció y llegó a la condición de lo que se llama lengua muerta: raros y egoístas eran los que en tiempo de S. Jerónimo la conocían, y ellos mismos, así la quisieran enseñar, sólo a escondidas y como cometiendo una traición a la patria y la religión podían aventurarse a comunicarla.

Es verdad que oportunamente habían conseguido los judíos de Alejandría una versión de los Libros Santos al idioma griego, llamada la versión de los Setenta, que fué de la que usaron los Apóstoles y los Evangelistas, la cual hecha en el griego popular, no en el literario, sirvió poderosamente a la difusión del Evangelio en las regiones del mundo Oriental, y también en buena parte del Occidente, una vez que el griego llegó a ser hasta ciertos límites el idioma universal. No obstante, el mundo estaba desequilibrado tal vez para siempre, la civilización se trasplantaba decididamente al Occidente, en donde, mientras más se avanzaba, menos se entendía el griego. La versión de las Escrituras, inclusive el Nuevo Testamento escrito primitivamente en griego, se hizo del todo necesaria, y se llevó a cabo quizá desde los días mismos de los Apóstoles: tal fué el origen y la razón de la versión primera de las Escrituras al latín, llamada la *Itálica*. Lo propio que su original de donde era trasladada, el griego, hízose en el latín del pueblo, siguiendo con todo acierto el proceder del divino Maestro, que no quiso establecer escuela de unos pocos iniciados por privilegio, sino que, desentendiéndose de los sabios del siglo, hizo discípulos suyos a los más rudos galileos, y constituyó a éstos maestros del mundo, oráculo de los sabios: obra que jamás soñaron ni Aristóteles ni Platón. El lenguaje de las Es-

crituras no es, pues, el lenguaje de los sabios; éstos, para llegar a comprenderlas han tenido que abajarse hasta el nivel de los literatos, estudiar su gramática, almacenar en la memoria su léxico para entender la divina palabra. Pero el mismo afán de todos por adueñarse de este divino tesoro, fué causa para que se corrompieran las copias así como se multiplicaban. A lo cual se añadía el desacertado proceder de los que, pretendiendo mejorar su haber, añadían anotaciones, arrancaban textos de otras partes de las Escrituras para formar comentarios, se permitían hacer correcciones; y los amanuenses que dormitaban a menudo en tarea tan monótona y delicada, cometían innumerables yerros. Así que, en breve, iban perdiendo los textos su autenticidad, iba a desaparecer el único tesoro verdadero del hombre: la palabra divina. ¿Cómo remediar el daño ya sucedido, cómo prevenir el inminente?

Dios que cuida con tanto esmero de la salvación del hombre, tenía ya puesta en Jerónimo la salvaguardia de la palabra divina. Con el inmenso caudal de su ciencia emprendió primeramente corregir la Itálica, poniéndola en armonía con la versión de los Setenta; por fortuna, ese trabajo desapareció casi por completo a poco tiempo. Mejor inspirado púsose a traducir las Escrituras de los respectivos idiomas originales. Fuéle preciso dedicarse al más cabal conocimiento del hebreo y del caldeo; consultó gran número de textos, estudió detenidamente las Hexaplas de Orígenes; trató con los mejores maestros de entonces en las Sagradas Letras; recorrió la Palestina, Biblia en mano, para verificar lugares y sucesos; pagó bien caro a los maestros que podían darle luces, revolió cuanto libro hasta entonces se había escrito, de suerte que llegó a ser la Enciclopedia viviente del saber humano en aquella época, cosa por entonces no tan imposible como al presente. Y con todos estos auxilios naturales, el mandato de S. Dámaso Papa, y sobre todo, con los auxilios de la divina gracia implorada en continua vida de oración y penitencia, propia de las almas que de él dependían, entró decididamente al trabajo. Los primeros libros que vertió fueron los del Pentateuco; no hizo la versión de los otros sino como la ocasión lo exigía, lo más por dar gusto a personas amigas que se lo pedían. Tradujo S. Jerónimo, según parece, todos los libros denominados *protocanónicos*, los *deuterocanónicos* que existen en los ejemplares usuales de la Biblia son de la antigua versión itálica.

Trabajo tan necesario y meritorio que debiera haber sido el desideratum de sabios e ignorantes, lejos de ser debidamente aplaudido y aceptado, halló no sólo indiferencia sino aun posi-

tiva desaprobación, hubieran sido únicamente los ignorantes quienes así procedieron! Sabios y santos como el incomparable S. Agustín, eran de contraria opinión. S. Jerónimo persuadido como estaba de la necesidad de su labor, apoyado con la palabra del Papa S. Dámaso, y de incontrastable temple de ánimo, no era hombre que cediera en sus propósitos. Las críticas no conseguían sino réplicas fulminantes, ironías y quejas. Conviene que le oigamos para apreciar mejor el espíritu del benefactor que tantas amarguras arrojó para prestar a la causa de Dios tan eminente servicio. "Cuando pensaba que mis latinos me lo agradecerían, porque despertaba el pensamiento de los nuestros al aprendizaje, cuando ni los griegos se hostigan con tantas versiones del latín, se me imputa a culpa por aquello mismo, y véome constreñido a pasar bocados que me dan náuseas. Pues, entonces a qué quedaremos, si es crimen el ser inocente?"

En otro lugar expresa con amargura esta queja: "Si me ocupase en tejer una cestilla de juncos o entrelazar hojas de palmera..... nadie me mordería, nadie me censurara. Pero ahora cuando, siguiendo la máxima del Salvador, pretendo labrar el pan que no perece y limpiar de malezas y espinas el antiguo camino de los Libros divinos, me destrazan con diente mordaz; si corrijo los yerros me llaman falsario, sembrador, no extirpador de errores. Tan reñida es la aña corruptela, que aun reconocida, son placenteros los vicios: pues hay quienes prefieren más bien ser dueños de elegantes que no de correctos manuscritos."

Los que procedían por pasión en sus erradas críticas, ni conocida la verdad habían de desdecirse: esas sentencias suelen ser irrevocables. No sucedió lo mismo con S. Agustín: así que el sapientísimo Doctor de Hipona, viéndolo más despaicio, notó su primera equivocación, varió de opinión, y en lo sucesivo estudiaba y aún citaba la nueva versión con aplauso. Si no la introdujo en el uso público de su iglesia fué más bien por no causar trastorno en la liturgia, y no dar ocasión de escándalo a los flacos: este mismo era el parecer de Jerónimo, que lo expresa con estas palabras: "Lo que trasladaron los Setenta, lo ha de cantar la Iglesia por razón de antigüedad; pero aquello (la nueva versión) lo han de aprender los estudiados para saber las Escrituras."

Obra de tan alto mérito pronto se abrió campo entre los más distinguidos personajes, se divulgó rápidamente, reemplazó después por completo a la defectuosísima Itálica. Citábala Hesiquio, discípulo como S. Jerónimo de S. Gregorio Nacianceno. S. Gregorio Magno, como él lo dice, iba confrontando

las dos versiones para pesar su mérito; concluyó diciendo de la de S. Jerónimo: *credendum est quicquid in ea dicitur*. San Isidoro de Sevilla dice de la Vulgata, que así dió en llamarse la versión Jeronimiana: "*Veracior in sententiis, clarior in verbis*".

La versión de que tratamos, no la hizo su autor como obra de mera habilidad literaria; para llevarla a cabo se propuso un plan bien pensado, y lo desempeñó a su satisfacción, a satisfacción del mundo sabio y de la Iglesia. Deshechó el sistema de las versiones literales, proponiéndose trasladar más bien el pensamiento que no las palabras, ni la forma del escrito hebreo. Le fué para ello preciso hacer un prolijo estudio comparativo de las formas de los idiomas: he aquí para qué llegó a servirle ese profundo conocimiento de la literatura latina clásica. Ahora se explica con entera claridad el por qué de no haber cortado del todo su trato con los autores paganos después del horrendo sueño.

Puso el traductor especial cuidado en evitar el error de Aquila especialmente, quien traduce los modismos *ad pedem literae*; en donde es posible dar campo a la elegancia, sin perjuicio de la fidelidad, aprovecha la ocasión el hábil intérprete. No nos detendremos más en ponderar estas dificultades, que el lector ya se hará cargo de ellas.

¿Salió airoso en su intento el distinguido humanista?

Hay quienes porque leyeron en su primer año de latinidad el tan divulgado Epítome de Lhomond, extractado de la Vulgata, por hallarlo tan fácil, tan parecido al castellano, juzgan de la traducción de la Vulgata como de obra sin mérito alguno de lenguaje, como obra de un bárbaro ramplón. Verdad que no está la Vulgata en el difícil latín de un Cicerón; verdad que tiene el demérito de que podemos entender fácilmente su contenido; a muchos nos es placentero lo que cuesta grandes esfuerzos. Pero, recordemos que la Vulgata se escribió para el vulgo; S. Jerónimo también sabía escribir con la elegancia y el hipérbaton ciceronianos; no escribió generalmente así, porque no serán Cicerones sus lectores; el que habla y escribe, habla y escribe para los vivos, no para los muertos; y no obstante, el mérito literario de la Vulgata no es común. El sabio humanista, cual madre cariñosa que para enseñarle a su parvulillo que hable, que rece, deja de intento su pronunciación correcta, y comienza a balbucir como su pequeño. Pregunto ¿cuándo es más maestra la madre, si cuando habla con las personas de su edad y condición, o cuando balbucea con su infante? Así como Cristo dió su doctri-

na en lenguaje sencillo, popular, siendo como era la Sabiduría del Padre, porque la dió de preferencia para los pequeños, la Vulgata se tradujo con el mismo espíritu de Cristo, en lenguaje sencillo, humilde, porque es para todas las almas, especialmente para los humildes, los iliteratos.

No exageremos la pobreza literaria de la Vulgata. El artículo que Mangelot consagra a la Vulgata en el *Dictionnaire de la Bible* de M. Viguoroux, compendia así el punto que tratamos: "Por unánime confesión de los críticos modernos, la obra de S. Jerónimo es la mejor de las antiguas versiones de la Escritura... Su mérito nace de los esfuerzos concienzudos del autor para realizar con seriedad su empeño. Las traducciones precedentes, o bien eran ensayos destinados a poner los libros santos de los judíos y de los cristianos al alcance de tantos fieles que ignoraban las lenguas originales, o bien versiones de versiones.... Al lanzarse S. Jerónimo directamente a los textos originales, ora para corregir la Itálica del Nuevo Testamento, ora para dar a conocer a los cristianos la *veritas hebraica*, S. Jerónimo tendía a fin más alto que la mera utilidad práctica; él se propuso dotar a la Iglesia de un trabajo científico. Consiguió en gran parte el fin que se propuso. Su versión combina con acierto las investigaciones personales con el respeto a la tradición judía y a la cristiana; satisface las justas exigencias del buen gusto, y cumple con todas las condiciones necesarias para que sea un trabajo excelente".

Esclarecido literato hay que se ha propuesto manifestar cuánto ha influido el lenguaje de la Vulgata en el enriquecimiento de los idiomas de procedencia latina. Nuestro castellano, qué de tesoros ha sacado de esa mina inagotable. Cuántas frases populares tomadas de la Vulgata, cuántas alusiones hermosísimas y elocuentes, y sobre todo, cuántos refranes o *pequeños evangelios*, que tiene a porrillo el castellano y que en gran parte son máximas de la Biblia, nos han venido por la canal de oro de la Vulgata. No se puede negar el influjo de los trabajos de S. Jerónimo en el castellano.

Dejando esta digresión, réstanos ver como cuestión imprescindible el valor canónico de la Vulgata. No hay quien ignore ser el texto preterido por el Concilio de Trento, que lo declaró de uso obligatorio entre los católicos para todos los actos públicos en que haya de acudir a las Santas Escrituras. ¡Hasta qué altura ha subido con esto el inmortal trabajo del Doctor con razón llamado *Máximo*!

Se pregunta si ese decreto tiene alcance dogmático o simplemente canónico. Generalmente niegan lo primero y admi-

ten únicamente lo segundo. Se pregunta de nuevo ¿cuál es el alcance de esta ley? ¿Quedan por ventura anulados los textos primitivos, y sin lugar ninguna observación acerca de los defectos o inexactitudes de que puede adolecer y de que en verdad adolece la versión jerónimiana? La práctica de las escuelas bíblicas de la Iglesia, los innumerables estudios que al respecto se hacen, promovidos por la misma Iglesia, particularmente en nuestros días como nunca, dan la más fácil y pronta respuesta a estas cuestiones. No es posible negar el gran adelanto científico en el mundo realizado de S. Jerónimo para acá. Es de admitir que a pesar de esto el Doctor de las Escrituras no haya descendido de su puesto de Máximo, y todos, católicos y protestantes, y hasta los mismos racionalistas, rindan su tributo de admiración al incomparable sabio que hizo, sin los auxilios del día, estudios tan acertados que en su conjunto no hay quien los derroque. Las obras exegéticas de S. Jerónimo son, pues, todavía un caudal inagotable de ciencia para los sacerdotes.

La Vulgata es para la Iglesia, a par de los libros litúrgicos, el mayor tesoro suyo; pues en él está el depósito de la palabra divina. La Biblia, como es sabido, en los altares de la primitiva Iglesia se conservaba al nivel de la Santísima Eucaristía, y delante de los libros santos ardían lámparas perennemente; vestigios de este culto son los honores con que hoy se reverencia el Misal cuando se lee o canta la Epístola o el Evangelio: el ministro, lo lleva sobre su pecho, lo coloca sobre un atril o mejor sobre las manos y la frente de otro ministro, arden cirios a sus dos lados en las manos de dos acólitos que simbolizan ángeles, se incienso el libro haciendo las prescriptas reverencias, y concluido el canto del texto sagrado, lo besa humilde y fervorosamente el preste. El objeto de tan alto culto es en la Iglesia Occidental el texto latino, el texto de la Vulgata, que es el adoptado para las Epístolas y Evangelios; aunque en las demás partes, como en los Introitos, Graduales, Ofertorios y Comunión suele conservarse el texto de la Itálica.

El Polemista.

Era la época más peligrosa de la vida de la Iglesia; incendiábase la casa, y muchos moradores de ella ciegos, echaban mano a sus más preciosos bienes y los arrojaban a las llamas para apresurar la destrucción. Los herejes pululaban en ese mundo oriental entregado siempre más al pensamiento que

a la acción. Formóse entonces por la misma necesidad un cuerpo de salvamento: los más grandes polemistas, si prestos a dar su sangre, como lo hicieron los mártires en defensa de la verdad, diestros también en saber conservarla, salvo el honor, para tormento y desesperación del enfurecido enemigo. Los primeros apologistas no pudieron menos de herir al paganismo, su primer adversario; de la apología a la polémica no hay más que un paso, y bien se puede asegurar que ese paso ya se había dado cuando se presentaron los grandes doctores, quienes expurgaron el campo de la Iglesia de los enemigos de ella, que so color de explicar su doctrina, disfrazados de cristianos, le hacían guerra más cruda y peligrosa. Mucha sabiduría y prudencia necesitaban, así para discernir las partículas de oro fino de la verdad que capciosa o temerariamente mezclaban los herejes con las escorias del error, como para distinguir del conmitón que incauta pero inocentemente se extravía y va a parar en las filas del enemigo, sin quererlo, al traidor que se desliza entre los primeros cuerpos, y al enemigo que astuta u osadamente hiere y se adueña de la fortaleza. ¿Por qué extrañar entonces que en medio de tan revuelta lidia hayan ocurrido lamentables equivocaciones? ¿Por qué escandalizarse de la voz de alarma lanzada por los centinelas apenas discernían un bulto, sin distinguir bien si era de los propios o de los enemigos? Así el grito intempestivo les hubiera de costar la vida, no por temor dejaban de dar su alerta esos valientes.

Con estas consideraciones podemos proceder al estudio de S. Jerónimo en su carácter de polemista, que es uno de sus más notables distintivos.

La primera obra polémica que de S. Jerónimo se menciona es su libro *In Helvidium*. Este Helvidio era un discípulo del arriano Auxencio, obispo usurpador de la sede de Milán. Helvidio presumía de elocuente, y sea por ganarse fama de tal o por atacar a un católico llamado Cratero, escribió un desgraciado libro contra la perpetua virginidad de María, y con tal ocasión, contra la virginidad en general. Desde luego, aunque instado S. Jerónimo, no creyó mereciera respuesta escritor de tan poca significación, y que sería darle una importancia que no tenía; pero cedió a las reflexiones del daño que entre algunos pudiera hacer ese libro. Los argumentos de Helvidio contra la perpetua virginidad de María se fundan en estas tres palabras del Evangelio: *priusquam, donec y primogenitum*, argumentos que el Santo Doctor disolvió con suma facilidad, citando lugares de las Escrituras en los que esas palabras tie-

nen sentido muy distinto del que Helvidio pretendía. Como es argumento que se repite en las clases elementales de Teología no daremos por extenso las respuestas. Si nos complacemos en citar los autores que el Doctor Máximo alega en pro de dogma tan glorioso para la Santísima Madre de Dios, y son: Ignacio mártir, Policarpo, Justino, Ireneo y otros discípulos de los Apóstoles. Afirma que estos testigos de la tradición refutaron ya de este error a Ebión, Teodoto de Bizancio y Valentino. Hermosa es por su devotísima aspiración la manera de terminar Jerónimo su refutación del blasfemo Helvidio. Haciendo solidaria su defensa con la de María, dice así: "Injurias son las que de ti aguardo; pero serán para mí una gloria verme despedazado por esa boca que vomitó blasfemias contra María, puesto que es glorioso al siervo ser tratado como la Madre de su Señor".

Ya vamos notando con esta ocasión el profundo y encendido amor de Jerónimo a la Santísima Virgen María. A los cansadísimos escritos del protestantismo que apadrina a Helvidio, dada está hace quince siglos la terminante refutación.

Su segunda obra polémica fué enderezada contra Joviniano, monje relajado que vivía en Roma y pretendía hacer admitir como reglas de vida cristiana y santa sus desordenadas costumbres. Aunque fué su doctrina condenada por el Papa Siricio, se le pidió a Jerónimo, que residía por entonces en Palestina, una refutación. Bastóle al maestro exponer la doctrina de S. Pablo acerca de la virginidad y del matrimonio para desvanecer los sacrílegos sofismas del heresiarca. Por igual camino refutó los errores del ascetismo nivelador de aquel monje que pretendía ser en todos iguales así la malicia de cualesquiera pecados como los méritos de cualesquiera virtudes; es decir que es lo mismo un pecado venial que uno mortal, y que la retribución para todos era igual. Vióse después San Jerónimo precisado por instancias de su amigo Pamaquio, a explicar y defender su doctrina sobre el matrimonio, bastante apocado en los términos al compararlo con el valor y alteza de la virginidad. Poca sustancia hizo de las críticas de cierto monje joven que aún insistía en tildar la doctrina de S. Jerónimo después de la respuesta a Pamaquio, y concluyó diciendo: "Sepa el tal que ni censuro las bodas, ni condeno el matrimonio".

Hablemos ya de otra polémica, la dirigida contra Vigilancio. Era este heresiarca un gascón, tabernero hijo de tabernero, antes que le ordenaran sacerdote de la iglesia de Barcelona. Por recomendación de S. Paulino le acogió Jerónimo en

Belén; allí el taimado se impuso de las doctrinas de su Huésped y salió a propagar errores. Renovó los de Joviniano, combatió el culto de los santos y de sus reliquias y varios puntos de la sagrada liturgia. Como pretendiese apoyar sus errores hasta en apócrifos, San Jerónimo que como polemista no se contentaba con sólo cortar las ramas del árbol venenoso, sino que quisiera extirparlo de raíz, a serle dado, después de rebatir al traidor, para manifestar su ignorancia y así desprestigiarle mercedamente escribió esta censura: "No es tu oficio hablar de doctrina, porque mucho va de conocer el verdadero sentido de las Santas Escrituras a juzgar de la buena ley de una moneda de oro, de catar el vino a entender a los Profetas y Apóstoles".

En su *Diálogo contra los Luciferianos*, en que supone una disputa entre un católico y un luciferiano llamado Heladio, toma la defensa de los Padres del Concilio de Rimini que fueron sorprendidos con una fórmula falaz y cayeron sin quererlo en el arrianismo.

Más sonada e importante es su polémica con Rufino, su antiguo amigo; ocasionáronla algunas cartas que así de Rufino como de Jerónimo predispusieron los ánimos de ambos al choque declarado, con motivo de la traducción y apología que de Orígenes hizo Rufino, en la cual acusó de errores e inconsecuencias a S. Jerónimo. Después de formular su defensa en otra apología, S. Jerónimo acusa a su adversario de varios errores de Orígenes. Rufino le escribió una carta pidiéndole acabar la disputa; pero en términos tales que más bien contenían amenazas contra Jerónimo, a la cual contestó con estas palabras: "Si quieres la paz, depón de armas; yo podré ceder si me hablas con dulzura; amenazas, no las temo. Tengamos una misma fe y tendremos al punto paz".

En este brevísimo resumen de las polémicas de S. Jerónimo no es conveniente que las sigamos en sus detalles. Bien ruidosa fué la querella de los dos, antes íntimos amigos, acerbabas las palabras con que mutuamente se lastimaron, hasta el punto de arrancar de la pluma de S. Agustín una elocuentísima página en pro de la caridad cristiana entre esos corazones resentidos y airados que se maltrataban sin piedad. No se puede, en efecto, desconocer que la caridad en las disputas, ya que son en ocasiones triste necesidad de la condición humana, obliga más cuando los pugilistas son soldados del mismo cuerpo, mayormente en tiempo de campaña, cuando se tiene el enemigo al frente. Oigamos esa voz elocuente, serena y amorosa del caritativo Agustín: "¡Cuán cierto es que to-

da la vida del hombre sobre la tierra es una continua tentación! Si en algún lugar me fuera dado encontrarme con ambos juntos, yo me echaría a vuestras plantas, transido de dolor y de temor; bañarías con mi llanto; con toda mi ternura, con toda la caridad que os tengo os suplicaría, por lo que cada cual se debe a sí propio, por lo que os debéis mutuamente, por aquello que debéis a los fieles todos, en especial a los más flacos por quienes murió Jesucristo, a quienes estáis dando en el teatro de esta vida espectáculo tan terrible y pernicioso... os suplicaría, repito, que no os propinéis el uno al otro escritos que no es posible borrarlos, y que con sólo esto serán eterno obstáculo a vuestra reunión; porque, a la mínima ocasión podréis agriaros y encender la guerra de nuevo. Francamente os confieso que es sobre todo este ejemplo el que me ha hecho temblar al leer algunas líneas de la carta que me escribís, en la que veo tanta pasión".

Observa Rohrbacher que, sea por esta carta, sea por su última réplica S. Jerónimo no escribió ya más contra Rufino.

Parece cosa increíble que estos dos atletas, Jerónimo y Agustín, cuyas figuras se acrecientan con los siglos, hombres de decisivo influjo en los destinos de la Iglesia, ellos que animados de incomparable celo en defensa de la verdad, y por la salvación de las almas, ellos que tanto se llegaron a conocer, bien que jamás lograron verse, casi apenas comenzado su trato epistolar, se hallaron en la posición de adversarios dispuestos al combate. Y ¿cuál era la causa de su disenso? Cristianos débiles hay que se escandalizan fácilmente si llegan a saber que dos prelados han entrado en disputa, que se tramita la causa, que se da una sentencia, que el uno sale vencedor y vencido el otro. Ignoran u olvidan esos fieles que quisieran sea este mundo el lugar de la paz eterna; olvidan o ignoran, decimos que la Iglesia es una sociedad perfecta a la vez que compuesta de hombres y no de ángeles beatíficos. Como compuesta de hombres, necesariamente ha de haber entre ellos todas las humanas debilidades, inclusive errores, de buena o de mala fe; pasiones y competencias con recta o con torcida intención. Pero como sociedad perfecta, la Iglesia tiene en sí misma el poder para reducir al recto sendero a todos sus miembros y componer sus divergencias. Toda sociedad bien ordenada cuenta necesariamente con este recurso, que de otro modo le sería imposible subsistir. Por eso hay en la Iglesia tribunales que conocen las divergencias hasta de los obispos; y no es el juicio de un simple fiel, así sea un gran escritor, el tribunal que ha de lanzar la sentencia.

Jerónimo era simple presbítero, Agustín era obispo, lo cual establecía inmensa distancia entre los dos en cuanto al rango, y Jerónimo manifestaba su respeto y veneración al santo obispo de Hipona, y eso no obstante el errado concepto que parece profesó S. Jerónimo de creer que había igualdad entre los primeros y los segundos.

Interesante y complicada es la historia de esta discusión entre los dos más poderosos genios de aquel tiempo: si Jerónimo era el león, Agustín era el águila. Uno y otro rebosaban en amor incomparable a la Iglesia, depositaria única de la verdad que los labios de Cristo y los Apóstoles le entregarán; uno y otro, campeones sin igual en la controversia, van a medir sus fuerzas. Pero veamos ya los antecedentes de esta lucha renovada en estos tiempos por el *Petropaulinismo* de la escuela da Tubinga, para ponderar su importancia.

Jesucristo fundó su Iglesia independizándola por completo de la Sinagoga; pero el hecho mismo de esa independencia no podía realizarse sino gradualmente. Conforme a los principios, era la Sinagoga la que debía entrar en la Iglesia, por la puerta única del bautismo; no era la Iglesia la que había de estar dentro de la Sinagoga. Pero, siendo, si no en su totalidad, en su mayor y más importante número, judíos, los primeros cristianos, empezando por los mismos Apóstoles, de hecho la Iglesia en su principio estaba contenida dentro de la Sinagoga: era la hora psicológica del parto: la Iglesia, criatura recién nacida, no podía desprenderse desde la primera hora del pecho materno, ni podía aún echar a correr por el ancho mundo, sino llevada de la diestra por los judíos. Entre los primeros convertidos después de Pentecostés, contábase muchos que entendían no dejar su antigua religión, a la cual vivieron aferrados con esa tenacidad judía que no tiene igual en el mundo. Sabemos que muchos de los sacerdotes de la Sinagoga pertenecían a este grupo que trabajó fervoroso en *judaizar* el mundo por medio del cristianismo, por lo cual eran llamados los *Judaizantes*. Estos eran los mayores enemigos de la Iglesia, los principales obstáculos que el gran Doctor de las Gentes tuvo que combatir, y que le persiguieron y calumniaron. Poderoso debió ser ese peligrosísimo partido que ponía en riesgo la existencia misma de la Iglesia, desnaturalizando su doctrina, reduciendo su amplio programa al estrecho molde antiguo del preámbulo que Dios puso al cristianismo. Peligroso era romper de un modo decidido y violento con ese bando, ora por ver de salvarlos, ora por no hacerles más perniciosos. S. Pedro, fué el primero en dar entrada en la Igle-

sia a los gentiles, ni exigió que pasaran por la antesala del mosaismo, la circuncisión; S. Pedro cuando se hallaba sólo con los gentiles convertidos, dejando aparte las prácticas legales de la Sinagoga, *gentilizaba*, es decir, vivía como los gentiles; pero como, acaeció en Antioquia, cuando aparecían los judíos, apartábase de los primeros y volvía al trato y costumbres de los segundos. S. Pedro cojeaba, no en la doctrina, sino en el procedimiento práctico del *modus vivendi*. Pablo, de lógica más consecuente, y de carácter más ardoroso y decidido, que no conocía ni aceptaba transacciones, viendo que semejante proceder del Jefe de la Iglesia, lejos de llevar a buen término, iba a parar en un desastre, cortó por lo sano, y usando de una libertad sin precedentes, cual jamás el mundo la viera, en público improbo el proceder del mismo Vicario de Cristo. Y Pedro dando también ejemplo de una humildad y grandeza de alma incomparables, aceptó dócil la reprensión pública de su hermano y modificó su irregular proceder. He aquí como refiere este suceso el mismo apóstol en su epístola *ad Galatas*: "Empero cuando vino Cefas a Antioquía, le hice frente cara a cara, porque era reprehensible; porque, antes que viniesen algunos de parte de Santiago, comía con los gentiles; mas luego que vinieron, se retraía y apartaba, temiendo a los de la circuncisión, y con este fingimiento suyo se conformaron los demás judíos, tanto que el mismo Bernabé se dejó llevar al fingimiento de ellos. Pero, cuando ví que no andaban derechos conforme a la verdad del Evangelio, dije a Cefas delante de todos: Si tú, siendo judío, vives a lo gentil y no a lo judío, ¿cómo compeles a las gentes a judaizar?"

San Jerónimo al comentar este pasaje entendió que esta escena entre los dos príncipes de los Apóstoles no había sido una reprensión formal, sino una piadosa ficción concertada entre los dos para dar con más libertad y eficacia una lección a los tenaces judaizantes. San Agustín, que llegó a leer este comentario, escribió a Jerónimo una carta en que le improbaba tal opinión; la carta no llegó a su destino porque, no habiendo como hoy servicio de correos, solían encomendarse las comunicaciones a manos de un viajero de ocasión, y se comprende la facilidad con que se extraviaban. No recibiendo contestación S. Agustín, repitió su mensaje y en términos ásperos. No hubiera sido necesario tanto para despertar al león; despertó, pero dudando si fuese de Agustín la carta que entre noticias y no directamente le llegaba, y a pesar de que le decían que Agustín había escrito un libro en su contra, Jerónimo ni dió crédito desde luego, ni contestó con violencia.

La razón de Jerónimo para acudir a la ficción de la escena, era defender a S. Pablo, quien podía ser acusado también de judaizante por la conducta que en repetidas ocasiones adoptó practicando los ritos mosaicos, y podía decirse entonces que se había dejado ganar de los judaizantes o que había usado de fingimientos reprehensibles. El argumento de S. Agustín era que, de admitir una vez escenas fingidas en las Escrituras, todo el sagrado texto corría el peligro de venir a tierra, porque a cada paso sería fácil explicar las dificultades acudiendo al argumento de las ficciones.

Agustín, a quien no faltaban bríos para el combate con quien fuese, había escrito así a Jerónimo: "Ea, pues, te suplico que te armes de franca y cristiana severidad para corregir y castigar tu obra; como suele decirse *canta la palinodia*. La verdad de los cristianos incomparablemente más bella que la helena de los griegos, hizo que por ella combatieran nuestros mártires, más animosos contra la Sodoma del siglo que los héroes griegos contra Troya. No te comprometo a esa retractación para que recobres la vista del alma; no permita Dios que crea yo que la tengas perdida; pero, permite que te diga que aunque sanos y claros esos ojos, por un descuido los distrajiste, sin ver las consecuencias desastrosas de un sistema que supone que uno de los autores de nuestros libros santos, en un lugar de sus escritos fué capaz de mentir honrada y piadosamente".

El invicto atleta de los combates de la Iglesia, acababa de topar con un nuevo guerrero, a cuyo primer mandoble hubo de doblar la rodilla. Se enderezó no para seguir la lucha que se le ofrecía, en la que bien pudiera aún lucir ante los espectadores, que lo era el mundo todo, así el vigor de su brazo tan hecho al manejo de la espada, cuanto la fortaleza de un pecho inquebrantable. Irguióse Jerónimo contra otro mayor adversario ante el cual corría gran peligro de sucumbir: se venció a sí mismo.

Había hasta entonces luchado infatigable más de medio siglo por la causa de la Iglesia; presto se hallaba para continuar sin mezquindad sus sacrificios; pero, ¿contra quién y por qué luchar? ¿no era como él Agustín un adalid de Cristo? ¿no daba pruebas de asombroso esfuerzo? ¿Era celo, ni generosidad destruir las fuerzas de la Iglesia en una causa que de interés doctrinal pasaba a ser de mero interés personal? En el golpe que de Agustín acababa de recibir supo reconocer el poder de ese brazo, supo apreciarlo, se llenó de regocijo al ver que el Señor había ya suscitado un

defensor para su pueblo, y sin retirarse de la palestra, tuvo el acierto y la nobleza de darse con él los brazos, y en santa y edificante unión seguir combatiendo juntos los combates del Señor. Le vemos, en efecto, luchar como Agustín contra el pelagianismo que en breve se presentó.

No hablamos con exactitud cuando dijimos que terminó aquí la polémica entre los dos colosos; vamos a ver cómo la continuaron.

Tan luego como S. Agustín llegó a saber el sentimiento justo del venerable anciano, escribióle una carta presentándole en ella sus excusas por la involuntaria publicación de las anteriores que eran del todo confidenciales. Como prenda de la sinceridad con que le desagraciaba le dice: "Si en mis obras hay alguna cosa contraria a tu parecer, créeme que la he escrito no por contradecirte, sino para explicar lo que me parecía ser la verdad. Indícame cualquiera cosa que en mis escritos te sea ofensivo: yo recibiré fraternalmente tus advertencias, y tendré a dicha el corregirme; será para mí una delicia esta muestra de tu afecto: te la pido, te la suplico.... ¡quién me diera, ya que no vivir contigo, morar en tu vecindad, para gozar de tu continua conversación! Pero, ya que no me es dada esta dicha, favoréceme estrechando los vínculos que nos ligan y nos mantienen a ambos en la continua presencia del Señor; no deseches las cartas que te he de escribir".

El anciano herido no se dió desde luego por del todo satisfecho; mostró dudar algo de la autenticidad de esta carta, y añade: "No permita Dios que sea yo osado para censurar; basta defender mis obras sin meterme a los libros de tu beatitud! Me basta defender mis obras sin criticar las ajenas! Bien sabe tu prudencia que cada cual abunda en su parecer, y que es pueril jactancia imitar a los jóvenes de antaño que iban en busca de fama con acusar a los hombres célebres. Ni soy tan tonto para defenderme de las divergencias entre tus explicaciones y las mías; tú tampoco no te das por ofendido de que yo haya pensado de otro modo que tú. Pero nuestros amigos tienen el derecho de reprendernos cuando desentendiéndonos de nuestras alforjas, miramos, como dice Persio, las del vecino".

"Una cosa te voy a pedir, y es que ames a este hombre que te ama; y que tú, joven como eres, no provoques a un viejo al campo de batalla de las Escrituras. Yo también tuve mi tiempo, yo también corrí en la palestra mientras pude; ahora te toca a tí; mientras devoras las distancias, derecho me queda al descanso. Y para que no sólo tú cites a los poetas,

acuérdate de Dares y Entelo; medita también en el proverbio que reza: *Buey cansado pisa más firme*. Escribo con tristeza estos renglones. Pluguiera a Dios permitirme abrazarte y tener contigo fraternales parlas. Cómo nos instruyéramos mutuamente!... Santo y venerable Pontífice, acuérdate de mí. Pondera cuánto es lo que te amo, pues, provocado, no he querido replicarte, ni aun me resigno a atribuirte lo que censuraría en otro".

Valiente veterano! Con qué acierto maneja la hiriente espada de la caridad! Pero, atención a la réplica:

"Hermano amadísimo, le escribe S. Agustín, no tuvieras el pensamiento de que pudiera lastimarme tu respuesta, si no creyeras que he sido el primero en ofenderte.... El partido más acertado que me queda es reconocer mi falta, confesar que fui el primero en ofenderte al escribir esa carta que no puedo negar. Si te ofendí, te suplico por el dulcísimo Jesús, perdóname, y no me pagues mal por mal en correspondencia. Haríasme ofensa en disimular lo reprehensible que en mí encuentro, sean mis palabras, sean mis escritos... Repréndeme con caridad si me crees reprehensible, aunque yo me crea inocente; o trátame con la ternura de un padre, si me tienes por digno de tu afecto.... Inocente, recibiré tu corrección con agradecimiento; culpado, reconoceré a la vez tu benevolencia y mi pecado".

Pondremos aquí punto a esta polémica de nuevo género, digna de estudiarse más detenidamente; pues falsa y empalagosa resultaría, a ser la insulsa fraseología de mentidos cumplimientos mundanos. Recordemos que son dos Padres de los más admirables de la Iglesia quienes se dicen esas frases bien meditadas, hondamente sentidas, que la historia ha guardado como oro en paño entre sus páginas.

Siguió la discusión sobre el punto capital; ambos contendientes decían con libertad y mesura sus razones, de suerte que poco a poco iba acortándose la distancia entre sus opiniones. Cuán provechosa resulta la discusión amistosa y serena, en vez de la disputa hostil y apasionada. Verdad que eran los dos hijos ejemplares de la Iglesia en obras y palabras.

Interesantes son las cartas que se cruzaron más tarde para dilucidar una cuestión filosófica que hoy vuelven algunos a ponerla en tela de juicio: el origen del alma. Bueno fuera que antes de emitir teorías aventuradfsimas leyera algunos modernos filósofos lo que ahora más de mil quinientos años disertaban esos grandes pensadores, maestros de la humanidad, y luego se impusieran de las doctrinas de la Iglesia que no

las declara sino después de bien debatidas. Si de esto se prescinde todo lo demás resulta charla insustancial.

La última polémica de S. Jerónimo fué contra el pelagianismo.

Un gran historiador, Amadeo Thierry, ha observado la maravillosa perspicacia del Santo Doctor en descubrir aquella herejía, no obstante las marañas y artes de que se rodeó para ocultarse. Hermosa sobremanera es la sencilla confesión que ese genio tan poderoso hace acerca de la fuente de la sabiduría. Oyéranlo tantos sabihondos que abundan en estos tiempos de incredulidad, en que la ciencia de tantos se reduce a una palabra facilísima: decir NO a cuanto la Iglesia enseña. "Desde que fuí joven —han pasado ya tantos años— hasta la edad a que he llegado, muchas son las obras que he escrito: he puesto siempre todo mi empeño en no decir a mis lectores sino lo que he aprendido en la enseñanza pública de la Iglesia, siguiendo, no los razonamientos de los filósofos, sino la sencillez de los Apóstoles".

A más de esta carta a Ctesifón escribió también tres Diálogos contra los pelagianos. La respuesta de los herejes no se hizo esperar; fué una invasión a mano armada contra los monasterios de Jerónimo que incendiaron: tal ha sido siempre la razón perentoria del error contra la verdad.

Quedan, pues, las obras polémicas del atleta de la Iglesia como eterno monumento de sabiduría cristiana, como torre indestructible desde la cual a mansalva pueden los defensores de la Iglesia herir de muerte a los enemigos que contra ella se levantan siglo tras siglo.

No es oportuno detenernos más en el estudio de los variadísimos aspectos que el gran Padre S. Jerónimo presenta; para concluir este somero estudio, añadiremos dos palabras acerca de su santidad.

Si quisiéramos hallarle parecido con alguno de los Apóstoles, hallaríamoslo grande con S. Pablo, el Apóstol de las Gentes. Desde su físico y temperamento se parecen los dos notablemente: Jerónimo, como Pablo, era de corta estatura, lo que hace notar con deleite el insigne Alápide, como parte interesada. Pablo y Jerónimo eran igualmente enfermizos, débiles de constitución, de carácter irascible, de pasiones vehementes, de invencible tenacidad en sus propósitos. Jerónimo conocía, sin duda, que Pablo era el modelo que más de cerca debía copiar, y por eso, apenas se desprende ya definitivamente de su familia para abrazar la vida de anacoreta, se detiene en Tarso de Cilicia, y hace un estudio especial del

lenguaje y de los modismos de S. Pablo, allí en su misma patria, con el fin de mejor entenderle sus epístolas.

A pesar que de un salto el uno como el otro fijaron sus plantas en las más altas cumbres de la santidad, para que no se ensoberbecieran, Jerónimo como Pablo, ambos eran recia-mente abofeteados por el ángel de Satanás. Hemos visto ya como se quejaba el solitario de Calcis; en sus sentidísimas quejas al Señor, parece que oímos al mismo Apóstol de las Gentes. Para que sea más perfecto el paralelismo, Jerónimo como Pablo veíase también arrebatado en altísimos éxtasis, entre los coros de los ángeles. Que nos lo refiera el mismo Santo Anacoreta en una de sus cartas a Eustoquio: que sus palabras, para tener toda su dulzura nos las interprete el melifluido P. Granada:

"Creed, hijas, a un viejo experimentado. Si una vez gustasteis cuan dulce es el Señor, del podréis haber oído esta palabra: Venid, mostraros he todos los bienes. Y entonces os mostraré tales cosas, cuales nadie puede conocer, sino el que las ha probado. Sé lo que digo, muy amadas hermanas, y confesándoos mi ignorancia, digo que yo hombreillo tan despreciado y tan vil en la casa del Señor, viviendo en este cuerpo me hallé muchas veces entre los coros de los ángeles, sustentándome por algunos días con la dulzura deste pasto sin otro manjar terreno. Después de los cuales restituido al cuerpo y sabidas muchas cosas advenideras, lloraba porque las había dejado. Mas cuan grande fuese la felicidad de que en este tiempo gozaba, y cuan inefable la suavidad que allí sentía, testigo es la Santísima Trinidad, la cual veía yo no sé con qué manera de vista, testigos los bienaventurados espíritus que presentes estaban, y testigo mi propia conciencia, la cual gozaba de tales y tan grandes bienes, cuales no podrá explicar la flaqueza de mi lengua".

Si alguna diferencia notable se halla en el carácter de la santidad de estos dos jerarcas de celestiales coros, consiste principalmente en la devoción predilecta de cada cual de ellos; porque si la única ciencia de Pablo fué Cristo y Cristo Crucificado, la ciencia de Jerónimo fué Cristo en la cuna; y si según lo nota el P. Faber, Belén derrama *encantos sobre la austeridad*, esta frase a nadie cuadra mejor que al austerísimo S. Jerónimo. Las palabras de fuego del Apóstol han inflamado los corazones de los gentiles y les han postrado de hinojos al pie de la Cruz; S. Jerónimo, después de S. Lucas, es sin duda el santo que más ha servido a Jesús en Belén. En la bellísima galería de cuadros que el místico P. Faber, con ce-

lestial pincel,—que eso es su pluma,—ha trazado de los tipos de devoción a la Santa Infancia, bien pudiera haber hallado un puesto de hermosísima y característica figura de San Jerónimo. ¿A cuál de estos tipos se asemeja? En S. Jerónimo hay mucho de S. José, muchísimo de Juan Bautista, pero más talvez de los sabios Magos; también parece un retrato del anciano Simeón.

Los primeros años que S. Jerónimo pasó en Belén fueron la primavera de su vida espiritual. Pocos cuadros habrá más encantadores que los idílicos del Santo huésped, decimos mal, conciudadano de David, porque él pertenece más a Belén que a Estfídón, allí fijó para siempre su mansión; allí durmió su último sueño; largos siglos descansaron sus huesos a pocos pasos de la humilde cuna en que durmiera Jesús sus primeros sueños. En ese bellissimo paisaje, orillas del desierto, todo parece llevar el sello de los idilios divinos: las mieses de Booz ondulan aún al soplo de las brisas; Rut, la bella moabita, más amable y noble en su generosa pobreza, espigaba todavía con la sencillez y tesón del gorrioncillo los pocos granos de las desperdiciadas espigas, para compartirlos con su segunda madre por cuyo amor abandonara patria, parentela y hasta sus dioses; Jesé, venerable anciano, cual robusto olivo cercado de vigorosos renuevos a cuya sombra sestean blanquísimas y pingües majadas, él solo bastaría para inmortalizar esas praderías. ¿Y qué decir del mínimo de sus pastorcillos, del rubio adolescente, ruiñeñor inmortal de esos boscajes y oteros, cuya voz armoniosa enseñó eternas melodías a los hombres y a los cielos? Junto al pesebre de Belén se había congregado cuanto de más bello ofrece la creación: con los pastores y sus canes sesteaban los corderillos y sus madres; el buey y el asno cabe la cuna, más por las pajas que para su nido les usurpaba el infante, abrigábanle con su aliento. Sus vasallos todos de la tierra se habían congregado a presentar homenajes al Rey del Cielo; tan sólo faltaba el León, y sólo él había de ser el ingrato y el rebelde que no humillara su cerviz? Pero nó: escapado de las jaulas de Roma en cuyas estrecheces se asfixiaba, acude en busca de una caverna para su guarida. Halló la gruta de Belén, y en ella a su Soberano, a ese Niño maravilloso de quien en duo no repetido cantaran Virgilio e Isaías, y enternecido le juró eterna fidelidad. En humilde hermandad con los otros animales sus vasallos, rumia las pajas del pesebre a par del meditabundo buey; abriga con su melena los desnudos miembros del tembloroso Niño de quien se adueña. ¡Ay del que le ofenda! El incauto

que se atreviere acercarse a su tesoro sin los debidos respetos, huirá luego aterrado por feroz rugido; porque enfurecido el León ciégase; ni pára mientes en que a la vez que al enemigo asusta también al tímido Parvulillo. Vuelto en sí con hondos y dolorosos bramidos llorará sus broncos arrebatos, lamiéndole humildemente las plantas. No merecían perdón tales desmanes?

Si seguimos paso a paso el hilo de la vida del Gran Doctor S. Jerónimo, hallaremos admirables ejemplos y palabras de vida ferventísima, desde que se bautizó. Joven se complacía en visitar con piadosos amigos las catacumbas en donde aprendió ese valor inquebrantable de los mártires; en sus viajes buscaba a los más eminentes personajes no sólo sabios sino santos, y de ellos aprendió la doctrina de la santidad; fué su mayor anhelo vivir lejos del mundo, lo que le llevó a vivir en el desierto como anacoreta; cuando se vió en el caso de tornar a Roma, volvió trayendo en sí la personificación de la vida religiosa, que luego enseñó a lo más florido y selecto de la gran sociedad romana, a que luego arrastró consigo y la llevó a la apacibilísima vida cenobítica de Belén. Hasta hoy se conoce en donde moraba el Santo; tenja su mansión día y noche a poquísimos pasos de la cuna, bajo el mismo techo de ese santuario.

Admira con esto que, siendo tan devoto del más suave de los misterios de Cristo, se haya mostrado tan estudioso, tan enérgico y batallador. Lo hemos dicho ya: el amor a la Verdad encarnada le dió esa ternura y valor a la vez del corazón maternal. El santo viejo Simeón habríase dejado hacer pedazos por Herodes antes que éste hiciera en sus brazos al Mesías Niño.

Llenas están las cartas y las obras de S. Jerónimo de encendidas palabras, de prácticas lecciones de virtud eminentemente fervorosa.

Larga y penosa fué la ancianidad del solitario de Belén; rudas fueron las persecuciones que soportó; él lamentó la ruina de Roma y acogió a los fugitivos viendo a los más poderosos reducidos a pedir limosna; lamentó también la muerte de las personas que le fueron más amadas en el Señor: Paula, Blesila, Eustoquio, Marcela, Fabiola, Pamaquio etc. Anhelaba por la patria, se le prolongaba el destierro.

El arte cristiano se ha complacido en inmortalizar a su manera al Doctor Máximo; pues los más esclarecidos pintores han dejado cuadros admirables; Carrachio y el Dominiquino han pintado la *Comunión de San Jerónimo*; el mismo Domi-

niquino, el *Bautismo*, la *Tentación*, la *Aparición de los Angeles* el *Santo en el desierto*. Más cuadros ha pintado el español Rivera. El *Sueño del Juicio* se atribuye nada menos que a Fra Angélico. Largo sería nombrar los pintores de nota que a la gloria de S. Jerónimo han consagrado su pincel.

La gloria del *Doctor Máximo* crece con los tiempos; sus escritos y sus ejemplos son de las más brillantes antorchas que encendió la Iglesia para alumbrar con ella a las naciones hasta el fin de los siglos.

OCTAVIO CORDERO PALACIOS

1870—1930.

"Nació en Mayo de 1870; hizo sus estudios de primeras letras en la Escuela de los Hermanos Cristianos; los de segunda enseñanza en el Colegio Nacional de San Luis—, hoy, Colegio Benigno Malo; se graduó de Doctor en Jurisprudencia en la Universidad del Azuay, y obtuvo su título de abogado de los Tribunales de la República en la Corte Superior de Justicia de Cuenca, en 1896.

"En su primera juventud fueron las letras sus estudios predilectos, especialmente las letras clásicas, para las cuales guarda afición hasta el presente. Lee los idiomas latino, francés e inglés, entendiéndolos casi como el castellano, aunque no los habla, por no haber tenido oportunidad de versarse en ellos.

"Cuando estu liante de Colegio, gustaba de componer en prosa y verso, ocupando la tribuna en casi todos los actos literarios del Establecimiento.

"A los diez y nueve años compuso el drama *Gazul*, que se representó con éxito brillantísimo en la noche de la distribución de premios de su Colegio, en 1890; y habiéndose repetido la representación en beneficio de los fondos que se reunían para editar las obras de Fray Vicente Solano, produjo casi lo necesario para pagar la impresión del primer tomo de dichas obras. En 1891 y 1892 escribió e hizo representar asimismo, otros dos dramas, titulados *los Hijos de Atahualpa* y *los Borrachos*.

"Salido a la vida pública, no ha tomado parte alguna en nuestra política, aunque su credo ha sido siempre el católico, sin renunciar alguno hasta el día de hoy.

"En 1902 dictó la clase de Literatura en el Colegio Benigno Malo, y en 1903, 1904 y 1905 la de Filosofía, en el mismo Colegio. Su magisterio de estos años ha formado épo-

ca, pues lo recuerdan con encomio sus numerosos discípulos, hoy hombres notabilísimos muchos de ellos.

"Desde 1906, se dedicó al ejercicio de su profesión de abogado, en la ciudad de Azogues, en donde se le recuerda por la dulcedumbre de su carácter y su probidad.

"En 1910, como Sargento Mayor de Ingeniería de Reserva, marchó a la Provincia de Loja, levantando con sus colegas de esa misión un Plano Topográfico Militar de nuestra frontera con el Perú, y escribiendo un Informe a él referente, Informe que el Estado Mayor General de la República lo hizo dar a la prensa.

"En Azogues presidió el Municipio durante dos años, y a él se debe el agua que tiene esa ciudad, traída desde el Pilzhún.

"En 1911 fué Rector del Colegio Juan Bautista Vázquez, de Azogues, cuyo local reedificó.

Vuelto a Cuenca en 1912, sirvió la Secretaría de la Gobernación del Azuay, en los inolvidables tiempos de la Magistratura del Doctor Abelardo Andrade.

"Establecida, en 1914, en el Colegio Benigno Malo, la cátedra de Planimetría, Altimetría, Trazado de vías de comunicación y fabricación de Puentes y Calzadas, se improvisó profesor de esas materias, logrando formar Técnicos que se ocupan hoy con aplauso y éxito en las obras públicas de la Provincia, y aún en el Ferrocarril Sibambe-Cuenca. En 1916, con permiso especial del Consejo Superior de Instrucción Pública, se graduó en Ingeniería, rindiendo sus grados y exámenes ante sus mismos discípulos, ya titulados antes que él.

"En 1915 y 1916 presidió el Consejo de Cuenca, años en los cuales se hicieron las obras del Parque Calderón y de la instalación de luz eléctrica. En 1915, además, estableció la fiesta Patria del Tres de Noviembre, y empezó la publicación de la obra de documentos históricos, intitulada *Miscelánea Histórica del Azuay*.

"Concurrió como Senador por el Azuay, a los Congresos de 1916, 1917 y 1918. Además, en 1918, fué Inspector del ferrocarril de Sibambe a Cuenca, cuyo trazado rectificó, trayéndolo por donde viene ahora, en oposición al de los Ingenieros Alemanes de la Casa Koppel.

"Desde 1919 hasta 1929 sirvió el puesto de Ministro Juez de la Corte Superior de Cuenca, de la que se separó por jubilación decretada extraordinariamente a su favor por el Presidente Provisional a petición de lo más granado, intelectual y saliente de los azuayos, sin distinción de colores ni partidos.

"Desde 1920 hasta 1924, dirigió, gratuitamente, la fábrica del Palacio Universitario; ahora dirige la del Colegio Benigno Malo, poniendo en práctica el hermoso plano del arquitecto Sr. Donoso Barba.

"Ahora, jubilado ya, ha ofrecido, no obstante, dictar gratuitamente la Cátedra de Ingeniería en el Colegio Benigno Malo, que abrirá sus cursos el próximo Octubre.

"Ha escrito mucho en casi todos los géneros literarios, especialmente en el de Historia Patria. Sus traducciones de los Clásicos, que las publica con el título de Rapsodias Clásicas, son recibidas con sumo aplauso.

"La lectura es su pasión favorita, sobre casi todos los ramos del saber. Pasa de uno a otro con notable facilidad, sin temor alguno de mezcla fatal, llevándolos todos con la debida separación y método. Ha introducido el verso en las Matemáticas, y merced a las estrofas en que ha vertido las fórmulas más abstrusas, las tiene a su servicio en cualquier momento, sin necesidad de ocurrir a los libros.

"Por fin, a pesar de sus sesenta años, es hombre capaz de dar conferencias verbales, sin llevar escrito nada, hasta por dos o más horas, sin que la voz ni la memoria le traicionen". (*)

(*) A estas notas autobiográficas hay que añadir que nació en la aldea de Santa Rosa y murió en Cuenca el 17 de diciembre de 1930.

LA POESIA DE LA CIENCIA

Discurso del Mantenedor de la Fiesta de la Lira

en 1925.

Señores:

El texto griego de la *Biblia de los Setenta* me hizo un día una limosna.

El caso fue que deletreando una vez el primer capítulo del *Génesis* en el texto que va dicho, hallé que lo que en castellano se leía en el principio crió Dios el cielo y la tierra, y en latín *in principio creavit Deus cælum et terram*, se decía en griego así: *en arje, epoiesen o Theos ton ouranon kai ten gen*.

Y aquí vino la limosna, porque aquel *epoiesen* había sido *crió*, voz que saliendo de *poieo*, que había significado *criar*, y este *poieo* de *poietes* o *poetes* que había equivalido a *criador*, me hizo entender que *los cielos y la tierra* no habían sido otra cosa que *las poesías de Dios*, y Dios mismo no otra alguna sino el *Poeta Infinito*; y que la primera frase del *Primer Libro* del mundo, es decir esa del *Génesis*, debía de traducirse al castellano con un valiente helenismo de este modo: *en el principio, poetizó Dios los cielos y la tierra*.

Algunas líneas después se completó la limosna, porque al tocar en el *faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*, que dice el texto latino de la Vulgata, o en el *hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*, que dice el texto castellano de la clásica versión de Scio de San Miguel, encontré con que el griego de *los Setenta* me salía otra vez con el *poieo*, en esta forma: *poiesomen Anthropon kai Eikona emetera kai khata omoiosin. poeticemos al hombre como imagen nuestra y como semejanza*; y aquí vine a darme cuenta de que, por derecho de creación, por ese, digo, de la *imagen y semejanza* con el *Poeta Infinito*, poetas habíamos de ser todos, cada uno en la

proporción en que su barro se mostrara capaz de recibir el *spiraculum vite—pneuma dsoes—*, que le soplara en la faz el *Infinito Poeta*.

Y discurriendo conmigo mismo algún tanto, o jugando al retruécano, más bien, con el castellano y el griego, concluí que pues que *Dios Criador* era *poeta*, los poetas debían de ser *criadores*, a su vez, a imagen y semejanza, por supuesto, pero a esa *imagen y semejanza* estupendas.

Y arrebatado por la corriente de este pensamiento fui con ella buen espacio; y abordé a tierra, según mi parecer, cuando hice pié en que la alta, la suprema poesía, debía de encontrarse en la *Poesía de la Ciencia*, porque la *obra poética* de Dios estaba en la *Creación*, y era la ciencia la única imagen y semejanza de tal *obra*.

No dejó de venírseme la especie de que acaso la idea no pasara de una simple paradoja. Poesía de la ciencia?... Tan diferentes cosas yendo en uno? ... La morbilidad, frescura, unción y gracia andándose de bracerío con lo estirado, seco, frío y crudo?... Heliconia y el Parnaso convertidos en institutos normales?... Apolo haciendo de dómene?...

Pero me repuse luego, porque así como no está el vino en el sarmiento, sino en la uva, ni es de la incumbencia de Ganimedes entender en el proceso de la confección del néctar, sino en el menester de andarse a la redonda con el ánfora; así tampoco estaba la ciencia en el enrevesado madroñal de la didáctica sino en la miel de la *idea*, ni era de la incumbencia del poeta el alquitaramiento del *saber*, sino el escanceo del mismo en los nectarios de un lenguaje de oro.

Voy a permitirme alguna ampliación de este pensamiento.

¿Qué belleza ni qué material poético, por lo mismo, ha de darme, verbigracia, en las setenta veces siete reiteraciones de los cálculos matemáticos por Keplero, merced a los cuales, sin soltar el lápiz de los números durante cinco maceradores años, dió con las leyes que regían el sistema de los orbes? Ninguna, por cierto; mas ellas sugirieron a La Place nuestra magnífica *Cosmogonía*, el más grandioso de los asuntos de la poesía humana.

Supongamos, donde nó, que Homero surgiese ahora. Adiós Aquiles e Ilión! Adiós Itaca y Ulises! Aquella formidable cosa que nombramos *caos*, sería entonces la "troyana arena", para la más colosal de las ilíadas; y el *espíritu de Dios* llevado sobre las aguas el *nauta* de la odisea gigante por el espacio infinito, en engendramiento de mundos.

Cómo nos haría asistir, ante todo, al subitáneo tremor del montón cósmico, en el punto de sentir la entraña urgida por el *or* o *fos* o *lux*, que le echara el primer *fiat* en fermento de la mole! Y cómo nos pintaría los anhelantes ijadeos de esa entraña y sus desgarrones espantosos en jirón tras jirón de nebulosas, proyectadas por do quier, sin cuenta y número, y hasta aquí, y hasta allí y hasta el profundo, demandando anchura y campo a la *nada* puesta en fuga! Y cómo, luego después, plantando derrepente esos jirones en su desatentada carrera, los curvara en torbellinos cuyo vértigo, en esfuerzo de hondero prepotente, lanzara a ir cual guijarros, en órbitas espantables, las ponderosas masas de los soles! Y en seguida, la gestación de estos hijos del abismo. Todo explosiones y truenos y todo llamaradas borbotantes, la materia huyendo ciega de los infiernos de adentro, en busca de algún frescor en las gelideces del vacío! Y amontonándose los siglos como minutos fugaces, para constituir la tarde y para constituir la mañana de este primer día de las cósmicas batallas.

Alguna frescura, al fin, y algún orden hechos ya, dijéramos de esa fuerza, la *atracción*, que los binomios de Newton, han sorprendido sentando sus reales en el centro; llamando abajo los elementos del granito, para envoltura y pañal del orbe infante; desplegando los cendales de la atmósfera en su torno, para protegerle el sueño: y combando en cono, arriba, el *azul*, que ya la ciencia entrevé como algo estable—*solidez, estereoma* o *firmamento*—, parapeto y coraza de los mundos, en el azar no imposible de colisiones horribles.

Y aun todavía le quisiera a Homero para el día del retiro de las aguas y la aparición del *árida*. El nos diría cómo se socavaron las cavernas del grande abismo y se hundieron las cuencas de los piélagos, suyo sería el hacernos escuchar la resonante marcha de las ondas, camino de sus pontos; suyo el describirnos las vorágines enviadas a la vanguardia, para la zapa de los golfos, suyo el trazarnos los rumbos de las ráfagas y las rutas del Aquilón, sueltos para aventar los tumbores en espumas y organizar la calma; suyo, en fin, el pintarnos aquel atumultuarse de los océanos, a ímpetu de las mareas, y su avanzarse rebramando como a la reconquista de las tierras, mas tenderse y dormirse en ellas, trocados los embates en caricias y en suspiros los bramidos.

¿Qué de poético, así mismo, —y vaya de nuevo ejemplo— en la sórdida ciencia del Minero, ese topo que se anda disputando con los gnomos los tesoros de la Tierra? Y esa

sórdida ciencia, sin embargo, se está granjeando la gloria de haber revelado al genio humano el asunto de otra enorme poesía, la poesía de la *Gea*. Ya tiene registrado en sus anales el mar de encendido fuego que lleva en sus entrañas el Planeta; ya tiene visitado el débil cerco que constriñe los furrores de ese monstruo, cuyas solas llamadas a la puerta se nombran cataclismo y terremoto.

Ha visto donde se fraguan los metales; conoce las catacumbas de la hulla; ha presenciado el edificarse y fracasar de las rocas; no ignora de los hundimientos de la Atlántida, y sabe de la emersión del Himalaya y los Andes.

Y si ascendemos a los *Cielos*, digo a los de Urania, nos bastará con recordar un nombre, para obtener el asenso universal sobre que las obras poéticas tal vez más poéticas de los días coetáneos con los nuestros, son los de una ciencia, la astronómica, que nada parecía que pudiera dar de sí para la *Lira* con sus longitudes y latitudes, ascensiones y declinaciones, puntos vernaes, coluros y demás amargas yerbas de que tiene acendrados sus panales el *Poeta* Flamarión, a quien ha faltado sólo el prestigio de la estrofa para alzarse en el Parnaso por encima del mismo Víctor Hugo. Figurémonos compenetrados en uno estos dos genios, es decir, figurémonos el *Libro hecho Lira*, y daremos con la *Poesía de la Ciencia*.

Ahora, si omitidas las otras disciplinas del mundo de la materia, que están reclamando ya *Virgilio*s para *Geórgicas* en cuya esplendidez maravillosa no pudo ni aun soñar el primitivo, si omitidas aquellas disciplinas, vuelvo a decir, viniéramos a las del *hombre*, el *microcosmos* de los esoteristas de otra edad, ¿qué raudales para la sed de la Musa?...

Allí la ciencia de la *vida*, de ese enigma tanto más amado cuanto más fugitivo y transitorio, y allí la del *alma*, ese misterio que llevamos dentro de nosotros burlándose de nosotros en el afán que nos urge por desgarrar su tiniebla y penetrarlo, nos ofrecerían horizontes y horizontes de exploración poética inacabable; y aun pudiera suceder que haciendo lugar el Filósofo, desde el primer Thales hasta el último de los Kant, al *Vidente*, *Adivino* o *Vate*, como también se nombra, y con razón, el *Poeta*, se adelantara más en el sondeo de tan profundos abismos. Aquel no posee sino el tentáculo del ratiocinio, mas éste el ojo del *Teyon*, ese anticipo del *Lumen gloriæ* con que ha de confortarnos el entendimiento el *Señor* el día en que estemos para comenzar a verle faz a faz.

Y dentro del marco de las ciencias del *hombre*, las cien-

cias del *dolor* y del *amor*, las grandes abastecedoras de la lira.

Pero, ¿ciencia del *dolor*? Ciencia, sí, y allí lo están confirmando el *Varón de Hus* y su tremebunda auto-elegía, donde el grito es argumento y el gemido conclusión, y que hicieron menester que Jehová mismo, envuelta en un torbellino su *Majestad*, interviniese en el desesperado debate de su siervo Job. ¿Ciencia del *dolor*? Sí, y esa fue la que nos ganamos en el último día del Edén, de donde la universalidad de su poesía, que no es más que la repercusión de los dúos

que hacia el véspero indeciso
Levantaba, perturbando la silente inmensidad,
La pareja desterrada que lloraba el paraíso
Por sí propia y en el nombre de la pobre humanidad.

Présteme sus palabras Posidonio, aunque el sentido de las mismas, nó: Oh, dolor, nunca confesaré que eres un mal. Sin tí y tus hijas —la dulce melancolía, la tristeza augusta y la insinuante cuitadez— perdido habríamos los derroteros del *allá* de donde nos hechara el Querubín.

Pero, ¿ciencia del *amor*?—Sí; aunque intuitiva y ciega al parecer, ciencia como la que más par a par de la encerrada en el hierro de la brújula, cuyos vaivenes no quitan que al entrar en reposo dé en el norte. Y aquí, si

Estos, Fabio, ay dolor que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,

no hubieran de ir con sus nieves a enfriar los ardores del volcán, no acabarían los comentarios y las glosas del famoso

¿Qué es poesía, dices, mientras clavas
En mi pupila tu pupila azul?
¿Qué es poesía, y tú me lo preguntas?....
Poesía eres tú!....

Empero, aquellas nieves no han de privarme, sino todo lo contrario, que con su serenidad, su visión tranquila, su experiencia de tempestades que ya no temen y su calma de bonanza que ya gozan, haga una declaración, la de que la *mujer* es la obra más poética que he visto, y haga una proposición a los bardos de mi tierra, la de que, refiriéndose a la *mujer*, lleven sus liras por mote el mismo del escudo de esta Arcadia: *Primero Dios y después Vos*.

Y entre las ciencias del *hombre*, una que como la del *amor*, es *poesía* en sí misma y por sí misma: la de la *Patria*.

¿En cuál, sino en ella, puede aplicarse mejor el *don* de la *imagen* y *semejanza*, recordado al empezar? *En el principio*, crie el *poeta* los cielos y la tierra do ha nacido; y, una vez criados ellos, dígame: *Poiesomen anthropon, Hagamos al hombre*, y haga al hombre de esos cielos y esa tierra. Tal me parece, a lo menos, que debería de ser la poesía nacional.

Y la nuestra, si se hunde en las profundidades de la historia, por una parte, y si, viniendo de allí, tiende los ojos, por otra, sobre el haz de la misma edad presente, dará con sombras y dará con seres ungidos para la poesía con los óleos del misterio, el olvido y el dolor, dará, digo, con el *Cañari* pasado y el que va pasando ya. Resucite al uno, fije al otro en la eterna existencia del poema, y salve a una raza de cuya carne somos carne y de cuyo hueso hueso..

He aquí, en alguno que otro débil rasgo, cómo tiene entendida la *poesía* este irrisorio Mantenedor suyo en esta hora. Por fortuna para él, y como para sacarle adelante, ya Horacio se explicó así:

Mente activa, saber, alma ardiente, labor, ejercicio
Y pasión por el bien, de las Musas exige el cultivo;
Y así fué cómo Orfeo, sacando de su antro profundo
Al mortal primitivo, la vida social introdujo;
Y así como, a sus blandos acentos moviendo las piedras,
Pudo Anfión levantar las sagradas murallas de Tebas.
Tan excelsa misión, para siempre le cupo a la *Lira*:
Ella quien dictó de las leyes la eterna justicia,
Quien del vago himeneo retrajo, quien puso la linde
Que del mío y el tuyo, los campos opuestos divide;
En sus metros sus hondos arcanos dictaba el oráculo,
Y a su son se inclinaban benignos los númenes sacros.
Alta cosa es el verso, no vano, pueril ejercicio,
Y el *Poeta* es un dios, no un forzado del metro y del ritmo:
Yazga, pues, olvidada y silente o estalle la Lira,
Si la estrofa que entona no es grande, no es santa, no es digna.

ALFONSO MARIA JERVES

1870?

Nació en Cuenca. Ingresó casi niño en la orden de dominicos. Se ha dedicado a estudios de Historia nacional y americana. Dotado de talento singular, se destaca como investigador de la verdad de la historia. No le son extrañas otras ramas de la literatura. Sus estudios de crítica sobre los *Siete Tratados*, de Juan Montalvo, de ello son prueba.

OBSERVACIONES CRÍTICO—HISTÓRICAS

Además de su lenguaje límpido y de su estilo, por lo general, suelto y artístico y a las veces también, sobrio y florido, la *Historia General de la República del Ecuador* escrita por el eruditísimo y sabio Presbítero Señor Doctor Don Federico González Suárez, tiene asimismo el mérito de ser no poco documentada y amplia y, desde el punto de vista de lo jurídico, de lo social, de lo civil, de lo eclesiástico y de lo político, extraordinariamente luminosa. Mas, con eso y todo, no todo lo constante en ella es, a la luz de las mejores fuentes, históricamente exacto. He ahí por qué, en nuestro anhelo de contribuir, así no sea sino en pequeña escala, al acrisolamiento de la historia patria, tan necesitada aún de revisión técnica poco menos que completa, vamos a hacer de parte nuestra, si bien de modo sólo sucinto, aunque siempre documentado, algunas observaciones crítico-históricas sobre ciertos puntos de tan célebre y notable Historia.

LOS TRES SOCIOS

Al hablar el Ilmo. Señor González Suárez del Descubri-

miento del Perú, subsiguiente con más de diez años de diferencia al del Océano Pacífico o Mar del Sur [1513], a Pizarro, Almagro y Luque los presenta, tal como si asociados hubiesen estado ya, para la costosísima y ardua empresa del Descubrimiento aquel, desde antes del 14 de Noviembre de 1524, día de la primera salida de Pizarro desde el puerto de Panamá con rumbo al sur; y tanto, que inmediatamente después de haber dicho esto, "Pusiéronse de acuerdo Hernando de Luque, Diego de Almagro y Francisco Pizarro, comprometiéndose los dos últimos a emplear su pequeño caudal y consagrar su persona y diligencia a la empresa, y el primero a contribuir a ella con el dinero necesario, dando para los primeros gastos *veinte mil castellanos de oro y conviniendo en distribuirse proporcionalmente las ganancias*", añade lo siguiente: "Habida, pues, licencia del Gobernador [1], aprestaron una miserable flotilla, comprando al efecto un buque que Balboa había preparado para los mismos descubrimientos, y que desde la muerte de este capitán [2] había quedado abandonado en el puerto. Lo adobaron lo mejor que pudieron y con ochenta hombres de tripulación se hizo Pizarro a la vela, *en Noviembre de 1524*, con rumbo al Sur, mientras Almagro se quedaba en Panamá, ocupado en aparejar gente y vituallas en otro buque, que dentro de pocos días debía seguir al de su compañero" [3]. Todo ello, bien estaría, o no habría anacronismo alguno en ello, si el compromiso o contrato a que el ilustre historiador alude se hubiese celebrado entre los tres socios, Pizarro, Almagro y Luque, antes del 14 de Noviembre de 1524; pero entre tanto, no habiéndose celebrado sino dieciséis meses después, el 10 de Marzo de 1526, al decir del mismo historiador [4] y de todo documentado americanista, ¿cómo se compagina el asomo de las principales condiciones del contrato de 10 de Marzo de 1526 y la eficiencia de ellas con los primeros pasos del Descubrimiento, dado ya, desde dieciséis meses antes, por Pizarro y por Almagro? Y ni se diga que esas condiciones [la entrega de veinte mil castellanos de oro y el convenio de la distribución proporcional de las ganancias], aceptadas estaban ya por los tres

(1) El Gobernador Pedrarias o Pelro Arias de Avila salido de España para su Gobernación de Tierra-firme el 12 de Abril de 1514.

(2) El Capitán Vasco Núñez de Balboa (1475-1517).

(3) González Suárez—Historia General de la República del Ecuador escrita por Federico González Suárez Presbítero—Tomo segundo.—Quito—Imprenta del Cle-ro—1891—Página 14.

(4) González Suárez—Historia General—Tomo segundo.—Página 17—Nota.

socios, aun antes de habérselas hecho constar en tal contrato, porque ninguno de los historiadores que de ello han escrito lo dice, y todos, por el contrario, a ese contrato, como a fuente única primitiva de las condiciones aquellas, se refieren. Todo esto último, tan evidente, que en cierto modo, aun el mismo Ilmo. Señor González Suárez lo confiesa, cuando, después de haber narrado el regreso de Pizarro desde *Pueblo quemado*, *Puerto del hambre* y *Chicama* a Panamá, y el de Almagro desde el *Río de San Juan* [por él descubierto], *Pueblo quemado*, *Puerto del Hambre*, la *Isla de las perlas* y *Chicama* a Panamá asimismo, añade lo aquí siguiente: "Grandes obstáculos se oponían en Panamá a los tres socios para la realización de su empresa. Pedrarias les negaba recursos; el caudal propio estaba agotado y la empresa había caído en tal descrédito, que con grande dificultad pudieron encontrar quien se lo prestase. Con todo, en esa ocasión fué cuando los tres asociados, firmes más que nunca en dar cima a la obra comenzada, celebraron aquel famoso contrato, por el cual juraron dividirse, por partes iguales, del imperio cuya conquista tenían resuelta" [1].—Ahora, en vista de todo ello, ¿cómo explicar las contradicciones y anacronismos de nuestros no siempre atentos ni precisos historiadores, en punto a los dos primeros viajes exploratorios de Pizarro y Almagro? Sin gran dificultad, a nuestro ver: el primer viaje [el de 1524], lo hicieron con sus propios modestísimos recursos, unidos a los de su socio de primera hora, el Gobernador Pedrarias; y el segundo [el de 1526], con los de su socio de segunda hora, el Vicario Luque, o mejor aún, el Licenciado Gaspar de Espinosa, el verdadero socio y dador de los veinte mil castellanos de oro por mano de su testaferrero, el Vicario Luque. Así nos lo manifiesta, en parte al menos, el Secretario intimo de Pizarro, el atento e ingenuo Jerez, y, de lleno, y después de él, otro acompañante acucioso de Pizarro, el cronista Estete. "De allí [de *Pueblo quemado*]—dice Jerez—se embarcaron y siguieron la costa hasta llegar a un gran río que llamaron de San Juan, porque en su día llegaron allí (2); donde hallaron alguna muestra de oro, y no hallando rastro del Capitán Pizarro, volvióse el Capitán Almagro, a Cuchama (Chicama), donde lo halló; y concertaron que el capitán Almagro fuese a Panamá y aderezase los navíos, e

[1] González Suárez—Historia General—Tomo segundo—Páginas 16 y 17.
[2] El 24 de Junio de 1525.

hiciese más gente para proseguir su propósito y acabar de gastar lo que les quedaba, que ya *debían* más de diez mil castellanos de oro" [1].—"Estando ya poblado la dicha Panamá—dice Estete—y siendo los dichos capitanes [Pizarro y Almagro] vecinos de ella, hicieron un concierto y capitulación con el dicho Pedrarias de Avila, Gobernador de la dicha tierra, que el dicho capitán Pizarro, con cierta gente y navíos, fuese por la costa de la mar del Sur a descubrirla y calar y saber lo que había por ella, y así, hecha la dicha capitulación con el dicho Pedrarias, en la cual más largamente parecerá las condiciones que hubo en ella [2], el dicho capitán Don Francisco Pizarro fué por la dicha costa adelante, aunque con ruín aparejo de navíos, por ser los primeros que en la dicha mar del Sur se había hecho, y con cierta cantidad de gente, el año de veintitrés o veinticuatro (1524), donde anduvo muchos días padeciendo muchos trabajos y necesidades de hambres y enfermedades y peligros, por llevar ruines navíos y no sabida la navegación.... Vueltos con la dicha gente a Panamá, destrozados y gastados, que ya no tenían haciendas para tornar con provisiones y gente, que todo lo habían gastado; el dicho Pedrarias de Avila les dijo que ya él no quería más hacer compañía con ellos en los gastos de la armada, que si ellos querían volver a su costa, que lo hiciesen..." [3].—Esto último, o lo de la compañía y desistimiento de Pedrarias, que consigna Estete, también el primer historiador de América, el ingenioso y amplio, aunque no siempre remirado Gonzalo Fernández de Oviedo lo consigna (Hist., II, 23), como el perspicaz y eruditísimo Quintana, antes talvez que americanista alguno, lo observó [4].

PRIMER VIAJE DE PIZARRO

Para su primer viaje exploratorio en dirección al Sur (1524), ochenta hombres dice el Ilmo. Señor González Suárez que trajo

[1] Jerez—Historiadores primitivos de Indias—Edición de Vedia—Tomo segundo—Madrid—1886—Página 320—Conquista del Perú, por Francisco de Jerez.
[2] Celebrada en 1524 a lo que parece, a los cuatro años de fundada Panamá por el Gobernador Don Pedro Arias de Avila.
[3] Estete—El Descubrimiento y la Conquista del Perú. Relación inédita de Miguel de Estete—La publica con una Introducción y notas Carlos M. Larrea—Quito—Ecuador—Imprenta de la Universidad Central—1918—Páginas 13 y 14.
[4] Quintana—Obras completas del Excmo. Señor Don Manuel José Quintana—Madrid—1898—Página 491—Parte segunda—Historia—Vida de Francisco Pizarro—apéndices.

Pizarro consigo desde Panamá, en el navío preparado años antes por el gran Balboa. Aunque aserto como ése, difícilmente documentable, parece a primera vista, propio sólo del ilustre autor, esto también de uno de los más inteligentes y brillantes historiógrafos a quienes siguió él más de cerca, el célebre Quintana. "Sólos Francisco Pizarro y Diego de Almagro, amigos ya desde el Darién, y asociados en todos los provechos y granjerías que daba de sí el país, fueron—dice Quintana—los que, alzado el ánimo a mayores cosas, quisieron a toda costa y peligro ir a reconocer por sí mismos las regiones que caían hacia el sur. Compraron para éllo uno de los navichuelos que con el mismo objeto había hecho construir anteriormente el adelantado Balboa, y habida licencia de Pedrarias, le equiparon con *ochenta hombres* y cuatro caballos, única fuerza que de pronto pudieron reunir. Pizarro se puso al frente de éellos, y salió del puerto de Panamá a mediados de Noviembre de 1524, debiéndole seguir después Almagro con más gente y provisiones" (1). Sea de ello lo que fuere, el hecho es que el número aquel de los *ochenta hombres* de Pizarro, no está acorde con el aserto de los primitivos cronistas de Indias, y menos aún con el del mejor informado y más fehaciente de todos en lo relativo al descubrimiento y conquista inicial del Perú, el secretario Jerez. Para ellos más de cien hombres fueron los primeros compañeros del audaz Pizarro.—"El capitán Francisco Pizarro—dice Jerez—partió de la ciudad de Panamá a 14 días del mes de Noviembre de 1524 años, llevando en su compañía *ciento y doce españoles*, los cuales llevaban algunos indios para su servicio" [2].—"Año pues de 1525—dice a su vez Gómara—fueron a descubrir y poblar, con licencia del Gobernador Pedrarias, según dicen algunos, Francisco Pizarro e Diego de Almagro. El Pizarro partió primero con *ciento y catorce* hombres en un navío (3).—"En el año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo de 1525 años....—dice en fin Zárate—, tomando licencia don Francisco Pizarro de Pedro Arias de Avila, que a la sazón gobernaba aquella tierra (Tierra-Firme) por su majestad, aderezó un navío con harta dificultad, y se metió en él con *ciento y catorce* hombres...." (4).—Aquí anotemos,

(1)—Quintana—Obras completas—Página 302—Vida de Pizarro.

(2) Jerez—Historiadores primitivos de Indias—Tomo segundo—Madrid—1886—Página 320—Conquista del Perú (1524—1533).

(3) Francisco López de Gómara—Historia de las Indias—Primera parte—Capítulo 108.

(4) Agustín de Zárate—Historia del Perú—Libro primero—Capítulo primero.

para más luz en los orígenes de la historia ecuatoriana, que vueltos de aquel su primer viaje, presentes estaban ya en la ciudad de Panamá, Pizarro y Almagro el 10 de Marzo de 1526, día del famoso contrato público de éellos con Luque "para descubrir y conquistar las tierras y provincias de los reinos llamados del Perú, que está, por noticia que hay, pasado el golfo y travesía del mar de la otra parte...." [1]. Anotemos también, con el mismo objeto, que en el segundo viaje de Pizarro en dirección al sur (1526), cincuenta hombres le acompañaban, además de los de Almagro. Sobre ello, preciosamente sintético es el dato de Jerez: "Con *ciento y diez* hombres—dice Jerez—salió [Almagro] de Panamá, y fué donde estaba (Chicama) el capitán Pizarro con otros *cincuenta* de los primeros ciento y diez que con él salieron [en el primer viaje] y de los setenta que el capitán Almagro llevó cuando le fué a buscar (desde el río de San Juan hasta Chicama); que los ciento y treinta eran ya muertos. Los dos capitanes partieron en sus *dos navíos con ciento y setenta* hombres, y iban costearo la tierra, y donde pensaban que había poblado saltaban en tierra con *tres canoas* que llevaban, en las cuales remaban sesenta hombres...." [2].

BENALCAZAR

Desprovista aún de concordancia documentaria histórica, la historia hispano americana primitiva, no pocos son los puntos de ésta, o contradictorios, u oscuros. Y uno de éellos, el sitio geográfico preciso en que por vez primera puso el pie en tierra ecuatoriana, Benalcázar, el sagaz y audaz Conquistador de Quito. El Ilmo. Señor González Suárez, después de referir la tercera y última salida de Pizarro desde Panamá hacia el sur, en Enero de 1531, en tres navíos, y su parada en *Coaque*, el célebre pueblo para él, de valiosa presa, pero también de dolencias, y después asimismo de su aserto relativo al envío hecho por él, de dos naves, la una a Panamá y la otra a Nicaragua, para estimular con las muestras del oro y las esmeraldas de Coaque la codicia de los moradores de esas dos colonias, dice lo aquí subsiguiente: "En tal extremo de necesidad, acongojados, no sabían con qué remedio sanar, y la tro-

(1) Quintana—Obras—Pág. 489—Escritura de compañía [1526] sacada de los Anales de Montesinos.

[2] Jerez—Historiadores primitivos de Indias—Tomo segundo—Página 231.

pa iba reduciéndose cada día con los que morían. Siete meses eran transcurridos en tan penosa situación; y, cuando ya la mayor parte de los aventureros maldecía de su destino y renegaba de la empresa, abordaron dos buques, en uno de los cuales venía Benalcázar, que tan célebre se hizo después en la conquista de Quito y pacificación de Popayán. Alentados con este refuerzo, siguieron su marcha a lo largo de la costa, y, caminando siempre por tierra, atravesaron el litoral por las provincias de Esmeraldas y Manabí". (Hist. Gen., II, 40-41). Según eso, en Coaque habría pues saltado, por vez primera, Benalcázar. Pero entre tanto, al decir de los cronistas americanos, primitivos para ellos, ¿en dónde precisamente? Para Estete, en la Puná. Para Gómara, en Portoviejo. Para Zárate en Portoviejo, asimismo. Y para Herrera, allí mismo, en Portoviejo.—"Vuelos los navíos—dice Estete—a la dicha Panamá y Nicaragua, con la gente y caballos que en ellos pudo entrar, se partieron en busca del dicho gobernador (Pizarro); y los que partieron de Panamá, como era más cerca, llegaron primero al dicho pueblo de Coaque que los de Nicaragua, que éstos no pudieron tomar al dicho Pizarro hasta la isla de Puná". (Relación, p. 17).—"Pizarro—dice Gómara—, aunque sentía la dolencia y muertes de sus compañeros, no dejó la empresa. Antes envió veinte mil pesos de oro a Diego de Almagro para que le enviase de Panamá y de Nicaragua los más hombres, caballos, armas y vituallas que pudiese, y para abonar la tierra de su conquista, que tenía ruin fama. Caminó tras este despacho hasta Puerto Viejo, a veces peleando con los indios y a veces rescatando. Estando allí vinieron Sebastián de Benalcázar y Juan Fernández, con gente y caballos, de Nicaragua; que no poca alegría y ayuda fueron para pacificar aquella costa de Puerto Viejo". (Historia de las Indias p. 226).—"El Gobernador Pizarro—dice Zárate—pasó adelante con ellos hasta la provincia que llamaron Puerto Viejo conquistando y pacificando toda aquella comarca; y allí le alcanzó el capitán Benalcázar y Juan Flores, que vinieron de Nicaragua con un navío y alguna gente de pie y de caballo". (Historia del Perú p. 474).—"Fueron recibidos bien en Puerto Viejo—dice Herrera—, y mandó Francisco Pizarro a su Gente, que no hiciese desórdenes. Y aquí llegaron de Nicaragua Sebastián de Benalcázar, Mogrobejo de Quiñones, Juan de Porras, Francisco de Fuentes, Diego Prieto, Francisco Martínez, Alonso Beltrán, con otros, que en todos fueron treinta, y doce caballos". (Década IV, VII. X).—Ahora ¿y en cuánto a nosotros? Más probable nos parece el arribo de Benalcázar en la Isla de Santia-

go o la Puná (así nos lo asegura un testigo de vista, Estete, unido ya a Pizarro desde Coaque o desde Pasao), antes que en otro sitio ecuatoriano alguno; y probable, en Portoviejo.

LOS NAVIOS DE PIZARRO

En el relato que el Ilmo. Señor González Suárez hace acerca del avance de Pizarro con los suyos, ya que no desde Coaque, desde Portoviejo al menos, hasta la isla de la Puná, en contradicción incurre, en punto a los navíos de él. Y como sobre ello, antes de ahora ya escribimos, no haremos sino poner aquí lo que, en nuestro estudio *Estete y Valverde*, entonces dijimos:—"Al hablar de los medios de transporte (*dos navíos* y balsas) de Pizarro y todo lo de la expedición conquistadora, hasta la Isla de Santiago o la Puná, exacto es nuestro ilustradísimo historiógrafo el Ilmo. Señor González Suárez (Hist. Gen. de la R. del Ecuador, Tomo segundo, Quito, 1891, Página 43), como no lo es Miguel de Estete conforme abajo lo veremos; pero aún el Ilmo. Señor González Suárez, si ahí en esa página acierta, en otra página, la 38 del mismo tomo y al hablar de los mismos navíos, yerra. Así nos expresamos, porque las palabras del ilustre autor sobre el particular que están contradichas por el testimonio auténtico de cronistas primitivos, no dejan lugar a duda. "Con el oro y esmeraldas (de Coaque) acordó Pizarro—dice el Ilmo. Señor González Suárez— de enviar *dos navíos*, uno a Panamá y otro a Nicaragua.... Así se hizo en efecto...." (Hist. Gen. de la R. del Ecuador, Tomo segundo, página 38). "Así es que en *dos navíos*—dice el mismo Ilmo. Señor González Suárez—pasó la gente y en las balsas los caballos (a la Isla de la Puná)...." (Hist. Gen. de la R. del Ecuador, Tomo segundo, página 43). Esto del paso de la expedición a la Isla de la Puná en *dos navíos* y en balsas, es exacto, en un sentido absoluto; pero no así, en un sentido relativo o con relación a los *dos navíos* que el Ilmo. Señor González Suárez menciona en la primera de esas citas; y la razón, salta a la vista: si el uno de esos *dos navíos* no llegó de Nicaragua (con Hernando de Soto y sus compañeros) a la Isla de la Puná sino meses después de ya presentes Pizarro y los suyos en ella, como el mismo Ilmo. Señor González Suárez lo consigna en el mismo tomo segundo de su Historia (página 50) ¿cómo podían haber pasado Pizarro y los suyos desde Coaque hasta la Isla de la Puná en dichos *dos navíos*? Ciertamente que Pizarro y los suyos pasaron a la Isla de la Puná en *dos navíos* absolutamente ha-

blando; mas, estos dos navíos no fueron los *dos navíos* (o el uno solo, en rigor lógico) que dice el Ilmo. Señor Gonzáles Suárez, sino *dos* de los *tres navíos* en que salió Pizarro con los suyos de Panamá a Coaque, y de los cuales, desde Coaque mismo, envió *los dos* a Panamá y *el otro* a Nicaragua, por más gente. En esto último, lo estrictamente histórico, de acuerdo con el testimonio de Jerez, Zárate, Herrera. He aquí, a continuación, las fuentes.—“Desde pueblo de *Coaque*—dice Jerez—despachó el Gobernador (Pizarro) *los tres navíos* (1) para la ciudad de Panamá y para Nicaragua, para que en ellos viniese más gente y caballos, para poder efectuar la conquista y población de la tierra; y el Gobernador se quedó *allí* con la gente reposando algunos días hasta que *dos* de los navíos volvieron de *Panamá* con veinte y seis de caballo y treinta de pié; y éstos venidos, partiose el Gobernador *de allí* con toda la gente de pie y de caballo, y anduvieron la costa adelante..., así anduvo el Gobernador con la gente española hasta llegar a una isla que se decía la Pugna (2), a la cual los cristianos llamaron la isla de Santiago, que está dos leguas de la Tierra-Firme; y por ser esta isla bien poblada y rica y abundosa de mantenimientos (3), pasó el Gobernador a ella en *los dos navíos* (4) y en balsas de maderos que los indios tienen, en las cuales pasaron los caballos”.—“Muy animosamente—lice Zárate—el Gobernador y sus hermanos apriesa cabalaron [en la Isla de la Puná], repartiendo los españoles a todas partes, y envió a socorrer los navíos que cerca de tierra estaban, porque los indios daban sobre ellos por la parte del mar con balsas, y tanto los españoles pelearon, que los desbarataron, matando y hiriendo muchos dellos; y solos dos o tres españoles allí murieron, aunque otros quedaron mal heridos, especialmente Gonzalo Pizarro, de una peligrosa herida que le dieron en una rodilla. Y *después desto*, llegó el capitán Her-

(1) Los tres navíos, esto es, los mismos *tres navíos* o “tres naves” de que el Ilmo. Señor González Suárez habla, en la página 35 del Tomo segundo de su Historia.

(2) La Puná, isla hermosa situada en el golfo espléndido de Guayaquil.—He aquí, en parte al menos, lo que acerca de ella dice nuestro ilustrado geógrafo el Doctor Villavicencio: “*Puná*”.—Este pueblo se halla en la isla de su nombre, en 2° 45' de latitud meridional y en 1° 25' de longitud occidental. Es un pequeño pueblo construido en un terreno desigual, pero con una vista encantadora. Esta fundación es nueva, pues el pueblo viejo está al O. de este lugar y en mal sitio”.—Geografía de la República del Ecuador, New York, 1858.

(3) La conoció Jerez a fines de 1531.

(4) *Los dos navíos*, esto es, los dos sobredichos navíos, vueltos ya de Panamá.

nando de Soto, con más gente de pié y de caballo que de Nicaragua traía...”—“Con la presa del oro, que fué en piezas ricas y vistosas—dice Herrera—, acordó Don Francisco Pizarro de enviar *dos navíos* a Panamá, y *otro* a Nicaragua, a cargo de Bartolomé de Aguilar, para llevar gente y caballos...”—Jerez—Hist. primitiva de Indias, Tomo segundo, página 322—Zárate—Ibiden, página 474—Herrera—Década IV, VII, IX.

LAS EMBAJADAS

Sensible es que de ciertos sucesos y episodios de la historia hispano—americana primitiva no tengamos siempre un conocimiento exacto, y ésto, no tanto porque nos falten noticias de ellos, cuanto por el poco esmero con que por ciertos historiadores han sido consignadas. Una prueba de éello, el relato de las embajadas de Atahualpa a Pizarro nos la dá. Desde Zárate hasta el Ilmo. Señor González Suárez, poco menos que ningún historiador ha presentado el número de dichas embajadas con toda claridad y exactitud. Para el Ilmo. Señor González Suárez, las embajadas de Atahualpa a Pizarro hasta la llegada de éste a Cajamarca, no fueron sino tres: la de *Zarán*, la primera; la de *la cumbre de la cordillera*, la segunda; y la de *el mismo indio que había visitado a los españoles en Zarán*, la tercera.—“Estando en el mismo pueblo de *Zarán*—dice el Ilmo. Señor González Suárez—, recibió Pizarro *una primera embajada* de parte de Atahualpa... Los presentes enviados por Atahualpa a Pizarro no revelaban por cierto, mucha opulencia en el que los obsequiaba. Eran dos vasos de piedra, fabricados en forma de fortaleza; unas cuantas prendas de vestir, tejidos de la finísima lana de vicuña y recamadas con labores de oro hilado en hebras sutiles, y dos cargas de patos desollados secos, para que se sahumara con ellos, como era usansa de los grandes en su tierra, según le dijo el enviado de Atahualpa a Pizarro, al presentarle tan extraño obsequio. (Hist. Gen., II, páginas 74 y 75).—Aquí, en *la cumbre de la cordillera*, en la antiplanicie interandina, encontró a Pizarro *la segunda embajada de Atahualpa*... En efecto, todavía estaban los conquistadores aposentados bajo sus toldos de campaña, cuando llegó el comisionado imperial: era éste un indio noble, que traía, a nombre de su soberano para obsequiar a los españoles, diez llamas u ovejas de la tierra. (Hist. Gen., II, páginas 78 y 79).—Los conquistadores anduvieron algunas jornadas, y recibieron *una tercera embajada* de parte del Inca.—Se la traía *el mismo indio que había visitado a los espa-*

ñoles en Zarán; pero ahora venia con grande boato y mucho acompañamiento, hablaba con grande desenfado y brindaba de su chicha en vasos de oro". (Hist. Gen., II pp. 79—80).—Hé ahí, esas tres, las únicas embajadas de Atahuallpa a Pizarro, hasta la llegada de éste, el viernes 15 de Noviembre de 1532, a Cajamarca, al decir del Ilmo. Señor González Suárez. Y sin embargo, a luz de la mejor fuente sobre ello, la del diario o *Conquista del Perú* de un testigo de vista atento e ingenuo como el Secretario de Pizarro, Francisco de Jerez, cuatro fueron, y no tres únicamente, esas embajadas: la de *Zarán*, la primera; la de *lo alto de la sierra*, la segunda; la del mismo indio de *Zarán*, la tercera; y la de *un llano de Zavana*, la cuarta. Hé aquí en seguida las pruebas de ello.—"Luego aquel día se partió el capitán —dice Jerez; otro día se partió el Gobernador, y llegó a un pueblo llamado *Zarán*, donde esperó al capitán que fué a Caxas.... Con el capitán vino un indio principal con otros algunos....este mensajero dijo al Gobernador (Pizarro) que su señor Atabalipa le envía desde Caxamalca para le traer aquel presente, que eran dos fortalezas a manera de fuente, figuradas en piedra, con que beba, y dos cargas de patos secos desollados, para que, hechos polvos, se sahume con ellos, porque así se usa entre los señores de su tierra; y que le envía a decir que él tiene voluntad de ser su amigo, y esperalle de paz en Caxamalca. (Conq. del Perú—Hist. prim. de Indias—II, pp. 325 y 326).—Otro día por la mañana caminó el Gobernador con su gente, subiendo todavía la sierra, y paró en *lo alto della*....Dende a poco rato que el Gobernador había aquí reposado llegó la retaguardia, y por otra parte los mensajeros que Atabalipa enviaba, los cuales traían diez ovejas. Llegados ante el Gobernador, y hecho su acatamiento, dijeron que Atabalipa enviaba aquellas ovejas para los cristianos y para saber el día que llegarían a Caxamalca, para les enviar comida al camino.—(Conq. del Perú *ubi supra*, p. 328).—Otro día por la mañana tomó el camino (el Gobernador Pizarro) todavía por la sierra, y en unos pueblos que cerca de allí en un valle halló fue a dormir aquella noche. Y luego que el señor Gobernador allí fué llegado, vino el principal mensajero que Atabalipa había primero enviado con el presente de las fortalezas que vino a *Zarán* por la vía de Caxas. El Gobernador mostró holgarse mucho con él, y le preguntó qué tal quedaba Atabalipa; él respondió que bueno, y le enviaba con diez ovejas que traía para los cristianos, y habló muy desenvueltamente, y en sus razones parecía hombre vivo. (Conq. del Pe-

rú *ubi supra*, p. 329).—Otro día partió el Gobernador, y fué a dormir a *un llano de Zavana* por llegar otro día a medio día a Caxamalca, que decían que estaba cerca. Allí vinieron mensajeros de Atabalipa con comida para los cristianos". (Conq. del Perú *ubi supra*, p. 330).—Ahora expresamos que dichas embajadas, también para el perspicaz historiógrafo Quintana fueron cuatro: la de *Zarán* con "dos vasos de piedra para beber, artificiosamente labrados, y una carga de patos secos", la primera; la de "lo alto de la sierra y.... diez reses de su parte" (de parte de Atahuallpa), la segunda; la del indio, "primero que había buscado a Pizarro de parte del Inca en la estancia de *Zarán*, junto a Caxas y Guacabamba, y llevádole el presente de los vasos de piedra", la tercera; y la de "otros mensajeros de Atahuallpa con bastimentos, ya cerca de Cajamarca, la cuarta y última. (Quintana, Obras completas, pp. 320, 321, 322, 323).

LA FAMOSA ARENGA

Al hablar el Ilmo. Señor González Suárez de la famosa arenga atribuida al no menos famoso Padre Valverde en el drama trágico e inmensamente sensible de 16 de Noviembre de 1532 ocurrido en Cajamarca, dice entre otras cosas, lo aquí siguiente: "La litera imperial había llegado ya a la mitad de la plaza, los extranjeros no se presentaban y Atahuallpa preguntaba por ellos con muestras de disgusto, cuando de una de las casas salió Fr. Vicente Valverde, y, precedido del intérprete, se presentó ante las andas del Inca: hizole una reverencia profunda, le santiguó con una pequeña cruz de madera que llevaba en la mano, y luego le dirigió un discurso, en el que le habló de los misterios cristianos, de la fundación e institución de la Iglesia católica, de la obediencia debida al Papa y, finalmente, de la donación que éste había hecho de las Indias occidentales a los reyes de España, a quienes el Inca debía de someterse (1) y obedecer. Tan extraño razonamiento, hecho en castellano por el religioso, y traducido, pedazo por pedazo, por el intérprete Felipillo (2), causó en el ánimo de Atahuallpa una impresión profundamente desagradable....¿Quién os ha dicho esas cosas, añadió Atahuallpa, dirigiéndose al Padre Valverde? ¿Cómo lo sabéis?....Esas cosas están conteni-

(1) Debía de someterse, esto es, debía someterse.

[2] El intérprete Martín al decir de Estete (Miguel).

das aquí, repuso el religioso, mostrando al Inca una Biblia que llevaba en la mano.—Pidió Atahualpa el libro, lo observó por un breve instante, con cierta curiosidad desdeñosa, y luego lo arrojó con desprecio al suelo, diciendo, con voz airada: Ahora me daréis cuenta de los desmanes que habéis cometido en mis pueblos!!!—El fraile recogió su Biblia, se regresó apresuradamente al aposento, donde estaba escondido Pizarro, y, asustado le dijo: ¿Qué aguardáis? ¿No véis que los indios se nos vienen encima?...” Hist. Gen., II, pp. 92, 93, 94).—Si a ese solo relato, gráficamente variadísimo al correr del tiempo, se hubiese reducido el criterio y juicio histórico del Ilmo. Señor González Suárez, no habría pasado de ser el ilustre autor, como tantos y tantos historiadores y escritores públicos tan frívolos como ilógicos, un relator vulgar o adocenado; pero al ilustre autor asístiale sagacidad, y sagacidad nada ordinaria, y guiado de ella y previa atenta consideración de las circunstancias todas del plan crítico premeditado desde mucho antes por Pizarro (el asalto audaz a la persona del Inca, añade lo aquí siguiente: “Entre los historiadores de América hay mucha diversidad respecto a las circunstancias ocurridas con Atahualpa cuando su entrevista con el Padre Valverde en Cajamarca, y es muy difícil sacar de entre relaciones tan contradictorias la verdad.—Garcilaso refiere esta entrevista de una manera enteramente inverosímil. La arenga del Padre Valverde al Inca parece fingida después y compuesta de propósito para ejercicio retórico; esto se confirma con la aseveración del Padre Valera, citado por Garcilaso, pues refiere que siendo estudiante vió la arenga manuscrita, de puño y letra del mismo Padre Valverde. Lo impertinente, lo intempestivo y hasta lo absurdo de semejante embajada (1) es muy evidente.—Los conquistadores, y principalmente Pizarro consta que tuvieron la precaución de impedir que nadie escribiera una relación verídica y circunstanciada de lo sucedido en Cajamarca, a fin de que ni en las otras Colonias ni en España se conociera su crimen. El mismo Pizarro dirigió a la Corte comunicaciones, en que relataba los hechos de una manera que le era muy favorable. La suerte de Atahualpa, como lo hace observar muy bien Quintana, habría sido la misma, aunque en vez del Padre Valverde hubiera venido el mismo Fray Bartolomé de las Casas. Nosotros no pretendemos atenuar en lo

(1) La supuesta arenga.

más mínimo; pero tampoco es justo exajerar la culpa que el Padre Valverde haya tenido en la matanza de Cajamarca”. [Hist. Gen., II, pp. 97-98].—He ahí un juicio crítico-histórico sobre poco más o menos bien equilibrado, ante el cual las exageraciones gráficas de tanto autor no analítico ni sólido contra la actuación del Padre Valverde en Cajamarca, empezando por su supuesta larga arenga, incompatible con la falta de tiempo en tarde ya avanzada para el decisivo ataque de Pizarro y los suyos, pierden su aparente base. En prueba la mejor de éllo, o lo que es lo mismo, en prueba, la mejor de que la tal *famosa arenga* no es sino posteriormente imaginada, he aquí en seguida el testimonio del mejor testigo de vista y relator del atroz drama, drama que, al decir de Remesal, así Atahualpa hubiese dicho que creía en Dios como San Pedro y San Pablo habíale sido inevitable bajo el plan preconcebido de Pizarro: el imparcial Jerez.

TESTIMONIO DE JEREZ.

“En llegando Atabalipa en medio de la plaza—dice Jerez—, hizo que todos estuviesen quedos, y la litera en que él venía y las otras en alto: no cesaba de entrar gente en la plaza. De la delantera salió un capitán, y subió en la fuerza de la plaza, donde estaba el artillería, y alzó dos veces una lanza a manera de seña. El Gobernador, que esto vió, dijo a Fray Vicente (Fray Vicente Valverde) que si quería ir a hablar a Atabalipa con un faraute; él dijo que sí, y fué con una cruz en la mano y con su Biblia en la otra, y entró por entre la gente hasta donde Atabalipa estaba, y le dijo por el faraute: “Yo soy sacerdote de Dios, y enseño a los cristianos las cosas de Dios, y asimesmo vengo a enseñar a vosotros. Lo que yo enseño es lo que Dios nos habló, que está en este libro; y por tanto, de parte de Dios y de los cristianos te ruego que seas su amigo, porque así lo quiere Dios, y venirme ha bien dello; y vé a hablar al Gobernador, que te está esperando”. Atabalipa dijo que le diese el libro para verle, y él se lo dió cerrado; y no acertando Atabalipa a abrirle, el religioso extendió el brazo para lo abrir, y Atabalipa con gran desdén le dió un golpe en el brazo, no queriendo que lo abriese; y porfiando él mesmo por abrirle, lo abrió; y no maravillándose de de las letras ni del papel, como otros indios, lo arrojó cinco o seis pasos de sí. Ea las palabras que el religioso había dicho por el faraute respondió con mucha soberbia, diciendo: “Bien sé lo que habéis hecho por ese camino, cómo habéis

tratado a mis caciques y tomado la ropa de los bohíos". El religioso respondió: Los cristianos no han hecho esto; que unos indios trajeron la ropa no lo sabiendo el Gobernador, y él la mandó volver". Atabalipa dijo: "No partiré de aquí hasta que toda me la traigan". El religioso volvió con la respuesta al Gobernador. Atabalipa se puso en pie encima de las andas, hablando a los suyos que estuviesen apercebidos. El religioso dijo al Gobernador lo que había pasado con Atabalipa, y que había hechado en tierra la sagrada Escripura". (Jerez—Conquista del Perú—Hist. Prim. de Indias, II, p. 332).

Hé ahí el discurso tan sinsético como llano del Padre Valverde con todas sus circunstancias; discurso, como cualquier cotejador analítico puede verlo, distintísimo de una arenga de Garcilaso (y en parte, de otros escritores públicos desde Gómara hasta Cevallos), acaso "fingida después y compuesta de propósito para ejercicio retórico" en frase del Ilmo Señor González Suárez. (1)

[1] Lo ahí arriba dicho, en nada amengua el crédito de Garcilaso: crédito histórico-legendario, mas no estrictamente histórico, como aún sus más decididos panegiristas lo confiesan.—"Era Garcilaso de la Vega [1540-1615 dice el sagaz Astrana Marín—del Cuzco, hijo de Garcilaso de la Vega, primo del célebre poeta de igual nombre y de una india, prima de Atahualpa, el último de los incas.... Tiene Garcilaso estilo, color, amenidad; una fertilísima imaginación americana, dentro de una propensión a lo extraordinario, de herencia española. En sus Comentarios entrelaza elementos fantásticos e históricos con leyendas y tradiciones oídas de niño a su madre, más dispuesto casi todo con sin igual primor y donaire".—Luis Astrana Marín—Cristóbal Colón....—Editorial Voluntad, S. A.—Madrid—páginas 42 y 43.

ALFONSO MARIA BORRERO

Bibliografía

Cuenca en Pichincha.—Cuenca, 1922.

BATALLA DE PICHINCHA

Tal fué la batalla de Pichincha que selló la Libertad del Pueblo Ecuatoriano: La única, en los Anales de la Historia, que se libró a 4.600 metros de altura y casi a los bordes del cráter de un volcán. En ella tocaron las dianas del triunfo las cornetas y las cajas de guerra fabricadas por el genial cuencano Gaspar Sangurima. En ella combatieron los cuencanos prisioneros en la acción de Yaguachi. En ella pelearon con denuedo como 800 azuayos, incorporados a los Cuerpos de la División Colombiana que más se distinguieron en la lucha. En esa homérica jornada, derramó hasta la última gota de su sangre el valentísimo mancebo cuencano don Abdón Calderón, que fué el héroe del Pichincha. Cábele, pues, a Cuenca honrosísima y glorioso lugar en la campaña y en el subsiguiente legendario combate, en que se selló la Independencia de la antigua Presidencia de Quito.

Es digno de notarse que el País clásico de los volcanes hubiese obtenido su Libertad, en un combate librado en uno de aquellos colosos andinos que tienen *nieve en sus cimas y en sus entrañas fuego*; y que el Pichincha fuese, como debía serlo, el pedestal de la gloria imperecedera de Sucre, el incomparable Adalid que rompió para siempre las seculares cadenas del Poderío Español en las tierras ecuatoriales.

Con razón el Libertador, en su peculiar e inimitable estilo poético, dijo: "La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Cápac y contemplando las cadenas del Perú, rotas por su espada".

MANUEL MARIA BORRERO

EN LA MUERTE DE MI ESPOSA

Del fondo de nuestra conciencia, de lo más íntimo de nuestro ser, se alza una voz que proclama la virtualidad de un algo inmutable y absoluto que significa Justicia, Verdad, Bien, Clemencia y Caridad; y ese algo no es un mero concepto abstracto ni ideológico, ni dimana del acuerdo y connivencia humanos: está fuera de nosotros, flota por encima de todo lo creado y es inmutable e imperecedero.

La Justicia, la Verdad, el Bien, la Clemencia y la Caridad deben radicar en una individualidad única, eterna y perfectísima. Esa individualidad debe ser Dios y a El debe volar el alma a reclamar la parte que le corresponde en el lote de las misericordias divinas.

Pero, qué es Dios para el hombre? Por qué ha puesto el mal y las tribulaciones de la vida; por qué ha sometido a la criatura humana a una serie de pruebas, las más de las veces superiores e irresistibles a su flaca naturaleza, cuando estaba en su poder crearla pura y perfecta o por lo menos dotada de la gracia y el auxilio sobrehumanos para que pueda resistir con paciencia tan duras expiaciones y sobrellevar con mansedumbre esta carga superior a sus fuerzas y contraria a sus tendencias y a la naturaleza intrínseca de su sér? Por qué ha dispuesto este cuadro de contrastes del mundo, donde junto al rico que se solaza se escucha al pobre gemir, donde hay individuos que nacen como predestinados para la felicidad y el goce, mientras otros inician y consumen la jornada de la vida en una concatenación ininterrumpida de situaciones adversas, como que llevan consigo un sino de fatalidad y de desgracias? El dolor y los padecimientos que afligen y persiguen a ciertos individuos son siempre la pena del malvado, y la dicha y el goce, la grandeza y el poderío son siempre premios de la virtud y el bien; o los primeros son obra de la ven-

ganza, del enojo y del castigo de Dios; el Ser Perfectísimo, la Misericordia, la Caridad infinitas será capaz de venganzas, de enojos y castigos? La pobre criatura que ha recibido el ser sin deseo ni voluntad, que tan débil y tan propensa al error y que no tiene más norma ni sostén que una conciencia muchas veces ofuscada desde sus comienzos, una inteligencia limitada y una voluntad raquítica; será merecedora de las venganzas y castigo del Autor de la Creación, porque se extravía, no alcanza a discernir el bien del mal y se equivoca en sus determinaciones, porque no se resigna y acata los mandatos supremos, ni besa la mano que le hiere, ni alaba el poder más fuerte que le anonada y aniquila?

Oh! no. El Padre de todas las criaturas, el Modelo de todas las perfecciones, la Fuente de todas las bondades, la Norma de la eterna justicia, no puede abrigar en su esencia ni venganzas ni castigos, hijos del odio y del encono.

Las desgracias y los padecimientos de la vida terrena deben ser pruebas a que nos someta para depurar nuestras imperfecciones, labrar nuestro ulterior destino, el tanto de nuestros merecimientos y la conquista, en mayor o menor grado, de la recompensa celestial; de otra suerte, el galardón no sería obra de justicia. Dios es la Voluntad suprema que crea, rige y destina lo creado, la mente providente y sabia que guía y encarrila el universo; la fuerza omnipotente que torna en realidad lo inconcebible, y lo evidente, en sueño: árbitro de la vida y de la muerte, Señor de lo creado y de la nada. Es la justicia inquebrantable que el bien y el mal recompensa y enmienda, que la piedad con el rigor hermana. Es la verdad y el saber sumos: eterna lumbré que todo lo ilumina, todo lo ve, conoce y penetra; a su inteligencia no hay dudas ni arcanos; a su saber no existe el pasado, el presente ni el futuro. Es la plenitud del bien: de toda perfección norma segura. Es la clemencia suma y la bondad perenne: el mal es el vacío que donde falta Dios queda en el mundo y el dolor el cauterio que a nuestra corrupción su dedo aplica; es, también la mano redentora que nos indica el cielo, de los senos del mal el bien produce y exento de flaqueza y de sevicia, brillan en El potentes dos virtudes, la Justicia resistiendo a la Clemencia, más la Clemencia venciendo a la Justicia. Dios es el amor; el hálito fecundo que los orbes vivifica; el numen compasivo que nos hace entrever en el cielo el bien futuro. Dios es la caridad, de su corazón la eterna fuente del perdón emana.

Señor! Señor! Te veo al través de las lágrimas y mi des-

esperación me hace reconocer tu Omnipotencia: has podido privarme de lo que ningún poder humano hubiera sido suficiente para arrebatarme. Mi espíritu atribulado me indica también tu misericordia divina: me has deparado como medio depurativo la amargura de haberla perdido; dentro de mi inmenso infortunio, está la pena, la estimo como una bendición: llorarla eternamente, llorarle a ella, sufrir por ella, consagrarle mi intenso dolor y mi recordación perenne, hacer de su memoria un culto, de su ausencia el juego de mi melancolía y sepultar mi vida con la suya; cabe destino más hermoso y pena más grata? Cuál de los otros padecimientos del mundo ha podido brindarme la sublimidad y grandeza de éste? Ser ella el objeto de mi desgracia, lo conceptúo enormemente horrible, pero enormemente grato.

El culmen de mi amor ha debido ser así: a un cariño tan grande, un dolor tan inmenso; ley era de correlación. Toda otra pena la hubiese estimado como un castigo, como una maldición; ésta no. Mi absoluta felicidad hubiera consistido en poseerla toda mi vida; mas mi felicidad relativa consiste en llorarla el resto de mi existencia.

Esta merced la debo a ti, Señor, y por eso, aunque contorsionen de dolor todas las fibras de mi ser y perezcan de atonía todas mis aspiraciones y afanes, soporté tus designios; por más que no me resigné ni conforme, porque todo en mí se resiste al consuelo, que no es sólo el olvido disimulado.

Tú lo has querido. Tú lo has deparado así para tus altos fines. Tú has podido hacer lo que yo no pude contrarrestar; mas, no me quedará ni siquiera el derecho de quejarme, no podré llevar ante tu Majestad la querrela de mis angustias y martirios, no podré exponerte mis padecimientos ni decirte: Señor! Señor! por qué no alejaste de mí este cáliz de amargura?

Oh Dios! Tú que lees en mi conciencia la consternación de mi alma, tú que me diste un corazón sensible, tú que me hiciste saborear la dicha en los encantos de mi angelical esposa; no quieras exigir de mí imposibles. Si a tu infinita clemencia y a tu grande misericordia aun puedo implorar una gracia: no alejes de mí esta pena, no ahogues nunca este padecimiento, déjame por favor la satisfacción de llorarla hasta mi muerte.

Y si cabe en mi desgracia algún consuelo, no apartes de mí la confianza en tu bondad y misericordia; porque ella me conforta con la esperanza de que el ángel que se durmió en tu seno, me lo arrebataste para librarle de los padecimientos

de esta vida y darle el galardón que merecía por sus virtudes. Si ella es feliz contigo, no importa que yo sea desgraciado sin ella.

Y tú, espíritu inmortal, alma buena y cariñosa, lo has olvidado todo?; has perdido la conciencia de tu vida terrestre y la reminiscencia y la noción de tus afectos humanos?; conservas aún el amor por nosotros, nos contemplas, nos ves, nos compadece y te conduces de nuestras lágrimas y angustias, de nuestra soledad y desventura? La vida de ultratumba lleva también como la vida terrena el olvido de la existencia anterior? No nos quedará ni siquiera el lenitivo de que nos amas todavía y nos recuerdas y proteges?

¡Oh, alma tierna y sentimental!... Tú has debido padecer con nosotros, luchar desesperadamente por no alejar del teatro donde se consumaba la más funesta de las tragedias, mirar esas escenas horripilantes, contemplar esos cuadros de pavor y de locura y regresar a ver el solar conyugal desierto y destrozado. Tú debes verlo todo y medir la magnitud de la desgracia, compadecerte de nosotros, sufrir intensamente y rendirte a los mandatos supremos.

Tú no has podido olvidarnos: el amor es atributo del alma, y si ella perdura debe perdurar con todas las facultades que forman su esencia, y el amor era esencial en ti.

Tú no has podido dejar de querernos; tú debes asistirnos en todo momento, enviarnos irradiaciones de ternura y conmiseración, imprimir en nuestras frentes agobiadas caricias imperceptibles y acompañarnos incesantemente.

Tú debes rogar a Dios por nosotros; tú debes ser nuestra lámpara encendida ante el trono del Todopoderoso; tú debes velar por tus parvulitos, por esas criaturas que han quedado en el mundo sin calor ni abrigo, sin mimos ni caricias.

Adiós, mujer! La muerte ha podido matarte, ha podido arrebatarte de mis brazos, ha podido separarnos y abrir entre los dos el abismo infranqueable de la tumba, ha podido helar esperanzas e ilusiones, placeres y felicidad, ha podido congelar en el sepulcro ternuras y caricias y sembrar en mi camino desgracias y dolores; mas no tendrá el poder de extinguir la lumbre grata de tu recuerdo ni ahogar la llama vivificante

y abrasadora de mi amor y gratitud por tí.

Tu memoria perdurará en mí como el recuerdo del rayo del sol tibio y cariñoso que iluminó y abrigó las tenebrosidades de la cárcel de mi existencia; como el postrimer effluvio del ánfora perfumada que aspiraba; como la sonrisa de un ayer dichoso; como la caricia tierna de la mano de un ángel; como el único beso de sola mujer que he querido; como la gota de agua pura y cristalina que aplacó la sed devorante de afectos de mi alma.

Triste y oprimida fue mi infancia; triste y desamparada será mi vejez. Tú has abierto y cerrado un paréntesis luminoso y grato entre esas dos extremidades tristes y sombrías.

Te debo el amor y las únicas horas felices de mi vida, te debo tus cuidados y caricias, tus consejos y amable compañía. Alejado muy pronto de mis padres, no he tenido otros mimos y ternuras que los tuyos, ni mas consuelo y amparo que tus brazos.

Te debo mi pena y la misión de mis días ulteriores, el cuidado y educación de nuestros hijos: frutos benditos de nuestro enlace, recuerdos vivientes y encargados de nuestro amor, únicos consuelos de mi desolada viudez, cadenas que me atan y aprisionan a la vida.

Muchas gracias, mujer! Dios premie tus bondades!

He quedado otra vez solo y meditabundo en el sendero. Sólo y meditabundo tendré que continuar el resto del camino. Sólo y meditabundo me alcanzarán la vejez y los achaques. Sólo y meditabundo me encontrará mi último día.

Ya no tendré quién me consuele y me fortalezca, quién sostenga mis desmayos ni entusiasme mis fatigas, quién alivie mis dolores ni aplaque mis desesperaciones, quién vele por mí ni se interese por mi suerte, quién espíe mis ausencias ni aguarde mis regresos, quién me cierre los ojos ni recoja mi aliento en el ánfora de sus labios y, talvez, ni quién eche un puñado de tierra sobre mis despojos mortales. Ya no me queda ni un pecho amante que con sus penas mis penas junte ni un dulce labio que me pregunte de dónde venga ni a dónde voy. Ya en mí se cifra mi vida entera, nadie se cuida, nadie se entera de los suspiros que al viento doy.

Yo quise expirar en tus brazos para que mi alma volara a la eternidad reconciliada con Dios. Yo creí que tú habrías de llorar sobre mi tumba para que no la visitara el olvido.

Yo pensé morar en tu tierra querida y hospitalaria, para que mis restos se sepultasen junto a los tuyos y se cerrasen mis ojos donde se habían abierto y cerrado los tuyos: si fuimos esposos en el tálamo debíamos serlo también en el sepulcro.

Mientras hoy, voy a vagar por el mundo como perro sin dueño. Pobre barquilla arrancada del puerto, iré a merced de las olas encrespadas del destino: rotos los remos, sin brújula y cansado, sin fe en el mañana, sin el lucero que trazó mi ruta; a qué playa distante me arrojará la suerte para acabar mis días?

¡Oh!, amiga del alma, compañera querida, esposa idolatrada! Al abandonar tu tumba, porque no me ha sido dada ni siquiera la felicidad de caer muerto sobre ella, custodiando tu sepultura como el mastín de la leyenda, junto con esas flores, que en mi ausencia nadie las renovará y que mañana se inclinarán marchitas como nuestra ventura, te dejo mi corazón mustio y desgarrado, en holocausto de mi amor y mi recuerdo.

Privado de tu amor y compañía, viuda el alma y el corazón vacío, vacía la existencia y el mundo todo para mí vacío; solo le queda a mi alma tu recuerdo y a mi pecho tu cariño inmortal y siempre vivo. Ellos de mi dolor sean testigos, ellos te rindan mi perenne culto, ellos velen tu tumba, ellos custodien mi perpetuo luto, ellos hablen de ti en este libro y este libro conserve tu memoria, tan grata y tan querida, si yo te olvido o muero.

Adios! adios! Que en la mansión celeste premie el Eterno los bienes que te debo, que tu espíritu inmortal sea dichoso, que tus yertos despojos yazgan tranquilos o se truequen en rosas perfumadas.

Adios! Adios! Al declinar el día, cuando las aves se acojan a sus nidos, cuando la noche tienda su manto lóbrego y funesto, se arroddille el sauce, el ciprés murmure la oración por los muertos y el viento gima entre los túmulos de tu última posada, el cementerio; acá vendrá, como espectro doliente, mi amante pensamiento.

Adios!, Adios!, esposa idolatrada; no olvides a tu pobre compañero!

Adios! Ana María....Quiera el Cielo que allá vuelva a encontrarte!

Quito, Julio de 1921.

EZEQUIEL MÁRQUEZ

1852

Nació en Cuenca, en diciembre de 1852. Todos sus estudios hizo en centros docentes de esta misma ciudad, hasta obtener el grado de Doctor en Leyes el 12 de junio de 1878. En edad ya avanzada se dedicó a investigaciones históricas en los archivos nacionales de esta ciudad; han venido ellas a corregir muchas relaciones de O' Leary y de Restrepo, respecto a la historia del sur de la Gran Colombia. Uno de sus trabajos de historiografía mereció ser premiado en Quito, en un concurso nacional.

Ha sido profesor en el colegio nacional de Cuenca, en la Universidad de la misma y actualmente es Director de la Biblioteca universitaria.

El 17 de julio de este año (1932) la Sociedad Bolivariana de Quito le honró con la Medalla insignia de la misma, en mérito a sus obras de historiografía bolivariana.

Bibliografía

LAS OBRAS:—Fiesta Universitaria, 1918.—Fray José María Aguirre, 1919.—Retrato del Libertador Simón Bolívar, 1920.—Retrato del Libertador Simón Bolívar, 1921.—Sucre en Cuenca, 1921.—Pedro Fermín Cevallos, 1922.—Nombres de las calles de Cuenca, 1922.—El Patriota Indígena Manuel Castillo y Paucar, 1923.—Una sedición en Cuenca a favor de la Monarquía, 1923.—Administración de la Hacienda pública en Cuenca, desde 1793 a 1822, Quito, 1924.—Simón Bolívar y la enseñanza de Derecho, 1924.—Conducta política y moral del Clero secular y regular de Cuenca y Loja, (sin fecha).—Primeros bandos republicanos en Cuenca, Quito, 1926.—Fray Vicente Solano, 1928.—Independencia de Cuenca, 1920.—Últimos días de la monarquía espa-

ñola en Cuenca (s. l. ni f.).—El Coronel Diego Ibarra en Cuenca, (s. l. ni f.).—Pasto, (s. l. ni f.).—El Coronel de Santa Cruz en Cuenca, (s. l. ni f.).—Provincia de Cañar. Auxilios generosos de Azogues. Batalla de Tarqui, 1929.—El Coronel Pedro Raules en Cuenca, 1929.—El culto a los genios, 1929.—Independencia de Cuenca—Campaña de pocas horas.—Agustín Agualongo. Unas Coplas por su derrota.—El R. P. Pedro Pablo Berroeta.—Fusilamiento de Pío Carrión Cabo 2º.—La Imprenta en Cuenca.

Todos son opúsculos; los que no llevan en esta nota la indicación del lugar de impresión son editados en Cuenca.

OBRAS INEDITAS:—Auxilios del Sur de Colombia para la libertad del Perú, 1 vol.—Centenario Portete de Tarqui, 2 vol.

SIMON BOLIVAR

Sus Glorias

RECTIFICACIONES HISTORICAS

I

El nombre de este genio que libertó la América, va pasando a la posteridad, no sólo con las virtudes que caracterizan y enaltecen su vida, sino con cargos aducidos por sus detractores para empañar su gloria.

La manía de hacer historia, falseando los hechos, echando en olvido documentos que acreditan la autenticidad de aquella y las narraciones de historiadores presenciales de la actuación de Bolívar, nos obligan a rectificar algunos conceptos, antes que el tiempo sancione lo desacertado de sus referencias.

Hemos leído con algún interés el libro intitulado **Simón Bolívar íntimo**, escrito por el Señor Don Mariano R. Martínez, publicado bajo la dirección del Sr. Dn. José Muñoz Escames, editado en París (sin fecha). Al hacer las rectificaciones del caso, no pretendemos aparecer como eruditos, sino como simples investigadores de los sucesos de la guerra de la independencia, especialmente en lo que atañe a la gloriosa vida del Padre de la Patria.

Entre las afirmaciones del Sr. Martínez, las que por ahora rectificamos son las siguientes. A la página 144, Capítulo XVIII de su libro, se lee:—"Guayaquil había proclamado su libertad en Octubre de 1820. Bolívar quería incorporar su te-

ritorio al de Colombia, pero no pudo obtener sino un convenio mediante el cual quedaba Guayaquil bajo la protección de Colombia.—En Guayaquil estaban los pareceres divididos: unos eran partidarios de la anexión al Perú, y otros deseaban unirse a Colombia. San Martín opinaba con los primeros; Bolívar, Sucre y sus emisarios sostenían la idea contraria.—En Octubre de 1821, Bolívar organizó la expedición que tenía proyectada para conquistar el Sur, *y al frente de su ejército se trasladó de Cuenca a Bogotá, y desde allí a Cali y Popayán*. La marcha debió ser penosa, porque sólo durante el mes de Marzo de 1820 dejó, en las enfermerías de los diversos puntos que recorrió, la tercera parte de su ejército.—Aunque ganó la batalla de Bomboná—que dirigió personalmente—no contaba con tropas suficientes para continuar la campaña y tuvo que esperar los refuerzos que había pedido a Popayán y Bogotá. Entre tanto, Sucre, auxiliado por el General San Martín, Protector del Perú, ocupó Cuenca y Riobamba, y después de ganar la famosa batalla de Pichincha, tomó posesión de la plaza de Quito.—Entonces Bolívar, hizo su entrada triunfal en esta población y se dispuso activamente a preparar la campaña del Perú”.

Esta relación no es exacta, ni puede compaginarse con la verdadera actuación del Libertador, menos con la de Sucre, quien vino al Departamento de Guayaquil, por orden de Bolívar. El 2 de Enero de 1821 se halla en Bogotá el Padre de la Patria, y en esta fecha dispuso que el General Antonio J. de Sucre se hiciera cargo de los batallones acantonados en Popayán para obrar sobre el Sur. En Quito se encontraba el militar español Melchor de Aymerich, al comando de los ejércitos reales, después de la muerte de Mouregeon quien aún tenía dada disposición a las autoridades de las provincias interandinas, hasta la ciudad de Loja, para resistir a todo movimiento revolucionario, puesto que también en Cuenca se había dado el grito de independencia el 3 de Noviembre de 1820. Al hablar sobre este incidente el historiador Don Camilo Destruge, en su libro **Revolución de Octubre**, dice:—“No podía ser más acertada la elección, y el General Sucre, joven todavía de unos treinta años, pero en el cual, según la expresión de un historiador, “habían madurado los dones del espíritu, y tenía con la actividad del joven, la severa dirección del hombre experimentado, “Sucre, decimos, correspondió de la mejor manera a la confianza en él depositada por el Libertador”.

La Junta de Gobierno de Guayaquil, comunicó al Liber-

tador el brillante estado de la situación política en que se encontraba la Provincia para sostener y defender los principios republicanos: y en este sentido mandó la Junta a Buenaventura para traer tropas auxiliares que ofreciera Bolívar, como en efecto salieron de Colombia el *Batallón Santander y luego los Guías y Albión*. Así las cosas, el 15 de Mayo de 1821, cuando ya Sucre se hallaba en Guayaquil, se ajustó el avenimiento entre Sucre, comisionado por el Libertador y la referida Junta; y entre los artículos del convenio firmado por Sucre y la Junta, consta: “La Junta Superior de Guayaquil, declara la Provincia que representa, bajo los auspicios y protección de la República de Colombia”....

Bolívar no salió de Colombia para el Departamento del Sur, porque sus ocupaciones militares no le permitían movilizarse, y porque Sucre se hallaba plenamente autorizado para todo arreglo hasta conseguir la libertad de Quito. Conocidos son los acontecimientos de las batallas de Huachi y de Yaguachi, y estos hechos de armas dan nuevas orientaciones para el aprecio de la movilización de Bolívar y la actuación de Sucre en el Sur. Llegó el año de 1822, y desde entonces Sucre, después de poner en conocimiento del Libertador todo cuanto había hecho, ajustó con el Gobierno del Perú trasladar las fuerzas auxiliares al comando de los Coroneles Andrés de Santa Cruz y Tomás de Heres, para constituir el Ejército Unido, y tomar Cuenca y pasar a Quito.

Sucre organizó verdaderamente, en los cincuenta días de su permanencia en Cuenca, el ejército que debía combatir en Pichincha el 24 de Mayo de 1822, como en efecto, rindió a General Aymerich en esa gloriosa jornada.

Este triunfo de armas no supo Bolívar inmediatamente, y deseoso de tomar personalmente Quito, vino hasta Pasto, en donde habiendo encontrado tenaz resistencia por parte del Coronel Basilio García; y como nada no pudo conseguir de este honrado militar español para lograr una capitulación, se regresó hasta Juanambú. Es verdad, Bolívar, siempre quería ahorrar un inútil derramamiento de sangre, y para evitarlo, propuso a García rendirse bajo algunas condiciones honrosas, las que no fueron aceptadas. García llegó posteriormente a tener conocimiento detallado del triunfo de Sucre en Pichincha, después del regreso del Libertador, y en este sentido, para asegurar su persona y la de sus soldados, mandó una comisión para que le indicara a Bolívar, hallarse resuelto a formalizar la capitulación. En virtud de este tratado, Bolívar se apoderó de la Provincia de los Pastos y entró a Quito, en circuns-

tancias que el Coronel José María Córdova perseguía a los derrotados españoles de Aymerich. Por lo relacionado se conocerá que el Libertador entró por primera vez en Quito el 16 de Junio de 1822, y no como asegura el Sr. Martínez en su equivocada relación.

II

Tratando de la visita de San Martín a Bolívar, en Guayaquil, el Sr. Mastínez, en el Cap. XIX, pg. 145, relata a satisfacción y con algunos episodios, los festejos y la magnificencia con que la generosa Guayaquil, agasajó al Libertador, y más tarde, al protector del Perú. Nada tenemos que decir al respecto, porque un testigo presencial como lo es el Sr. Jerónimo Espejo, describe este recibimiento digno de ser conocido por la posteridad; pero no estamos conformes en cuanto al día de la llegada de San Martín en Guayaquil, menos con las apreciaciones antojadizas, que el Sr. Martínez hace al respecto. Dice en el Cap. XX, pg. 156:

"Al día siguiente llegó el Gral. San Martín.

"Venía perfectamente instruido acerca del estado y situación de Guayaquil, así como de los incidentes ocurridos desde la llegada de Bolívar, y tenía datos suficientes para no vacilar en sus resoluciones y juicios. Sólo le faltaba conocer personalmente al Libertador". . . .

Hay una equivocación cronológica y de concepto en esta relación. El 16 de Junio entró Bolívar en Quito, y se contrajo a organizar el Gobierno de esta ciudad, que formaba ya parte integrante de Colombia. En la mente de Bolívar se hallaba el proyecto de pasar de Quito primeramente a Cuenca, y de esta ciudad a Loja para ir a Guayaquil; pero la conducta política del Coronel Dn. Andrés de Santa Cruz, observada en Ambato con Sucre para no asistir a la batalla que debía librarse con el General Aymerich en Pichincha, le hizo variar de proyecto. El Libertador con la idea firme de independizar el Perú, quería conocer la manera como debía atacar por tierra a los españoles residentes en el Perú; y a este fin, estaba en su mente el venir primeramente a Cuenca y Loja y pasar a Guayaquil. Véase nuestro estudio **El Coronel Andrés de Santa Cruz en Cuenca**, publicado en el "Boletín de la Academia Nacional de Historia de Quito" Volumen VII, y queda explicado este asunto.

El 11 de Julio de 1822, a las cinco de la tarde entraba Bolívar en Guayaquil. La recepción fue suntuosa, como la des-

cribe el Sr. Jerónimo Espejo, la misma que literalmente transcribe el Sr. Martínez en su libro **Bolívar Intimo**. El 26 de Julio del mismo año, entró el Protector del Perú en Guayaquil, a los quince días de haber permanecido el Libertador en este puerto y haber arreglado todas las cosas a su satisfacción. Luego, el escritor Sr. Martínez, padece equivocación al afirmar:—"Al día siguiente llegó el General San Martín". Es decir al siguiente día de los bailes y festejos con que festejaron a Bolívar. Los agasajos no duraron quince días, ni durante éstos, podía el Libertador dar una nueva organización para la vida de Guayaquil, ni hacer sus preparativos para guerrear a favor del Perú y lograr su independencia.

El 13 de Julio de 1822, escribía el Protector del Perú a Bolívar desde Lima, que antes del 18 saldría del Callao y le saludaría en Quito. Dicen que esta carta llegó tarde a manos del Libertador en Guayaquil, dando la vuelta por Quito porque él se hallaba ya en ese puerto. El 25 de Julio de 1822, contestó a San Martín desde Guayaquil, y entre otras cosas, dice lo siguiente:—"Guayaquil, Julio 25 de 1822.—Es con suma satisfacción, dignísimo amigo y Señor, que doy a Ud. por primera vez el título que mucho tiempo ha mi corazón le ha consagrado.—Amigo le llamo a Ud., y este nombre será el solo que debe quedarnos por la vida, porque la amistad es el único vínculo que corresponde a hermanos de armas, de empresa y de opinión: así, yo me doy la enhorabuena, porque Ud. me ha honrado con la expresión de su afecto". . . .

El 26 de Julio entraba San Martín en la perla del Pacífico, habiendo precedido lo siguiente:—No sabía Bolívar de la venida del Protector a bordo de la *Macedonia*, y así como se impuso de hallarse en aguas colombianas, mandó a su Edecán, el Coronel Ignacio Torres, a que le recibiera, ofreciéndole las atenciones del caso. En este día hizo su solemne entrada con la suntuosidad que el acto lo requería. En las cuarenta y ocho horas de permanencia de San Martín en Guayaquil, hablaron sobre varios asuntos, comentados bajo diferentes conceptos por nuestros historiadores. A este respecto, podemos afirmar que San Martín, no pudo saber nada de lo ocurrido en Guayaquil, durante los quince días que antes de su llegada se hallaba Bolívar en este puerto. El Protector navegaba con la firme resolución de abrazar allí al Coronel boliviano Don Andrés de Santa Cruz, que regresaba con las tropas auxiliares para Lima. Luego, no es exacta la afirmación que hace el Sr. Martínez, al decir:—"Que venía perfectamente instruido acerca del estado y situación de Guayaquil, así co-

mo de los incidentes ocurridos desde la llegada de Bolívar". ¿Cómo y en dónde pudo adquirir estos conocimientos, quién le facilitó estos datos, y en qué lugar de los mares?

La historia está llamada a referir los hechos tales como son en sí y no sacar deducciones antojadizas que alteren la verdad histórica. La historia bajo diferentes puntos de vista tiende, en primer lugar, a guardar armonía con la actuación de sus actores; y en segundo lugar a educar con su ejemplo y civilizar a los pueblos, preparándoles a un mejor porvenir. Mucho hay que decir sobre la entrevista del Protector del Perú con el Libertador de Colombia, de estos dos héroes de la emancipación americana. No fue sincera ni cordial la visita de San Martín: él interesaba agregar Guayaquil al Perú, y a este fin, de acuerdo con Santa Cruz, debía este militar separarse de Sucre antes del combate en Pichincha y regresarse a Guayaquil. Descubrió Sucre esta traición, y le impuso desde Ambato seguir su marcha para Quito. Después de la batalla de Pichincha, el Jefe boliviano, trató de regresarse inmediatamente; pero Bolívar y Sucre que descubrieron ese proyecto perjudicial a los intereses de la Gran Colombia, le hicieron tomar la misma senda por donde vino; y así le obligaron marchar a Cuenca y de ahí a Loja para el Perú.

Bolívar, venía tras de Santa Cruz. Cuando éste tomó la vía para Cuenca, el Libertador se dirigió a Guayaquil; y entraba en esta ciudad el 11 de Julio, con el exclusivo objeto de evitar el encuentro de los jefes peruanos. El mismo día que los hijos del Guayas, abrazaban al Padre de la Patria, los hijos de Cuenca hacían lo mismo con Santa Cruz y su ejército. A este respecto se escribió, lo siguiente:—

"El 11 de Julio, las autoridades civiles y militares de la Provincia y el pueblo se dirigían al lugar llamado **Rollo del Vecino**, para recibir al Coronel Santa Cruz y a su ejército que, asociado al Colombiano, combatió en Pichincha a la sombra del tricolor de Miranda, separóse después de haber cumplido con su deber; y, a las entusiastas voces de **Dios, Patria y Libertad**, el pueblo se detuvo en el lugar indicado".

"En la plazoleta del Vecino, el Coronel Tomás de Heres y el Ayuntamiento abrazaron cordialmente a Santa Cruz y demás Jefes; y entraron a la ciudad entre entusiastas vítores y homenajes del pueblo a sus libertadores. Los balcones de las casas decentemente adornadas con simbólicas alegorías y la exornación general de las calles manifestaban también el júbilo de la población. Se hospedó Santa Cruz en la casa de la Contaduría Real, en donde nacieron el Gral. Lamar y Ab-

dón Calderón y a donde llegó el benemérito Gral. Bartolomé Salom".

III

En el libro al que nos referimos, pg. 191, dice el citado escritor:—"El 17 [habla del Libertador—Diciembre], *cerró los ojos para siempre. Momentos antes, murmuró con voz débil al oído del que se hallaba a su cabecera:—*

"Creo que los dos majaderos más grandes de la humanidad hemos sido Don Quijote... y yo". (1)

¡Que blasfemia! ¡Que horror! Esto no es exacto, es una calumnia al hombre más grande de la América latina, al que con su espada y leyes libertó un mundo y constituyó la Gran Colombia. Así no se engrandece la memoria de Bolívar, ni se da prestigio a su gloria para vivir con vida inmortal en el tiempo; esto es deprimente y ultrajante al Padre de la Patria. ¿Ni cómo puede llamarse al libro **Simón Bolívar íntimo**? Llámesele mejor **Bolívar íntimo**. Los astros al atardecer, después de abrigar su carrera descendiendo al ocaso majestuosamente: y a la hora final, en el instante que la materia decae, se debilita y va a desaparecer del tiempo, el hombre piensa en el más allá para recibir el premio o el castigo de sus actos.

A la verdad, Bolívar tenía sus genialidades, galanterías delicadas para sus Oficiales, y para sus Generales, palabras de encomio; así como también caprichos del momento y ocurrencias tan humorísticas, cual sombras para delinear el cuadro de su vida, y la de sus compañeros de armas.

La mano amiga, del Sr. Coronel Don Elías Troncoso, nos ha obsequiado un importante periódico, **Página Literaria** RIA del Correo del Cauca, en el cual se lee una controversia entre los inteligentes escritores Dn. Mariano Carvajal y Cornelio Hispano. Este último literato ha publicado el libro **Los Cantores de Bolívar**. obra en la cual se hacen anotaciones deprimentes a la catolicidad de Bolívar, tales como las que no se confesó ni recibió el santo Viático, porque su ac-

(1) El Señor Ricardo Palma, en el libro sus Tradiciones, no dice que Bolívar haya dicho ser dos los majaderos más grandes de la humanidad, sino tres. Que en sus días de humorismo el Libertador se haya expresado en esos términos al departir con sus amigos, no es difícil; pero en los momentos de su muerte, como lo asegura el Sr. Martínez, es algo inverosímil, y sobre este punto viene la rectificación que anotamos. El Dr. Réverend y más personas que estuvieron presentes a la muerte de Bolívar, nada dicen al respecto.

ción de vida no le permitía hacer tal cosa. El Sr. Carvajal, con acopio de documentos y como sincero católico, y más conocedor que Cornelio Hispano de los acontecimientos de la independencia, califica el trabajo de Hispano **Un Libro Enfermo**. Hechas las rectificaciones del caso, dice:— “Lo que sucede es que hay una historia sectaria que se atreve a presentarlos deformados al público, ajeno a estas disciplinas. Y quienes cometen estos pecados contra la verdad, que es la vida, aspiran al dictado de historiadores celosos!”....

También nosotros, con el respeto que se merece el escritor Sr. Martínez y haciendo propias las palabras del Sr. Carvajal, diríamos lo mismo: **Un Libro Enfermo**.

La relación del Sr. Martínez, en nuestro concepto, no está conforme con la verdad histórica, ni guarda armonía con las sensatas referencias hechas por los historiadores Blanco y Aspúrrua, menos con la del médico de cabecera de Bolívar Dr. Próspero A. Réverend; y suponemos que el concepto de Martínez descansa en las *Tradiciones* del travieso escritor peruano Sr. Ricardo Palma, cuyo humorismo no tiene vallas, y más de las veces, es tan mordaz, que uno se niega a dar asentimiento a ellas. Palma jamás ha querido al Libertador. Siempre burlón, llegó al ultraje en sus últimos tiempos (hace 52 años) y de ahí que los escritores de todos los países americanos le salieron al encuentro, siendo el vocero de entonces y el de mayor mérito el historiador Juan B. Pérez y Soto.

El primero de Diciembre de 1830 (miércoles) llegaba Bolívar enfermo en Santa Marta, y permaneció ahí hasta el 17 del mismo mes, día en el que falleció a la una de la tarde. El médico que le acompañó en toda su enfermedad fué el abnegado francés Dr. Próspero Réverend y los Generales de más viso, entre estos los generales Mariano Montilla, Ignacio Luque, Laurencio Silva, Joaquín de Mier, Wilson, Nicolás María Paz, Carreño, que no se separaban de la cabecera del enfermo.

Llegó el momento supremo en que el Libertador debía otorgar su testamento y disponer de sus cosas tanto espirituales como materiales, en conformidad con sus creencias, haciendo pública ostentación de su modo de vivir. Conocía él lo que hacía y dándose cuenta de sus actos, arregló definitivamente las cosas transitorias de esta vida. Para nuestro estudio hemos leído y releído las obras de Blanco y Aspúrrua, O' Leary, Restrepo y particularmente la sensata relación del Dr. Réverend. “La última enfermedad, los últimos momentos y los Funerales de Simón Bolívar” publicada en París en la imprenta his-

pano-americana de Goscon y Cía.—1886; y de este opúsculo tomamos lo siguiente, autorizado por el escribano Catalino Noquera. Hé aquí:

“En el nombre de Dios Todopoderoso. Amén. Yo Simón Bolívar, Libertador de la República de Colombia, natural de la ciudad de Caracas en el Departamento de Venezuela, hijo legítimo de los señores Juan Vicente Bolívar y María Concepción Palacios, difuntos, vecinos que fueron de dicha ciudad; hallándome gravemente enfermo, pero en mi entero y cabal juicio memoria y entendimiento natural, *creyendo y confesando como firmemente creo y confieso el alto y soberano misterio de la beatísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y en todos los demás misterios que cree y predica y enseña nuestra Santa Madre Iglesia, Católica, Apostólica, Romana, bajo cuya fé y creencia he vivido y prometo vivir hasta la muerte como católico fiel cristiano para estar prevenido cuando la mía llegue, como disposición testamental, bajo la invocación divina, hago, otorgo y ordeno mi testamento en la forma siguiente*”....

En vista de esta sagrada confesión en la postrera hora de su vida, ¿podrá darse crédito a la ridiculez anotada por el señor Martínez, ni a lo que, socarronamente, dice también el señor Palma en sus tradiciones? Acentuemos más la vida de Bolívar, no por boca de él, sino por la del historiador y benemérito General Joaquín Posada Gutiérrez, Gobernador en Santa Marta, cuando pronunció un discurso al hacer la entrega de los restos de Bolívar a los comisionados de Gobierno de Venezuela, para que los llevaran a Caracas:—“Vosotros honorables diputados, lo veréis mejor en el semblante de todos los Samarios de este pueblo que recibió aquellos últimos suspiros de Bolívar, que le arrancaron los dolores físicos y los dolores morales; *que le vió postrado en el tribunal de la penitencia, recibiendo la bendición del Cielo por la mano de un dignísimo Príncipe de la Iglesia*”....

¿Puede haber testimonio más significativo para conocer los últimos días del Libertador, del que ejemplarizó en sus postreros días a los hijos de la Gran Colombia? Como admiradores de las virtudes de Bolívar, nos hemos permitido hacer comparecer al señor Martínez ante el tribunal de la **Prensa** y ante el concepto histórico de los hombres de letras, para rectificar su falsa aseveración. Ciertamente, Bolívar en sus momentos de descanso y en medio de los suyos, hacía gala de un humorismo vivo y mordaz y otras veces festivo y elocuente, y haciendo luz, conocía a sus amigos y enemigos, y así dejaba

un cuadro bien diseñado para que la posteridad forme mejor concepto. Como estrellas rutilantes pudiéramos colocar los pensamientos de Bolívar, para que como rayos de luz converjan en un solo punto: la grandeza de su espíritu. Napoleón en su ostracismo de Santa Elena fue católico, y casi en general los genios de la América lo fueron, y cuando viene la decadencia del prestigio y se acerca al borde de lo desconocido, el hombre vuelve a Dios sus ojos, al que en el día terrible del juicio ha de juzgar y sentenciar sus obras.

¿Quién no tiene sus momentos de humorismo, sus días de dolor y gozo, de amena expansión y penalidades? Bolívar era locuaz, alegre y decidor, sus proclamas lo comprueban y sus cartas oficiales y familiares lo manifiestan muy en claro; y la última proclama dictada en la desierta playa de Santa Marta, enseña a los gobernantes y a los hombres la prudencia del magistrado, la resignación del súbdito y la conformidad católica para descender tranquilo a la tumba. "Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro".

He aquí la tranquilidad del hombre que ve las cosas en su verdadero punto de vista y no discurre en nimiedades que manchan el nombre de Dios y el suyo propio. En la hora de la muerte, y cuando la materia debilitada por la enfermedad decae, el espíritu se eleva a otras consideraciones.

El médico Révérend, en el Boletín N° 33, dice:—"Desde las ocho hasta la una del día en que ha fallecido S. E. el Libertador, todos los síntomas han señalado más y más la proximidad de la muerte. Respiración anhelosa, pulso apenas sensible, cara hipocrática, etc. etc.

A las doce empezó el ronquido, y a la una en punto expiró el Excmo. Sr. Libertador, después de una agonía larga pero tranquila.—San Pedro, Diciembre 17, a la una del día.—REVEREND.—Es copia: fecha a la una y media de la tarde.—Cepeda, Secretario.—Es copia: Cartajena, Enero, 12 de 1831.—El Secretario de la Prefectura, Juan Bautista Calcaño. (fojas 19).

El mismo médico, dice:—

"Llegó por fin el día enlutado, 17 de Diciembre de 1830, en que iba a terminar su vida el ilustre caudillo de Colombia, el Gran Bolívar. Eran las nueve de la mañana cuando me preguntó el General Montilla por el estado del Libertador. Le contesté que a mi parecer, no pasaría del día.—" Es que yo recibí una esquela dándome aviso que el Sr. Obispo está algo malo, y quisiera que Ud. fuera a verle.—Dispon-

ga Ud., mi General.—Y el moribundo aguantará hasta que Ud. esté de vuelta?—Creo que sí, con tal que no haya demoras en esta diligencia.—Entonces aquí está el mismo caballo del Libertador. A todo escape ida y vuelta; ya Ud. sabe, no hay momento que perder. "En efecto, cuando volví, conocí que se iba acercando la hora fatal. *Me senté en la cabecera, teniendo en la mano la del Libertador, que ya no hablaba sino de un modo confuso.* Sus facciones expresaban una perfecta serenidad; ningún dolor o señal de padecimiento se reflejaba en su noble rostro. Cuando advertí que ya la respiración se ponía estertorosa, el pulso de trémulo casi insensible y que la muerte era ya inminente, me asomé a la puerta del aposento, y llamando a los Generales, Edecanes y los demás que componían el séquito de Bolívar:—"Señores, exclamé, si queréis presenciar los últimos momentos y postrer aliento del Libertador, ya es tiempo". Inmediatamente fue rodeado el lecho del ilustre enfermo, y a pocos minutos exhaló el último suspiro SIMON BOLIVAR, el ilustre campeón de la libertad Sud Americana, ¡con cuánta razón el General Ignacio Luque exclamó: "Ya murió el Sol de Colombia".

En este día de dolor y de lágrimas para la América Meridional, para el mundo intelectual, para el corazón de los colombianos, eran contados los instantes de la vida de Bolívar y los que le rodeaban apuntaban en sus carteras las más pequeñas acciones y movimientos del Libertador. Las personas que con más frecuencia se hallaban a la cabecera de la cama del enfermo, eran el médico, los Generales Montilla, Luque, Laurencio Silva y otros más, que nada dicen sobre las palabras que anota el Sr. Martínez. ¿Cuál de estas personas ha podido afirmar que el moribundo haya expresado tales conceptos? ¿Sería capaz el agonizante de decir tal chocarrería sobre los *majaderos* que afirma Martínez?

A la verdad, sombras se necesitan para la luz del cuadro, para que su imagen resplandezca mejor al transcurso de los siglos; mentiras para que aparezca la verdad, calumnias para que brille mejor la conducta católica de Bolívar, y Gólgota para la gloria. Con mucha razón el historiador Larrazábal, dice:—"¿Por qué vive el malvado atormentado, y vive; y la mano invisible de la muerte se asienta sobre el bienhechor, sobre el genio augusto que consuela y protege la gran familia de la sociedad humana? ¡Oh profundos inescrutables juicios del Altísimo! Los envidiosos, que tienen secas las entrañas, quedan; los ingratos, que tienen vuelto podre el corazón, viven; y la virtud y la bondad perecen! ¡Y muere el hombre

cuya vida toda fue luz y dechado de desinterés y de magnanimidad! Ah! ¿Quién podrá profundizar la terribilidad de estos arcanos?".....

Dejemos terminado este asunto que lo anotamos en fuerza de la verdad histórica; y dámosle a la publicidad cediendo a insinuaciones de nuestros amigos, dejando a salvo las consideraciones que bien merece el ilustrado escritor Sr. Mariano R. Martínez.

JOSE PERALTA

1850 ?

Nació en Cuenca; hizo sus estudios en esta misma ciudad hasta recibir el grado de Doctor en leyes. Ha sido Ministro Plenipotenciario del Ecuador en el Perú, Ministro de Relaciones Exteriores en la Presidencia del General Alfaro, Rector de la Universidad de Cuenca, etc. Ha viajado por Europa y residido algunos años en París.

Bibliografía

LAS OBRAS.—El Monaquismo, París, 1931.

OBRAS INEDITAS. — Eloy Alfaro y sus Victimarios (Apuntes y documentos para la Historia del Ecuador).—La Moral teológica y las costumbres en el paganismo y el judaísmo.—La Moral de Jesús.—Teorías del Universo.—La Moral teológica y las costumbres en el cristianismo.—Años de lucha (Apuntes para la historia del liberalismo ecuatoriano).—El Hombre y sus destinos (Cuestiones filosóficas).—La Ética y sus diversos sistemas.

EL PROGRESO

—¡Ves!—me preguntó un extraño interlocutor.

Qué has de ver, hombre de arcilla, si tu ojo no quiere romper el oscuro tabique de tu crisálida? Cuándo has de conocer los misterios del espíritu, si con pesado vuelo te arrastras siempre sobre este ennegrecido pedazo de roca que llamamos mundo?

—Ves?—repitió.

Yo callaba; pero divisé un punto luminoso en lontananza.

Un extraño vértigo habíase apoderado de mí: el sudor

bañaba mi cuerpo: toda mi sangre se agolpaba al corazón: extraños murmullos, voces desconocidas, quejas penetrantes, alaridos sordos herían mis oídos: otros aires, otras brisas oreadaban mi encendida frente: y creía que me deslizaba por el espacio, como si volara.

El punto luminoso iba acercándose, y los ropajes de púrpura y oro de la aurora extendiéndose por el firmamento.

Quise volver la cabeza, pero mi cuello estaba rígido, y no me era posible mirar atrás, ni detener el vuelo.

El punto luminoso iba creciendo, creciendo; y de súbito, como si se levantara el telón de un gran teatro, un vasto panorama se me presentó delante.

Al principio no ví sino un mar de rosas con espumas de oro, cubierto con una bóveda inmensa de azul purísimo.

Después miré indecisos dibujos, aéreos paisajes, vagas y fantásticas siluetas; todo en confusa amalgama, en bellissimo desorden, formando un cuadro colosal, pero indeterminado.

Luego destacáronse los objetos lentamente y por grados, y ví el universo en mi presencia.

—Qué ves?—volvió a preguntar mi guía.

Yo callaba lleno de asombro.

—Mira lo que es tu mundo—continuó mi interlocutor—sucía cloaca que debe horrorizarte.

Y la diestra de aquel ser extraño hizo una señal, y los pueblos de la tierra principiaron a desfilar ante mí.

—Basta! basta!—grité temblando.

—No, no—me contestó el guía—es preciso que veas todo, todo, por más que te repugne.

Quise cerrar los ojos, pero mis párpados estaban inmóviles, y mis pupilas fijas en los cuadros nauseabundos que iban pasando.

Voces horribles, gritos de sangre, aullidos de muerte, mezclados con suspiros, quejas, sollozos, blasfemias, el ronco retumbo de los cañones, el chasquido de los incendios, el pavoroso estruendo de los tronos que se hundían en la nada, el ruido de las máquinas, el silvido de las locomotoras, el rumor de los mares rasgados por el vapor, formaban el infernal concierto del universo.

—Mira, esos fétidos ríos de sangre que atraviesan todas las ciudades, y que hallan estrecho el mundo para correr.

—Extiende la vista por todo el cuadro. Doquier los hombres empeñados en destruir la humanidad hasta en sus gérmenes; y algunos atrevidos soñando acabar con todo: hasta con Dios. El humo negro de las fábricas ha envuelto todas las

ciencias, y la inteligencia materializada ha proclamado la destructibilidad universal. Mira como la miseria y la muerte, empujadas por el tiempo, recorren el mundo asidas de las manos, sembrando el luto y el dolor. ¿Ves aquellos espléndidos palacios y esas miserables cabañas? Ves la diversidad de moradas de los hombres? Encuentras una sola que no esté raciada con lágrimas, o a cuyas puertas no haya llamado el dolor?—En todas partes proscrita la virtud, adulterada la amistad, vendido el amor: la crueldad y la injusticia con laureles; y la calumnia y la intriga con el puro ropaje de las ciencias, enlodándolo todo, conmoviéndolo todo, asolándolo todo: la discordia y la ambición apegando sus teas, ya a los tronos, ya a los altares, y el poder hollando todo derecho, toda ley, hasta las nociones de justicia y de dignidad; y este cúmulo de crímenes y desgracias precipitándose sin descanso ni tregua en esa pavorosa sima que los hombres llaman tumba, a cuyo borde velan fríos e impasibles los siglos: he ahí tu mundo.

—¿De qué puede enorgullecerse el hombre?

Sus grandes inventos, el vapor y la electricidad no han hecho más que proclamar el imperio de la materia; y las granadas y las ametralladoras sólo sirven para aumentar el horror que oprime a la naturaleza.

Sus ciencias? ¿Ves a los sabios modernos? Ahí están todos en la ingrata tarea de destruir, o siquiera desfigurar la pingüe herencia que nos legara la sabia antigüedad.

Qué más? mira a esos tres insensatos que acarician a un viejo orangoutáng: son Darwin, Büchner y Littré que nos muestran al padre de la humanidad! Qué dirían el Divino Platón, el sabio Contucio y el sublime Moisés, si supiesen que los hemos declarado chonos de un gorila o de un chimpanzé?

Y dices ¡progresamos! el perfeccionamiento humano es siempre creciente!—Os engañáis: el progreso indefinido es una quimera: los pueblos, como el hombre, nacen, viven y mueren: tienen edades, y la senectud en poco se diferencia de la infancia. Esta verdad está proclamando a gritos, entre sus cien mil delirios, ese loco sublime que ves allá vagando sin camino en los suburbios de Ginebra.

La civilización y la barbarie son dos hermanas entre quienes se divide el imperio del mundo; pero mientras la una domina el hemisferio boreal, la otra sienta sus reales en el austral, porque se odian de muerte.

Mira cómo marcha la civilización: vuelve la cabeza—Obedecí automáticamente, ya casi falto de aliento.

—Ves?

Y ví un carro de luz, cuyos destellos iluminaban todo el espacio.

Del carro diamantino tiraban hombres de todas las razas, de todas las religiones: y veíanse juntos monarcas y plebeyos, guerreros y sacerdotes, sabios y esclavos.

Sobre el carro ví una mujer de aspecto divino: el blanco ropaje deslumbraba como la cumbre de nuestro Chimborazo en día sereno; los ojos eran dos soles en el cenit, y la austera sonrisa infundía amor y respeto.

Tiernos ramos de olivo sujetaban los cabellos de la Virgen, y su blanca diestra se apoyaba en una cruz.

A los pies de la mujer celestial, ocupaba regios almohadones un grupo encantador de deidades, a cual más fascinadora.

Dos ninfas aladas cerníanse sobre el carro triunfal, pulsando liras y modulando hermosísimas canciones.

A la izquierda de la beldad de blancos ropajes, iba una virgen sonrosada por el pudor, hermosa como el primer sueño del alma, cándida y tierna como una paloma de nuestras selvas.

Sus mórbidas formas apenas cubría un azulado cendal, sujeto al cuerpo con broches y cordones de oro; y ondeante un manto de escarlata pendía de sus anchos y torneados hombros.

La frente de la virgen estaba ceñida con hermoso penacho de flores rosadas; cintas de perlas envolvían su cuello, y los voluptuosos brazos mostraban ricos brazaletes de oro bruñido.

Un arco y un carcaj henchidos de matizadas flechas estaban a los pies de la doncella.

Oí ahogados sollozos y gemidos convulsivos, y volví la vista hacia el lugar de donde salían tan tristes lamentos.

Una mujer hermosa, pero cuyo aspecto manifestaba el más agudo pesar, con la faz bañada en llanto, el cabello desgredado, la púrpura imperial y la corona caídas en el polvo; asida a una de las ruedas del carro, pugnaba en vano por detenerla.

—Ves?—me preguntó mi guía,—la mujer de blancos ropajes es la Civilización: la Abundancia y la Filosofía, todas las Ciencias y todas las Artes se están solazando a sus plantas; y la Poesía y la Música regalan su oído con torrentes de armonía: la doncella que está a la izquierda es la hermosa América, y la desventurada Europa la que quiere detener la marcha del fulgurante carro.—Ayer no más ocupaba el lugar que hoy ocupa el mundo de Colón, y mañana esta misma

América llorará como la Europa: tan inconstante es el progreso de las naciones.

Mira ahora el camino recorrido por la Civilización, y el que aún tiene que recorrer.

La mano de mi guía me señaló el horizonte.

Allá divisé, entre nieblas tenues, en confuso hacinamiento, torres gigantescas y esbeltos alminares, cúpulas soberbias y colosales pirámides y obeliscos, majestuosos templos y altares agrestes, dioses monstruosos de mármol y metal, de mil y mil figuras, palacios de piedra y frágiles tiendas: y en el primer término del cuadro una anciana de mirada triste, labios contraídos y semblante escuálido, que con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplaba un montón de ruinas que tenía delante.

—Esta es el Asia,—me dijo el guía—convertida en estatua, como la mujer de Lot, para memoria de un gran castigo. Un día fue la mimada de la Civilización, pero como el carro que ves nunca pára, mira ahora lo que ha hecho Dios de esta orgullosa madre de la Ciencia, siempre nueva y siempre vieja en el mundo. Montón de cenizas, en que están revueltos los restos de la grandeza antigua: viene el simoun y las arrebató a las inmensas soledades del desierto!

Vuelve la vista a ese otro extremo: ves?

Allá en el oscuro confín del horizonte se dejaban ver infelices salvajes de todas las razas, dando alaridos de júbilo y abriendo los brazos hacia nosotros.

—Esperan la Civilización: el carro llegará, y esos salvajes ocuparán nuestro lugar; y cuando esos pueblos hayan envejecido, nacerán nuevos y nuevos pueblos para reemplazarlos: tal es la economía de la creación.

Jadeante, desfallecido, ¿en dónde estoy? quién eres? pregunté a mi guía.

—Soy tu razón—me contestó.—Y un peso enorme se me quitó de sobre el pecho.

Respiré: alucinación de mi mente, sueño falaz, angustiosa pesadilla, era no más cuanto había visto....

sino hacienda, una hacienda extensa que comprendía casi todo el valle de Tutupali. Don Diego de Atienza, propietario de la hacienda de Tarquí que fué después de don Manuel Moreno, entabló un pleito con don Antonio Abad de Cepeda, dueño de la hacienda de Tutupali, que llegó a formarse de la composición de tres sitios o hatos en tiempos remotos; en este pleito disputaba los derechos del demandado, arguyendo que eran hatos y no hacienda su propiedad de Tutupali. Don Antonio Abad de Cepeda se trasladó a Quito, en donde tuvo que residir diez años defendiendo sus derechos; al fin, por sentencia judicial del Superior General del distrito, fué condenado el Sargento Mayor don Diego de Atienza al pago de catorce mil ochocientos noventa y cinco sures en resarcimiento de costas, daños y perjuicios causados por su demanda infundada. Los herederos de don Diego de Atienza hubieron de reconocer los derechos de los herederos de don Antonio Abad de Cepeda en un compromiso judicial que llegaron a hacer con éstos para el mantenimiento de la armonía entre vecinos. Una de sus partes finales dice así: "Igualmente declaran y convienen los expresados herederos de don Diego Atienza, ser su voluntad que los del mencionado don Antonio Abad de Cepeda se han de mantener pacíficamente en la posesión de su Hacienda en la misma conformidad que se mantuvo anteriormente don Antonio Abad de Cepeda con arreglo a los linderos contenidos en la escritura de compra que hizo su antecesor poseedor, y firman por ante mí y los testigos citados de que doy fe.—José Antonio Jerves, María Muñoz, María Abad de Cepeda, Dña. Antonia Abad de Cepeda, Carlos de Atienza, Diego de Atienza y Rendón de Aragón.—A ruego de Doña Gertrudis y Doña Ignacia Atienza y como testigo José Joaquín Montero.—Ante mí Ignacio Pazmiño Escribano Público."

Don Antonio Abad de Cepeda casó con Doña María Muñoz, oriunda de Exremadura y tuvo cinco hijas: Francisca, que murió soltera; Josefa, que casó con don José de Olmedo; Teresa, que casó con Tomás Ordóñez; María, que casó con el doctor don José Antonio Jerves, médico inglés que vino a radicarse en Cuenca, y Antonia, que murió soltera.

Don Tomás Ordóñez fué padre de don Manuel Ordóñez.

Don Buenaventura Moreno, casado con Doña Javiera Vélez y Ramírez, bisabuelo del doctor don Miguel Moreno, tuvo varios hijos, entre ellos, Doña Rosa Moreno casada con don Buenaventura Aguirre, nativo de Loja, cuyo hijo fué don Raimundo Aguirre. Don Buenaventura Moreno, nativo de Loja,

fué nieto de don Felipe Moreno y Arellano, hidalgo que pasó de Quito a Loja, hacia el año de 1655.

No fué en mayo de 1906 sino en mayo de 1908 cuando Miguel Moreno recibió la investidura de Caballero de San Gregorio.

JESUS ARRIAGA

Nació el año de 1854; se ordenó de sacerdote en marzo de 1880. En el Seminario, en abril de 1880, fué nombrado Profesor sustituto de Literatura, por ausencia del Sr. Federico González Suárez; después recibió el nombramiento de Profesor de Gramática en este mismo instituto. En octubre de 1884 ingresó en la Comunidad de Oblatos como uno de los Fundadores de esta Orden religiosa; permaneció en ella hasta 1889, en que fué a Lima. Regresó en 1903 del Perú, por influjo de don Cornelio Crespo Toral, amigo y compañero suyo, a establecerse en Cuenca, en cuyo Seminario desempeñó los cargos de Superior y Profesor. El Obispo Sr. Pólit, conociendo las dotes de escritor que tenía el Sr. Arriaga, le insinuó que se dedicara a escribir algunas cuestiones de exégesis. En la **Revista Católica**, cuyo fundador fué, publicó numerosos trabajos de esta índole. Murió en Cuenca, el 13 de abril de 1932.

Bibliografía

LAS OBRAS.—**Apuntes de Arqueología Cañar**, (opúsculo), Cuenca, 1922.



ACABOSE

LA IMPRESION DE

El Azuay Literario

EL X DE OCTUBRE DE MCMXXXII

OBRA DE MANUEL MORENO—MORA

En la Torre de Marfil (poemas)

EN PREPARACION

Etnografía antigua del Ecuador Meridional

Historia de la Literatura ecuatoriana